

SELMA LAGERLÖF

LA LEYENDA DE
GÖSTA BERLING

se



La Leyenda de Gösta Berling, traducida a todos los idiomas del mundo, es una obra desconcertante. Tiene algo de la novela picaresca española y del espíritu de los antiguos libros de caballería. Es una mezcla de novela y epopeya. Con un mayor aliento heroico semejaría un libro de gesta y si no se acercase tanto a un justo realismo, parecería una leyenda. Ella resume la esencia del alma sueca y de su pasado y, en este sentido, posee un aliento de raza similar al de *Tarás Bulba* de Gógol, al *Peer Gynt* de Ibsen, o a *Mireille* de Mistral.



Selma Lagerlöf

La leyenda de Gösta Berling

ePub r1.1

Titivillus 16.04.2020

EL PASTOR

En fin, ya está el pastor en el púlpito. Los fieles levantan la cabeza. ¡Ah, ah, vedle allí! Hoy no faltará el sermón como ocurrió el domingo pasado, como tantos otros domingos.

El pastor era joven, alto, esbelto y de una singular belleza. Si le hubieran colocado un yelmo en la cabeza, una coraza en el pecho y una espada en la mano, y le hubieran esculpido en mármol, podría comparársele con la más bella estatua de la Grecia antigua. Tenía los ojos profundos de un poeta, y el mentón firme y cuadrado, como el de un guerrero. Todo en él era de una singular beldad y delicadeza; su aspecto denotaba una intensa vida interior, propia de su genialidad.

Al verle, el pueblo se sentía extrañamente subyugado. Las gentes estaban más acostumbradas a verle salir de la taberna, con paso inseguro, rodeado de alegres camaradas, como Berencreutz, el coronel de frondosos bigotes blancos, y el corpulento capitán Cristian Berg. Bebía tanto, que desde algunas semanas antes no cumplía con sus menesteres eclesiásticos, por lo que los devotos fueron con sus quejas y lamentaciones ante el rector, primero, luego al obispo y después al cabildo. Y el obispo acababa de llegar precisamente para girar una visita de inspección. Estaba allí, en el coro, con la cruz de oro sobre su pecho, y los teólogos de Karlstad y los pastores de los Ayuntamientos vecinos, sentados a su alrededor.

No cabía la menor duda de que el comportamiento del pastor había sobrepasado los límites de lo permitido.

En aquella época, hacia 1820, se era muy indulgente con los bebedores. Gösta Berling, el joven pastor, había olvidado, a causa de la bebida, hasta

los más elementales deberes de su ministerio. Era, por lo tanto, natural que se le destituyese.

Gösta esperaba en el púlpito; y mientras cantaban los últimos versos del cántico que precede al sermón, le asaltó la idea de que la iglesia estaba llena de enemigos: enemigos en todos los bancos; arriba, entre la muchedumbre campesina y en el círculo de los primeros comulgantes. No tenía más que adversarios. Era su enemigo el que soplabá el órgano; y también era enemigo suyo el que lo tocaba. Todos le querían mal, desde los niños a los que se lleva a la iglesia, hasta el guardián, un viejo soldado, tieso y bien plantado, que había tomado parte en la batalla de Leipzig. Experimentaba el deseo de arrodillarse e implorar su piedad. Pero inmediatamente después se apoderaba de él una cólera sorda. Acordábase de lo que era él, cuando el año anterior apareció por vez primera en el mismo púlpito: un hombre sin tacha. Y ahora, desde lo alto del púlpito, miraba al hombre de la cruz de oro, su juez.

Mientras él leía la Introducción, una oleada de sangre le enrojeció la cara. Sí, era verdad: había bebido. Pero ¿quién tenía derecho de acusarle? ¿Habíasele visto en el presbiterio, donde tenía derecho a vivir? El bosque de abetos, sombrío y lúgubre, llegaba hasta las ventanas. La humedad se filtraba, a través de la negra techumbre, por las paredes mohosas y reblandecidas. ¿Es que no era el aguardiente lo único capaz de reanimarle el corazón, cuando la llovizna, mezclada con copos de nieve, entraba, como el restallar de los látigos, por los ventanales rotos, y cuando no podía encontrar sobre la tierra abandonada por el labrador nada con que aplacar el hambre? Comprendió que él era el pastor indicado para tal rebaño. Todos bebían. ¿Por qué no él? El marido que enterraba a su mujer, se emborrachaba después del entierro. El padre que bautizaba a su hijo terminaba el bautizo con una francachela. Los feligreses, al volver de la iglesia, apuraban tantos vasos que la mayoría llegaban ebrios a sus casas. ¡Ah, ciertamente, no merecían otro pastor que un borracho!

Fue en las correrías a que le obligaba su ministerio cuando aprendió a amar al aguardiente; cuando, abrigado con un fino gabán, andaba leguas y leguas sobre los lagos helados, donde todos los vientos fríos se daban cita; cuando su barquita peligraba bajo las ráfagas del aguacero y de la

tempestad; cuando, por las ventiscas, veíase obligado a descender de su trineo para abrirse paso, él y sus caballos, a través de los montones, altos como casas, de nieve; cuando atravesaba las marismas de los bosques con fango hasta las rodillas...

Los días del año se sucedían en un aburrimiento sombrío y abrumador. Los campesinos y los señores vivían con los pensamientos arraigados en el polvo de la tierra; pero al llegar la tarde, el espíritu se desprendía de sus cadenas, libertado por los vapores del aguardiente. La inspiración animaba las mentes, el corazón recobraba su calor, la existencia adquiría color, las canciones tomaban su vuelo y las rosas embalsamaban el ambiente con su fragancia. La sala de la casona se transformaba para él en un jardín del Mediodía: maduraban los viñedos y los olivos; entre las sombras del follaje lucían estatuas de mármol, sabios y poetas erraban bajo las palmeras y los plátanos. No; aquel predicador erguido allí, en el púlpito, se daba cuenta de que sin alcohol la vida en semejante país no era soportable. Todos sus auditores lo sabían; los mismos que ahora pretendían juzgarle, que aspiraban a arrancarle su manteo, porque se había presentado en estado de embriaguez en la casa de Dios. Pero todos esos individuos, ¿qué Dios tenían, qué Dios creían tener, fuera del aguardiente?

Había terminado la Introducción y se inclinaba ya para leer el Padrenuestro. Un silencio, que no turbaba ni el aliento, reinaba en la iglesia durante la plegaria. Y, súbitamente, el pastor apretó con sus manos las cintas que sostenían su hábito; le dominaba la extraña sensación de que todos sus auditores, con el obispo al frente, subían los peldaños que conducían al púlpito, con el fin de arrancárselo. De rodillas y sin volver la cabeza, los sentía detrás, tirándole del hábito. Los distinguía claramente: eran el obispo y los teólogos, los predicadores y párrocos y los monaguillos, el sacristán y los fieles, todos formando una larga fila, que trataban de quitarle las vestiduras sacerdotales.

Y en su imaginación veía ya cómo todos aquellos hombres que en aquellos momentos tiraban de su hábito con tan desesperados esfuerzos, rodarían escaleras abajo tan pronto cediera la ropa. Y con ellos se desplomaría el grupo de hombres que, no pudiendo subir la escalera, limitábanse a tirar de los faldones de los demás. Veía todo esto con tal

claridad, que estuvo a punto de prorrumpir en una carcajada, sin tener en cuenta que se hallaba en el púlpito, arrodillado. Al mismo tiempo, un sudor frío le bañaba la frente. La sensación que en aquel momento experimentaba era horrible. Su suerte estaba echada; en adelante no sería más que un hombre maldecido, un cura destituido, un ser que figuraría entre lo más despreciable del mundo. Mendigando por los largos caminos, vestido de andrajos, dormiría con los vagabundos y con la canalla, beodo, al borde de las zanjas.

La plegaria había terminado: iba a comenzar su sermón. En aquel momento una idea oprimió el corazón y suspendió un instante las palabras que iban a salir de sus labios. Pensó que era aquélla la última vez que se le permitiría subir al púlpito y proclamar la gloria de Dios.

¡Por última vez! Era una impresión abrumadora, que le hizo olvidar en un momento todas sus historias relacionadas con el aguardiente y la presencia del obispo. Tuvo que aprovechar la ocasión para rendir, una vez más, los honores al Altísimo. El pavimento de la iglesia parecía hundirse bajo sus pies con todos los fieles, mientras el techo de la iglesia se abría para dejar al descubierto el firmamento. Estaba solo, muy solo.

Su espíritu se elevó hacia el cielo; su voz sonora llenaba el espacio en honor del Creador.

Rechazó el papel en el que llevaba escrito el sermón, confiando tan sólo en sus vivas facultades imaginativas. Las ideas acudían a su cerebro como una bandada de mansas palomas. No era él el que hablaba, sino Alguien muy grande. Y comprendía que nadie podía sentir la sublimidad del momento en medio de su elocuencia y esplendor, cuando, erguido en el púlpito, proclamaba la gloria de Dios. Mientras la lengua de fuego de la inspiración le iluminaba, habló; pero, a medida que se fue apagando, y el techo bajaba, cubriendo de nuevo la iglesia, y el suelo volvía a emerger de la profundidad, Gösta callose emocionado y lloró, porque le parecía que la vida le había deparado su más bello momento; y ese momento había pasado.

Después del oficio, debía reunirse el Consejo de la iglesia para tratar del caso en litigio; el obispo solicitó que los feligreses le expusieran algunas de las quejas que tenían que ser formuladas contra el pastor.

Gösta no sentía ya la cólera ni la obstinada altivez que le habían agitado antes del sermón. Experimentaba ahora un gran sentimiento de vergüenza, y bajó la cabeza. ¡Ay, todas aquellas miserables historias iban a desfilar ante él! Pero no fue así; se hizo un silencio sepulcral en torno de la mesa del alcalde. El pastor levantó los ojos primero sobre el sacristán, y el sacristán se calló; seguidamente, sobre los campesinos tiranos; luego, sobre los maestros de forja. Nadie se conmovió. Todos, con los labios cerrados, miraban, visiblemente contrariados, al borde de la mesa.

«Esperan que comience alguien», pensó el joven pastor.

Uno de los próceres tosió para aclarar la voz.

—Evidentemente, tenemos un buen pastor —dijo.

—Monseñor en persona ha oído cómo predica —añadió el sacristán.

El obispo profirió algunas palabras que tendían a demostrar que el servicio divino había sufrido algunas interrupciones.

—El pastor tiene derecho a estar enfermo, como lo están todos los demás —opinaron los campesinos.

El obispo hizo alusión a las quejas y al descontento de que ellos mismos habían dado muestras a causa de la vida desordenada del pastor.

Pero todos le defendieron de común acuerdo.

Era tan joven, su pastor, que no podían... decir nada... Si él quisiera predicar siempre como lo había hecho hoy, ellos no lo cambiarían, no, ni por el mismo obispo.

No había acusadores, y, por lo tanto, sobraban los jueces. El corazón de Gösta Berling se llenó de bienestar, y la sangre circuló vivamente por sus venas. Ya no tenía enemigos. Los había desarmado en el momento en que menos se lo figuraba, y en lo sucesivo podría continuar siendo su pastor.

Después del Consejo, el obispo y los prepósitos, los curas y los principales miembros de la Asamblea comieron en el presbiterio. Una vecina era la encargada de atender a los detalles del ágape, pues el pastor era célibe.

Todo lo había arreglado con sumo esmero, y a Gösta le pareció que la casa parroquial no era ya tan lúgubre. La larga mesa se preparó al aire libre, bajo los abetos, y parecía invitar a sus huéspedes con su albo mantel, su porcelana azul y blanca, sus brillantes vasos y sus servilletas bien dobladas.

A la entrada, dos abedules, movidos por la brisa, inclinábanse en profunda reverencia. El suelo estaba salpicado con ramas de enebro. De las vigas del techo pendía un ramo de flores. Los ramilletes que se colocaron en todas las habitaciones atenuaban el olor mohoso de la atmósfera, y los verdosos cristales de las ventanas brillaban alegremente a los rayos del sol.

El pastor estaba contentísimo... En aquel momento se proponía firmemente no beber más en los días de su vida.

Todo el mundo fue a esa comida de excelente humor. Los que se mostraban magnánimos y habían perdonado estaban alegres, y la gente de Iglesia se felicitaba por habar evitado el escándalo. El buen obispo levantó su vaso y manifestó que había emprendido al viaje con el corazón afligido, pues hasta él llegaron malos rumores. Esperaba encontrar un Saulo, mas he aquí que ese Saulo habíase transformado en un San Pablo, cuyo ejemplo edificaba a los presentes.

Y el piadoso anciano alabó en gran manera los dones que el cielo había concedido a su joven cofrade; y lo manifestaba, no para que se enorgulleciese, sino para que se entregase por entero a su ministerio, refrenando sus pasiones y comportándose siempre como un hombre que tiene una sagrada misión que cumplir.

El pastor no se embriagó aquel día, pero bebió más de la cuenta. Toda su inesperada felicidad se le subió a la cabeza. El cielo hizo descender sobre él la lengua de fuego de la inspiración y las gentes le habían demostrado su cariño. Llegó la noche. La sangre circulaba febrilmente, en su loca carrera, por sus venas. Desvelado, ante la ventana abierta, trató de calmar en la frescura nocturna la deliciosa excitación que experimentaba y, que no le dejaba dormir.

De repente, oyó una voz:

—¿Estás despierto, curita?

Una gran sombra se recostó sobre el césped, y al punto reconoció Gösta al hercúleo capitán Cristian Berg, uno de sus fieles camaradas de orgía. Era este capitán Cristian una especie de aventurero sin hogar ni familia, un corpulento gigante. Era alto como una montaña y bruto como un trasgo.

—Es verdad, estoy despierto, capitán Cristian —respondió el pastor—. ¿Crees, acaso, que pueda dormir esta noche?

Y ahora escuchad lo que el capitán le contó...

El gigantesco capitán había tenido enojosos presentimientos; esperaba que, en adelante, el pastor renunciara a beber, por miedo a que, de continuar entregado a la bebida, volvieran los teólogos de Karlstad dispuestos a arrebatarse las vestiduras sacerdotales. El capitán Cristian Berg no titubeó en poner su pesada mano en el asunto. Ya no se verá más al obispo, ni a los teólogos, y en lo sucesivo el pastor y sus camaradas podrán beberse todo su sueldo en el presbiterio. Escuchad la proeza de Cristian Berg.

Cuando el obispo y los dos teólogos de su séquito subieron en su coche cubierto, una vez cerrada la portezuela, el capitán se encaramó al pescante y los condujo unas dos leguas, en aquella noche de verano. Y esos «monseñores» comprendieron entonces cuán frágil y quebradiza es nuestra pobre, triste y miserable vida. Los caballos fueron lanzados al galope para que se asustaran un poco aquellas gentes que no admitían que un hombre honrado tuviera a veces una copa de más en el cuerpo. ¡Vaya, vaya! Pero no creáis que detuvo los caballos en la carretera, o que se preocupara lo más mínimo por si los señores sufrían alguna sacudida; los fosos, las rastrojeras, los picachos abruptos, a lo largo de los lagos, en el torbellino de las aguas, a través de las marismas, se los llevó galopando vertiginosamente, y desde lo alto de los montes, sobre las resbaladizas rocas, los caballos corrieron con las patas estiradas. Y durante ese tiempo, tras las cortinillas de cuero, el obispo y los teólogos, lívida la tez, balbucían unas plegarias. Jamás habían hecho un viaje tan horrible... ¡Ah, qué aspecto tenían cuando el carruaje les dejó ante la hostería de Rissoeter, vivos todavía, pero sacudidos como perdigones en un saco de piel!

—¿Qué significa esto, capitán Cristian? —preguntó el obispo cuando el gigante abrió la portezuela.

—Esto significa que el obispo deberá reflexionar mucho antes de hacer una nueva visita a la parroquia de Gösta Berling —respondió el capitán, que tenía preparada y bien aprendida esta frase, por miedo a embrollarse.

—Saluda, pues, a Gösta Berling —contestó el obispo— y dile que ya no verá nunca más en su casa al obispo.

Ésta es la bella hazaña que el intrépido capitán Cristian contaba al pastor aquella noche de verano, sentado al pie de la ventana abierta. Apenas había tenido tiempo de conducir los caballos a la hostería, con la prisa por comunicarle esta buena nueva.

—Ya ves tú que ahora puedes estar tranquilo, compañero de mi corazón —terminó diciendo.

—¡Ay, capitán, capitán!

Las caras de los teólogos estaban lívidas tras las cortinillas del coche; pero todavía estaba más pálido el rostro del pastor en medio de la noche clara.

El pastor levantó el brazo como para asestar un fuerte golpe en la cara tosca y estúpida del gigante pero se detuvo a tiempo. Cerró furiosamente la ventana y se retiró hasta el centro de su habitación con el puño levantado hacia el cielo. ¿Le enviaría Dios aquella prueba precisamente el mismo día en que había sentido su inspiración y cuya gloria había proclamado desde lo alto del púlpito? El obispo creería, sin duda, que al capitán lo había enviado el pastor; creería en la mentira y en la hipocresía de Gösta Berling. Se iniciaría de nuevo el proceso y se determinaría su destitución.

A la mañana siguiente el pastor abandonó el presbiterio. Renunciaba a defenderse. Dios había jugado con él negándole su apoyo. Su destitución era cierta, pues Dios la quería.

Esto ocurría en 1820, en un pueblo aislado del Wärmaland occidental. Ésta fue la primera desgracia que experimentó Gösta Berling, y tampoco fue la última; ya se sabe que los potros que no soportan las espuelas y el látigo encuentran la vida dura. Al primer aguijón del dolor, se encaminan a campo traviesa hacia algún precipicio... Tan pronto como la ruta se vuelve pedregosa y el avance se va haciendo difícil, no encuentran nada mejor que abandonar la carga y seguir su loca carrera...

EL MENDIGO

En un día frío de diciembre descendía un mendigo por la accidentada pendiente de Broby se cubría con unas ropas sórdidas, y sus pies ateridos por la nieve asomaban por los agujeros de sus botas destrozadas.

El Leuven es un lago angosto y largo del Wärmland que en varios trechos se estrecha como estrangulado, se alarga por el Norte hasta el bosque de Finlandia y llega al Sur, hasta el inmenso lago de Voernern. De los hermosos poblados que se extienden en sus riberas el más grande y el más rico es el Broby que ocupa una buena parte de las orillas oeste y este, pero es al oeste donde se encuentran los más bellos castillos, como el de Ekeby y Biörne, célebre por su opulencia y hermosura y la poblada aldea de Broby con la taberna, la posada, la casa del juez, La Casa consistorial, el presbiterio y la plaza Mayor.

Broby está situado en una región muy escarpada. El mendigo había pasado la taberna, al pie de la colina, y en aquel momento se encontraba en el empinado camino que conduce al presbiterio.

Ante él hallábase una jovencita que conducía un trineo cargado con un saco de harina y se acercó a ella.

—Demasiada carga para un caballo tan pequeño —le dijo.

La muchacha se volvió para mirarle. Era una niña que no pasaría de los doce años, de ojos penetrantes y labios apretados.

—Ojalá fuera el caballo todavía más pequeño y la carga más pesada para que durara más tiempo —respondió ella.

—¿Es que conduces ahí tu alimento?

—Bien sabe Dios que sí. Tan pequeña como soy, he de buscar yo misma mi sustento.

El mendigo cogió una de las varas del trineo y tiró de ella.

—No esperes recibir alguna cosa por tu trabajo —le gritó la rapaza.

Él se echó a reír.

—Tú debes ser la hija del pastor de Broby, no cabe duda.

—Sí. Hay quien tiene un padre más pobre, pero nadie lo tiene más malo. Ésta es la pura verdad. Aunque sea vergonzoso para un hijo, estoy obligada a decirlo.

—Tu padre parece cruel y perverso.

—Cruel, sí, y perverso también; pero, andando el tiempo, su hija llegará a ser peor todavía, según dicen.

—Me temo que tengas razón. Pero, dime: ¿de dónde has cogido ese saco de harina?

—No tengo por qué ocultarlo. He cogido trigo esta mañana en el granero de mi padre y he ido al molino.

—Pero ¿no te verá él cuando vuelvas con el saco auestas?

—Tú eres muy corto de alcances. Mi padre ha ido muy lejos de aquí por asuntos de servicio...

—Me parece que alguien viene por detrás del collado... Siento cómo cruje la nieve bajo el peso de un trineo. ¿Si será él?

La rapaza aguzó el oído y estalló en sollozos y rugidos.

—Es padre —gritó—. ¡Me matará, me matará!

—Un buen consejo vale dinero; y si es rápido, oro —dijo el mendigo.

—Óyeme —dijo la niña—. Tú puedes salvarme. Toma las riendas del trineo, para que mi padre crea que es tuyo.

—¿Y qué haré yo? —preguntó el mendigo, pasándose las cuerdas por la espalda.

—Ve por donde quieras; pero, apenas anochezca, condúcelo al presbiterio. Yo te vigilaré...; en cuanto cierre el día...

—Trataré de hacerlo.

—Que Dios te castigue si no vuelves —gritó la niña, echando a correr para llegar a casa antes que su padre.

El mendigo le dio la vuelta al trineo y con el corazón en un puño se encaminó hacia la posada.

El desgraciado estaba bajo la influencia de un sueño. Había soñado, en medio de la nieve que helaba sus pies semidesnudos, en los grandes bosques del norte del Leuven, en los grandes bosques finlandeses.

Aquí, en Brö, cerca del estrecho que une el Leuven superior con el Leuven inferior, en estos parajes famosos por su riqueza y bienestar, donde el dominio señorial toca con el dominio señorial y la forja con la forja, los caminos le eran demasiado penosos, los aposentos demasiado estrechos, los lechos demasiado duros. Se encaminaba con toda su alma hacia la paz de los grandes bosques eternos. Aquí, a cada ráfaga de viento, se oía el batir de las trillas, como si las gavillas no acabaran nunca. De los bosques inagotables descendían, sin cesar, los carros cargados de madera y carretones de carbón. Convoyes interminables de mineral cruzaban a lo largo de los caminos, siguiendo las profundas roderas que cien convoyes habían abierto y pulido. Los trineos, rebosantes de excursionistas, corrían de una alquería a otra, y parecía que todo era alegría y que el amor y la belleza se deslizaban sobre la nieve, sosteniendo las riendas del trineo. ¡Ah, cómo suspiraba el pobrecito por la paz de los grandes bosques seculares del Norte, ya próximos!

Allá arriba, donde de un terreno uniforme los árboles se elevan derechos, parecidos a columnas; allá, lejos, donde la nieve reposa en pesados lechos sobre ramas inmóviles; allí, donde los vientos impotentes no hacen más que jugar con las agujas de las cimas, allá quería ir, siempre adelante, hasta caer rendido y morir bajo los altos abetos, agotado por el frío y el hambre... Hacia allá iba, con el alma fascinada, hacia aquella gran tumba murmurante. Sería vencido por todas las fuerzas destructoras: el hambre, el frío, la fatiga y el aguardiente acabarían pronto con aquel pobre cuerpo que todo lo hubiera resistido...

Pensando esto, llegó a la posada y, en espera de la noche, entró en la sala y se sentó cerca de la puerta, agobiado por sus negras ideas, perdido en sus sueños de los bosques seculares y eternos... La posadera se apiadó de él y le dio un vaso de un aguardiente dulce y fuerte... Atendiendo sus ruegos, le volvió a traer otro; pero rehusó darle un tercero, y entonces el mendigo se entregó a los excesos de la desesperación. ¡Oh, beber, beber nuevamente esta agua fuerte y azucarada, sentir de nuevo la danza del corazón dentro de

su pecho y sus pensamientos volar en alas de la embriaguez! ¡Dulce licor de trigo! En sus vapores transparentes flotan todos los cantos, el brillo del sol, todos los perfumes, toda la belleza del verano; todavía una vez, antes de abismarse en las tinieblas nocturnas, deseaba con ansia beber, alegría y sol. Entonces, el miserable ofreció primero la harina, después el saco y, por último, el trineo, y todo lo trocó por unos tragos de aguardiente... Luego cogió una fuerte borrachera y durmió bellamente casi toda la tarde, tendido sobre el banco del establecimiento.

Al despertar comprendió que sólo le quedaba una cosa que hacer en este mundo: ya que su cuerpo le había arrebatado el alma, ya que él había bebido desvergonzadamente lo que le había confiado la niña, ya que él no era más que un ser despreciable, daría a su alma, esclava de tantas bajezas, la libertad y la paz, haciéndola volver al seno de Dios... Gösta Berling, pastor destituido y expulsado, tendido en la taberna, juzgándose a sí mismo, fue acusado de haber entregado por un poco de aguardiente la harina de una niña hambrienta. Y se condenó a muerte. ¿A qué clase de muerte...? A ser arrastrado por los torbellinos de la nieve...

Cogió su gorra y con paso ebrio salió de la posada.

No estaba del todo despierto, ni tampoco completamente ebrio. Las lágrimas brotaron de sus ojos, de pura compasión que él mismo se inspiraba, con su alma miserable y humillada, con esa alma que estaba dispuesto a entregar a la muerte...

Avanzó poco trecho, sin apartarse del camino que seguía...

En el mismo borde del camino se amontonaba la nieve; desesperado, dejóse caer, y con los ojos cerrados esperó ese sueño del que nunca se despierta.

Nadie sabe el tiempo que permaneció allí; pero aún vivía cuando la hija del pastor de Broby, corriendo cuesta arriba con una linterna en la mano, lo encontró tendido sobre la nieve, al borde de la carretera... Habíale esperado durante horas, y, al fin, se aventuró por las pendientes de Broby en busca del desgraciado. Lo reconoció en el acto y en seguida le sacudió, llamándole con todas sus fuerzas con el fin de despertarle. ¿Qué había hecho de su harina, de su saco y de su trineo? Era absolutamente preciso que volviera a la vida, aunque sólo fuera para responderle. Su querido padre

la mataría si su trineo no apareciese, y le mordía los dedos al mendigo y le arañaba el rostro, golpeándole presa de desesperación.

—¿Por qué diablo gritas de esa manera? —preguntó una voz imperiosa.

—Quiero saber lo que este hombre ha hecho de mi harina y de mi trineo —prorrumpió la niña, golpeando con los puños cerrados el pecho del mendigo.

—¿Cómo te atreves a golpear de esa manera a un hombre helado? Quítate ya de ahí, gato salvaje.

Una mujer alta y fuerte descendió del trineo y cogió a la muchacha por la nuca, arrojándola en medio del camino. Seguidamente se inclinó sobre el desgraciado, le puso el brazo en torno del cuerpo hasta conseguir levantarlo y lo condujo hasta su trineo, donde le acomodó sobre el asiento.

—¡Sígueme hasta la posada... gato montés...! —le gritó a la hija del pastor—. Allí veremos qué es lo que sabes de este asunto.

Una hora más tarde, Gösta Berling estaba sentado en una silla, ante la puerta que daba a la mejor habitación de la posada, frente a frente con la anciana que le había librado de morir entre la nieve...

Era una mujer que, según pudo observar en aquel momento Gösta Berling, volvía del bosque de vigilar un transporte de carbón. Tenía las manos embadurnadas de hollín y una pipa de barro cocido en la boca; cubríase con una pelliza negra de piel de carnero, sin forro, y llevaba una falda rayada de tela tejida en casa. Iba calzada con unas gruesas botas claveteadas; el mango de un cuchillo le asomaba por el corsé, y unos cabellos blancos y lisos le caían sobre su cara envejecida, aunque hermosa todavía.

Antes de que hubiera abierto la boca, Gösta había reconocido en ella a la famosa comandanta de Ekeby, de la que había oído hablar con mucha frecuencia. Ante las miradas de aquella mujer, la más poderosa del Wärmeland, se puso a temblar de angustia. Era la dueña de siete herrerías y estaba acostumbrada a mandar y ser obedecida, en tanto que él no era más que un hombre condenado, privado de todo, sin albergue, sin rumbo fijo en su peregrinación...

Permanecía silenciosa, contemplando aquel despojo humano: manos rojas e hinchadas, un cuerpo demacrado..., pero sobre aquella ruina

destacaba una soberbia cabeza que reflejaba todavía, a pesar de su decadencia y abandono, una belleza subyugadora...

—Sin duda eres Gösta Berling, el pastor, ¿no es eso? —le preguntó.

El mendigo permaneció inmóvil.

—Yo soy la comandanta de Ekeby.

El pastor se estremeció...

Cruzando las manos, dirigió hacia ella una vaga mirada de desesperación. ¿Qué era lo que le pedía aquella mujer...? ¿Quería obligarle a que siguiera arrastrándose por este valle de lágrimas...? Su fuerza le hacía temblar, a él que había estado ya tan cerca de aquella santa paz que ofrecen los eternos bosques de las alturas...

Era ella la que provocó en él la penosa lucha... Le dijo que la hija del pastor de Broby había ya recuperado su trineo con el saco de harina, y que ella, la comandanta, podía ofrecerle un refugio, como acostumbraba hacer con todos los desgraciados sin hogar, en el pabellón señorial de Ekeby, donde le esperaba una vida de placeres y de satisfacciones. Él respondió que quería morir.

Entonces dio un puñetazo sobre la mesa y, encarándose con el pobre, gritole rudamente:

—¡Ah, quieres morir! ¿Es eso lo que tú quieres? No me asombraría si tú vivieses; pero mira tu cuerpo adelgazado, tus miembros agotados, tus ojos mortecinos. ¿Te imaginas que hay en ti algo que matar? ¿Crees que para estar muerto se necesita hallarse encerrado en una caja de madera, rígido y frío? Hace mucho que has muerto y ahora contemplo tu cadáver. Veo sobre tus hombros una repugnante calavera y se me figura estar viendo los gusanos entrar y salir por tus cuencas vacías. ¿No ves que tienes la boca llena de tierra? ¿No oyes cómo te crujen los huesos cuando te mueves?

Gösta Berling se ha emborrachado de aguardiente y está muerto. Lo que ahora se mueve en él no es más que un esqueleto, y una vida así no la envidiaría él... si a esto puede llamarse vivir. Es casi lo mismo que si envidiaras a los muertos que ejecutasen una danza fúnebre sobre las tumbas, a la luz de las estrellas. ¿Te avergüenzas de haber sido pastor, ahora que tienes que morir? Mayor mérito es si consigues ser útil, aprovechando tus grandes dotes, en esta vasta tierra del buen Dios. Te diré sólo una cosa.

Si tú hubieras venido a mí en seguida, yo hubiera arreglado las cosas para tu bien. Pero hoy, lo que te hace falta, sin duda, es la gloria de verte acostado en un ataúd, envuelto en un lienzo, acostado sobre una capa de virutas, para ser admirado por todas las mujeres viejas del pueblo, que dirían: «¡Qué hermoso está!».

Gösta esbozó una sonrisa, pero no dijo nada, en tanto que la comandanta siguió atacándole con iracundas palabras.

«No hay peligro —pensó satisfecho—; no hay ningún peligro en que esta mujer me arranque a viva fuerza del abrazo de los eternos bosques que me ofrecen su amparo...».

La comandanta, silenciosa, se paseó por la estancia: después se sentó ante el fuego, con los pies apoyados en el morillo de la chimenea y los codos sobre las rodillas.

—¡Mil diablos! —exclamó riendo—. Es más cierto lo que acabo de decirte de lo que yo misma creí al principio... ¿Te figuras que la mayor parte de los que pueblan este mundo no son ya gente muerta o a punto de morir? ¿Crees tú que yo misma vivo? ¡Ah, dioses poderosos, no! Sí, mírame. Yo soy la comandanta de Ekeby y me creo la dama más poderosa del Wärmeland. Si levanto un dedo, el gobernador tiembla; si levanto dos, el obispo va de cabeza, y si levanto tres, el Capítulo, el Ayuntamiento y todos los fabricantes del Wärmeland danzan la polca en la plaza de Karlstad. Pues, sábelo bien, pastorcillo, que el diablo se me lleve si yo no soy más que un cadáver. Sólo Dios sabe lo que queda de vida en mí.

Gösta la escuchaba con el espíritu atento, aproximándose cada vez más hacia ella. La vieja comandanta inclinaba lentamente la cabeza hacia la llama de la chimenea, sin mirarle la cara, cuando le hablaba...

—¿Olvidas —continuó diciendo— que si yo fuese un ser vivo y te viese así, miserable, acariciando sombrías ideas, de suicidio, no te las hubiera quitado en seguida? Tendría lágrimas y súplicas que te ablandarían el corazón y te convertirías por completo, y te arrancarían de las garras del pecado, pero ahora estoy muerta; Dios lo sabe. ¿No has oído hablar nunca de la bella Margarita Celsing? No nació ayer; pero todavía hoy puedo llorar sobre ella hasta quemar mis viejos ojos. ¿Por qué tuvo que morir Margarita Celsing y por qué debe vivir ahora Margarita Samzelius, comandanta de

Ekeby? ¿Puedes decírmelo tú, Gösta Berling? ¿Sabes quién era Margarita? ¡Oh, esta Margarita de otros tiempos, qué alma sencilla, delicada, tímida e inocente era, Gösta Berling! Era una de esas mujeres por las que los ángeles riegan las tumbas con sus lágrimas. El mal le era desconocido, nadie se lo había hecho; era buena con todos y muy hermosa. Vino un hombre soberbio, que se llamaba Altringer. Dios sabe por qué había atravesado los desiertos de Elfdal, donde los padres de Margarita Celsing tenían su herrería. Pues bien; a este hombre gallardo le vio y le amó; pero era pobre y los dos enamorados convinieron esperar cinco años, ¡durante cinco años!, como se dice en las canciones. Pasaron tres años; otro se presentó para desposarla; un hombre feísimo, que los padres de Margarita creyeron rico y con el que, a golpes y palabras buenas y malas, duras e insinuantes, le obligaron a casarse. Aquel día murió Margarita Celsing. Desde entonces dejó de existir aquella muchacha y no quedó más que la comandanta Samzelius, nada buena, nada tímida, creyendo siempre en el mal, con los ojos obstinadamente cerrados al bien... Ya sabes tú cómo se iniciaron los acontecimientos luego... El comandante y yo habitábamos entonces en Siue, cerca del Leuven. Conocí días malos, porque su pretendida riqueza no existía. Pero Altringer volvió. Había hecho fortuna. ¡Qué actividad y qué espíritu emprendedor! Compró la propiedad de Ekeby, que lindaba con nuestra tierra, y seis propiedades más. Ese hombre incomparable hizo que nuestra pobreza fuese más llevadera. Montábamos en sus coches, nos llenaba la bodega con sus vinos y nuestra mesa de manjares. Llenó mi penosa vida de encanto y placer. Cuando estalló la guerra el comandante tuvo que reunirse con sus tropas. ¿Qué nos importaba a nosotros? Un día iba yo a verle a Ekeby; al siguiente venía Altringer a Siue. ¡Ah, fue una abigarrada serie de fiestas en las riberas del lago de Leuven! Pero no tardaron en circular murmuraciones de las gentes envidiosas. De haber vivido Margarita Celsing se hubiera sentido afligida, pero a mí me tenía todo eso sin cuidado.

Entonces no me daba cuenta todavía de que mi insensibilidad era debida a que mi ser de otros tiempos estaba realmente muerto. Estos rumores llegaron pronto al oído de mis padres, que vivían allá lejos, entre las carboneras forestales, en el bosque de Elfdal. Mi anciana madre no vaciló

mucho, y se puso en camino para hablarme de estos asuntos... Se presentó en casa un día en que el comandante estaba ausente y yo tenía a la mesa a Altringer y varios invitados más. La vi entrar en la sala, pero nada me decía ya que aquella mujer fuese mi madre. La traté como a una extraña y le ofrecí asiento y comida. Quería hablarme como a su hija; pero yo le hice observar que se equivocaba, porque mis padres habían muerto el día de mi boda. Recibió el choque sin pestañear. Era una mujer indomable, una anciana recia y fuerte, y que, a pesar de sus setenta años, acababa de recorrer veinte millas en tres días. Sentóse sin cumplidos y se sirvió la comida, respondiéndome con el mismo tono con que yo le había anunciado la dolorosa pérdida, ocurrida precisamente en un día tan memorable.

—Sí, lo más lamentable —repliqué yo— fue que mis padres no murieran un día antes, porque, de haber ocurrido así, el matrimonio no se hubiera realizado jamás.

—¿Es que la graciosa comandanta no ha sido feliz en su matrimonio?

—Sí —respondí—. Ahora soy dichosa, y cada día me felicito de haber cumplido la voluntad de mis adorados padres.

Me preguntó entonces si también era voluntad de sus padres el que yo deshonrara mi nombre y el de ellos, engañando a mi marido. Dijo luego que hacía muy poco honor a mis padres el haberme entregado a merced de las murmuraciones del pueblo.

—Como ellos han hecho la cama, que se acuesten —le respondí añadiendo que no toleraría que se insultara en mi cara a la hija de mis padres.

Continuamos comiendo mi madre y yo, pero los convidados, cohibidos, no se atrevían ni a tocar los cubiertos.

Permaneció en casa un día y una noche, y cuando ya se había repuesto pidió sus caballos. Pero, mientras duró su estancia, yo no había sentido ni un solo instante el cariño instintivo que se profesa a las madres.

En el momento en que iba a partir, estando el coche dispuesto, se volvió, ya en la escalera, y me dijo:

—He permanecido un día y una noche bajo tu techo, y no te has dignado reconocerme como a tu madre. Recorriendo desolados parajes, he traspuesto nada menos que veinte millas en tres días. Todo mi ser tiembla

de vergüenza, como si hubieran castigado a vergajazos; me avergüenza todo lo que se hace aquí. Reniegas de mí y me rechazas. ¡Que algún día renieguen de ti como tú reniegas de mí! ¡Que los caminos sean entonces tu único refugio, que tengas por lecho la zanja de la carretera, que un horno de carbón sea tu hogar y el oprobio y la ignominia tu recompensa! ¡Y que otros te abofeteen como te abofeteo yo!

Y me golpeó duramente en la mejilla.

Pero yo la levanté con mis brazos, la bajé por la escalera y la metí en el coche.

—¿Quién eres tú para maldecirme? —le gritaba—. ¿Quién eres tú para abofetearme? De nadie en el mundo lo soportaría.

Levanté la mano a mi madre y le devolví la bofetada...

En aquel mismo momento adelantó el coche, y en aquel mismo instante comprendí también que Margarita Celsing había muerto para siempre... ¡Había sido tan buena, tan inocente, incapaz de pensar en causar daño a nadie...! Los ángeles del cielo habrán regado su tumba con amargas lágrimas...

Si Margarita no hubiera muerto, jamás hubiera osado levantar la mano contra su madre...

Gösta Berling, el mendigo sentado al pie de la puerta, se había limitado a escuchar. El sonido de aquella voz consiguió dominar en él, por un instante, el misterioso llamamiento de los bosques y de la muerte. De tal manera aquella mujer, la más poderosa del distrito, se había hecho su igual en el pecado, su hermana en la ignominia, con el único objeto de devolverle el ánimo y la alegría de una vida nueva... Así, le dio a entender que su cabeza no era la única que cedía bajo el peso abrumador de la pena y del pecado... Gösta Berling se levantó y acercóse a la comandanta.

—¿Quieres tú vivir ahora, Gösta Berling? —prosiguió diciendo con voz entrecortada por el llanto—. ¿Por qué buscar la muerte? Ciertamente hubieras podido ser un buen pastor; pero el Gösta Berling que tú ahogaste en el aguardiente, ¿fue más cándido y más inocente que la Margarita Celsing que yo ahogué en el odio? ¿Quieres tú vivir?

Gösta Berling desplomose ante la comandanta y permaneció arrodillado.

—Perdóname... —exclamó—; pero no puedo, me es imposible...

—Soy una vieja mujer —gritó la comandanta— endurecida por crueles penas y he aquí que me he entregado a merced de un mendicante recogido medio muerto en un montón de nieve. Ahora recibo la recompensa que he merecido... Bien, bien, márchate; puedes aún suicidarte... ¡Bah! Al menos no podrás luego contar a nadie mis confesiones y mi locura.

—No soy un suicida; soy un condenado a muerte. No hagas que mi lucha sea demasiado pesada. No puedo vivir. Mi cuerpo ha dominado mi alma; por eso tengo que darle la libertad y permitirle que vaya hacia Dios.

—Pero ¿acaso crees que llegará hasta Dios?

—Adiós, Margarita Celsing, y muchas gracias.

—Adiós, Gösta Berling.

El pastor se levantó y con la cabeza baja y paso vacilante se dirigió hacia la puerta. Aquella mujer le hacía penoso el camino fatal hacia los bosques seculares.

Cuando llegó a la puerta tuvo que volverse y su mirada se encontró con la de la comandanta, que, silenciosa, permanecía sentada, mirándole. Jamás había visto él un cambio parecido en un rostro humano, y se quedó parado, contemplándola. Ella, que unos momentos antes se había mostrado llena de ira y amenazadora, estaba ahora sentada, tranquila, como en éxtasis y sus ojos irradiaban un amor purísimo y consolador. Ante aquella mirada notó que algo estallaba en su extraviado corazón; entonces apoyó la frente en el marco de la puerta, alzó los brazos sobre la cabeza y lloró como si se le partiera el corazón.

La comandanta arrojó al fuego su pipa de barro y se acercó a él; sus movimientos eran en aquel momento tan dulces y tiernos como los de una madre.

—¡Ea, ea, jovencito mío!

Y le hizo sentarse junto a ella, en el banco que estaba al lado de la puerta. Gösta, con la cabeza apoyada en su regazo, lloraba.

—¿Piensas todavía en la muerte?

Quiso marcharse, pero ella le retuvo a la fuerza.

—Ahora te digo por última vez que puedes hacer lo que te plazca; pero yo te prometo que si deseas vivir guardaré conmigo a la hija del pastor de Broby, para hacer de ella una mujer de provecho. Y podrá dar gracias a Dios de que la hayan robado. ¿Estamos conformes?

—¿Es esto verdad? —dijo Gösta mirándola a los ojos.

—Sí, es verdad, Gösta Berling.

Entonces, lleno de ansia, dejó caer las manos. Ante él veía los ojos confusos, los apretados labios y las pequeñas manos enflaquecidas de la niña. El pobre ser insignificante encontraría, pues, protección y paz, y el signo de la humillación sería extirpado de su cuerpo, así como lo malo de su alma. Entonces vio cerrada ante él la entrada que conducía al camino de los bosques seculares.

—No me quitaré la vida mientras ella esté bajo el amparo de la comandanta —decía él—. Ya sabía yo que la comandanta sería más fuerte que yo y que me obligaría a seguir viviendo.

—Gösta Berling —dijo ella en tono solemne— he luchado por ti como por mí misma. Yo dije a Dios: si aún queda un átomo de Margarita Celsing en mí, concédeme que aparezca y que pueda impedir a ese hombre que se marche y se suicide. Y me lo ha concedido. Y tú la has visto y por eso no pudiste marcharte. Y ella me susurró que probablemente, en consideración a la pobre criatura, accederías con gusto a no morir. ¡Ah, voláis con mucha osadía, vosotros, pájaros salvajes; pero Dios sabe ciertamente la manera de cazarlos!

—Es un Dios grande y milagroso —dijo Gösta Berling—; me ha tomado por loco y me ha despreciado, pero ya que no quiere permitirme morir, hágase su voluntad.

Desde aquel día, Gösta Berling figuró como caballero de Ekeby. Dos veces trató de recobrar su libertad y de abrirse camino en la vida con su propio esfuerzo. La primera vez la comandanta le cedió una pequeña granja enclavada en sus tierras. Allí se retiró por algún tiempo, tratando de llevar la vida de un trabajador. Lo logró, por cierto, durante bastantes días, pero después se cansó de su soledad y de su trabajo cotidiano. Y volvió a la casa. La segunda vez fue al castillo de Borg, como preceptor del joven conde Enrique Dohna. Se prendó de la joven Ebba Dohna, hermana del conde;

pero en el momento en que creyó que iba a hacerla suya, se murió súbitamente. Y volvió a ser caballero de Ekeby, convencido de que para un pastor destituido están cerrados para siempre todos los caminos que conducen a la regeneración.

I

EL PAISAJE

Ante todo he de rogar a aquellos lectores que ya conocen el gran lago, las feraces planicies y las montañas azules, que salten algunas páginas. Pueden hacerlo tranquilamente, pues aún así el libro será, no obstante largo.

Se comprende que esté obligada a describir estas tres escenas para quienes no las han visto todavía, toda vez que ellas fueron el escenario donde Gösta Berling y los caballeros pasaban su vida de placeres. Pero aquéllos que ya las han visto comprenderán fácilmente que el describirlas sobrepase en mucho las fuerzas de quienes sólo saben manejar la pluma.

Preferiría limitarme a explicar que este lago se llama Leuven, que es largo y estrecho, que se extiende desde los inmensos y solitarios bosques del norte del Wärrmland hasta más allá de las planicies donde está el lago de Wener, hacia el sur, de la llanura a ambos lados del lago, hasta las montañas que con sus cadenas de colinas rodean el valle. Pero no es suficiente para mí el pretender describir el lago de los ensueños de mi niñez y la vida de los héroes de mi familia.

Las fuentes del lago están situadas bastante lejos, en el Norte, y es éste un país magnífico para un lago. El bosque y las montañas no cesan jamás de acumular allí sus aguas, y torrentes y arroyuelos se vierten en él durante todo el año. Posee un lecho de arena fina, por donde se extienden el promontorio y las islas que se reflejan en el fondo; hay aquí espacio suficientemente ancho para que juguete la ondina y que permite que el lago se desarrolle grande y hermoso. Allá, al Norte, tiene un aspecto alegre y retozón. Tendríaís que verlo una mañana de verano cuando brilla risueño entre un manto de niebla. Se oculta durante unos instantes; después,

lentamente, emerge de su envoltura luminosa, tan encantadoramente hermoso, que apenas si puede reconocérsele. Pero entonces, con una ligera sacudida, arroja la capa que lo cubre y aparece desnudo y libre, abriéndose paso hacia el Sur a través de algunos cerros de arena; estréchase cada vez, se va encogiéndose más y corre en busca de un nuevo reino. Lo encuentra, pronto vuelve a ser grande y poderoso, llena profundidades insoldables y baña una laboriosa región, a la cual tiene que adornar. Pero ahora sus aguas son oscuras y sus orillas menos variadas; sus vientos son más ásperos y todo su carácter más severo. Pero continua siendo un lago imponente y magnífico. Innumerables son las embarcaciones y almadías que navegan por él, y sólo rara vez, antes de Navidad, puede entregarse a gozar del invernal reposo. Con frecuencia se pone de mal humor, a veces llega hasta hundir los botes, pero también suele quedarse tranquilo y soñador, reflejando la bóveda celeste.

Pero el lago quiere seguir recorriendo el mundo; a pesar de que las montañas van siendo más suaves y el camino, a medida que desciende, más llano, hasta que, finalmente, tiene que deslizarse a través de un estrecho paso entre arenosas orillas. Y por tercera vez se ensancha de nuevo, pero ya sin su antigua magnificencia y poder.

En sus orillas, llenas y uniformes, gimen plateados sauces y sus ondas se sumergen mucho más pronto en el sueño invernal. Aún es hermoso, pero ha perdido la fiereza de su juventud y el vigor de su edad madura. Es un lago como tantos otros. Con sus dos brazos busca a tientas el camino hacia el lago Wener, y cuando lo ha encontrado se lanza, con debilidad senil, en su supremo esfuerzo, desde los abruptos declives y cae en eterno reposo.

La planicie es tan larga como el lago, pero con mucha dificultad consigue discurrir entre éste y las montañas, partiendo del barranco situado en el extremo norte, hasta que con toda calma se dilata y se adormece junto a las riberas del Wener. Naturalmente que la planicie no desearía otra cosa que seguir las orillas del lago de un extremo a otro, pero las montañas no se lo permiten. Las montañas, que en tiempos antiguos fueron refugio de innumerables fieras, son imponentes murallas de granito, cubiertas de bosques y sembradas de barrancos; y es difícil caminar por allí, entre el musgo y las zarzas. Con frecuencia tropieza uno con charcos de fangoso

fondo o cenagales de sombrías aguas entre dos cumbres alejadas; acá y allá suele encontrarse un campamento de carboneros, o un lugar donde se tala la madera, o un trozo de matorral quemado, lo que indica que en estas montañas trabaja la mano del hombre; pero, generalmente, las aguas dormitan indiferentes, entregadas a los eternos juegos de luz y sombra que se reflejan en sus flancos.

En torno a esta montaña está la planicie, hospitalaria y fructífera.

—Sólo podéis levantar muros en torno mío —dice la planicie a las montañas—. No me haréis desaparecer.

Pero las montañas no le escuchan. Lanzas hasta abajo, junto al lago, sus largas hileras de colinas y mesetas donde se levantan magníficas torres, así como sobre cada promontorio, y tan rara vez se separan de las orillas del lago, que la planicie sólo en contados sitios consigue revolcarse en la suave arena de la ribera. Pero toda queja es inútil.

—Alégrate de que estemos aquí nosotras —dicen las montañas—, y piensa en la época de Navidad, cuando las heladas nieblas, día tras día, flotan sobre el Leuven. Donde nosotras estamos, prestamos siempre buenos servicios.

La planicie se queja de que tiene muy poco sitio y de que carece de perspectiva.

—¡Ah, torpe! —contestan las montañas—. Tendrías que sentir cómo gime el viento aquí, al borde del lago. Para poder resistir esto, es necesario por lo menos tener las espaldas de granito y un manto de abetos. Puedes alegrarte de tenernos a nosotras.

Y la planicie se alegra también con esto. Ella conoce bien los maravillosos cambios de color, de luz y de sombras que se suceden en las montañas. En todo el esplendor del mediodía las alturas, de un azul débil y pálido, retroceden y se achican en el horizonte; pero con la aurora y el sol poniente se yerguen en toda su estatura y se colorean de un azul purísimo, semejante al del firmamento en el cenit. A veces suele caer sobre ellas una luz tan viva, que cada surco, cada sendero, cada barranco, puede distinguirse a varias millas de distancia.

También sucede que en ciertos lugares las montañas se echan un poco a un lado y dejan deslizarse entre sí a la planicie de modo que ésta pueda

aproximarse hacia el lago. Y cuando ella descubre las aguas enfurecidas, vomitando espuma y rugiendo como un gato salvaje, o el helado gigante envuelto en humo, pronto da la razón a las montañas y se retira nuevamente tras su muralla.

Desde tiempos inmemoriales los hombres han venido cultivando la planicie y hoy está muy poblada. Allí donde hay un arroyuelo con un espumeante salto de agua que se lanza al lago, se ha instalado un aserradero o un molino. En los lugares descubiertos, donde la planicie llega hasta el lago, se han edificado iglesias y presbiterios; pero al borde de los valles, sobre el suelo pedregoso donde no nace el grano, encuéntranse granjas de labradores, casas de oficiales y, a veces, alguna que otra finca señorial.

Ciertamente, hay que suponer que en el año 1820 la región no estaba tan cultivada como hoy día. Grandes extensiones que ahora están en laboreo, no eran entonces más que bosques o terreno pantanoso. La población tampoco era entonces tan numerosa y se ganaba la vida ora transportando madera, ora trabajando en las sierras y molinos, y en ciertos lugares la agricultura no bastaba para su sustento. En aquella época el habitante de la planicie no gastaba otros vestidos que los tejidos en su propia vivienda, comía pan de avena y se conformaba con un jornal misérrimo. La miseria era grande; pero se aminoraba con el buen humor y la laboriosidad y aptitud de la gente, cualidades que llegaron a hacerse famosas en los demás países.

Pero el gran lago, la rica planicie y la montaña azul formaban el paisaje más hermoso, tal como lo siguen formando; y el pueblo sigue siendo, hoy como ayer, vigoroso, decidido e inteligente. Ahora ha ganado mucho en lo que a comodidad e instrucción se refiere.

Ojalá continúen siendo dichosos aquellos que viven allá arriba, junto al gran lago y las azules montañas. Son algunos de sus recuerdos los que pretendo describir ahora.

II

LA NOCHE DE NAVIDAD

Sintram es el malvado dueño de las fundiciones de Fors. De cuerpo desgarrado, tiene los brazos largos como los de un mono, monda la cabeza y una cara fea y risible. Hace el mal igual que respira. Sintram sólo toma para criados a seres vagabundos y pendencieros y tiene a su servicio criadas amigas de querellas y embustes. Es él quien excita a los perros hasta hacerles rabiar hundiéndoles agujas en el hocico, y vive contento y feliz entre personas odiosas y bestias feroces. El gran placer de Sintram consiste en disfrazarse de diablo con sus cuernos, su cola, sus patas de caballo y aparecer súbitamente surgiendo de los rincones sombríos del horno de pan o del cobertizo de madera, para aterrorizar a los niños miedosos y a las mujeres supersticiosas. Sintram triunfa cuando consigue convertir una vieja amistad en un nuevo odio y cuando envenena los corazones con mentiras y calumnias.

Ése es Sintram, el mismo que un día se presentó en Ekeby.

—Haced entrar en la herrería el gran trineo de madera, pongámoslo en medio del taller y, sobre los montantes de los cuatro ángulos, coloquemos la caja de un pequeño y viejo carruaje. ¡He aquí una mesa! ¡Viva la mesa!

La mesa está preparada... Vengan sillas en seguida, o cualquier cosa, con tal que nos podamos sentar a su alrededor. Tomemos los banquitos del zapatero y las cajas vacías. Buscad los viejos sillones rotos, sin respaldo y traed aquí el viejo trineo de un caballo, sin toldo. Traed la vieja carroza para que sirva de tribunal al orador. Pero no, no puede ser... Le falta una rueda y

de toda la caja sólo queda el sitio del cochero. El cojín está destripado; el crin que lo llenaba se escapa y los años han mordido la funda de cuero. ¡El viejo trasto es alto como una casa! ¡Cuidado, cuidado, para que no se vuelque! ¡Hurra! ¡Hurra! Es la noche de Navidad en las herrerías de Ekeby.

Tras las cortinas de seda que ocultaban la cama de matrimonio, dormían el comandante y la comandanta, convencidos de que los caballeros harían otro tanto. Los criados y criadas dormían aletargados por el hartazgo de arroz con leche y por la fuerte cerveza negra. Pero los caballeros no dormían... ¡Era imposible suponerlo!

En la fragua abandonada, los herreros de piernas desnudas no alborotan con sus palancas de hierro; los chiquillos de cara embadurnada de humo, no rodaban las briquetas de carbón. El martillo grande pendía del techo como un brazo el puño cerrado. El yunque está vacío; los hornos no piden su ración de carbón, abriendo sus fauces de fuego. El fuelle no ruge con su sonido estridente. Es Navidad. La fragua duerme.

¿Duerme? ¡Creer que la fragua duerme cuando los caballeros están despiertos! Han abierto sobre la tierra unas largas tenazas y sobre las pinzas han clavado dos velas de sebo. De la marmita de cobre rutilante que no contiene menos de veinte litros, suben hacia las tinieblas de la techumbre las llamas azules del *punch*.

Berencreutz acaba de suspender una linterna de cuerno del martillo con que machacan las barras de hierro. El líquido amarillento luce en los tazones como puesto al sol. Los caballeros festejan la Navidad en la fragua con cantos, música, risas y juerga, sentados en torno de aquella mesa; pero este escándalo de medianoche no despierta a nadie, porque los vagorosos rumores de la algazara se ahogan en el potente rugido de la rápida corriente que corre al pie de la ventana.

¡Ah, si la comandanta viese toda esa alegría, todo ese alboroto!... ¿Qué pasaría? Probablemente se uniría a ellos y vaciaría una copita de *punch*. ¡Es una gran mujer la comandanta de Ekeby!

La alegre canción de algún comensal o alguna partida de naipes, no le harían vacilar un pie. Esta mujer, la más acaudalada de todo el Wärrmland, brusca como un hombre, orgullosa como una reina, ama el sonido de los violines, las estridentes trompas de caza, el canto, los vinos, los juegos, las

mesas rebosantes de alegres comensales, el perpetuo correr en sus graneros llenos de provisiones, las danzas locas en sus estancias y en la sala, las risas en los oficios divinos y el tumulto de los caballeros en la parte del edificio que ocupaban.

Los doce caballeros están instalados en torno de la marmita. No se trata de seres insignificantes, ni tampoco de héroes, sino de hombres cuya gallardía debe vivir todavía muchos años en Wärmaland, manteniendo la fama de estos hombres sinceros y valientes.

No se asemejan a inánimes pergaminos de los tiempos pasados, ni a bolsas de oro de mezquinos avaros; son seres pobres, pero despreocupados, verdaderos caballeros de la mañana a la noche.

Sin parecerse a sauces llorones, a soñolientos holgazanes, son, como todos los demás, seres mortales, hombres que mueven bruscamente su lengua, héroes de centenares de aventuras.

Desde hacía muchos años la residencia de los caballeros había estado vacía. Desde ahora, Ekeby ya no es un refugio de seres desgraciados sin hogar. Ya no se encuentran allí oficiales retirados o hidalgos empobrecidos, que atravesaban el Wärmaland con sus miserables carriolas, sino otros hombres, nuevos seres resucitados; eran mozos alegres, despreocupados, que parecían gozar de una juventud eterna...

Todos estos hombres tan afamados, son diestros tañedores de uno o varios instrumentos. Todos tienen sus particularidades, sus rasgos personales, sus atractivos, sus ocurrencias geniales y sus canciones que brotan de sus mentes como las hormigas que pululan en el hormiguero...

Pero con todo eso, cada uno de ellos lleva un especial rango distintivo, una cualidad noble y caballeresca que le distingue de todos los que le rodean.

De cuantos se encuentran reunidos en torno de la marmita, quiero nombrar en primer lugar a Berencreutz, el coronel de frondoso mostacho blanco, afamado jugador de naipes y cantos nocturnos que poseía una bien timbrada voz; a su lado estaba sentado el más taciturno y famoso cazador de osos, Andreas Fuchs. El tercero de la ronda era el pequeño Ruster, el tambor que en otros tiempos había sido el ordenanza del coronel y que había ganado el rango de caballero por su habilidad en preparar el *punch* y

por su voz de bajo. Además, hay que nombrar a otro, al viejo Rutger von Oernecko, el hombre de la suerte, irresistible, de gordo cuello, con su peluca rizada, con su corbata de suela, empolvado, pintado como una señora, uno de los más famosos de entre los caballeros. A sus lados estaban el no menos célebre Cristian Berg, el fuerte capitán, héroe de mil hazañas, pero fácil de ser engañado, como el gigante de los cuentos; en esta compañía aparecía a veces también un hombre pequeño, redondo como una bola, ágil y vivaracho, el patrón Julius, orador, maestro de esgrima, cantante y maravilloso cuentista. Con gusto solía desahogar su buen humor en el alférez, que sufría de gota, y en el gigante estúpido, que formaba parte de la compañía.

También había extranjeros: un alemán, inventor de un carro automóvil y de una máquina de volar, el gran Kevenhüller, cuyo nombre resuena rumoroso entre el murmullo de los bosques, un perfecto caballero, tanto por su ilustre abolengo como por su noble aspecto, con su bigote retorcido, su barba puntiaguda, su nariz aguileña y sus ojitos oblicuos, rodeados de una densa red de entrelazadas arrugas.

Allí se hallaba, además, el gran guerrero, el buen tío Cristóbal, que nunca salía de los límites de la residencia de los caballeros, a no ser para asistir a alguna cacería de osos o para tomar parte en alguna loca aventura.

Su vecino, el tío Eberhard, filósofo, no había venido a Ekeby para tomar parte en las locas travesuras de la demás gente, sino para terminar, al abrigo de los cuidados materiales, una gran obra de ciencia. Por último, los dos mejores caballeros: el pacífico Lövenborg, alma cándida y crédula, que no conocía los caminos del mundo y que era demasiado bueno para sus maldades, y Liliencron, el gran músico, que tenía una buena casa y languidecía siempre por volver a ella, aunque no podía escapar de Ekeby, porque su espíritu necesitaba distracciones, ruidos y riquezas, para soportar las cargas de esta vida.

Todos estos hombres habían dejado tras de sí a la juventud, habiendo algunos de edad bastante avanzada; pero el que hacía doce entre ellos, apenas acababa de cumplir los treinta años y poseía el vigor del cuerpo y del alma. Era Gösta Berling, el caballero de los caballeros, más orador, cantante, músico, cazador, bebedor y jugador que todos juntos. Estaba

dotado de todas las virtudes de un caballero... ¡Qué hombre hubiera podido hacer de él la comandanta!...

Miradle: sube a la tribuna; las tinieblas de la techumbre descienden sobre él, como pesados festones, y su cabeza aventajada emerge a plena luz en medio de estas pesadumbres, irguiéndose como las cabezas de los divinos jovenzuelos lucíferos, que imponían el orden en la caótica confusión de los dioses de la creación del mundo. Esbelto y deslumbrante de hermosura, sediento de nuevas aventuras, aparece en la tribuna, y de sus labios brotan palabras llenas de profunda seriedad.

—Caballeros y hermanos; la medianoche se acerca. La fiesta ha adelantado tanto que es hora de vaciar un vaso a la salud del decimotercero de los comensales.

—Pero, hermano Gösta —grita el patrón Julius no somos más que doce en la mesa.

—Aquí en Ekeby —replicó Gösta con sombría gravedad— muere un hombre cada año. Muere uno de los moradores de la residencia de los caballeros alegres y despreocupados, de eterna juventud como nosotros. No conviene que los caballeros envejezcan. El día en que los vasos pesen demasiado en sus manos temblorosas y las cartas se borren bajo sus ojos agotados, ¿qué les será la vida y qué serán ellos para la vida? De los trece que festejamos la noche de Navidad en la herrería de Ekeby, es preciso que muera uno. Pero cada año un nuevo caballero remplaza su sitio y completará nuestro círculo un hombre hábil en el manejo del violín y las cartas, experto en el oficio de la alegría. Las viejas mariposas deben saber morir antes de que decline el sol del verano. ¡Camaradas, bebo a la salud del decimotercero!

—¡Pero aquí no somos más que doce! —gritaron los caballeros sin tocar su vaso.

Gösta Berling, al que llamaban poeta, aunque jamás había escrito en verso, continuó tranquilamente:

—Caballeros y hermanos; ¿no recordáis quiénes sois? A vosotros incumbe mantener la alegría en el país del Wärmeland y de hacer vibrar las cuerdas del violín que aviva la danza, haciendo resonar cantos y músicas por toda la región... Si vosotros no existierais, los valeses, el verano, las

rosas, las cartas, las canciones, todo desaparecería de este país bendito, y no se vería otra cosa que hierro y maestros de forja. La alegría vivirá con nosotros. ¡Ésta es la sexta vez que celebro la Navidad en esta forja de Ekeby y jamás ha rehusado nadie beber a la salud del decimotercero!

—Pero si somos doce, Gösta —insistieron los caballeros—, ¿cómo beber a la salud del decimotercero?

Una honda preocupación notóse en el rostro de Gösta.

—¿Decís, pues, que somos sólo doce? ¿Cómo es eso...?, Es decir, ¿que debemos ir desapareciendo poco a poco de la superficie de la tierra...? Es decir, ¿que el año próximo deben quedar ya sólo once y el año subsiguiente únicamente diez? ¿Debe desvanecerse nuestra vida como un cuento de hadas, debe extinguirse nuestra Sociedad? Voy a conjurar al decimotercero, ya que me he levantado, y a ofrecerle un brindis. Le llamo de dondequiera que salga, de las profundidades del mar, de las entrañas de la tierra, del cielo o del infierno, para que complete el número de los caballeros...

Al conjuro de estas palabras se oye un sordo ruido en el horno de fundición; unas llamas brotan de su boca...

¡He aquí el decimotercero! De cola larga, pies de caballo, cuernos en la frente, barba puntiaguda y cuerpo de fauno, avanzó el decimotercero, y los caballeros lanzaron un grito y dieron un salto. Pero Gösta Berling, poseído de una alegría delirante, gritó:

—¡Ha venido el decimotercero! ¡Bebo por el decimotercero!

Ya está allí, entre aquellos desenfrenados, turbadores de la Nochebuena; el viejo enemigo de los hombres, el amigo de las brujas y de Blokula^[1], el que firma sus contratos con sangre sobre el papel negro, el que en otro tiempo bailó durante siete días con la loca condesa de Ivarnäs y que siete curas no pudieron exorcizar. Ha llegado, por fin, y a la vista del recién llegado, tempestuosos pensamientos cruzan la mente del viejo aventurero que no sabe explicarse a quien se debe esta extraña visita nocturna.

Varios de los comensales tuvieron un instante de loco pánico, pero pronto se tranquilizaron al pensar que el diablo no llegó para llevárselos a su morada tenebrosa, sino que apareció atraído por el entrechocar de los vasos y por el son de los cantos, deseoso de disfrutar con los hombres la

alegría de la Nochebuena, de renunciar en estas horas supremas al penoso ejercicio de su sombrío poder.

—Oh, caballeros, caballeros, ¿habéis observado que es la noche de Navidad? Es la hora en que los ángeles del cielo cantan su bienvenida a los pastores de los campos y en que los niños luchan contra el sueño, temerosos de faltar a la encantadora misa matinal. Pronto será el momento de encender los cirios de la iglesia de Brö. En las lejanas granjas de los bosques el galán ha preparado el blandón luminoso de ramas de abeto que guiará a la elegida de su corazón por el camino que conduce a la iglesia. En todas las casitas, las dueñas han puesto detrás de las ventanas los candelabros que deben encenderse cuando comiencen a pasar las gentes que vayan a la misa. El sacristán entona, adormecido, los cánticos de Navidad, y el viejo cura, que no puede dormir, trata de cantar una vez más, con voz quebrada, para sus feligreses el *Gloria in excelsis Deo*. ¡Ah, caballeros, en vez de buscar la compañía del rey de los infiernos, hubiera sido mejor haber pasado la Noche de la Paz en la dulce tranquilidad del reposo!

No obstante, todos le aclaman con júbilo, siguiendo el ejemplo de Gösta Berling, y ponen en sus manos una copa de licor llameante, después de haberle colocado en el sitio de honor de la mesa.

Berencreutz le propuso una partida de cartas; el patrón Julius su repertorio de bellas canciones, y Oerneclo se atrevió a hablarle de las bonitas mujeres, de estos seres divinos que embellecen la vida.

Sin embargo, el diablo, apoyado contra el pescante de la vieja carroza y con la cabeza soberbiamente echada hacia atrás, llevó a sus desfigurados labios la copa de sabroso líquido. Y Gösta le arengó en estos términos:

—Alteza, os hemos esperado largo tiempo aquí, en Ekeby, porque es aparentemente el único paraíso que os queda abierto. Se vive aquí sin sembrar ni hilar, como sabéis, aquí las palomas asadas os caen en la boca. Aquí la cerveza fuerte y el aguardiente azucarado corren en ríos desbordantes. Aquí se goza del único bienestar, no lo olvidéis, Alteza...

Efectivamente, los caballeros os han esperado con ansia, para que completarais el número de los comensales. Tened presente, Alteza, que representamos más de lo que indica nuestra apariencia. Somos la docena de seres sobrehumanos que elogia el secular poema de los siglos. Éramos doce

cuando dominábamos el mundo desde las alturas del nebuloso Olimpo, éramos doce como los legendarios pájaros que habitan las verdequeantes moradas de Iggdrasil. ¿No éramos doce paladines cuando nos hallábamos sentados a la mesa redonda del rey Artús, y no éramos doce al acompañar al rey Carlomagno en sus expediciones guerreras?

¡Doce compañeros! Uno de nosotros ha sido Thor, otro Júpiter, y supongo que hoy todavía ostentamos rasgos de tan altas dignidades. Hasta bajo un envoltorio de harapos puede descubrirse este resplandor de la divinidad, como puede ocultarse la melena del león bajo la piel del asno. El tiempo nos ha tratado duramente, pero, con todo esto, desde el momento en que nos hallamos aquí, la forja va a convertirse en Olimpo, y la morada de los caballeros va a transformarse en Walhalla.

De todas maneras, nuestro número no ha sido completo, Alteza. Ya sabéis que entre los doce de la leyenda no faltaba nunca un Loki, un Prometeo o un Ganelon, y éste es a quien echamos de menos.

¡Bienvenido seáis, Alteza!

—Hermosas palabras —exclamó el diablo—, pero no tengo tiempo de responderos. Los negocios ante todo, hijos míos. Debo abandonaros. De otro modo, gustoso me prestaría a serviros en los que se os antojara. Ya nos volveremos a ver. Muchas gracias por la acogida que me habéis dispensado esta noche.

Los caballeros le preguntan adónde va, y les contesta que la noble comandanta de Ekeby le espera para renovar su contrato.

Todos se quedan mudos de asombro. La comandanta es una ruda mujer, fuerte y osada, que se carga sin esfuerzo una tonelada de trigo sobre sus anchas espaldas; acompaña los convoyes de minerales de todo el distrito desde las minas hasta las herrerías de Ekeby; duerme como una campesina sobre el suelo del granero, con un saco por almohada, los más profundos sueños, y durante el invierno no teme servir un horno de carbón, ni en el verano transportar maderas, bajando por el curso de Leuven.

¿Quién manda mejor que ella? La comandanta jura como un carretero y domina como un rey en las siete herrerías y en las granjas de sus vecinos, en su distrito y en los distritos próximos en suma, sobre todo el bello país del Wärmeland. Pero con los pobres caballeros sin hogar se muestra más

dulce que una madre, y ellos, en cambio, hacen oídos de mercader cuando la calumnia les dice que la señora ha hecho pacto con el diablo. Por esto preguntan, asombrados, al diablo, qué clase de contrato ha hecho con él la comandanta.

—Sí —continúa el cornudo—; le he dado estas siete herrerías a cambio de un alma que ella me paga cada año.

¡Oh, qué espanto se apodera de los caballeros!

Los caballeros lo sabían, por más que hasta entonces no habían logrado comprenderlo. En efecto, todos los años muere un hombre en Ekeby, uno de los desdichados huéspedes de aquella parte del edificio, uno de los alegres despreocupados, de los eternos jóvenes. Pero ¿qué importa?

Los caballeros no deben envejecer nunca... Cuando sus temblorosas manos no puedan ya sostener el vaso, cuando sus ojos agotados sean ya incapaces de seguir un juego de naipes, ¿qué será la vida para ellos? ¡Las mariposas deben saber morir mientras brille el sol!

Hasta entonces no habían podido comprender el sentido exacto de estas palabras.

¡Desgraciada mujer! Éste era, pues, el motivo por el que les ofrecía aquel soberbio festín. Por esto les obsequia con la fuerte cerveza y con el dulce aguardiente, sólo para que pasen de estas salas de orgía de Ekeby al poder del príncipe infernal... ¡Uno de ellos debía ser sacrificado cada año!

¡Maldición a la bruja! ¡Ekeby, adonde habían llegado fuertes y vigorosos para buscar su reconciliación con la vida, no era más que el camino y la puerta de la condenación eterna! Sus cerebros parecían ya esponjas viejas, sus pulmones eran un montón de ceniza, su espíritu nublado. Les esperaba el lecho de la muerte, la espantosa tranquilidad del reposo sin esperanza... ¡Maldita mujer! De este modo habían muerto sus antecesores, hombres más apreciables que ellos, y del mismo modo iban a morir también los actuales caballeros.

Pero pronto vuelven los caballeros de su espantoso asombro.

—¡Príncipe infernal! —exclamaron—. No es preciso que esta bruja te firme con su sangre un nuevo contrato, porque es ella quien va a morir.

Cristian Berg, el fuerte capitán, empuñó el martillo más grande de la herrería, jurando que lo iba a hundir en la cabeza de aquella monstruosa

bruja.

—¡Ya no aumentarás el número de tus víctimas, engendro del infierno! Y en cuanto a ti, vamos a colocarte sobre el yunque para machacarte después con el martillo más pesado. —Vamos a sostenerte con las tenazas, para que sientas más los martillazos, y para que tengas tal escarmiento que se te acaben las ganas de volver a la caza de almas.

El diablo, como se sabe de tiempo, es cobarde y la amenaza del yunque no le complació, por lo que, deteniendo al capitán, trató de negociar con los caballeros, diciendo:

—¡Alto ahí, caballeros! Apoderaos de las siete herrerías, tomadlas este año y dadme a la comandanta.

—¿Crees, acaso, que somos tan ruines como ella? —exclamó el patrón Julius.

—Ekeby, con todas las herrerías, debe pasar a nuestra propiedad; pero en cuanto a la comandanta, eso es cosa tuya...

—¿Qué es lo que opina de todo eso Gösta Berling? —preguntó el pacífico Oernecko—. ¡Qué hable Gösta Berling! ¡Queremos saber su opinión antes de tomar una decisión en este asunto!

—Todo esto es pura farsa —replicó Gösta Berling—. Caballeros, no os dejéis engañar por él... ¿Qué somos nosotros al lado de la comandanta? Referente a nuestras almas, que suceda lo que quiera; pero mientras yo viva, no nos mostremos desagradecidos y perversos, no nos portemos como unos traidores y villanos. Durante muchos años hemos comido el pan de la comandanta, y por eso no le haremos traición ahora...

—Bien, bien..., entonces vete al diablo si quieres; pero déjanos, Gösta Berling, reinar sobre las herrerías de Ekeby —replicó un caballero.

—¡Bah! Estáis locos de remate o más borrachos de lo que yo pensaba. ¿Creéis que todo eso es verdad? ¿No comprendéis que este diablo es un diablo de pacotilla?

—Gösta Berling —murmuró el diablo—, no olvides que estás muy próximo a ser conducido a las calderas del infierno, aunque sólo lleves siete años aquí. ¿No ves hasta dónde has llegado en tu carrera...?

—¡Cállate, cállate, vejete! ¡Si yo mismo te he ayudado a meterte en la chimenea! ¿Qué importa?

—¿Y qué? ¿Dejo por eso de ser tan diablo como el propio Diablo? Eres más mío de lo que te imaginas, Gösta Berling. ¡Ah, puedes alabarte de ser un hermoso pájaro en manos de la comandanta!

—Me ha salvado la vida. ¿Qué hubiera sido de mí sin ella?

—¿Y no has pensado nunca que al instalarte en Ekeby lo hizo por su cuenta y razón? Tú eres el espejuelo para cazar golondrinas. Tu función es la de atraer a otros. Una vez trataste de escapar. Te ofrecieron una pequeña granja donde querías comer tu propio pan ganado con el sudor de tu frente; pero la comandanta se paseaba cada día delante de tu puerta acompañada de hermosas jóvenes. Un día vino con ella Mariana Sinclair, y al día siguiente tú arrojaste la cayada y el delantal, Gösta Berling, y recobraste tu puesto entre los caballeros.

—¡Pero si ésta era mi vocación, imbécil!

—Sí, sí. Por poco te hiciste yerno de la condesa Marta; pero ¿quién le dijo a la joven Ebba Dohna que tú no eras más que un pastor expulsado? ¿Quién deshizo el matrimonio? La que no podía vivir sin ti, Gösta, la comandanta.

—¡Bah! —replicó Gösta—, Ebba Dohna murió poco después; jamás hubiera sido mi esposa.

El falso diablo se aproximó a él, y le dijo al oído:

—¿Muerta? Se mató por ti; sólo que no te lo han dicho.

—Desempeñas a maravilla tu papel satánico —exclamó Gösta.

—Te digo que todo eso ha sido cosa de la comandanta, que quería recuperarte para la residencia de los caballeros.

Gösta prorrumpió en una estridente carcajada.

—Verdaderamente haces tan bien el diablo —exclamó enloquecido— que me dan ganas de firmar un pacto contigo, ya que te creo capaz de darnos la propiedad de las siete herrerías.

—Me encanta oír que no te opones más a la realización de tu propia dicha...

Los caballeros respiraron tranquilos. Gösta les había dominado de tal modo que eran incapaces de realizar algo sin su intervención. Si no hubiese aceptado la proposición del diablo, no se hubiese firmado el contrato. ¡Y

era cosa de importancia para los pobres caballeros el poder adquirir la propiedad de las siete herrerías!

—Oídmeme —repuso Gösta—. Si entramos en posesión de las siete herrerías será por salvar nuestras almas y no para metamorfosearnos en opulentos propietarios que cuenten el dinero y pesen el hierro. No queremos convertirnos en viejos pergaminos ni en bolsas de avaros. Caballeros somos y caballeros seremos...

—Has hablado como un sabio —musitó el negro visitante.

—Entonces, si nos cedes las herrerías por un año, nos conformaremos; pero si durante este año tenemos la desgracia de cometer alguna acción que no sea propia de un caballero, alguna cosa útil, prudente o cuerda, te perteneceremos todos y las propiedades irán a manos de quien tú quieras.

El diablo se frotó las manos de contento.

—Pero si nosotros continuamos nuestra vida de verdaderos caballeros, abandonarás tus derechos sobre Ekeby, sin poder reclamar nada de nosotros ni de la comandanta.

—Eso es muy duro —contestó el diablo—. Veamos, Gösta, ¿no podrías dejarme un alma, una sola almita? ¿Por qué quitarme la de la comandanta, que ya debe ser cosa mía?

—No comercio con tales sandeces —rugió Gösta—. Pero ya que necesitas un alma a todo trance, puedo ofrecerte una. Toma la de Sintram, el malvado Sintram, de Fors. Te aseguro que ya está madura.

—¡Hum! ¡Eso ya es otra cosa! —replicó el diablo sin pestañear—. Sintram y los caballeros, se entiende. ¡Una buena cosecha para mí!

Tras esto fue firmado el contrato con la sangre sacada del meñique de Gösta Berling; con una pluma de oca, sobre papel negro, símbolo del mal.

Una vez consumado el acto de la firma, los caballeros estaban jubilosos como si hubieran acaparado todos los esplendores del mundo para todo el año. Poco les importaba lo que luego ocurriera... Apartando los asientos formaron un círculo, ejecutando una danza salvaje sobre el suelo negro en derredor de la marmita humeante.

Al extremo de la fila de los danzantes ejecutó el genio del mal su loca farándula, hasta que, por último, desplomose junto a la marmita, y cogiéndola, la acercó a sus labios.

En este momento, Berencreutz y Gösta Berling échanse también al suelo, hasta que todos los allí presentes forman un círculo en torno de la marmita que pasa de boca en boca entre los bebedores. Por último, volcada por un golpe, la marmita vierte sobre aquellos hombres postrados su pegajoso contenido, manchándolos.

Luego se levantan todos renegando iracundos, en tanto que el genio del mal desaparece... Pero sus áureas promesas siguen cerniéndose, cual una corona luminosa de rayos de luz, sobre las cabezas de los caballeros...

III

LA COMIDA DE NAVIDAD

El día de Navidad la comandanta Samzelius dio una gran comida en Ekeby. Presidía una mesa, en torno a la cual había cincuenta comensales llenos de esplendor y magnificencia, nada de corta pelliza, ni de blusa rayada, ni de pipa de barro en la boca. A cada uno de sus movimientos se oía el crujir de la seda; el oro cubría sus brazos desnudos y rodeaba su blanco cuello un collar de frías perlas.

¿Y dónde están los caballeros? ¿Dónde están aquellos compañeros que, postrados en el suelo ennegrecido de la fragua, en torno de la reluciente marmita de cobre, bebían a la salud de los nuevos dueños de Ekeby?

Se les ve sentados en una mesa aparte situada en un rincón de la sala, cerca de la chimenea. En este día no hay sitio para ellos en la mesa principal. Los platos les llegan fríos y los vinos muy de tarde en tarde. Las miradas de las mujeres bonitas no se fijaban en ellos. Nadie escucha las acertadas bromas de Gösta. Pero los caballeros son como potros domesticados, bestias feroces, dominadas. Aquella noche sólo habían podido dormir una hora. Habían ido a la misa matutina guiados por el resplandor de las antorchas y la claridad de las estrellas. Habían visto los árboles iluminados y oído los cánticos de Navidad. Sus caras han recobrado por un instante la sonrisa infantil y en sus mentes se ha disipado el recuerdo de la Nochebuena pasada en la forja, como se desvanece un desagradable sueño.

Gigantesca y poderosa es la comandanta de Ekeby...

¿Quién osaría levantar contra ella su mano? ¿Quién se atrevería a proferir una sola palabra de acusación contra la comandanta? Ninguno,

seguramente, de este puñado de pobres caballeros que durante tantos años habían gozado de su hospitalidad, cobijados bajo su techo. Puede colocarles donde le plazca, incluso puede cerrarles la puerta, segura de que son incapaces de librarse de su poderosa influencia. ¡Dios les sea misericordioso! No podían vivir lejos de Ekeby.

En torno a la gran mesa central resplandece el vigor de la vida; allí brillan los bellos ojos de Mariana Sinclair; allí resuena la alegre risa de la vivaracha condesita Dohna.

Entre los caballeros, sin embargo, reina profundo silencio. ¿No sería muy natural que estos seres que eran capaces de arrojar al abismo por amor a la comandanta, se sentaran en la misma mesa con ella y con los huéspedes...? ¡Qué idea más ignominiosa la de colocar su mesa en un rincón de la chimenea...! ¿Es que no se les consideraba dignos de formar parte de la distinguida concurrencia de los nobles invitados?

Sentada entre el conde de Borg y el pastor de Brö, la comandanta se siente muy orgullosa. Los caballeros doblan la cabeza como niños en penitencia. Y las visiones y los pensamientos de la noche se despiertan paulatinamente en ellos.

Hasta la mesa de los caballeros llega el rumor de las ingeniosas conversaciones y bromas de los comensales. La sombría melancolía y los misterios nocturnos van embargando el cerebro de los caballeros.

El patrón Julius trata de bromear y mostrándole a Cristian Berg, el fuerte capitán, un plato de ortegas que llevaban en torno de la mesa, dijo:

—No habrá bastantes. Las he contado, pero estad tranquilo, capitán Cristian, que ellos ya sabrán salir de apuros; se nos prepara una buena ración de cornejas.

Los labios de Berencreutz dibujaron una pálida sonrisa bajo sus erizados mostachos, y Gösta, que parecía dispuesto a cualquier violencia, añadió:

—Los caballeros no pueden desear nada mejor.

El criado se aproximó a la pequeña mesa con un soberbio plato de excelentes ortegas.

El capitán Cristian vibraba de cólera. ¿No había confesado él que sentía un odio implacable a las cornejas, estos pájaros chillones e insípidos? Los

detestaba tanto que, un día de otoño, despreciando la risa de las gentes, se disfrazó con un traje de mujer para poder verlas de cerca picotear en los campos de trigo. En la primavera, cuando van con sus danzas de amor a los desolados prados, gozaba en matarlas a mansalva. En verano se dedicaba a buscar los nidos y aplastar los huevos ya casi maduros, arrojando los bichejos sin plumas, que gritaban asustados.

El gigante se puso en pie y arrancando de manos del criado el plato de ortegas, prorrumpió:

—¿Piensas que no las conozco, y que tengo necesidad de oírlas cantar para reconocerlas? ¿Ofrecer cornejas a Cristian Berg? ¡Puah!

Y cogiendo las ortegas las fue estrellando una tras otra contra la pared.

—¡Puah! ¡Puah! ¡Cornejas a Cristian Berg! —gritaba, haciendo temblar toda la sala.

Y como las cornejas sin plumas que acostumbraba aplastar sobre las rocas, las ortegas, una tras otra, fueron a aplastarse contra la pared, reventando con un estallido de grasa y de salsa, y cayendo de rebote en el suelo de la forja.

Los caballeros se regocijaban, pero la voz furiosa de la comandanta se dejó oír:

—¡Arrojadle de aquí! —ordenó a los criados.

Los criados vacilaron atemorizados. ¡Era Cristian Berg, el hercúleo capitán!

—Echadle de aquí.

Cristian Berg ha oído la orden. Enfurecido, ciego, formidable, hace frente a la señora de Ekeby, como el oso se vuelve hacia el enemigo asustado ante un nuevo adversario. Se dirige hacia la mesa que tiene la forma de herradura dando tremendas patadas contra el suelo, que cruje bajo sus pesados pies. Luego, encarándose con la comandanta, se detiene, separado por la mesa.

—¡Echadle de aquí! —repite la señora de Ekeby.

Berg está loco de furia; su ceño fruncido y sus puños enormes espantan a todos.

Su gigante figura y su fuerza colosal aterran a todos los presentes. ¿Quién hubiese osado levantar la mano contra aquel ser obcecado por la

furia?

En actitud amenazadora, permanece plantado ante la comandanta.

—Sí —dijo él—, he cogido las cornejas y las he lanzado contra la pared. ¿No tengo, quizá, derecho a hacerlo?

—¡Salid de aquí, capitán...!

—Cállate, vieja bruja. ¿No te da vergüenza ofrecerle cornejas a Cristian Berg? Yo debía cogerte a ti y a tus siete herrerías y...

—¡Mil diablos! ¡Cristian Berg! ¡Cállate! ¡Yo soy la única que puede jurar aquí!

—¿Crees acaso que te tengo miedo, bruja? ¿Crees que no sé cómo has conseguido las siete herrerías?

—¡Cállate, Cristian!

—Altringer las legó a tu marido porque tú habías sido su querida.

—¡Cállate, cállate!

—¡Tenía que recompensarte de tu fidelidad de esposa, Margarita Samzelius! El comandante, que aparentaba ignorar las cosas, te ha dejado gobernar las herrerías. El Diablo lo hizo todo; pero ahora se ha hecho contigo.

La comandanta se sentó pálida y temblorosa, y murmuró con extraña y cavernosa voz:

—Sí, ahora soy suya, y ésta es su obra, Cristian Berg.

El gigante se estremeció al oír estas palabras: se contrajeron sus facciones y la angustia que sentía hizo que a sus ojos asomaran unas lágrimas.

—Estoy borracho —exclamó—; no sé lo que digo... Yo no he dicho nada. Durante cuarenta años yo no he sido para ella más que un esclavo y un perro. Ella es la Margarita Celsing a quien yo he servido durante mi existencia. No digo nada malo de ella. ¿Y qué podría decir yo de esa bella Margarita? Yo soy el perro guardián de su casa, el esclavo que soporta todas sus cargas. Que me trate a puntapiés, que me golpee si quiere, y veréis que no diré ni una sola palabra, lo soportaré todo con paciencia. La he amado durante cuarenta años. ¿Cómo podría yo, entonces, decir algo malo de ella?

La escena resultó extraña cuando el gigante cayó de rodillas, implorando perdón. Cuando la comandanta fue a sentarse a la otra mesa, el

capitán se arrastró hacia ella, y, besando los bajos de su falda, bañó el suelo con sus lágrimas.

No lejos de la comandanta estaba sentado un hombrecito rechoncho. Con sus cabellos rizados, los ojitos oblicuos y la mandíbula inferior prominente, parecía a un oso.

Es el comandante Samzelius, un hombre taciturno que sigue solitario su camino y deja que el mundo marche solo. Al oír las últimas palabras del capitán, se puso en pie, lo mismo que su mujer y los cincuenta huéspedes. Las mujeres lloraban, en ansiosa espera de las futuras escenas; los hombres permanecían cohibidos. El capitán Cristian seguía postrado a los pies de la señora de Ekeby, besando el borde de su vestido y bañando el suelo con sus lágrimas.

Las manos anchas y peludas del comandante se cierran lentamente, y su brazo derecho se levanta. La mujer se adelanta a hablar, y con una voz sorda, desconocida en ella, dice:

—Tú me has robado; sí, tú viniste, como un ladrón y me raptaste. Con palabras duras, con golpes, me obligaron a casarme contigo. He procedido como tú merecías.

El comandante agitó su cerrado puño, y su mujer, retrocediendo algunos pasos, prosiguió:

—La anguila se retuerce bajo el cuchillo; la mujer casada, a viva fuerza, se entrega a un amante. ¿Me golpearás ahora por lo que pasó hace veinte años? ¿Por qué no me pegaste entonces? ¿No recuerdas que él vivía en Ekeby, en tanto nosotros residíamos en Siue? ¿No recuerdas que Altringer nos socorrió en nuestra miseria, que subíamos en sus carruajes, que bebíamos su vino? ¿Era todo eso un misterio para ti? ¿No eran sus criados al mismo tiempo siervos tuyos? ¿No llenabas tus bolsillos con su oro, y no aceptaste, sin reparo alguno, su posesión y sus herrerías? Entonces fue cuando tú debiste castigar, Bernt Samzelius.

El marido, volviéndole la espalda, paseó su mirada sobre los circunstantes. Sus caras daban la razón a su mujer. Evidentemente todos estaban convencidos de que había recibido las tierras y los regalos en premio a su discreción.

—¡Todo lo ignoraba! —gritó golpeando el suelo con el pie.

—Es mejor que lo sepas ahora —continuó ella con voz aguda—; tenía miedo de que murieras antes de saberlo. Al menos podré hablarte con libertad, a ti, que fuiste mi señor y mi carcelero. Óyeme bien; fui la querida de Altringer, de aquél a quien indignamente me robaste. ¡Que lo sepan todos mis calumniadores!

El viejo amor exulta en su voz y brilla en sus ojos. Ante ella ve a su marido con el puño levantado. En las miradas de los cincuenta comensales se lee el asombro y el desprecio. La comandanta comprende que ha llegado la última hora de su supremacía. Pero, a pesar de todo, se entrega a la desenfadada alegría que le causa el poder hablar, sin reparo alguno, del recuerdo sublime de su vida.

—Era un hombre ideal, un hombre ejemplar... ¿Por qué viniste a interponerte entre nuestra dicha? Nunca en mi vida vi un hombre semejante; me ha colmado de dicha y de riquezas... ¡Bendita sea su memoria!

El comandante suspendió su puño en el aire, sin golpearla; sabía cuál era el mejor castigo.

—¡Fuera de aquí! —rugió—. ¡Fuera de mi casa!

Ella permaneció inmóvil.

Los caballeros asistían a esta escena con la palidez en el semblante.

Ahora iba a suceder todo lo que había predicho aquel hombre misterioso; ahora se veían las consecuencias de no haberse renovado el contrato con la comandanta. Si todo aquello era cierto, entonces era también verdad que durante veinte años la señora de Ekeby fue sacrificando al infierno las vidas de los caballeros, y que los allí presentes estaban destinados a la misma suerte...

¡Ah, la bruja!

—¡Fuera de aquí! —continuaba el comandante—. Vete a mendigar tu pan por los caminos. No gozarás por más tiempo de las riquezas de Altringer. En adelante no seguirás viviendo en sus propiedades... Ya ha terminado la comandanta de Ekeby. Y el mismo día que vuelvas a poner un pie en mi casa, te mataré...

—¿Me arrojas, pues, de mi casa?

—No tienes casa alguna, porque Ekeby es mío...

Entonces la comandanta tuvo un momento de cobardía. Retrocedió hasta la misma puerta, seguida por su marido.

—¿No te basta con haberme hecho desgraciada para toda la vida? —dijo ella—. ¿Te atreves a tratarme de este modo?

—¡Fuera de aquí!

Se apoyó en el quicio de la puerta, juntando las manos en muda plegaria. Recuerda las palabras de su madre, aquella maldición suya: «Que algún día renieguen de ti como tú reniegas de mí; que los caminos sean tu refugio, que tengas por lecho un foso de la carretera». ¡Estaba escrito! ¡Estaba escrito!

El buen pastor de Broby y el juez de Munkerud, conciliadores, se aproximaron al comandante.

—¿Por qué no dejar estas historias de otros tiempos? ¿Por qué no olvidar y perdonar?

Pero él levantó los hombros y rechazó las manos amigas.

Era peligroso acercársele.

—Esto no es una historia de otros tiempos —contestó él con rabia—. Nada había sabido hasta ahora. Hasta hoy no he podido castigar a la adúltera.

La comandanta, que había recobrado su sangre fría, dijo irguiendo la cabeza:

—Antes que yo saldrás tú de aquí. ¿Crees acaso que voy a achicarme delante de ti?

El comandante permanece mudo, siguiendo con su mirada todos sus movimientos, dispuesto, si no hubiera otro remedio, a recurrir a la fuerza bruta.

—Señores y amigos, ayúdenme a sujetar y a arrojar de aquí a este hombre hasta que haya recuperado la razón. Recordad lo que soy y lo que es y no me dejéis retroceder ante él. Yo dirijo todo el trabajo de Ekeby, mientras él se pasa las jornadas cebando a sus osos. Ayudadme, señores y amigos. Si me marchó, tras de mí entrará en esta región una miseria terrible. El campesino vive de mi bosque y de mi hierro; el carbonero de mi carbón; el almadiero de mi madera. Yo soy quien proporciona el trabajo que enriquece al trabajador. ¿Creéis que éste sería capaz de mantener mi obra

intacta? Os repito: si me arrojáis de aquí, el hambre no tardará en invadir la región.

En este momento álzanse varios brazos para socorrer a la comandanta. Otras manos conciliadoras se ponen sobre los hombros del marido de la señora de Ekeby.

—¡Dejadme! —grita—. ¿Es que tratáis de defender y proteger a la adúltera? Oídmelo bien: si no sale de aquí por sus propios pasos, os juro que la cargaré en mis brazos y la arrojaré a mis osos.

En este momento supremo, la comandanta se volvió hacia los caballeros. Los brazos levantados vuelven a caer.

—¿Permitiréis que se me eche de mi casa, caballeros? ¿Os he dejado sufrir frío durante las noches nevadas...? ¿Acaso os he negado alguna vez la fuerte cerveza y el aguardiente azucarado? ¿He pedido de vosotros alguna paga por haberos mantenido y vestido? ¿No habéis estado más seguros que en los brazos de una madre? ¿No ha sido la alegría y la diversión vuestro pan cotidiano? ¡No consentáis que me arroje de mi casa este hombre causante de todas mis desventuras! ¡Caballeros: no permitid que me convierta en una pordiosera de esas que vagan por los caminos!

Mientras ella hablaba, Gösta Berling se aproximó hacia la mesa grande, y se puso al lado de una jovencita de cabellos negros.

—Tú ibas frecuentemente a Borg, Ana, hace cinco años —le dijo—. ¿Sabes si fue la comandanta la que dijo a Ebba Dohna que yo era un pastor arrojado del seno de la Iglesia?

—Ayudad a la comandanta, Gösta —contestó la aludida.

—Comprenderás que quiero saber antes si ella ha hecho de mí un criminal.

—¿Qué idea más extraña, Gösta! ¡Ayudad a la comandanta!

—Veo que no quieres responderme. Sintram me ha dicho, pues la verdad.

Gösta volvió a su sitio, indiferente, en medio de los caballeros. No levanta siquiera un dedo de su mano para socorrer a la comandanta.

¡Oh! ¡Ojalá no hubiera colocado la comandanta a los caballeros en aquella mesa del rincón! En aquella oscuridad surgen en sus mentes sombrías ideas, que encienden de ira sus miradas, ciegas de furor como las

del comandante. Todo lo que dijo la comandanta parecía una encarnación de aquellas visiones nocturnas...

—Se ve bien que su contrato no ha sido renovado —murmuran algunos.

¡No! Este grupo sombrío y amenazador de caballeros no está dispuesto a acudir en socorro de la comandanta, que vuelve a retroceder hasta la puerta, levantando un puño contra la cara de su marido.

—Que algún día renieguen de ti como tú renegaste de mí —exclama en amarga congoja—; que los caminos sean tu refugio, que tengas por lecho el foso de la carretera.

Luego se coloca una mano sobre la cerradura de la puerta, levantando la otra en señal de amenaza.

—¡Ah, traidores; no olvidéis que vuestra hora sonará muy pronto! Seréis dispersados y vuestro sitio quedará vacío. ¿Cómo podréis vivir sin mi apoyo? Tú, Melchor Sintram, cuya mujer ha sentido más de una vez el peso de tu negra mano, cuídate. Y tú, pastor de Broby, piensa en que el castigo es inevitable. Señora Ugglä, vigila tu casa; la pobreza la acecha. Y vosotras bellas jóvenes Elisabet Dohna, Mariana Sinclair, Ana Stiarnhök, no penséis que sea yo la única que tendrá que huir de su casa. ¡Y pobres de vosotros, caballeros! La tempestad se desencadenará sobre el país y os barrerá. ¡Ya han pasado vuestros tiempos! No me lamento; pero lloro por vosotros, porque el huracán de la tempestad lo arrasará todo. ¿Quién podrá mantenerse erguido, cuando yo caiga? ¡Ah, mi corazón sangra al pensar en esas muchachas pobres y miserables, que se quedarán sin trabajo cuando yo me vaya!

Al abrir la puerta, el capitán Cristian dijo:

—¿Cuánto tiempo me dejarás postrado a tus pies, implorando tu perdón, Margarita Gelsing? Una sola palabra de perdón, y yo combatiré por ti.

Ella vaciló, sosteniendo, evidentemente, una intensa lucha interior. Veía claramente que si le perdonaba ahora, él se levantaría y atacaría a su marido, y ese hombre, que durante cuarenta años le había amado, podría convertirse en un asesino por su culpa.

—¿Quieres que te perdone, y eres la causa de mi mal? —respondió por último—. Vuelve con los caballeros, Cristian Berg, y alégrate de tu obra.

Y salió, dejando el espanto tras ella.

Así escapó la comandanta, no sin grandeza. Ni un solo momento se la vio entregarse a una humillante desesperación. El amor de su juventud hervía aún en su vejez. Comprendiéndolo todo, no se entregó a vanos lamentos.

No temía recorrer el país con su alforja y su cayado. Le apenaba solamente la miseria de sus paisanos, la indolencia de sus huéspedes, la ingratitud de todos los que había protegido, alimentado y sostenido. Traicionada por todos, tuvo el valor de rechazar a su último amigo para ahorrarle, tal vez, las consecuencias de una acción criminal.

Era una mujer admirable, incomparable, heroica por su fuerza y su actividad.

Al día siguiente, la comandanta Samzelius abandonó Ekeby, y se fue a vivir en su finca de Siue, muy cerca de la gran herrería.

El testamento de Altringer, que hizo al comandante heredero de las siete herrerías, disponía categóricamente que ninguna de las herrerías sería vendida ni alienada. A la muerte del comandante, debían pasar a su mujer o a los herederos de su mujer. Como el comandante no podía desprenderse de esta infame herencia y ni tan siquiera dilapidarla, no tuvo más remedio que instalar a los caballeros como señores y dueños, sabiendo que de este modo podría perjudicar grandemente a Ekeby y las otras herrerías.

Puesto que nadie dudaba de que el perverso Sintram era un verdadero servidor del demonio, y como todo lo que había predicho se cumplió tan fielmente, los caballeros no dudaron de que el contrato se cumpliría también punto por punto, y se decidieron firmemente a no hacer nada cuerdo, útil o bueno en todo el año. Además, estaban convencidos de que la comandanta era una mala bruja que había querido su perdición.

El viejo tío Eberhard, el filósofo, se divertía con estas supersticiones, pues estaba empeñado en sus ideas, que, aunque se encontrara entre las llamas del abismo, aunque el diablo le agarrara, seguiría afirmando que no existe, porque no podía existir. El tío Eberhard era un gran filósofo.

Gösta Berling no decía a nadie lo que pensaba; pero lo cierto es que su opinión era la de que no tenía que agradecerle nada a la comandanta por haberle hecho caballero de Ekeby. Hubiera preferido la muerte a la tortura que le producía ahora la certeza de que él era el culpable del suicidio de

Ebba Dohna. No alzó la mano para vengarse de la comandanta, pero tampoco para ayudarla. No se sentía capaz de hacerlo.

Pero los caballeros habían alcanzado gran poderío y esplendor. La Navidad estaba a la puerta con su cortejo de festejos y diversiones. Los corazones de los caballeros rebosaban de júbilo, y la pena de Gösta, por grande que fuera, no asomó a su faz ni se dibujó en sus labios.

IV

GÖSTA BERLING, EL POETA

Por la Navidad preparábase una velada de baile en Borg. En aquel tiempo habitaba la posesión de Borg un joven conde de Dohna, nuevamente casado. La condesa era joven y bella. La velada prometía resultar brillante en aquel viejo castillo condal.

Los caballeros fueron invitados; pero resultó que de todos ellos sólo tuvo verdaderos deseos de asistir Gösta Berling el *poeta*, como le llamaban sus amigos.

Borg y Ekeby están separados por el lago de Leuven. Borg se halla situado en el distrito de Svartsiö; Ekeby en el de Broby. Cuando el lago está helado, la distancia es de cuatro o cinco leguas. Para esta fiesta el pobre Gösta fue equipado como un príncipe encargado de sostener el prestigio de un reino. Los caballeros le revistieron de un hábito nuevo con botones y brillantes y de una pechera bien almidonada de encaje. Calzáronle con relucientes escarpines. Cubriéronle con una pelliza del más fino castor y sobre su cabeza, de rubios cabellos ensortijados, calose un magnífico gorro de cibelina. Su trineo fue recubierto de una piel de oso con las garras de plata, y los criados le ofrecieron el orgullo de la cuadra, el negro *Don Juan*, para que condujera el coche. Gösta dio un silbido a su blanco *Tancredo* y empuñó las largas riendas trenzadas. Y partió así, jubiloso con este equipo espléndido que le daba tanto realce por su lujo y riqueza.

Era un domingo por la mañana. Al pasar por delante de la iglesia de Broby, oyó los sonos del órgano y los salmos; después siguió por el solitario camino de los bosques que conduce a Borg, donde esperaba comer en casa del capitán Ugglä.

La casa de Uggla no nadaba en la opulencia. La escasez de dinero conocía bien la puerta de esta pobre casa, de techumbre de turba; pero allí recibíase a la gente con sonrisas acogedoras, cantos y juegos alegres, y sólo con pena marchaba uno de la casa hospitalaria.

La vieja señorita Ulrica Dillner, la criada que gobernaba a todas las cocineras y tejedoras de la casa, avanzó por la escalera y dio la bienvenida a Gösta. Le hizo una gran reverencia, y los papelitos sujetos a los rizos de los tirabuzones que caían en mil ondulaciones, a los lados de su cara morena y arrugada, pusiéronse a revolotear de alegría.

Una vez le hubo introducido en la sala, la señorita Ulrica comenzó a hablarle de los señores y de los incidentes de su vida.

Las penas y zozobras llamaban a la puerta...

Los tiempos eran duros; carecíase hasta de rábanos para la carne salada de la comida. Fernando y sus hermanas habían tenido que enganchar el potro *Disa* para ir a Munkerud en busca de algún préstamo. El capitán había partido de caza y traería, sin duda, alguna liebre, que resultaría tan dura que la manteca que se precisaría para el asado costaría más que la liebre. Esto es lo que él llamaba «necesidad de atender al sustento de la familia». Y gracias si la liebre no resulta un zorro, porque todos saben que el zorro, muerto o vivo, es el animal más detestable que el Señor haya podido crear. ¿Y la capitana? No se había levantado todavía. Como cada día, continuaba leyendo novelas en la cama. Ciertamente, este ángel de Dios no había sido puesto en el mundo para trabajar. El trabajo se había hecho tan sólo para una vieja mujer canosa como ella, Ulrica. Desde la mañana a la noche tenía que trotar y pernear para evitar la ruina, y a duras penas podía hacer ambas cosas. Durante todo un invierno no habían tenido otra comida que jamón de oso. En cuanto a la paga a que se habría hecho acreedora por sus penalidades, no esperaba nada; aún no sabía qué color tenía el dinero de su sueldo; pero, al menos cuando ya no pudiera ganar su pitanza, no se la echaría a la calle como a un perro. Aquella familia guardaba consideraciones incluso a una criada vieja como ella, y si el día de su muerte hubiera en la casa el dinero justo para comprar el ataúd, estaba segura de que se lo gastarían en hacerle un entierro lo más decente posible.

—A todo esto —añadió enjugándose los ojos, prontos a humedecerse—, ¿quién sabe la vuelta que pueden dar las cosas? Debemos dinero al malvado Sintram. Podría embargarlo todo y venderlo. Es verdad que Fernando es el prometido de la rica heredera Ana Stiarnhök, pero se cansará de él. ¿Y que será entonces de nosotros con nuestras tres vacas, los nueve caballos, nuestras alegres señoritas, que no piensan en otra cosa que en bailar, y nuestros campos yermos, en los que nada se siembra, y nuestro buen Fernando, que no será nunca un hombre de provecho? ¿Qué será entonces de esta casa bendita, donde todo medra, salvo el trabajo?

Pronto sonó la hora de comer y los miembros de la familia se reunieron. El buen Fernando, el hijo pacífico de la casa, y sus alegres hermanitas, habían vuelto con los rábanos adquiridos con el dinero prestado. El capitán regresó fresco y ágil, luego de un baño involuntario en el agua helada de la marisma y de una caza a través del bosque. Abrió de par en par las ventanas para tener más aire, y tras esto apretó fuertemente la mano de Gösta. Poco después llegó la capitana, con traje de seda, los anchos encajes caían sobre sus manos, que Gösta tuvo que besar. Todos recibieron a Gösta con gran alegría. Por todas partes no se oía más que chistes y bromas.

—Y bien —le preguntó sonriente—, ¿cómo le va allá, por Ekeby, la Tierra Prometida?

—Allí corren la leche y la miel —respondió—. Estamos agotando el hierro de las montañas y llenamos de vino las barricas de nuestras bodegas. En los campos crece el oro y nosotros doramos la pobreza de la vida; y abatimos los bosques para construir pabellones y cobertizos donde jugar a los bolos.

Pero la señora Uggla contestó con un suspiro, sonriendo taciturna, y limitándose tan sólo a murmurar:

—¡Poeta!

—Muchos pecados me pesan en la conciencia —contestó Gösta—; pero jamás el de haber hecho el más pequeño verso.

—Eres poeta sin saberlo, Gösta. ¡Tú no escaparás a esta injuria! Has vivido más poemas que los que han escrito nuestros poetas.

Y la capitana se puso a hablarle con ternura, como una madre, de su vida tan locamente gastada.

—Espero vivir lo suficiente —añadió— para verte convertido todavía en un hombre.

Gösta encontró muy dulce ser reprendido y exhortado por esta amiga fiel y novelera, cuyo valiente corazón se inflamaba ante los bellos relatos y las grandes acciones.

Cuando hubieron comido con gran regocijo la carne sajada y los rábanos y las coles y los pasteles y bebido la cerveza de Navidad, y cuando las historias relatadas por Gösta habían puesto a todos en el trance de reír y llorar con sus historias de la comandanta y de su marido y del predicador de Broby, oyéronse los cascabeles de un trineo ante la puerta y poco después apareció Sintram.

La alegría rebosaba desde lo alto de su cráneo pelado hasta sus largos pies planos. Agitaba sus brazos desmesuradamente y en su cara se sucedían las muecas. Nadie podía equivocarse: Sintram traía malas noticias.

—¿Habéis oído decir —preguntó maliciosamente— que hoy se han publicado en la iglesia de Svartsjö los próximos esponsales entre Ana Stiarnhök y el rico Dahlberg? Ella ha debido olvidar que era la prometida de Fernando.

Nadie había oído decir una sola palabra de todo eso, y todos quedaron espantados y afligidos.

En su fantasía veían ya su casa devastada en pago de las deudas al malicioso acreedor. Veían vendidos sus queridos caballos igual que su vetusto mobiliario.

Veían cómo tocaba a su fin esa vida de regocijos, con sus fiestas y bailes que se sucedían sin cesar.

El jamón de oso reaparecería en la mesa y las hijitas de su alma tendrían que buscar refugio en hogares extraños. La capitana acarició a su hijo; su dulce caricia recordaba al hijo que era el suyo un amor que nunca podría esperar la traición.

Pero Gösta Berling se hallaba entre ambos y daba vueltas y revueltas a mil proyectos que tenía en su genial cabeza.

—Oídmeme —gritó—; no es todavía el momento de abandonarse a la desesperación. El golpe viene, sin duda, de la mujer del pastor de Svartsjö. La habrá inducido a que abandonara a Fernando, casándose con el viejo

Dahlberg. Tiene un gran ascendiente sobre Ana, desde que ésta vive en el presbiterio; pero la boda no se ha verificado todavía y espero que tampoco se verificará. Tú, Fernando, te esperas aquí. Yo me voy a Broby, a ver a Ana. Le hablaré, la arrancaré de la casa del pastor, y, si es preciso, de los brazos de su viejo novio. Y esta misma noche la traeré aquí, para aguarle la fiesta al viejo Dahlberg.

Gösta partió solo, sin ninguna de las alegres señoritas, pero acompañado de los mejores votos de todos los presentes. Sintram alegrábase del papel que iba a desempeñar Gösta, y resuelto a esperar en Berga para asistir al regreso de la infiel, en un acceso de amabilidad impropio de él ciñole el chal verde de viaje, que le había regalado personalmente la señorita Ulrica.

La capitana salió hasta el vestíbulo, y le entregó al joven tres pequeños libros encuadernados en tela encarnada.

—Tómalos —le dijo a Gösta, que había subido ya al trineo—; tómalos por si no consigues salir triunfante. Es *Corina*, la *Corina* de madame de Staël, y no quiero que sean vendidos en subasta.

—Saldré triunfante.

—Ah, Gösta, Gösta —dijo ella, pasándose la mano por la cabeza descubierta—, el más fuerte y el más débil de los hombres. ¿Cuánto tiempo te acordarás de que tienes en tu mano la felicidad de algunas pobres gentes?

Y de nuevo, arrastrado por el negro *Don Juan*, seguido del blanco *Tancredo*, Gösta voló por el ancho camino. La alegría de la aventura llenaba su alma. Sintiose de nuevo conquistador, lleno de nuevas energías.

El camino pasaba ante el presbiterio de Svartsiö. Subió la escalera y preguntó si le permitirían conducir al baile a Ana Stiarnhök, lo que le fue concedido. Y la hermosa joven, caprichosa, dejose conducir por el negro *Don Juan* hasta el trineo. ¿Quién hubiera podido rechazar una oferta de aquel caballero?

Los dos jóvenes permanecieron en silencio largo rato. Fue Ana, provocadora, la que, por fin, comenzó a hablar.

¿Sabía Gösta, por casualidad, lo que el pastor había publicado aquella mañana en la iglesia?

—¿Ha dicho que tú eres la joven más bella que existe entre el Leuven y el Klarelf?

—¡Santo Dios, si nadie lo ignora! Ha publicado mis esponsales con el viejo Dahlberg.

—De haberlo sabido, aseguro que no te hubiera dejado subir en mi trineo, yendo yo de pie, para conducirte al baile.

La orgullosa heredera contestó con menosprecio:

—Y probablemente me hubiera presentado en el baile sin Gösta Berling.

—Es una gran pena para ti no tener padres —repuso Gösta, pensativo—. Hay que tomarte como eres. Nada te cambiará; eres un misterio.

—Aún es mayor pena que no me hayas dicho antes todo esto. Me hubiera hecho conducir por otro.

—Evidentemente, la mujer del pastor debe pensar lo mismo y ha buscado uno que remplace a tu padre, sin lo cual no hubiera pensado unirme a un vejestorio.

—No es la mujer del pastor la que ha decidido mi matrimonio.

—Entonces, ¡Dios mío!, ¿habrás escogido tú misma un hombre tan hermoso como ése?

—No me toma, por lo menos, por mi dinero.

—No; los viejos sólo corren detrás de los ojos azules y los labios de rosa. ¡Son tan gentiles!

—¿No tienes vergüenza de decir eso, Gösta?

—Sobre todo conviene que te meta en la cabeza que tú no debes divertirte ya en compañía de gente joven. Ya se acabaron para ti los bailes y juegos. ¡Para ti sólo es buena la tranquilidad de un canapé! Pero ¿será posible que te divierta jugar a las cartas con el viejo Dahlberg?

Nada objetó ella, y los dos guardaron silencio hasta llegar a la escarpada roca, próxima a Borg.

—Gracias por el viaje —dijo la joven—. Seguramente pasará mucha agua por debajo de esos puentes antes de que yo vuelva a subir al trineo de Gösta Berling.

—Agradezco mucho la promesa. Conozco a más de uno que lamentó el día en que fue conducido a una fiesta en mi trineo.

La altiva reina de aquellos contornos, ya más calmada, entró en la sala de baile y paseó sus miradas sobre los grupos de invitados. Primero vio a

Dahlberg, pequeño y calvo, al lado de Gösta Berling, esbelto y cuya belleza aparecía enmarcada por una hermosa cabellera. Hubiera querido ponerlos a los dos a la puerta.

Su novio corrió hacia ella y la invitó a un baile; pero ella le recibió con harto desdén.

—¿Queréis bailar? —preguntó, asombrada—. ¿Desde cuándo bailáis?

Las jóvenes se aproximaron a ella para dedicarle sus parabienes.

—Basta de comedia —les contestó—. Sabéis muy bien que nadie puede enamorarse del viejo Dahlberg; pero él es rico y yo también lo soy; nuestras fortunas concuerdan.

Las señoras de edad fueron después a estrecharle las blancas manos y le hablaron de la mayor felicidad de la vida.

—Más vale que saluden a la señora del pastor; su alegría es mayor que la que yo pueda sentir.

Mientras tanto, Gösta Berling, el alegre caballero, era saludado por todos con verdadero júbilo por su sonrisa joven y fresca y sus palabras inspiradas, que iban sembrando el oro sobre la trama gris de la vida. Jamás le había visto Ana tan esplendoroso como en aquella tarde. No era un hombre rechazado por la sociedad, un proscrito, un bufón sin hogar; era un rey de todos los hombres, un rey de nacimiento.

Él y todos los jóvenes se conjuraban contra ella. Les indignaba el crimen que ella cometía al entregar a un viejo su gran fortuna y su hermosa cara. La dejaron plantada durante más de diez bailes. Ella se sentía subir la sangre a la cabeza...

Al fin, un hombre, el más humilde entre los humildes, con quien ninguna había querido bailar, se acercó a ella y la invitó.

—A buen hambre, no hay pan duro —dijo ella.

Después se jugó a prendas. Las jóvenes aproximaron sus cabecitas rubias y murmuraron. Ana fue condenada a besar al que más amara su corazón. Los maliciosos esperaban entre risas intencionadas que la orgullosa beldad abrazara al viejo Dahlberg. Se puso en pie y, soberbia de cólera, preguntó:

—¿No puedo abofetear al hombre que amo menos?

Al mismo tiempo Gösta Berling sintió en su mejilla la quemadura de la manita cerrada de la joven. Quedó rojo como la grana, pero se dominó y, sosteniendo fuertemente la mano de la joven, murmuró:

—Dentro de media hora te espero abajo, en el salón rojo.

Media hora más tarde, erguida y áspera, estaba ante él.

—¿Por qué interesa mi matrimonio a Gösta Berling?

Él no quería emplear un tono de dulzura ni hablarle aún de Fernando.

—¿Es que ha sido demasiado duro el castigo de hacerte perder una docena de bailes, a ti, que has faltado a tus promesas y violado tus juramentos? Si un hombre peor que yo hubiera tenido el castigo en sus manos te lo hubiese infligido todavía más severo.

—Pero ¿qué tiene usted que vengar contra mí? ¿Por qué no me deja usted en paz? Usted me persigue por mi dinero. Ah, si es por dinero, lo arrojaré al Leuven para que pueda ir a pescarlo.

Y poniéndose las manos sobre los ojos, echose a llorar de rabia. El corazón de Gösta se conmovió. Lamentó haberse portado tan duramente.

—¡Ay, hijita, perdóname! —dijo con voz acariciadora—. Perdona al pobre Gösta Berling. Sabes muy bien que nadie se preocupa de lo que un desgraciado como él pueda pensar. Su cólera hace llorar menos que una picada de mosquito. Ha sido una locura, pero sólo he querido evitar que la más bella y rica de nuestras jóvenes se case con el viejo Dahlberg. ¡Y sólo he conseguido ver cómo derramas tus lágrimas!

Ella se dejó caer sobre el canapé, y él, muy dulcemente, la ciñó por el talle para levantarla. En vez de separarse, se apretó contra Gösta y le echó los brazos al cuello; y su hermoso rostro, bañado en lágrimas, se apoyó en el hombro del joven.

¡Ah, poeta; estos blancos brazos no debían anudarse en el cuello del más fuerte y más débil de los hombres!

—De haberlo sabido —murmuró ella— no hubiera aceptado jamás al viejo Dahlberg. Te he mirado esta noche... Nadie es como tú.

Los labios pálidos de Gösta Berling articularon penosamente un nombre:

—¡Fernando!

Ella ahogó sus palabras con un beso.

—Excepto tú, no existe nadie más. Te seré siempre fiel.

—Pero yo no puedo casarme contigo. Piensa que soy Gösta Berling — contestó él amargamente.

—Eres el que yo amo, el más noble de los hombres. No me contradigas... Para mí eres rey de nacimiento...

Entonces Gösta Berling la besó apasionadamente y estrechó contra su corazón, rebotante de orgullo, a la joven, dulce y encantadora enamorada.

—Si quieres ser mía —le dijo— no puedes continuar en el presbiterio. Esta noche te conduciré a Ekeby, y una vez allí sabré defenderte hasta el momento en que celebremos nuestras nupcias.

Fue un zumbido rápido y embriagador a través de la noche. *Don Juan* les conducía como si el mismo amor le espolease. El crujido de la nieve bajo los pies del trineo parecía un gemido, el gemido de los que ellos traicionaban. Sin preocuparse del resto del mundo, ella estaba abrazada al cuello de Gösta. Y él, inclinado hacia adelante, murmuraba a su oído:

—Esta felicidad bien vale el agri dulce de una alegría robada.

¿Qué importaban las amonestaciones publicadas y la cólera de los hombres? Tenían el amor. ¿Y quién se resiste a su destino? Es tan poderosa la fuerza del destino que aunque las estrellas del cielo hubiesen sido cirios encendidos para festejar sus nupcias con el viejo Dahlberg y los cascabeles de *Don Juan* las campanas de la iglesia, Ana hubiera seguido a Gösta Berling.

Habían pasado felizmente el presbiterio y Munkerud había quedado atrás. Faltaba casi una legua para llegar a Berga y otra legua hasta Ekeby. Iban bordeando el bosque. A la derecha se erguían las sombras de las altas montañas; A la izquierda se extendía blandamente un largo y pálido valle.

De repente, *Tancredo*, con una rapidez extraordinaria, estirándose hasta el punto de que hubiérase dicho que era una correa rasante en el suelo y ladrando de terror, saltó al trineo y se acurrucó a los pies de la joven. *Don Juan* se sobrecogió y apretó el freno entre los dientes.

—¡Los lobos! —gritó Gösta Berling.

Vieron a lo largo de las hondonadas cómo se deslizaba y serpenteaba una línea gris. Lo menos debían ser diez. Ana no experimentaba ningún temor. El día había sido rico en aventuras y la noche prometía parecerse al día. ¡Galopar sobre la nieve deslumbrante desafiando a las bestias feroces y a los hombre, era vivir!

Gösta Berling dejó escapar un juramento, inclinose y fustigó fuertemente a *Don Juan*.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—No; pero ellos esperan cortarnos el paso en el recodo que allá hace el camino.

Galopando *Don Juan* en loca carrera perseguido por las fieras del bosque mientras *Tancredo* ladraba de terror y rabia, pudieron llegar al recodo al mismo tiempo que los lobos. Gösta rechazó al primero de un fuerte latigazo.

—¡Ah, mi *Don Juan*, hijo de mi corazón —exclamó—, cómo escaparías hasta de doce lobos si no tuvieras que llevar tanta carne en el trineo!

Con el fin de asustar a los lobos, Gösta puso su bufanda verde en la parte trasera del trineo. Efectivamente, los lobos, amedrentados, detuvieron su carrera por algún momento; pero cuando les hubo pasado su asombro, uno de ellos, seguido de los demás, lanzose tras el trineo con las fauces abiertas y la lengua fuera. Gösta cogió entonces la *Corina* de madame de Staël y se la arrojó en el gaznate. Los dos jóvenes tuvieron un momento de descanso mientras las fieras se encarnizaban con su presa. Poco después volvieron a oír muy cerca sus respiraciones jadeantes, y pudieron ver los movimientos convulsivos de las fieras desgarrando el chal. ¡Ninguna casa donde guarecerse hasta llegar a Berga! ¿Podrían escapar a la terrible persecución? Pero peor todavía le parecía contemplar a la víctima de su engaño. El caballo daba evidentes señales de la fatiga que se iba apoderando de él. ¿Qué sería de ellos si *Don Juan* se resistiera a continuar su desenfundada carrera?

Terminaba el bosque, y la posada de Berga ofreciose a su vista con las ventanas iluminadas. Gösta sabía muy bien por qué estaban iluminadas. Los lobos, olfateando la proximidad de las casas, retrocedieron; y el trineo, devorando el espacio, dejó tras sí la casa iluminada. Pero, en el sitio en que

el camino se vuelve a hundir en el bosque, los jóvenes descubrieron un grupo sombrío; los lobos estaban allí, apostados, esperándoles.

—Regresaremos al presbiterio —dijo Gösta— y así podremos decir que deseábamos dar un delicioso paseo a la luz de la luna. De este modo no podemos seguir.

Hicieron marcha atrás y volvieron a pasar ante Berga; pero pronto les fue barrido el camino por unas sombras grisáceas que mostraban largos colmillos en sus desmesuradas fauces y unos ojos encendidos como brasas. Los lobos, hambrientos y sedientos de sangre humana, aullaban y saltaban sobre el caballo, asiéndose a sus arneses y poco les faltó para que le hincasen sus agudos dientes. Ana, aterrada, preguntó si no sería devorada en unión de Gösta y si al día siguiente no encontrarían sus miembros roídos por las fieras, esparcidos sobre la nieve ensangrentada.

—¡Lo hago por nuestra vida! —dijo, aferrándose al cuello de *Tancredo*.

—¡Déjale! ¡Déjale! —añadió Gösta, para contenerla. Los lobos no cazan perros esta noche.

Y de un golpe brusco hizo dar la vuelta al trineo y lo lanzó por la pendiente de Berga, hostigado por las fieras exasperadas que temían que se les escapara la presa. Tuvo que defenderse con el látigo...

—Ana —dijo él, poniendo el pie en el primer peldaño de la escalera—, Dios no lo quiere. Si eres la mujer que yo creo, te conformarás a todo. ¿Me oyes?

Al oír las campanillas del trineo, todo el mundo salió de la casa.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! ¡Viva Gösta Berling!

Se les recibió con los brazos abiertos.

No les hicieron muchas preguntas; la noche estaba muy avanzada y los viajeros volvían aturridos y fatigados de su aventura. Ana había regresado; nadie quería saber más. Tan sólo *Corina* y la verde bufanda, aquel precioso regalo de la señorita Ulrica, había quedado entre los dientes de los lobos.

Todo dormía en la casa. Gösta se levantó, se vistió y dirigióse al patio. Sin que nadie le viera sacó a *Don Juan* de la cuadra, lo enjaezó y cuando se disponía a partir apareció Ana.

—Te he oído y me he levantado —le dijo—; ya estoy preparada para seguirte...

Gösta se aproximó a Ana y la cogió de las manos.

—¿No comprendes que Dios no lo quiere todavía? Escúchame y trata de comprenderlo todo: yo he comido hoy aquí; he visto cuan desesperados estaban a causa de tu traición, y fui a Berga con el fin de conducirte al lado de Fernando. Pero yo he sido y seré siempre un miserable. He querido hacerte mía jugándole una mala pasada. ¡Pobre mujer que cree que yo puedo convertirme todavía en un hombre ordenado! También a ella le he jugado una mala pasada. Y, además hay aquí una pobrecita que está dispuesta a soportar las privaciones y que se consuela con la idea de morir en medio de amigos; pero yo la he traicionado igualmente, valiéndome del malvado Sintram. ¡Eres tú tan bella, tan dulce el pecado y es Gösta Berling tan fácil de tentar! ¡Oh, qué miserable soy...! Bien sé lo mucho que estos pobres aman a su hogar... Y, con todo, hubiera sido capaz de saquearlo y devastarlo... ¡En mi obcecación todo hubiera hecho por ti, que tan encantadora eres en tu amor!

»Pero, desde que he visto su alegría, yo no quiero, no, conservarte. ¡Oh, mi bien amada, alguien juega con nuestros deseos y nuestras voluntades! Es preciso buscar, por fin, un seguro refugio... Dime que desde hoy quieres soportar esta carga... En esta casa todo vive bajo la fe de tu ternura...

»Diles que tú vivirás con ellos, que tú serás su ayuda y su sostén. Si me amas, si encuentras alegría en aligerar mi pena, prométemelo. ¿Tienes el corazón bastante firme para vencerte a ti misma y sonreír ante tu victoria, amada mía?

—Sí —gritó ella con resignada exaltación—; sí. Yo me sacrificaré y sonreiré.

Y luego, sonriendo con amargura, Gösta añadió:

—¿Y no odiarás a mis pobres amigos?

—Tanto como te amé a ti, les amaré a ellos —respondió Ana melancólicamente.

—Sólo en este momento he comprendido lo que tú vales —suspiró Gösta—. Me es doloroso abandonarte.

—¡Adiós, Gösta! Mi amor no te inducirá al pecado.

Dio algunos pasos hacia la puerta. Él la siguió.

—¿Me olvidarás pronto?

—Adiós, Gösta, adiós. Sólo somos débiles criaturas humanas.

El joven saltó a su trineo; pero ella corrió hacia él.

—¿No piensas en los lobos?

—Precisamente en ellos estaba pensando. Han hecho lo que debían hacer, y ya nada más tienen que hacer conmigo esta noche.

Gösta le tendió la mano; pero *Don Juan*, impaciente, partió al galope. Gösta, sin empuñar las riendas, volvió la cabeza, y así permaneció durante largo tiempo mirando a la que acababa de abandonar. Después dejó caer su cabeza sobre el borde del trineo y lágrimas de desesperación corrieron por sus mejillas.

—¡Oh! He tenido la felicidad en mis manos y la he rechazado, la he rechazado yo mismo. ¿Por qué no la he guardado? ¡Ah, Gösta Berling, el más débil y el más fuerte de los hombres!

V

«LA CACHUCHA»

¡Oh, tú, viejo caballo guerrero, que todavía estás amarrado en el campo! ¿Te acuerdas de tu juventud? ¿Te acuerdas todavía de aquellos días de pelea, valeroso rocín de azabache?

Entonces volabas como si tuvieras alas. Tus crines flotaban al viento como lenguas de fuego...; sangre y espuma relucían sobre tu negro pecho. Con tus arreos adornados de oro galopabas altivo y fiero. Todo el campo retumbaba bajo las herraduras de tus poderosos cascos. Temblabas de felicidad, bravo corcel. ¡Ah, qué hermoso estabas!

En la grisácea hora del amanecer, la pálida luz penetra débilmente en el pabellón de los caballeros. En la amplia estancia, a lo largo de la pared, distínguense sus arcas pintadas de rojo y sus trajes de domingo están colgados en un rincón. El brillo del fuego de la chimenea tremola contra las paredes blanqueadas con cal y sobre las amarillentas cortinas a cuadros que ocultan las alcobas. El pabellón de los caballeros no es una habitación regia, no es un serrallo oriental, con blandos divanes y sedosos cojines.

Pero el violín de Liliencron suena, haciendo oír a los caballeros *La Cachucha*, al amanecer. No cesa de tocar.

¡Qué le corten las cuerdas y le rompan el arco! ¿Por qué toca el maldito baile? ¿Por qué toca cuando Oernecló, el abanderado, está en cama, con tan fuertes dolores artríticos que no se puede mover? ¡Fuera, fuera el violín, arrójalo contra la pared si no quiere parar de tocar!

¿Crees acaso, maestro, que *La Cachucha* es para nosotros? ¿Te figuras que puede ser tocada sobre el suelo del pabellón de los caballeros, entre las

estrechas paredes ennegrecidas por el humo bajo este techo tan bajo? ¡Ay de ti si la tocas!

¿Acaso *La Cachucha* es para caballeros como nosotros? Escucha. Fuera, ruge el vendaval de nieve. ¿Es que quieres ver bailar los copos al compás de esa música? ¿Tocan tal vez para los vivarachos hijitos de la nevada?

Cuerpos de mujer palpitantes por la agitación de su sangre ardiente, pequeñas manos negruzcas que han arrojado el espejo para coger las castañuelas, pies desnudos y faldas levantadas, patios con fuentes de mármol, gitanos en cuclillas tocando la gaita y el tamboril, columnas moriscas, luz de luna y ojos negros. ¿Tienes acaso todo esto aquí, maestro? ¡Entonces deja el arco en paz!

Los caballeros están secando junto al fuego sus mojados vestidos. ¿Podrían ponerse a bailar con las claveteadas botas de suelas de una pulgada? Todo el día han estado caminando sobre varas de nieve, para encontrar la guarida del oso. ¿Te figuras que tienen ganas de bailar con los mojados y humeantes vestidos de lana y con el velludo oso por dama?

Un cielo sembrado de estrellas, oscuras rosas prendidas entre negra cabellera de mujer, calor embriagador en el nocturno ambiente, gracia natural en los movimientos, amor que emana de la tierra, que cae del cielo, que impregna el aire... ¿Tienes todo esto aquí, maestro? Entonces, ¿a qué obligarnos a añorarlo?

¡Oh, cruel! ¿Das la señal de ataque al atado caballo guerrero? Rutger de Oerneclo está en la cama, atormentado por los dolores artríticos. ¡Ahórrale el martirio de los bellos recuerdos! También él ha llevado el sombrero calañés y la linda redecilla a la cabeza. También él ha usado la chaqueta de terciopelo y el puñal al cinto. ¡Respetar al viejo Oerneclo, maestro!

Pero Liliencron sigue tocando *La Cachucha*, siempre *La Cachucha*. Y Oerneclo se siente atormentado como el amante que ve las golondrinas emprender el vuelo hacia el lejano país de la amada, como el ciervo acosado por los cazadores al pasar ante una fresca y cristalina fuente.

Liliencron retira un momento el violín de la barbilla.

—Abanderado, ¿te acuerdas todavía de la bella Rosalía de Berger?

Oerneclo contesta lanzando un terrible juramento.

—Era luz como una llama. Brillaba y bailaba como si fuera un diamante fijo en la punta del arco del violín. Tal vez la recuerdes aún, en el teatro de Karlstad. Allí la vimos cuando éramos jóvenes... ¿Te acuerdas, abanderado?

¡Si se acuerda el abanderado! Era pequeña y salvaje, chispeante como el fuego. Sabía bailar *La Cachucha*. Enseñó a bailar a todos los jóvenes señoritos de Karlstad a bailar *La Cachucha* y a tocar las castañuelas. En el baile que dio el gobernador de la ciudad se bailó un pasodoble por el abanderado y la señorita Berger, vestidos a la española. Y bailó como se debe bailar bajo las palmeras y los plátanos, como un verdadero hijo de España.

Nadie como él sabía bailar *La Cachucha* en todo el Wärmeland. Nadie se había distinguido como él por su fama de bailador. ¡Qué caballero perdió el Wärmeland el día que la gota paralizó sus miembros, llenando de gruesos nudos sus articulaciones! ¡Qué caballero era, tan gallardo, tan hermoso, tan galante! El gallardo Oerneclo, llamábanle las jóvenes muchachas, que por él se habrían entregado en vida y muerte.

Entonces Liliencron empezó a tocar otra vez *La Cachucha*, siempre *La Cachucha*, *La Cachucha*. Oerneclo se siente transportado a los tiempos pasados.

Y allí está ella, Rosalía de Berger. Ambos han estado juntos en el tocador. Ella es española; él, español. Él podía besarla, pero con cuidado, pues ella sentíase temerosa de su negra barba. Por fin, bailan. ¡Ah, cómo se baila bajo las higueras y los plátanos! Ella retrocede, él la sigue, tórnase él osado, ella orgullosa, él se ofende, ella se reconcilia. Cuando, finalmente, él cae de rodillas ante ella y la rodea entre sus brazos, un suspiro recorre la sala, un suspiro de entusiasmo.

Había estado hecho un español, un verdadero español. En el preciso momento de la arqueada, se inclinó, alargó los brazos y adelantó los pies, poniéndose sobre la punta de los pulgares. ¡Qué gracia! Habría podido esculpírsele en mármol.

No sabe cómo ha sucedido, pero lo cierto es que ha colocado el pie al borde de la cama; pónese derecho, inclínase, alza los brazos, castañetea los dedos y pretende deslizarse sobre el enladrillado como en otros días ya

lejanos, cuando calzaba zapatos estrechos, tanto que habían de cortarles el pie a las medias.

—¡Bravo, Oerneclo! ¡Anímale, Liliencron!

El pie se niega; no puede ponerse de punta sobre los pulgares... Patalea un par de veces con una pierna..., no puede más... y cae nuevamente sobre el lecho.

—¡Hermoso, señor; os habéis vuelto viejo! ¿La señorita tal vez también?

Sólo bajo los plátanos de Granada se baila *La Cachucha* por gitanos eternamente jóvenes, eternamente jóvenes como lo son las rosas, porque cada primavera las trae nuevas.

—Así, pues, ha llegado la hora de cortar las cuerdas del violín.

—No, Liliencron; toca *La Cachucha*, siempre *La Cachucha*. Enséñanos, que nosotros, en el pabellón de los caballeros, a pesar de tener cuerpos pesados y miembros paralíticos, seguimos siendo siempre jóvenes de corazón, orgullosos españoles.

Caballo guerrero, caballo guerrero, di que amas el toque de trompeta que te invita al galope, aunque tenga que romper, ensangrentándote las patas, la cadena que te sujeta.

VI

EL BAILE DE EKEBY

¡Oh, mujeres de tiempos pasados! Hablar de vosotras es lo mismo que hablar del Reino de los Cielos. Quimérica belleza, vana luz la vuestra. Siempre jóvenes, eternamente bellas y dulces como los ojos de una madre que mira a su hijito. Tiernas como las jóvenes ardillas os abalanzabais al cuello del hombre. Jamás temblaba vuestra voz por la cólera, nunca vuestra frente se cubría de arrugas, vuestra blanda mano nunca se tornó áspera y dura. ¡Oh, santas benignas! Cual columnas enguirnaldadas adornabais el templo del hogar. Incienso y oraciones os eran ofrendados, por vuestra mediación hacía el amor su milagro, y sobre vuestra cabeza colocaba la poesía su radiante corona de dorados rayos de glorioso fulgor. ¡Oh, mujeres de tiempos pasados! Ésta es la narración de cómo una de vosotras entregó su amor a Gösta Berling.

Quince días después del baile de Borg, tuvo lugar una magnífica fiesta en Ekeby. Fue la fiesta más hermosa del mundo. Sólo el recuerdo de este día producía en los viejos y viejas algo así como un retoño de juventud, sentían la risa acudir a sus labios y la alegría a sus corazones.

En aquella época los caballeros eran los únicos señores de Ekeby. La comandanta, con la alforja al hombro y el cayado en la mano, salió a recorrer el país. El comandante vagaba por Siue, pero no podía acudir a la fiesta, pues en el pueblo aquel se había declarado la viruela y temía propagar la epidemia.

¡Qué de placeres no encerraron aquellas doce horas, desde el estampido del primer tapón que saltó en la mesa al mediodía hasta la última arqueada, bastante después del toque de medianoche! En el abismo de los tiempos

hundiéronse aquellas horas serenas inflamadas por el ardiente vino, por los delicados manjares, por la música más hermosa, por las graciosas comedias, por los más preciosos cuadros vivientes. Finalmente, todos se precipitaron en el vértigo de la loca danza. ¡Dónde podrían encontrarse suelos tan lisos, caballeros tan galantes, mujeres tan hermosas! ¡Oh, mujeres de los tiempos pasados!

Los salones de Ekeby rebosaban de muchachas de deslumbrante hermosura.

Entre ellas estaba la joven condesa Dohna, alegre, pizpireta, ávida de placeres, de música y danza, con sus veinte años fogosos, y las bellas hijas del juez da Munkerud, y las muchachas más vivarachas de Berga. Y también, Ana Stiarnhök, más encantadora que nunca desde la noche en que fue perseguida por los lobos, que había estampado en su soberbia beldad un sello de tierna melancolía. Y otras cuyo recuerdo, tan vivo, ahora se extinguirá con el tiempo en la memoria de los hombres. Y, sobre todas, brillaba la hermosura de Mariana Sinclair.

Esta ilustre Mariana, que había brillado en las fiestas de los más suntuosos bailes del rey, esta reina de la belleza, que a su paso triunfal por todo el país recibiera los más halagüeños homenajes; ella, que con su sola apariencia hacía brotar chispas de amor en todos los corazones, habíase dignado asistir a la fiesta.

Wärmland era famoso en aquellos tiempos por los nombres de sus ilustres habitantes. Por muchos motivos podían estar orgullosos los alegres muchachos del risueño país, y cuando hablaban de sus tesoros nunca dejaban de nombrar, entre ellos, a Mariana Sinclair.

La fama de su nombre recorría la comarca. Hablábase de coronas condales que se cernieron sobre su cabeza, de millones puestos a sus pies, de heroicas hazañas guerreras y guirnalda de poetas que ella despreció.

Y no sólo era hermosa. Poseía mucho ingenio e ilustración, y los hombres más eminentes de la época gustaban de hablar con ella. No era una literata propiamente hablando; pero muchos de sus pensamientos, inculcados por ella en el alma de sus amigos compositores, sobrevivieron en las canciones.

En el Wärmeland, este país de osos, solía pasar poco tiempo, porque su vida era un continuo viaje. Su padre, el rico Melchor Sinclair, vivía con su mujer en Biörne, y encontraba un especial placer enviando a su hija Mariana a las lujosas residencias de sus nobles amigos de las grandes ciudades, poseedores de magníficos castillos, orgulloso del dinero que derrochaba la joven, y con su esposa mostrábase feliz y verdaderamente encantado de los triunfos que alcanzaba su hija por doquier.

La vida de Mariana deslizábase entre continuos placeres y homenajes de los cortesanos. El amor era su propio ambiente, el amor era su reino y el faro de su existencia, el amor era su pan de cada día...

¡Cuántas veces había amado! Pero, con todo, estos fuegos de artificio no eran, en absoluto, de los que forjan las cadenas de toda una existencia, y solía decir siempre:

—Espero el amor, un amor que llegue como un ladrón, dispuesto a conquistarme, a robarme. Hasta ahora no ha trepado por ningún muro ni ha traspuesto foso alguno. Espero el más poderoso, aquél que me saque de mí misma. Quiero sentir en mí un amor tan fuerte que me haga temblar; por ahora sólo conozco ese amor vulgar del cual me río.

Su presencia en un salón parecía avivar la conversación, prestar fuego al vino. Su alma ardiente precipitaba los acordes producidos por el arco en las vibrantes cuerdas del violín. El baile se animaba, tornándose más ligero y embriagador que nunca, sobre el entarimado que apenas rozaba la bella con su menudo pie. En los cuadros vivos toda su figura resplandecía, animando los juegos; sus labios...

¡Ah! ¡No hablemos de sus labios, no fue suya la culpa, nunca tuvo tal intención! El balcón, la luz de la luna, el velo de encajes, el atavío guerrero, las canciones, tuvieron la culpa. Los pobres jóvenes eran inocentes.

Toda esta historia, que fue causa de tantos males había sido inocentemente preparada. El patrón Julius, un hábil organizador de fiestas, deseoso de dar a Mariana una ocasión particular de lucimiento, había imaginado una serie de cuadros vivientes.

En el gran salón de Ekeby, transformado en teatro, los cien invitados pudieron admirar la luna amarillenta de Sevilla, caminando a través de un cielo oscuro. Un Don Juan furtivo deteníase al pie de un balcón

enguinaldado de hiedra. Vestía un hábito frailer, pero bajo la manga del sayal distinguíase un puño albo de encaje y la punta de una espada asomaba bajo los faldones de su túnica.

El enmascarado alza la voz y empieza a cantar:

*Jamás bebí un sorbo de vino,
jamás besé de una muchacha
los rojos labios; jamás puse
su tez en ascuas.*

*Pídesme amor con la mirada,
linda criatura, y tus promesas
me dejan frío. No te asomes,
niña, a la reja.*

*Mi hábito llevo y mi rosario;
tan solamente amo a la Virgen;
un sorbo de agua me consuela
cuando estoy triste.*

Cuando cesa de cantar, Mariana aparece en el balcón con vestido de terciopelo negro y un velo de encajes, se inclina sobre la barandilla y canta reposada e irónicamente:

*¿Por qué te paras, varón santo,
a medianoche ante la reja?
¿Por qué esa extraña serenata?
¿Es que salvar mi alma deseas?*

Y de pronto sigue con creciente ardor:

*Márchate, márchate en seguida;
puede alguien verte. Bajo el hábito
tu espada acusa su presencia,
y en tanto cantas, a tus pies
canta tu espuela.*

Ante estas palabras el monje arroja su hábito, y Gösta Berling, cubierto de seda y oro, apareció ante el balcón. No hizo caso del aviso de la bella; todo lo contrario, escaló el balcón, saltó la barandilla, y, según el patrón Julius lo había dispuesto, arrojose a los pies de la hermosa.

Ella le sonrió feliz y le da a besar la mano, y mientras los dos jóvenes se contemplan embriagados de amor, cae el telón.

Ante ella estaba Gösta Berling, con una faz dulce como la de un poeta y osada como la de un general, con ojos profundos, radiantes de intrepidez y picardía, que confundían y amenazaban. Era gallardo y fuerte, ardiente y encantador.

Mientras el telón subía y bajaba, los dos jóvenes no se movieron de su puesto. Los ojos de Gösta miraban sin interrupción a la bella Mariana, suplicantes, amenazadores.

Los aplausos cesaron, el telón había caído y nadie podía verles.

Entonces la bella Mariana se inclinó y sus labios se posaron sobre los del caballero. No sabía por qué pero se vio forzada a hacerlo. Él le rodeó el cuello con los brazos y la estrechó fuertemente. Ella le besaba sin cesar.

Pero el balcón, la luz de la luna, la mantilla de blonda, el atavío del caballero, la música y los aplausos eran de todo inocentes. Ella no lo había querido, no había despreciado la corona condal que se cernió sobre su cabeza y los millones puestos a sus pies, añorante de Gösta Berling. Y él todavía no había olvidado a Ana Stiarnhök... No; ellos eran inocentes, ninguno de los dos lo había querido.

Por desgracia, el apacible Lövenborg, que siempre tenía las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios, era el encargado de subir y bajar la cortina. Era un hombre a quien obsesionaban sus amargos recuerdos y que comprendía muy poco las cosas de la vida. Al ver la nueva actitud de Gösta y de Mariana, creyó inocentemente que era un segundo cuadro y tiró de la cuerda.

Los dos jóvenes, que nada sospechaban, salieron de su éxtasis cuando resonó el tumulto de los aplausos. Mariana, estremecida, quiso huir; pero Gösta, deteniéndola, murmuró a su oído:

—Estate tranquila; van a creer que es de la obra.

Y sintió cómo se estremecía de ansia el cuerpo de la joven y cómo se helaba en sus labios el fogoso ardor de sus besos.

—No tengas miedo —suspiró él—; los labios bellos tienen derecho a besar.

Permanecieron inmóviles, y cada vez que la cortina se levantaba, les contemplaban centenares de ojos y les aplaudían ruidosamente centenares de manos.

Es realmente hermoso ver cómo dos jóvenes y bellas criaturas hacen una representación de la dicha del amor. Nadie podría figurarse que aquellos besos eran otra cosa que artificio teatral; nadie suponía que la joven temblaba de vergüenza y el caballero de intranquilidad. Nadie podría suponer que todo aquello no pertenecía a los cuadros vivientes.

Mariana y Gösta encontráronse, finalmente, solos en la escena. Ella pasose varias veces la mano por la frente y por los cabellos.

—No me comprendo a mí misma —murmuró.

—Parece mentira, señorita Mariana —contestó él, haciendo una extraña mueca y moviendo los brazos—. ¡Besar a Gösta Berling! ¡Qué horror!

Mariana se echó a reír.

—Todo el mundo sabe que Gösta Berling es irresistible, y me perdonarán, porque mi falta es muy natural.

Y así convinieron, unánimemente, en portarse con absoluta indiferencia para que nadie pudiera adivinar la verdad.

—¿Puede asegurarme, señor Gösta, que nunca se descubrirá la verdad de este asunto? —le preguntó en el momento en que iban a entrar en la sala.

—En absoluto. Los caballeros son discretos; respondo de ellos.

Ella bajó los párpados y sus labios se cerraron con una extraña sonrisa.

—Y si no obstante se supiera, ¿qué se pensaría de mí?

—Sin duda se pensaría que lo sucedido no tiene ninguna importancia. Nosotros desempeñamos nuestros papeles en la escena.

Una nueva pregunta asomó bajo aquellos párpados caídos, bajo aquella risa forzada.

—Pero usted mismo, usted, ¿qué piensa? —preguntó sin abandonar la misma actitud.

—Que la señorita Mariana se ha prendado de mí, aparentemente.

—No lo crea —repuso sonriendo—; de lo contrario, me vería obligada a sacarle de su error con ayuda de este puñal castellano.

—En este caso, los besos que usted diera costarían caros, quizá la vida de un hombre.

Los ojos de Mariana fulguraron de repente, clavándose en Gösta como una puñalada.

—¡Quisiera —murmuró con una rabia sorda— que Gösta Berling hubiese muerto, muerto, muerto!

Estas palabras encendieron una antigua nostalgia en el pecho del poeta.

—¡Ah! —exclamó amargamente—. ¡Ojalá que esas palabras más que tales, fueran flechas que salieran de un oscuro matorral, dagas o veneno, y tuvieran el poder de acabar con este miserable cuerpo y devolver la libertad a mi alma!

Ella se había tranquilizado de nuevo.

—¡Qué niñerías! —dijo, tomándole por el brazo para encaminarse a la sala, entre los invitados. Su atavío, del que no se habían despojado aún, les valió una nueva ovación.

Todos les alababan; nadie abrigaba la menor sospecha.

Comenzó el baile. Pero Gösta Berling huyó del salón. Su corazón ardía por la mirada de Mariana, como si hubiera sido herido por una flecha de acero. Bien había él comprendido el sentido de sus palabras. Vergonzoso era amarle a él, más vergonzoso que la muerte misma. No quiso volver a bailar, ver de nuevo las hermosas mujeres. Él ya lo sabía; aquellos hermosos ojos, aquellas mejillas de coral, no lucían para él. No bailaban aquellos ligeros piecillos ni por él sonaba la ahogada sonrisa. Sí, con él podían bailar, bromear; eso sí que podían hacerlo; pero ninguna quería ser suya formalmente.

El poeta entró en el salón de fumar, donde se habían instalado los hombres de edad, y sentose ante una mesa de juego. Casualmente se fue a sentar en la misma mesa ante la cual estaba el rico propietario señor de Biörne. Pronto empezó a jugar y no tardó en apoderarse de la banca, reuniendo ante sí un gran montón de piezas de seis y doce chelines. Cada vez se jugaba más fuerte.

Gösta exponía mayores cantidades. Los billetes de Banco salieron a relucir y el montón de Melchor Sinclaire aumentó considerablemente.

Pero Gösta acumulaba también las ganancias, y pronto él y el padre de Mariana quedaron solos jugando. Así llegó el momento en que todo el montón de dinero de Melchor fue a parar a manos de Gösta.

—Muchacho —dijo Melchor riendo, cuando hubo vaciado su bolsa y su cartera—, ¿cómo lo arreglaremos? Ya no me queda un céntimo, y soy de los que jamás juegan con dinero prestado: es una antigua promesa que le hice a mi madre.

Pronto salió de su apuro.

Juego tras juego, perdió el reloj y la pelliza de castor. Iba a jugarse el caballo y el trineo, cuando se presentó Sintram, que quiso disuadirle de su propósito.

—Pon sobre el tapete algo que rompa el maleficio, que cambie la suerte —aconsejole el malvado Sintram.

—¡Que se me lleve el diablo si acierto qué cosa puede ser!

—Juégate la sangre roja de tu propio corazón, hermano Melchor; juega tu hija.

—Muy bien; puede jugársela con toda seguridad —contestó Gösta—; jamás habría de ganarla yo para llevármela bajo mi techo.

El viejo Melchor estalló en risas. De ordinario no toleraba que el nombre de su hija se pronunciara en torno de las mesas de juego. Pero ¿cómo enojarse por semejante locura? Bien podía arriesgarlo: perder a Mariana jugándola contra Gösta.

—Aceptado —exclamó—. Si obtienes su consentimiento, yo te juego en esta carta mi bendición y tu matrimonio.

Gösta puso todo lo ganado y la partida comenzó. Ganó, y el señor Sinclair dejó de jugar. No podía luchar contra la mala suerte, estaba visto.

¡Ea, Gösta Berling! ¿No palpita tu corazón ante todo esto? ¿No comprendes lo que quiere el destino? ¿Qué significan los besos de Mariana, qué significa su cólera? ¿Es que ya no entiendes el corazón de la mujer? ¡Y, sin embargo, esa partida ganada...! ¿No comprendes que el destino quiere lo que quiere el amor, Gösta Berling?

No; esta noche no está Gösta Berling de humor para hacer conquistas. Se queja contra la inflexibilidad del destino. ¿Por qué el amor sólo se cura con el amor? Él sabe cómo acaban todas estas bellas canciones. El amor puede obtenerlo, pero la esposa no. Es inútil siquiera intentarlo.

Las horas transcurrieron rápidamente.

Era medianoche; palidecían las caras de las bellas damas, desrizábanse los bucles de sus cabelleras y los volantes de los trajes estaban arrugados. Las señoras abandonaron el rincón de los canapés declarando que habiendo durado la fiesta doce horas, ya era tiempo de pensar en volver a casa.

La hermosa velada tocaba a su fin.

Liliencron tomó entonces su violín y tocó la polca de los adioses.

Los caballos piafaban ante la puerta; las damas se ponían sus abrigo y sus capuchones y sus maridos se habían anudado la bufanda y puesto las botas de piel de lobo. Pero el elemento joven, vuelto al salón, no podía saciarse de la danza. Los trajes, libertados de los pesados abrigo, volvieron a rodar y los jóvenes bailaban locamente toda clase de bailes con vertigosos movimientos.

Cuando un muchacho abandonaba su dama, otro surgía para proseguir el comenzado baile. Gösta Berling, soñador y triste, fue arrastrado por el torbellino. Quería desahogarse de su pena y humillación, quería recobrar la alegría de vivir que antes bullía en su sangre. Quería ser tan despreocupado como sus compañeros. Y bailó, bailó como un loco, haciendo bailar las paredes y sus propios pensamientos.

Pero ¿quién era aquella dama que él había arrebatado de en medio del grupo? Era tan ágil y tan airosa, que le parecía sentir una fogosa corriente que emanaba hacia él... ¡Ah, era Mariana!

Mientras Gösta bailaba con Mariana, Sintram se había sentado en su trineo. A su lado estaba Sinclair, que, impaciente por esperar tanto rato a Mariana, golpeaba la nieve con sus botas de piel y se frotaba los costados para no helarse.

—Creo que no debías haberte jugado a Mariana con Gösta —dijo Sintram.

—¿Qué?

Sintram tomó las riendas y el látigo antes de contestar.

—Los besos no formaban parte de la comedia.

El rudo Melchor levantó su puño terrible; pero Sintram estaba ya lejos, Golpeaba furiosamente al caballo y no se atrevía ni a volver la cabeza, porque Melchor Sinclair tenía pesado el brazo y corta la paciencia.

El señor de Biörne dirigióse a la sala de baile en busca de su hija. Allí vio a Gösta bailando con Mariana.

Era esta última una danza loca, con no sé qué de feroz. Algunas parejas estaban pálidas; otras, más encendidas que el fuego. El polvo volaba sobre ellos como una humareda; las velas arrugábanse en el fondo de los candeleros, y en medio de esta devastación fantasmagórica, Gösta y Mariana volaban a una velocidad de vértigo; la muchacha parecía una reina de inmaculada e insuperable hermosura, y los dos estaban embriagados por la danza, en un abrazo de voluptuosidad.

Melchor Sinclair les miró con ojos sombríos; después, bruscamente, volvió la espalda y descendió con paso vacilante por la escalera que crujió bajo sus pasos furiosos, y, sin decir una palabra, saltó sobre el trineo donde la esperaba su mujer y partió.

Cuando terminó el baile, Mariana preguntó por sus padres y se enteró de que habían partido. No manifestó ninguna sorpresa. Se puso el abrigo en silencio, y cuando todos los que se hallaban en el guardarropa creían que la esperaba su trineo, ella, tiritando, mal abrigados sus pies en los zapatos de satén, se lanzó al camino, sin contar a nadie sus penas.

Nadie la reconoció en la oscuridad; nadie hubiera podido creer que esta sonámbula, que los trineos, al pasar, rechazaban hacia los montones de nieve, fuese la bella y triunfadora Mariana Sinclair.

Corrió, primero; después, cesó de correr para cobrar aliento, y de nuevo se lanzó a la carrera. Una angustia horrible y siniestra oprimía su corazón.

De Ekeby a Biörne no hay apenas un cuarto de legua; pero cuando llegó a su casa y encontró cerradas las puertas y las luces apagadas, creyó haberse extraviado. La joven preguntóse si sus padres estarían de vuelta. Dio dos fuertes golpes con el aldabón y, cogida a la anilla, sacudió la enorme puerta. Pero nadie salió a abrir. Cuando sus dedos soltaron el hierro que con tanta rabia apretaban, su piel, helada, se desgarró.

Cuando Melchor Sinclair, el gran propietario, regresó, dio orden de que fueran cerradas las puertas a su única hija. El vino le había hecho insensible. Además, le dominaba la rabia y sentía un gran odio contra su hija por haberse enamorado de Gösta Berling.

Los criados recibieron orden de no salir de la cocina y su mujer la de no aventurarse fuera de la alcoba. Juró matar al que diera un solo paso para abrir. Y todos sabían que cumplía su palabra...

Hasta entonces nadie le había visto tan enfurecido y tan abatido por la pena. De tener a su hija al alcance de su mano, la castigaría hasta teñirla en sangre ¡Su hija, a la que tan cumplida instrucción había dado, a la que había cubierto de joyas y sedas, esta niña que era su gloria, su orgullo, a la que había tratado como a hija de un rey, era la causa de su dolor!

¡Ah, ésta su reina, esta diosa, su adorada hijita, su Mariana, tan bella y tan orgullosa! ¡Cuántos sacrificios había hecho para satisfacerla! Casi se sentía avergonzado al pensar que era padre de un ser tan excelso... ¡Ah, Mariana, Mariana! ¿No debía odiarla al verla, enamorada, abrazada a Gösta Berling? ¿No debía arrojarla de su casa, cerrarle la puerta de su hogar, al ver cómo ofendía a su nobleza espiritual, amando a un hombre de tal calaña? ¡Que se vaya a Ekeby, que implore la clemencia de sus vecinos para encontrar refugio, que duerma sobre la nieve...! Ya nada le importaba. Arrojaba al arroyo a su bella Mariana, que había perdido su esplendor y deshecho la felicidad de su vida.

El viejo hallábase acostado en su cama, mientras ella seguía golpeando la puerta. ¿Qué le importaba a él? ¿Por qué debía despertarse? Allí fuera se hallaba una perdida que pensaba en casarse con un pastor expulsado... Para esa mujer no estaban abiertas las puertas de su casa... Tal vez, de haberla querido menos, de no haberse vanagloriado tanto de ser su padre, la hubiera hecho entrar...

¡Y él, imbécil, que habíase jugado su consentimiento! Le concedería su bendición; pero las puertas de su casa quedarían cerradas para ella.

La bella muchacha continuaba a la puerta de la casa, ora golpeándola furiosamente, ora cayendo de rodillas con las manos cruzadas e implorando perdón. Pero nadie la oía, nadie contestaba, nadie abría.

Ah, ¿no era esto horrible? Sólo de contarlo siento un escalofrío de terror. Llegaba de un baile donde había sido la reina. Un momento antes era rica y feliz, y ahora se encontraba en medio de una espantosa miseria; arrojada de su hogar, abandonada a la intemperie... No le habían dirigido

ningún reproche, ni le habían pegado ni maldecido; pero sí abandonado con despiadada y fría dureza de corazón.

Piensa en la fría noche estrellada que se cernía sobre ella, larga noche con sus inmensos campos de nieve, con los silenciosos bosques. Todo dormía, todo estaba sumergido en un sueño insensible. Un solo ser vivo estaba allí, en medio de aquella blancura durmiente, en el cual se concentraban toda la angustia, el miedo y el horror que de ordinario andan esparcidos por el mundo. ¡Oh, Dios, encontrarse sola para sufrir en medio de aquel helado y dormido mundo!

Por primera vez en su vida tropezaba con la impiedad y dureza de su corazón. Ni su propia madre quería levantarse de su lecho para salvarla, y de los viejos criados que guiaron sus primeros pasos ninguno acudía en su socorro. ¿Por qué delito se le castigaba? ¿Cómo podía esperar piedad, sino la encontraba ante aquella puerta? Aunque se hubiera asesinado a una persona, habría acudido allí con la certeza de que la dejarían entrar. Aunque se hubiera convertido en el más miserable de los seres, aunque hubiera llegado andrajosa, habría llegado tranquila hasta aquella puerta, esperando una cordial acogida. Aquella puerta era la entrada de su hogar. Detrás de ella sólo podía hallar amor.

¿Es que su padre no la había ya sometido a una prueba suficiente? ¿No abriría pronto?

—¡Padre, padre! —gritó de nuevo—. ¡Déjame entrar! ¡Me estoy helando! ¡Tiemblo! ¡Es horrible hallarse aquí fuera...! ¡Madre, madre! Tú que tantos pasos has dado por mí, que tantas noches has pasado en vela por mi causa, ¿por qué duermes? ¡Madre, madre! ¡Vela todavía esta noche! ¡Nunca más volveré a causarte pena!

Grita y cae sin aliento, esperando una contestación. Pero nadie la oye, nadie la obedece, nadie le contesta.

Sus manos se cierran con terror y sus ojos ya no vierten lágrimas. La espaciosa y sombría casa, con sus ventanas oscuras y sus puerta cerradas, era horrible y continuaba muda. ¿Qué sería de ella, ahora que no tenía hogar? Viviría estigmatizada por la deshonra que le imponía su padre, que le aplicaba el hierro candente en las espaldas.

—¡Padre! —volvió a gritar—. ¿Qué será de mí? Las gentes pensarán de mí todo lo malo.

Lloraba y se retorcía; su cuerpo estaba rígido de frío.

¡Oh, dolor! ¡Qué tales desdichas puedan caer sobre los que ha poco se encontraban tan elevados! ¡Qué sea tan fácil caer en la más espantosa miseria! ¿No debemos estremecernos ante la vida? Nadie se desliza sobre aguas mansas; en torno nuestro ondean los pesares como las olas de un mar embravecido. Mirad: las olas lamen lentamente los flancos del buque, para destruirle. Y en parte alguna se encuentra pie seguro, tierra firme, un confiado bajel. En todo lo que puede abarcar la mirada no se distingue más que un cielo desconocido sobre un inmenso mar de pesares.

¡Pero silencio! ¡Al fin! Ligeros pasos aproxímanse al vestíbulo.

—¿Eres tú madre? —pregunta Mariana.

—¡Sí, hija mía!

—¿Puedo entrar ahora?

—Tu padre no quiere dejarte pasar.

—He venido corriendo desde Ekeby sobre la nieve, con mis finos zapatos. Durante una hora he estado aquí gritando e implorando. Me muero de frío. ¿Por qué os habéis marchado sin mí?

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿Por qué besaste a Gösta Berling?

—Di a mi padre que ese hombre no me importa nada, que todo era un juego. ¿Creéis acaso que quiero a Gösta Berling?

—Ve a la granja y pide que te dejen pasar allí la noche. Tu padre está borracho, no escucha razones. Me ha tenido encerrada arriba; me escapé cuando creí que dormía. Te matará si entras.

—¡Ah, madre, madre mía! Tú no debes tolerar que yo vaya a dormir a casa de unos extraños. ¿Cómo consientes que me cierren las puertas? ¿Será mi madre tan mala como mi padre? Si no me dejas entrar me arrojaré sobre la nieve, para morir en medio del camino.

Entonces la madre forcejeó la cerradura; pero en el mismo instante oyó una voz ronca que la llamaba desde lo alto de la escalera. La madre se retiró. Mariana oyó unos pasos precipitados, y el rumor, el horrible rumor de las injurias y blasfemias...

Mariana oyó algo horrible. En la silenciosa casa podía percibir el menor ruido.

Oyó el ruido de un golpe, de un bastonazo o de una bofetada. Después un débil gemido y un nuevo golpe. El terrible viejo pegaba a su madre; el gigantesco Melchor Sinclaire pegaba a su mujer.

Y aterrorizada cayó Mariana en el umbral de la puerta y llena de miedo lloró y sus lágrimas se transformaría en hielo ante su propio hogar.

¡Gracia, piedad! ¡Abrid, abrid para que pueda entrar ella y doblegar sus espaldas ante el castigo! ¡Ah, que haya podido pegar a la madre, que le haya pegado porque no quería ver a su hija al día siguiente muerta sobre la nieve, porque había querido consolar a su hija!

Un sentimiento de humillación invadió aquella noche a Mariana. Se había figurado ser una reina y ahora se encontraba poco menos que una fustigada esclava. Pero pronto la fría cólera la hizo levantarse. De nuevo golpeó la puerta con su ensangrentada mano y exclamó:

—¡Escucha lo que te digo! ¡Tú que pegas a mi madre, tendrás que llorar, Melchor Sinclaire, llorarás!

Y la bella Mariana se tendió a descansar sobre la nieve. Arrojó lejos de sí la capa de pieles y quedó solamente con su negro vestido de terciopelo, que resaltaba en la blancura de la inmensa sábana. Allí estaba tendida, pensando que su padre, al día siguiente, al dar el paseo matinal, la encontraría muerta. Sólo deseaba que fuera él mismo quien la encontrase.

—¡Oh, muerte, pálida amiga; es tan cierto como consolador que no podré nunca evitar el encontrarte! Vengo a ti, el más lento de los obreros de la tierra. Cuando llegues, vas a descalzarme mi zapato medio roto, vas a arrancarme la cuchara y el plato de la mano y vas a quitarme las ropas de trabajo que cubren mi cuerpo. Con tu fuerza benigna vas a tenderme sobre un lecho adornado con encajes, y vas a ataviarme con una túnica de lienzo, larga, que tape mis miembros. Mis pies no necesitarán ya de zapatos; pero mis manos serán cubiertas con guantes blancos como la nieve, que no ensuciarán ningún trabajo. Arrullada por ti, dulce reposo, dormiré un sueño milenario... Sueño con un estremecimiento de gozo en la hora en que seré llevada a tu reino... Pálida amiga, en mí puedes ejercer tu poder, pero he de decirte que más dura fue la lucha contra las mujeres de los tiempos pasados.

Las fuerzas vitales eran más poderosas que sus esbeltos cuerpos; no había frío capaz de enfriar su ardiente sangre.

Habrías colocado a la bella Mariana sobre tu lecho, Muerte implacable, y te habrías sentado a su lado cual una vieja nodriza que arrulla al niño que duerme en la cuna. La fiel y vieja ama sabe lo que es bueno para los hijos de los hombres y se indigna cuando los compañeros de juego llegan alborotando y haciendo ruido, despertando tu niño medio dormido. ¡Cómo te encolerizarías si los caballeros sacaran de su lecho a la bella Mariana, si un hombre la oprimiera contra su pecho ardientes lágrimas de sus ojos cayeran sobre su faz!

De Ekeby habían partido ya los invitados. Los criados habían apagado todas las luces. Sólo los caballeros, en la parte del edificio a ellos reservada, hacían círculo en torno del último bol de ponche. Y Gösta Berling alzó la cabeza y brindó por las incomparables mujeres de los tiempos pasados.

—Hablar de vosotras —decía— es lo mismo que hablar del Reino de los Cielos. ¡Quimérica belleza, quimérica luz la vuestra! Eternamente jóvenes, eternamente bellas y dulces como los ojos de una madre que mira a su hijito. Tiernas como las jóvenes ardillas, os abalanzabais al cuello del hombre. Jamás temblaba vuestra voz por la cólera; nunca vuestra frente se cubría de arrugas; vuestra blanda mano nunca se tornó áspera y dura. Cual columnas enguinaldadas, cual imágenes de santa, adornabais el templo del hogar. Incienso y oraciones os eran ofrendados; por vuestra mediación hacía el amor su milagro, y sobre vuestra cabeza colocaba la poesía su radiante corona de dorados rayos de gloriosos fulgores. ¡Oh, mujeres de tiempos pasados!

Los caballeros se levantaron entusiasmados por aquellas palabras y por el vino, la sangre ardiente por la alegría de la fiesta. Hasta el viejo tío Eberhard y el perezoso tío Cristóbal se unieron a la partida.

En un abrir y cerrar de ojos los caballos estuvieron enganchados a los trineos y salieron en loca carrera, a través de la noche oscura, con el fin de dar una serenata a aquéllas a quienes nunca podría alabarse bastante, a cada una de aquéllas que con sus rojas mejillas y claros ojos habían iluminado hacía poco las grandes salas de Ekeby.

La caravana de los caballeros no pudo alejarse mucho, pues al llegar cerca de Biörne encontraron a la bella Mariana tendida sobre la blanca nieve, ante la puerta de su casa. A su vista temblaron y se irritaron.

Les parecía como si encontraran la imagen de un santo mutilada y profanada a la puerta de la iglesia; les parecía como si una mano criminal hubiera roto el arco de un precioso violín, y arrancado sus cuerdas.

Gösta amenazaba con el puño cerrado a la oscura casa.

—¡Oh, hijos del odio, huracanes boreales, turbiones de granizo, destructores del paraíso de Dios!

Berencreutz encendió su linterna de cuero y alumbró con ella la pálida y azulada cara. Entonces vieron los caballeros las ensangrentadas manos de Mariana y las lágrimas convertidas en hielo sobre sus pestañas. Y se lamentaban con amargura, pues no era ella solamente una imagen sagrada y un arpa, sino una hermosa joven que había llenado de alegría sus viejos corazones.

Gösta Berling cayó de rodillas ante ella.

—¡Hela aquí, mi prometida! ¡Hace dos horas me dio el beso de novia, y el padre me ha prometido su bendición! ¡Está aquí y espera que yo comparta su blanco lecho!

Y Gösta levantó a la inanimada joven en sus poderosos brazos.

—¡A Ekeby, a Ekeby! Es ya mía; ahora es mía. La he encontrado sobre ese lecho frío, y nadie me la quitará. Ahí que duerman ellos, si pueden. ¿Qué haría ella detrás de estas puertas, donde sus manos han sido martirizadas y ensangrentadas?

La llevó en brazos hasta el primer trineo y se sentó a su lado. Nadie pudo impedirselo... Berencreutz, de pie, sostenía las riendas.

—Frótala con nieve, Gösta —ordenó.

El frío había paralizado los miembros de la joven; pero su excitado corazón latía aún con violencia. No había perdido el conocimiento hasta el punto de que no pudiera darse cuenta de lo que le había ocurrido, cómo fue encontrada en la nieve... Pero no podía moverse... Rígida, inmóvil, descansaba sobre el trineo. Bajo los enérgicos cuidados, las lágrimas y los besos de Gösta sólo experimentaba un deseo infinito de lavar su mano para devolverle sus caricias. A pesar de la rigidez de su cuerpo, todos sus

recuerdos afloraban con singular nitidez en su espíritu. Creía amar a Gösta desde hacía mucho tiempo, desde mucho antes de aquella noche. Hacía años que deseaba poder amarlo.

Ella se comparaba a sí misma con él y con las otras gentes del Wärmeland. Todos eran casi igual que los niños. Se dejaban llevar de sus impulsos; vivían sólo la vida externa y nunca se preocupaban de escudriñar en las profundidades de sus almas. Pero ella se había tornado tan impenetrable como los que viven mucho tiempo en el extranjero entre gentes desconocidas; nunca se había entregado por completo cuando amó, y cuando hacía algo siempre estaba presente la mirada de su yo que la contemplaba con su mirada glacial y su sonrisa burlona.

Había anhelado una pasión que la sacara de sus obstinadas reflexiones sobre sí misma. Y, al fin, llegó el conquistador, el poderoso. Cuando besó a Gösta Berling en el balcón, se olvidó de sí misma por primera vez.

Y la pasión la dominó. Su corazón latía de tal modo que casi podía oírsele. ¿Tardaría mucho todavía en reconquistar el dominio de sus miembros?

Una salvaje alegría le oprimió el corazón ante la idea de que su familia la había arrojado de su hogar. Ahora se entregaría a Gösta. ¡Cuán estúpida había sido! ¡Cuántos años había estado ahogando al amor! ¡Ah, qué hermoso es entregarse al amor, sentir hervir la sangre! Pero acaso no se vería nunca libre de aquellas murallas de hielo. En su interior había sido siempre de hielo, y de fuego en el exterior. Y ahora era todo lo contrario. Un alma de fuego y un cuerpo de hielo.

Y Gösta Berling sintió cómo dos brazos se elevaban lentamente y rodeaban su cuello, ejerciendo una débil presión.

Así es como él lo sintió; pero Mariana se figuró haber expresado toda su pasión con un fuerte y ardoroso abrazo.

Cuando Berencreutz diose cuenta de ello, dejó correr el caballo a su gusto por aquel camino tan familiar. Alzó los ojos al cielo; obstinado e inmóvil, se absorbió en la contemplación de las Pléyades.

VII

LOS COCHES VIEJOS

¡Alegraos, hijos de los hombres! Si sucediera que leyeráis esto durante la noche, mientras os halláis acostados o sentados, tal como yo lo escribo en las silenciosas horas nocturnas, no debéis lanzar ningún suspiro de alivio y pensar que los buenos caballeros pudieron gozar de un sueño ininterrumpido, después de llegar a casa con Mariana y de haberle preparado una buena cama en el mejor aposento, junto al gran salón.

Fuéronse a la cama y durmiéronse también. Pero no debía estarles permitido el dormir tranquilos hasta el mediodía.

No hay que olvidar que durante todo esto la vieja comandanta, con el cayado y la alforja al hombro, vagaba por la comarca, y que no tenía por costumbre preocuparse de la comodidad de los pecadores, cuando algo importante la ocupaba. Tanto menos lo podían hacer ahora, que había decidido echar de Ekeby a los caballeros aquella noche.

La época en que ella se encontraba en Ekeby, con todo su esplendor y magnificencia, derramando alegría sobre la tierra, como Dios esparce estrellas en el cielo, había pasado. Y mientras ella, sin hogar, erraba por la comarca, el poderío y el honor de la gran posesión estaban confiados a los caballeros, que cuidaban de ella como el viento de la ceniza y como el sol de primavera a los montones de nieve.

A veces, en el transcurso de sus correrías, cuando los caballeros fustigaban los campanilleantes caballos que tiraban de su largo trineo, había encontrado a la comandanta a lo largo de los caminos, ataviada como una pordiosera; pero, lejos de bajar los ojos, ellos, furiosamente, se amenazaban con sus puños cerrados, y, dando una brusca vuelta al trineo, la obligaban a

hundirse en un montón de nieve. El comandante Fuchs, el cazador de osos, jamás dejó de escupir tres veces ante ella, para evitar su mala influencia.

No tenían compasión de ella. La trataban como a una bruja. Si le hubiera sucedido una desgracia, no se habría afligido más que aquél que la noche del sábado dispara al aire su fusil cargado de bolitas de latón y por casualidad tropieza con alguna de las brujas que van por el aire camino del aquelarre. Para los pobres caballeros era una cuestión de gloria celestial el perseguir a la comandanta. Los hombres han cometido entre sí las mayores crueldades ante el temor de no poder salvar su alma.

Cuando los caballeros regresaron de sus orgías, con paso vacilante y a horas muy avanzadas de la noche, asomáronse a la ventana para mirar las estrellas que fulguraban en el claro cielo, y vieron una sombra que cruzaba frecuentemente el patio, y que reconocieron. Era la bruja, que vagaba en busca de su amado hogar.

En la residencia de los caballeros resonaron las carcajadas de los incorregibles desalmados que dirigían palabras injuriosas a la vagabunda.

Verdaderamente, la impiedad y la altivez habían empezado a apoderarse de los antiguos aventureros. Sintram había sembrado el odio en su corazón. Si la comandanta se hubiera quedado tranquilamente en Ekeby, sus almas no habrían podido correr más peligro que ahora. Más gente suele perecer en la huida que durante la batalla.

En cuanto a la comandanta, no experimentaba, en verdad, la mayor cólera contra ellos. De haber podido, hubiérales castigado con una zurra, como a niños perversos, para perdonarlos en seguida, devolviéndoles su cariño. Pero ahora sufría por su querida posesión abandonada en manos de los caballeros, que la guardaban como el lobo guarda un rebaño de ovejas.

Sin embargo, no era la única que había experimentado tales penas, que había visto devastado su hogar amado. Más de uno había sufrido aquella horrible impresión cuando la casa donde pasara su existencia dirigíale una mirada de bestia herida. La casa parecía acusarle de haber dejado que el liquen devorara los árboles del patio y que la mala hierba creciera en el enarenado jardín. Ante más de uno de aquellos fértiles campos, ahora abandonados, que la acusaban por su desidia, hubiérase arrodillado para pedirles que no la creyeran culpable de semejante ignominia. No se atrevía

a afrontar la mirada de los pobres caballos. ¿Qué valiente hubiera soportado sus miradas? Y no se atrevía a esperar a las ovejas al retorno del pastoreo. Lo más lamentable del mundo es ver un hogar en ruinas.

¡Ay, yo os ruego a todos aquéllos que tenéis campos y praderas y risueños jardines de flores, que os cuidéis de ellos, que los vigiléis cuidadosamente! Vigiladlos y cuidadlos con amor, con trabajo; no es bueno que la Naturaleza tenga que padecer por culpa de los hombres. Cuando pienso lo mucho que el soberbio Ekeby tendría que sufrir por causa de los caballeros, deseo que la comandanta alcance su objetivo y que Ekeby les sea arrebatado.

La comandanta deseaba ahora ver a su madre para que las dos pudieran hallar el anhelado reposo. Decidió atravesar los oscuros bosques a lo largo del Elf hasta el hogar que la había visto nacer. Antes, no podría encontrar la paz.

Muchas eran las gentes que le abrían sus puertas, ofreciéndole un tibio hogar y el apoyo de una amistad fiel; pero ella no se detenía en parte alguna. Arisca y colérica iba de granja en granja, siempre adelante, pues la maldición le oprimía el alma.

Quería ir a ver a su madre, pero antes se preocuparía de su querido Ekeby. No quería dejarlo entre las manos indolentes de los derrochadores, borrachos e indiferentes dilapidadores de los bienes de Dios. ¿Había de partir para encontrar a su vuelta sus bienes aventados, las forjas silenciosas, los caballos hambrientos y los criados dispersos? No, nuevamente se levantaría con toda su energía y echaría de allí a los caballeros.

No pretendía volver a alcanzar el antiguo esplendor. Su objeto era sólo uno: libertar su hogar de aquellos locos, de aquellos bandidos, de aquella plaga de langostas, tras la que no volvía a crecer la hierba.

Pero, mientras recorría la comarca y vivía de limosna, pensaba constantemente en su madre, y la idea de que no volverían mejores tiempos para ella antes de haber arrojado de sus espaldas el peso de la maldición materna, había echado raíces en su corazón. Nadie había traído la noticia de la muerte de la vieja; por consiguiente, debía vivir todavía en la granja en los bosques de Elfdal. Con sus noventa años de edad vivía, aún, trabajando sin interrupción, cuidándose en verano de sus escudillas de leche y en

invierno de sus hornos de carbón, mirando llena de nostalgia hacia el día en que terminara su misión sobre la tierra.

Y la comandanta pensaba que si la vieja vivía tanto, era para que pudiera retirar la maldición que pesaba sobre su hija. La madre que tal miseria había traído sobre su hija no podía dormir.

Bien comprendía ella que le causaba una gran satisfacción el ver cómo se fue disipando su herencia; pero también que su gran indolencia no le permitiría realizar sus propósitos, en el caso de que ella consiguiera echar de allí a los locos y pródigos caballeros. Después, le sería difícil a su marido encontrar otros que continuaran la obra destructora. Confiaba en que una vez conseguida la expulsión de los caballeros, su antiguo inspector y sus capataces sabrían dirigir el trabajo y restablecer el orden acostumbrado. Por esto se había deslizado su sombra tantas veces, durante la noche, por los negros caminos de la herrería, y frecuentado las cabañas de los pequeños granjeros y conversado con el molinero y los mozos a sus órdenes en la sala baja del gran molino. Había consultado, igualmente, a los herreros, bajo los negruzcos hangares, y todos prometíanle su ayuda.

El honor y la buena fama de la gran propiedad no debía permanecer más tiempo en manos de esos indolentes caballeros, que la cuidaban como el viento la ceniza, o el lobo un rebaño de ovejas.

Y aquella misma noche, cuando los alegres aventureros hubiesen bailado, jugado y bebido hasta caer en el más pesado sueño, irían todos a echarles de allí.

Les había dejado pavonearse de su indolencia. Sentada en un rincón oculto de la herrería, amenazadora, había esperado el fin del baile. Mucho después de haber acabado, aún continuaba escondida, hasta que les vio regresar de su nocturno paseo. Por fin, se apagó la última luz y todo el edificio quedó dormido en la noche. Entonces se levantó y salió. Eran ya las cinco de la madrugada; pero aquella noche de febrero, tenebrosa y apacible, seguía cubriendo el horizonte.

Entonces la comandanta dio orden a sus gentes de reunirse en torno del ala del edificio que ocupaban los caballeros, mientras ella subía un instante a su antigua habitación.

Llamó a la puerta, y la hija del pastor de Broby, de la que habían hecho una excelente sirvienta, presentóse ante ella.

—Sea bienvenida la señora —dijo la joven, besándole la mano.

—Apaga la luz —ordenó la comandanta—. ¿Ignoras que yo puedo marchar por aquí sin necesidad de luz?

Y comenzó a recorrer la casa silenciosa con paso furtivo. La comandanta entreteníase con sus recuerdos. La sirvienta no sollozaba ni suspiraba; pero torrentes de lágrimas le caían a lo largo de sus mejillas. La señora le hizo abrir el armario de la ropa blanca y el baúl donde guardaba la vajilla de plata. Subió al almacén y tocó suavemente la enorme pila de los edredones. Faltábale todavía tocar los aparatos de tejer, los telares, ruecas y devanaderas, hundir sus dedos en la caja de especias y acariciar las filas de candelas suspendidas en largas perchas.

Al llegar a la bodega sopesó con precaución las barricas de cerveza y exploró el sitio de las botellas de vino. Entró en la cocina y en la despensa y fue examinándolo todo con un gesto de despedida.

Por último, se lanzó a través de las habitaciones y se detuvo un momento en medio del comedor, acariciando la gran mesa de tablones.

—¡Cuántas gentes se han levantado ahítas de esta mesa! —exclamó.

En los salones encontró los largos y anchos canapés puestos en su sitio, y sintió bajo su mano el mármol frío de las consolas que descansaban sobre garra dorada y soportaban los preciosos espejos.

—Fue ésta una casa rica —suspiró—. Fue un hombre magnífico el que me hizo reina de todo esto.

El salón grande, en el que había acabado poco antes el torbellino de la danza, había recobrado su aspecto de severidad. Se aproximó al clavecín, y le arrancó unas notas.

—¡Tampoco holgaban aquí en mis tiempos la alegría y el buen humor! —murmuró.

La sala de visitas, tras el salón, permanecía sumida en la penumbra.

A tientas, la comandanta puso sus manos en el rostro de la criada.

—¿Lloras? —le preguntó, al sentir su mano humedecida por las lágrimas.

La joven estalló en sollozos.

—Señora, mi querida señora —prorrumpió—, van a acabar con todo. ¿Por qué dejó su casa a merced de esos locos caballeros?

Entonces la comandanta levantó un cortinón y le mostró el patio.

—¿Soy yo quien te ha enseñado a llorar y gemir? Mira, el patio esta invadido por mis gentes; mañana no quedará un solo caballero en Ekeby.

—Pero ¿no va a volver mi señora?

—No, todavía no. Los caminos son mi refugio; el foso del camino, mi lecho. Tú cuidarás de Ekeby durante mi ausencia, hija mía.

Y siguió su camino, sin que nadie supiera que Mariana dormía, precisamente, en aquella estancia.

Pero Mariana no dormía; estaba completamente despierta. Lo oyó y lo comprendió todo. Estaba acostada en su cama, mientras su alma cantaba un himno al amor: «¡Oh, tú, Magnífica, que me has elevado sobre mí misma! —decía—. Me encontraba sumergida en la más espantosa miseria y tú la has transformado en un paraíso. Mis manos, aferradas al frío de la puerta, sangraban destrozadas; en el umbral de mi hogar yacen mis lágrimas convertidas en perlas de hielo. El frío de la cólera invadió mi corazón cuando oí los golpes sobre la espalda de mi madre, y en el frío sudario de nieve quise adormecer mi furor, pero entonces llegaste tú, oh, amor, hijo del fuego, llegaste y te acercaste a la que yacía allí aterida de frío. Cuando comparo mi miseria con la felicidad que he obtenido en cambio doy por bien empleados mis sufrimientos. Libre estoy ya de todo lazo, no tengo padre ni madre, ni hogar. Las gentes pensarán de mí todo lo malo y evitarán mi contacto. Bien, hágase tu Voluntad, oh, amado. ¿Por qué había de ser yo más que mi amado? Cogidos de la mano iremos por el mundo. Pobre es la prometida de Gösta Berling; en la nieve la encontró. Así, pues, creémonos un hogar, pero no en los puntuosos salones, sino en la cabaña del aldeano, al borde del bosque. Yo le ayudaré a construir el horno de carbón; yo le ayudaré a colocar cepos para cazar urogallos y liebres; yo guisaré su comida y repasaré sus vestidos. Oh, amado mío; te echaré de menos y suspiraré por ti, cuando te espere sola sentada al borde del bosque. Así será, amado mío, así será. Suspiraré por ti, sólo por ti; pero no por el día de la riqueza. Mi añoranza será sólo por ti; anhelaré escuchar el eco de tus pasos por el sendero del bosque, cuando vengas hacia mí cantando alegremente,

con el haz de leña sobre la espalda. Oh, amado mío, mientras dure mi amor estaré allí sentada esperándote».

Había estado acostada en aquel lecho, cantando silenciosamente aquel himno al Dios todopoderoso del corazón, y aún no había cerrado los ojos cuando entró la comandanta.

En cuanto la comandanta salió, Mariana se dispuso a vestirse.

Otra vez tuvo que ponerse el negro vestido de terciopelo y los finos zapatos de baile. Se envolvió en una manta como un chal y salió apresuradamente afuera, donde reinaba la noche horrible.

Silenciosa, estrellada y helada era aquella noche de febrero. Parecía como si nunca hubiera de tener fin. Y las tinieblas y el frío de aquella noche duraron sobre la tierra largo tiempo, hasta mucho después de la salida del sol, hasta mucho después de haberse transformado en agua el manto de nieve sobre el cual había caminado Mariana.

Mariana corrió apresuradamente hacia Ekeby, en busca de ayuda. No podía permitir que fueran atropellados aquellos hombres que la habían recogido sobre la nieve, abriéndole su corazón y ofreciéndole su hogar. Pretendía llegar a Siue a ver al comandante Samzelius. Tenía prisa por llegar y pensaba que dentro de una hora podía estar de vuelta.

Cuando la comandanta se hubo despedido de su hogar, se dirigió al patio donde la esperaban sus gentes y empezó la batalla en torno al pabellón de los caballeros. La comandanta colocó sus gentes alrededor del elevado y estrecho edificio en cuyo piso superior moraban los caballeros. En la gran estancia de allá arriba, de paredes enjalbegadas, donde se ven alineados los arcones pintados de rojo y en cuya gran mesa central se ven las cartas nadando sobre el aguardiente vertido, donde las anchas camas están tapadas con cortinas de cuadros amarillos, duermen los caballeros. ¡Oh, los despreocupados!

En la cuadra, ante los llenos pesebres, dormían los caballos, soñando en las aventuras de su juventud. Cuando no se tiene nada que hacer, es bueno soñar con las locuras de la juventud. Recordaban las rápidas carreras al regreso de la misa de Navidad, los desfiles por la feria, las noches pasadas a la intemperie y los mercados en que trotaban ante los ojos del comprador, mientras el conductor, ya fuera del coche, les rugía los más grandes

juramentos en la oreja. Sí, soñar es dulce; muy dulce, cuando se sabe que nunca abandonarán los rebosantes pesebres y el tibio ambiente de las cuadras de Ekeby.

La vieja cochera en ruinas, donde se guardan las carrozas destrozadas y los trineos rotos, encierra una extraña colección de vehículos antiguos. Los hay pintados de verde, rojo y amarillo. Allí está la primera calesa noruega que recorrió el Wärmeland, conducida en 1814, como trofeo de guerra, por Berencreutz; los más extraños carruajes para un caballo, carretelas, carros, galeras, cabriolés y carretones cuya caja descansa sobre armazones de madera; en fin, todos los instrumentos de tortura que han rodado sobre los largos caminos. Allí está el largo trineo que utilizan los doce caballeros y el trineo con capota del friolero tío Cristóbal y el trineo de familia de Oernecko con su piel de oso raída y su escudo semiborrado; y los trineos de carreras, ¡ah!, una infinidad de trineos de carreras.

Muchos son los caballeros que han vivido y muerto en Ekeby. Sus nombres han sido dados al olvido, sin dejar recuerdo en el corazón de los hombres. Pero la comandanta ha guardado los vehículos que los condujeron hasta su casa. Allí duermen todos, en el hangar, enterrados cada día bajo una capa de polvo más espesa. Los clavos y los tornillos se ven entre la madera carcomida; la pintura se borra; las ratas y los insectos han devorado los respaldos y los asientos, rellenos de crin de caballo.

¡Descansemos! —dicen los viejos vehículos—. Se nos ha llevado y traído y hemos sufrido bastantes chaparrones y nevadas. Ya está lejos el tiempo en que llevamos a nuestro joven señor a su primer baile, en que con muchachas jaraneras partíamos hacia las magníficas carreras de trineos, en que llevábamos alegres héroes por los resplandecientes caminos, al campamento de Trossnes. La mayoría duermen ya. Pero los últimos y los mejores no abandonarán nunca Ekeby, jamás.

Y su toldo de cuero se rompe, los aros de las ruedas se desprenden, los radios y tornillos se pudren. Los viejos vehículos no desean vivir; quieren morir. El polvo los cubre ya como un sudario y a su amparo se dejan dominar por la vejez. Allí llevan una vida ininterrumpida de pereza y se van deshaciendo. Nadie los usa y, sin embargo, se van destruyendo. Una vez al año se abre la portezuela para dar paso a un nuevo camarada que viene a

fijar su residencia en Ekeby, y tan pronto como la puerta se cierra, la somnolencia y el cansancio, síntomas de vejez, se apoderan voraces del recién llegado. Ratones, carcomas, polillas y toda clase de insectos se abalanzan sobre él, y el nuevo compañero se llena de moho y cae en un largo y profundo sueño sin ensueños.

He aquí que en esta noche de febrero las puertas de la cochera se han abierto de par en par. A la luz de las linternas y de los blandones, se buscan los carruajes y los trineos que pertenecen a los actuales caballeros de Ekeby; la antigua calesa de Berencreutz, el trineo con blasones de Oernecko, el estrecho cabriolé cuya capota abrigó al tío Cristóbal. Poco importa que sean vehículos de verano o de invierno, siempre que cada uno encuentre en ellos su comodidad.

Y en la cuadra han sido despertados los viejos caballos de los caballeros, semidormidos ante sus pesebres rebosantes. ¡Vuestros sueños son una realidad! ¡Experimentaréis de nuevo, bravos corredores, las pendientes duras y escarpadas, y el heno enmohecido de la posada, y el látigo del chalán, y la fuerza de los frenos al bajar por la cuesta nevada, resbaladiza y peligrosa! Los carruajes viejos toman una forma ridícula, cuando los pequeños caballos grises de los montañeses son enganchados a una carroza elevada, y los huesudos y larguiruchos caballos de la caballería a los bajos trineos de carreras. Las bestias caducas resoplan y relinchan cuando se les pone el freno en la boca desdentada; los carruajes decrepitos crujen y rechinan. ¡Qué lamentable exhibición de antigüedades! En lugar de dejarles descansar tranquilamente durmiendo su eterno sueño, se los ha sacado a la luz del día... Cuerpos raquíticos con miembros estropeados y rígidos por la vejez salen a la luz...

Los criados procedieron a enjaezar a los animales. Una vez hecho esto, le preguntaron a la comandanta en qué carruaje debía ir Gösta Berling, pues, como era sabido, había llegado allí en el carro del carbón.

—Sujetad a *Don Juan* al mejor trineo de carreras y extended sobre él la piel de oso con garras de plata.

Y como el mozo de cuadra murmurara al oír su orden, la comandanta exclamó:

—¡Qué caballo de mi cuadra no daría yo por verme libre de ese hombre!

Los coches están listos y los caballos despiertos; pero los caballeros duermen todavía. Ahora les toca el turno a ellos salir fuera en la noche de invierno. Oh, no es empresa fácil sacarlos de sus camas, como viejos caballos paralíticos y antiguos y corroídos carruajes. Los caballeros son hombres fuertes, decididos, curtidos en mil aventuras. Estarán dispuestos a defenderse hasta verter la última gota de su sangre. No es tarea fácil sacarlos de sus lechos y meterlos en los coches que deben conducir ellos mismos.

La comandanta ordenó que le prendieran fuego a un montón de paja que había cerca de la casa, y cuyos resplandores de incendio penetraron en el dormitorio.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaba—. La paja es mía. Todo Ekeby es mío.

Y cuando la hoguera fue adquiriendo incremento, gritó de nuevo:

—Ahora, despertadles.

Los caballeros, tras sus puertas cerradas dormían, dormían, aun cuando la multitud gritaba a todo pulmón:

—¡Fuego! ¡Fuego!

El pesado martillo del maestro herrero cae con fuerza contra la puerta de entrada: los caballeros no dan señales de vida. Una maciza pelota de nieve rompe un cristal, penetra en la sala y rebota de una a otra pared: los caballeros no despiertan. Sueñan simplemente que una hermosa joven les arroja su pañuelo; sueñan que se les aplaude; sueñan en las risas inextinguibles y en los escándalos de las fiestas nocturnas.

Un disparo de cañón a sus oídos, un mar de agua helada sería necesario para despertarlos; han bailado, tocado sus instrumentos, cantado y hecho comedia. Embriagados de vino, cansadísimos, duermen un sueño tan profundo como el sueño de la muerte.

Este pesado sueño iba a salvarles. La multitud comenzó a creer que aquella tranquilidad ocultaba un peligro. ¿No habrían huido los caballeros en busca de un refuerzo? ¿Estarían apostados tras la puerta, con el dedo en el gatillo, prestos a disparar contra el primero que se presentase? Eran muy valientes y astutos esos hombres... ¿Qué significaba su misterioso silencio?

Seguramente no se dejarían sorprender como un oso en su guarida.

Y la multitud seguía desgañitándose, aunque inútilmente.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Entonces, en medio de la general consternación, la comandanta empuña un hacha y derriba la puerta exterior a golpes. Sola, asciende por la escalera y, abriendo bruscamente la puerta del dormitorio, grita:

—¡Fuego, caballeros!

Sugestionados por esta voz, que encontró más eco en sus oídos que el rugir de la multitud, doce hombres saltaron de sus lechos, huyendo casi sin ponerse los vestidos, hacia el patio.

Pero abajo les esperaba el maestro herrero con dos molineros de puños robustos. ¡Oh, vergüenza! Uno tras otro, los doce caballeros fueron detenidos, arrojados al suelo, maniatados y conducidos su coche respectivo. Nadie se escapó... Berencreutz, el coronel de cejas fruncidas, y Cristian Berg, el fuerte capitán, y el tío Eberhard, el filósofo, y aun el invencible Gösta; todos cayeron. La comandanta triunfaba. Era más fuerte que ellos...

Sentados en sus viejos coches, atados de pies y manos, la cabeza caída y los ojos furibundos, su aspecto no podía ser más lamentable. En todo el patio repercutía el eco de sus juramentos impotentes y de sus deprecaciones. La comandanta iba de uno a otro, diciéndoles:

—Jura que nunca más pondrás los pies en Ekeby.

—¡Bruja! ¡Ve a reunirse al corro de tus compañeros! —le gritaban.

—Jura, porque, si no, vuelvo a meterte en la residencia de los caballeros y allí ardes tú con la casa. Esta noche, de Ekeby sólo quedará un montón de cenizas.

—¡No te atreverás!

—¡Me atreveré, cobarde! ¿No es mío, Ekeby? ¿Crees que he olvidado tus escupitajos cuando me encontrabas por la carretera? ¿No he tratado de quemaros hace un momento? ¿Acaso levantaste la mano para defenderme cuándo fui arrojada de mi casa? ¡Jura! ¡Jura!

Tan irreductible se mostraba la comandanta, aunque parecía esforzarse un poco, y rodeábanles tantos hombres armados de grandes hachas, que no tuvieron más remedio que jurar. Entonces les entregaron sus trajes y sus

baúles, y las cuerdas que ataban sus manos fueron alargadas hasta sujetar las riendas.

Entretanto, Mariana había llegado a Siue. El comandante, que era madrugador, hallábase en medio del corral, dando de comer a los osos. Cuando la joven hubo finalizado su relación, él, sin responder, dirigióse hacia la jaula de los animales, les puso el bozal y, llevándoles en trailla, se encaminó hacia Ekeby.

Mariana, muerta de fatiga, se arrastraba tras él. A lo lejos, hacia la parte de las herrerías, brillaba un resplandor de incendio que la llenó de un espanto mortal. ¡Qué fantástica noche! Un hombre había golpeado a su mujer, mientras dejaba morir sobre la nieve a una hija; una mujer trataba de quemar a sus enemigos, y el viejo comandante conducía sus osos contra sus propias gentes. La joven, en un supremo esfuerzo, abandonó a sus acompañantes para correr hacia el edificio en llamas.

Ya en el patio, abrióse paso entre la multitud, y al llegar frente el carro ocupado por los caballeros maniatados, gritó:

—¡El comandante! ¡El comandante! ¡Viene con sus osos!

Hubo un momento de estupor, y todos los ojos volviéronse hacia la antigua señora de Ekeby.

—¡Huid, por el amor de Dios, huid! —exclamó Mariana—. No sé lo que piensa hacer el comandante; pero trae sus osos, todos sus osos.

Las miradas continuaban fijas en la cara de la comandanta. Ésta comprendió el peligro que corría, y, al ver a Mariana, comprendió que el amor había desempeñado su papel en aquella aventura.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo con calma a los que la habían secundado y a sus criados—. No temáis nada; nadie de vosotros será molestado por lo ocurrido aquí esta noche. Volved a vuestras casas. No quiero ser causa de alguna herida o de alguna muerte. Marchaos, y gracias.

Y salió, seguida de la multitud.

Al llegar, el comandante encontróse con la joven y una larga fila de ruines vehículos a los que había enganchados sendos rocines menos ruines todavía que sus extraños conductores. Mariana les desató de sus ligaduras y

les vio volver los ojos y morderse los labios. Jamás habían experimentado semejante humillación.

—¡Ah, peor estaba yo, cuando hace un momento yacía sobre la nieve de Biörne!

No diré, querido lector, lo que pasó luego aquella noche, cómo los viejos coches volvieron a la cochera y los caballos a la cuadra y los caballeros a su morada. Comenzaba a alborear en la cima de las montañas del Este, y el día apuntaba apacible. ¡Qué diferencia entre los días serenos y cálidos, y las noches sombrías e impenetrables bajo cuyo amparo las aves de rapiña acechan a sus víctimas, cuando gritan los búhos!

Lo que sí diré es que cuando los caballeros hubieron vuelto a su sala, manifestaron un súbito entusiasmo al encontrarse con que todavía quedaba bastante ponche para llenar sus vasos.

—¡Viva la comandanta! —gritaron—. ¡Viva la comandanta! ¡Hurra!

¡Qué mujer! No había otra semejante. Ellos no hubieran deseado otra cosa, ciertamente, que servirla y adorarla. Pero ¿por qué ejercía el Diablo sobre ella la influencia necesaria para obligarla a volcar en el Infierno las almas de los pobres caballeros?

VIII

EL GRAN OSO DE GURLITA

En las tinieblas de los bosques moran bestias abominables, con fauces armadas de dientes o picos relucientes, garras afiladas que ansían hundirse en la carne y en la sangre y ojos en los que brilla el deseo de matar. Allí se refugian los lobos que aparecen al cerrar la noche para perseguir los trineos de los campesinos, y a los que la madre les arroja el niño que lleva en el regazo para salvar su vida y la de su marido.

Allí vive el lince que el pueblo llama *göpart*, porque es peligroso pronunciar su verdadero nombre.

Aquél que de día pronuncie su nombre, por la noche debe observar si las puertas y postigos del establo están bien cerrados, porque de lo contrario recibirá su visita. El *göpart* trepa por las altas paredes, pues sus garras son fuertes como púas de acero, se desliza a través del más estrecho corredor, se lanza sobre las ovejas, se agarra a su garganta, chupa la sangre de las venas del cuello y mata y destruye hasta que la última oveja queda inerte. No se detiene en su salvaje danza macabra entre los aterrorizados animales mientras queda uno solo con vida.

Y a la mañana siguiente, el aldeano encuentra degolladas todas sus ovejas y carneros, y ve con horror que por donde pase la furia del *göpart*, no queda nada con vida.

Allí vive el mochuelo que lanza su grito al anochecer. Si alguien contesta, desciende volando con estrépito, abiertas sus anchas alas, y saca los ojos al que tal hizo. Este mochuelo no es un verdadero pájaro, sino un espíritu maldito.

Y allí habita el más terrible de todos, el oso, cuya fuerza es como la de doce hombres juntos y que cuando se transforma en un *hombre-oso* sólo puede ser muerto con una bala de plata. ¿Hay algún animal tan terrible y mágico? ¿Qué terribles y ocultas fuerzas le hacen tan duro, que el plomo ordinario no tiene poder alguno sobre él? ¿No hay razón para que los niños permanezcan en vela muchas horas y se asusten al pensar en este terrible animal, al que protegen las fuerzas infernales?

Y si el hombre se viera alguna vez acometido por el oso, grande y alto como un legendario héroe guerrero, entonces no debe correr ni defenderse, sino arrojarse a tierra y hacerse el muerto. Son muchos los niños que han soñado hallarse tendidos en tierra, teniendo el oso encima. Con la pata les hacía dar vueltas y en su cara sentían su espantoso y cálido aliento; pero ellos permanecían inmóviles, hasta que el animal se iba a cavar un agujero donde albergarse. Entonces se levantaban y huían, primero despacito, luego, casi sin poder respirar, en desenfrenada carrera.

¡Pero pensad, pensad un momento si el oso los encontrara cuando no estuvieran realmente muertos, si tratase de morderlos, cuando tuviese hambre, o si viera que se movían o corriera tras ellos! ¡Ay, Dios mío!

El terror es una bruja que se halla en la oscuridad del bosque y que llena el oído del hombre de canciones encantadas y su corazón de terribles pensamientos. Todo el mundo conoce el terror que paraliza los miembros, que llena la vida de angustia y entenebrece las risueñas comarcas. La naturaleza es mala y cruel, traidora como una serpiente adormecida. En nada se la puede creer. Allí está el lago Leuven con su resplandeciente hermosura; pero no te fies de él; está al acecho de tu vida... Allí está el bosque invitando a la paz; no te fies de él. El bosque está poblado de animales feroces, poseídos por las almas de las brujas malas y de bandoleros asesinos. No te fies del arroyuelo que murmura alegremente: trae la enfermedad y la muerte si te bañas en él después de la puesta del sol. No te fies del cuco que tan alegremente canta en primavera; pasado el verano se transforma en el azor de feroces ojos y terribles garras.

No te fies del musgo ni de las hierbas de la montaña. La naturaleza es mala; está poseída de potencias terribles que odian a la humanidad. No hay

punto donde puedas sentar el pie con seguridad. Es inconcebible que la débil raza humana pueda salvarse de todas estas persecuciones.

El terror es una bruja que habita en las profundidades de los bosques de Wärmeland y canta su canción encantada y ensombrece la hermosura de las risueñas comarcas. Su poder ha sido grande, eso bien lo sé yo, yo que he sentido su férrea mano sobre mi corazón.

Pero nadie crea que quiero contar ahora algo terrible y horripilante.

Es sencillamente una vieja historia del oso de las montañas de Gurlita lo que voy a narrar aquí, y cada cual puede creerla o no, como sucede con todas las historias de caza.

El gran oso tiene su guarida en el hermoso pico llamado Gurlita que se erige escarpado, casi inaccesible, al borde del lago Leuven. Las raíces de un pino abatido por el viento y que conservan su cimentación de tierra y musgo forman el techo y el fondo de su guarida; las ramas y arbustos la cubren y la nieve la blanquea. Puede pasar en un sueño de un verano a otro sin sobresaltos. ¡Qué soñador delicado y afeminado este rey peludo, este pillo de ojos oblicuos! Sin duda quiere olvidar las noches frías y las jornadas grises e incoloras del invierno y ser despertado por los murmurios de los arroyos y el canto de los pájaros. Al parecer, persigue un sueño de pendientes cubiertas de rojos fresales, de hormigueros de pequeños animales exquisitos y de verdes prados en los que retozan blancos corderos. Este feliz mortal pretende escapar al invierno de la vida.

Fuera de su guarida, la nieve se arremolina y azota, silbando, los pinos; fuera, los lobos y las zorras corren, arrastrando el vientre, a lo largo de los caminos. ¿Por qué sólo él no había de sentir la mordedura del frío y la pesadez de las pendientes resbaladizas sobre la nieve? Se ha hecho un lecho blando y tibio. Parécese a la bella durmiente de los cuentos. El beso de un príncipe le sacará de su sueño; un rayo de sol, filtrado a través de las ramas, le calentará los hocicos; y algunas lágrimas de nieve fundida caerán sobre su piel. ¿Se despertará luego?

Mas, de pronto, en vez de un rayo de sol, lo que le despertó fue una bandada de trocitos de plomo que desgarraban el ramaje y le picaban la piel como un enjambre de mosquitos. Y de súbito llegaron a sus oídos gritos, alboroto y el eco de los disparos. Sacudiendo el sueño que paralizaba sus

miembros, se abrió paso violentamente entre el ramaje, para ver lo que sucedía. No era la primavera que estalla y cabrillea en torno de su guarida, ni la tempestad que abate los árboles, y hace revolotear la nieve. Eran sus antiguos conocidos, los caballeros de Ekeby.

Recordaba muy bien la noche en que Fuchs y Berencreutz le contemplaron, allá lejos, en el granero de un campesino que esperaba su visita. Los dos cazadores acababan de acostarse después de unos tragos de aguardiente, cuando abrió un agujero en el techo de turba. Despertáronse en el mismo momento en que se llevaba la vaca muerta, y los caballeros arrojáronse sobre él con sus escopetas y sus cuchillos. Y perdió la vaca... y un ojo.

Recordaba también otro encuentro. Dormía con su hembra en un viejo y alto refugio de Gurlita, teniendo a sus oseznos al lado. También logró escapar, atropellándolo todo; pero recibió en una de sus ancas un balazo que le había dejado cojo para el resto de sus días. Y cuando por la noche regresó a su guarida, la nieve estaba enrojecida con la sangre de su compañera. Y los oseznos habían sido cazados por aquellos hombres, que los tendrían esclavizados para que les sirvieran y les distrajeran.

Tembló el suelo; el montón de nieve se deshizo; el Gran Oso, el antiguo enemigo de los caballeros, corre hacia ellos. ¡Cuidado, Fuchs, viejo cazador de osos; cuidado, Berencreutz, capitán y jugador, y pobre de ti, Gösta Berling, héroe de centenares de aventuras! ¡Todos sois poetas y soñadores y galanteadores...!

Gösta permanece inmóvil, con el dedo en el gatillo, mientras el animal avanza hacia él. ¿Por qué no dispara? ¿En qué piensa, ya que se halla tan admirablemente situado para descargar la escopeta contra aquel ancho pecho?

Los demás no encuentran el momento oportuno para disparar sobre él. ¿Creerá acaso que está destinado a cuadrarse ante el rey de los bosques, como en una revista militar?

¡Ah, estos héroes del amor! Gösta debe de pensar en su bella Mariana, enferma y acostada en una sala de Ekeby, a consecuencia de aquella noche pasada sobre un montón de nieve...

Piensa en ella, que también es víctima de la maldición y del odio que anda esparcido por la tierra, y se horrorizaba de sí mismo, que había salido para perseguir y matar.

El oso fue hacia él. Ciego de un ojo, de una cuchillada que le dio un caballero; cojo, de una pierna, por la bala del rifle de un caballero; horroroso con el pelo erizado; solitario desde que le mataron la mujer y le robaron los hijitos. Y Gösta le veía así, tal como es: un pobre y perseguido animal y no quiere quitarle la vida, lo único que le queda, lo que no pudieron quitarle los hombres.

«Que me mate —piensa Gösta Berling—; yo no le tiraré».

Y mientras el oso se lanza sobre él, Gösta se cuadra militarmente, y cuando el rey del bosque se encuentra a muy escasa distancia, da un paso a un lado y se pone el rifle al hombro. Entonces el oso continúa su camino y, sabiendo que no tiene tiempo que perder, penetra en el bosque, se abre camino a través de montones de nieve de la altura de un hombre, baja rodando por las abruptas pendientes y desaparece sin dejar huella, mientras los que estaban detrás con la mano en el gatillo, esperando el disparo de Gösta, disparan sin alcanzarle.

Nuevamente se ha escapado, el círculo se ha roto, el oso se fue. Fuchs reniega, Berencreutz maldice. Solamente Gösta ríe. ¿Cómo podían exigir que un hombre tan feliz como él causara el menor daño a una criatura de Dios?

El Gran Oso de Gurlita escapó con vida, y pronto lo supieron los campesinos que habían despertado de su sueño invernal al oso más hábil para perforar los techos de sus bajos establos y evitar los cepos. En torno del Leuven era grande la confusión, y todo el mundo enviaba mensajes a los caballeros. Durante todo el mes de febrero anduvieron éstos tras el oso, sin darle nunca alcance. Hubiérase dicho que la zorra habíale transmitido su astucia y el lobo su velocidad. Si se ponían al acecho en una granja, devastaba la otra vecina; si le buscaban por el bosque, gozábase en perseguir al campesino que cruzaba en trineo el lago helado. No había idea de un ladrón más audaz e insolente; se deslizaba hasta los graneros, vaciaba las jarras de miel de la granjera, y, al salir de la cuadra, mataba el caballo del granjero.

Y comprendiose por qué Gösta Berling no había podido disparar contra él. No era un oso ordinario. Da horror creerlo... No había que esperar matarle, si no se tenía en el cañón de la escopeta una bala de plata mezclada con un poco de bronce, de bronce robado de una campana de una iglesia. Y aun así, esta bala debía ser fundida un jueves por la tarde, durante la luna nueva, bajo el campanario y sin que el pastor, ni el sacristán, ni persona alguna, tuvieran conocimiento de ello. Una bala semejante mataría al oso con toda seguridad; sólo que no era fácil encontrarla.

En Ekeby habita un hombre que tiene muchas razones para estar más afligido que otro cualquiera. Como ya puede suponerse, se trata de Andreas Fuchs, el cazador de osos. Pierde el apetito, pierde el sueño, rabioso por no poder matar el Gran Oso de la montaña de Gurlita. Está convencido de que el oso no puede ser muerto más que con una bala de plata.

El arisco comandante Andreas Fuchs no era un hombre apuesto. Tenía un cuerpo desgarrado y torpe, la cara encarnada y ancha, las mejillas colgantes y varias papadas. Su pequeño bigote negro y erizado ensombrecía sus labios gruesos, y su cabeza poseía una cabellera negra, abundante y áspera. Además era un hombre de pocas palabras, pero de insaciable apetito, no era uno de éstos que las mujeres reciben con los brazos abiertos y alegres sonrisas; pero tampoco él les dirigía la menor mirada insinuante. Era opinión general que nunca encontraría este hombre mujer alguna que pudiera agradarle, y todo lo que pudiera tener la menor relación con el amor y el romanticismo hacía ya mucho tiempo que había huido de él. Así es que si esperaba con impaciencia a la luz de la luna, no era para tomar el astro nocturno por confidente de los asuntos de su corazón. No; sólo pensaba en la bala de plata que debía fundirse bajo la influencia de la luna nueva.

Por fin, llegó un jueves por la noche en que la luna, que no tendría más de dos dedos de ancha, debía permanecer en el horizonte dos o tres horas escasas después de la puesta del sol. El mayor Fuchs abandonó Ekeby sin decir nada. Con la escopeta al hombro, el eslabón y el molde para las balas en el zurrón, se encaminó hacia la iglesia de Broby, preguntándose si la fortuna sería propicia en aquella ocasión a los deseos de un hombre honrado...

La iglesia estaba situada en la parte opuesta del lago, cerca del lago estrecho donde se levanta un puente. Andreas Fuchs, absorto, entregado a sus meditaciones, no veía nada de cuanto le rodeaba, ni la redondeada cumbre de Gurlita entre las nubes de la puesta del sol ni pendientes escarpadas, se recortaba vigorosamente sobre la claridad del cielo. Marchaba con los ojos fijos en tierra, devanándose los sesos por encontrar un medio que le permitiera apoderarse furtivamente de las llaves de la iglesia.

Al poner el pie en el puente, le arrancaron de su abstracción unos agudos chillidos.

En esta época, el organista de la iglesia de Broby era el pequeño alemán Faber. Era delgadito, y tenía tan poco peso como valor. La plaza de sacristán la desempeñaba Jan Larsson, campesino avisado, aunque pobre, al cual había desposeído de su herencia, unos quinientos táleros, el pastor de Broby. El sacristán quería casarse con la hermana del organista, la delicada y friolera señorita Faber; pero el organista rehusaba acceder a las pretensiones del sacristán, de lo que provenían disgustos y enemistades entre ellos.

Aquella tarde el sacristán había encontrado al organista en medio del puente. Arrojo sobre él y, sujetándole por el pecho, lo levantó por encima de la barandilla, jurando que lo arrojaría al Leuven si no le concedía la mano de su hermana. Pero el pequeño alemán no se daba por vencido... Aunque veía bajo sus ojos la siniestra corriente de agua negra entre las dos paredes que formaban la nieve, el pequeño alemán gritó, agitó las piernas y persistió en su negativa.

—¡No, no! No quiero.

El sacristán hubiérale arrojado a la fría corriente de no haber visto al mayor Fuchs. Así es que lo dejó en el suelo y echó a correr. El pequeño Faber se echó al cuello del mayor, para demostrarle su gratitud por haberle salvado la vida.

El mayor le apartó, diciéndole que no tenía que agradecerle nada. El mayor no experimentaba ninguna simpatía por los alemanes. Su enemistad contra ellos databa del tiempo en que inverna en el campo de Putbus, en

la isla de Rügen, durante la guerra de Pomerania, había estado a punto de morir de hambre.

Entonces el pequeño Faber quiso ir en busca del comisario de policía y del alcalde Scharling para denunciar la tentativa de asesinato de que había sido víctima por parte del sacristán, pero el mayor le previno que no valía la pena, puesto que en Suecia no costaba ni un ochavo suprimir a un alemán del mundo de los vivos. Y para evidenciar la verdad de lo que decía, estaba dispuesto a arrojarle en el acto al fondo del lago.

Estas palabras sensatas calmaron al pequeño Faber, que inmediatamente invitó al mayor a que le acompañara a comer salchicha alemana y beber añeja cerveza.

El mayor aceptó el convite, pensando que el organista tendría en su casa una llave de la iglesia; y los dos remontaron la alta colina, encima de la cual está enclavada la vieja iglesia de Broby, rodeada del presbiterio, de la casa del sacristán y la vivienda del organista.

—Perdóneme —dijo el pequeño Faber al abrir la puerta al mayor—. Todo está hoy en desorden. Mi hermana y yo hemos tenido ocupaciones caseras; hemos matado un pollo.

—¡Diablo! —exclamó el mayor.

La pequeña y linda señorita Faber entró instantes después, con un enorme jarro de cerveza.

Ya es bien sabido que el mayor no había puesto los ojos tiernos ante ninguna mujer. Sin embargo, no pudo menos que fijarse con cierta complacencia en la pequeña señorita Faber, tan arregladita, atrayente y fina bajo su cofia de linón plisado. Sus cabellos rubios, alisados a los lados de la frente; su vestido, tejido en casa, coquetón y fresco; sus manitas, ligeras y hábiles; su bonita cara, redonda y sonrosada, tenían tanto encanto que si el mayor la hubiera conocido veinticinco años antes, se hubiera visto en el penoso deber de pedirla por esposa. Sí, era deliciosa; pero sus ojos estaban húmedos y enrojecidos. Sus manitas tristes los habían frotado mucho.

Mientras los dos hombres comían y bebían, ella iba y venía por la habitación. Una vez en que aproximose a su hermano, hízole una reverencia y preguntó:

—¿Cómo ordena mi hermano que pongamos las vacas bajo el tinglado?

—Pon *Doce* a la izquierda y *Once* a la derecha; de esta manera no se golpearán con los cuernos.

—¡Pardiez! —exclamó el mayor—. ¿Tantas vacas tenéis?

Observad que el organista sólo tenía dos, Una se llamaba *Once* y la otra *Doce*, y tales nombres le sonaban miríficamente en los oídos.

Y refirió el mayor que las vacas tenían que estar al aire libre durante el día y de noche debajo del tinglado de madera, porque estaban reparando el establo.

Nuevamente se aproximó a su hermano la pequeña señorita Faber y, tras hacerle una reverencia, le dijo que el carpintero deseaba saber qué altura debía tener el establo.

—Que se guíe por la altura de las vacas —respondió el organista—; que las mida.

«Muy bien dicho», pensó el mayor.

Después, de repente, preguntó al organista por qué estaban tan enrojecidos los ojos de su hermana, contestándole que lloraba porque no la dejaba casar con el sacristán, ese pícaro sacristán, cargado de deudas.

El mayor, meditabundo, continuaba devorando lonchitas de salchichón entre abundantes tragos de cerveza. El pequeño Faber se asustaba en silencio de aquel apetito formidable. Cuanto más comía y bebía el mayor, más se aclaraba su cerebro y más se decidía a salir en defensa de la pequeña señorita Faber. Era el mismo mayor Fuchs, aquel hombre memorable que llegó a comerse una cabeza entera de cerdo que tenía preparada para la Navidad una buena señora de Munkerud. Estaba de buen humor y casi tierno. Las salchichas tenían un gusto delicioso. ¡Qué carne la de aquellas salchichas! Seguramente haría cualquier cosa por consolar a la pequeña señorita. Y mientras comía y bebía no le quitaba ojo a la gran llave colgada de un clavo cerca de la puerta. Apenas el pequeño Faber dejó caer la cabeza sobre la mesa, vencido por los vasos que había sorbido, el mayor cogió la llave y desapareció.

Instantes después subía a tientas la escalera del campanario, iluminándose con su pequeña linterna de cuerno, y, por fin, llegó al reducido espacio donde las grandes campanas abrían sobre su cabeza sus anchas fauces. Con una lima trató de arrancarle algún trocito de bronce a la

campana grande, y cuando se disponía a extraer del zurrón el molde de las balas y el pequeño horno, se dio cuenta de que le faltaba lo esencial; la plata. ¡Se había olvidado de la plata! Y la bala no tendría ninguna virtud mágica si no era fundida dentro del campanario. Todo había ido conforme con sus deseos; todo se presentaba de la mejor manera del mundo: jueves por la noche, luna nueva, soledad, gentes dormidas... Y su negligencia y su imperdonable olvido paralizaban sus manos. En medio del silencio de la noche, soltó tal juramento que las mismas campanas vibraron.

En este mismo instante oyó un leve ruido abajo, en la entrada de la iglesia, y poco después unos pasos pesados en la escalera. El mayor Fuchs, que había hecho temblar a las campanas, tembló a su vez. ¿Quién sería este auxiliar misterioso e inesperado que venía a ayudarle a fundir la bala? Los pasos se aproximaban. El mayor, oculto tras las vigas de la armadura, apagó su linterna. No sentía miedo; pero bien sabía que se malograría la virtud mágica si alguien notara su presencia en el campanario.

Apenas había apagado la luz, asomó en la escalera, entre el débil resplandor, una cabeza.

El mayor reconoció inmediatamente al pastor de Broby. Este viejo avaro, suspicaz y roído por la avaricia, tenía la costumbre de esconder en los lugares más extraños sus reservas y sus economías. Venía con un paquete de billetes de Banco, y tras levantar una plancha del suelo que cubría la hucha y guardar su tesoro, se marchó.

El mayor, sin perder un momento, fue al sitio donde estaba la plancha. ¡Cuánto dinero, santo Dios! ¡Cuántos fajos de billetes y qué hermosos sacos de cuero llenos de monedas de plata! Tomó la que necesitaba para fundir su bala, y lo dejó todo en su sitio. ¡La suerte le sonreía! ¡Qué extrañas las noches del jueves en la época de luna nueva! Al salir de la iglesia preguntábase el mayor qué sorpresas podría reportarle todavía la fortuna.

Lo primero que hizo fue dar la vuelta a la casa de los Faber. El diablo del oso podría saber que las vacas del organista, *Once* y *Doce*, hallábanse bajo un tinglado miserable, casi a cielo descubierto. Y, verdaderamente, ¿no veía allá lejos una cosa grande y negra que atravesaba el campo y se dirigía hacia él? No podía ser más que el oso. Se dispuso a apuntarle; pero en este momento recordó los ojos lacrimosos de la señorita Faber y dióse a pensar

que aquel oso le daba una excelente ocasión de unir a la joven con su querido sacristán. Realmente, érale difícil renunciar a meter en el cuerpo del oso la bala de plata. Más tarde confesó que nada en el mundo le había costado tanto; pero la señorita Faber era tan linda que creyó un compromiso de honor hacer por ella el sacrificio de su gloria.

Corrió a casa del sacristán, despertole, le arrancó de la cama casi desnudo y le ordenó que disparase contra el oso que se deslizaba cerca de la cubierta de los Faber.

—Si matas ese oso —le dijo—, el organista te dará seguramente a su hermana, porque entonces serás un hombre muy considerado. Ése no es un oso como los demás, y los hombres de la comarca te alabarán luengos años.

Le puso en la mano su propio fusil cargado con la bala de plata y bronce bendecido, con la bala fundida según los ritos, un jueves por la noche, con luna nueva, en el campanario.

El sacristán aturdido, echose la escopeta a la cara y —¡Dios le perdone! — apuntó como queriendo disparar a la Osa Mayor que brillaba allá en lo alto, cerca de la Estrella Polar, y no para matar a un oso que paseábase por los campos de Broby...

El disparo repercutió hasta en la cumbre del Gurlita, y el oso cayó. No puede ser de otra manera cuando se tiene en la escopeta una bala de plata. Entonces la bala alcanza infaliblemente al corazón, aunque el cazador apunte a la Osa Mayor del cielo.

Salieron inmediatamente las gentes de las granjas próximas; jamás ningún tiro había despertado tantos ecos dormidos y asustado tantas ardillas. Y el sacristán, que creía estar soñando todavía, fue felicitado y casi llevado en triunfo por haber libertado a la comarca de su más terrible azote.

El pequeño Faber apareció también; pero el triunfo del sacristán, una vez el oso muerto y las vacas a salvo, no le conmovió. No le abrió los brazos al cazador afortunado; no le trató como un héroe; no le llamó cuñado.

Y el mayor, decepcionado, con las cejas fruncidas, golpeó escandalizado el suelo con el pie. Quería explicarle a ese hombrecito avaro y testarudo lo que era haber dado muerte al Gran Oso de Gurlita; pero se estremeció de cólera y no logró articular palabra. Su furor se acrecentó al

ver cuán vano había sido su sacrificio. No comprendía que un héroe tal no fuera digno de obtener la mano de la más vistosa muchacha.

Mientras tanto, el sacristán y algunos jóvenes se disponían a arrancar al oso la piel con sus afilados cuchillos; otros volvieron a sus casas para reanudar el sueño, y el mayor Fuchs quedóse contemplando al animal, aunque por poco tiempo, porque de nuevo se dirigió hacia la iglesia, dio vuelta a la llave en la cerradura, saltó los estrechos peldaños, despertó a las palomas dormidas y se introdujo en el campanario.

Cuando, bajo la vigilancia de Andreas Fuchs, se procedió a abrir al oso en canal, encontrose entre sus mandíbulas un envoltorio con quinientos táleros. Esta maravilla pareció inexplicable; pero como el sacristán había matado a la fiera, a él le correspondía el dinero. Tras esto, el pequeño Faber comprendió la grandiosidad de la hazaña y declaró que sería feliz y se mostraría orgulloso de llamarle cuñado. Y el viernes por la noche regresó el mayor Fuchs después de haber asistido en la casa del sacristán a una fiesta en celebración de la muerte del oso, y, en casa del organista, a la comida de novios.

El mayor Andreas Fuchs se fue con el corazón oprimido. La idea de que su antiguo enemigo había mordido el polvo, no le causaba el menor júbilo. Tampoco le alegraba el haberse llevado la hermosa piel del oso, que el sacristán se había empeñado en regalarle. Lo único que le atormentaba no era el que la pequeña señorita Faber perteneciese a otro. No. Lo que lamentaba profundamente era haber perdido el magnífico disparo, la bala de plata, destinada para el Rey Tuerto de los bosques.

Cuando llegó a Ekeby los caballeros estaban sentados en torno del fuego. Sin decir nada arrojó la piel del oso a sus pies. No se decidió a referir lo sucedido. Pasó mucho tiempo, mucho, hasta que les confesó la verdad, si bien se abstuvo de revelar lo de la hucha del pastor de Broby, quien, probablemente, no descubrió jamás el robo.

Los caballeros examinaron la piel.

—Hermosa piel —dijo Berencreutz—. No me explico cómo fue arrancado de su sueño. Lo habrás matado en su cubil, ¿verdad, Fuchs?

—Ha sido muerto en Broby.

—Es soberbio, pero no tan grande como el oso de Gurlita —dijo Gösta.

—De haber sido tuerto —dijo Kevenhüller—, hubiera creído que habías matado al viejo monstruo. Éste no tiene ninguna llaga en torno de los ojos. No es nuestro oso. Fuchs, que no había tratado de averiguar este detalle, soltó un juramento contra su imbecilidad y, tras esto, mostrose radiante, hasta el punto de parecer hermoso. ¡El Gran Oso de Gurlita no había sido muerto por el balazo del otro!

—¡Santo Dios, qué bueno eres! —suspiró, juntando las manos.

IX

LA VENTA DE BIÖRNE

Con frecuencia, cuando niños, nos mostramos muy sorprendidos ante los relatos de las viejas mujeres.

—¿Es que no bailabais cada día durante vuestra brillante juventud? —les preguntamos—. ¿No es la vida una sola y larga aventura? ¿No eran muy amables las jóvenes de otros tiempos y no terminaba cada fiesta con un rapto cometido por Gösta Berling?

Las ancianas movían entonces su cabeza venerable y hablaban de las ocupaciones de la casa, de los telares y los husos, del susurro de las muelas y del ruido de las fábricas y talleres, del golpear de las trillas sobre la era y del golpe sordo de las hachas en los bosques. Pero esto duraba poco, y otra vez volvían a su tema favorito.

Y los trineos esperaban delante de las puertas, y los caballos llevaban a la juventud jaranera a través de los bosques sombríos y los bailes eran como torbellinos y las cuerdas de los violines estallaban. La desenfrenada sed de aventuras escandalizaba en torno del largo y estrecho lago Leuven. El bosque vacilaba y se hundía; todos los espíritus de la destrucción parecían haberse desencadenado; ráfagas incendiarias, inundaciones, diques sepultados por los torrentes; y, alrededor de las casas, el alarmante venteo de los animales feroces. La tranquila felicidad había desaparecido bajo las herraduras de los caballos. Por donde pasase este viento de locura, los corazones de los hombres ardían con llamas devoradoras y las mujeres huían, aterradas, de sus casas.

Nosotras escuchábamos silenciosas, espantadas y arrebatadas al mismo tiempo.

—¡Qué hombres aquéllos! —exclamábamos—. ¡No conoceremos otros semejantes!

—Pero ¿es que aquellas gentes no pensaban en nada?

—Ciertamente, pensaban las cosas —contestaban las viejas mujeres que nos referían tales historias.

—Pero no como nosotras —replicábamos.

Las viejas no comprendían lo que nosotras queríamos decir.

Pensábamos en el extraño espíritu de reflexión y de análisis que radicaba ya en lo más profundo de nuestra alma.

Pensábamos en él, en aquella mirada glacial, en sus dedos largos y encorvados, en aquel ser misterioso que se esconde en el rincón más oscuro de nuestra alma y que desgarrar las fibras de todo nuestro ser, como las ancianas sus pedazos de lana o seda.

Pedazo a pedazo, los dedos largos y encorvados habían ido desgarrándolo todo, hasta que todo nuestro ser quedaba hecho un montón de harapos, y entonces nuestros deseos más puros, nuestros pensamientos más espontáneos, todo lo que habíamos dicho y hecho era inspeccionado, escudriñado, deshilachado, y la mirada glacial contemplaba aquello y la boca desdentada sonreía sarcásticamente, murmurando:

—Mira, esto son harapos, nada más que harapos.

Es probable que entre las gentes de aquellos tiempos haya habido también algunos que hayan revelado los secretos de su alma a ese espíritu de mirada glacial. En los unos, aparecía sentado ante la fuente de los actos del hombre, burlándose del bien y del mal, comprendiéndolo todo, no condenando nada, inspeccionando, escudriñando, deshilachando, paralizando los movimientos del corazón y la fuerza de los pensamientos, burlándose sin cesar.

La bella Mariana llevaba en sí este espíritu de íntima reflexión... Notaba que su mirada glacial y su risa burlona seguían todos sus pasos, todas sus palabras. Su vida había llegado a ser una comedia en la cual él era el único espectador. No era como las demás personas; no sufría, no gozaba, no lloraba; desempeñaba el papel de la bella Mariana Sinclair, y el espíritu de la reflexión permanecía allí, con su mirada vaga y sus ávidos dedos deshilachadores, viéndola representar su papel.

Parecía como dividida en dos seres. Una mitad de su yo era antipática y burlona, e igualmente irónica la otra mitad, y el maravilloso espíritu que deshilachaba su ser jamás había tenido una sola palabra de simpatía.

Pero ¿dónde se encontraba este pálido y taciturno observador de sus pensamientos y de sus actos, aquella noche que conoció la plenitud de la vida? ¿Dónde se encontraba cuando ella, la prudente Mariana, besó a Gösta Berling ante centenares de miradas y cuando, en su enojo, se arrojó sobre la nieve deseosa de morir? Entonces la mirada glacial se hallaba deslumbrada, la risa burlona se había desvanecido, pues la pasión acababa de inundar su alma como una borrasca. El estrépito de la salvaje cacería de la leyenda acababa de zumbear en sus oídos. Sólo aquella noche se había sentido un verdadero ser humano.

¡Oh, genio del desprecio de sí mismo! Cuando Mariana, con esfuerzo sobrehumano, levantó sus ateridos brazos y consiguió rodear con ellos el cuello de Gösta Berling, bien podías haber hecho como el viejo Berencreutz: apartar tus ojos de la tierra y contemplar las estrellas. Aquella noche no tenías ningún poder, estabas muerto; sí, muerto, cuando ella corría apresuradamente hacia Siue en busca del comandante; muerto, igualmente, cuando vio cómo las llamas coloreaban el cielo de rojo, encima de las copas de los árboles.

Habían llegado, al fin, las fuertes gaviotas, las águilas de las pasiones demoníacas. Con sus alas de fuego y garras de acero, se cernían sobre ti, ¡oh espíritu de mirada glacial! Clavaron sus garras en tu nuca y te sumergieron en lo ignoto. Estabas muerto y aniquilado. Pero apenas se alejaron los orgullosos, los poderosos, aquéllos cuyo sendero es insondable y a los que jamás siguió observador alguno, resurgió de las profundidades de lo ignoto el maravilloso espíritu de la reflexión, volviendo a dominar el alma de la bella Mariana.

Durante todo el mes de febrero permaneció Mariana enferma en Ekeby. En Siue se había contagiado de la viruela. La terrible enfermedad se había arrojado sobre ella y la había atacado con todo su poder, al encontrarla agotada y temblando de frío. Por poco hubiera sucumbido a la muerte; pero al finalizar el mes volvió a la vida... Todavía se encontraba muy débil. Su

rostro parecía terriblemente desfigurado. Jamás volverían a llamarla la bella Mariana.

La pérdida de esta belleza, que debería entristecer a todo el Wärmeland igual que si se hubiese visto despojado de un preciado tesoro nacional, no era conocida de nadie más que de Mariana y de su enfermera. Ni los caballeros lo sabían. La estancia donde imperaban las viruelas no era accesible a todo el mundo.

Mas ¿cuándo es mayor el poder de la íntima reflexión propia, que durante las largas horas de la convalecencia? Estaba allí contemplando ininterrumpidamente con su mirada glacial y deshilachando los seres humanos con sus duros y huesudos dedos. Y tras su sombra miraba más detenidamente otro pálido ser que marcaba y paralizaba todo movimiento con su risa burlona; y tras él, otro, y otro, burlándose entre sí y también de toda la humanidad.

Y mientras Mariana se encontraba acostada frente a todas aquellas miradas glaciales y vagas, murieron en ella todas sus primitivas sensaciones.

Estaba allí representando el papel de enferma, de convaleciente, de enamorada, de vengadora. Ella era todo aquello, y sin embargo, todo era pura comedia. Todo se transformaba en comedia e irrealidad bajo la mirada glacial que la vigilaba, mientras que ésta, a su vez, era observada por otra que también lo era por otra, en una serie interminable.

Todas las fuerzas poderosas de la vida estaban adormecidas. Durante una sola noche había poseído la facultad de odiar ardientemente y de entregarse en brazos del amor, únicamente una sola noche. Ni siquiera sabía si amaba a Gösta Berling. Anhelaba verle, eso sí, para probar si todavía sería él capaz de sacarla de su somnolencia.

Durante toda su enfermedad había tenido una sola idea, clara y nítida. No quería ver a su familia ni reconciliarse con su padre. Sabía que éste se arrepentiría de lo que había hecho si se enterase de lo enferma que se encontraba. Ordenó, pues, que tanto a sus padres como a todo el mundo, se les dijera que el mal de ojos que a veces sufría la obligaba a permanecer en su habitación, con los visillos corridos. Prohibió a los caballeros que llamasen a un médico de Karlstad. Es verdad que tenía la viruela, pero en

un grado muy ligero. En el botiquín de Ekeby había remedios suficientes para salvar su vida.

No se preocupaba de si podía morir; esperaba solamente encontrarse lo suficientemente repuesta para ir con Gösta Berling a pedir al pastor que fueran publicadas sus amonestaciones.

Al fin, la enfermedad y la fiebre fueron vencidas. Otra vez fría y razonable, Mariana se hacía la ilusión de ser la única persona sensata en este mundo de locos. No odiaba ni amaba. Comprendía a su padre, los comprendía a todos. El que comprende no odia.

Se enteró de que Melchor Sinclair había decidido vender su palacio de Biörne en pública subasta y desprenderse de sus bienes para que ella no pudiera heredar nada cuando él muriese. Decíase que quería dispersarlo todo del modo más completo. Primero vendería los muebles y los utensilios caseros; después, el ganado y los instrumentos de labor, y, por último, la finca entera; todo el dinero lo metería en un saco y lo sumergiría en las profundidades del Leuven. Ruina y devastación; he ahí lo que legaría a su hija. Cuando le contaron estas cosas, Mariana tuvo para su padre una sonrisa de indulgencia. Así era su carácter, y, naturalmente, no podía proceder de otra manera.

Le parecía extraño haber cantado aquella noche un himno encomiando al amor. Había soñado con una cabaña y con su corazón, si bien, al despertar, no comprendía por qué.

Suspiraba por gozar de la naturaleza. Estaba harta de esta eterna comedia. Sus sentimientos la abrumaban... Apenas si se afligía por la pérdida de su belleza; pero la horrorizaba la compasión ajena.

¡Ah, había sido un momento de olvido de sí mismo! ¡Una palabra, un movimiento, un acto mal calculado!

Un día, después de haber sido fregada y ventilada la cámara para combatir toda infección, y cuando, después de vestirse, tomó asiento en un sofá, hizo llamar a Gösta Berling. Le contestaron que Gösta Berling había partido precisamente para asistir a la venta de Biörne.

Efectivamente, el castillo de Biörne estaba en venta, y, dadas las riquezas que atesoraba aquella vieja mansión, eran muchos los que habían

acudido allí aun de sitios muy distantes.

El anciano Melchor Sinclair había arrastrado y arrojado en el salón todos los muebles de la casa, que se apilaban hasta el techo. Había pasado por todo y, como el ángel del Juicio Final, había hecho tabla rasa de sus tesoros. Sólo los utensilios de cocina, taburetes, jarros de estaño, vajilla de cobre, habían escapado a su colérica requisa. Eran éstos, también, los únicos objetos que no le hablaban de Mariana.

En la sala de la joven, después de aquella invasión, no había quedado nada, ni su casa de muñecas, ni su biblioteca, ni la sillita que él le diera, ni sus trajes, ni su ropa blanca, ni su canapé, ni su cama. Se le había visto ir de salón en salón, llevándose todo sin piedad, doblegándose bajo el peso de los sillones y de las mesas de mármol. Abría los armarios y tiraba al suelo la soberbia vajilla de plata de la familia. Sus brazos habían soportado las pesadas cargas de damascos blancos como la nieve, tapetes lisos con bordados y calados, honesto trabajo casero, fruto de una pacienzuda labor. Mariana no era digna de usarlos. Corría a través de la casa con pilas de objetos de porcelana, sin importarle las docenas de platos que rompía. Cogía las tazas de Sévres en las que estaban grabadas las armas de la familia, sin preocuparse de quién pudiera emplearlas. Del desván echaba a puntapiés montañas de edredones y almohadones tan suaves y blandos que uno se hundía en ellos como en una ola. ¡Mariana había dormido sobre todo aquello! Lanzaba miradas de amargura sobre los viejos muebles, sobre las sillas donde se había sentado, sobre los canapés en que había reposado, sobre las arañas que la habían iluminado, sobre los espejos que habían reflejado su fisonomía. Con el puño amenazaba todo aquel mundo de recuerdos, y de buena gana hubiera pulverizado a golpes de maza todo aquello que evocaba el pasado. Pero una almoneda le vengaría mejor que una destrucción. ¡Que todas sus riquezas fuesen a manos extrañas! ¡Que todos sus muebles se ensuciasen en las covachas de los ropavejeros! ¡Que se destrozaran poco a poco bajo miradas indiferentes! Los conocía por haberlos visto con frecuencia en las granjas. Eran muebles comprados en las subastas, deteriorados, usados, deshonorados como su bella Mariana. Bajo sus dorados desaparecidos ya, sus almohadones agujereados, sus patas rotas y sus tablas agrietadas parecían suspirar por sus antiguas casas. ¡Fuera

todo esto! ¡Que desaparezca todo en los cuatro rincones del mundo, para que nadie vuelva a encontrarlo, para que nadie vuelva a reunirlo!

Cuando se inició la subasta, la mitad de la sala estaba abarrotada de un sinnúmero de objetos caseros.

Al final de la estancia donde se amontonaba todo este fantástico caos, se había erigido un largo mostrador, donde el tasador pregonaba los precios que se ofrecían. Al otro lado del mostrador había colocado Melchor Sinclaire un tonel de aguardiente. Enfrente del mostrador, en el vestíbulo y en el patio, los compradores se apretujaban, reían, bromeaban, se gritaba con palabras de escaso buen gusto. La venta estaba en pleno auge y los que pujaban excitábanse más y más.

Melchor, sentado sobre su tonel, estaba medio borracho y medio loco. Sus cabellos se erizaban en ásperos mechones que le caían sobre su cara roja y brutal; sus ojos inyectados oscilaban en sus órbitas. Gritaba, reía y a cada objeto vendido obligaba al comprador a beber con él. Simulaba estar de buen humor...

Entre aquellos que le miraban se hallaba también Gösta Berling, que se había mezclado entre los compradores, aunque evitaba que Melchor Sinclaire le echara la vista encima. Estaba verdaderamente asustado de lo que veía y el corazón se le oprimía de angustia. No cesaba de preguntarse dónde podría encontrarse, la madre de Mariana, y contra su voluntad, empujado por impulso fatal, se dispuso a buscar a la señora Gustava Sinclaire.

Tuvo que recorrer varias habitaciones hasta que logró dar con ella. El opulento propietario tenía muy poca paciencia y no podía sufrir lamentos ni lágrimas de mujer. Estaba harto ya de verla derramar lágrimas al contemplar la ruina de su hogar. Le enfurecía que su mujer pudiera llorar por la ropa blanca y juegos de cama, cuando lo mejor que poseía, su tesoro máspreciado, estaba perdido para siempre; y con los puños cerrados la había perseguido de estancia en estancia hasta la cocina.

Se contentó con dejarla allí, acurrucada sobre la escalera, en espera de otros despiadados golpes, de la muerte, quizá. Cerró la puerta tras sí y llevose la llave. Allí debería permanecer encerrada mientras durase la

subasta. En la despensa no moriría de hambre y él se vería libre de sus lamentos.

Continuaba todavía encerrada cuando Gösta Berling se aventuró por el pasillo que separaba la cocina del comedor. A través de un respiradero que había junto al techo, vio a la señora Gustava que, apoyada en lo alto de la escalera, esperaba que se presentase alguien que la sacase de allí.

—¿Qué hace usted ahí, tía Gustava^[2]? —preguntó Gösta.

—Mi marido me ha encerrado aquí —contestó.

—¿El señor Sinclair?

—Sí; creí que me iba a matar. Escucha, Gösta; busca la llave de la puerta del comedor, que abre también ésta; abre la puerta del comedor para que yo pueda salir.

Gösta obedeció y unos instantes después la pequeña mujer se encontraba a su lado, en medio de la cocina abandonada.

—Pero, tía, ¿por qué no ha hecho que le abriera la puerta alguna de sus criadas? —preguntó Gösta.

—¡Calla! Me hubiera visto obligada a hacerle saber que esta llave abre la cerradura de la despensa, y ya no hubiera podido tener seguras mis provisiones. Además, he aprovechado el tiempo poniendo orden en los estantes. Era necesario, pues no puedes imaginarte la acumulación de trastos que había aquí.

—¡Cuántas cosas tiene usted a su cuidado! —dijo Gösta en tono de disculpa.

—Bien puedes figurártelo... Si yo no intervengo, volverá a funcionar bien la meca y el telar... y luego...

Se detuvo para enjugarse una lágrima que asomaba a sus párpados.

—¡Dios me perdone! —exclamó—. Estoy divagando. Es muy probable que yo no tenga que cuidar de nada aquí. Lo vende todo; va a dispersar cuanto poseemos.

—¡Qué desgracia! —dijo Gösta.

—¿Te acuerdas, Gösta, del gran espejo del salón? Era maravilloso, de una sola pieza y sin una mancha en el dorado. Lo heredó de mi madre. ¡Pues, lo vende!

—Está loco.

—Sí, loco. No se detendrá hasta que nos veamos en la necesidad de mendigar por los caminos, como la comandanta.

—¡Oh! Yo espero que no llegarán las cosas hasta tal extremo.

—Sí, Gösta. Cuando la comandanta abandonó Ekeby, nos predijo muchos males. Helos aquí. Ella no hubiera dejado vender Biörne. Hasta la propia vajilla, con las antiguas tazas de su casa paterna, hasta eso vende. La comandanta no lo hubiera permitido.

—Pero ¿por qué hace ese hombre lo que está haciendo?

—Porque Mariana no ha vuelto. La ha esperado mucho. Recorría la gran avenida desde la mañana hasta la noche, sintiendo enloquecer de disgusto. Pero yo no me atrevo a decir nada.

—Mariana cree que su padre está enfadado con ella —repuso Gösta.

—¡No, que no lo crea! Pero ella es orgullosa y no quiere ser la primera en pedir perdón. Los dos son rígidos, Duros, y soy yo la que sufre. Me encuentro entre dos duras piedras...

—Pero tú sabes, tía, que Mariana quiere casarse conmigo.

—Ah, nunca lo hará, Gösta. Lo dice sólo para hostigarte... Está demasiado mimada y tiene demasiado orgullo para avenirse a ser la esposa de un pobre hombre. Ve a buscarla y dile que si no vuelve, toda su herencia se perderá. Estoy segura de que lo venderá todo por lo que le den.

Gösta sentía un gran desprecio por aquella mujer... Sentada en el borde de la mesa, parecía no tener otro pensamiento que el de sus espejos y el de sus porcelanas.

—¡No tiene usted vergüenza, tía —gritó Gösta con acento irritado—, de haber arrojado a su hija sobre la nieve y de acusarla de malvada porque no ha vuelto! ¿Y tan poco la estima que la hace capaz de abandonar al hombre que ama ante la amenaza de perder su herencia?

—Gösta, te ruego que no te enfades tú también. No sé lo que digo. Yo traté de abrirle la puerta a Mariana; pero él me arrancó del umbral. Siempre se ha pretendido que yo no comprendo nada. Ten la seguridad, Gösta, de que yo no te rechazaré si mi hija cree que tú puedes hacerla feliz. ¡Pero no es fácil hacer feliz a una mujer!

Gösta la contempló, lamentando las palabras que había pronunciado contra aquella mujer tan timorata y castigada por la vida, pero tan buena...

—¿No quiere usted saber noticias de su hija? —preguntó dulcemente.

Ella prorrumpió en sollozos.

—No te enfades —contestó—, pero yo no quería saber otra cosa desde que te vi. Sólo sé que vive; nada más. No he recibido ni una sola palabra de ella, aun cuando le envié los vestidos. Esto me había hecho pensar... yo había creído que eras tú que no querías...

Gösta no pudo contenerse más tiempo. Era un hombre desenfrenado, loco, y para reducirle a la obediencia era preciso que Dios encargara a sus lobos que le domasen. Sin embargo, las lágrimas de la pobre anciana le producían más efecto que el aullar de los lobos, Gösta le refirió entonces sinceramente la verdad.

—Mariana ha estado enferma. Ha estado enferma todo el mes. Ha tenido la viruela y hoy es el primer día que se levanta y puede acostarse sobre el sofá. No la he vuelto a ver desde aquella terrible noche.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la señora Gustava se lanzó a la cocina.

Dejando a Gösta plantado y sin pronunciar una sola palabra, apareció al lado de su marido.

Las gentes que asistían a la almoneda, la vieron llegar y decirle a Melchor unas cuantas palabras al oído. La cara del viejo se hizo todavía más colorada, y su mano apoyada en el grifo del tonel, le hizo dar la vuelta con un movimiento brusco, y el aguardiente comenzó a caer sobre el suelo de madera. Todos adivinaron que las noticias que traía la esposa de Melchor debían ser graves y que la almoneda iba a llegar a su fin. El martillo del tasador se detuvo en el aire; las plumas de los escribientes dejaron de rasguear en el papel: ya no se oyó ni una puja. Pero Melchor Sinclair reaccionó pronto:

—Pero ¿es que no continúa esto? —preguntó.

La venta se reanudó en seguida.

La señora Gustava volvió llorando a la cocina, donde la esperaba Gösta.

—Lo que le he dicho no ha servido de nada; creí que al comunicarle la enfermedad de su hija, cesaría esa venta ruinosa. Pero, no. Estoy segura de que no deseaba saber otra cosa; sólo que tiene vergüenza de confesarlo.

Gösta movió los hombros y dijo simplemente:

—Adiós.

En el vestíbulo se cruzó con Sintram.

—¡Qué historia tan divertida! —exclamó éste frotándose las manos—. Nadie como tú, Gösta, para ofrecernos tan bellas aventuras.

—Muy pronto será más divertido todo esto —respondió Gösta—. El pastor de Broby está ahí, con su trineo lleno de dinero. Se dice que él comprará todo Biörne en dinero contante y sonante. ¿Qué dirá el dueño de las herrerías cuando sepa esto? Será cosa de oírle.

Sintram entró con la cabeza baja y riendo interiormente. Dirigióse apresuradamente hacia la sala de ventas, y una vez en ella se deslizó hasta situarse junto a Melchor Sinclaire.

—¿Quieres un vasito, Sintram? —le preguntó Melchor—. ¡Que el diablo me lleve si te doy de beber antes de que hayas comprado alguna cosa!

—Tienes ahora la misma buena suerte de siempre compañero —replicó Sintram—. Te anuncio la llegada de un hombre consecuente, que trae el trineo cargado de dinero, dispuesto a comprar Biörne, muebles e inmuebles. Aquí mismo tiene destacadas muchas personas que están por cuenta suya, porque no quiere presentarse todavía.

—Si me dices quién es, te doy un vaso.

Sintram apuró el vaso, y se retiró unos pasos.

—Me parece que es el pastor de Broby.

En todo el mundo no tenía Melchor Sinclaire peor enemigo.

Sus querellas y su odio databan de mucho tiempo. Contábase que más de una noche, al encontrarle el dueño de las herrerías en caminos solitarios, habíale propinado una buena radón de palos, por avaro y opresor de los campesinos.

Sintram había calculado bien al ponerse a distancia, y aun así no pudo escapar del todo a la explosión de cólera que su respuesta provocó. Un vaso le dio en medio de la frente y la barrica de aguardiente rodó a sus pies. A esto siguió una escena, cuyo recuerdo, aún muchos años después, le dilatava el corazón.

—¡El pastor de Broby ha jurado apoderarse de mi finca! —rugió Sinclaire—. ¡Sois un hatajo de cobardes, que compráis mi casa por encargo

del pastor de Broby! ¡No tenéis vergüenza, viles perros! ¡Qué os queme a todos el fuego del infierno!

Y empuñando un candelabro lo lanzó con furia contra la multitud. Toda la amargura de su corazón dolorido estalló con terrible violencia. Rugiendo como una fiera salvaje, apretando un puño y lanzando con otra mano los vasos de aguardiente y toda clase de objetos, se dirigió contra los compradores. No era dueño de sus acciones.

—¡Se acabó la venta! —gritaba—. ¡Salid de aquí!

¡Mientras yo viva, el pastor de Broby no será dueño de Biörne! ¡Salid! Ya sabéis lo que cuesta desempeñar comisiones del pastor de Broby.

El tasador y sus pasantes echaron a correr, volcando el mostrador en su precipitada huida. El gran propietario, presa de una furia violenta, pudo abrirse paso entre la pacífica multitud. El pánico fue indescriptible. Doscientas personas se apretujaban y aplastaban en la puerta, huyendo despavoridas de un solo hombre.

—¡Salid de aquí! ¡Salid! —rugía, mientras enarbolaba una silla de la que se servía como de una maza.

Así les llevó hasta el vestíbulo. Cuando el último comprador hubo salido de la casa, regresó al salón y cerró la puerta con cerrojos. Después sacó del montón de trastos dos almohadas y un colchón, y en medio de aquellas ruinas se dejó caer, entregándose a un sueño del que no salió hasta la mañana siguiente.

Ya en Ekeby, y cuando Gösta se preguntaba de qué modo podría entrevistarse con Mariana, recibió recado de que ésta le esperaba.

En la sala reinaba una oscuridad tal, que le obligó a fijar mucho los ojos para descubrir a la joven.

—No te acerques, Gösta —dijo Mariana—. Puede ser todavía peligroso el acercarse a mí.

Pero Gösta, que, temblando por la emoción y por el deseo de verla, había subido la escalera en cuatro saltos, no temía en lo más mínimo la enfermedad contagiosa. Deseaba ardientemente contemplar el bello rostro de la amada. ¡Qué bella era Mariana! Nadie tenía la frente más clara y luminosa, ni el cabello más fino.

Su rostro era un armonioso juego de artísticas líneas.

Pensaba en aquellas cejas tan perfectamente delineadas, como la alvéola nectarífera en una azucena, y en la nariz aguileña y arrogante, en los labios que se rizaban graciosamente como dos ondas, en el óvalo de sus mejillas y en la perfecta forma de su barbilla. Pensaba en el color delicado de la piel, en las cejas negras como la noche bajo la rubia cabellera, en las oscuras pupilas y en el fondo claro y brillante de sus ojos.

Muy bella era su amada. Pensaba en el corazón tan ardiente que se ocultaba bajo aquella apariencia fría y orgullosa. Tenía valor para entregarse y para sacrificarse, pero oculto tras su aspecto elegante y tras, sus orgullosas palabras. Era una verdadera gloria el poder verla.

En dos saltos subió la escalera. ¡Y ella que aspiraba a que no pasase de la puerta! Como un relámpago atravesó la estancia y se arrojó a sus pies. Quería verla, quería besarla y ofrendarle su postrer saludo. La amaba y nunca cesaría de amarla; pero aquel corazón estaba acostumbrado a verse arrojado al polvo.

¡Oh! ¿Dónde encontraría él la rosa sin apoyo ni raíces, que pudiera tomarla para sí y llamarla suya? Ni aun a aquélla que había encontrado medio muerta al borde del camino podría retenerla. ¿Cuándo podría su amor entonar un cántico puro y elevado, no turbado por ninguna disonancia? ¿Cuándo podría construirse el castillo de su dicha sobre una base que no llenara un corazón ajeno de pesar y resignación?

Pensaba en el modo de despedirse de ella.

Pensaba decirle: «Es muy grande la desdicha de tu hogar. Tu pena desgarró mi corazón. Es preciso que vuelvas a él para que tu padre recobre la razón. Tu madre vive en un constante peligro de muerte. Es preciso que vayas, adorada mía». Pero estas palabras de sacrificio que le subían a los labios, no fueron pronunciadas jamás.

Gösta se arrodilló a la cabecera de la joven; cogió entre sus manos su cabeza y la besó. Las palabras expiraron en su garganta y su corazón estuvo a punto de estallar. ¡Ay, la viruela había desfigurado tanto su hermosa cara! La piel estaba cubierta de cicatrices. Nunca transparentaría la sangre bajo el terciopelo de sus mejillas. Nunca se dibujarían las venas azules sobre sus sienes. Los ojos empañados desaparecían bajo los pesados párpados

hinchados. Las cejas se le habían caído y el esmalte de sus ojos era amarillo. Todas aquellas soberbias líneas estaban deshechas.

No fueron pocos los que más tarde lloraron la desvanecida belleza de Mariana Sinclair; pero el primer hombre que la vio después de haber perdido su belleza, no se entregó a la desesperación. Sentimientos inexpresables llenaron su alma. Cuanto más la miraba, tanto más apasionado se sentía. El amor crecía y crecía como un río en primavera. Cual oleadas de fuego brotaba el amor de su corazón, llenando todo su ser; brotaba de sus ojos en lágrimas, suspiraba en sus labios, temblaba en sus manos, en todo su cuerpo.

¡Oh, amarla, defenderla, indemnizarla! ¡Ser su esclavo, el ángel de su guarda!

Fuerte es el amor cuando, por el dolor, ha recibido el bautismo de fuego. Ya no podía hablar con Mariana de separación ni de renunciación. Ya no podía abandonarla. Le debía la vida. Por ella sería capaz de cometer cualquier delito, por tremendo que fuera.

Sin pronunciar una sola palabra razonable, limitóse a llorar y a besarla, hasta que la vieja enfermera tuvo que recordarle que ya llegaba la hora de la partida.

Cuando Gösta hubo partido, Mariana quedóse largo rato pensando en él y en su fogosidad.

«¡Qué hermoso es ser amada así!», pensaba.

Sí, era hermoso ser amada, pero ¿y ella? ¿Qué sentía? Ah, nada, menos que nada.

¿Acaso había muerto su amor? ¿Hacia dónde habría volado? ¿Dónde se ocultaba el fruto de su alma? ¿Viviría aún? ¿No se hallaría escondido en el lugar más recóndito de su corazón? ¿Estaría allí paralizado bajo las miradas glaciales, temblando ante las risas burlonas, medio asfixiado entre los dedos huesudos?

—¡Oh, amor mío! —suspiraba—. ¡Hijo de mi corazón! ¿Vives aún o has muerto ya, lo mismo que mi belleza?

Al día siguiente el señor de las herrerías, Melchor Sinclair, entró muy temprano en la habitación de su mujer.

—Encárgate de ponerlo todo en orden —le dijo—. Me voy en busca de Mariana.

—Sí, querido Melchor; todo se hará conforme desees.

La reconciliación entre ambos era efectiva.

Una hora más tarde Melchor Sinclaire dirigíase a Ekeby. Hubiera sido difícil ver un viejo maestro de forja de aspecto más noble y benévolo que Melchor, sentado en su trineo, con la capota caída, con su mejor pelliza y su rico tapabocas. Sin embargo, su cara estaba pálida y sus ojos singularmente fatigados.

Era un hermoso día. El cielo aparecía deslumbrante con su profusión de luces. La nieve brillaba como los ojos de las jóvenes a los primeros compases de la polca. Los abedules tendían sus finos encajes de ramas bermejas y dejaban caer todavía leves copos lagrimeantes. Aquel día irradiaba un maravilloso estallido de fiesta. Los caballos marchaban de un modo acompasado, como si llevaran el paso de un baile, y el cochero hacía restallar el látigo por simple expansión jubilosa y por amor al ruido.

El trineo del maestro herrero se detuvo ante la escalinata de Ekeby. Un criado se asomó a la puerta.

—¿Están tus señores? —le preguntó.

—Se han ido a cazar el Gran Oso de Gurlita.

—¿Todos?

—Todos. Los que no han ido a la caza del oso, salieron para recoger el cesto de vituallas.

El maestro de forja soltó una carcajada que hizo temblar el patio silencioso, y tal respuesta le había alegrado tanto que le dio al mozo un tálero de propina.

—Dile a mi hija que he venido a buscarla. Que no tenga miedo al frío porque llevo el trineo de capota y traigo una pelliza de lobo para que se abrigue.

—¿No quiere el señor tomarse la molestia de entrar?

—No; estoy bien aquí.

Aquel día estaba de tan buen humor, que nada hubiese podido enojarle. Estaba dispuesto a esperar largo rato. Tal vez no se hubiera levantado su hija. Se distraería contemplando las cosas de su alrededor. Precisamente

pendía del tejado un gran copo de nieve que iba a darle trabajo al sol para derretirlo. Era vano que lo atacase en su raíz; las gotas que iba fundiendo rodaban sin poder llegar nunca abajo, porque se congelaban antes de alcanzar la punta del copo. Y el sol se esforzaba y las gotas volvían a congelarse. Pero un rayito pícaro, muy pequeño, vivo y fogoso, se reflejó en la extremidad del copo y pronto logró que se deslizara sobre el suelo una gota, que cayó con dulce sonoridad.

—Ya se ve que no eres tonto —le dijo el maestro herrero alegremente al rayito.

El patio estaba desierto, y de la casa no salía el más leve rumor. Melchor, que esperaba pacientemente, no ignoraba que las mujeres emplean mucho tiempo en su tocado. Sin manifestar la menor impaciencia, volvió su mirada hacia el palomar, rodeado de una plataforma enrejada con el fin de impedir, durante el invierno, que los palomos fueran atacados por los azores. De rato en rato asomaba un palomo su blanca cabecita entre el tejido del alambre.

«Espera la primavera —pensó Sinclair—; pero precisa que tenga paciencia».

El palomo se asomaba con tanta regularidad que, sacando el reloj, comprobó Sinclair que se asomaba cada tres minutos.

—¡Oh, no, precioso! —le dijo—. ¿Crees acaso, que la primavera puede surgir en tres minutos? ¡Paciencia!

Y él también hubo de tenerla, aunque el tiempo no le urgía. Los caballos pateaban cansados de mirar la nieve brillante, y a fuerza de mirarla acabaron por aproximar a ella su cabeza y quedarse dormidos. El cochero, erguido en el pescante, con la fusta y las riendas en la mano, cara al sol, roncaba. El maestro herrero no dormía. Nunca había tenido menos ganas de dormir, y no recordaba haber pasado horas tan encantadoras. Mariana había estado enferma; pero iba a salir en seguida y todos se considerarían felices. Debía comprender que no estaba enfadado con ella, desde el momento que la esperaba allí, con dos caballos y el trineo de capota.

Más allá de la plancha donde estaba la colmena, un abejaruco carbonero, ansioso de comer, se había entregado a un ardid diabólico, picoteando la plancha con su piquito cortante.

En todo se observa el más perfecto orden; las obreras reparten las porciones de comida y las coperas hacen correr de boca en boca néctar y ambrosía. Y aquellas que están situadas en el centro, cambian sin cesar su puesto con las de los lados para que el calor y la comodidad estén regularmente repartidos.

Las abejas oyen el picotear del abejaruco y por toda la colmena vibra un zumbido de curiosidad. ¿Será un amigo o un enemigo? ¿Hay algún peligro para la comunidad? La reina no tiene la conciencia tranquila; no puede esperar paz y tranquilidad. ¿Acaso serán los espíritus de los zánganos asesinados los que golpean fuera? «Sal y mira de qué se trata», ordena a la portera. Ésta se lanzó afuera, lanzando un «viva la reina». El abejaruco, con el cuello estirado y las alas palpitantes, apresó la abeja, la aplastó y se la tragó, sin que nadie lo notificara a la reina. Después volvió a picotear sobre la plancha, y la reina, cansada de esperar, expidió otra mensajera y otra y otra. Pero ninguna volvió para traer noticias del intruso.

¡Oh! En la oscura colmena reinaba una penosa angustia. Eran los espíritus de la venganza los que se hallaban allí fuera. ¡Ah, si se hubiera podido ser sordo e indiferente! ¡Si se pudiera esperar con toda tranquilidad!

El gran Melchor Sinclaire rió hasta llorar ante la candidez de aquellas abejas agazapadas en su colmena y de la malicia de aquel pillete alado de cabeza negra y de verde pechera. Verdaderamente, la espera no es difícil cuando se sabe lo que se quiere y tiene uno a su alrededor tantos motivos de distracción.

En aquel momento apareció un enorme perro guardián, arrastrándose sobre sus patas con la mirada baja y agitando el rabo indolentemente, como si errara sin ninguna finalidad. De pronto se puso a rascar furiosamente la nieve; sin duda trataba de disimular un oculto propósito, en el momento en que levantaba la cabeza para ver si podía comer lo que llevaba en la boca con toda calma, quedose sorprendido ante dos urracas que le contemplaban.

—¡Ladrón! —dijeron las urracas, que parecíanle la conciencia personificada.

—Nosotros somos los agentes de policía. ¡Vengan esos objetos robados!

—¡Silencio, canallas! Aquí soy yo el guardián.

—¡Vaya un guardián! —exclamaron ellas riendo.

El perro se arrojó sobre las urracas, y éstas huyeron con un pesado batir de alas. El perro saltó ladrando. Mientras perseguía a una, la otra volaba recta a un agujero. Sólo pudo arrancarle un pedazo de carne, sin conseguir morderla y llevársela. Volvió el perro, atrapó la carne y, reteniéndola con las patas, la mordió. Las urracas acercáronse de nuevo, gastándole burlas. Sin dejar de comer lanzábales el perro miradas furiosas, y cuando volvieron a repetir sus ataques precipitose sobre ellas y las ahuyentó.

El sol comenzaba a declinar hacia las montañas del Oeste. El maestro herrero miró su reloj; eran las tres y había encargado la comida para el mediodía.

En aquel preciso momento salió el criado, anunciando que la señorita Mariana deseaba hablarle.

El señor de las herrerías echose al brazo la pelliza de lobo y subió la escalera con cara radiante.

Cuando Mariana oyó sus pesados pasos, no estaba decidida a seguirle. Sabía solamente que no podía continuar en esta ansiosa y larga espera.

Esperaba que los caballeros vendrían a casa, pero no vinieron. Ella misma tendría, pues, que poner fin a aquella situación. No lo aguantó más.

Suponía que se iría furioso así que hubiera tenido que esperar cinco minutos, o que pretendería forzar la puerta o incendiar la casa.

Pero, no; allí seguía sentado tranquilamente, esperando. No sentía ella odio ni amor hacia él, pero una voz interior le decía que volvería a caer en sus manos. Mas, a pesar de todo, quería mantener la palabra dada a Gösta Berling.

¡Si al menos se hubiera dormido o mostrado intranquilo, si hubiera manifestado señales de duda, o si hubiera lanzado su trineo a través de las sombras! Pero no, en aquellos momentos sólo tenía calma y prudencia. Melchor aguardó porque estaba seguro, segurísimo, de que su hija iría a él finalmente.

A Mariana le dolía la cabeza horribilmente. Todo su sistema nervioso se hallaba en un estado de gran excitación. No podía tranquilizarse mientras él estuviera allí sentado. Parecía como si después de haberse apoderado de su voluntad, la obligara a descender la escalera tras él.

Por lo menos hablaría con su padre.

Antes de hacerle entrar hizo subir los visillos y se tendió sobre el canapé de modo que la clara luz del día le diera de lleno sobre la faz. Con esto tenía la intención de someterle a una especie de prueba. Pero aquel día Melchor Sinclaire estaba hecho un hombre extraordinario.

Al verla, su cara no se alteró lo más mínimo, ni lanzó la menor exclamación de asombro. Presentose como si no hubiera notado en ella cambio alguno. Bien sabía cuán orgulloso se mostraba en otro tiempo de su belleza. Pero en el rostro de su padre no se dibujó el menor pesar. Comprendía que se dominaba para no causarle aflicción.

Y empezó a comprender por qué continuaba amándole su madre.

No abrigaba ninguna duda. No llegaba ni con reproches ni con disculpas.

—Te envolveré bien en la piel de lobo, Mariana —le dijo simplemente—. No está fría, pues la he tenido constantemente sobre mí.

Se acercó a la chimenea y la calentó aún más. Después la ayudó a levantarse del sofá, la envolvió con cuidado, le echó un chal sobre los hombros, y, pasando los extremos por debajo de los brazos, los ató a la espalda.

No se oponía. No tenía voluntad propia. Era agradable ser cuidada, magnífico no tener voluntad propia. Esto era lo mejor para una joven tan quebrantada como ella, que ya no poseía ningún pensamiento, ni era capaz de recibir ninguna sensación.

Cerró los ojos y suspiró, en parte de bienestar y en parte de tristeza. Decía adiós a la vida, a la verdadera vida. Pero esto debía serle indiferente, a ella que no podía vivir, que siempre tenía que representar su comedia.

Varios días después, su madre le facilitó una entrevista con Gösta Berling, aprovechando una ausencia del marido, que había ido al bosque a vigilar sus montones de madera.

Gösta entró, sin saludar, permaneciendo cerca de la puerta, con los ojos fijos en el suelo, como un muchacho testarudo.

—¡Gösta! —exclamó Mariana que, sentada en un sillón, le contemplaba con mirada casi alegre.

—Sí; así me llamo.

—Ven aquí, más cerca, a mi lado, Gösta.

Él se aproximó lentamente, sin levantar los ojos.

—Más cerca y arrodíllate.

—¿A qué conduce todo esto, Dios mío? —preguntó obedeciendo.

—Gösta, deseaba decirte que me ha parecido preferible volver a mi casa.

—Sólo deseo que no vuelvan a echar a la señorita Mariana sobre la nieve.

—Oh, Gösta; ¿es que ya no me amas? ¿Es que me encuentras demasiado fea?

Atrajo hacia sí la cabeza de la joven y la besó con aire indiferente. En el fondo, Mariana estaba contenta. Si Gösta se mostraba celoso de sus padres, ¿qué iba a hacer? Sus celos pasarían. Todo era cuestión de atraerle de nuevo. Para ella hubiera sido difícil explicar por qué quería retenerle. Y le quería, no obstante. Era la única persona del mundo que por un instante la había libertado de sí misma, el único de quien pudiera esperar todavía este milagro. Le dijo, tratando de recuperarle, que su intención no era la de abandonarle para siempre, sino tan sólo interrumpir por algún tiempo sus relaciones para evitar las habladurías. Lejos de ella, su padre acabaría loco, y su madre estaría expuesta a un peligro de muerte. Gösta debía comprender que no le quedaba otro remedio que volver a su casa.

Gösta se sintió dominado por la cólera. Mariana había jugado con él como se juega con una pelota. Apenas habíanle abierto las puertas de su casa, no había vacilado en partir y abandonarle. Ya no podía amarla... Su sangre quedó paralizada en las venas cuando al regreso de la caza encontrara la sala vacía, y sin una palabra, una sola palabra de despedida. Poco faltó por que esta pena le causara la muerte. Ya no podía amarla después de haber sufrido una pena tan grande por su culpa...

Por otra parte, ¿estaba seguro de haber sido amado alguna vez por esta coqueta que no le pedía al amor otra cosa que mimos y caricias?

¿Creía acaso que ella se dejaba besar así como así por los jóvenes?

Ah, sí que lo creía. Las mujeres no son tan santas como parecen. ¡Amor propio y coquetería, desde el principio al fin! Tendría que haber supuesto lo que él sintió al regresar de la cacería. Fue como si hubiera caído de repente

en un baño de agua helada. El dolor no le abandonaría jamás, le perseguiría toda la vida. Jamás volvería a ser feliz.

Ella intentó explicarle cómo había sucedido todo para demostrarle que le había guardado fidelidad.

Sí, le daba lo mismo; ya no la quería. Ahora había aprendido a conocerla. Era una egoísta. Se había marchado sin decirle una palabra, sin un adiós.

A Mariana casi le divertían aquellas obstinadas palabras. Comprendía su irritación, pero no creía en una verdadera ruptura. Sin embargo, al ver la persistente frialdad de Gösta, llegó a sentirse inquieta. ¿Se había operado en él realmente tal cambio, que ya no quería seguir amándola?

—No me reproches mi egoísmo —añadió ella—. ¿Es que me llevó a Siue el egoísmo? ¿Acaso ignoraba que la viruela había hecho presa en mí? ¿Y no me lancé a través de un camino de nieve y de hielo con mis zapatitos de baile?

—El amor vive del amor, no de servicios y favores —repuso Gösta.

—¿Pretendes, pues, que en lo sucesivo seamos como extraños uno al otro?

—Sí, eso pretendo...

—Gösta Berling, tienes el corazón voluble.

—Así lo dicen...

Se mantenía frío, incapaz de enternecerse; pero ella lo estaba más aún. Y el genio de la reflexión la miraba burlonamente, riendo de su intento de representar el papel de enamorada.

—Gösta —le decía teniendo que hacer un esfuerzo—, no ha sido mi intención molestarte, aunque pueda parecerlo así. Te lo ruego, perdóname.

—No puedo perdonarte.

Ella comprendía en aquel momento que, de abrigar un verdadero sentimiento amoroso, aún le sería posible reconquistarle. E intentó representar el papel de mujer apasionada. La mirada glacial se burlaba de ella; pero lo intentó, no obstante. No quería perderle.

—¡No partas irritado, Gösta! Piensa cuán fea me he vuelto. Nadie podrá amarme ya.

—Yo tampoco te quiero —le contestó él—. Tienes que conformarte con que se te pisotee tu corazón como el de otras tantas mujeres...

—Gösta, nunca pude amar a nadie más que a ti. ¡Perdóname! ¡No me abandones! Tú eres el único que puede defenderme contra mí misma.

—No dices la verdad —repuso con una calma fría—. No sé lo que quieres de mí; pero veo que mientes. ¿Por qué pretendes retenerme? Eres muy rica, y nunca te faltarán pretendientes.

Y se fue.

Apenas se cerró tras él la puerta, el dolor y la desesperación se apoderaron del corazón de Mariana, con toda su grandiosa majestad. Era el amor, el hijo de su propio corazón. Salía ahora de un rincón donde la mirada glacial le había tenido aprisionado. Llegaba el que tan ansiosamente había esperado; pero era demasiado tarde. El amor surgía severo y potente, sosteniendo la cola de su manto real la pena y la desesperación.

Cuando Mariana se dio cuenta exacta de que Gösta Berling la había abandonado, experimentó un profundo dolor físico, tan intenso, que la aturdió. Y con la mano sobre el corazón, permaneció inmóvil durante horas enteras, la mirada fija en el mismo sitio, luchando con el dolor, que no estallaba en lágrimas.

Y era ella misma la que sufría, no una extraña, no una actriz. Era ella misma...

¿Por qué vino su padre y la separó? Su amor no había muerto y sólo a causa de la debilidad contraída, durante su dolencia no había podido manifestar su poder.

—¡Oh, Dios, Dios! ¡Haberle perdido! ¡Oh, Dios, haber despertado demasiado tarde!

¡Ah, él era el único señor de su corazón! Todo podía sufrirlo de él; sus palabras duras y ásperas no hacían más que avivar en ella la humildad de su amor. Si le hubiera pegado se habría arrastrado a sus pies como un perro y le habría besado la mano.

No sabía qué hacer para encontrar alivio a su horrible dolor. Echó mano de papel y pluma y se puso a escribir febrilmente. Primero le hablaba a Gösta de su amor y de su abnegación; luego le pedía su cariño y un poco de compasión. Era una especie de himno lo que escribió.

Cuando hubo terminado pensó que apenas leyese la carta no dudaría más y habría de creer forzosamente en su pasión. ¿Por qué no mandarle lo que había escrito? Lo haría al día siguiente, segura de reconquistarle.

Pasó la noche intranquila y despertó dominada por un ansia infinita. Luchando consigo misma, leyó y releyó cuanto había escrito, que, finalmente, le pareció demasiado quejumbroso y estúpido. Aquello carecía de metro y de ritmo; era la pura y fría prosa lo que convenía. Probablemente, él no haría más que reírse de tales versos. Su orgullo también despertaba. ¡No la quería ya! Entonces, era una humillación atroz mendigar su amor.

A veces reaparecía en ella la sensatez y le decía que podía estar contenta de verse libre de Gösta Berling y de todas las penalidades que su amor le hubiera reportado.

Pero la pena de su amor era tan grande que, al fin, predominó el sentimiento amoroso. Tres días después de manifestarse así su amor, fueron encerrados los versos en un sobre, en el cual escribió el nombre de Gösta. Pero nunca fueron enviados a su destino, pues antes de haber podido encontrar un mensajero de su confianza se enteró de cierta noticia de Gösta Berling, que le hizo comprender que ya era demasiado tarde para reconquistarle.

Pero el no haber mandado los versos a tiempo, cuando aún hubiera podido reconquistarle, debía ser la causa de la pena que iba a experimentar durante su vida. Todo su dolor se expresaba en estas palabras: ¡Oh, si no hubiera esperado tanto tiempo, si no hubiera tardado tantos días!

La felicidad de la vida, o al menos la verdad de la vida, tenían que habérselas conquistado aquellas palabras escritas. Ella estaba segura de que estos versos le habrían devuelto al amado.

Sin embargo, la pena le rendía idéntico servicio que el amor. La transformaba en un verdadero ser humano, con la facultad de entregarse tanto a lo bueno como a lo malo. En su alma dominaban libremente sentimientos ardientes que no refrenaba el frío glacial del espíritu de reflexión.

Pero se dice que ella no olvidó jamás a Gösta Berling. Le lloró como se llora una vida truncada.

Y sus pobres versos, que durante algún tiempo fueron muy leídos, ha mucho que yacen en el olvido. Sin embargo, ¡hay en ellos un no sé qué de conmovedor, tal como los veo aquí, ante mí, escritos sobre el papel amarillento, con tinta ya descolorida, con una escritura fina y delicada...! Todo el dolor de una vida está contenido en estos pobres versos. Y los transcribo con cierto estremecimiento, como si los animara una fuerza misteriosa.

Os ruego que los leáis, y meditéis sobre ellos. ¡Quién sabe el poder que pueden tener sobre vosotros! Son lo bastante apasionados para que comprendamos que han sido dictados por un sentimiento verdadero. Tal vez ellos podrían haberle devuelto al amado, y con él la felicidad.

Son lo bastante conmovedores, lo bastante tiernos en su falta de amaneramiento. Nadie podría desearlos de otra manera. Nadie desearía verlos de otra manera. Nadie desearía verlos encerrados en los estrechos límites del metro y del ritmo. Y, no obstante, causa pena pensar que esto precisamente fue lo que impidió que fueran enviados a su debido tiempo.

Os lo ruego, leedlos y amadlos. Los escribió una mujer que se encontraba en honda aflicción.

*Amaste, amiga, pero nunca más
libarás ya los goces del amor.
El viento pasional te batió el alma.
No escalarás las cumbres ya del júbilo.
Ni al seno del dolor descenderás
ya nunca más.*

*Amaste, amiga, pero nunca más
tu alma se encenderá en llamas azules.
Fuiste cual prado de marchita hierba:
el fuego te abrasó en breves instantes.
La llama y las ingenuas nubes negras
dieron miedo a las aves, que hacia el cielo
le alzaron dando tétricos graznidos.
¡Oh, si volviesen! No; ya no arderás
de amor jamás.*

*Amaste, amiga, pero nunca más
escucharás las voces del amor.
Tu corazón es como un niño laso
que se sienta en el banco de la escuela,
nostálgico de juego y de aire libre.*

Nadie te evocará ya aquellos tiempos.
Serás cual solitario guardián.
Ni han de hablarte, ni tú responderás
ya nunca más.

Él se ha alejado, hija, él se ha alejado,
y con él los encantos del amor;
él, al que amaste, cuando te enseñara
a alzar, en alas del amor, al cielo;
él, al que amaste, tal como si el único
asilo en el bullicio ciudadano
fuese aquél que te supo él ofrecer.
Ya se ha alejado el único que supo
de tu hondo corazón abrir las puertas.

Una cosa te quiero ahora rogar.
No arrojes sobre mí el peso del odio.
¿No es lo más débil, ¡ay!, de lo más débil,
el corazón humano? ¿Cómo quieres
que viva el mío, bajo el triste peso
de tus ideas, dando pena al prójimo?

Oh, amigo mío, si matarme quieres
no busques daga, soga, ni veneno;
dime sólo que anhelas que me aleje
de las verdes praderas de la tierra,
de la rica belleza de la vida
que yo descenderé luego al sepulcro.

Me enseñaste a vivir..., me diste amor,
y anhelabas el premio; bien lo sé.
No me ofrezcas tu odio. Amo la vida;
no lo olvides... Estoy segura, empero,
que tendré que morir bajo el cruel
peso del odio.

X

LA CONDESITA

La condesita duerme hasta las diez de la mañana y todos los días quiere encontrar pan tierno para el desayuno. La joven condesa borda al tambor y lee poesías. No se preocupa de nada concerniente a la casa y no sabe tejer ni cocinar. La condesita es una niña mimada. Pero la condesita es de una alegría tan desbordante, que se refleja en todo y en todos. Se le puede perdonar el que se levante tarde y coma pan tierno. Es buena con cuantos la rodean y pródiga con los pobres.

El padre de la joven condesa es un sueco noble que ha pasado toda su vida en Italia, retenido por la dulzura del país y por unos ojos más dulces todavía. Cuando Enrique Dohna visitó la península, fue recibido por la familia de un viejo gentilhomme. Se enamoró de una de las hijas de la casa, a la que más tarde llevó a Suecia. A la joven condesa, que ya en la cuna hablaba el sueco y que había sido educada en el amor a todo lo que fuese sueco, no le disgustaba el país de los osos. Gozaba tan gentilmente de los placeres que brindaba el largo y estrecho lago de Leuven, que hubiérase dicho que siempre había vivido allí. Su título de condesa lo llevaba con mucha facilidad. Su juventud no estaba contaminada de mal genio, acritud ni vano orgullo. Ejercía una extraordinaria seducción sobre todos los señores graves. Todos estaban encantados con ella. Cuando en una fiesta la vieron el juez de Munkerud, el pastor de Brö y el capitán de Berga, confesaron a sus mujeres —como era de suponer, en la intimidad— que ellos habían conocido a esta joven condesa treinta o cuarenta años antes.

—¡Pero si aún no había nacido! —objetaron las damas.

Apenas si habían tenido ocasión de hablar con la condesita cuando, después de esta escena, comenzaron a hostigarla, acusándole de haber arrebatado el corazón de sus maridos.

Las señoras no lo miraban sin inquietud; recordaban que la condesa Marta, su suegra, alegre, amable, querida por todos desde su llegada a la posesión de Borg, había sido una coqueta vanidosa y amiga de los placeres, que sólo pensaba en sus devaneos y satisfacciones.

—¡Ah —decían todas—, si la condesita tuviera un marido que la obligara a sentir tan sólo el gusto por el trabajo! ¡Si al menos aprendiera un oficio y a urdir una tela! ¡Lo que consuela todas las penas, lo que absorbe todas las inquietudes, lo que salva a tantas mujeres, es urdir una hermosa tela!

La condesita no deseaba otra cosa que adquirir las cualidades de una buena mujer de su casa y de una esposa ejemplar. Durante las grandes fiestas iba con frecuencia a sentarse entre las señoras más respetables, y les decía:

—Enrique quiere que sea una buena ama de casa, tan buena como su propia madre. Desearía que me enseñaran a manejar un telar...

Las viejas lanzaban un suspiro, hondamente preocupadas... Ante todo pensaban en el conde Enrique, que creía que su madre era una buena ama de casa, y luego no comprendían cómo esta niña tan joven, tan inocente, pudiera hacerse cargo de cosas tan difíciles. Sólo al oír todas aquellas expresiones técnicas de los accesorios de un telar, sentía su cabeza trastornada... ¡Y cuándo más pesadas le parecían si tuviera que aprender toda la nomenclatura del oficio textil!

Todos cuantos veían a la condesa no salían de su asombro ni podían comprender cómo pudo casarse con el estúpido conde Enrique... La estupidez es la mayor de las desgracias; es un duro golpe del destino..., pero es peor, sin embargo, haber nacido con las facultades mentales limitadas, y, además, vivir en el Wärmeland.

Corrían muchas historias sobre la estupidez del conde Enrique. Y no tenía más de veinte años. Se contaba la conversación que había sostenido con Ana Stiarnhök durante una carrera en trineo.

—Eres hermosa, Ana —decía él.

—¡Qué disparate, Enrique!

—¡Eres la más hermosa de todo el Wärmeland!

—¡No, eso no es verdad!

—Pero eres la más hermosa de todas las que toman parte en esta carrera de trineos.

—¡No, Enrique, no lo soy!

—Ah, pero la más hermosa que va en este trineo, sí lo eres. Esto no podrás negarlo —pues el conde no era nada hermoso.

Era tan estúpido como feo, y la gente decía de él que la cabeza que descansaba sobre sus hombros era una antigua herencia que se transmitía la familia desde varios siglos... Por esto estaba tan desgastado el cerebro del último de los herederos... Aquella cabeza era la misma que habían usado su padre y su abuelo, y por esto su cabello era tan raquítico, tan exangües sus labios, tan puntiagudo su mentón...

El conde Enrique vivía siempre rodeado de gentes burlonas que le hostigaban y le hacían decir cien sandeces, que luego propagaban amplificadas. Afortunadamente, él no se daba cuenta de nada. Tenía un aire solemne y digno en todo. Era ésta una condición natural, y creía que todos los demás eran como él. La dignidad regía todos sus actos, medía sus movimientos, mantenía su rigidez y no permitía que su cabeza se moviera sin que el cuerpo siguiera el movimiento.

Sin embargo, la condesita le amaba, le amaba a pesar de su cabeza de vejete. Cuando le conoció en Roma, ignoraba que en su país estuviese rodeado de una tan magnífica gloria de mártir de la necesidad. Allí había llevado algún calor de la briosa juventud, y ¡había sido tan romántica su unión!

Fue memorable el momento en que la joven condesita se decidió a relatar los pormenores del rapto realizado por el conde Enrique. Monjes y cardenales se horrorizaban al ver que pretendía renegar de la religión de su madre, en la que había sido educada, para convertirse al protestantismo. Toda la población se sublevó, el palacio de su padre fue sitiado y Enrique fue perseguido por unos bandidos. La madre y la hermana de la condesa trataron de disuadirla; pero su padre, furioso de que sus familiares pretendieran impedir que entregara su hija a quien le viniera en gana, había

ordenado a su futuro yerno que raptara a su novia. Puesto que la ceremonia no podía celebrarse en su casa, tuvieron que deslizarse por callejuelas y pasadizos hasta llegar al consulado de Suecia, donde, después de hacerse ella protestante, fueron casados inmediatamente y enviados hacia el Norte en un coche cerrado tirado por dos rápidos corceles.

—Comprenderéis que no había tiempo para publicar las amonestaciones —decía la joven condesa—, y no era agradable, después de todo, casarse en una oficina en lugar de una iglesia. Pero, de otro modo, Enrique no habría podido conseguirme. Las gentes de allá lejos son tan violentas, que era preciso que todo se llevara a cabo con el mayor misterio. Si aquellas gentes nos hubieran visto, habrían sido capaces de cualquier cosa, sólo para salvar mi alma. Enrique, naturalmente, estaba ya condenado.

Cuando llegaron a Borg, la condesita continuó amando a su esposo, al abrigo de todas las tempestades. Apreciaba en él la brillantez de su antiguo nombre y la gloria de sus antepasados. Veía con gran placer que su presencia bastaba para conmover la intacta rigidez del conde Enrique, cuya voz sonaba menos cascada al responderle. Además, la mimaba y le daba toda la libertad para divertirse a su antojo. Por último, la joven condesa no podía imaginar que una mujer casada no quisiera a su marido y más siendo un marido probo, sincero, que no había faltado nunca a su palabra, un verdadero gentilhomme, el ideal de sus ensueños.

El 8 de marzo, con motivo de celebrar su cumpleaños el alcalde Scharling, fueron muchísimos los invitados que subieron las pendientes de Broby, del Este, del Oeste, de lejos, de cerca, invitados y no invitados, todos se reunieron bajo su techo. Todos eran bien venidos. Todos encontraban comida y bebida y sitio suficiente para que el elemento joven de siete ayuntamientos pudiera danzar.

La joven condesa concurrió también, como acostumbraba hacer en todos los lugares de jolgorio. Pero aquel día no estaba alegre según su costumbre, como si presagiara un desenlace romántico en aquella peligrosa aventura.

En el camino, desde su trineo, había visto el sol poniente, que descendía del cielo majestuosamente sin dejar tras sí ninguna nube bordada en oro. En

toda la extensión del cielo, divisaba un crepúsculo gris pálido, que atravesaba ráfagas de aire frío. El día luchaba contra la noche, y todo lo que vivía estremecía de inquietud en espera de la lucha inminente. Los caballos apresuraban el paso; el último carro se retiraba con toda la rapidez posible; los leñadores regresaban del bosque corriendo, y las mozas de los establos. Los animales salvajes aullaban junto a los oquedales. El día estaba vencido y con él la alegría de los hombres... Los colores se apagaban más y más; la luz se desvanecía. Todo cuanto veía era de una fealdad espantosa, llena de tristeza. Y sus pensamientos, y sus esperanzas y su vida entera parecieronle invadidos de este crepúsculo triste y gris. Sentía, con la naturaleza, esta hora de fatiga y de sombría impotencia. Y se decía que su corazón, que vibraba de júbilo, y su fantasía, que siempre revistió su existencia de púrpura y oro, perdería también su poder de iluminar las cosas.

«¡Oh, desfallecimiento, desfallecimiento de mi propio corazón! —se decía a sí misma—. Crepúsculo gris, abrumador, también tú serás un día el dueño de mi corazón. Entonces la vida me parecerá fea y sosa, como tal vez lo es en realidad; mis cabellos encanecerán y mi espalda se encorvará, y mi corazón se paralizará».

En este preciso momento el trineo entraba en el patio de la casa del alcalde, y la condesa observó tras las rejas de una ventana una cara sombría y unos ojos amenazadores.

Aquella cara era de la comandanta de Ekeby, y la joven condesa sintió que la alegría había acabado para ella aquella noche. Se puede sentir uno alegre cuando no se ven las penas, cuando sólo se oye hablar de ellas como de una cosa lejana. Más grave es conservar la alegría del corazón cuando uno se encuentra cara a cara con la amarga miseria.

La condesa sabía que el alcalde había hecho arrestar a la comandanta con objeto de hacerle responsable, ante el Tribunal, de las violencias cometidas en Ekeby la noche del incendio; pero no había podido suponer que la tuviera presa en la alcaldía, tan cerca de la sala de baile que desde su prisión oiría la pobre mujer la música y el alegre alborozo de los reunidos. Y este pensamiento quitole a la condesa toda su alegría.

La joven condesa bailó, sin embargo, valeses, cuadrillas, lanceros y minués; pero después de cada baile se deslizaba hasta aquella ventana iluminada y veía la sombra de la comandanta ir y venir por su prisión. Parecíale que aquellos pasos nunca se pararían. Los pies de la joven condesa eran cada vez más pesados; la risa se ahogaba en su garganta, y se asombraba de que tantas mujeres encontrasen placer donde ella no encontraba ninguno. Había allí, ciertamente, muchas personas que, como a ella, les indignaba saber que la comandanta estuviera presa en la misma casa; pero ocultaban su descontento. Las gentes de Wärmeland son tolerantes e indiferentes.

La alcaldesa observaba a la condesita cada vez que limpiaba el vaho que empañaba los cristales de la ventana, y sus ojos se sumían en la noche.

—¡Qué lástima, qué lástima! —murmuró a su oído.

—Sí, no sé cómo se puede bailar esta noche —respondió la condesita en voz baja.

—No es por mi gusto —replicó la señora Scharling— si celebramos hoy esta fiesta aquí, mientras la comandanta está presa a dos pasos de nosotros. Estaba en Karlstad, pero como va a verse su proceso, nos la han traído a casa. Como no podíamos meterla en el inmundo calabozo del pueblo, le he dejado abiertas las puertas de mi casa. Si no fuera por esta gente, estaría ahora en mi salón. Usted apenas la conoce; pero ha sido como una madre y una reina de todos nosotros. ¿Qué debe pensar de nosotros, que bailamos mientras ella yace en tan gran desdicha? Afortunadamente, no son muchos los que sospechan su presencia.

—Jamás debió ser detenida esa mujer —dijo Elisabet.

—Oh, es verdad, condesa; pero no podía ser de otra manera si se querían evitar males mayores. Nadie podía prohibirle que quemara sus propios haces de paja y arrojara de Ekeby a los caballeros; pero el comandante la perseguía, y Dios sabe lo que habría hecho de no haberla tomado bajo nuestra protección. Scharling ha tenido muchos disgustos por la comandanta, condesa. Hasta en Karlstad le han reprochado no haber hecho la vista gorda a lo sucedido en Ekeby; pero él hizo lo que juzgó más conveniente.

—¿Y la condenarán? —preguntó la condesa.

—¡Oh, no! Condenarla, no la condenarán. La comandanta de Ekeby será, seguramente, puesta en libertad; pero es demasiado lo que ha tenido que padecer durante estos días. ¡Con tal que no pierda la razón...! Figuraos, una mujer tan orgullosa verse tratada como un malhechor... Creo que mejor hubiera sido dejar que ella sola saliera del aprieto en que se había metido.

—¡Dejadla huir! —dijo la condesa.

—Eso pueden hacerlo todos menos el alcalde y su mujer —murmuró la señora Scharling—. Estamos obligados a vigilarla. Y como esta noche hay tanta gente, se ha ordenado que dos hombres guarden su puerta. Si alguien lograra abrirla, que está cerrada con llave y cerrojo, y huyese esa mujer, tanto Scharling como yo recibiríamos una gran alegría.

—¿Podría verla? —preguntó la condesa.

La alcaldesa la cogió rápidamente de una mano y la condujo a un salón, donde con toda prisa echáronse un chal sobre los hombros para atravesar el patio.

—No es seguro que nos hable —dijo la alcaldesa—; pero al menos verá que no la olvidamos.

Pasaron ante los dos hombres que vigilaban la puerta y entraron donde se hallaba la comandanta. Ésta se alojaba en una pieza espaciosa, llena de telares y enseres caseros; en las ventanas habíanse puesto unos fuertes enrejados y cerraduras en las puertas, de modo que aquello pudiera servir al mismo tiempo de prisión.

La comandanta prosiguió sus paseos de un extremo a otro sin prestar atención a sus visitantes. La pobre mujer creía hacer un viaje. Imaginábase recorrer las veinte millas que la separaban de la casa de su madre, marchar hacia la anciana que la esperaba allá arriba, en los bosques de Elfdal. No podía retrasarse lo más mínimo porque la infeliz contaba ya noventa años y podía morir de un momento a otro.

La comandanta ha medido el suelo de madera y calculado todos sus pasos en leguas y millas. El camino era largo y penoso. Tenía que atravesar altos montes de nieve. Sobre su cabeza oía el susurro de los bosques seculares que no acababan jamás. A veces deteníase en las cabañas de los pastores y en las cuevas de los carboneros. Otras, cuando en muchas millas de camino no habitaba alma viviente, dormía sobre las ramas de un pino

caído. Por último, ya recorridas las veinte millas del camino, se aclaraba el bosque y surgían las casas rojas alrededor de un llano cubierto de nieve. El Klarelf se precipitaba espumeante en pequeñas cataratas, y cuando oía este estrépito familiar creía hallarse en su casa. Y su madre, que la había visto venir cubierta con los harapos de una mendicante, su madre cuya maldición habíase realizado, corría a su encuentro.

En este punto de su sueño, la comandanta levantó la cabeza, vio la puerta cerrada y recordó al punto dónde se hallaba. Temiendo volverse loca se dejó caer rendida sobre el suelo, entregándose a sus reflexiones. Pero pronto reanudó su caminata, inquieta, contando sus pasos y sumando las leguas que llevaba recorridas. Y siempre así. No dormía de día ni de noche, y sólo se detenía para descansar en alguna choza forestal, hasta tener tras sí las veinte millas. Durante todo el tiempo que permanecía en la prisión, casi no había dormido nada.

Las dos señoras la contemplaban angustiadas. La condesita la vería siempre así, en sus sueños que la despertarían sobresaltada, con los ojos bañados en lágrimas y el pecho convulsionado. La anciana estaba cambiada; sus cabellos eran raros y unos mechones blancos escapaban de su trenza. En su cara demacrada se reflejaba la fatiga, y estaban rotos sus vestidos; no obstante, conservaba algo de su antigua dignidad de poderosa señora de Ekeby, e inspiraba tanto respeto como piedad. Pero lo que la condesita no olvidaría jamás eran sus ojos amoratados, hundidos, ojos cuya mirada parecía ser hacia adentro, ojos en los que aún fulguraba la razón entre destellos de locura, que escapaban del fondo de sus pupilas de modo que hacían temer que la vieja se abalanzara sobre uno, de un momento a otro, con los dientes dispuestos a morder y las uñas dispuestas a arañar.

Después de larga pausa, la comandanta se detuvo de repente ante la condesa Elisabet, y la contempló con fijeza. La joven retrocedió un paso, agarrándose al brazo de la señora Scharling.

Los rasgos de la comandanta recordaban entonces su antigua fisonomía y sus ojos tenían una mirada llena de serenidad.

—No, no, tranquilícese —dijo sonriendo—; aún no estoy para que me lleven allá, mi querida joven.

Le ofreció asiento, sentose también junto a ella y recobró su aire imponente de otros tiempos, cuando asistía a los bailes reales del gobernador de Karlstad. Las dos señoras no pensaban ya en los harapos ni en la cárcel; ante ellas sólo veían a la dama más rica y noble del Wärmaland.

—Mi querida condesa, ¿cómo se le ha ocurrido abandonar el salón de baile para venir a visitar a una vieja mujer solitaria? Es usted muy buena.

La joven condesa se sintió presa de tal emoción, que no pudo contestar; pero la señora Scharling respondió que la condesa pensaba demasiado en la comandanta para que el baile le causara placer.

—Con ello veo, mi querida señora Scharling, que yo no soy sino una aguafiestas —repuso la prisionera—. No llore por mí, condesita. Soy una mujer vieja y maliciosa que no tiene más que lo que merece. ¿Podría usted disculpar el que yo levantara la mano a mi madre?

—No, pero...

La comandanta la interrumpió, separándole de la frente sus rubios cabellos rizados.

—Hija mía —le dijo—. ¿Cómo ha podido casarse con ese estúpido de Enrique Dohna?

—Es que le amo...

—Sí, lo veo claro... Es usted una joven todo ternura; una joven que se aflige con los afligidos y se alegra con los felices; una joven que se creyó obligada a responder con una sonrisa al primero que le dijo: «Yo te amo...». Sí..., vuelva a la danza, mi querida condesa, y diviértase si en su alma no hay sombra de mal. Escúcheme, joven —prosiguió la comandanta en tono solemne—. Una vez había en Ekeby una vieja mujer que tenía cautivos los vientos del cielo. Ahora está ella en prisión y los vientos corren libres. No tiene nada de extraordinario que sobre el país se haya desencadenado una tempestad. Yo soy vieja y he visto ya antes la desgracia, señora condesa. Yo lo conozco, yo sé que las terribles plagas de Dios pueden caer sobre nosotros. Ora ruge la tormenta sobre los grandes reinos, ora sobre los pequeños dominios desconocidos. La cólera de Dios no olvida a nadie. Lo mismo cae sobre el poderoso que sobre el débil. Es grande, es terrible la cólera de Dios. Oh, cólera de Dios, tempestad magnífica del Señor. ¡Ay de ti, Tierra! ¡Levantaos, voces de los aires y de las aguas, levantaos! ¡Qué la

tempestad divina sea potente, aterrorizadora! ¡Que los torrentes se desborden sobre el país, que destruyan sus vacilantes muros, sus carcomidos palacios, sus inseguras casas! Que el terror se extienda por todo el país. Que los pequeños nidos de los pajarillos tiemblen en sus ramas, que el nido del gavián, en la cima del abeto caiga por tierra con estrépito; que el viento, con su lengua de dragón, destruya el nido del mochuelo en los altos acantilados de la montaña... Creíamos que entre nosotros todo era bueno, pero no era así. La tempestad divina llegó, probablemente porque la necesitábamos. Lo comprendo muy bien y por eso no me quejo. Sólo deseo poder llegar a casa de mi madre.

De pronto se detuvo.

—Marchaos, joven señora —dijo—: no tengo más tiempo que perder. Yo también tengo que irme; idos vos también, pero guardaos de los vientos que se acercan augurando la ruina.

Y empezó de nuevo a caminar por la estancia, con las facciones como transfiguradas y adormecidas y la mirada dirigida hacia el interior. La condesa y la señora Scharling tuvieron que dejarla.

En cuanto se encontraron entre los danzantes, la condesa se dirigió directamente a Gösta Berling.

—Vengo a saludaros de parte de la comandanta, señor Berling. Espero que el señor Berling la ayudará a salir de la prisión.

—Entonces ya tiene para rato, señora condesa.

—Vamos, ayudadla, señor Berling.

—No —respondió Gösta con mirada sombría—. ¿Por qué he de ayudarla? ¿Acaso tengo algo que agradecerle? Todo cuanto ella ha hecho ha sido para desgracia mía.

—Pero, señor Berling...

—De no haber sido por ella, estaría yo ahora durmiendo para siempre en los bosques eternos. ¿Acaso estoy obligado a arriesgar mi vida por ella, por haberme hecho caballero de Ekeby? ¿Creéis, señora condesa, que este cargo me ha proporcionado muchos honores y alegrías?

La joven condesa le volvió la espalda, sin contestarle, alejándose colérica.

Llena de indignación, volvió a ocupar su puesto. Los caballeros habían llegado con sus trompas de caza y sus violines y frotaban los arcos sobre las cuerdas, hasta romperlas, sin hacerse cargo de que los alegres tonos llegaban hasta la miserable estancia de la prisionera. Habían llegado dispuestos a bailar hasta que las suelas de sus zapatos se rompieran y sin pensar en que su anciana bienhechora les vería pasar y volver a pasar a través de los empañados cristales de su ventana. ¡Ah, qué sombras había extendido la miseria y la dureza de corazón sobre el alma de la joven condesa!

Unos instantes después, Gösta Berling solicitó de la condesa el honor de un baile.

—¿No quiere bailar conmigo la condesa? —preguntó, enrojecido de despecho.

—Ni con usted ni con ninguno de los caballeros de Ekeby.

—¿No nos juzga dignos de tal honor?

—Esto no tiene nada que ver con el honor; yo no encuentro placer alguno bailando con los que olvidan los deberes del reconocimiento.

Gösta se alejó.

Esta escena la habían presenciado y oído muchas personas que, sin excepción, daban la razón a la condesa. La dureza y la ingratitud de los caballeros habían provocado una indignación general.

Gösta se había vuelto más peligroso que una fiera.

Desde que al regresar de la cacería había encontrado vacía la sala de Mariana, Gösta Berling, cuyo corazón era una llaga puesta al desnudo, estaba intratable.

Sentía ardientes deseos de causar a alguien una sangrienta injusticia, de esparcir en amplios círculos la pena y el dolor.

«¿Ella lo quiere así? ¡Pues así será! —se dijo a sí mismo—. Ella habrá de llevar su piel al mercado. La condesa ama los raptos; pues bien, raptada será».

Ocho días hace ya que lleva en su corazón el luto de una mujer; ya es demasiado tiempo. Llama a Berencreutz, al coronel, a Cristian Berg, el corpulento capitán, y al lento tío Cristóbal, que jamás ha retrocedido ante

una locura, y discurre con ellos sobre la manera de vengar el honor herido de los caballeros.

La fiesta tocaba a su fin. Una larga hilera de trineos avanzó hacia el patio. Los señores se abotonaban sus pellizas, y las damas buscaban sus capas en el desordenado guardarropa. La joven condesa, deseosa de abandonar lo antes posible aquel odioso baile, estaba ya preparada. Derecha, en medio de la sala, contemplaba sonriente el ir y venir de la gente, cuando de repente abrióse la puerta y apareció Gösta Berling en el umbral.

Ningún hombre tenía derecho a entrar en aquella estancia. Allí las viejas se desposeen de sus cofias de encajes y se atreven a mostrar sus escasos cabellos, y las jóvenes se levantan las faldas por no arrugar sus almidonados volantes durante la carrera. Y, sin hacer el menor caso de los gritos de protesta, Gösta Berling levantó a la condesa en sus brazos, y atravesando el vestíbulo, descendió corriendo la escalera. Los clamores de las alteradas damas no le detuvieron. Corrieron tras él y vieron cómo Gösta Berling, con la condesa en los brazos, se lanzaba sobre un trineo. Oyen cómo el cochero hace restallar la fusta y ven cómo el caballero parte a galope tendido. Han reconocido al cochero Berencreutz y también al caballo, *Don Juan*, y profundamente apenadas por la suerte de la condesa, llaman a los hombres.

Y ellos no se entretienen ni pierden el tiempo con muchas preguntas, sino que se lanzan sobre los trineos, con el conde a la cabeza, y corren tras el raptor de mujeres.

Gösta, en el trineo, sujeta a la condesa. Toda su pena ha desaparecido, desvanecida por la avasalladora alegría de la aventura, y canta a voz en cuello una canción de amor y de rosas. La lleva oprimida contra su pecho, pero ella no pretende escapar. Pálida y petrificada, apoya su faz sobre el pecho.

¡Ah! ¿Qué debe hacer un hombre cuando tiene tan cerca de sí una mujer tan pálida y desamparada, cuando contempla echados hacia un lado los rubios cabellos que de ordinario proyectan su sombra sobre la frente blanca y deslumbradora, cuando las hermosos párpados de sedosas pestañas se cierran pesados sobre los grisáceos ojos, que relucen con picardía?

Besar, naturalmente, besar los labios pálidos y los cerrados ojos y la blanca frente.

Pero entonces despierta la joven mujer. Se echa a un lado y salta como un resorte. Y Gösta Berling tiene que luchar con ella para evitar que se lance fuera del trineo, y no sin dificultad logra sentarla en el fondo del vehículo, indignada y temblorosa.

—Sí —dijo Gösta Berling, ya completamente tranquilo, a Berencreutz—, la condesa es la tercera mujer que rapta *Don Juan* este invierno. Pero las otras se abrazaban a mi cuello y me besaban, y en cambio ésta no quiere bailar conmigo ni besarme. ¿No te parece, Berencreutz, que la mujer, es un enigma que vuelve loco al que pretende descifrarlo?

Pero mientras Gösta se alejaba a todo galope de la casa del alcalde, seguido de los gritos de las mujeres y de las imprecaciones de los hombres; cuando las campanillas de los trineos sonaron y los látigos restallaron y todo era alboroto y confusión, los dos hombres que vigilaban a la comandanta comenzaron a sentirse inquietos.

«¿Qué sucederá? —pensaban—. ¿Por qué gritarán así?».

De pronto la puerta se abrió de par en par y una voz les gritó...

—¡Se ha escapado! ¡Allí galopan con ella!

Los dos hombres creyeron que su prisionera se había escapado y perdieron la cabeza. Afortunadamente pudieron montar, sin ser vistos, en un trineo y corrieron durante mucho tiempo antes de saber a quién se perseguía.

Cristian Berg y el tío Cristóbal, tranquilamente, forzaron la cerradura de la prisión.

La comandanta salió. Los dos caballeros se retiraron a los lados de la puerta, rígidos como dos columnas, y sin mirarla siquiera, la dejaron pasar.

—La comandanta encontrará caballo y un trineo a la puerta —le dijeron secamente.

Descendió los peldaños de la escalinata, subió al trineo y desapareció. Nadie fue en su persecución... Nadie sabía adonde se dirigía la comandanta.

Don Juan volaba mientras tanto por las pendientes de Broby, hacia el espejo helado del Leuven. El aire frío silbaba en las orejas de los viajeros.

Las campanillas tintineaban. Las estrellas y la luna brillaban. La nieve, que se extendía hasta la lejanía, brillaba en su propio esplendor, blanca, con reflejos azules.

—Basta de palabras —gruñó Berencreutz—. Nuestros perseguidores se acercan.

Su látigo hostigaba y exasperaba a *Don Juan* con fieros restallidos.

—Los lobos vienen tras de nosotros por el botín —gritó Gösta—. *Don Juan*, caballo mío, imagínate que tú eres un ciervo joven que franquea todos los obstáculos, que salva las marismas, salta los peñascos. Lánzate al lago límpido y nada, sacando orgullosamente la cabeza, y desaparece bajo los abetos salvadores entre las tinieblas. Corre, *Don Juan*, viejo aventurero, corre como un ciervo joven.

Ante esta carrera vertiginosa su corazón salvaje se llenaba de una alegría que duplicaba los llamamientos y los gritos. Su joven corazón se llenó de júbilo... Sentía cómo temblaba de horror la condesa y cómo le castañeaban los dientes. Y de pie en el trineo, agitando la gorra, exclamó:

—¡Soy Gösta Berling, dueño de mil besos y de trece mil cartas de amor! ¡Hurra! ¡Qué viva Gösta Berling! ¡Que le coja quien pueda!

E inclinándose sobre su presa, añadió:

—¿No sientes el vértigo de la velocidad? Un viaje verdaderamente real. Después del Leuven viene el Venern, y tras el Venern muchos e inmensos espacios de nieve transparente y de un azul sombrío; y seguidamente todo un mundo de esplendores. Bajo nuestros pasos se oye el estallido del rayo; sobre nuestras cabezas se ven las estrellas que hilan sus rayos de luz; tras nosotros se oye el estallido del rayo; sobre nuestras cabezas se ven las estrellas que hilan sus rayos de luz; tras nosotros se oyen los gritos penetrantes y ante nosotros el sonar de las campanillas. ¡Adelante! ¿No te seduce la carrera, hermosa condesita?

Ella le rechazó violentamente, y él se arrodilló a su lado.

—¡Soy un miserable, un miserable, condesa! No debíais irritarme. Os erguís tan digna, tan soberbia y tan segura, que jamás podría tocaros la mano de un caballero. Sé que el cielo y la tierra os aman. ¿Por qué habéis añadido una pena a las que pesan sobre aquél que menosprecia la tierra y el cielo?

Y, apoderándose con vehemencia de la mano de la condesa, que llevó a su propia cara, prosiguió:

—¡Ah, si vos supierais lo que es un hombre proscrito! No piensa en las consecuencias de sus actos. Todo le es indiferente...

Y como observara que llevaba las manos a la intemperie, sacó sus enormes guantes forrados de piel y se los puso.

Había vuelto a la calma. Acomodose en el trineo y separándose de la joven cuanto pudo, añadió:

—No vale la pena de que os asustéis, condesa. ¿No reconoceríais el camino? Comprended que no tratamos de causaros mal alguno.

La joven condesa, que estaba aterrada, se dio cuenta entonces de que había atravesado el lago y que Don Juan subía las empinadas cuestas que conducen a Borg.

El trineo hizo alto ante la escalinata del palacio de la condesa. Descendió y, apenas viose entre sus criados, atraídos por el repiqueteo de las campanillas, recobró su presencia de espíritu.

—Toma las riendas, Anderson —dijo al cochero—. Estos señores que me han traído, querrán sin duda entrar un momento; el conde viene ya.

—Como os plazca, condesa —respondió Gösta.

Saltó a tierra y Berencreutz, sin el menor asomo de vacilación, entregó las riendas al criado. La condesa Elisabet, radiante de felicidad, por tener la venganza en su mano les precedió hasta el salón. No esperaba la llegada de su marido, cuya severidad y espíritu de justicia desconocían aquellos dos hombres, que no se asustaban del castigo que pudiera imponerles por haber hecho uso de la fuerza, obligándola a partir con ellos. Cuando llegase el marido les prohibiría terminantemente volver a poner los pies en su hogar; después haría reunir a sus criados para designarles a los caballeros como hombres a quienes en lo futuro no deberían permitir que traspasasen el umbral de Borg; tras esto exteriorizaría su menosprecio, no sólo por lo que habían hecho con su mujer, sino también por su comportamiento con la anciana comandanta, su bienhechora.

Sí, él, que con la condesa era todo ternura y consideración, se alzaría poseído de terrible cólera contra sus perseguidores. El amor prestaría fuego a sus palabras. Él, que la cuidaba y protegía como a un ser de excepcional

delicadeza, no soportaría que hombres rudos y brutales se hubieran arrojado sobre ella, como un gavilán sobre un gorrión. La condesita vibraba de pies a cabeza, dominada por el deseo de venganza. Su marido la ayudaría en su impotencia y disiparía las oscuras sombras.

Berencreutz, el coronel con su frondoso y blanco mostacho, entró en el comedor, sin dar la más leve muestra de miedo, y se acercó a la chimenea, donde siempre ardía alegremente un gran fuego, al regresar la condesa de alguna fiesta.

Gösta se detuvo ante la puerta, protegido por la penumbra. Contemplaba silencioso a la condesa, mientras un criado la ayudaba a desembarazarse de su abrigo de pieles; y al contemplar así a la joven condesa, una alegría intensa, como hacía muchos años no había sentido, invadió su ánimo. De pronto, un velo se descorrió ante su mente, y, como una revelación, comprendió claramente que en el interior de aquella mujercita habitaba el alma más hermosa.

Largo tiempo había permanecido encadenada y adormecida pero ya saldría a la luz. Estaba lleno de satisfacción por haber descubierto tanto candor, tanta pureza y tanta inocencia. Su aspecto irritado, sus mejillas ardientes y su fruncido entrecejo, casi le hacían reír.

«Tú misma no sabes lo dulce y lo buena que eres —pensaba Gösta—. La parte de su ser expuesta al mundo externo hará justicia completa a tu yo interno».

Y desde aquel momento, Gösta Berling se sintió convertido en su esclavo, como se puede ser de todo lo bello y de todo lo divino. Sí, le era imposible arrepentirse de haberla hecho víctima de un acto violento.

Si no se hubiera mostrado tan atemorizada, si no le hubiera rechazado tan violentamente, si no hubiera sentido cómo se rebelaba todo su ser contra su rudeza, nunca hubiera descubierto aquel espíritu tan noble y tan delicado que vivía en ella.

Hasta entonces no había tenido motivo para suponerlo. Había sido todo alegría y deseo de bailar. Y, después, había hecho una cosa increíble, casándose con el imbécil conde Enrique.

Sí, ahora sería su esclavo hasta la muerte; perro y esclavo como decía el capitán Cristian.

Y Gösta Berling permanecía sentado cerca de la puerta, con las manos cruzadas, como en adoración. Desde el día en que por primera vez sintió arder en sí la lengua de fuego de la inspiración, no había abrigado su alma tanta magnificencia. No salió de su estado de arrobamiento, ni aun cuando el conde Dohna personóse seguido de una multitud que juraba y maldecía contra la nueva bribonada de los caballeros.

Dejó que Berencreutz recibiera la primera descarga de la tormenta. Él tenía que pensar en otra cosa. Completamente tranquilo, se hallaba sentado ante la chimenea el caballero de tantas aventuras; colocó el pie contra el morillo, bajo el cual crepitaba alegremente el fuego, puso el codo sobre la rodilla y, apoyando la barbilla sobre la palma de la mano, se puso a contemplar imperturbable a la multitud asaltante.

—¿Qué significa esto? —preguntó el conde con voz horrible.

—Esto significa que mientras haya mujeres habrá tontos que bailen al compás de su música —respondió Berencreutz.

—Pregunto qué significa esto —repitió el conde, furioso.

—Y yo pregunto —replicó Berencreutz en tono burlón—: ¿por qué ha renunciado a bailar con los caballeros la mujer de Enrique Dohna, y particularmente con Gösta Berling?

El conde se volvió a su esposa, interrogándola con la mirada.

—No podía hacerlo, Enrique —gritó ella—. Yo no podía bailar con ninguno de estos hombres. Pensaba en la comandanta, a la que estos hombres dejaban languidecer en la prisión.

El conde irguió su cuerpo rígido y su cabeza de vejete.

—Nosotros los caballeros —prosiguió Berencreutz—, no permitimos que nadie nos insulte. La mujer que no quiere bailar con nosotros, la condenamos a hacer un viaje en trineo. La condesa no ha sufrido ningún daño, y yo creo que el asunto debe darse por terminado, como si nada hubiese sucedido.

—¡Ca! —exclamó el conde—. Quiero saber por qué no se dirigió a mi Gösta Berling cuando mi esposa le insultó.

Berencreutz sonrió.

—Le pregunto... —repitió el conde.

—No se pide permiso a la zorra para desollarla.

El conde llevó su diestra a su raquíptico pecho y exclamó:

—Tengo reputación de hombre justo. Sé juzgar a mis servidores. ¿Por qué no he de saber juzgar a mi esposa? Los caballeros no teníais ningún derecho a erigiros en jueces. Considero que el castigo que habéis infligido a mi esposa es inconveniente.

El conde dijo estas últimas palabras con su voz de falsete, muy emocionado. Berencreutz lanzó una mirada colérica a los reunidos. Entre los presentes, Sintram, Daniel Bendix, Dahlberg y como pudieran llamarse, no se encontraba uno solo que no tuviera que contener la risa a duras penas al ver cómo Berencreutz le estaba tomando el pelo al estúpido Enrique Dohna.

La joven condesa no lo comprendió en seguida. ¿Qué era lo que había que olvidar, como si nada hubiera sucedido? Su miedo, la brutalidad de los caballeros, la canción salvaje, las palabras, los besos, ¿todo aquello había que darlo por no sucedido? Había triunfado la diosa del grisáceo crepúsculo.

El conde acabó mostrándose inclinado a dar al asunto una solución favorable a los caballeros.

—Pero, Enrique... —observó la condesa.

—¡Cállate! Una mujer no es capaz de juzgar la conducta de los hombres —dijo el conde—. ¡Tú, que eres mi mujer, osas insultar a quien yo estrecho la mano! ¿A ti que te importa que los caballeros hayan hecho encarcelar a la comandanta? ¿Acaso no tenían el derecho de hacerlo? Tú no podrás comprender nunca lo que siente un hombre de corazón cuando se considera traicionado. ¿Acaso quieres tú también seguir tan perverso camino, ya que defiendes a una mujer como ésa?

—Pero Enrique...

La pobre condesa gemía como un niño y extendía los brazos como para rechazar las duras palabras que le dirigía el conde. Jamás le habían sido dirigidas palabras tan ofensivas como aquéllas. Se encontraba desamparada entre aquellos hombres rudos, y hasta su único defensor se volvía contra ella. Y creyó entonces que se encontraba sola en el mundo, que su corazón no volvería jamás a iluminar las cosas con la fresca luz de su alegría.

—Pero, Enrique; tú debes defenderme.

Gösta Berling prestaba ahora atención, ahora que ya era demasiado tarde. No sabía lo que tenía que hacer. Era de la misma opinión que la condesa; pero no se atrevía a meterse entre marido y mujer.

—¿Dónde está Gösta Berling? —preguntó el conde.

—Aquí —contestó Gösta, enojado del cariz que tomaban los acontecimientos—. Usted querrá hacerme un discurso —prosiguió en tono de broma—; pero me caigo de sueño. Hace ya mucho rato que quiero ir a acostarme.

—Gösta Berling: ya que mi esposa ha rehusado bailar contigo, ha de pedirte perdón y besarte la mano.

—Mi querido conde —contestó Gösta sonriendo—; no es la mía una mano digna de ser besada por una mujer. Ayer la teñí con la sangre de un ciervo; y anoche, después de un encuentro que tuve con un carbonero, me la ensució de hollín. Sus palabras me han dejado completamente satisfecho. Me conformo con ellas. Adiós... Vámonos, Berencreutz.

—Mi esposa —dijo el conde— debe acostumbrarse a obedecer. No te vayas... Que sepa lo que significa obrar con tal ligereza.

La condesita, muy pálida, quedose inmóvil.

Gösta se quedó perplejo.

—¡Vamos! —ordenó el conde.

—No puedo, Enrique.

—Pues has de poder —replicó con dureza.

Y tras un momento de pausa, replicó:

—Pero yo sé lo que tú quieres. Pretendes obligarme a batirme con este hombre, porque en tu monomanía estúpida no puedes soportarle. Así, pues, si tú no quieres darle una satisfacción, yo lo haré. Siempre agrada a las mujeres que los hombres se maten por ellas. Tú has cometido la falta, pero ahora no quieres expiarla. Me batiré y dentro de pocas horas no seré más que un cadáver ensangrentado.

Dicho esto le lanzó una mirada, en la que ella le vio tal como era; necio, cobarde, lleno de orgullo y de vanidad, el más miserable en suma, de los hombres.

—Cálmate —dijo la condesita, más fría que el hielo—. Ya obedeceré.

Gösta Berling estaba fuera de sí.

—¡La señora condesa no hará eso! ¡No, no debéis hacerlo! Vos no sois más que una criatura inocente, una débil criatura... ¿Y habláis de besar mi mano? Señora, tenéis un alma pura y hermosa... Jamás volveré a acercarme a vos, señora, jamás. Yo traigo muerte y desdicha sobre todo lo que es bueno e inocente. No me toquéis, me estremezco ante vos como el fuego ante el agua... No debéis hacerlo.

Y se colocó las manos a la espalda.

—Dejadme, señor Berling; ya no me importa. Os pido perdón. ¡Permitidme que bese vuestra mano!

Gösta continuó con las manos tras la espalda, y, dejando vagar la mirada por la sala, se acercó a la puerta.

—Si no aceptas la satisfacción que te ofrece mi mujer, tendré que batirme contigo, Gösta Berling, y, además, me veré obligado a imponerle un castigo más severo.

La condesa se encogió de hombros.

—La cobardía le ha trastornado —susurró—. Permitidme besar vuestra mano, Gösta Berling. No importa que me vea humillada... Vos lo habéis querido así.

—¿Que yo lo he querido? ¿Creéis que yo lo he querido? Vamos, mis manos no son dignas de ser besadas por vos; habréis de comprender que no he sido yo quien lo ha querido —exclamó Gösta—. No besaréis mis manos, sin que antes yo las purifique.

Y, precipitándose hacia la chimenea, introdujo en ella las manos, que pronto se vieron rodeadas de llamas. La piel se chamuscaba y las uñas chisporroteaban.

Pero en aquel momento Berencreutz le agarró por la nuca y le lanzó al otro extremo de la estancia. Gösta se levantó y, tambaleándose, fue a sentarse, avergonzado de su modo de proceder, en un rincón de la sala. ¿Acaso creería ella que lo había hecho por fanfarronería? ¡Comportarse así en una estancia llena de gente! ¿No le tomaría por un presuntuoso?

Antes de que hubiera podido levantarse de la silla, la condesa se arrodilló ante Gösta y, tomando sus manos ennegrecidas, las contempló.

—Yo besaré vuestras manos —murmuró— cuando no estén doloridas.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver las ampollas que se formaban bajo la abrasada piel.

Aquello era para ella la revelación de una magnificencia desconocida. Le maravillaba que aún pudieran acontecer en el mundo cosas parecidas, y que un hombre hubiera hecho aquello por causa suya. ¡Qué hombre era aquél, poderoso en lo bueno como en lo malo, el hombre de los hechos, de las palabras fuertes, de las brillantes hazañas! ¡Un héroe! ¡Un héroe! Era de distinta condición que los otros. Esclavo de sus quimeras, del placer del momento, salvaje y terrible, sí; pero en posesión de una energía indomable, que no temía a nada en el mundo...

Durante toda la tarde se había sentido abrumada sin haber visto más que penas, horrores y cobardías. Ahora lo había olvidado todo. La joven condesa se alegraba de sentirse otra vez dueña de sí. La diosa del crepúsculo había sido vencida. La joven condesa veía cómo la luz y el color iluminaban el mundo.

Aquella misma noche, allá arriba, en la residencia de los caballeros, se oyeron gritos de indignación contra Gösta, lamentos y maldiciones. Los caballeros no llegaron a cerrar sus cansados párpados, porque Gösta les impedía dormir. De nada les valió correr las cortinas de las camas y apagar la luz; aquel hombre no cesaba de sermonear...

Les decía a los caballeros que la joven condesa era un ser angelical, digna de su profunda veneración. Gösta se sentía obligado a idolatrarla, a servirla para siempre. Mostrábase sumamente satisfecho, a pesar de que todos le habían abandonado, y desde aquel momento su vida quedaba consagrada a servir a aquella mujer que, en cambio, no tenía para él más que desprecio. A pesar de todo, se hubiera considerado completamente dichoso sólo con postrarse a los pies de la mujer idolatrada, como un perro fiel.

¿Habían visto ellos alguna vez a Lagön, allá lejos, en Doeven? ¿Habían contemplado aquel país desde la parte sur, donde los ásperos peñascos se yerguen, abruptos, desde el fondo del agua? ¿Lo habían visto en el norte, allí donde el monte se transforma en una suave pendiente que termina en el mar donde los estrechos bancos de arena, cubiertos de gigantescos y

hermosos abetos, surgen de la superficie del agua, y encierran maravillosos remansos? Sobre aquellas alturas, sobre la cima de aquellos farallones de rocas cortadas a pico, donde todavía hoy se conservan los restos del antiguo fuerte de piratas, allí era donde pensaba construir una mansión para la joven condesa; un castillo de blancos mármoles con anchas escalinatas esculpidas en la misma roca, que descenderían hasta el mar para que pudieran abordarlas las lanchas y pequeños barcos de vela.

El castillo, debería ostentar magníficos salones, altos torreones y doradas almenas, formando así una hermosa morada propia de la condesita, porque el caduco caserón del promontorio de Borg no era digno de ser hollado por el pie de la linda dama.

Algunos momentos después, empezaron a oírse sonoros ronquidos detrás de la cortina de amarillentos cuadros. Sin embargo, la mayoría de los caballeros seguían despiertos, dirigiendo injurias y exponiendo quejas contra el hombre que les desesperaba con sus locuras.

—Hermanos míos —dijo, por último, en tono solemne—, diviso en la lejanía una tierra exuberante de verdor, una tierra embellecida por el trabajo y que proclama la utilidad de los esfuerzos del hombre. Altas pirámides la oprimen, nuevas torres de Babel hienden las nubes y hermosos templos y románticos castillos resurgen de los escombros. Sin embargo, de toda obra salida de las manos del hombre, ¿qué es lo que no ha sucumbido o no ha de hundirse en la nada? ¡Oh, hijos de los hombres; arrojad vuestros palustres y dejad de moldear el barro! ¡Cobijaos bajo las bóvedas y tendeos en el suelo para que podáis urdir los luminosos castillos de vuestras ilusiones! ¿Cómo vincular el espíritu a un templo de piedra y barro...? ¡Aprended a construir perennes castillos forjados con ideas, visiones o ensueños...!

Terminó su plática con una carcajada y se retiró a descansar.

Cuando, poco después, se despertó la condesa y se enteró de que la comandanta había recobrado la libertad, ofreció un banquete a los caballeros.

En esta fiesta comenzó la larga amistad entre la condesita y Gösta Berling.

XI

CUENTOS FANTÁSTICOS

¡Oh, hijos de tiempos modernos!

No tengo que contaros otra cosa que algunas historias viejas, casi olvidadas; leyendas que, en la sala donde los niños se sentaban sobre pequeños taburetes, referían viejecitas de cabellos de plata; relatos que los criados y sus pequeñuelos, sentados en torno del fuego de leña, recordaban mientras el humo impregnaba sus vestidos y esperaban, con los cuchillos que extraían de las vainas de cuero que pendían del cuello en la mano, su pan blanco y tierno, untado de mantequilla; aventuras de otros tiempos que los viejos señores, sentados en sus sillas de báscula, evocaban ante la humareda de los *grog*s calientes. Y los niños que habían escuchado al cuentista, y los jornaleros y los viejos señores se aproximaban inmediatamente a la ventana y observaban cómo caía la noche invernal. Sólo veían nubes en el horizonte; pero las nubes, para ellos, eran los caballeros, que recorrían el espacio en sus pequeños y desvencijados carruajes; y las estrellas eran bujías encendidas en el viejo castillo de Borg, y el torno que sonaba en la pieza contigua, el de Ulrica Dillner. La imaginación de los niños estaba llena de espectros de otros tiempos, y cuando se les enviaba a la despensa sombría en busca de vino o de bizcochos secos, regresaban volando a la cocina iluminada, porque, en las tinieblas, allá arriba, adivinaban, a su alrededor, la agitada presencia de todas las historias del malvado señor de Fors, que había hecho pacto con el diablo.

Los restos mortales del perverso Sintram reposaban desde hacía tiempo en el cementerio de Svartsiö; pero nadie creía que Dios hubiera acogido su

alma, como rezaba la inscripción grabada en la lápida.

Mientras vivió fue de los que recibían visitas extrañas. En las largas tardes de los domingos lluviosos, una pesada carroza, tirada por caballos negros, se detenía ante la escalinata de su casa. Al punto bajaba un señor elegante, vestido de negro. El desconocido huésped entregábase a las cartas y los dados para combatir la monotonía de las horas, que parecían dilatarse. La partida continuaba hasta más allá de medianoche, y, al alba, cuando el extranjero abandonaba la casa, dejaba siempre algún regalo funesto.

Sí, mientras Sintram vivió en este mundo fue uno de esos seres cuya presencia parecen evocar los fantasmas. Había ciertos indicios que hacían pensar en que tuviera trato con los espíritus: su coche aparecía ruidosamente en el patio, oíase el chasquido del látigo, su voz resonaba en la escalera, y la puerta de la casa se abría y cerraba alternativamente con gran estrépito. Perros y gatos se despertaban asustados por el ruido tan descomunal, pero no llegaba nadie y todos se quedaban como dominados por una pesadilla.

¡Oh, esas gentes siniestras que visitan los malos espíritus y que allá donde van se hacen preceder de terribles fenómenos y de ruidos siniestros! ¿Quién podía ser aquel perrazo negro que desde los tiempos de Sintram daba la vuelta a Fors? Sus ojos brillaban de una manera terrible y su larga lengua sangrante colgaba fuera de sus colmillos. Un día, en el momento en que los criados se disponían a comer, a mediodía, arañó la puerta con sus uñas, y todas las muchachas gritaron de espanto; y el más fuerte y rudo de los criados arrancó del fuego un leño encendido que le metió en la garganta. El perro huyó entre alaridos lúgubres, envuelto en llamas y humo. Y la huella de sus patas sobre el camino fueron resplandores fosforescentes.

¿No era sorprendente que cada vez que regresaba a su casa el señor de Fors se metamorfosearan las bestias uncidas a su carruaje? Se les había visto partir guiando varios caballos, y se le veía regresar conduciendo unos toros negros. Las gentes que vivían por aquellos contornos veían cómo se recortaban en el espacio unos cuernos enormes. Oían los bramidos y se asustaban de los haces de chispas que las herraduras y las ruedas arrancaban del polvo del camino.

¡Ah, ciertamente los niños tenían muchas razones para huir presurosos de la despensa sombría! ¡Pensad si alguna cosa horrible, si aquél cuyo nombre no osaba nadie pronunciar hubiera salido, de repente, de un rincón oscuro! Porque lo triste era que no se presentaba sólo a los malos. ¿No le había visto Ulrica Dillner? ¿Y no se sabía cómo se le había aparecido a Ana Stiarnhök?

¡Amigos, hijos de los hombres, vosotros que danzáis y reís! Os lo ruego encarecidamente: bailad con cuidado, reíd quedamente, pues os ocurrirán grandes desdichas si vuestros zapatos de seda y finas suelas pisan sobre corazones humanos en vez de sobre tablas; si vuestra risa argentina y jovial sumerge un alma en la desesperación.

Las risas de los jóvenes habían sonado probablemente con demasiada insolencia en los oídos de la vieja Ulrica, y los zapatos de seda de las jovencitas habían pisado demasiado rudamente sobre su corazón. Y se sintió invadida por el irresistible deseo de poseer el título y la dignidad de una mujer casada. Y terminó por acceder a las continuas sollicitaciones del perverso Sintram. Así es que abandonó sus viejos amigos de Berga, sus preocupaciones y sus ocupaciones para procurarse el pan de cada día, y, después de casarse con Sintram, se fue a vivir a Fors en su compañía.

Su noviazgo fue corto. Se prometieron en Navidad y la boda se efectuó en febrero. Ana Stiarnhök habita ahora en casa del capitán Uggla, para remplazar a la vieja Ulrica, la que pudo partir sin remordimientos y tomar el título de casada.

Sin remordimientos, sí, pero no sin arrepentirse. No era buen lugar aquél hacia el cual se dirigía; las vastas estancias vacías eran escenario de cuadros terroríficos. Así que oscurecía, empezaba la pobre a temblar y a tener miedo, y poco faltaba para que se consumiera de añoranza. Las largas noches del domingo eran las más terribles; parecían no tener fin, lo mismo que los pensamientos abrumadores que invadían su cerebro. Sucedió que un domingo en que Sintram no había vuelto a comer después de la misa, fue a sentarse ante su clavicordio, sobre cuya tapa blanca podían verse pintados un gaitero y una pastora, era de su propiedad; lo había heredado de sus padres. A él podía contarle sus penas, él la comprendía.

Pero ¿sabéis qué es lo que toca? ¡Una polca, hallándose tan indeciblemente apenada!

¡Ah, ella no sabe tocar más que esa polca! Antes que sus dedos se hubieran encorvado, perdiendo su agilidad con el manejo de cucharas y trinchantes y demás utensilios de cocina, había aprendido a tocar aquella polca, que se había quedado para siempre en los dedos. Pero fuera de aquella pieza no conoce otra alguna: ni una marcha fúnebre, ni una sonata pasional. Ni siquiera sabe tocar una melancólica canción popular; sólo una polca. La toca tanto cuando tiene ganas de reír como de llorar. Cuando celebró su boda la tocó igualmente, y también ahora. Las viejas cuerdas la entienden: es desgraciada, desgraciada.

Cuantos desfilaron por la calle, a juzgar por aquel aire alegre, jubiloso, hubieran podido creer que el malvado Sintram daba un baile en honor de sus amigos. A los sonos de esta polca, entraban en su casa de Berga en otro tiempo la actividad y la alegría, que bailaban juntas, expulsando al hambre, que salía a compás de la danza. Nadie la pudo oír jamás sin experimentar, aunque tuviera ochenta años, a lo largo de las piernas, el deseo de entregarse al baile. Pero la pobre Ulrica llora mientras la toca.

Rodeada de servidores toscos, y de bestias furiosas, suspira por los rostros amigos y las bocas sonrientes. Este mismo deseo desesperado es el que debe expresar la polca vivaz.

A las gentes les es muy difícil recordar que es la señora de Sintram. Todos la llaman Mamsel Dillner.

La polca debe expresar su arrepentimiento por su vanidad, por haber corrido tras el título de esposa.

La vieja Ulrica toca como si quisiera hacer saltar las cuerdas. Tenía que aturdirse, olvidar muchas cosas: lamentos de campesinos arruinados, maldiciones de obreros despedidos, risas burlonas de criados, y desde el comienzo al fin la vergüenza, la vergüenza de ser la mujer de un hombre malo.

No hacía mucho que habíase oído esta polca cuando Gösta Berling conducía a bailar a la joven condesa Dohna. Mariana Sinclair y sus muchos admiradores bailaron también, y la vieja comandanta de Ekeby se había lanzado al baile, como cuando vivía aún el gallardo Altringer.

Rápidamente ve pasar a los danzantes, formando parejas, unidos en juventud y hermosura. Una corriente de jovialidad pasaba de ellos a ella, de ella a ellos. Era su polca que hacía arder las mejillas y brillar los ojos. Ahora se encuentra separada de todo. Toca, toca la polca; tiene que aturdirse, tiene que olvidar muchos recuerdos.

Toca para vencer su temor, su corazón esta próximo a saltar de terror cuando ve al perro negro rondar en torno suyo; cuando oye hablar quedo a los criados sobre el toro negro. Una y otra vez toca la polca para dominar su miedo.

De pronto se da cuenta de que su marido acaba de llegar a casa. Oye cómo entra en la habitación y se sienta en su mecedora. Está tan acostumbrada a su balanceo habitual que no tiene necesidad ni de volver la cabeza siquiera.

Y mientras toca su polca el balanceo continúa; finalmente ya no oye las notas, sólo el balanceo.

La pobre Ulrica, atormentada, abandonada de todos, sin sostén ni amparo, no tiene sosiego y se cree perdida en este país enemigo, sin un amigo a quien confiar sus cuitas, sin otro consuelo que el viejo clavicordio, que le contesta con una polca. Y eso es como una risa burlona en un entierro, como una canción de taberna en una iglesia.

Y mientras la mecedora continúa en su balanceo oye de repente que el clavicordio se mofa de sus quejas, y ella se detiene en medio de un compás. Se levanta y mira hacia la mecedora.

Un instante después cae al suelo desvanecida. No era su marido el que se encontraba sentado en la mecedora, sino otro, aquél cuyo nombre no deben pronunciar los niños, aquél que os habría hecho morir de espanto si le hubierais encontrado en el oscuro granero.

¿Podrá libertarse alguna vez de la propensión a impresionarse, el alma alimentada de cuentos fantásticos? El viento de la noche ruge fuera; un laurel y un caucho golpean los pilares del balcón con sus hojas fuertes; el cielo se cubre de nubes amenazadoras sobre las crestas de las montañas, y yo, sentada ante la mesa, sola, con la lámpara encendida y corridas las cortinas; yo, que soy ya vieja y debería ser razonable, siento correr a lo

largo de mi espalda los mismos estremecimientos que la primera vez que oí referir esta historia. Involuntariamente miro a los rincones oscuros de mi estancia, para convencerme de que nadie está allí oculto.

Tengo que salir al pabellón para ver si tras la balaustrada no se oculta una cabeza. Jamás me abandona el miedo que han despertado en mí las viejas historias, cuando sobrevienen la noche y el profundo silencio, y llega a dominarme de tal manera que, temblorosa, me arrebujó en mi cama y tengo que cubrirme la cabeza con la manta.

Aquella tarde Ulrica Dillner experimentó la terrible impresión que a mí me sobrecogía en la infancia. Yo no hubiera podido, habría muerto.

Por fortuna, Ana Stiarnhök llegó en aquel momento a Fors y la encontró tendida en el suelo. Gracias a los cuidados de la joven, la pobre Ulrica recobró el conocimiento. Yo no hubiera vuelto en mí con tanta facilidad; yo hubiera quedado muerta...

Yo os deseo de todo corazón, queridos amigos, que no tengáis nunca que ver las lágrimas de los ancianos, ni tener que prestar amparo cuando una cabeza gris se incline sobre vuestro pecho en muda oración, implorando consuelo. Ojalá no tengáis nunca que ver a los viejos sumergidos en un dolor que vosotros no seáis capaces de mitigar.

¿Qué son los lamentos de la juventud? Los jóvenes tienen energía, tienen esperanza. ¡Pero qué desdicha cuando los viejos lloran, cuando ellos, que fueron el apoyo de nuestro hogar, se ven entregados a la desesperación y a los lamentos impotentes!

Ana Stiarnhök estaba sentada y escuchaba a la vieja Ulrica. Y no veía salida posible para la pobre mujer. La vieja lloraba y temblaba, su mirada era vaga y a veces hablaba como si no supiera dónde se encontraba. Las mil arrugas que le cruzaban el rostro eran doble de profundas que de ordinario. Los tirabuzones que caían ante sus ojos se habían desrizado con las lágrimas y su cuerpo enflaquecido temblaba conmovido por los sollozos.

Había que poner fin a aquella aflicción. Ana acababa de tomar una determinación. Se la llevaría consigo a Berga. Ciertamente era la esposa de Sintram pero no podía continuar en Fors; si continuaba junto al terrible Sintram, perdería el juicio irremisiblemente. Ana decidió llevarse a la vieja Ulrica.

¡Ah, qué contenta y qué temerosa se puso la vieja ante esta determinación! Pero estaba convencida de que no debía abandonar su casa y su marido. Éste sería capaz de lanzar tras ella el gran perrazo negro.

Pero Ana, mitad con amenazas, mitad con bromas, logró vencer su resistencia, y aún no había pasado media hora cuando ya la tenía en su trineo; Ana guiaba al viejo *Disa*, que iba al galope.

Los caminos estaban malos, pues marzo tocaba a su fin. La vieja Ulrica se sintió reconfortada al encontrarse otra vez en el conocido trineo, del que tiraba el viejo caballo que había sido su fiel servidor durante los años de su vida en Berga.

Como, a pesar de todo, esta vieja esclava del trabajo poseía buen humor y un sentido despejado, pronto cesó de llorar, así que hubieron llegado a Ardidstorp. Cerca de Högberg reía ya, y cuando pasaban por Munkeby empezó a contar cómo había, pasado su juventud, estando al servicio de la condesa Svanoholm. El trineo se deslizaba precisamente por el trozo de camino pedregoso, silencioso y despoblado que se hallaba al norte de Munkeby. El camino serpenteaba a través de todas las colinas, precipitándose desde sus cumbres en una línea abrupta y lo más recta posible para ir en busca de nuevas pendientes que escalar.

Estaban pensando precisamente en descender por la colina de Vestratorp, cuando la vieja Ulrica enmudeció de repente y se cogió al brazo de Ana. Miraba con ojos desmesuradamente abiertos hacia un gran bulto negro que se movía a lo lejos.

—¡Mira! —le dijo.

Fijaba sus ojos despavoridos en un perrazo negro sentado al borde del camino y que, al punto, desapareció con toda rapidez por el bosque. Ana apenas si tuvo tiempo de verle.

—¡Corre, corre! Fustiga el caballo —exclamó Ulrica—. Sintram sabe que yo he huido.

Ana trató de darle al suceso un cariz divertido, pero Ulrica no recobraba la calma.

—¡Pronto oiremos los cascabeles! Los oiremos antes de llegar a la cumbre de esa colina próxima.

Efectivamente, cuando *Disa* se detuvo para respirar un instante, en lo alto de Elofsback, se dejaron oír unos cascabeles al pie de la colina. La pobre Ulrica estremeciose de terror, comenzando a gemir como poco antes en la sala de Fors. Ana descargó el látigo sobre el lomo de *Disa*; pero éste, volviendo la cabeza, le dirigió una mirada de asombro. ¿Acaso iba a enseñarle cuándo debía correr, a él, que conocía cada puente, cada obstáculo, cada palmo de terreno desde hacía veinte años?

El campanilleo se aproximaba cada vez más.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Conozco sus cascabeles! —suspiraba Ulrica.

Los cascabeles se oían por momentos tan extraordinariamente cerca, que Ana se volvió para ver si el caballo de Sintram estaba ya junto al trineo; y por momentos también, los cascabeles dejaban casi de sonar. Las dos mujeres los oían tan pronto a la derecha como a la izquierda; pero no veían a nadie. Sólo el tintineo de los cascabeles parecía perseguirles... como en medio de la noche, al retorno de una fiesta, cuando entonan aires de danza, y se interpelan y se responden, y llenan el bosque con su ruido metálico.

Ana casi prefería que los perseguidores se hallasen más cerca, poder ver a Sintram y a su rojo caballo. Le ponía horriblemente nerviosa aquel terrible campanilleo. No era miedosa, nunca lo fue; pero aquel maldito campanilleo la atormentaba.

—Los cascabeles de los trineos me atormentan —decía, e inmediatamente los cascabeles volvían a sonar más ruidosamente, a cantar en todos los tonos extrañas melodías—. Me martirizan, me desesperan...

No hacía mucho tiempo que Ana había hecho aquel mismo camino perseguida por los lobos. Había visto en la oscuridad dientes blancos, fauces abiertas, había creído morir destrozada por los feroces animales del bosque. Pero en aquella ocasión no había tenido miedo. Jamás había vivido una noche tan magnífica. Gallardo y fuerte era el caballo que guiaba; gallardo y fuerte era el hombre que compartía con ella la alegría de la aventura.

¡Ah, este viejo caballo, este viejo y tembloroso camarada de viaje! Sentíase tan impotente que de buena gana se habría echado a llorar. No podía escapar tampoco a aquel campanilleo del mal agüero.

Ana detiene el caballo y salta del trineo.

—Esto tiene que acabar —exclama—. ¿Por qué he de huir, como si tuviera miedo del perverso y malvado individuo?

Por fin, ve una cabeza de caballo surgir en el horizonte donde moría el crepúsculo, y tras la cabeza un caballo y un trineo.

El mismo Sintram se halla sentado en el trineo. Observa entonces que, según todos los indicios, el vehículo no venía por la carretera, ni el caballo, ni el trineo, ni Sintram. Parecía que todo era una aparición que surgía ante sus ojos de la oscuridad, paulatinamente, hasta aparecer con absoluta precisión.

Ana entregó las riendas a Ulrica y se dirigió a Sintram.

—¿Qué suerte encontrarla, mi querida señorita Stiarnhök! —dijo él—. Permitidme que transporte a su trineo mi compañero. Debe estar esta noche en Berga y yo tengo prisa de regresar.

—¿Dónde está su compañero? —preguntó Ana.

Sintram levantó bruscamente la tabla del trineo y mostró a la joven el cuerpo de un hombre dormido.

—Está un poco ebrio —prosiguió—; pero eso no tiene nada de particular. No se despertará. Además, se trata de un antiguo conocido: es Gösta Berling.

Ana se estremeció.

—Quiero decirle una cosa —murmuró Sintram—: el que abandona a la mujer amada la vende al diablo. Así he caído yo bajo las garras del maligno. Se cree que el sacrificio es siempre bello y el amor siempre culpable.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Ana muy turbada—. ¿De qué habla usted?

—Usted no debió dejar que Gösta Berling se marchara.

—Dios lo quiso.

—Sí, el amor es un pecado. El buen Dios, como, usted dice, no quiere que las gentes sean felices. Él envía los lobos. ¡Pero si no fuera él, si no fuera Dios...! ¡Ah, ah! No piensa usted que tal vez sea yo el que silba a mis ovejitas grises de las grandes rocas de Dover, para asustar a las parejas de jóvenes enamorados... ¡Ah! ¡Si hubiera sido yo! ¡Si hubiese silbado a mis ovejitas grises! Piense usted en esto.

—No me haga usted dudar —dijo Ana con voz temblorosa—. Eso sería mi perdición...

—Mire —añadió Sintram, aproximándose al joven—, mire su dedo meñique. De él hemos sacado la sangre para firmar nuestro contrato. Es una herida leve, pero incurable. Me pertenece por la fuerza de esta sangre; sólo el amor podrá libertarle. De otro modo, será mío...

Ana Stiarnhök quiso huir de la fascinación siniestra. ¡Es la locura, la locura! Nadie puede hacer pactos con el Espíritu del Mal. No conseguía dominarse y aclarar sus pensamientos. Le ahogaba la sombra más impenetrable de la noche y el bosque se extendía junto a ella, sombrío y mudo.

—Tal vez crea usted —continuó Sintram— que no hay nada que valga la pena en este hombre. No lo crea... ¿Ha oprimido a los campesinos, traicionado a sus amigos, y cometido fullerías en el juego? ¿Ha sido el amante de alguna mujer casada?

—Yo creo que el señor de Fors es el diablo en persona.

—Hagamos un cambio. Cásese con él, sálvele, guárdele; pero dé su dinero a los de Berga. Yo le cedo este hombre, que es mío... No, no fue Dios quien le envió los lobos la otra noche... Hagamos un cambio.

—¿Y qué quiere usted para el cambio?

Sintram sonrió de una manera siniestra.

—¿Qué quiero? Me contento con poco. Me basta con que me dé esa vieja mujer que lleva en su trineo.

—¡Vete, diablo tentador! —gritó Ana—. ¿Traicionaría yo por nada del mundo a una antigua amiga que se ha confiado a mí? ¿Dejártela a ti para que la vuelvas loca?

—Calma, calma; un instante de reflexión. Entre este hombre joven y hermoso y esa dama ya harto madura, ¿a quién debo tomar?

Ana estalló en una risa desesperada.

—Usted quiere que cambiemos las almas como los caballos en la feria de Broby.

—Sí, eso mismo. Pero podemos tratar el asunto de otra manera, si usted quiere... Pensemos en el honor de Stier...

Y se puso a llamar a su mujer con voz alta y penetrante. Ulrica obedeció inmediatamente, descendiendo del trineo y aproximándose temblorosa. La joven estaba aterrorizada.

—¡Qué dócil es esta mujer! —dijo Sintram—. Si acude cuando su marido la llama, no es por la señorita Stiarnhök. Y ahora voy a sacar de mi trineo a Gösta Berling, a quien dejaré abandonado. ¡Quién lo quiera que lo recoja!

Se inclinaba ya hacia el cuerpo del joven, cuando Ana, en un súbito arranque de furia, con los ojos centelleantes, exclamó:

—¡En el nombre de Dios, vete! ¿Acaso ignoras quién te está esperando en tu casa, sentado en la mecedora? ¿Te atreves a hacer esperar a tal señor?

El efecto que estas palabras hicieron en Sintram acabó de trastornar a la joven. Saltó sobre su trineo y echó a correr, golpeando con furia al caballo y excitándole con gritos salvajes.

Y el trineo descendía por la terrible y peligrosa pendiente, en infernal carrera, salpicando la fina capa de nieve de marzo con las largas haces de chispas que saltaban de las herraduras del caballo y de los patines del trineo.

Ana Stiarnhök y Ulrica, nuevamente solas, reanudaron el camino sin cruzar una palabra. La joven dirigía a todas partes miradas furiosas; no tenía nada que decir a la pobre mujer, a la que había rescatado a cambio de su amado. Hubiera querido llorar, gritar, revolcarse sobre el camino. En otro tiempo hubiera saboreado el placer de la abnegación; hoy no sentía más que amargura. ¿Qué representaba el sacrificio de su amor, junto al sacrificio de su amado?

Llegaron a Berga sin interrumpir su silencio; pero al abrir las puertas del salón, Ana Stiarnhök se desmayó por vez primera. Gösta Berling y Sintram esperaban tranquilamente instalados delante de una bandeja de *grog*s. Hacía más de una hora que estaban bebiendo...

Ana Stiarnhök se desmayó, pero la vieja Ulrica quedose tranquila. Se había percatado probablemente de que aquella aparición no era más que una alucinación.

Y entonces, el capitán y su mujer ordenaron que la vieja Ulrica se quedase en Berga.

—Dios sabe que no quería volverla loca —decía Sintram.

¡Hijos de tiempos modernos! Yo no pido a nadie que crea en estas viejas historias. Tal vez no sean más que mentira e invención. Pero el amor que hace gemir y palpar el corazón, como el sueño de Fors bajo el fuerte balanceo del huésped misterioso; pero la duda que repica en los oídos como los infernales cascabeles que Ana oyó en medio del bosque desierto, ¿cuándo, cuándo serán invención, y mentira? ¡Ojalá pudieran serlo!

XII

LA HISTORIA DE EBBA DOHNA

Guardaos mucho de poner el pie sobre el bonito promontorio donde se erige el castillo de Fors, al este del Leuven, rodeado de bahías de superficie azulada y del rumor de las olas. En ninguna parte tiene el Leuven tanto atractivo. Nunca se conocerá la belleza del lago de mis sueños si no se ha visto desde el promontorio de Borg el trenzado de la bruma matinal reflejado en su espejo, y si no se ha contemplado desde las ventanas del gabinete azul, donde sonríen tantos rostros frescos, la pálida coloración de una puesta de sol.

Sin embargo, os digo: ¡no vayáis! Podríais quedar sometidos al deseo de permanecer en aquellas salas del viejo castillo donde los recuerdos penden por todas partes como ropas de luto. Tal vez adquirierais esta hermosa posesión y os fueseis a vivir allá, joven, rico, feliz, con vuestra amada. Es mejor que no remontéis jamás este promontorio, por ricos y dichosos que seáis, porque la felicidad no puede tener allí su residencia.

Estos antiguos entarimados de Borg que hacen resonar el llanto, arrancarían pronto vuestras lágrimas; y los muros que han escuchado tantos gemidos, oirían también, al poco, vuestras lamentaciones.

Allí parece estar enterrado un sombrío infortunio, que no puede encontrar reposo en su tumba y que sale de ella para atormentar a los vivos. Si yo fuera el dueño de Borg, haría remover la tierra, el terreno pedregoso del parque y la tierra de la bodega, hasta encontrar el raído cadáver de la bruja que debe yacer oculto. Y le daría sepultura en la tierra bendita de Svartsiö. Y no regatearía nada para los campaneros el día del entierro: haría un vuelo de campanas general. Y enviaría ricos presentes al pastor y al

sacristán, rogándoles que no economizaran los salmos y que a fuerza de oraciones y cantos consagrarán a la difunta para su descanso en la tumba.

Y si esto no bastara, entonces una noche de tormenta prendería fuego a sus viejas paredes de madera y dejaría que las llamas lo destruyeran todo, para que las gentes no volvieran a caer en la tentación de habitar el castillo de la desdicha. Entonces nadie volvería a recorrer este lugar maldito; sólo los grandes grajos de la torre de la iglesia podrían colocar un nuevo nido sobre las gruesas paredes de la chimenea, que se levantarían ennegrecidas y ruinosas sobre el lugar del siniestro.

Si esto sucediera mi pecho se henchiría de intensa alegría al contemplar las llamas besándose sobre los tejados, cuando las nubes de espeso humo, preñadas de chispas, se elevaran al cielo por encima del viejo palacio condal. En el zumbido y en el crepitar del fuego me parecería escuchar los lamentos de mil recuerdos pasados. Sobre los azulados bordes de las llamas se me figuraría ver los espíritus desterrados de los lares. Entonces, pensaría cómo el dolor embellece, cómo la desdicha esparce resplandores, y lloraría como si estuviera contemplando el ocaso de un templo de viejos dioses.

Calla, pues, cuervo, cesa en tu graznido que anuncia la desgracia. Espera hasta que llegue la noche en que desafíes a graznar a los mochuelos del bosque.

En la época de que hablo, Borg resplandecía aún en el promontorio, protegido por abetos gigantescos, y, abajo, los campos de nieve centelleaban al salir el sol de marzo, y la condesita Elisabet hacía vibrar el eco de sus risas en las grandes salas.

Los domingos iba a la iglesia de Svartsiö, muy cerca de Borg, y siempre traía consigo algunas personas invitadas a comer: el juez de Munkerud, y el capitán Ugglä con su familia y el pastor, y el perverso Sintram. Y si Gösta Berling se encontraba por casualidad en Svartsiö, o le encontraban al pasar por el lago de Leuven, le invitaba también.

¿Y por qué no invitar a Gösta Berling? Ella no sabía a qué atribuir las frecuentes apariciones de Gösta en la orilla del lago. Tal vez el joven fuera a beber y jugar en compañía del malvado Sintram.

Pero de eso no se habla mucho; todos saben que su cuerpo es de hierro; pero en cuanto a su corazón ya es otra cosa. Nadie cree que él sea capaz de

mirar un par de ojos brillantes y unos cabellos rubios que se ensortijen en torno a una blanca frente, sin enamorarse.

La joven condesa es buena con él y en ello no hay nada de extraordinario. Es buena con todos. Toma sobre su regazo niños pordioseros y harapientos, y cuando va por la carretera y se encuentra a un pobre viejo, ordena parar al cochero y hace subir a su trineo al peatón.

Gösta sentábase con frecuencia en el gabinete azul desde donde se descubre toda la belleza del lago, leyéndole inocentes versos. Nada de peligroso había en esto: Gösta no olvidaba que ella era condesa y él un aventurero sin hogar. Y la compañía de una persona que tanto le respetaba le era sumamente agradable. También se acordaba de la reina de Saba, cuya imagen decoraba los muros de la iglesia de Svartsiö. No aspiraba más que a servirla, como si fuese su paje, a anudar sus patines, a sostener su madeja de hilo, a conducir su trineo; no había amor entre ambos. Era un hombre que se consideraba feliz con esta especie de cortesía, novelesca y vana.

El conde estaba silencioso, siempre grave; Gösta hablaba con fogosidad y en tono alegre. La condesa se divertía oyéndole. ¿Quién podía imaginar que esta linda mujercita, sonriente y vivaracha, llevase en el corazón un amor prohibido? No pensaba más que en los placeres y la danza. Quisiera que la tierra fuese llana, bien unida, sin piedras, sin montañas, sin lagos, para darle la vuelta bailando. Le gustaría ir así hasta la tumba y descender a ella en traje de baile y con zapatos de satén.

Pero la calumnia no tiene compasión de ella...

Cuando los invitados vienen a Borg, los señores pasan ordinariamente después de comer al saloncito del conde, donde fuman y descabezan un sueño; las damas se hunden en los sillones del salón y apoyan su cabeza venerable en los respaldos. Pero la condesita y Ana Stiarnhök, retiradas en el gabinete azul, cambian infinitas confidencias.

El domingo que siguió al día en que Ana condujo a Borg a la pobre Ulrica Dillner, se encontraban las dos en el mismo gabinete...

Nadie en el mundo es más desdichado que la jovencita. Toda su alegría desapareció ya; nada queda de aquella jovial arrogancia y buen humor que transmitía a cuantos se le acercaban.

Todos los acontecimientos que se habían sucedido durante el regreso presentábanse ante su conciencia como envueltos en densas brumas, que habían vuelto a reabsorberse en el crepúsculo de donde habían emergido como por arte mágico. Ni una sola impresión verdaderamente nítida le quedaba de todo aquello.

Sí, una que envenena su alma.

«¡No fue Dios quien envió los lobos!», susurraba para sí una y otra vez.

Y pide indicios sobrenaturales, pide milagros. Espía el cielo y la tierra, pero no logra ver ningún dedo que, saliendo de entre las nubes, le indique el camino. Ni una columna de nubes ni una columna de fuego se le antepone.

Al ver a la condesa sentada frente a ella en el pequeño gabinete, su mirada cayó sobre un pequeño ramo de azules anémonas que ésta tenía en la mano. Como un rayo acudió a su mente la idea de la procedencia de aquellas flores.

No necesitaba preguntar. ¿En qué parte del mundo florecen las azules anémonas a principios de abril? Sólo en la colina de la ribera, junto al bosquecillo de abedules de Ekeby. Y ella miraba aquellas estrellitas, tan encantadoras, aquellas florecillas que son amadas por todo el mundo, aquellas pequeñas profetisas, revestidas con los fulgores de la hermosura, que nos anuncian todo lo bello, que nos prometen todo lo bueno que ha de venir. Y cuanto más las miraba mayor era la cólera que llenaba su alma, una cólera terrible, profunda como un trueno, viva como un rayo.

«¿Con qué derecho lleva la condesa Dohna ese ramo de azules anémonas, cogidas en la colina de la ribera de Ekeby?», pensaba.

Todos eran unos tentadores. Sí, Sintram, la condesa, todos querían arrastrar a Gösta Berling a la perdición. Pero ella le defendería, ella le defendería contra todos, y lo haría, aunque hubiera de costarle la sangre de su corazón.

Tiene la sensación de que ha de ver estas flores arrancadas de las manos de la condesa, arrojadas a tierra, pisoteadas y aplastadas, antes de abandonar el pequeño gabinete azul.

Lo presiente y comienza una lucha con las estrellitas azules. En el salón, las damas respetables dormitan, apoyando sus venerables cabezas contra los respaldos de las poltronas, y los señores fuman sus pipas tranquilos y

contentos. En la cámara del conde todo respira paz; sólo en el pequeño gabinete azul tiene lugar una lucha desesperada.

¡Ah, cuánta razón tienen aquellos que apartan su mano de la espada, que saben callar y perseverar, adormecer sus corazones, dejando obrar a Dios! El corazón intranquilo yerra siempre; siempre el mal hace que lo malo sea peor. Pero Ana cree ahora haber visto salir un dedo de entre las nubes.

—Ana —dijo de pronto la condesa—. Cuéntame una historia.

—¿Qué historia?

—¡Oh! —exclamó la condesa, acariciando el ramillete—. ¿No conoces ninguna historia de amor?

—No; nada sé del amor.

—Pero hay aquí un lugar que se llama Ekeby y una casa habitada por unos caballeros, de los cuales se refieren innumerables proezas.

—Sí; aquí hay un lugar llamado Ekeby y una casa habitada por unos hombres que se están chupando la médula del país y que nos apartan del camino de todo esfuerzo provechoso y corrompen nuestra juventud y nuestros mejores genios. ¿Te place oír hablar de ellos?

—Yo no siento ninguna prevención contra esos señores.

Entonces Ana Stiarnhök empieza a hablar y sus palabras afluyen a sus labios en breves estrofas, como un viejo cancionero, pues está a punto de asfixiarse bajo la tempestad que ruge en su pecho. En cada una de sus palabras vibra la pasión y la condesa debe escucharla temerosa e interesada al mismo tiempo.

—¿Sabes lo que es el amor de un caballero, la felicidad de un caballero? Una amante hoy y otra mañana; una al Este y otra al Oeste. Nada es mucho ni poco para ellos. Un día, una condesa; al otro, una mendiga. Los caballeros tienen un corazón muy holgado, en el que cabe todo. ¡Pobre de la que se enamora de un caballero! Tendrá que encontrarle ebrio al borde de un camino y soportar que corteje a otras mujeres. ¡Ah, Elisabet! Si un caballero le pide un baile a una mujer honesta, ésta hará muy bien si se lo niega. Si le envía un ramillete, debe arrojarlo al suelo y pisotearlo. Y si le ama, antes de pertenecerle debe morir. Hubo entre los caballeros un pastor que fue despojado de los hábitos. Le arrojaron del seno de la Iglesia por

borracho. ¡Figúrate que se bebía hasta el vino de la comunión! ¿Te han hablado de él alguna vez?

—No.

—Así que hubo perdido su cargo se lanzó al campo como un mendigo, emborrachándose como un vagabundo, y hubiera robado para conseguir aguardiente.

—¿Cómo se llama?

—Oh, ya no está en Ekeby. Le recogió la comandanta, le dio vestidos, y creo que ella misma fue la que convenció a tu suegra, la condesa Dohna, para que le tomara como secretario, o mayordomo o preceptor del conde Enrique, no sé de cierto.

—¿Un pastor exclaustro?

—Sí; era un joven fuerte e instruido. Cuando no bebía era irreprochable. Por otra parte, la condesa María encontraba muy divertido enojar de este modo al cura y al vicario de la parroquia. Ella consiguió de las personas que lo sabían la promesa de no divulgar el secreto, porque no quería que sus hijos lo conocieran, y, principalmente, su hija, que era una santa. Rehuía el trato de las personas que se congregaban en Borg, se sentaba cerca de la puerta, permanecía callado en la mesa y prefería la soledad, bajo los abetos del parque. Pero allí, en los senderos solitarios, reuníase con la joven Ebba Dohna. No era de las que aman las fiestas brillantes y de las que miran las cosas del mundo con ojos audaces. Era modesta, tímida... Aunque ya había cumplido dieciséis años, era una niña cándida de bellos ojos negros y con una rosa matinal en cada mejilla. Su cuerpo, delicado y esbelto, se inclinaba un poco hacia delante. Su mano, de dedos afilados, se insinuaba en la vuestra y la oprimía tímidamente. Su boquita era de las más silenciosas y también de las más graves. ¡Y su voz, su maravillosa voz! ¡Qué bien y cuán lentamente pronunciaba las palabras! Pero esta voz no sonaba nunca encendida, cálida, y sus inflexiones eran como de cansancio, como los últimos acordes de un artista exquisito. Ebba Dohna no se parecía a nadie. Su pie rozaba apenas la tierra, como una sombra fugitiva. Y bajaba siempre los párpados, como para proteger mejor sus visiones de maravilla. Su alma parecía como desprendida de sí misma, desde los años de su juventud.

Cuando todavía era pequeña, su abuela se ocupaba de contarle cuentos. Una noche estaban ambas sentadas ante la chimenea, pero habían acabado con los cuentos, Carso, Medero, Lunkento y la Hermosa Melasina habían vivido su época, se habían agitado en las llamas del fuego y en el brillo de la gloria; pero, al fin, los héroes yacían asesinados y las hermosas princesas carbonizadas, hasta que el fuego volviera a encenderse de nuevo. Pero la mano de la pequeña seguía posada aún sobre las rodillas de la anciana y acariciaba la seda de su vestido, ese tejido tan curioso que tenía la propiedad de piar, al crujir, como un pajarito. Y ese ligero rozamiento era un ruego, pues ella pertenecía a esos años que no perdían con palabras.

Entonces la anciana empezó a contarle, muy bajito, la historia de un niño pequeño que había nacido en Judea para ser un gran rey. Los ángeles llenaron la tierra de cantos de alabanza, hombres sabios llegaron del Oriente, guiados por una estrella del cielo, y le ofrecieron mirra e incienso, y hombres y mujeres y ancianos profetizaron su gloria. Este niño creció hermoso y era infinitamente más sabio y bueno que los demás niños; cuando sólo tenía doce años de edad, su sabiduría era más grande que la de los sumos sacerdotes y doctores de la ley.

Y la anciana le narraba la hermosura que había visto el mundo; la vida de aquel niño mientras anduvo entre los hombres, entre los hombres malos que no querían reconocerle como su rey.

Le contó cómo el niño llegó a ser hombre, y como los milagros le seguían rodeando. Todo lo que existe se inclinaba a su voluntad y le servía, y le amaba, menos los hombres. Los peces se dejaban pescar en sus redes, el pan llenaba sus cestas, el agua se transformaba en vino cuando Él quería.

Pero los hombres no pusieron en su trono al gran rey; no le pusieron una corona de oro. No se hallaba rodeado de cortesanos serviciales. Los hombres le dejaban vivir entre ellos, lo mismo que a un mendigo.

Pero, a pesar de todo, el gran rey era muy bueno con ellos. Curaba a los enfermos, daba vista a los ciegos y resucitaba los muertos.

Mas los hombres —decía la anciana— no querían al buen rey como señor. Enviaron guerreros contra Él, le tomaron preso, le adornaron burlonamente con corona y cetro, le pusieron una larga túnica y le hicieron caminar con una pesada cruz a cuestas, hacia el patíbulo. Oh, hija mía; el

buen rey amaba las altas montañas. Con frecuencia subía a ellas por la noche para hablar con los moradores del cielo. Durante el día le agradaba sentarse en las faldas de los montes y hablar con las gentes que le escuchaban. Y, por fin, le condujeron a la cumbre de un monte para crucificarle. Le atravesaron pies y manos con clavos, y el buen rey se vio colgado en una cruz, como un ladrón o un asesino.

Y el pueblo se burlaba de Él. Sólo su madre y sus amigos lloraban, porque le veían morir antes de haber llegado a ser rey.

¡Oh, cómo las cosas inanimadas lloraron su muerte! El sol perdió su brillo, la tierra tembló, el cortinón del pueblo se rasgó por la mitad y las tumbas se abrieron para que los muertos salieran y contasen sus penas.

La pequeña, con la cabecita apoyada en el regazo de la abuela, sollozaba como si fuera a partírsele el corazón.

—No llores, hija mía. El buen rey se levantó de su sepulcro y se fue a los cielos con su padre.

—Abuelita —suspiró la pequeña—, ¿entonces el buen rey no consiguió su reino?

—Está sentado en el cielo, a la diestra de Dios Padre.

Pero esta contestación no la consoló; siguió llorando tan desconsolada y desesperadamente, como sólo puede hacerlo un niño.

—¿Por qué fueron tan malos con él? ¿Por qué fueron tan crueles con Él?

La anciana casi se asustó ante aquella explosión de dolor.

—Abuelita, abuelita; dime que te has equivocado, dime que no termina así, dime que las gentes no fueron tan malas con el buen rey, dime que consiguió un reino aquí en la tierra.

La niña echó sus brazos al cuello de la anciana y rogaba y lloraba sin cesar.

—Nena, nena —decía la abuelita para consolarla—, algunos hombres creen que volverá. Entonces transformará la faz de la tierra y reinará sobre ella y entonces la hermosa tierra será su magnífico reino. Eso durará mil años. Los animales malos se tornarán mansos y buenos; los niños jugarán tranquilos en los nidos de las víboras y de las serpientes; osos y vacas pastarán juntos. Los hombres no se harán entonces ningún mal entre sí. Las

lanzas y las espadas se tornarán guadañas y arados y todo será goce y alegría, pues los buenos heredarán la Tierra.

La cara de la pequeña se iluminó tras de sus lágrimas.

—¿Recibirá entonces un trono el buen rey?

—Sí, un trono de oro.

—¿Y servidores y cortesanos y una corona de oro?

—También tendrá todo eso.

—¿Y vendrá pronto, abuelita?

—Nadie sabe cuándo vendrá.

—¿Y podré entonces ponerme a sus pies sobre un escabel?

—También te estará permitido hacerlo.

—¡Abuelita, que contenta estoy! —decía la pequeña.

Noche tras noche, durante muchos inviernos, sentadas las dos ante el fuego, hablaron del buen rey y de su reino. La pequeña soñaba día y noche en el reino que habría de durar mil años. Jamás se cansaba de figurárselo revestido de toda la magnificencia y hermosura que ella era capaz de imaginar.

Muchos de los niños taciturnos que vemos diariamente en torno nuestro, acarician un ensueño secreto que no se atreven a revelar. Se agitan maravillosos pensamientos bajo su tierna cabellera; los dulces ojos morenos ven cosas miríficas tras los cerrados párpados. Más de una jovencita ha visto a su adorado en el cielo; más de una anhela perfumar sus pies y secarlos con sus cabellos.

Ebba Dohna no se atrevía a hablar con nadie sobre esto. Pero desde aquella noche sólo vive para la vuelta del Señor y su reinado de mil años.

Y cuando por la tarde el ocaso abría su magnífica puerta de oro, pensaba si en aquel instante saldría radiante, el Mesías, seguido de sus huestes angélicas, que, pasando cerca de ella, le permitiría rozar el borde de sus vestiduras. También pensaba con placer en las mujeres piadosas, que seguramente le habrían amado tanto como ella le amaba, y que habían colocado sobre su cabeza el velo monacal, no habiendo vuelto a alzar los ojos del suelo, encerrándose en la paz de los sombríos conventos, en la oscuridad de las pequeñas celdas, para poder contemplar siempre los cuadros radiantes que surgían de la noche del alma.

Así había crecido, así era ella, cuando el nuevo preceptor la acompañaba por los silenciosos paseos del parque.

No he de decir de él nada peor de lo que deba. Quiero creer que él amaba de verdad a la criatura, que no tardó en escogerle por guía en sus caminos solitarios; quiero creer que su alma volvió a encontrar sus alas junto a aquella jovencita silenciosa que antes no había sido confiada a nadie. Creo, que volvió a ser honesto y puro como un niño.

Pero, si la amaba de verdad, ¿por qué no reflexionaba en que no podía ofrecerle otro don que su amor? Él, uno de los réprobos de este mundo, ¿qué pensaba cuando paseaba al lado de la hija del conde? ¿En qué pensaba el cura degradado mientras ella le confiaba su santo ensueño? Él, que había sido un borracho y un truhan, y que volvería a serlo tan pronto como se presentase ocasión para ello, ¿qué pretendía junto a la niña, cuyo prometido moraba en el cielo? ¿Por qué no huía de ella? ¿No habría sido mejor que hubiese vagado por el país como un mendigo y un ladrón, en vez de pasear por las silenciosas avenidas, creyéndose bueno y piadoso, cuando la vida que había llevado no podía redimirle ni podía evitarle que Ebba Dohna le amara?

No creáis que tenía el aspecto de un pobre borracho de rostro pálido y de ojos inyectados. Era un hombre gallardo, hermoso y fuerte, de porte de rey y con un cuerpo de hierro, capaz de resistir la vida más salvaje.

—¿Vive aún? —preguntó la condesa.

—Oh, no; es probable que haya muerto. ¡Hace ya tantos años que esto sucedió!

Y Ana Stiarnhök empieza a angustiarse por lo que está haciendo. Piensa que no debe decir a la condesa quién es el hombre de que está hablando; que debe hacerle creer que está muerto.

—Entonces aún era joven —siguió diciendo—. La alegría de vivir encendióse nuevamente en su alma. Poseía el don de la palabra y un corazón inflamable.

Y llegó una tarde en que habló de amor con Ebba Dohna. Ella no le contestó; solamente le dijo lo que su abuela le había narrado durante las noches de invierno, y le describió el reino de sus ensueños. Y entonces le arrancó una promesa; le hizo jurar que él habría de ser anunciador de la

santa palabra, uno de aquéllos que prepararían el camino para la llegada del Señor, a fin de que su vuelta al mundo se acelerara.

¿Qué habría de hacer él? Era un cura degradado y ningún camino le estaba tan vedado como el que ella le inducía a seguir. Pero él no se atrevió a decirle la verdad. No podía llevar un desengaño al corazón de aquella tierna criatura que él amaba tanto, y le prometió lo que quiso.

No fueron necesarias entre ellos otras palabras. Él estaba seguro de que ella sería un día su mujer. Aquello no fue un amor con besos y caricias apasionados. Él apenas osaba a acercarse a ella. Aquella criatura era sensible como una flor delicada; pero a veces ella alzaba sus tiernos ojos para buscar los suyos. Cuando en las claras noches de luna se hallaban sentados en la terraza, ella se inclinaba hacia él y él le besaba el cabello, sin que ella misma se apercibiera.

Ya ves; su pecado consistía sólo en haberse olvidado del pasado y también del porvenir. Que él era pobre y miserable podía olvidarlo muy bien, pero debía haber pensado que llegaría el día en que su corazón se alzaría, amor contra amor, tierra contra cielo, y en que ella se vería obligada entonces a elegir entre él y el Señor del reino de los mil años. Pero no era de las que podrían resistir tal lucha.

Pasó un verano, un otoño y un invierno, y cuando se fundió el hielo de la primavera, Ebba Dohna cayó enferma. Los ríos se precipitaban en los valles, el suelo se deshela y formaba un fango espeso. El hielo, los riachuelos y los lagos no eran seguros y los caminos imposibles de franquear, tanto en trineo como en carruaje.

La anciana condesa Dohna quiso hacer venir el médico de Karlstad, ya que no había otro más cercano. Pero sus órdenes eran inútiles. Ni con ruegos ni con amenazas quería ninguno de sus criados aventurarse por aquellos caminos tan peligrosos. Se echó de rodillas ante el cochero, pero éste dijo que no. Y se desesperaba de pena, revolcándose entre contorsiones histéricas, al ver a su hija en tan grave estado. La condesa Marta es salvaje, tanto en la alegría como en el dolor.

Ebba Dohna tenía pulmonía y su vida corría gran peligro. Pero era imposible traer a un médico.

Entonces el preceptor partió a Karlstad. Emprender la marcha, con el mal estado de los caminos, significaba jugarse la vida; pero él lo hizo. Tuvo que ir por traidoras superficies heladas y colinas sembradas de peligros; para poder avanzar tenía que practicar él mismo escalones en el hielo para el caballo, y sacarle a veces de tremendas grietas del camino. Se decía que el doctor se había negado a seguirle; pero él lo obligó a seguirle, poniéndole una pistola en el pecho. Al regresar, poco faltó para que la condesa se arrojara a sus pies.

—Pídelo todo —decía—, pide todo lo que desees; mi hija, mis bienes, mi dinero.

—¡Su hija, señora condesa! —contestó el preceptor.

Ana Stiarnhök calló de repente.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó la condesa Elisabet.

—Ya es bastante con lo que he contado —contestó Ana—, pues ella pertenece a esa clase de seres desdichados que viven con temor y entre las vacilaciones de la duda. Así pasó una semana entera, sin saber qué partido tomar... Lo que durante una hora le parece bien, en la siguiente se le antoja que es un mal. Ahora desea que esta aventura, no hubiese empezado nunca.

—Empiezo a creer, Ana, que quieres ocultarme la verdad. ¿No comprendes que debo escuchar el final de esta historia?

—Ya no hay más que contar. La hora de las luchas había llegado para la joven Ebba Dohna. El amor se alzó frente al amor, la tierra frente al cielo.

La condesa Marta le explicó el viaje tan sembrado de peligros que por causa de ella había hecho el joven preceptor, y le dijo que, como premio, le había otorgado su mano.

La joven condesa se encontraba convaleciente, sentada en el sofá, pálida y más silenciosa que nunca.

Cuando oyó estas palabras alzó hacia su madre sus bellos ojos morenos, llenos de quejas y de reproches, y le dijo:

—Madre, ¿me entregas a un pastor destituido, a un hombre que ha renunciado a servir a Dios, a un hombre que ha sido un ladrón y un mendigo?

—Hija mía, ¿quién te ha contado eso? Yo creía que tú lo ignorabas todo.

—Me enteré de ello. El mismo día que caí enferma oí hablar de él a tus visitantes.

—Pero, hija, reflexiona que te ha salvado la vida.

—Sólo pienso en que me ha engañado. Debería haberme dicho quién era.

—El dice que le amas.

—Sí que le he amado, pero ahora no puedo amar al que me ha engañado.

—¿Por qué te ha engañado?

—¡Eso no puedes comprenderlo tú, madre!

No quería hablar a su madre sobre el reinado de los mil años de ensueños, al cual debía haber cooperado el amado.

—Ebba —dijo la condesa—, si tú le quieres no debes preocuparte de lo que fue, sino de casarte con él. Si se casa con la condesa Dohna, será tan rico y tan poderoso que los pecados de su juventud le serán perdonados, evidentemente.

—A mí no me preocupan los pecados de su juventud, madre. Por haberme engañado y no poder ya ser nunca lo que yo quería que él fuese, no puedo casarme con él.

—Reflexiona, Ebba, que le he dado mi palabra.

La jovencita se puso pálida como un cadáver.

—Madre, yo te digo que si me casas con él, me separarás de Dios.

—He decidido hacer tu felicidad —dijo la condesa— y estoy convencida de que serás feliz con ese joven. Ya has conseguido hacer de él un santo. He decidido no considerar para nada la diferencia social y olvidar que es pobre y réprobo, a fin de darte los medios para que puedas salvarle. Sé que hago lo que debe hacerse. Tú ya sabes que detesto todos los prejuicios antiguos.

Pero todo esto lo decía solamente porque no podía soportar que nadie se opusiera a su voluntad. Tal vez opinaba como decía. Es difícil juzgar a la condesa Marta.

Cuando la condesa hubo salido, la jovencita quedó aún largo tiempo recostada en el sofá. Sostenía su lucha. La tierra se alzaba contra el cielo, el amor contra el amor; pero el amor de su niñez ganó la contienda. Entonces

—se hallaba recostada en este sofá— miró hacia el cielo del Oeste que una magnífica puesta de sol había convertido en hoguera divina. Y pensó que aquello era un saludo del buen rey, y, como no se sentía con fuerzas para serle fiel si viviera, decidió morir. No podía hacer otra cosa, ya que su madre quería que perteneciera a un hombre que no podría ser nuncio del Señor.

Se acercó a la ventana, la abrió y dejó que el aire frío y húmedo de la tarde envolviera su débil cuerpo. Era una cosa fácil para ella la muerte. La tenía segura si recaía en la enfermedad. Y esto sucedió.

Nadie más que yo, Elisabet, sabe que la pobre niña buscó la muerte. La encontré en el balcón y escuché de sus labios el delirio que provocaba la fiebre. Deseaba tenerme a su lado durante los últimos días de su vida.

Yo la vi morir. Un atardecer extendió los brazos hacia el incandescente cielo crepuscular, y murió con la sonrisa en los labios, como si hubiera visto surgir del rosado cielo alguien que venía a su encuentro. Yo fui también quien llevó su último saludo al que ella había amado. Le rogaba que la perdonase por no haber podido ser su esposa. El buen rey no lo había querido así.

Pero no tuve valor para decirle a ese hombre que él había sido su asesino. No he tenido el valor de arrojar sobre su conciencia el peso de tal remordimiento. Y, no obstante, el que había obtenido su amor a fuerza de mentiras, ¿no era acaso su asesino, Elisabet?

Hacía tiempo que la condesa Dohna había cesado de jugar con las azules florecillas. Ahora las dejó caer en tierra.

—Ana, tú me ocultas la verdad. Tú me dices que se trata de una vieja historia y que ese hombre hace mucho tiempo que murió. Pero yo sé que apenas hace cinco años de la muerte de Ebba Dohna, y, además, me dices que tú misma lo has presenciado todo. Tú no eres vieja. Dime, pues, quién es ese hombre.

Ana Stiarnhök se echó a reír.

—Tú querías una historia de amor. He aquí una que te ha costado lágrimas y zozobras.

—¿Acaso no es verídica?

—No tiene nada de poética ni de ingeniosa desde el principio al fin.

—Eres odiosa, Ana.

—Puede que lo sea, pero he de decirte que tampoco soy feliz. En fin, como las damas se han despertado y los caballeros han entrado en el salón, permíteme que me retire.

Al llegar al umbral fue detenida por Gösta Berling, que venía a conversar con las damas.

—Habéis de tener paciencia conmigo —dijo riendo—, no quiero deteneros más de diez minutos. Quiero leeros unos versos originales.

Empezó a contarles que aquella noche había soñado algo tan vivo y real como jamás, y que había escrito versos. Él, a quien las gentes llamaban *El poeta*, aunque siempre había llevado el apodo bien inocentemente, habíase levantado a medianoche y, semidormido, se puso a escribir. Y por la mañana encontró toda una poesía sobre su mesa de escritorio. Él mismo se creía incapaz de hacer cosa parecida. Por lo tanto, rogó a las damas que le escucharan.

Y leyó:

Ha surgido la Luna. (Es la hora dócil...).
Desde esa región pura, alta y azul,
esparce su claror en la terraza
que las parras adornan y entrecubren.
A nuestros pies fulgura la azucena,
cuyo esplendor reviste de oro alegre
la orilla abigarrada del arriate.
Junto a la escalinata nos hallamos
los viejos y los jóvenes, primero
silenciosos, después vamos dejando
que canten nuestros dulces sentimientos.
Los grupos de reseda nos envían
su fragancia y extienden los arriates
sus sombras sobre el césped reluciente,
que humedece el rocío...
Nuestro espíritu
desea alzarse de la densa sombra
del cuerpo, a las alturas luminosas,
a aquellas sendas que concibe apenas
el hombre, a aquellas azuladas, vírgenes,
excelsas altitudes, en las cuales
apenas se destacan las estrellas.
¡Oh, quién resistir puede a los anhelos

que nacen, al ocaso, entre el aroma
 sutil y embriagador de las resedas!
 De la rosa ha caído el postrer pétalo
 bajo el soplo ligero de la brisa,
 quisieramos así poder dejar
 la vida, ir a perdemos al espacio
 como un sonido, sin protesta alguna,
 cual cae la hojarasca en el otoño.
 Oh, todo el ideal de nuestra senda
 lo diéramos, destruiríamos la calma
 de la naturaleza, por lograr,
 saborear las dichas del amor.
 La muerte es el salario de la vida...
 ¡Ah! ¡Quién pudiera abandonarla como
 abandona la rosa el postrer pétalo!
 Agitando las alas, deslizose
 un murciélago enfrente de nosotros,
 voló y reapareció al claro de luna.
 Y entonces resurgió del corazón
 la pregunta que nadie ha contestado,
 densa y antigua, como es la pena:
 ¿dónde vamos, qué rumbo tomaremos
 al dejar las praderas de este mundo?
 Nadie puede indicarnos esta ruta;
 fuera más fácil indicar adónde
 dirigirá el murciélago sus alas.
 Y ella permaneció con la cabeza
 contra mi hombro apoyada, y con voz tenue
 me dijo: «No lo creas; cuando parta,
 mi alma no volará hacia los espacios
 remotos, buscará el dulce refugio
 de tu espíritu, amado, para siempre».
 ¡Oh, qué angustia, oh qué angustia; el corazón
 se me oprime de pena! ¿Habrá ésta sido
 su postrer noche? ¿Imprimí, acaso, entonces,
 mi último beso en su cabello de oro...?
 Han pasado ya muchos, muchos años.
 Y sigo aún sentado cuantas veces
 en el dulce rincón de los recuerdos,
 cuando la noche es clara y silenciosa...
 Pero me altera el brillo de la luna
 que se filtra al través del emparrado...

—Gösta —dijo Ana en tono de broma, mientras sentía la garganta
 anudada por el terror—, se dice de ti que has vivido muchas más poesías
 que otros han escrito en toda su vida. Pero, seguramente, haces bien

componiendo versos a tu manera. Esta poesía es fruto de un trabajo nocturno.

—No es suave tu veredicto, que digamos.

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí a leernos algo sobre la muerte y la desdicha? ¿No te avergüenzas?

Gösta Berling ya no la escuchaba. Imperturbable, mira a la joven condesa, que se halla sentada, callada e inmóvil como una estatua. Le parece que se halla próxima a desmayarse.

Ella, haciendo un esfuerzo infinito, logra articular una palabra.

—Vete —dice.

—¿Quién debe irse? ¿Yo?

—El cura debe salir de aquí —murmura ella.

—¡Elisabet, callaos, por favor!

—El cura degradado debe salir de mi casa.

—Ana —pregunta Gösta—, ¿qué quiere decir con eso?

—Lo mejor es que te vayas, Gösta.

—¿Por qué he de marcharme? ¿Qué significa todo esto?

—Ana —añade la condesa Elisabet—, decidle, decidle...

—No, condesa.

La condesa aprieta los dientes y domina su emoción.

—Señor Berling —dijo, avanzando hacia él—. Tenéis un talento extraordinario para hacer olvidar a las gentes quién sois vos. Hasta hoy no me había enterado... He oído la historia de Ebba Dohna y de su muerte, y he sabido que sólo la seguridad de que el hombre que amaba era indigno de ella, fue la causa de su muerte. Por vuestra poesía acabo de convencerme de que ese hombre sois vos. No comprendo cómo un hombre de tal pasado se atreve a convivir en sociedad con una mujer honrada. No lo comprendo, señor Berling. ¿Soy ahora lo suficientemente clara?

—La señora condesa es bastante clara. Una sola palabra quiero deciros en defensa mía. Siempre he estado convencido de que vos lo sabíais todo. Jamás he intentado ocultároslo; pero no es nada divertido gritar por calles y caminos a todo aquél que quiera oírla, las más amargas desdichas de la vida.

Y se fue. En aquel preciso instante la condesa Dohna ponía su menudo pie sobre el ramillete de estrellas azules.

—Ahora acabas de hacer lo que yo quería —dijo Ana a la condesa, con dureza—. Pero ahora se acabó también nuestra amistad. No quiero que creas que puedo perdonarte el haber sido cruel con él. Le has arrojado de tu casa, te has burlado de él, de él, a quien yo seguiría con gusto hasta la prisión, hasta la miseria. Tengo que vigilarle, protegerle. Tú has hecho lo que yo quería, pero nunca te lo perdonaré.

—¡Pero, Ana, Ana!

—Cuando te estaba contando esto, ¿crees que lo hacía inconscientemente? ¿Crees que mi corazón no estaba a punto de partírseme en el pecho?

—Entonces, ¿por qué has hecho todo esto?

—¿Por qué? Porque no quería, ¿lo entiendes?, porque no quería que fuese el amante de una mujer casada.

XIII

MAMSEL MARIA

¡Oh, silencio! ¡Silencio absoluto!

Oigo un zumbido en torno de mi cabeza. Debe de ser un moscardón que llega volando.

¡Pero, no; silencio absoluto! ¡Qué aroma! ¡Acaso no son amarantos, lavándulas, lilas y narcisos! Es una verdadera bendición en la triste tarde otoñal, en medio de la ciudad. Cuando pienso en aquel pequeño trozo de terreno, comienzo a sentir en torno mío algo así como un zumbido y el ambiente se impregna de aromas deliciosos, y antes de darme cuenta de nada me veo en el centro de una pequeña rosaleda cuadrangular llena de flores y rodeada de una valla de ligustro. Y en los extremos los cenadores recubiertos de verde follaje, con sus banquillos de madera, y en torno a los tapices de flores, en forma de corazones y estrellas, se ven estrechas veredas recubiertas de alba arena. Por tres lados está la rosaleda limitada por el bosque. Serbales y frangulas semisilvestres, cubiertos de bellas flores, mezclan su aroma con el de las lilas. Después hay abedules y tras ellos empieza el bosque de abetos, silencioso y sombrío, gallardo y barbudo.

Y en el cuarto lado contéplase una casita gris.

La rosaleda en que ahora estoy pertenece desde hace sesenta años a la vieja señora Moreus, que vivía de remendar las ropas y de preparar la comida a los labradores.

¡Queridas amigas! Entre todo lo bueno que yo os deseo, he de recomendaros, en primer lugar, un bastidor para bordar y una rosaleda. Un gran bastidor pasado de moda en el cual puedan bordar cinco o seis

personas, junto al que podáis apostar sobre quién ha de hacer los puntos de reverso más hermosos y con mayor rapidez, mientras coméis manzanas asadas, charláis y canturreáis canciones marineras y de amor, riendo de modo que las bellotitas caigan asustadas de los árboles. Un bastidor para el invierno y una rosaleda para el verano. No un gran jardín en el que sea preciso enterrar más dinero que placer pueda de él sacarse, no; una pequeña rosaleda que uno pueda cuidar con sus propias manos, en la que se vieran pequeños zarzales de rosas en medio de los arriates de flores y que a sus pies se viera un fulgir de nomeolvides; la amapola de gigantescas flores que echa automáticamente sus semillas, debería brotar por todas partes, tanto al borde del césped de un color castaño tostado, sobre el que crecieran aquilejos y «coronas imperiales», tanto sobre el asiento como sobre el respaldo.

La vieja Moreus poseía sus riquezas: tenía tres hijas alegres y activas y una casita al borde del camino. Guardaba algún dinerillo de reserva en el fondo de su arca, gruesos chales de seda, sillas de alto respaldo, y poseía, además, el conocimiento de muchas cosas que son de utilidad para aquéllos que necesitan ganarse el sustento por sí mismos; pero lo mejor que poseía era un bastidor, que le proporcionaba trabajo durante todo el año, y la rosaleda, que le ofrecía su fragante alegría mientras duraba el verano.

Además, he de hacer observar que en casa de la señora Moreus vivía una costurera, una solterona menuda y apergaminada, de unos cuarenta años, que habitaba una buhardilla en la casa. Mamsel María, como la llamaban todos, tenía su particular opinión sobre muchas cosas, como la tienen todos cuantos han vivido mucho tiempo solos, y que dejan vagar sus propios pensamientos en torno a todo lo que ven los ojos.

Mamsel María creía que el amor era la raíz de todo el mal en este mundo de tristezas.

Por la noche, antes de entregarse al sueño, juntaba las manos y rezaba su oración nocturna. Cuando terminaba de rezar el Padrenuestro, no dejaba nunca de rogar a Dios que la preservase del amor.

—Sería la verdadera miseria —decíase—. Soy vieja, fea y pobre; pero prefiero esto a verme enamorada y hermosa.

Mamsel María se pasaba los días en su cuartito, hilando y tejiendo visillos y mantas, que vendía después a los aldeanos y en los castillos. Se había forjado el sueño de poseer una casita sobre una colina que tuviera bella perspectiva, sobre la iglesia de Svartsiö. Lo único que deseaba era una casa situada sobre una colina, desde la que pudiera gozarse un panorama ilimitado. Éste era su sueño; pero del amor no quería saber lo más mínimo.

Cuando en las tardes de estío oía vibrar las cuerdas del violín junto a la encrucijada, al son de cuyas notas bailaban las jóvenes hasta que el polvo les llegaba a los oídos, daba un rodeo por el bosque para no ver ni oír nada.

El segundo día de Navidad, cuando las novias de los aldeanos llegaban para que las vistieran la señora Moreus y sus hijas, en el momento en que comenzaban a ponerse las guirnaldas de mirto y las altas coronas de perlas de cristal, con fajas de seda y ramilletes de rosas artificiales hechos por ellas mismas; cuando los vestidos eran exornados con guirnaldas de flores de tela, Mamsel María se encerraba en su cuarto por no ver cómo se adornaban para entregarse al amor.

Cuando las hijas de la señora Moreus se hallaban sentadas en torno del bastidor, durante las largas horas de las noches de invierno y la grande estancia irradiaba tibia alegría; cuando las manzanas crepitaban en el horno, y cuando el gallardo Gösta Berling o el bueno de Fernando iban a visitarlas y hostigaban a las muchachas que cosían, sacando el hilo de las agujas o burlándose de ellas, hasta el punto de hacer que erraran los puntos, toda la estancia retemblaba de risas, charlas y guasas; cuando las manos se deslizaban bajo el bastidor, la vieja abandonaba furiosa su trabajo y se iba consecuente con su invencible animadversión contra las gentes que se preocupan del amor y de todo lo relacionado con él.

Conocía los funestos resultados que reporta el amor, y de ello tenía mucho que contar. No podía comprender cómo el dios Amor osaba aún dejarse ver por la tierra, sin que fuera acogido con las quejas de las mujeres abandonadas, con las maldiciones de los que habían sido traicionados y los lamentos de aquéllos a los que había aprisionado con cadenas malditas. No acertaba a comprender cómo sus alas le llevaban de aquí para allá con tanta facilidad, sin haberse precipitado aún en un abismo sin fondo, agobiado por la pena y cubierto de ignominia.

Verdad es que había sido joven como las otras; pero jamás había amado al amor, jamás se había dejado seducir por el baile y la ternura. La guitarra de su madre pendía en el desván, llena de polvo y sin cuerdas. Jamás cantó canciones de amor a sus acordes. Los rosales de su madre estaban mustios en la ventana, pues, apenas si los regaba. No amaba las flores, esos niños del amor. Las hojas colgaban cubiertas de polvo y las arañas tejían sus telas entre las ramas. Los capullos no se abrían nunca. Y en la rosaleda de la señora Moreus, donde revoloteaban las mariposas y cantaban los pájaros, donde aromáticas flores recibían a las zumbantes abejas como sonrientes mensajeros del amor, donde todo hablaba del odiado sentimiento, rara vez ponía su pie.

Y sucedió una vez que la comunidad de Svartsiö hizo montar un órgano en la iglesia. Esto sucedió en el verano, antes del año en que empezaron a gobernar los caballeros. Un organista constructor llegó a la parroquia y alquiló una habitación en casa de la Moreus, ocupando la otra buhardilla del desván. Poco después, quedó instalado aquel órgano que tiene voces tan maravillosas y cuya poderosa voz de trombón salió un día de repente, no se sabe de dónde ni para qué, unida a una linda canción litúrgica, de modo tal que los niños empezaron a llorar. Que el joven organista no era ningún maestro en su arte, es cosa muy posible; pero era, ciertamente, un alegre muchacho con rayos de sol en los ojos. Siempre tenía palabras amables para todo el mundo, para el rico y para el pobre, para el viejo y el joven. Pronto se hizo un buen amigo de sus compañeras de pensión. ¡Ah, más que un amigo...!

Cuando por la tarde, después del trabajo, volvía a casa, sostenía el hilo a la señora Moreus y trabajaba junto a las jovencillas en la rosaleda. Allí declamaba los entonces hermosos versos de *Axel y Fritjof* y recogía la llave de Mamsel María cuantas veces la dejaba caer. También le arregló su viejo reloj de sobremesa. Jamás abandonaba un baile sin haber bailado con todas, desde la más vieja a la más jovencita, y si le sucedía algo desagradable, se sentaba junto a la primera mujer casada y la hacía su confidente. Sí, era uno de esos hombres que las mujeres se forjan en sueños. No quiero decir que hablase de amor a nadie; pero después de llevar un par de semanas en la buhardilla de la señora Moreus, todas sus hijas se habían enamorado de él, y

hasta la pobre Mamsel María se dio cuenta de que había rezado sus oraciones inútilmente.

Era una época de tristeza y alegría a la vez. Sobre el bastidor, las lágrimas borraron las líneas de tiza. Al anochecer solía estar frecuentemente entre el follaje de lilas una pálida soñadora, y, allá arriba, en el cuartito de Mamsel María, fueron colocadas nuevas cuerdas en la vieja guitarra, y a sus acordes se cantaron antiguas y melodiosas canciones de amor, tal como ella las había aprendido de su madre.

Pero el joven organista pasaba despreocupado y amable, esparciendo sonrisas y saludos en torno suyo, entre aquellas añorantes mujeres que se lo disputaban, así que partía para su trabajo.

Y, al fin, llegó el día de su marcha.

El coche, con el equipaje, estaba ante la puerta; el joven se despidió de todas. Besó la mano a la señora Moreus, abrazó a las muchachas que se deshacían en lágrimas, y las besó en las mejillas. Él mismo lloró al ver que tenía que partir, pues había pasado un verano delicioso en la pequeña casita gris. Por fin, se volvió hacia Mamsel María. En aquel momento llegaba ella con sus mejores atavíos por la estrecha escalera; la guitarra pendía de su cuello por medio de una cinta de seda verde, y en la mano llevaba un ramo de flores del tiempo, pues aquel año habían florecido los rosales de su madre. Se detuvo ante el joven, rascó la guitarra, y, cantó:

*Partes de nuestro lado: ¡oh, vuelve pronto!
¡Escucha cómo te habla la voz de la amistad!
¡Sé feliz! No te olvides de aquellos que te aman.
¡No olvides esos valles! ¡No olvides esos bosques!*

Entonces le puso las flores en el ojal y le besó en la boca. Y hecho esto, la vieja desapareció por la escalera del desván. El amor se había vengado de ella, exponiéndola a la irrisión de todo el mundo.

Pero nunca más volvió a renegar del amor; jamás volvió a abandonar la guitarra y nunca se olvidó de regar los rosales de su madre.

Había aprendido a amar.

—Antes prefiero estar triste con él que contenta sin él —decía siempre.

El tiempo pasó y la comandanta fue expulsada de Ekeby. Cuando los caballeros eran ya dueños absolutos de aquella propiedad, sucedió, según acabamos de contar, que Gösta Berling leyó una tarde una poesía a la condesa de Borg, y que ésta habíale arrojado de su casa.

Se dice que cuando Gösta Berling cerró la puerta, vio ante sí algunos trineos, y echó una mirada a la menuda dama que ocupaba el primero. Aunque se hallaba dominado por una infinita tristeza, la presencia de la dama ensombreció aún más su mente enfebrecida. Se alejó de allí para no ser reconocido; pero el presentimiento de una desgracia se había apoderado de él. ¿Acaso habría hechizado a aquella mujer la conversación sostenida allí dentro? Una desgracia sucede a otra.

¿Quién habría llegado? ¿Sería en realidad Marta Dohna, la tan famosa condesa?

Era la más alegre e irreflexiva de todas las mujeres. La alegría del mundo la había colocado en su trono, erigiéndola reina. Los juegos y regocijos eran sus esclavos sumisos. El juego, el baile, las aventuras alegres, le fueron asignados con preferencia en el reparto de las suertes de la vida. En aquel tiempo no se hallaba muy lejos de la cincuentena; pero pertenecía a esa clase de gentes sabias para las que no cuentan los años. «Aquél que no puede mover el pie para bailar o la boca para reír, ése es viejo —solía decir—. Ése conoce la pesada carga de los años. Yo no la conozco».

No gozó de la alegría con toda tranquilidad durante su juventud. Pero la incertidumbre y las vicisitudes no hacían más que aumentar a su majestad su alegre y jovial manera de ser. Su majestad, con el alocamiento de la mariposa, tomaba hoy parte en una tertulia de damas del palacio de Estocolmo y al siguiente día bailaba en París vestido de frac, empuñando el bastón de nudos. Visitó el campamento de Napoleón, navegó con la flota de Nelson sobre el azulado Mediterráneo, tomó parte en el Congreso de Viena y fue a un baile, en Bruselas, la noche de la famosa batalla de Waterloo.

Y donde se hallaba la alegría, allí estaba la condesa Marta cual si fuese su compañera inseparable. Bailando, jugando, bromeando pasaba por el mundo la condesa Marta. ¿Qué no habría visto, ella? ¿Qué no habría

vivido? Había trastornado tronos, jugado principados, se había reído cuando guerras asoladoras devastaban Europa.

Cuando a veces se eclipsaba la alegría, hallándose errante por algún campo de batalla, se marchaba a pasar temporadas más o menos largas al viejo castillo condal, junto al lago Leuven. Allí se instaló también en aquella época de la sagrada alianza, en que los príncipes y su corte le resultaban demasiado aburridos. Durante una de estas visitas, decidió hacer de Gösta Berling el preceptor de su hija. Sólo se preocupaba de vivir bien en aquel país. Jamás tuvo la alegría un reinado de mayor magnificencia. Allí había canto, juego, aventuras, hombres amables y hermosas y alegres mujeres. Allí no faltaban banquetes ni bailes, ni carreras en balandro a través de lagos iluminados por la luna ni carreras de trineos por los oscuros bosques, ni acontecimientos emocionantes, así como tampoco las tristezas o las alegrías del amor.

Pero desde la muerte de su hija no había vuelto a visitar Borg. Hacía cinco años que no había estado allí. Ahora llegaba para ver cómo pasaba la vida su nuera, allá arriba, entre bosques de abetos, campos de nieve y osos. Quería ver si el estúpido Enrique no la había matado de aburrimiento. Aspiraba a ser el ángel bueno de aquel hogar. En sus cuarenta cofres había encerrados rayos de sol y felicidad. Los vestidos eran su buen humor, la broma sus cocheros, el juego sus damas de compañía.

Cuando subió rápidamente la escalera, fue recibida con los brazos abiertos. Su antigua morada tenía dispuestas sus habitaciones del primer piso para recibirla. Sus criados, su dama de compañía, sus doncellas, sus cuarenta cofres de cuero, sus treinta cajas de sombreros, su neceser, chales, pieles, etc., todo fue llegando a la casa poco a poco. Por todas partes reinaba el estrépito y el movimiento, se abrían y cerraban las puertas, se subían y bajaban las escaleras. Se adivinaba que había llegado la condesa Marta.

Era una noche de primavera, una noche realmente espléndida, a pesar de no hallarse muy avanzado el mes de abril y no haber empezado todavía el deshielo. Mamsel María se hallaba sentada arriba, en su cuarto, ante la ventana abierta, y hacía vibrar las cuerdas de su guitarra, mientras cantaba.

Estaba tan entregada a sus recuerdos, y tan embebida en su guitarra, que no se dio cuenta de un coche que se detuvo ante la casita. En el coche se hallaba la condesa Marta, que se divertía viendo a Mamsel María sentada ante su ventana, con la guitarra colgada al cuello y los ojos alzados hacia el cielo, canturreando viejas canciones de amor, pasadas de moda hacía muchísimos años.

Al fin, la condesa descendió del coche y entró en la estancia donde se hallaban las jóvenes en torno del bastidor. No era nada orgullosa; el soplo de la revolución la había curtido, llenando sus pulmones de aire fresco y democrático.

Tras formular un pedido de bordados y alabar a las chicas, se sentó en la roaleda y empezó a contar las aventuras de su viaje. Amaba siempre las aventuras. Finalmente, subió la empinada y estrecha escalera y buscó a María en su cuartito.

Sus bellos ojos negros miraron fulgurantes a la pequeña y solitaria mujer, y su voz melodiosa acarició sus oídos. Le compró visillos, pues no podía vivir allá arriba, en Borg, sin tener visillos en las ventanas, y sobre todas las mesas precisaba tener tapetes, tejidos por Mamsel María.

Después tomó la guitarra y cantó canciones de amor y de alegría. Seguidamente, refirió tales historias que Mamsel María se creía transportada a un mundo turbulento y alegre. Y la risa de la condesa era una música tal que los pájaros empezaron a cantar en la roaleda cuando la oyeron. Y su cara, que apenas conservaba algo de su primitiva belleza, pues el cutis estaba estropeado por los afeites y tenía una arruga de ruda sensualidad sobre la boca, parecióle a Mamsel María tan hermosa, que no comprendía cómo el pequeño espejo podría dejar que desapareciera la imagen de su superficie después de haberse mirado ella en él. Al marcharse besó a Mamsel María, rogándole que la visitara en Borg.

El corazón de Mamsel María estaba como el nido de la golondrina en la época de Navidad. Era libre, pero suspiraba por las cadenas como un viejo esclavo a quien se acaba de conceder la libertad. Ahora empezó nuevamente una época de alegría y una época de zozobras para Mamsel María. Pero no por mucho tiempo; sólo ocho días. La condesa la llevaba a cada momento a Borg; allí representaba ante ella una comedia y le hablaba

de sus pretendientes, y Mamsel María se reía de todo ello como no lo había hecho en su vida. Se hicieron las mejores amigas. Pronto supo la condesa toda la historia del joven organista y de su despedida. A la hora del crepúsculo ayudaba a Mamsel María a sentarse en la cornisa de la ventana del pequeño gabinete azul; le colgaba la guitarra al cuello y la invitaba a cantar canciones de amor. Y la condesa, recostada en un canapé, miraba cómo se teñían de púrpura los delgados dedos y la pequeña y fea cabeza de la solterona, al ser bañados por la rojiza luz del sol poniente, diciéndole a la pobre Mamsel María que así se parecía a una lánguida castellanita. Pero todas las canciones hablaban de pastores enamorados y pastoras ingratas, y la voz de Mamsel María era tan débil que cualquiera puede comprender que había de producirle una impresión muy cómica a la condesa.

Entonces llegaron a Borg ciertos huéspedes muy amigos de la madre del conde. Como de ordinario, reinaba la alegría y el buen humor. La compañía no era muy numerosa y estaba compuesta de feligreses de la aldea. El comedor se hallaba situado en el piso bajo, y después de la comida los invitados pasaban a las habitaciones de la condesa Marta. Entonces la condesa tomaba la guitarra de Mamsel María y empezaba a cantar algo a los reunidos. La condesa Marta era una dama alegre que le gustaba hacer burla de todo el mundo. Y rogó a Mamsel que cantase. Ésta alzó los ojos al cielo y cantó con voz de grillo. A lo mejor se interrumpía, deseando acabar.

—Ah, no, no, Mamsel María. Continúe usted, por favor —rogaba la condesa.

Pero aquello divertía a la condesa, y la mayor parte de los invitados no podían contener la risa, aunque encontraban que no estaba bien hacer mengua de la pobre Mamsel María.

La condesa tomó, por último, un puñado de hojas de rosas secas, del jarrón, se acercó con aire trágico a Mamsel María y cantó con voz hondamente emocionada:

*¡Partes de nuestro lado! ¡Oh, vuelve pronto!
Escucha cómo habla la voz de la amistad.
¡Sé feliz! ¡No te olvides de aquellos que te aman!
¡No olvides esos valles! ¡No olvides esos bosques!*

Y mientras cantaba, dejó caer la lluvia de hojas secas. Los invitados rieron, pero Mamsel María se puso fuera de sí de cólera, como si quisiera sacarle los ojos a la condesa.

—Eres una mala persona, Marta Dohna —le dijo—. ¡Ninguna mujer honesta debería buscar tu amistad!

Entonces la condesa se puso furiosa también.

—¡Fuera, Mamsel! —empezó a gritar—. Ya estoy harta de tus genialidades.

—Sí, me iré —replicó Mamsel María—; pero antes quiero el pago de mis visillos.

—¡Son pedazos de tela vieja! —exclamó la condesa—. ¿Todavía quieres que te pague esos trapos? ¡Llévatelos! ¡No quiero ver esos trapajos! ¡Llévatelos, te digo!

La condesa, dominada por la cólera, arrancó los visillos y se los arrojó a los pies.

Al día siguiente la joven condesa rogó a su suegra que se reconciliase con Mamsel María; pero la condesa se negó. Estaba aburrida de ella.

Entonces, la condesa Elisabet fue a ver a Mamsel María y le compró todos sus visillos para colgarlos en los pisos superiores. Mamsel María recibió así una satisfacción.

La condesa Marta bromeaba con su nuera sobre su pasión por los visillos tejidos, si bien disimulando su cólera, que mantuvo invariable durante un año entero.

La condesa Marta era una dama engreída y rencorosa.

XIV

EL TÍO CRISTÓBAL

En el pabellón de los caballeros había un hombre que tenía todo el aspecto de una vieja ave de rapiña desgredada y negruzca, que estaba siempre junto a la estufa cuidando de que el fuego no se extinguiera. Con su gran nariz en forma de pico y los ojos medio apagados, adquiría un extraño y melancólico aspecto por el ancho collar de pardusca piel que cubría su largo cuello. Este hombre, tanto en verano como en invierno, iba forrado de pieles.

En otros tiempos había figurado entre el enjambre abigarrado de gente aventurera que siguió tras el gran emperador por Europa; pero el nombre y categoría que tenía entonces nadie sabría decirlo hoy día. En Wärmeland no se sabía de él sino que había tomado parte en la gran guerra, distinguiéndose como uno de los guerreros más rudos, y que después de 1815 había sido obligado a alejarse de su ingrata patria. Había encontrado protección en el príncipe heredero de Suecia, y éste le había aconsejado huir hacia el lejano Wärmeland. Los tiempos se habían puesto de tal manera, que aquel ante cuyo nombre debería estremecerse el mundo tenía que darse por satisfecho, en la vejez, sólo con que nadie recordara su nombre, tan temido unos lustros atrás.

Había dado su palabra de honor al príncipe heredero de no abandonar el Wärmeland y no darse a conocer a menos de que la necesidad más absoluta le obligase a ello. Llegó a Ekeby con una carta autógrafa del príncipe, recomendándole calurosamente. Y el pabellón de los caballeros le abrió sus puertas.

Al principio se murmuraba mucho y se hacían cábalas sobre quién podría ser aquel hombre famoso que se ocultaba tras un seudónimo. Pero poco a poco se fue transformando en un caballero y en un verdadero wärmlandés. Ahora todo el mundo le llamaba «tío Cristóbal», y sin que se supiera, en realidad, el porqué de tal nombre.

Mas, para un ave de rapiña no es nada agradable vivir enjaulada. Está acostumbrada a otras cosas bien distintas. El estrépito de las batallas y el tener continuamente la vida en peligro, habían hecho hervir su sangre, y aquella paz estúpida le repugnaba.

Es cierto que los otros caballeros no eran tampoco mansos corderos; pero en ninguno de ellos hervía la sangre con tanto ardor como en el «tío Cristóbal».

Una cacería de osos era lo único capaz de animar su adormecida energía vital. Una cacería de osos, o una mujer, una sola mujer.

Se había sentido revivir, cuando, diez años ha, vio por vez primera a la condesa Marta, que ya era viuda en aquella época. Una mujer caprichosa como la guerra, excitante como el peligro, un ser que rebosaba audacia, llenaba su ideal; por eso la amaba.

Y allí estaba, haciéndose viejo, sin poder lograrla por esposa. Había pasado cinco años sin verla. Se marchitaba e iba muriéndose poco a poco, como un águila en el cautiverio. Cada año se iba tornando más seco y friolero. Tenía que arrebujaarse cada vez más en su pelliza y acercarse más al fuego.

Así lo tenemos aquí, tiritando de frío, desgredado y canoso en la mañana del día en que, al llegar la noche, se dispararían las salvas de Pascua y se quemaría la «bruja», según la costumbre. Todos los caballeros se hallaban fuera, pero él seguía en la casa, sentado junto a la chimenea. ¡Ah, tío Cristóbal, tío Cristóbal! Ya no eres el mismo.

La sonriente primavera ha llegado. La Naturaleza sacude su pesado sueño invernal, y en las azules nubes se agitan enjambres de mariposeantes espíritus primaverales en caprichoso jugueteo. Agrupados como las rosas en la roaleda silvestre, brillan sus risueñas caritas allá arriba, en las nubes.

Producen un conjunto de armoniosos sonidos, como mil campanas tocando a rebato. ¡Luz y alegría! ¡Ya llegó, ya llegó la alegre primavera!

Pero el tío Cristóbal sigue sentado allá, silencioso, sin comprender nada. Inclina la cabeza y la apoya sobre sus rígidos dedos y sueña con una lluvia de balas y con el árbol de honor que crece en el campo de batalla. Ante sus ojos de hierro aparecen, como por arte mágico, laurel y rosas que no precisan de la ciega hermosura de la primavera para florecer.

Esto es realmente triste para él, el silencioso viejo extranjero, que se halla sentado en el pabellón de los caballeros, sin hogar, sin patria, no oyendo jamás una sola palabra en su lengua materna, esperando el día en que lo echen en una tumba anónima, en el cementerio de Brö. ¿Qué culpa tiene él de ser un águila, nacida para perseguir y para matar?

¡Oh, tío Cristóbal! ¡Bastante tiempo has estado ya sentado, somnoliento y soñador, en el pabellón de los caballeros! ¡Levántate! ¡Bebe el hirviente vino de la vida en los altivos palacios! Has de saber, tío Cristóbal, que hoy ha llegado una carta para el comandante, una carta real, con el sello del reino de Suecia. Está dirigida al comandante; pero el contenido se refiere a ti. Eres digno de ser admirado mientras lees la carta, vieja ave de rapiña. Tus ojos brillan y tu cabeza se yergue. Ya ves abierta la puerta de la jaula. El mundo de tus anhelos se halla abierto ante ti, a merced de tus alas...

El tío Cristóbal busca en el fondo de su cofre, saca el dorado y brillante uniforme, cuidadosamente conservado, y se lo pone. Se coloca sobre la cabeza el sombrero adornado de plumas y pronto se aleja de Ekeby a lomos de un soberbio alazán blanco.

Correr por los caminos es cosa muy distinta que hallarse sentado junto a la chimenea. Al fin, ve él también que ha llegado la primavera.

Se lanza sobre la silla y espolea al caballo, que corre a galope. La guerrera, forrada de piel, flota al viento; el penacho de plumas se agita sobre su sombrero. Se ha rejuvenecido como la tierra misma; se ha despertado tras largo sueño invernal. El oro viejo puede brillar aún. El osado rostro guerrero, bajo el tricornio, tiene un aspecto gallardo y fiero.

¡Magnífica carrera! Los arroyuelos brotan de la tierra y las anémonas florecen por donde él cabalga. Las aves de paso gritan y cantan alegremente

con el prisionero libertado. Toda la Naturaleza toma parte en su alegría.

Llega, gallardo como un vencedor. La primavera misma le precede, cabalgando sobre una nubecilla. Está alegre y contento. El iluminado espíritu toca la trompa de caza y galopa radiante, meciéndose sobre la silla del noble bruto. En torno al tío Cristóbal caracoleaban los caballos del Estado Mayor. Son sus antiguos camaradas de armas. Es la felicidad que cabalga en las sillas sobre las puntas de los pies, y la gloria sobre su gallardo corcel y el amor sobre su fogoso alazán árabe. ¡Magnífica carrera, apuesto caballero! El tordo le grita:

—¡Tío Cristóbal, tío Cristóbal! ¿Adónde vas, adónde vas, tío Cristóbal?

—¡A Borg, a casarme! ¡A Borg, a pedir la mano de una mujer!

—¡No vayas a Borg, no vayas a Borg! ¡El hombre soltero vive mejor y sin preocupaciones! —le gritaba el tordo.

Pero él no escuchaba la advertencia.

Colina arriba, colina abajo, galopa hasta que, al fin, se encuentra allí. Salta de la silla y es conducido ante las condesas.

Todo va bien. La condesa Marta se muestra amable con él. El tío Cristóbal ve que ella no rehusará llevar su nombre famoso y reinar en su palacio. Está sentado allí y espera ansiosamente el momento oportuno en que le mostrará la carta del rey. Goza con esta espera.

Ella charla y le entretiene con mil historias. El ríe de todo y de todo se admira. Se hallan precisamente en una estancia donde la condesa Elisabet ha colgado los visillos de Mamsel María, y la condesa empieza a narrarle también la historia de aquellas cortinas.

—Mirad —dijo, por último—, mirad cuán mala soy. Aquí están estas cortinas, que cada día y hora me hacen pensar en mis pecados. Ésta es una penitencia sin precedentes. ¡Oh, qué encaje más odioso!

El gran guerrero tío Cristóbal la mira con ojos fulminantes.

—Yo también soy pobre y viejo —dijo—, y durante diez años he permanecido junto a la estufa, añorando a mi amada. ¿Os reiréis de esto también?

—¡Ah, eso es muy diferente! —exclamó la condesa.

—Dios me ha arrebatado la felicidad y la patria, y me ha obligado a comer el pan ajeno —añadió el tío Cristóbal con seriedad—. He aprendido

a guardar respeto ante la pobreza.

—¿Vos también? —exclamó la condesa, elevando las manos a lo alto—. ¡Cuán virtuosos son los hombres, cuán buenos se han tornado todos!

—Sí —dijo él—; tened en cuenta, condesa, que si Dios me devolviera algún día mi poder y mis riquezas haría de ellas, un uso mucho mejor que partirlas con una dama de mundo, con un monigote empolvado y sin corazón, que se burla de los pobres.

—En eso haréis bien, tío Cristóbal.

El tío Cristóbal salió de la estancia y tornose a Ekeby; pero los espíritus no le siguen esta vez. El tordo no le grita ya; y él ya no ve la risueña primavera.

Llega a Ekeby en el preciso momento en que se disparan las primeras salvas y en que se procede a la quema de la bruja pascual. La bruja pascual es un gran muñeco de paja, con cara de trapo, en él se han pintado con carbón los ojos, la nariz y la boca. Tiene los vestidos de una pobre mujer, unas largas tenazas y un collar de conchas de galápago alrededor del cuello. Está lista para marchar a Blakula para unirse al corro infantil.

El capitán Fuchs carga personalmente su arcabuz y dispara al aire una y otra vez. Entonces es encendida una hoguera de ramas, la vieja bruja es arrojada a ella y pronto arde alegremente. Sí, los caballeros hacen lo que pueden para aniquilar los poderes infernales.

El tío Cristóbal está allí y mira aquello con cara sombría. De pronto saca el gran pliego real, que llevaba guardado en la vuelta de la manga, y lo arroja al fuego. Sólo Dios sabe lo que piensa. Tal vez se imagina que es la condesa Marta en persona la que arde en el montón de ramas; tal vez opina que, ya que la mujer que él ha amado sólo se componía de trapos y paja, no queda en el mundo nada que valga la pena.

Se encaminó nuevamente al pabellón de los caballeros encendió el fuego y guardó el uniforme. Se sentó a descansar junto a la chimenea, y, desde entonces, cada día que pasaba tornábase más huraño y canoso. Moría poco a poco, tal como lo hacen las águilas en el cautiverio.

Ya no es un cautivo, pero no quiere aprovechar su libertad. El mundo estaba abierto para él, con honores y riquezas. La vida le tendía sus brazos; pero ya no tiene energías para extender sus alas y emprender el vuelo.

XV

LAS SENDAS DE LA VIDA

Duros y tristes son los caminos que recorre el hombre sobre la tierra, caminos de desierto, caminos de marismas, caminos de fiordos.

¿Por qué hay en el mundo tanta pena que sigue su camino hasta perderse en el desierto, hasta hundirse en el pantano o despeñarse desde una montaña?

¿Dónde están las lindas damiselas, dónde están las princesitas de los cuentos, que dejan huellas floridas tras sus pasos? ¿Dónde están aquellos seres que esparcen flores por los caminos difíciles?

Gösta Berling, el poeta, ha tomado la resolución de casarse y busca una novia que sea bastante pobre, bastante humilde, bastante paria para ser la esposa de un pastor loco. Mujeres hermosas y nobles le habían consagrado su amor; pero no trata de pedir su mano.

El réprobo debe escoger sólo entre sus iguales. ¿A cuál debe escoger, a cuál debe entregarse?

De vez en cuando una muchacha indigente baja de una región solitaria de los bosques, de las alturas, de las montañas, y se dirige a Ekeby a vender escobas. En la región sometida a una eterna miseria y penuria, hay muchos seres que no están en su plena razón; la misma joven vendedora de escobas tiene el espíritu turbado. Pero es bella. Oculta la cabeza bajo las trenzas opulentas de sus cabellos negros; su nariz es delicada y recta; sus mejillas finamente redondeadas; tiene los ojos azules y una melancólica belleza de Virgen, como, a veces, las hijas del Leuven.

Ésta es la novia de Gösta Berling. ¡Qué extraña pareja, la de una vendedora de escobas medio loca y un cura exclaustro! No les falta más

que ir a Karlstad a comprar los anillos de desposados. Tras el acto de la boda se celebrará una gran fiesta en los salones de Ekeby. Jamás imaginaron los caballeros una aventura más extravagante.

Duros y tristes son los caminos que recorre el hombre sobre la tierra, caminos de desierto, caminos de marismas, caminos de fiordos.

¿Acaso el réprobo no ha de seguir el camino de los repudiados? El camino de la cólera, el camino de la desdicha, el camino de la pena. ¿Qué importa que se hunda, que perezca? ¿Acaso alguien se preocupa de detenerle? ¿Le ofrece alguien una mano protectora o algo confortante que le reanime? ¿Dónde están las menudas niñas floristas, dónde las princesitas de la fábula, dónde están aquéllas que debían esparcir las rosas por los senderos difíciles?

No, no; la joven y amable condesa de Borg no estorbará los planes de Gösta Berling. Pensará en su reputación, pensará en la cólera de su madre y en el odio de su suegra; no hará nada para detenerle.

Durante su prolongado servicio divino en la iglesia de Svartsjö inclinará su cerviz, juntará sus manos, rogará por él. Durante las largas noches de insomnio ella sólo llora por él, teme por él; pero no tiene flores que esparcir por el camino del réprobo; no tiene agua para dar de beber al sediento, ni le dará el más ligero apretón de manos que pudiera detenerle al borde del abismo.

Gösta Berling no se impacienta por cubrir a su prometida de seda y joyas. Ella continúa vendiendo escobas, y cuando él reúna a todos los nobles del contorno en un gran festín, anunciará sus esponsales y hará salir a la mujer de la cocina, tal como es, con el polvo y el fango sobre los harapos, despeinada, los ojos azorados, la palabra incierta, y preguntará a sus huéspedes si el pastor exclaustado no ha encontrado una gentil esposa y si no puede enorgullecerse de su delicado rostro de Madona y de sus ojos soñadores.

Tenía la intención de que nadie supiera nada de antemano. Pero no logró guardar el secreto. Una de las que se enteraron fue la joven condesa Dohna.

Pero ¿qué podía hacer ella para impedir aquella boda?

Ha llegado el día de la boda. Es la hora del crepúsculo vespertino. La condesita, de pie en la ventana del gabinete azul, contempla la lejanía.

Parécele descubrir Ekeby, aunque le separan las brumas y las lágrimas. Se representa los tres pisos del edificio inundados de luz, el champaña y los brindis festejando la abominable boda de Gösta Berling con la vendedora de escobas. Oh, si ella estuviera cerca de él, si pudiera cogerle dulcemente del brazo, tal vez le detuviera en el camino de la desesperación al que su crueldad le llevara. Una palabra de ella que le había inducido a obrar de manera tan desesperada, ¿no podría detenerle?

Se estremecía al pensar en todos los pecados que Gösta cometería con aquella desgraciada criatura, condenada a un amor infeliz, tal vez por distraerse durante el breve período de un día. Tal vez también —y entonces se estremecía más aún al pensar en los pecados que comenzaba él a cometer contra sí mismo—, tal vez también para encadenarla a él, cual penosa carga por todos los días de la vida, incapaz de elevar su espíritu hacia las alturas de la libertad.

Consideraba que era la sola culpable de ello. Con una palabra de condenación, le había empujado al mal camino. Ella, que había venido para bendecir, para suavizar, ¿por qué había clavado una espina más en la corona del pecador?

Sí, ahora sabe lo que ha de hacer. Enganchará al trineo los dos caballos negros correrá sobre el lago Leuven, llegará a Ekeby y se presentará a Gösta Berling para decirle que ella no le ha maldecido, que no sabía lo que decía cuando le expulsó de su casa.

No, ella no podía hacer semejante cosa; se avergonzaría y no tendría valor para pronunciar una sola palabra. Estaba casada y tenía que ser prudente. El obrar de tal manera daría motivo a infinidad de chismes y murmuraciones.

—Pero si no lo hiciera, ¿que le sucedería entonces?

Tenía que partir.

Y piensa que es imposible llegar hasta allí. En aquella época del año no hay caballo que pueda correr sobre la superficie del Leuven.

El hielo comienza a derretirse; junto a las orillas ya se ha fundido. Está movedizo y quebrado; tiene mal aspecto; el agua horada su superficie y en algunos sitios forma grandes charcos, mientras que en otros el hielo tiene una blancura deslumbradora. La mayor parte del lago tiene un tinte gris

sucio, de la nieve que se funde y los caminos semejan largas fajas negras sobre su superficie.

¿Cómo podría avanzar en tales condiciones? Además, su suegra, la vieja condesa Marta, jamás le permitiría hacer tal cosa. Toda la tarde tenía que estar junto a ella, en la pequeña estancia, escuchando las viejas historias de la corte, que son las delicias de los viejos.

Pero la noche llega y su marido anda muy lejos. ¡Ahora está libre! No puede partir; no se atreve a llamar a los criados, pero el miedo le obliga a salir de casa. No puede evitarlo.

Duros y tristes son los caminos que recorre el hombre sobre la tierra, caminos de desierto, caminos de marismas, caminos de fiordos.

Pero ¿con qué he de comparar aquel horripilante camino sobre el hielo medio fundido? No es el camino que tienen que recorrer las menudas niñas floristas, un camino incierto, peligroso, resbaladizo: el camino de los que quieren curar las llagas de los heridos, el camino de los que quieren fortalecer al prójimo, el camino del pie ligero, del ojo rápido, del corazón valeroso y amante.

Era más de medianoche cuando la condesa alcanzó la orilla de Ekeby. Había caído sobre el hielo, había saltado muchas grietas, había resbalado por sitios donde los pies llenábanse del agua que brotaba de debajo del hielo; avanzaba resbalando, arrastrándose por el suelo. Había sido una marcha penosa; había llorado mucho mientras caminaba. Estaba calada y rendida, y allá, sobre el hielo, las tinieblas, el silencio y el vacío de sus pensamientos la habían llenado de pavor. Ahora, cerca de Ekeby, había tenido que vadear corrientes poco profundas para alcanzar la orilla. Y cuando hubo llegado a tierra, no tuvo valor más que para sentarse en una piedra y llorar por su cansancio y desamparo.

Penosos senderos recorren los hijos de los hombres, y las menudas floristas a veces caen rendidas junto a sus cestitas en el mismo momento en que creen alcanzar a aquél cuyo camino querían sembrar de flores olorosas.

Esta joven y distinguida dama era una pequeña heroína del amor; tales caminos no los había recorrido jamás en su luminosa patria. No era extraño que al hallarse sentada a la orilla de aquel inmenso y horrible lago, mojada,

rendida y apenada, recordase con nostalgia las lindas avenidas de flores de su país natal, allá en el Sur.

Oh, para ella no hay ya Norte ni Sur. Se encuentra en el centro del amor. No es la nostalgia lo que la hace llorar. La pequeña flor, la pequeña heroína llora porque está tan cansada que no puede alcanzar a aquél cuyo camino quiere sembrar de flores. Lloro porque cree haber llegado demasiado tarde.

Por la playa avanzan algunas gentes. Pasan junto a ella, sin verla, pero ella oye sus palabras:

—Si se desprende el terraplén la herrería está perdida —decía uno.

—Y el molino, los talleres y las casas de los herreros —agregó el otro.

Y nuevamente se reanimó, se levantó y siguió a estas gentes.

El molino de Ekeby y las fraguas están situadas sobre un estrecho dique al que rodea el torrente de Björk, que se precipita sobre el dique, azotado por el poderoso salto que embiste la defensa construida contra el agua. Como protección habíase construido mucho ha un gran rompeolas delante del dique; pero éste era ya viejo y los caballeros no se preocupaban de rehacerlo.

Entregados a la locura de sus diversiones, carecían de tiempo para averiguar los estragos que había causado la tormenta, el frío, y las dentelladas del tiempo sobre el antiguo dique de piedra.

Y al fundirse la nieve, en la primavera, el dique empezó a ceder.

El salto de agua de Ekeby es una imponente escalera de granito sobre la que se precipitan en loca carrera y zumbando las olas del lago Björk, en una infernal embestida. Se alzan blancas como la nieve, despiden humeantes espumas, caen de nuevo sobre piedra, sobre un dique de madera, y vuelven, mugiendo, rugientes, levantando espumas.

Y estas olas locamente excitadas, impulsadas por el viento de la primavera, como alocadas por la libertad que han vuelto a recobrar, se lanzan furiosamente contra el muro granítico.

Llegan jadeantes y rugiendo se precipitan sobre el muro, y vuelven a retroceder, como heridas en sus blancas cabezas. Es un continuo asalto; lanzan grandes trozos de hielo como proyectiles; lanzan troncos de árboles contra el muro; asaltan, golpean terriblemente la débil defensa, como si

alguien les hubiera gritado: «¡A ellos! ¡A ellos!». Y vuelven a retroceder, y tras ellas cae un gran peñasco que se ha desprendido del dique y que se precipita ruidosamente en la corriente.

Parece que esto les haya asustado. Se detienen, como tomando consejo, dan gritos de alegría y de nuevo se lanzan al asalto. Helas ahí otra vez, con trozos de hielo y troncos de árboles, arrojando bravatas despiadadas, salvajes, enloquecidas por un frenesí destructor.

—Si se deshiciera el dique —dicen las olas—; si no fuera por el dique, pronto les llegaría el turno a las fraguas y al molino.

El día de la libertad ha llegado... ¡Fuera las gentes y sus obras! Nos han ennegrecido con carbón, nos han empolvado con harina, nos han impuesto el yugo del trabajo como a los bueyes. Nos han cercado, encadenado con presas, nos han obligado a mover ruedas pesadas y a arrastrar troncos de árboles. ¡Pero, al fin, nos vamos a libertar!

¡El día de la libertad ha llegado...! ¡Oídllo, olas todas las del lago Björk, escuchadlo! ¡Hermanos y hermanas de los pantanos y de los charcos, de las peñas de la montaña y de los arroyos del bosque! ¡Venid, venid! ¡Precipitaos en el lago Björk! ¡Llegad con nuevas fuerzas, con estrépito, gritando, dispuestas a destruir el yugo secular, venid! ¡El bastión de los tiranos debe derrumbarse! ¡Muerte a Ekeby!

Y acuden al llamamiento. Las olas se precipitan corriente abajo para lanzarse con toda fuerza contra el dique, para contribuir a la realización de la grandiosa obra. Embriagadas por la libertad recientemente reconquistada, al soplo de la primavera, fuertes, concentradas, avanzan abriéndose paso entre las piedras, desprendiendo bloque tras bloque de la masa titubeante del rompeolas...

Pero ¿por qué no se oponen los hombres a la furia de las voraces olas? ¿Está muerto Ekeby?

No está muerto; un grupo confuso y tímido de gentes está reunido en la orilla en aquella noche oscura donde no pueden distinguirse unos a otros donde no se puede dar un paso seguro. La catarata produce un infernal zumbido; una horrible algazara sigue al rompimiento del hielo y al choque de los troncos de árboles; es imposible entender una sola palabra. El

torbellino en que se revuelven las olas sonoras filtranse en los cerebros de los mortales, privándolos de todo pensamiento, de los sentidos, de la razón.

La campana de la fábrica da el toque de alarma para que lo oiga todo mortal que tenga oídos para oír. Los reunidos al pie de la herrería de Ekeby estamos muertos de terror, ante la hecatombe que se cierne sobre nosotros. El dique amenaza desplomarse, peligra la herrería, peligra el molino y peligran nuestras pobres moradas, que tanto adoramos, a pesar de su miseria.

Las olas deben creer que el toque de alarma sirve para convocar a sus compañeras, porque los hombres no aparecen... Pero, arriba, en los bosques y pantanos, se nota cierto movimiento...

—¡Socorro, socorro! —parecen decir las campanas.

—Después de una esclavitud secular, hemos conseguido nuestra libertad, ¡venid, venid! —parecen decir las olas.

Las feroces olas y el son de la campana de la fábrica parecen entonar un cántico fúnebre a la gloria y en honor de Ekeby.

Y, entretanto, un mensajero tras otro sube al castillo de los caballeros.

¿Se encuentran en condiciones de pensar en la herrería y en el molino? Centenares de huéspedes están reunidos en el gran salón de Ekeby. Las doncellas esperan las órdenes en la cocina... El momento culminante se aproxima... El champaña brilla en las copas... El patrón Julius se levanta para pronunciar un brindis solemne. Todos los viejos aventureros de Ekeby esperan con mucha curiosidad el momento en que el asombro se apoderaría de aquella reunión.

En el campo, sobre el blando hielo del Leuven, sigue la condesa Dohna su camino siniestro y peligroso para prevenir a Gösta Berling del inminente peligro. En la llanura, al pie del torrente, las olas asaltan la gloria y la magnificencia de Ekeby, en tanto que en el gran salón reina la alegría y todos esperan los acontecimientos. Entre el fulgor de las velas de cera perlea el vino; en la sala no piensa nadie en lo que ocurre fuera, en aquella noche tenebrosa y emocionante.

Llega el momento crítico. Gösta se levanta, y sale radiante en busca de su novia. Tiene que atravesar el vestíbulo... La gran puerta está abierta de

par en par. Se detiene y, fijando su mirada en la muda oscuridad de la noche, se pone a escuchar con atención...

Oye el son de la campana, el ruido del torrente, el estallido de las masas de hielo que se rompen, el alboroto de los troncos que chocan entre sí, el himno a la libertad, triunfador, sonoro y burlón de las olas rebeldes.

En aquel momento no piensa en nada y se lanza a través de las tinieblas. ¡Qué sigan, que sigan los comensales alzando sus vasos, que esperen hasta el día del juicio, porque a él poco le importan! ¡Qué espere su novia, y que el discurso del patrón Julius se extinga en sus labios! Esta noche no se cambiarían las alianzas, y la espléndida reunión quedaría privada de una escena curiosa.

¡Desdichadas las olas que se rebelan...! Ahora se trata de combatir con la verdad y por la libertad... En este momento alcanza Gösta Berling el torrente, y en el mismo instante las gentes ven que aparece su caudillo para dirigir los trabajos de salvamento. Los defensores suben al vallado... Una épica lucha comienza...

¡Oíd sus voces de mando, oíd sus órdenes, que ponen en actividad a todos los hombres!

—¡Nos falta luz! ¡Luz ante todo...! ¡No sirve la linterna del molinero! Acumulad ramaje seco y llevadlo a la pendiente y encended una hoguera. Esa tarea incumbe a las mujeres y niños... Formad a toda prisa una inmensa hoguera de ramaje, que debe servir de antorcha para nuestro trabajo... ¡Que sea visible por todas partes para que las gentes acudan en nuestro socorro...! ¡Y procurad que el fuego no se extinga; nutridlo con paja y ramas, para que las brillantes llamas se eleven hasta las nubes!

—Mirad, hombres adultos, ésta es vuestra tarea: aquí tenéis madera, y tablones, con los cuales podéis construir un dique de previsión, para que se apoyen estos muros vacilantes. Poned rápidamente manos a la obra, haced un trabajo resistente y seguro... Preparad piedras y sacos de arena, para hundirlos, como refuerzo, tras el dique. Blandid ágilmente vuestras hachas, haced sonar vuestros martillos, perforad los maderos con vuestras barrenas, cortad con vuestra sierra los secos tablones...

—Pero ¿dónde están los jóvenes? ¡Qué vengan en seguida! ¡Venid, salvajes vagabundos! Traed perchas y cloques, y tomad parte en este ruda

lucha. Lanzaos sobre el dique, jóvenes, en medio de estas ondas voraces y espumosas que nos salpican con su blanca baba... Detenedlas, vencedlas y rechazadlas; detened estos ataques que hacen reventar los muros. Apartad los troncos y los bloques de hielo; postraos, si es preciso, y sostened las piedras que se desprenden del dique, enzarzaos a mordiscos con ellas, atenazadlas con férreas garras, y luchad con toda fuerza, mozos, jóvenes, vagabundos, gatos monteses...

—¡Arriba sobre el muro! ¡Estamos dispuestos a luchar por cada palmo de terreno!

Gösta sigue erguido en el borde extremo del dique, salpicado por la espuma, y siente el hervor del fondo bajo sus plantas; las olas rugen enfurecidas; pero su corazón se siente embriagado por este peligro, por esta inquietud, por esta lucha. Con cara sonriente dirige ingeniosas advertencias a los jóvenes. En su vida había pasado una noche tan divertida.

Los trabajos de salvamento progresan rápidos... Brillan las llamas, retumban las hachas, y el dique sigue todavía erguido... También otros caballeros y centenares de huéspedes del castillo habían bajado hacia la catarata. De lejos y de cerca acuden hombres y mujeres, reforzando las hogueras, el dique de previsión, acumulando sacos de arena, para salvar el rompeolas que pelagra. Poco después está terminado el dique de previsión que ha de ser sumergido junto al rompeolas que amenaza derrumbarse...

¡Sostened firmemente los bloques, tened a punto los sacos de arena, los cloques y las cuerdas, para que la fuerza de las olas no se lleve el trabajo de vuestras manos, para que los hombres alcancen una brillante victoria, y vuelvan a reducir a la esclavitud a los elementos que tenían antes subyugados!

En aquel momento decisivo, percibe Gösta Berling una figura de mujer sentada sobre un bloque, al pie del torrente. Iluminada por la claridad de las hogueras, permanece inmóvil con la mirada clavada en las olas. La neblina y la espuma le nublan la vista de Gösta Berling, que sigue contemplando aquella figura que le tiene fascinado. Parece que esta mujer desea decirle algunas palabras...

De aquellos centenares de personas que trabajan febrilmente al borde del torrente, es ella la única que permanece tranquila. La mirada de Gösta la

persigue constantemente... Para él no existe nadie más que ella...

Está colocada tan cerca del torrente que las olas bañan sus pies y la espuma mancha su cuerpo, calado hasta los huesos. Va vestida de negro, tocada con un chal de color oscuro... Acurrucada en la orilla, con la mano apoyada contra el mentón, no cesa de mirar hacia la otra orilla, al pie del rompeolas. Gösta siente el poder atractivo de aquella mirada fija, por más que es incapaz de distinguir sus facciones; piensa únicamente en aquella aparición, en la mujer sentada en la otra orilla, junto a las espumosas ondas.

«Es la ondina del Leuven, seguramente, que ha bajado al torrente para perderme... Ahora trata de atraerme con sus encantos... Tengo que arrojarla de aquí», pensó Gösta.

Todas aquellas ondas, con sus crestas blancas, le parecían soldados de las huestes de la negra hechicera... ¡Habría sido ella la que las ha instigado a lanzarse al ataque!

«¡Tendré que echarla!», dice para sí.

Luego agarra un cloque, salta a tierra y se lanza hacia aquella piedra, abandonando su puesto en el extremo del rompeolas. Sólo piensa en expulsar a la ondina. En este momento de emoción cree ver ante sí las huestes infernales que se lanzan contra él... Incapaz de concentrar sus pensamientos, comprendió que era preciso echar la negra aparición de la piedra que ocupaba a la orilla del torrente.

Gösta Berling: ¿por qué has abandonado tu puesto en instante tan crítico?

En aquel momento se acerca la gente trayendo el dique en previsión, y una larga fila de hombres se coloca sobre el rompeolas, provistos de cuerdas, piedras y sacos de arena para reforzarlo y consolidarlo.

¿Dónde está el jefe? ¿Por qué no deja oír su voz de mando? No está... Gösta Berling sólo piensa en perseguir la ondina y su voz ha enmudecido.

Es preciso que se sumerja el dique de previsión sin hallarse presente Gösta... Apártanse las olas; el dique se hunde en la profundidad y tras él se sumergen las piedras y los sacos de arena, Pero ¿cómo es posible llevar a cabo tal obra sin la dirección de un jefe...? Falta una cabeza que piense; falta una voz que mande... Las olas vuelven a embestir, lanzándose con redoblada furia contra el nuevo obstáculo... Abren una brecha entre los

sacos de arena, corroen las cuerdas, sueltan las piedras y se precipitan victoriosas. Burlonas y triunfantes, levantan el dique sobre sus hombros, sacudiéndolo, agitándolo, dominándolo por completo. ¡Fuera, fuera con esta miserable obra de salvación! ¡Que se la lleve el Leuven...! Y las olas vuelven a lanzarse contra el dique imponente y titubeante.

Pero Gösta Berling prosigue su persecución tras la ondina... Ésta le ve aproximarse armado del cloque, y su corazón siente una terrible angustia. Parece a punto de lanzarse al agua... Sin embargo, tras una breve reflexión gana tierra firme.

—¡Ondina! —exclama Gösta, blandiendo el cloque en el aire.

La perseguida recorre la plantación de alisos sobre la orilla, y se detiene entre el espesor del ramaje.

—¿Usted se halla fuera en esta noche, condesa Elisabet? —pregunta Gösta.

—Dejadme volver a casa, señor Berling —contesta ella.

Gösta obedece en el acto y aparta su mirada de ella; pero como no es solamente una dama distinguida, sino además un ser delicado y bueno que no puede soportar la idea de que por su culpa se entregue un hombre a la mayor desesperación, como no puede olvidar que era la pequeña niña florista que lleva siempre abundancia de rosas en su cesto para esparcirlas por el camino de la soledad, se siente poseída de un arrepentimiento súbito, y avanzando hacia él le coge de la mano.

—He venido... —le susurra dulcemente—, he venido para... Oh, señor Berling, no habrá sido usted el culpable, ¿verdad? Repito que usted no tiene culpa... Me sentí tan angustiada cuando usted se precipitó en pos de mí, pero era usted precisamente a quien yo buscaba... Le ruego que olvide todo lo que le dije la última vez, y vuelva a frecuentar mi casa como en otros tiempos.

—¿Cómo es posible que la señora condesa haya llegado hasta aquí?

Responde con una risa nerviosa.

—Bien sabía yo que llegaría tarde —respondió con cierta curiosidad—. Pero no quise decir a nadie que me dirigía a estos lugares... y, además, bien lo sabe usted, ahora es imposible franquear el lago...

—¿Pero usted ha venido por el lago, condesa?

—Sí, sí; pero, dígame, señor Berling, ¿es verdad que ya está usted desposado...? Comprenderá que yo preferiría que no hubiera ocurrido así... De todos modos, no está bien... Parece que yo tengo la culpa... Usted no debía haber dado tanta importancia a mis palabras... Yo soy una forastera que no está al corriente de las costumbres de esta comarca... ¡He sentido tanto abandono y soledad en Borg, desde que usted dejó de visitarnos, señor Berling!

Envuelto por el húmedo ramaje de los alisos, con el suelo pantanoso bajo sus plantas, Gösta creyó que alguien esparcía sobre él brazadas de rosas, que se hallaba hundido hasta las rodillas en un campo de flores que brillaban deslumbrantes en la oscuridad e impregnaban la atmósfera.

—¿Se ha verificado la boda? —repite ella.

Gösta debe decidirse a contestar, para poner término a su angustia.

¡Qué sentimiento más agradable surge en su corazón! ¡Qué alivio y consuelo experimenta al pensar en el camino que ella había traspuesto, en su cuerpo calado y rígido, en la expresión de angustia de su rostro, en el tono plañidero de su voz!

—No —contestó él—, no me he desposado.

Ella vuelve a apoderarse de su mano, y le dice acariciándola:

—¡Cuánto me alegra saberlo!...

Y su pecho, embargado por la angustia, se estremece ahora en sollozos.

Nuevo camino florido ábrese ante el poeta, desvaneciéndose todo lo sombrío, malo y perverso de su corazón.

—¡Qué buena es usted, qué buena! —exclamó.

Muy cerca de allí la furia de las olas asaltaba el honor y la magnificencia de Ekeby. Aquellas gentes se encuentran ahora sin guía que les dé ánimo y esperanza. El rompeolas se derrumba, las olas caen sobre él y avanzan triunfadoras. ¿Dónde está el promontorio en que se hallaba el molino y la herrería? Nadie trabaja ya para oponer resistencia a las olas, y todos piensan únicamente en salvar sus vidas y sus fortunas.

Aquellos dos seres humanos no sienten otra preocupación que la de recobrar el afecto perdido. Gösta se decide a acompañar a la condesa a su casa. No puede dejarla abandonada en la oscuridad de la noche. No puede permitir que vuelva a andar el camino a través del hielo que se derrite. No

piensa en que su presencia es precisa para salvar la herrería... Los dos se consideran dichosos por haber renovado su amistad.

Es probable que estos dos seres sintiesen un tierno amor mutuo: pero ¿quién puede saberlo...? La radiante historia de sus corazones ha llegado a nosotros en fragmentos mutilados y dispersos... Muy poca cosa puedo afirmar acerca de lo que sus almas atesoraban... Siendo así, ¿qué puedo decir de los impulsos que motivaron sus acciones? Lo único que sé es que en aquella noche apareció una mujer joven y bella que arriesgó su vida, su salud y su fama para hacer volver a un pobre desgraciado al camino de la virtud. Lo único que sé es que Gösta Berling, aquella noche, dejó que se hundieran el poder y el esplendor de su querido Ekeby para seguir a la mujer que por él había vencido el temor a la muerte, a la ignominia y al castigo.

Les he seguido con mi pensamiento a través de los hielos, en aquella noche que tuvo tan fausto final para la condesa. No creo que en el alma de Gösta existiera nada secreto y pecaminoso que tratara de vencer y ocultar, mientras caminaba al lado de su amada a través del hielo, conversando vivamente sobre todo lo que había ocurrido en el período de su separación.

Volvía a sentirse su esclavo, su paje, postrado a sus pies, considerándola su dama. Ambos experimentaban la más pura dicha y alegría, y sus palabras enmudecían dominadas por la languidez del amor...

Avanzaban sonrientes, chapoteando en el agua de la orilla. Sonreían al encontrar un camino que habían perdido, al levantarse después de una caída, sonreían siempre, dichosos...

Sólo es un divertido juego esta hermosa vida, en la cual ellos no eran más que dos niños traviesos que habían reñido... ¡Oh, qué placer causa pensar en la reconciliación! ¡Volver a empezar el interrumpido juego!

La noticia no tardó en propagarse por doquier... Con el tiempo, la historia de la peregrinación de la condesa llegó también a oídos de Ana Stiarnhök.

—Ahora veo claramente —dijo— que Dios tiene más de una cuerda en su arco... Procuraré calmar mi corazón y ocupar el puesto que me pertenece. Aun sin mi ayuda, Dios sabrá hacer de Gösta Berling un hombre cabal...

XVI

LA PENITENTE

Queridos amigos: si un día os sucede que encontréis en vuestro camino un pobre abandonado, un ser insignificante y abrumado por la pena, que lleve el sombrero puesto en el cayado, y sus zapatos en la mano, sin protección alguna contra los cálidos rayos del sol y las piedras del camino, un desamparado que voluntariamente conjura todo el mal del mundo sobre su cabeza, proseguid vuestro camino, estremeciéndoos silenciosamente, y no le hagáis caso. Será un penitente, ¿comprendéis?, un penitente que camina hacia el Santo Sepulcro.

Un penitente tiene que vestir un tosco manto, y vivir sólo a pan y agua, aun siendo el mismo rey. Tiene que caminar a pie, rezar y no poseer ninguna fortuna. Los cardos deben ser su almohada, y sus rodillas deben herirse tropezando con las implacables losas sepulcrales. Sobre su espalda tiene que cernerse el nudoso cilicio, y sólo la pena ha de constituir su alegría...

La joven condesa Elisabet había pertenecido un día a los que llevan el tosco manto y tienen que andar por caminos sembrados de espinas. Su corazón la dejaba convicta de sus culpas, y sólo anhelaba el dolor como un hombre rendido anhela un baño caliente. La horrible pobreza era su fortuna cuando, con serenidad en el ánimo, iba a hundirse en las tinieblas de los sufrimientos...

Su esposo, el joven conde con cabeza de viejo, volvió a casa a la mañana que siguió a la noche en que el molino y la herrería de Ekeby fueron destruidos por el furor de las aguas primaverales. Apenas llegó, fue

llamado por la condesa Marta, que se dispuso a referirle varias cosas maravillosas...

—Tu esposa ha pasado la noche fuera de casa, Enrique. Ha estado ausente muchas horas, hasta que por fin volvió acompañada de un hombre... Yo misma oí cómo se despedían, si bien no puedo precisar quién era. La oí salir y entrar, creyéndose que pasaba inadvertida. Te engaña, Enrique, te engaña esta santurrona, que adorna todas las ventanas con cortinas hechas a mano sólo por mortificarme... Nunca te ha querido, pobrecito de mi corazón... Su padre quiso proporcionarle un buen partido y se ha casado contigo para tener el porvenir asegurado...

Desempeñaba su papel con tanta perfección que el conde Enrique acabó por entregarse a un acceso de rabia, mostrándose dispuesto a hacer las gestiones necesarias para conseguir el divorcio. Conseguido esto la llevaría a casa de su padre.

—De ninguna manera —exclamó la condesa Marta—. Esto sería tu propia perdición... ya sabes que es una niña mimada que ha adquirido una educación deficiente... Yo misma me encargaré de ella y procuraré que vuelva al camino del deber.

El conde hizo llamar entonces a la joven condesa para decirle que en lo futuro se hallaría bajo la tutela de su madre. Nunca se había representado en esta casa, consagrada a la pena, una comedia tan trágica.

El conde arrojó sobre la cabeza de su mujer una lluvia de palabras insultantes. Con la mano levantada hacia el cielo, reclinó a las alturas celestes por haber consentido que su nombre lo manchara con el fango del arroyo una mujer ignominiosa... Con aire amenazador y el puño cerrado, le preguntó qué pena era la más adecuada para castigar un crimen de tal índole...

La condesita no experimentaba ningún miedo en presencia de su marido, pues estaba convencida de haber obrado con rectitud. Así es que se limitó a contestar que el resfriado que había cogido por haber salido aquella noche, era ya suficiente castigo para ella.

—Elisabet —dijo la condesa Marta—, no hay que tomarlo a broma...

—Nunca —replicó la joven— hemos estado de acuerdo acerca del tiempo propicio para la broma o la seriedad.

—De todos modos, debes comprender, Elisabet, que una mujer honrada no abandona su casa para vagar durante la noche en compañía de un aventurero proscrito.

Elisabet Dohna comprendió que su suegra estaba decidida a labrar su ruina, y que tenía que combatir hasta el último extremo para que aquella mujer no lograra su vil propósito.

—Enrique, no permitas que tu madre se mezcle en nuestros asuntos. Te explicaré todo lo ocurrido. Tú eres justo y no debes juzgarme antes de haberme oído. Escucha y verás que he obrado con arreglo a tus principios...

El conde movió lentamente la cabeza y Elisabet le refirió cómo había lanzado a Gösta Berling a seguir un mal camino con lo que le había dicho en el gabinete azul, cuya escena narró con todos los pormenores.

—No tenía ningún derecho a juzgarle —terminó diciendo—, y tú me has enseñado que no se deben ahorrar sacrificios cuando se trata de reparar una injusticia. ¿No es verdad, Enrique?

El conde se volvió hacia su madre.

—¿Qué dices ahora? —le preguntó.

Su cuerpo raquítico y encogido irguióse de una manera majestuosa, al par que arrugaba su frente tan alta como estrecha.

—Para mí Ana Stiarnhök es una lagartona; sabía muy bien los motivos que la inducían a contarle esa historia a Elisabet.

—Veo que usted no quiere comprender la verdad de este asunto. Quiero saber si la condesa Marta Dohna hubiera accedido, verdaderamente, al matrimonio de mi hermana con un cura exclaustro.

La condesa Marta calló... ¡Ah, este Enrique se lanzaba, como siempre, tras una pista falsa y dejaba la liebre para perseguir al cazador! Tanta necedad la dejó un momento como aturdida.

—Cometeríamos un doble error —dijo al fin— si recordásemos historias viejas; primero, porque debemos evitar el escándalo, y después, porque el culpable ha perecido, probablemente esta noche.

Y simulando un tono amable y lastimero, añadió:

—Elisabet ha dormido hoy hasta muy tarde y no sabe que se han enviado a todas partes gentes en busca de Gösta Berling. No ha vuelto a

Ekeby y se teme que haya muerto, ahogado, porque se ha roto la capa de hielo.

Elisabet se asomó a la ventana: las aguas se mostraban libres de la capa de hielo.

Entonces se sintió poseída de un sentimiento de vergüenza, por haber querido escapar a la mano justiciera de Dios, por haber mentido y disimulado, por haber querido escudarse tras el pretexto de la inocencia.

Desesperada, arrojóse a los pies de su marido, y una trágica confesión brotó de sus labios.

—¡Júzgame, arrójame de tu lado...! Yo le he amado... No lo dudes ni un momento; yo he sentido amor por él...; me estoy arrancando el cabello y desgarrando los vestidos presa de dolor... Ahora ya todo me es indiferente, puesto que él ha muerto... No tengo ningún interés en defenderme... Tú debes conocer toda la verdad... Le he robado el amor a mi esposo para entregar mi corazón a un extraño... ¡Ay! ¡Desgraciada de mí por haberme dejado seducir por un amor ilegítimo...!

¡Pobre ser desesperado, que estás a los pies de tu juez, confesándole toda la culpa...! ¡Bien venido sea el martirio y la deshonra...! ¡Ah! ¿Cómo has podido provocar el rayo del cielo para que cayera sobre tu cabeza?

Dile a tu marido qué impresión más horrorosa experimentaste al sentirte poseída de aquella pasión poderosa e irresistible, y la dolorosa ansia de tu corazón ante semejante infamia... Dile que hubieras preferido encontrarte con las almas en pena antes que habértelas con el demonio de tu propia alma.

Dile cuán indigna te sentiste cuando hollabas, errabunda, la superficie de este valle de lágrimas... ¡Ah, Dios santo, que sabes exorcizar a los demonios, apiádate de mí...!

Dile que te queda, como único remedio, ocultarlo todo para que nadie se entere de tu perversidad... Creíste que tu conducta era grata a Dios... Creíste seguir la senda de Dios, cuando quisiste salvar al que ha sido objeto de tu amor... Él no olvidaba que tú le querías... Hubiera sido injusto que se perdiera por tu culpa... ¿Supiste distinguir entonces el bien del mal...? Dios sólo lo ha sabido, y Él te ha juzgado. Él es quien ha herido al ídolo de tu

corazón. Él es quien te ha llevado al camino sagrado y salvador de tu penitencia.

Dile que te das cuenta de que no hay salvación en el disimulo... Sólo los demonios aman las tinieblas... ¡Que las manos de tus verdugos azoten tu cuerpo! El castigo debe ser como un dulce lenitivo para la llaga de la pecadora... Tu corazón anhela el sufrimiento.

Todo esto debes decirle, postrada a sus pies, alzando hacia él tus manos implorando castigo, hablando con la loca voz de la desesperación, prorrumpiendo en una salvaje carcajada al pensar en tu dolor y en tu ignominia, hasta que tu marido te coja en sus brazos y te levante del polvo...

—Desde ahora pórtate como corresponde a una condesa Dohna... De otro modo, tendría que rogar a mi madre que te castigue como un niño rebelde.

—¡Haz conmigo lo que te parezca!

Entonces pronunció el conde su fallo:

—Mi madre ha abogado por ti, y por esto puedes volver a vivir en mi casa... En lo futuro, sin embargo, la obedecerás siempre en todo cuanto te mande.

¡He aquí el camino de la penitencia!

La condesita se ha convertido en la más humilde de las criadas. Pero ¿cuánto tiempo soportará tanta humillación? ¿Cuánto tiempo callarán sus labios impacientes? Todavía le es dulce la humillación. Mientras la espalda se dobla bajo el peso, el corazón se mantiene tranquilo. El que no puede dormir más que algunas horas, no tiene necesidad de llamar al sueño. Aunque la vieja condesa tortura a su antojo a la joven ésta no se rebelará porque siente que el pecado vive siempre en ella. No importa que se la someta a un trabajo desmedido en el cuarto donde se teje: es justo, y ella no tendría valor para imponerse con sus propias manos la disciplina.

El día de la gran colada de la primavera, la condesa Marta la envía al lavadero y vigila su trabajo.

—El agua de tu cubeta está demasiado fría —le dice, y le derrama sobre los brazos el agua hirviendo.

Cuando las lavanderas lavan la ropa junto al lago, sopla un aire glacial. Las ráfagas de viento les echan a la cara una lluvia mezclada de nieve. Sus faldas, empapadas, pesan como plomo. Cuando se entregan a la ruda tarea de golpear la ropa, la sangre brota de sus uñas. Pero Elisabet no exhala la menor queja. ¡Alabado sea el Señor, que por salvarla quiere hacerla sufrir!

Los nudos implacables del cilicio caen cual blancos pétalos de rosa sobre la espalda de la penitente.

La joven condesa no tarda en enterarse de que Gösta vive... El único objeto de la vieja había sido arrancarle una confesión... Pero ¡qué remedio...! Ésta ha sido la voluntad de Dios... Dios ha dispuesto que la pecadora vuelva al camino de la virtud y de la reconciliación.

Tiene sólo una preocupación. ¿Qué va a pasar con su suegra, cuyo corazón han hecho los cielos tan duro por culpa suya...?

Él la juzgará con clemencia... Es preciso que aquella mujer sea implacable porque sólo así ayudará a la penitente a recuperar el amor de Dios.

Olvidaba cuántas veces un alma que en otros días había saboreado el placer, suele convertirse en un ser ávido de ruda violencia. Cuando un alma sensible y sombría se ve privada de halago y caricias, del bullicio del baile y del goce del juego, entonces suele hundirse en profunda oscuridad para emerger luego poseída de implacable dureza... Los sentimientos agotados del hombre encuentran la única fuente del placer en martirizar a otros seres humanos y a los animales.

La vieja no se da cuenta de su propia maldad.

Cree únicamente haber castigado una esposa frívola. Muchas veces se despierta durante la noche para aplicar nuevos martirios. ¡Dios mío, qué profanación más abominable! Esta mujer es capaz de transformar el trabajo, ese gran bienhechor de la humanidad, en sufrimiento y castigo.

Una noche la implacable condesa le ordena que la acompañe a su habitación, para iluminar la estancia con una candela que la joven lleva en la mano.

—La candela se acaba —murmura Elisabet.

—Si la candela se acaba, deja que se queme el candelero —responde brutalmente la condesa.

Y prosigue sus quehaceres hasta quedar extinguida la humeante mecha, quemando los pobres dedos de Elisabet.

Pero todo esto no son más que fruslerías. Hay sufrimientos del alma que son superiores a todos los martirios del cuerpo. La condesa Marta, al reunir invitados en su casa, dispone que el ama de la casa sirva personalmente a la mesa.

—Mira, éste es el gran día de la penitencia: quiero que las personas extrañas le vean en su humillación, que comprendan que ya no es digna de ocupar un puesto en la mesa de su marido. ¡Qué miradas más burlonas le van a dirigir!

Pero fue peor, mucho peor todavía, porque no fijaron en ella ni una sola mirada y todos los comensales permanecieron silenciosos y abatidos, dominados por una gran inquietud. Ella, sin embargo, sufrió pacientemente aquella humillación, que le producía dolores tan fuertes como si vertiesen sobre su cabeza ardientes brasas. ¿Sería tan abominable su pecado? ¿Sería ignominioso hallarse a su lado?

Y luego viene la tentación, que aparece en la figura de su antigua amiga Ana, y del alcalde de Munkerud. Este hombre, que es el tirano de Ana, coge a la penitente por el talle al ver que se aproxima, le quita la fuente de la mano y le ofrece una silla.

—Siéntate aquí, hija mía —dice el alcalde—; para mí no has cometido ninguna falta.

Los comensales declararon unánimemente que se marcharían si la muchacha no se sentaba a la mesa. No son crueles como verdugos, no se dejan mandar por la condesa Marta, ni burlar por el estúpido conde.

—Ah, señores, mis buenos amigos... No sean ustedes tan despiadados, obligándome a que pregone por el mundo mi falta... Entre ustedes hubo uno que me ha inspirado mucho amor...

—Hija mía, tú no sabes siquiera lo que es pecado, de tan inocente que eres... Gösta Berling no sospechó siquiera que tú le querías... Vuelve a ocupar tu puesto en la mesa, puesto que eres inocente.

De este modo procuran consolarla, y a los pocos momentos todos se vuelven tan joviales y alegres como unos niños. En torno a la mesa resuenan risas y bromas... Aquellos hombres impresionables y

emocionados no podían tener mal fondo, aunque les hubiera enviado el tentador. Se esfuerzan en insinuarse que es una mártir, y no tienen más que burlas para la condesa Marta, a la que llaman bruja. Sin embargo, no se dan cuenta exacta de las cosas..., no comprenden que el alma anhela la pureza, no comprenden que los penitentes, obedeciendo la voz de su corazón, se hieren voluntariamente los pies contra las piedras del camino y aguantan pacientemente los ardientes rayos del sol.

De vez en cuando, la condesa Marta la obliga a pasarse días enteros sentada al bastidor, y entonces se pone a contarle un sinnúmero de historias de Gösta Berling, ese predicador destituido y gran aventurero. Donde su memoria no alcanza, completa el relato con aventuras de su invención. Únicamente le preocupa que ese nombre resuene todo el día en el oído de la joven condesa...

Y ésta, sólo de pensarlo, tiembla de horror. Ahora comprende que nunca terminará su penitencia, como tampoco se extinguirá su amor jamás, pues está convencida de que moriría antes que olvidarlo.

Sus fuerzas corporales empiezan a abandonarla, y la pobre se siente aquejada frecuentemente de un extraño mal.

—Pero ¿dónde está tu paladín? —preguntó la condesa en tono burlón—. Todos los días espero que llegue al frente de los caballeros. ¿Por qué no se atreve a conquistar el fuerte de Borg, para reponerte en el trono y para arrojar en los calabozos del castillo a tu marido, maniatado? ¿Es que ya te olvidó?

La penitente siente un vago deseo de defenderle y de confesar que ella misma fue la que le prohibió que la socorriese; pero no, lo mejor será callar y sufrir...

De día en día se va consumiendo abrasada por la llama de aquel sobrehumano esfuerzo; agitada por la fiebre, no se acuesta a pesar de que apenas puede tenerse en pie. Su único anhelo es morir. Su vigorosa naturaleza parece atrofiada; el amor y la alegría no se atreven a consolarla. Los sufrimientos ya no le causan horror.

El conde parecía haber olvidado que su mujer existiera. Permanecía encerrado todo el día en su habitación, dedicado a descifrar manuscritos ininteligibles de antigua y borrosa impresión, a leer documentos

aristocráticos escritos en pergamino con el sello del Imperio de Suecia, a estudiar todo lo relacionado con antiguos blasones, con flores de lis sobre fondo blanco y grifos sobre fondo azul. El conde es muy experto en cuestiones de heráldica, que descifra con suma facilidad. Y vuelve a leer y releer las antiguas necrologías y cartas de fueros, en los cuales las hazañas de los históricos condes de Dohna se comparan con las proezas de Israel y de los dioses helénicos.

Todas esas antiguallas fueron para él una fuente de alegría. Desde que la condesa Marta pronunciara las palabras que mataron en él todo el amor: «Esa mujer se casó contigo solamente por el dinero», eran su única preocupación, porque jamás se le ocurría pensar en su esposa.

No hay hombre que sea capaz de oír con indiferencia tales palabras, y fatalmente, al oírlas, el amor tiene que morir por fuerza... Ahora le era indiferente el bienestar de su mujer, aunque pensase volver más tarde al cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Además, el conde sentía una gran admiración por su madre.

Un mes entero duraron aquellos sufrimientos... Sin embargo, todo ese período no fue tan borrascoso y violento como hubiera debido ser, dado el curso de estos acontecimientos, que debiera sintetizar en unas pocas cuartillas. Se cuenta que la condesa Elisabet no abandonó jamás su tranquilidad, y sólo cuando se enteró de la supuesta muerte de Gösta Berling fue vencida por la emoción. Y su arrepentimiento fue tan grande, que no se consideraba digna de gozar del amor de su esposo. Con toda seguridad se hubiera dejado martirizar hasta la muerte por la condesa Marta, si no se le hubiese presentado una noche la vieja ama de llaves, diciéndole:

—La señora condesa tiene que hablar con el conde... ¡Dios mío! La señora condesa, tal vez en su infantil inocencia, no sepa lo que le espera, pero yo sí lo sé.

Y era precisamente aquello que no quiso revelar a su marido mientras él la culpaba, poseído de las más negras sospechas.

Aquella noche se vistió silenciosamente y salió ataviada como una sencilla aldeana, con un hato en la mano; estaba decidida a fugarse del hogar para no volver a él jamás, y con este propósito se dispuso a errar por

el mundo para librarse de todos sus martirios y sufrimientos. Esperaba que Dios la inspirase en aquel trance, confiando en que le daría las fuerzas necesarias para emprender su nueva lucha por la vida.

No marchó hacia el Oeste, porque en este lado vivía alguien que le era muy querido. No marchó hacia el Norte, porque en el Norte vivían muchos de sus amigos, ni hacia el Sur, porque hacia el Sur, lejos, muy lejos, estaba la casa de sus padres. Se fue hacia el Este, porque en el Este no tenía amigos, ni conocimientos, ni apoyo, ni consuelo.

No partió a buen paso, porque aún no creía haber obtenido el perdón de Dios. Estaba contenta de llevar su miseria en medio de gentes extrañas. Sus miradas indiferentes fijaríanse en su sufrimiento y la aliviarían como alivia la carne dolorida el contacto del acero frío.

Caminaría hasta encontrar una pobre granja al borde del camino, donde nadie la conociera.

—He tenido una gran desgracia —diría a todos— y mis padres me han echado de casa. ¿Quieren ustedes cobijarme y alimentarme? Yo trabajaré, y, además, no estoy desprovista de dinero.

Pensando estas cosas, caminaba en aquella clara noche de junio. Había pasado el mes de mayo —ese mes en que los abedules mezclan su tierno verdor con la oscuridad de los abetos y en que sopla el hálito tibio del Sur— sometida a su dolorosa prueba.

Debo parecerte ingrata, ¡oh, hermoso mes de mayo, porque no te he dedicado una sola palabra elogiando tu dulzura! Pero ¿has observado a los niños que, sentados en las rodillas de su madre, escuchan un cuento? Mientras se les habla de gigantes crueles y princesas dolientes permanecen con los ojos abiertos; pero apenas se les habla del buen tiempo y del sol, cierran sus párpados y duermen dulcemente, hundiendo su cabecita en el seno maternal. Yo soy ese niño que ama las historias interesantes. Yo prefiero las noches de espectros y aventuras, los rudos destinos y las pasiones que llenan de sombra los corazones salvajes.

XVII

EL HIERRO DE EKEBY

La primavera es la época en que todas las herrerías del Wärmaland envían su hierro a Gotemburgo.

Pero la de Ekeby no tenía hierro que enviar. Las fundiciones habían estado faltas de agua en el otoño, y en la primavera, los caballeros no se habían preocupado de nada.

Bajo su imperio los torrentes se habían convertido en cascadas de cerveza, y las olas del Leuven en oleadas de *punch*. No se echaba hierro en los hornos; pero los herreros de blusa y con zuecos de madera, daban vuelta en los fogones a enormes trozos de carne, mientras los aprendices, provistos de pinzas, metían en las llamas los capones machacados, que luego devoraban. Se bailaba a lo largo de los ribazos, se dormía sobre los bancos de los carpinteros, se jugaba a las cartas en torno de los yunques. Y en días tan felices nadie forjaba el hierro. Llegó la primavera y los negociantes de Gotemburgo comenzaron a esperar con impaciencia el hierro de Ekeby. Se leían y releían los contratos firmados por el comandante y la comandanta, contratos que hablaban de centenares y centenares de quintales. Pero a los caballeros les tenían sin cuidado los contratos de la comandanta. Vivían sólo entre música y banquetes.

A Gotemburgo llegaba el hierro de Stöme y de Sölle. El hierro de Kymsbergo se abría el camino hacia el Voern a través del desierto. Llegaba el hierro de Uddholm y el de Munkfors y el de otros muchos sitios. Pero ¿dónde estaba el hierro de Ekeby?

¿No es acaso la de Ekeby la primera de las herrerías del Wärmaland? ¿Es que no vela nadie por la gloria del antiguo dominio? Esta gloria quedó a

merced de los caballeros, hombres despreocupados y sin sesos que no piensan más que en divertirse.

Ríos y torrentes, puertos y esclusas, vapores y barcazas, se preguntan, asombrados: «¿No aparecerá pronto el hierro de Ekeby?». Y por bosques, ríos y montañas corre el mismo rumor de sorpresa: «¿No viene el hierro de Ekeby?».

Y en el fondo del bosque le sonríe el carbonero; y hasta las grandes cabezas de los martinets aparecen con una mueca burlona; las minas abren sus anchas fauces y ríen estruendosamente; los cajones de las mesas de los despachos, donde se guardan los contratos de la comandanta, se desternillan de risa. «¿Habéis oído nunca nada tan extraño?». ¡No tienen hierro en Ekeby! ¡No tienen hierro en la herrería más importante del Wärmeland!

—¡Despertad de vuestra indolencia, caballeros! ¿Consentiréis que caiga sobre Ekeby tamaña vergüenza? Vosotros amáis, no obstante, esta tierra verdequeante, la más hermosa que hizo el buen Dios. Hacia ella tienden vuestros deseos, cuando vais por los caminos, y su nombre os hace brotar lágrimas de nostalgia. ¡Despertad, caballeros, y salvad la reputación de esa tierra! Además, si los martillos de Ekeby han holgado, han debido trabajar en las otras seis fundiciones que dependen de ella y forjar bastante hierro para cumplir los contratos. Y Gösta Berling se dedicó a ir en busca de los encargados de las otras seis fundiciones.

Sería inútil investigar en Hogfors, pueblo sito a poca distancia de Ekeby, más allá del torrente de Björk, que, por su proximidad a Ekeby, está sometido igualmente a la supremacía de los caballeros. Gösta se dirigió unas cuantas millas hacia el Norte, hasta que llegó a Lotafors.

Era un lugar encantador, indudablemente. El extremo superior del lago de Leuven extendíase ante su vista, y detrás hallábanse, en las mismas inmediaciones, las montañas de Gurlita, con sus abruptos peñascos, de aspecto salvaje y romántico, propio de un boscoso país montañoso. La herrería, sin embargo, no se halla en su estado normal, puesto que, desde hace un año, el volante se halla paralizado.

—¿Por qué no se repara el desperfecto?

—El carpintero, querido amigo, que era el único que hubiera podido hacerlo, tenía otras ocupaciones. Por esto no hemos podido fundir ni un

solo quintal de hierro.

—Pero ¿por qué no habéis mandado a buscar al carpintero?

—Lo hemos hecho cada día. Nunca tenía tiempo de venir, pues estaba obligado a montar cenadores y barracas para los juegos de bolos en Ekeby.

Al oír tales palabras, Gösta se dio perfecta cuenta del resultado que podía esperar de su expedición.

Prosigue su camino con rumbo hacia el Norte, hasta Biornidet. Es un poblado cuya situación es digna de la de un castillo. La gran casa solariega domina un valle semicircular, rodeado de poderosas alturas y del lago de Leuven.

Bien sabe Gösta que para sus peregrinaciones y románticas excursiones al claro de luna, no hay como el sendero que bordea la orilla del torrente, al lado de la catarata, bajando luego hacia la herrería enclavada en un lugar que se halla a cubierto en una caverna formada por dos grietas de la montaña. ¿Encontraría allí el hierro?

No; seguramente, no. Allí faltaba carbón y, además, no era posible recibir dinero alguno de Ekeby para pagar a los carboneros y a los acarreadores. Todos los trabajos habían sido paralizados durante el invierno.

Entonces se decide Gösta a continuar hacia el Sur. Así llega hasta Hon, a la orilla este del lago de Leuven, y luego a Lotafors, internado en el desierto y, por último, a Elgfors, sin haber obtenido mejor resultado que antes. El hierro no aparece por ninguna parte. Últimamente llega hasta Elgfors, una modesta herrería hundida entre los collados del Este, paraje encantador que siempre ejercerá un hechicero poder sobre los hombres. Allí hay mucha caza en los bosques y abundante pesca en el lago. Allí existen promontorios poblados de abedules, donde el hombre pasaría días enteros entregado a sus ensueños. Allí reina tan profunda tranquilidad y tan imperturbable silencio, que el hombre se siente separado por completo del bullicio y de la intranquilidad del mundo. Sin embargo, los arcanos poderes de la paz, que allí dominan, han procurado que el acceso a esos parajes sea difícilísimo y el camino casi intransitable. Bien lo experimentó Gösta Berling al subir con *Don Juan* la pendiente próxima a la herrería. El encargado de la herrería. Bendix, adoptó un aire grave y su cara tuvo una contracción, cuando oyó la pregunta de Gösta:

—¿No quedan existencias en las otras herrerías?

—No; en absoluto.

—¡Oh, canallas! —exclamó—. Parece mentira que se atrevan a divulgar tales rumores. Créeme que más de una vez me he encontrado en el camino sus carretones cargados de hierro. Puedes estar seguro, Gösta, de que el hierro de los caballeros se halla ya en Gotemburgo.

Gösta se sintió animado por nuevas esperanzas. Aunque no tenía muchas respecto al administrador, desde este momento empezó a creer que en la herrería existía hierro.

Bendix tomó a Gösta por la mano y le llevó a su despacho.

—Quiero mostrarle una cosa muy curiosa, hermano —dijo el gracioso viejo.

Y, abriendo un cajón, sacó unas pequeñas limas de acero.

—Usted no adivinará dónde las he encontrado —prosiguió, mirando a Gösta con una expresión de siniestra severidad en el rostro.

Gösta Berling confesó que no.

—Mire esta pieza —continuó diciendo el administrador, al par que sacaba una rata muerta del mismo cajón y llamaba la atención de Gösta sobre el animal. Sus roedores dientes no eran como los otros, sino un par de limas de acero.

—¿Qué le parece esto, hermanito? —preguntó el administrador—. Creo que Dios ha cometido una injusticia: provistos los ratones de estos dientes, pueden comer hasta hierro. Son unos pequeños demonios. Han roído todas nuestras barras de hierro, de modo que no nos queda ni una libra de metal. Cuando ayer entré en el almacén, todo había desaparecido, y entre aquella desolación no había más que unas cuantas virutas y este ratón muerto. Al percatarme de que la boca del animal tenía dos limas de acero en vez de dientes, comprendí todo lo sucedido. ¿Quiere estas limas? Son muy interesantes, a fe mía...

Al decir esto dirigió a Gösta Berling una mirada que denotaba preocupación. Éste se dejó caer sobre una silla riendo a carcajadas, por más que no era la primera vez que oía lo de que las ratas se comían el hierro de las herrerías.

Entonces Gösta volvió a Ekeby. Con aire sombrío contemplan los caballeros las cincuenta libras de hierro que fueran encontradas en el almacén. Abatidos por la pena y la vergüenza, ven que toda la naturaleza se burlaba de Ekeby. Parecía que la tierra temblaba y gemía, que los árboles retorciéndose en muecas burlonas y salvajes, que la hierba y las plantas lloraban al ver que se hundía la gloria y el honor de Ekeby.

Pero ¿para qué perder tantas palabras y causar tanto asombro? ¡He aquí el hierro de Ekeby!

Vedlo cómo lo cargan en las barcas, al borde del Klarelf, para transportarlo a Karlstad, pesarlo en la balanza y, desde allí, reexpedirlo en un barco hasta Gotemburgo. Pero ¿cómo es posible que haya ahora tanto hierro si en Ekeby no había más que cincuenta quintales y el resto de las herrerías no tenían existencia alguna? ¿Cómo puede ser que aparezcan ahora barcas cargadas de enormes barras de hierro, que debe ser pesado en Karlstad? Los caballeros son los únicos que pueden contestar esta pregunta.

Van a bordo de unas embarcaciones feas y pesadas; quieren ir con su hierro hasta Gotemburgo. No han entregado a vulgares barqueros su preciosa carga. Han ido ellos mismos, con botellas y cestos de provisiones, con cuernos y violines, y rifles y cañas de pescar, y barajas. No abandonarán su hierro hasta verlo depositado sobre los muelles de Gotemburgo. Lo han embarcado ellos, y cuando lo trasladen a un barco en Karlstad, continuarán vigilantes con las velas y el timón en sus manos. ¿Acaso no hay un banco de arena en el Klarelf o un escollo en el Voernern, que no conozcan ellos? ¿No le es tan familiar el timón y las jarcias de los veleros como el arco del violín y las riendas de caballo?

Ninguno de los caballeros se ha quedado en casa. El tío Eberhard abandonó el pupitre de su escritorio; el tío Cristóbal salió de su rincón de la chimenea, y hasta el manso Lövenborg hizo acto de presencia, porque todos tenían que estar presentes allí donde se jugaba el honor de Ekeby.

A Lövenborg no le era agradable ver el Klarelf de nuevo. Hacía treinta y siete años que no lo había visto, y en todo este tiempo nunca se había embarcado. Este hombre odiaba las luminosas superficies de los lagos, y las

aguas grisáceas de los torrentes. Cuando contempla el agua le sobrevienen tristísimos recuerdos, y por esto rehúye el mirarla. Hoy, sin embargo, le había sido imposible quedarse en casa, porque no podía faltar su presencia allí donde se trataba de salvar el honor de Ekeby.

Treinta y siete años antes había presenciado la muerte de su novia en las ondas del Klarelf y, desde entonces, su pobre cabeza se hallaba como trastornada.

Y, al contemplar el curso del agua, su cerebro comienza a nublarse. El grisáceo torrente, con sus ondas innumerables, gigantescas y luminosas, parece a un gigantesco reptil de escamas de plata que se arrastra por el suelo acechando su presa; los muros areniscos, altos y amarillentos, cuajados de penachos de hierba que humedecen las aguas del río, parecen las paredes de una trampa en cuyo fondo se halla enroscada una serpiente; la amplia carretera, que forma un ancho boquete en la pared, se abre camino a través de la arenosa orilla hasta llegar al atracadero de las barcas; parece ser la boca de una terrible caverna infernal. Y el viejo sigue contemplando aquellas maravillas con sus ojos azules desmesuradamente abiertos. Su canosa melena flota al viento y sus mejillas, otras veces sonrosadas, están pálidas de angustia. Como si una voz misteriosa se lo hubiera insinuado, cree que de un momento a otro aparecerá el caminante destinado a ser devorado por la astuta serpiente.

Los caballeros se disponen en este instante a embarcarse; ya agarran los largos bicheros para poner las barcas en medio de la corriente.

Entonces se oye la voz de Lövenborg:

—¡Alto, por Dios, alto!

Los caballeros comprenden su angustia al notar que la barcaza cedía bajo sus pies; pero no por eso dejan de seguir hundiendo los bicheros entre las piedras del fondo.

Y el anciano, que está convencido de que el torrente continúa esperando alguna víctima irremisiblemente perdida, señala hacia la cercana carretera, como si por allí tuviera que aparecer algún viajero desprevenido.

Ya saben todos que la vida se complace en preparar escenas como las que voy a describir. Los caballeros se embarcaron en sus barcas la mañana que siguió a la noche en que la condesa Elisabet emprendió su

peregrinación hacia el Este, dejándose llevar hasta la otra orilla de Klarelf. La pobre mujer, que había pasado toda la noche caminando, apareció en la carretera que conducía hacia el desembarcadero en el preciso momento en que los caballeros se disponían a alejarse. Poco después entabló conversación con un barquero que puso su bote a disposición de la desconocida. Vestía como una aldeana, de suerte que nadie pudo reconocerla. Los caballeros, sin embargo, seguían contemplándola asombrados, como si aquella figura les evocara algún recuerdo. En la carretera se levantó de pronto una nube de polvo y de ella emergió una espaciosa calesa. Al punto comprendieron que aquel vehículo llegaba de Borg con el objeto de buscar a la fugitiva. Ya no le era posible escapar en el bote. La única salvación para ella eran las barcazas de los caballeros. Sin reflexionar un solo momento, se lanzó hacia ellas, sin mirar quién se hallaba a bordo, porque de haberlo sabido hubiera preferido arrojarle bajo los cascos de los caballos, antes que buscar refugio entre los caballeros.

Una vez en la barcaza, limitóse a exclamar:

—¡Escondedme, escondedme! —y tropezando con las barras de hierro, desplomóse. Los caballeros trataron de poner la embarcación en medio de la corriente, que la arrastró, llevándola hacia Karlstad, en el momento en que la calesa llegaba al desembarcadero.

El coche se hallaba ocupado por el conde Enrique y la condesa Marta. El conde bajó para preguntar al barquero por la fugitiva; pero como le daba reparo preguntar por la prófuga, dijo:

—Por aquí ha escapado.

—¿Quién? —preguntó el barquero.

—Alguien que yo quiero saber si tú has visto.

—¿Pero quién es el que se ha escapado?

—Eso no te importa. La cuestión es que se ha escapado. Te pregunto ahora si no has transportado a nadie a la otra orilla del torrente.

Nada pudo averiguar en concreto del barquero, a quien tuvo que hablarle la propia condesa Marta. Entonces supo que la fugitiva se hallaba a bordo de la barcaza.

—¿Qué gentes son aquéllas?

—Son los caballeros; así se les llama.

—¡Ah! —exclamó la condesa—. Tu mujer ha caído en buenas manos. Podemos volvernos tranquilamente.

A bordo de la embarcación no reinaba la alegría que supusiera la condesa Marta. En tanto fue visible la calesa amarilla, la desgraciada joven permaneció sentada sobre el cargamento, sin moverse ni pronunciar una sola palabra. Contemplaba, aturdida, las aguas del lago.

Es muy probable que reconociera a los caballeros apenas vio desaparecer el vehículo en la lejanía.

Se estremeció horrorizada y pareció que intentaba escapar. Pero, detenida por los que la rodeaban, dejase caer de nuevo sobre el cargamento, dando débiles gemidos.

Los caballeros no se atrevieron a dirigirle la palabra. La joven, por su aspecto, parecía rayar en la locura.

Los casquivanos caballeros empezaron a sentirse, al cabo, un tanto responsables. Aquel hierro que llevaban a bordo era una carga muy pesada para sus hombros, y ahora tenían, además, que vigilar una dama joven y bella que se había escapado de su marido.

Cuando encontraron a la joven condesa en el rigor del invierno, uno u otro de ellos debió pensar en alguna pequeña hermana suya, a la que amara en otro tiempo y con la que jugara, haciendo pugilatos de fuerza, con gran mimo y cuidado. Y, de hablarla, hubiera tratado de reportarse y de no usar malas palabras. Y si algún joven forastero se extralimitara en las bromas y juegos o se atreviera a entonar coplas indecorosas en presencia de la joven, hubiéranse abalanzado sobre él con furioso enojo, dispuestos a castigarle duramente; porque la hermana de un caballero no debía oír nunca feas expresiones, ni sufrir penas, ni encontrar odios y maldades en su camino.

La condesa Elisabet había sido la jovial hermanita de todos los caballeros. Cuando sus delicadas manos se abandonaban entre las robustas de alguno de ellos, parecía decirles: «Piensa cuán frágil soy; tú eres mi hermano mayor, y debes protegerme de los demás y de mí misma». Y siguieron siendo los mismos caballeros que ella conociera.

Los caballeros la contemplaban y no podían contener un estremecimiento de horror; apenas la reconocían. Mostrábase afligida,

desconsolada y sumamente triste. Su cuello se había adelgazado y sus facciones se habían contraído. Estaba resentida de la caminata de la noche, en el vestido veíanse señales de sangre que le manaba de una pequeña herida de la frente, y sus rubios y rizados cabellos le caían por las sienes formando abundantes rizos.

Sus ropas, húmedas por el deshielo, estaban sucias y su calzado deshecho. A los caballeros les inspiraba un sentimiento de profunda extrañeza. La condesa Elisabet, la verdadera, no tenía aquellos ojos de salvaje y ardiente mirada.

Su hermanita era una presa segura de la demencia; era como un alma que descendiera del otro mundo y que luchara consigo misma por predominar en aquel cuerpo atormentado.

Poco les preocupaba la suerte de aquella mujer. Recuerdos de lejanos tiempos iban despertándose en la mente de la condesa.

Sintiose de nuevo acosada por la tentación que había logrado desterrar.

Ahora estaba entre amigos... ¿Intentaría renunciar a seguir el camino de la penitencia?

Se incorporó y llamó con todas sus fuerzas, dispuesta a partir. Los caballeros procuraron calmarla, diciéndole que podía estar tranquila, y que la pondrían al abrigo de toda persecución. Entonces les rogó únicamente que la dejaran marchar en el pequeño bote remolcado por la embarcación, acompañándola hasta la orilla para que pudiera seguir su camino por tierra firme.

No la podían dejar marchar de aquella manera. ¿Qué sería de ella? Era preferible que permaneciera allí. Aunque no eran más que unos cuantos ancianos, ya encontrarían una solución que les permitiese ayudarla en su desventura...

La muchacha levantó las manos suplicando que la dejaran marchar; mas ellos no quisieron satisfacer sus deseos, porque comprendieron que la joven estaba rendida y exhausta, y que podría sucumbir en el camino.

A cierta distancia, Gösta Berling contemplaba absorto las aguas. Acaso la joven condesa habría preferido no verle. Sin darse cuenta, sus pensamientos se tornaban optimistas y alegres.

«Ahora nadie sabe dónde está la condesa y podríamos llevarla a Ekeby —pensó—; la ocultaremos y nos portaremos con ella como galantes caballeros, y será nuestra reina y señora; pero nadie debe saberlo. Le guardaremos grandes consideraciones y quizá llegue a ser feliz con nosotros; todos los viejos se desvivirán por cuidarla como si fuera su propia hija, y nosotros llegaremos a ser otros hombres; beberemos leche de almendras y conversaremos en francés. ¿Y cuando termine el año de nuestro poder? ¿Qué va a suceder entonces...? En fin, el tiempo lo resolverá...».

Nunca se había atrevido a confesarse a sí mismo si era amor lo que sentía por la condesa. No hubiera podido poseerla sin pecar, y no quería caer en algo abyecto o delictivo. Y esto era lo único que sentía... ¡Pero ocultarla en Ekeby, ser amable con ella, y ahora que todos los demás la trataban mal, hacerla disfrutar de todas las dichas de la vida...! ¡Ah, esto sería para él una feliz ilusión!

Interrumpió sus reflexiones al darse cuenta de que la condesa se hallaba en un estado de completa desesperación. Sus palabras tenían un acento desgarrador. Cayó de rodillas ante los caballeros, implorando, llena de angustia, que la dejaran marchar.

—Dios no me ha perdonado todavía. ¡Dejadme marchar! —les decía.

Gösta vio que ninguno de los otros caballeros estaba dispuesto a complacerla, y comprendió que la empresa debía ser realizada únicamente por él. Él, que la amaba, era el llamado a hacerlo; pero la cosa era difícil, pues parecía que todos los miembros de su cuerpo se oponían a la realización de sus propósitos.

Se deslizó penosamente hasta ella y le dijo en voz queda que la llevaría a tierra.

La joven se levantó rápidamente; descendieron al bote que preparó Gösta, y éste remó con ardor hasta torcer la orilla oriental. Se detuvo en el angosto portón y la ayudó a saltar a tierra.

—¿Y qué será ahora de usted, condesa? —preguntó.

La condesa señaló al cielo.

—Pero ¿y si la señora condesa necesitara auxilio?... Y Gösta no pudo terminar, pues la voz le faltaba.

Ella le comprendió y repuso:

—Si me encuentro en algún apuro, le llamaré.

—¡Cuán dichoso sería si pudiese protegerla siempre contra los malvados!

La condesa le tendió la mano en señal de despedida, y Gösta se quedó sin saber qué decir, con la mano abandonada entre las suyas.

La condesa no tenía más pensamiento fijo que obedecer aquella voz interior que la impulsaba a buscar refugio entre extraños, y apenas se daba cuenta de que el que estaba en su presencia era el que amaba, y al que dejaba ahora abandonado.

Gösta la dejó, pues, marchar y remó de nuevo hacia donde estaban los caballeros. Cuando llegó a la chalana, tembloroso por el cansancio, su rostro reflejaba el agotamiento de sus fuerzas. Parecía extenuado como si acabara de realizar el trabajo más penoso de su vida.

Durante unos días siguió haciendo los mayores esfuerzos para que el honor de Ekeby quedara a salvo. Llevaría el hierro a la báscula del promontorio de Kannike; pero pronto se le acabarían las energías y flaquearía su espíritu animoso.

Mientras estuvieron a bordo, los caballeros no notaron en él ningún cambio. Procuraba mantener firmes sus nervios y su energía; la sangre fría y la agilidad, que debían salvar el honor de Ekeby. ¿Cómo obtener el triunfo en aquel juego de azar, si lo emprendían compungidos y desanimados?

Fácilmente se comprendía que estuvieran tan alegres a bordo de la chalana del hierro, si, como decía el rumor público, llevaban en cada viaje más arena que hierro, y si era verdad que las barras llevadas a la báscula eran siempre las mismas, pues se decía que las llevaban a su destino y las volvían a retirar para volverlas a llevar de nuevo, una y otra vez, hasta completar los centenares de quintales deseados; y, efectivamente, así sucedía, porque el encargado y los empleados de la báscula habían sido sobornados previamente, obsequiándolos los caballeros con cajas de provisiones y las botellas que llevaban a bordo.

Pero ¿quién puede comprobar todo eso ahora? Y si era cierto todo lo que se decía, con seguridad que Gösta Berling no tendría tiempo a entristecerse. El caballero no sentía en aquellos momentos la alegría que

solía causarle las aventuras peligrosas. Tan pronto como supo que estaba arreglado el asunto del hierro, cayó en honda desesperación.

«¡Oh, Ekeby! ¡Oh, tierra de mis ensueños! —se decía para sus adentros—. ¡Qué siempre resplandezca tu honor!».

Una vez recibieron los caballeros el conforme del encargado de la báscula, cargaron con hierro una gabarra del Vener. Era costumbre establecida que los gabarreros llevasen el hierro hasta Gotemburgo sin que los propietarios del Wärmeland tuvieran ya que preocuparse de su material, con tal que hubieran recibido el resguardo de la báscula y del muelle con el conforme de haber hecho entrega de la mercancía. Pero los caballeros no quisieron hacer las cosas a medias y se aprestaron a conducir ellos mismos el hierro hasta Gotemburgo.

En el camino les ocurrió una gran desgracia. Aquella noche estalló una tempestad y la gabarra, al quedarse sin gobierno, se estrelló contra unos escollos, hundiéndose con su valioso cargamento. Nada se salvó; los naipes, las trompas de caza y las botellas de vino vacías, todo se fue a pique. Pero pensando las cosas con serenidad, ¿qué importaba que el hierro se hubiera perdido, si el honor de Ekeby estaba salvado? El hierro había sido debidamente pesado en Kannike, y aunque el mismo comandante hubiera manifestado por escrito a los comerciantes de Gotemburgo que no estaba dispuesto a entregar el dinero necesario si el hierro no llegaba, poco importaba. Ekeby era muy rico y su honor estaba a salvo.

Pero ¿y si en los puertos y presas, en las minas y hornos de carbón, entre las gabarras y chalanas, empezaran a extenderse fantásticos rumores? ¿Y si llegaba de los bosques la sorda murmuración de que todo lo del viaje era una farsa? ¿Y si en el Wärmeland caían en la cuenta de que la cabida de la chalana apenas era de cincuenta quintales, y que el naufragio podía haber sido un hecho intencionado? Bien, ¿y qué? Sería una heroica y hábil hazaña más y una obra digna de los caballeros. Eso no empañaba el limpio honor de la vieja propiedad.

Mas, todo ello ya pasó hace muchos años y bien pudiera ser que los caballeros compraran hierro en otra parte o encontraran en viejos almacenes algo que ignoraban existiese. Pero la verdad nunca fue sabida. Por lo

menos, en la báscula no se sabía que hubiera podido llevarse a cabo un fraude así; aquél era el único sitio donde podían saberlo con certeza.

Cuando los caballeros estuvieron de regreso en sus casas, supieron algunas noticias; el matrimonio del conde Dohna iba a deshacerse. El conde había enviado su representante a Italia para probar que el matrimonio no era válido. El enviado volvió con noticias favorables, aunque nadie se enteró de su contenido. Hay que aceptar con reserva las antiguas leyendas, que son como rosas medio marchitas, cuyas hojas se caen fácilmente si se oprimen un poco entre las manos. Y la gente decía que el casamiento verificado en Italia, no había sido bendecido por un sacerdote autorizado. No sé más; pero lo cierto es que la justicia de Brö no reconoció nunca como matrimonio legal el contraído entre el conde Enrique Dohna y Elisabet de Thurn.

Pero esto lo ignoraba la joven condesa, que, de vivir, debía encontrarse entre gentes del campo, en algún país lejano.

XVIII

LA CASA DE LILIENCRON

Había entre los caballeros un gran músico, un hombre alto y fuerte de miembros vigorosos, cabeza grande y tupidos cabellos negros. No tendría más de cuarenta años; pero su cara era fea y, como tenía un aire de fatiga y sus movimientos eran lentos y pesados, parecía un viejo. Era bueno y tenía un humor melancólico.

Una tarde se puso el violín bajo el brazo y marchó de Ekeby. Como no pensaba volver nunca más, no se preocupó de despedirse de nadie. Las desgracias de la condesa Elisabet habían hecho que le disgustara la vida que llevaba en el castillo.

Caminó sin descanso día y noche, y al amanecer llegó a una granja llamada Löfdala, que era de su propiedad.

Todos dormían todavía... Liliencron sentóse en el largo banco verde que había frente a la casa, y contempló el edificio. ¡Oh, Dios santo! ¡En todo el mundo no había lugar más bello! El prado, en declive suave, estaba cubierto de una hierba verde y fina. Este césped no tenía rival. Las ovejas podían pacer allí y los niños jugar y revolcarse. Estaba siempre verde y abundante, y jamás se había empleado allí la hoz; pero, al menos una vez por semana, la dueña hacía recoger las hojas secas, el ramaje y las briznas de paja. Entre el prado y la casa, allí donde estaba sentado, Liliencron vio con arrobamiento la hermosa vereda enarenada, e instintivamente levantó sus pies sobre el banco.

Los niños habían trazado la noche anterior, sobre la arena, bonitos dibujos, y sus grandes pies acababan de borrar ese delicado trabajo.

¡No os podéis imaginar cómo crecía todo en aquel bendito rincón de la tierra! Los seis serbales del patio tenían la altura de las hayas y la anchura de los robles. ¿Dónde encontrar árboles parecidos? Eran magníficos con su robusto tronco tapizado de líquenes amarillos y sus opulentos grupos de flores, cuya blancura destacábase sobre el oscuro ramaje. Contemplándolos, pensábase en el gran cielo estrellado. El modo de crecer de los árboles de Löfdala, era ciertamente cosa de maravilla. Había un viejo saúco cuyo tronco no hubieran podido abrazar dos hombres. Estaba horadado y carcomido; un rayo lo había decapitado, y, sin embargo, no quería morir. A cada primavera brotaban las ramas verdes de su tronco mutilado para demostrar que su savia era inagotable. Un cerezo, junto al frontis, cubría de sombra toda la casa; desprendíase ya de sus flores, cuyos pétalos blancos rozaban el alero.

Y los abedules, esparcidos como ramilletes en medio de los campos, debía de tener en Löfdala su paraíso, a juzgar por la fantasía extraordinaria. Uno, imitaba los tilos copudos; otro erguía como un álamo, rígido; el tercero quería imitar los sauces llorones. Revelaban su gran deseo de no parecerse a los demás, y todos eran soberbios.

Liliencron se levantó, y dio una vuelta a la casa. ¡Oh, qué jardín más adorable! Se detuvo para aspirar su fragancia. Los manzanos estaban en flor. Lo sabía porque los había visto en todas las granjas del camino; pero en ninguna parte florecían como aquí, como éstos que tantas veces admiraran sus ojos de niño. Avanzó con las manos juntas, rápidamente. La tierra y los árboles estaban blancos, de un blanco que se teñía de rosa. En cada árbol reconocía a un viejo amigo. Los manzanos de Astracán, de pomos de nieve, eran completamente blancos; pero los manzanos, cuyo fruto maduraba desde fines de agosto, tenían flores color de rosa. El más bello de todos era el viejo manzano silvestre, cuyos pequeños frutos no se pueden comer. No era avaro de sus flores, que eran como una oleada de nieve en el comienzo de la mañana.

La luz del amanecer daba mayor realce a esta visión.

El rocío había lavado todo el polvo de las hojas brillantes. De lo alto de la montaña y de los bosques, cayeron los rayos de la aurora. Las copas de los abetos quedaron como en llamas. Sobre los campos de trébol, de trigo y

de cebada, por encima de las avenas que comenzaban a verdear, flotaba una bruma diáfana, un verdadero velo de hielo. Y las sombras se dibujaban, tan recortadas como el claro de luna.

Liliencron se detuvo mucho tiempo ante la huerta, contemplando los anchos arriates a los lados de las veredas. Era obra de la señora y de las criadas. Habían removido el terreno con el azadón, arrancando las hierbas malas, abonado y trabajado la tierra hasta hacerla ligera y fina. Después habían hecho caballones y plantado, con la eficaz ayuda de los niños. ¡Oh, qué alegría ver todo aquello! ¡Cuántas cosas útiles se habían realizado allí! Y lo que se había sembrado iba saliendo de la tierra. Los guisantes, y las habichuelas, con sus dos grandes hojas primerizas, se erguían con orgullo; las zanahorias y los nabos eran de una igualdad perfecta. Y casi a ras de tierra surgían las hojitas temblorosas de perejil, que era un encanto verlas. Había también un trozo de huerta cuyos cuadros, por la variedad de sus cultivos, parecían una exposición de agricultura; era la huerta de los niños.

Liliencron se puso el violín en el hombro y comenzó a tocar. Los pájaros empezaron a cantar en los espesos zarzales que protegían el jardín de los vientos boreales. Era imposible que una voz que supiera cantar no lo hiciera en aquella mañana luminosa. El arco se movía solo. Liliencron iba y venía por las avenidas, y el violín se exaltaba más y más. No, no había en el mundo un lugar más bello que Löfdala. ¿Qué era el castillo de Ekeby al lado de Löfdala? La casa de Löfdala está cubierta de rastrojo y no tiene pisos. Está construida al borde del bosque, al pie de las montañas, y el largo valle se extiende ante ella. No tiene lago, ni pradera, ni cascada, ni parque; nada de extraordinario, nada; pero todo es hermoso, porque todo respira la tranquilidad y la dulzura de la casa. La vida allí es cómoda. Lo que en otro tiempo había sido penoso y molesto, ha desaparecido. Así deben ser las cosas en torno de una casa.

En el interior de la casa, la señora duerme en una sala que da al jardín. De repente, se despierta y escucha, sin hacer ningún movimiento. Escucha sonriente. La música se aproxima y el músico parece haberse detenido bajo la ventana. No es la primera vez que tocan el violín ante su mansión. Ésta era la costumbre de su marido siempre que una exacerbación de sus extravagancias le obligaba a regresar a casa desde allí, desde Ekeby.

Vuelve, pide perdón, y le confiesa que una fuerza siniestra le empuja lejos de todo lo que ama, lejos de ella y de sus hijos. Sin embargo, él la quiere, la quiere de verdad...

Mientras él toca, ella se levanta y se viste, sin saber a ciencia cierta lo que hace, seducida por el violín. «No es el lujo ni la vida regalada lo que me apartan de aquí —dice la música—, ni el amor de otras mujeres, ni el deseo de la gloria; es la magnífica diversidad de la vida, su amargura, su dulzor, su riqueza y su locura. Era preciso que la sintiera, pero ya tengo bastante; ya estoy de regreso y no volveré a abandonar la casa. ¡Perdóname, ten piedad de mí!».

Ella aparta la cortina y abre la ventana; y el músico ve su rostro, dulce y bello. Ella es buena y sensata. Sus miradas caen sobre todas las cosas como una bendición: gobierna y reina, y, allí donde esté, todo debe crecer y prosperar. Lleva en sí la felicidad.

Se lanza al alféizar de la ventana, más contenta que una joven amante. Después, dándole el brazo, le conduce a través del jardín, bajo los árboles en flor. Le enseña toda aquella hermosura, los arriates de hortalizas, los arbolitos plantados por los niños, las delicadas hojitas de perejil, que se agitan continuamente...

¡Qué alegría cuando los niños despiertan! ¡Qué sorpresa para ellos cuando llega su padre! Corren hacia él, y le dan a ver todo lo que hay de nuevo; el molinillo que han construido, el nido de pájaros en el saúco, los pececillos del estanque que se han multiplicado y nadan a flor de agua. Tras esto, van a pasear por los campos, el padre, la madre y los niños. Es preciso que el padre vea cómo se ha espesado el centeno, cómo ha crecido el trébol y cómo asoman las patatas a través de las rizadas hojas. Es preciso que vea la vuelta del rebaño y que conozca las vaquillas. Le conducen al establo, para dar salida a las ovejas. Le guían hasta el gallinero, en busca de los huevos; a la cuadra, para darles azúcar a los caballos. No se separan de él durante todo el día. Ni lección ni trabajo, sólo paseos con el padre, que ha regresado. Por la noche el padre ejecuta sus mejores danzas, y se ha mostrado tan contento, tan buen camarada, que los niños se acuestan pidiendo a Dios que nunca más les deje.

Y durante ocho días el padre permanece en la casa, alegre como un niño, amoroso con todo y con todos, con la casa, con la esposa, con los hijos, sin pensar en el castillo de Ekeby.

Una mañana marchose de nuevo; no podía contenerse más. Era demasiada felicidad, demasiada tranquilidad para él. Ekeby era mil veces más agradable; Ekeby era el centro de la vida turbulenta. ¡Cuántos ensueños, cuántas diversiones ofrecía...! ¿Cómo vivir separado de los caballeros, lejos del lago de Leuven y del constante desfile de aventuras desenfrenadas?

Todo marchaba en perfecto orden en aquella propiedad; todo crecía y medraba bajo la cuidadosa vigilancia de la amable ama de la casa. Todos sus moradores parecían disfrutar de una dicha sin igual. Todo lo que en otras gentes hubiera podido causar riñas y amarguras, allí se arreglaba sin quejas ni disgustos. Todo marchaba con la más perfecta armonía. ¿Qué importaba que el dueño de la casa anhelara vivir como un caballero en Ekeby? ¿Es posible que alguien se queje del sol porque lo vea desaparecer día tras día en el ocaso, dejando la tierra sumida en la oscuridad?

¿Quién puede vivir sin someterse a las exigencias que la vida le impone...? La paciencia siempre triunfa...

XIX

LA BRUJA DEL DOVRE

La bruja del fiordo del Dovre ha descendido hacia los hombres y camina por las orillas del Leuven, pequeña, encogida, con su jupa de piel y su cinturón de oropeles. ¿Por qué ha abandonado las guaridas de los lobos? ¿Qué busca en el verde valle la moradora de las montañas?

Va mendigando porque es ávida y rapaz, a pesar de sus riquezas. Es rica; se asegura que en las cuevas de los montes oculta pesadas barras de plata; y en las fértiles llanuras, entre los fiordos, apacienta sus rebaños de grandes vacas de cuernos de oro. Sin embargo, marchaba a lo largo de los caminos con los zapatos rotos y sus vestiduras de piel grasienta, raídas por los años. Sólo fuma musgo y no teme pedir limosna a las gentes más miserables. ¡Que el diablo socorra a esta mujer desagradecida y siempre ávida...!

Es vieja, muy vieja. ¿Cuándo el brillo de la juventud tenía su ancho rostro moreno, reluciente de grasa, y su nariz aplastada, y animaba sus ojitos que se ocultaban bajo la suciedad, como las brasas bajo las cenizas grises? ¿Cuándo estuvo sentada, siendo pastorcita, en el cercado del chalet, contestando con los sonos de su flauta a las canciones de amor del joven pastor, situado al otro lado del fiordo? Se le atribuyen varios centenares de años. Las personas de más edad la conocieron siempre recorriendo la comarca, y sus padres ya la conocieron vieja, siendo jóvenes. Y no ha muerto, no. Os aseguro que la he visto.

Es fuerte, de raza finlandesa y sabia en brujerías. No se humilla, ni se inclina ante nadie. Sus grandes pies apenas dejan huella en el polvo de los caminos. Sabe atraer el granizo, dirigir el rayo, confundir los rebaños y

lanzar los lobos sobre las ovejas. Sabe hacer mucho mal, pero poco bien... Lo mejor es estar bien con ella. Si pide una libra de lana, o la única cabra que poseáis, dádsela, porque, si no, el caballo morirá, se incendiará la cabaña, caerá enferma la vaca, perecerá el niño o perderá la razón la casera ahorrativa.

En ninguna parte se le da la bienvenida, pero hay que recibirla con la sonrisa en los labios. Desciende de los fiordos para llenar su saco. Malos augurios la acompañan. Los zorros y los búhos aúllan siniestramente en la hora del crepúsculo; las orugas misteriosas, rojas y negras, que babean veneno, salen de los bosques y se arrastran hasta las puertas de las casas.

Es orgullosa. En su cabeza encierra el sublime saber de sus abuelos. En su bastón, que no vendería por el oro del rico valle, hay preciosos grabados en signos cabalísticos. No lo vendería a peso de oro... Le son familiares las canciones mágicas. Conoce el arte de preparar filtros y el medio de herir al enemigo o paralizarle a varias leguas de distancia. Ata y desata las tempestades.

¡Qué lástima no poder descifrar los extraños pensamientos de ese cerebro centenario! ¿Qué piensa de los llaneros esta hija de los bosques y los fiordos, esta abuela que cree en Tor, el exterminador de los gigantes, y en los omnipotentes dioses finlandeses? Ante ellos el culto cristiano es algo así como un perro amansado ante un lobo gris. Indomable como una tempestad de nieve y ruda como el torrente, no amará jamás a los hijos de Dios.

No obstante, siempre procura hallarse entre los llaneros. Las gentes tiemblan ante ella; pero la hija de los desiertos marcha tranquila, protegida por el terror que inspira, y por la fama que la rodea. No cree tanto el gato en sus zarpas como ella cree en su ciencia y en la fuerza de los cantos inspirados por sus dioses. No hay rey que esté más seguro de su reino que esta mujer de su imperio, por el terror que inspira.

La bruja del Dovre ha atravesado varios pueblos y llegado a Borg. Jamás desdeña tomar el camino que conduce a la cocina. Arrastra sus zapatones de madera por los pasillos cubiertos de alfombras de flores bordadas, con la misma indiferencia que si caminara por los senderos. Ascende rectamente por las escaleras que conducen a las terrazas.

Aquella mañana, desde lo alto del vestíbulo la condesa Marta contempla la magnificencia de aquel día de junio. Dos criadas, que transportaban suspendidos de un palo dos jamones nuevamente ahumados, detuviéronse ante la señora diciendo:

—¿Quiere ver la señora si está bien? ¿Quiere ver si los jamones están suficientemente ahumados?

La condesa Marta, es actualmente, la dueña de Borg: hallábase asomada a la barandilla de la escalera, examinando los jamones, cuando de pronto cogió uno de ellos la finlandesa.

Da gusto ver la reluciente corteza amarilla que cubre una gruesa capa de grasa. ¡Qué gusto oler el rico aroma de los enebros que expiden los jamones recientemente ahumados...! ¡Es un manjar divino...! La bruja, ávida de probar la golosina, coge el jamón... Como hija de las montañas, no estaba acostumbrada a mendigar y rogar... ¿No era obra suya que los niños medraran y los hombres vivieran...? El frío, la intemperie y las riadas obedecían a su voz. Los elementos se doblegaban ante su voluntad...

La condesa Marta, sin embargo, desconocía en absoluto el mágico poder de la bruja.

—¡Lárgate de aquí, pordiosera! —exclamó.

—Dame el jamón —dijo la bruja tranquilamente.

—¡Está loca! —gritó la condesa.

Y, sin preocuparse para nada de la vieja, ordenó a las criadas que llevasen los jamones al depósito de provisiones.

Los ojos de la centenaria relampaguearon de cólera y de avidez.

—Dame el jamón —repitió—, dame el jamón, porque, si no, perderás.

—Antes lo daría a las urracas que hay allá.

La vieja se sintió sacudida por la rabia, y, violentamente, levantó su bastón hacia el cielo. Sus labios lanzaron unos gritos y unas palabras misteriosas, sus cabellos se erizaron y sus ojos relucieron, al par que contraía los rasgos de su cara.

—¡Que las urracas te devoren! —rugió.

Y partió vomitando maldiciones y agitando el bastón por encima de su cabeza.

Renunció a continuar su marcha hacia el Sur y encaminóse hacia su casa.

La hija del desierto había logrado realizar el plan que la obligara a salir de entre los ásperos riscos de sus montañas.

La condesa Marta permaneció un instante inmóvil, sintiendo un estremecimiento en todo su cuerpo. Trató de reír; pero la risa murió en sus labios. No podía creer lo que sus ojos veían. Las urracas volaban hacia ella para devorarla.

Por encima de los jardines del parque se dirigían hacia ella bandadas de urracas con las garras tendidas y los picos dispuestos para la presa; venían con ruidosa algarabía. Las alas blancas y negras hicieron pestañear a Marta. Como presa de un mareo, vio como tras esta bandada de urracas se reunían las aves de todo el país, cubriendo el horizonte con sus alas negras y blancas.

Brillaban las plumas en el hiriente sol de mediodía y con las colas zurriagábanse como aves de rapiña en pleno combate. Volaban estrechando cada vez más sus círculos alrededor de la condesa, llegando aquellos pequeños monstruos, con sus picos y garras, a atacar el rostro de la pobre mujer.

Tuvo que huir precipitadamente y refugiarse en sus habitaciones, después de cerrar las puertas. Vencida por la angustia, casi sin respiración, vaciló aterrada mientras las urracas revoloteaban fuera, graznando escandalosamente y acercándose cada vez más.

Desde entonces no pudo disfrutar de las bellezas del verano ni de la alegría de la vida. No hubo para ella más que habitaciones cerradas y cortinones echados, horas de desesperación y de angustia y un desconcierto rayano en la locura.

Esta narración podrá parecer desatinada, pero es un hecho real. Centenares de ancianos viven y pueden atestiguar la veracidad de la historia.

Las aves se posaron sobre la balaustrada de las escaleras y en la cornisa que remataba el edificio. Allí permanecieron acechando la salida de la condesa para arrojarse sobre ella. Habiendo escogido el parque para su residencia, se establecieron allí. Era imposible alejarlas del patio. Se

disparaba contra ellas, y por cada una que moría, acudían otras diez. Volaban a veces en pequeñas bandadas para procurarse alimento; pero siempre quedaban vigilando las necesarias para que tan pronto apareciera la condesa Marta, se asomara a una ventana y descorriera alguna cortina, aunque sólo fuera un momento, o tan pronto como intentara descender las escaleras, acudir al asalto. El horrible enjambre volvía a embestir la morada con ruidoso batir de alas y la condesa tenía que refugiarse en la más recóndita de las habitaciones. Por fin se recluyó en la alcoba que había detrás de la sala roja. Muchas veces oí describir cómo era esta habitación en la calamitosa época en que Borg se hallaba sitiado por las urracas.

Tupidos cortinones en las puertas y ventanas, gruesos tapices en el suelo, hombres silenciosos que apenas murmuraban y se desvanecían como fantasmas.

En el corazón de la condesa anidaba un terror mortal. Su cabello volvióse blanco, su piel se arrugó y en un mes se transformó en una vieja... Su corazón no podía resistir la mágica maldición de la bruja... Daba agudos gritos durante sus sueños nocturnos, temerosa de que vinieran las urracas. Se pasaba los días enteros llorando, lamentando su suerte implacable y casi siempre permanecía muda, con las manos en la cara y meciéndose en el sillón. Enferma a causa del ambiente enrarecido de la casa, prorrumpía a cada momento en gritos lastimeros, deshaciéndose en lágrimas. ¿Qué otra vida podía ser más amarga que la suya? ¿Quién no la hubiera compadecido?

No puedo contar nada más de la condesa Marta, y aun lo que he relatado carece de todo atractivo. Cabe añadir que en su juventud fue animosa y alegre, y que por su carácter dio motivo a regocijadas historietas que divirtieron mi corazón, pero que no deben incluirse aquí.

La pobre no comprendió nunca que el alma está siempre sedienta, y que no es posible vivir consagrada a los juegos y al baile como únicos motivos de la vida.

Y si el alma carece de otros alimentos, acaba por destrozarlo todo y por destrozarse a sí misma.

Tal es el sentido de esta fábula.

XX

EL PLENO VERANO

Era aquél un verano tan caluroso como éste en que escribo. Había llegado la magnífica temporada del año, la época en que Sintram, el perverso dueño de Fors, no podía ver nada sin sentirse afligido y acuciado por terribles deseos de hacer daño y sembrar el mal. Le incomodaba la victoriosa entrada de la luz del día y la derrota de las tinieblas, se entristecía al ver la hermosura de las hojas con que se adornaban los árboles y se desconsolaba al mirar los verdes prados, que, como pintadas alfombras, cubrían la tierra.

Todo estaba lleno de hermosura. Aunque el camino era polvoriento y pedregoso, bordeábalo una hilera de flores. Allí se veían los pétalos de color amarillo y violeta de los arvejos, de los ranúnculos y de los dientes de león.

Cuando la hermosura de aquel esplendoroso día de verano se extendía sobre los montes, y las ondas vibrantes de la atmósfera llevaban hasta Fors los sonidos de la campana de la iglesia de Brö; cuando la indescriptible quietud de aquel apacible día remaba sobre los campos, se levantó colérico el genio del mal. Veía que Dios y los hombres se habían atrevido a olvidarle y tomó la determinación de ir él también a la iglesia. Quería que le viesen todos los que se regocijaban con aquel hermoso verano; quería que le viesen a él, a Sintram, el que amaba las tinieblas sin amanecer, a la muerte sin resurrección y al invierno sin primavera.

Se puso su pelliza de lobo y se calzó sus guantes de piel; hizo enganchar al trineo su caballo rojo con la reluciente collera llena de sonoros cascabeles, y se fue a la iglesia ataviado como si la temperatura fuese de

treinta grados bajo cero. Cuando oía crujir la arena bajo el trineo, creía que era la nieve; cuando veía la blanca espuma que transpiraban los lomos del caballo, creía que era el hielo que escarchaba. No sentía calor. Exhalaba frío como el sol irradia su calor sobre la tierra...

Sintram atravesó la extensa llanura situada al norte de la iglesia de Brö.

De trecho en trecho, en el camino, se le aparecían grandes aldeas bañadas por el sol y rodeadas de campiñas animadas por el alegre trinar de la alondra. Nunca había oído cantar así a los pajarillos y a buen seguro que hubiera preferido estar sordo por no oír aquellos coros formados por centenares de voces.

Por el camino desfilaron ante él otras muchas cosas que seguramente le hubieran incomodado de haberles prestado atención. Si hubiera alzado los ojos hubiese podido ver los blancos abedules inclinados sobre las puertas de las cabañas, y por las abiertas ventanas hubiera visto el interior de las habitaciones, de paredes adornadas con verde ramaje. Hasta la más humilde mendiga, siendo joven, marchaba por el camino con el ramo de lilas en la mano, y cada aldeana llevaba su ramito sujeto con el pañuelo.

Los patios se engalanaban con mástiles de feria, de los cuales pendían guirnaldas de flores y verdes coronas. En los alrededores de estos patios, la hierba estaba aplastada y pisoteada por los pies de los galanes y muchachas que en aquella noche de verano habían bailado con loco frenesí.

Por todas las veredas que conducían a Brö, acudían gentes a la iglesia, especialmente mujeres, que lucían sus lindos trajes de verano de claros colores; trajes que ellas mismas habían tejido y confeccionado para aquella fiesta; y todos, sin excepción, ostentaban sus vestidos domingueros.

Los hombres sentían inmensa alegría, en medio de aquella solemne quietud, por el descanso concedido al cotidiano trabajo; disfrutaban todo lo que podían de los montes amenos, de la prometedora cosecha, de las perfumadas fresas que ya empezaban a madurar en los bordes de los caminos. Hablaban de la calma del aire, de la limpieza del cielo, del canto de las alondras y decían:

—Sí, verdaderamente éste es el día del Señor.

En aquel momento llegó Sintram en su trineo, maldiciendo y blandiendo el látigo, que descargaba sobre el caballo cubierto de sudor; la arena crujía

de un modo siniestro bajo las ruedas, y los agudos sonidos de los cascabeles aturdían, dominando el sonido de las campanas de la iglesia. La frente ceñuda de Sintram asomaba bajo la gorra de pieles.

Todos los que se hallaban en la iglesia se estremecieron creyendo ver ante ellos el espíritu del mal.

Ni siquiera en aquel día festivo veraniego debían olvidar el frío y la maldad. Es una suerte amarga, el caminar por el mundo...

Las gentes que se hallaban al pie de los muros de la iglesia, en el atrio o sentadas sobre las losas del cementerio esperando que empezase el oficio, miraban en silencio y con asombro cómo se dirigía aquel hombre hacia la puerta de la iglesia. Hasta entonces habían disfrutado de aquel hermoso día que les llenaba de alegría el corazón, al pasear por los verdequeantes campos de Dios y gozar de la hermosura de la existencia.

Pero ahora, desde que vieron a Sintram, sentíanse invadidos por el vago presentimiento de alguna gran desgracia.

Todos notaban, llenos de supersticioso terror, la rara manera que tenía de saludar. Cuando pasaba por delante de alguno sin mirarle, éste se sentía dichoso, pues el *Malo* no saludaba más que a sus prosélitos. Al cruzarse con el pastor de Broby se descubrió profundamente, e hizo lo propio con Mariana Sinclair, a los caballeros les saludó cortésmente, pero al preboste de Broby y al alcalde de Munkerud no les hizo reverencia ninguna.

Sintram entró en la iglesia, se sentó en su silla y arrojó sus guantes sobre el banco con tal vehemencia que toda la iglesia oyó el rechinar de las uñas de lobo que estaban cosidas a la piel. Y algunas mujeres que estaban sentadas en las sillas delanteras se desmayaron al observar aquella peluda figura, teniendo que ser sacadas fuera del templo.

Pero, a pesar de todo, nadie se atrevió a echar de la iglesia a Sintram. Perturbaba la devoción de los fieles; pero se le temía demasiado para que nadie se atreviese a ordenarle que se marchara de la iglesia.

En vano el anciano preboste ensalzaba desde el púlpito la hermosura de aquella fiesta de verano; nadie le escuchaba. Todos pensaban solamente en la maldad, el frío y en las desgracias que parecía anunciar aquel malvado.

Cuando todo terminó vieron cómo se dirigía al pie de la colina sobre la que se hallaba situada la iglesia de Brö. Contempló la bahía de Broby y,

dirigiendo la vista hacia los tres promontorios situados en la orilla occidental del lago Leuven, amenazó con el puño a la bahía y a sus verdes orillas. Después paseó su mirada desde el extremo sur del lago de Leuven hasta los azulados promontorios que parecen encerrarlo. Luego su mirada voló hacia el Norte, a varias millas de distancia, pasando por el monte Gurlita hasta Biomidet, donde termina el lago, y al Oeste y al Este por donde la larga sierra encierra al valle, amenazándolo de nuevo con el puño. Todos comprendieron que si hubiese tenido un haz de rayos en la diestra los hubiese arrojado con salvaje alborozo sobre aquellos apacibles paisajes, sembrando la muerte y la destrucción hasta donde hubiese alcanzado su poder, pues sabían que su corazón estaba tan acostumbrado al mal que no tenía otro regocijo que sembrar la miseria por donde pasara. Estaba más furioso que un loco de atar, aunque nadie sabía por qué.

Poco después se fueron extendiendo por la comarca extraños rumores; y se cuenta que cuando vino el sacristán a cerrar la puerta de la iglesia, se rompió la guarda de la llave porque en la cerradura había un duro rollo de papel, que fue entregado al preboste. Se supuso que este papel era una carta destinada a algún malvado morador del otro mundo.

Se murmuraba y se hacían comentarios sobre lo que el papel pudiera decir. El preboste lo quemó. El sacristán, que miraba el endiablado rollo mientras ardía, vio que las letras, de un vivo encarnado, se destacaron sobre el fondo negro, y no pudo por menos que leerlo, descubriendo entonces que el hombre maligno quería destruir el país hasta donde pudiese llegar la mirada desde la torre de la iglesia de Brö; que aspiraba a ver la iglesia sepultada en el bosque, a los osos y las zorras morando en las viviendas de los hombres, y los campos desiertos, sin que se oyese en el país el canto de un gallo ni el ladrido de un perro. Estaba visto que el *Malo* quería complacer a su dueño infernal sembrando la ruina, pues así lo había jurado.

Todos miraban el porvenir con muda desesperación, pues no ignoraban el poder de aquel malvado que odiaba a todo el mundo, que deseaba convertir en un desierto todo el valle, y que hubiera tomado muy gustoso a su servicio la peste, el hambre y la guerra para desterrar de la tierra a todo el que amase el bien o sintiese amor al trabajo.

XXI

DOÑA MÚSICA

En vista de que nada era capaz de animar a Gösta Berling, después de haber protegido en su fuga a la joven condesa, los caballeros decidieron pedir ayuda a Doña Música, que es un hada poderosa cuando se trata de consolar a un desdichado.

Por consiguiente, una tarde hicieron abrir las siete puertas del gran salón de Ekeby y quitar los postigos de las ventanas; se dejó la entrada franca al sol y al aire, al rojizo sol de la tarde y al aire suave, fresco y aromático del anochecer. Las fundas a rayas de los muebles fueron retiradas, el piano fue abierto y los candelabros de Venecia aparecieron sin las gasas que los envolvían. Las doradas asas y adornos de la gran mesa de mármol volvieron a brillar a la luz. Los blancos cortinajes se agitaban en los espejos. Varias flores hechas de brocado de seda, relucían a la luz crepuscular. Se cortaron rosas y se colocaron con agua en los floreros; y todo el salón estaba saturado de su aroma. Eran rosas magníficas de nombre desconocido, que habían venido a Ekeby procedentes de lejanos países. Las había amarillas, en cuyas venas la sangre produce rojos destellos lo mismo que en las de una persona, y sonrosadas, con sus franjas de fleco, y de color rosa claro, con grandes hojas de bordes incoloros como el agua, y de color de púrpura, con matices negros. Todos los antiguos rosales de Altringer, traídos de países exóticos para agradar a los ojos de las mujeres hermosas, fueron llevados al salón.

Después trajeron las particelas y los atriles, instrumentos de música, arcos y violines de todos tamaños, pues la buena Doña Música tenía que reinar ahora en Ekeby para proporcionarle algún consuelo a Gösta Berling.

Doña Música ha elegido la *Sinfonía de Oxford* del buen padre Haydn, y los caballeros proceden a ensayarla. El patrón Julius agita la batuta y cada cual toca su instrumento. Todos los caballeros eran músicos, porque de otro modo no hubieran sido caballeros.

Cuando todo está listo, se manda en busca de Gösta Berling. Todavía se encuentra desfallecido y acobardado; pero se alegra de ver el salón tan magníficamente adornado, dispuesto para el concierto que pronto habrá de escuchar, pues ya es cosa sabida que para aquél que ama es Doña Música la mejor compañía. Es alegre y risueña como un niño; fogosa y encantadora como una mujercita; buena y prudente como los viejos que han llevado una vida feliz.

Los caballeros empiezan a tocar dulcemente, suavemente, como un susurro.

El menudo Ruster toma la cosa en serio. Lee las notas con los lentes sobre la nariz, obtiene dulces tonos de la flauta y hace correr los dedos sobre las llaves y agujeros. El tío Eberhard se halla sentado e inclinado sobre el violoncelo, la peluca se le ladea sobre una oreja y sus labios se agitan de emoción. Berg sopla orgulloso su largo fagot. Una y otra vez rompe el conjunto y sopla con toda la fuerza de sus pulmones; pero entonces el patrón Julius le toca con la batuta el carnosio cráneo. Todo va bien, maravillosamente, y los músicos hacen surgir a Doña Música en persona de las notas muertas. ¡Extiende tu mágico manto, amable Doña Música, y conduce a Gösta Berling al país de la alegría, donde está acostumbrado a vivir!

¿Es realmente Gösta Berling ese que está sentado ahí, pálido y acobardado, y a quien tienen que divertir los viejos caballeros como si fuera un niño? Ahora escaseará la alegría en el Wärmeland.

Yo sé por qué le quieren los viejos. Bien sé lo larga que puede ser una noche de invierno y cómo las tinieblas pueden extenderse sobre el ánimo. Era muy distinto el ambiente de aquella casa cuando él llegó.

La memoria evoca las tardes veraniegas del domingo, cuando se descansa del trabajo y los pensamientos se hallan sumergidos en dulce sopor. Figuraos un implacable viento boreal que azota las estancias con un frío que ningún calor puede combatir; una vela de sebo que hay que

despabilarla continuamente; el sonsonete monótono de los cantos litúrgicos allá en la iglesia.

Y en este momento se oyen las campanillas de un trineo y rápidas pisadas sobre la nieve y después en la escalera. Por fin entra Gösta Berling en la habitación. Ríe y bromea. Respira vida; él es calor. Abre el piano y toca de tal manera que maravilla el hecho de que de cuerdas tan viejas puedan obtenerse notas tan hermosas. Sabe cantar todas las canciones y tocar todas las melodías. Gösta constituye la felicidad de todos los moradores de la casa. Jamás tuvo frío, jamás se sintió cansado. El acongojado olvidaba sus penas al verle. ¡Y qué buen corazón tenía! ¡Qué compasivo con los débiles y los pobres! Sí, teníais que haber oído hablar de él a los viejos. Era verdaderamente genial.

Una noche en que llegó a Munkerud, donde vivía el bondadoso alcalde, al silencioso y apacible hogar que hemos nombrado tan pocas veces en estas historias porque el torbellino del tiempo no llegó a destrozar aquel nido de felicidad, se encontró allí con el preboste de Brö, quien al punto le hizo sentar al piano.

—Gösta Berling —le dijo—, éste es el mejor remedio para todo.

Gösta Berling tocó y cantó, y al poco rato ninguno de los presentes pudo permanecer quieto por más tiempo. Hasta los más respetables señores y damas tuvieron que bailar. Todos sentíanse invadidos por una especie de desazón. Nadie podía permanecer sentado. Por eso se pusieron a bailar. Y cuando Gösta entonó una balada, todos la repitieron a coro, y la mujer del preboste, vieja y corpulenta, acabó por recogerse la falda y bailar como una muchacha de veinte abriles de cuerpo ágil y flexible.

Y con una voz que sonaba a falsete, enronquecida, entonó la copla siguiente:

*¡Hurra! Mirad bailar a Ulla.
Vedla bailar entre crespones
de seda y flecos de colores.
Las flores ornan su turbante.
Dos pantorrillas blancas, blancas,
muévense al brillo de las lámparas.*

Todos, incluso el preboste, riéronse a carcajadas; pero la vieja, como para justificarse, exclamó:

—Ese bribón que está sentado al piano es quien hace que los viejos nos volvamos locos.

Pero ahora Gösta Berling está sentado tranquilo y silencioso y deja que Doña Música trate de animarle. Tal vez hubiese preferido que le dejaran tranquilo con su pena, pero por amor a los viejos caballeros accedía a escuchar el concierto. Bien ve que es una injusticia encontrarse ante ella tan apesadumbrado. Los caballeros ya no consideran cosa agradable ser los señores de Ekeby, desde que Gösta está cambiado.

Empezó el concierto, y en el momento en que se ejecutaba un motivo de una gran ternura e inspiración, Gösta rompió a llorar. Sentía lo triste que es la vida, y queriendo disimular el llanto, se puso las manos en el rostro. Los caballeros están aterrados, porque no son éstas las lágrimas tiernas y santas que Doña Música hace brotar de los ojos. Gösta solloza como un desesperado... Los caballeros, desconcertados, dejan sus instrumentos.

Entonces Doña Música les inspira la idea de tocar algo alegre, y el patrón Julius toma la guitarra y empieza a cantar sus canciones aldeanas. Tuerce la cara y empieza a imitar el mugido de las vacas y el balido de las ovejas.

¡Ah! Pero esta ocurrencia de Doña Música no ha sido oportuna. De repente, Gösta da un puñetazo sobre la mesa, y sin miramiento alguno le expone su opinión a Julius, que le contempla asustado.

—Aunque no soy más que un miserable réprobo que anda por el mundo sembrando el mal, vosotros, los caballeros, no deberíais burlaros de mis sufrimientos. Gentes de otra calaña que vosotros se cuidarían muy bien de hacerlo.

Gösta Berling es injusto. Lo sabe; pero no puede reprimir su cólera. Luego queda silencioso y avergonzado; los demás callan también, heridos en su amor propio. ¿Pero de qué serviría defenderse cuando la buena de Doña Música, que tanto ama a Gösta Berling, está a punto de desfallecer? Gösta se acuerda entonces de que entre los caballeros cuenta con un poderoso y entusiasta defensor.

Es éste el bondadoso Lövenborg, el que perdió su prometida en el fangoso río, y que se ha convertido en un esclavo del pobre Gösta Berling. Mira al piano, se acerca a él, va de acá para allá y vuelve a acercarse. Luego, desliza suavemente sus dedos sobre las teclas.

Allá arriba, en el pabellón de caballeros, tiene Lövenborg una gran mesa de madera sobre la que él mismo ha pintado y colocado un atril. Allí se pasa horas enteras, haciendo correr los dedos sobre las teclas blancas y negras. Allí se entrega a sus escalas y estudios, e interpreta a su Beethoven. Doña Música le ha cuidado con especial solicitud, mientras ejecutaba muchas de las treinta y seis sonatas.

Pero el buen viejo no se atreve nunca a acercarse a otro instrumento que no sea su mesa de madera de pintadas teclas. Al piano le tiene un miedo cerval; le seduce, pero le asusta. El desafinado instrumento, en el que se han tocado tantas polcas, es cosa sagrada para él, algo maravilloso e intangible, con sus numerosas cuerdas, capaces de dar vida a las obras de inmortal maestro. No tiene más que acercarse a él su oído, para sentir al instante hervir en su interior los *andantes* y los *scherzo*. Sí, el piano es el único altar donde puede rendirse el culto que merece Doña Música. Pero él no lo ha tocado. Además, comprende que no será jamás lo suficientemente rico para poder comprarse uno. No ha tenido nunca valor para tocar el que hay en la casa, porque la comandanta no tuvo la amabilidad de ofrecérselo.

Es verdad que ha oído tocar en él polcas, valeses y melodías de Bellmann; pero con una música tan ratonera, el magnífico instrumento no podía dar más que una idea muy mezquina de sí mismo. ¡Ah, cuando le llegara el turno a Beethoven! ¡Entonces sí que dejaría oír su verdadero y armonioso sonido!

Y piensa que, al fin, ha llegado su hora y la de Beethoven. Se armará de valor para acercarse al objeto sagrado y logrará así animar a su señor con sus embriagadoras armonías.

Se sienta, pues, y se decide a tocar. Se siente lleno de incertidumbre y de timidez...; pulsa un par de compases, busca obtener una nota pura, arruga la frente..., ensaya de nuevo..., y termina cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo a llorar.

Sí, la buena de Doña Música es muy dura con él. El objeto sagrado no tiene nada de tal, no posee notas limpias y tiernas; en su interior no viven los poderosos truenos ni el potente bramido del huracán. No vive en él aquella infinita y divina armonía que impregna el aire del Paraíso. Es sólo un pobre piano viejo, destemplado y estridente.

Pero entonces Doña Música inspira una buena idea al mayor. Éste llama a Ruster, y ambos se encaminan hacia el pabellón de los caballeros y vuelven trayendo la gran mesa de Lövenborg, con sus teclas pintadas.

—¡Eh, Lövenborg! —dice Berencreutz—. Aquí tienes tu piano; toca ahora algo para Gösta.

Y Lövenborg cesa de llorar y se sienta para interpretar a su apenado amigo Beethoven. Ahora era seguro que volvería a animarse.

En la cabeza del viejo vibraban las notas más dulces y embriagadoras. No puede creer otra cosa sino que Gösta oye lo que él está tocando. Sí, Gösta advierte, sin duda, lo bien que toca esta noche. Ahora no hay dificultad alguna para él; sus dedos se deslizan infatigables sobre las pintadas teclas arrancando escalas y trinos. No tiene más que un deseo: que el Maestro pueda oírle.

A medida que toca se va animando más. Oye las notas más suaves, en una especie de éxtasis sobrenatural.

—¡Dolor, Dolor! ¿Por qué no había yo de amarte? ¿Por qué tus labios son fríos, tus mejillas desabridas; por qué tu brazo ahoga y tu mirada petrifica?

Dolor, Dolor, tú eres como una de esas mujeres orgullosas y bellas, cuyo amor es difícil de conquistar; pero que arde con más brío que el de las otras. Tú, réprobo, te apoderaste de mi corazón y te amé. Sí, te amé, te besé hasta que el frío desapareció de tus miembros, hasta que tu amor llenó mi alma de celestial felicidad.

¡Oh, cuánto he padecido! ¡Oh, cuánto te he añorado desde aquel día que te perdí, a ti, oh, la primera a quien yo amé! La noche tenebrosa nos envolvía a los dos; yo me hallaba abstraído en la oración, en oración penosa y muda. Y el cielo permanecía silencioso e inmutable ante mi larga espera. Ningún espíritu bueno descendió volando hasta mí, desde la estrellada bóveda celeste, para consolarme.

Pero mi ardiente deseo desgarró el misterioso velo y tú viniste hacia mí sobre un puente de rayos de luna. Sí, te acercaste a mí envuelta en el resplandor de aquella misteriosa luz, oh amada mía, y tus labios dibujaban una sonrisa divina. Genios risueños te escoltaban. Llevaban coronas de rosas, tocaban cítaras y flautas. Era una gloria el verte.

Más tú desapareciste, amada mía, desapareciste sin dejar detrás puente alguno de rayos de luna para que yo pudiera correr en pos de ti. Y aquí me quedé sobre la tierra, sin alas, encadenado al polvo. Mis lamentos eran como el rugido de un animal salvaje, como el retumbante trueno del cielo. Quería mandarte el rayo como mensajero. Maldecía de la verde tierra. Sí, que el fuego arrasara las cosechas, que la peste aniquilara la Humanidad. Evocaba la muerte y el exterminio. Era como si todos los tormentos del fuego eterno hubieran sido un goce comparados con mi miseria.

¡Dolor, Dolor! ¡Aquel día fue cuando te hiciste mi amigo! ¿Por qué no había yo de amarte como se ama a esas mujeres severas y orgullosas cuyo amor es difícil de conquistar, pero que arde más abrasador que los demás?

Esto es lo que toca el pobre músico. Hele aquí, radiante de inspiración, mientras las armoniosas composiciones resuenan en sus oídos, convencido de que Gösta Berling le oye y se consuela.

Gösta permanece callado y le mira. Primero le llenó de ira aquella nueva comedia, pero, poco a poco se fue calmando. Era irresistible la vista de aquel viejo embriagado con su Beethoven. Y Gösta se vio obligado a pensar entonces que también aquel hombre que veía allí tan contento y tan despreocupado había conocido el abrazo del dolor, que también él había perdido a su amada. Y, sin embargo, allí estaba tan alegre y satisfecho ante su mesa de madera. Por lo tanto, no era preciso más para hacer feliz a un hombre.

Sentíase humillado. «Gösta —se decía a sí mismo—, ¿cómo puedes soportar tanto sufrimiento? Tú, que estás endurecido y templado por una vida de pobreza, que has nacido en un país donde el invierno no puede ser más crudo y donde el verano es avaro, ¿has olvidado la virtud de la perseverancia? Gösta, un hombre debe ser capaz de soportar todo lo que brinde la vida, con coraje en el corazón y la sonrisa en los labios; de lo

contrario, no es un hombre. Renuncia a cuanto quieras si has perdido la amada, deja que tu conciencia te torture y te desgare las entrañas, pero demuestra siempre que eres un hombre, un verdadero wärmlandés. Que tu mirada brille de alegría, que tus risueñas palabras animen a tus amigos. La vida es dura, la naturaleza es dura. Ambas engendran, como consecuencia, el valor y la alegría. De lo contrario, nadie sería capaz de soportarlas. ¡Valor y alegría! Ambos son los primeros deberes de la vida. Hasta ahora nunca les fuiste infiel y hoy no debes serlo tampoco. ¿Acaso eres menos que Lövenborg, que toca su piano de madera? ¿Acaso eres menos que todos los nobles caballeros, los héroes, los despreocupados, los eternamente jóvenes? Bien sabes tú que ninguno de ellos ha escapado al dolor».

Gösta Berling los mira entonces. ¡Qué cuadro! Helos ahí todos, sombríos y silenciosos, escuchando esa música que nadie puede oír. Una repentina carcajada despierta a Lövenborg de su extático ensueño. Alza las manos de las teclas emocionado y escucha emocionado. Sí, es la antigua risa de Gösta Berling, su alegre, amigable y sugestiva risa. Es la música más divina que el viejo ha oído en todos los días de su vida.

—¡Ya sabía yo que Beethoven te ayudaría, Gösta! —exclamó lleno de alegría—. ¡Estás curado!

Así fue cómo la buena de Doña Música curó la melancolía de Gösta Berling.

XXII

EL PASTOR DE BROBY

Eros, oh, tú, omnipotente, bien sabes que con frecuencia hay quien cree haberse librado de tu poder. Todos los tiernos sentimientos que unen a los hombres parecen muertos en su corazón. La locura extiende sus garras hacia el desdichado; pero entonces llegas tú, con tu omnipotencia, oh, protector de la vida, y el corazón seco reverdece y florece, como la vara del santo.

Nadie puede ser más avaro que el pastor de Broby. Nadie está más apartado de los hombres por su maldad y crueldad. Sus habitaciones están todo el invierno sin calor; se sienta sobre un tosco banco de madera sin pintar; se viste de harapos, vive de limosna, y se enfurece cuando un mendigo aparece ante el umbral de su puerta. Deja que el caballo pase hambre en el establo, y vende el heno; sus vacas mordisquean la hierba del borde del camino y el musgo de los muros de las casas. Desde lejos se oye el triste balido de sus hambrientas ovejas. Y la vejez no pone límites a su trabajo. La locura de la avaricia no le abandona jamás. Los aldeanos le echan la comida que sus perros no quieren comer, y las ropas que los mendigos desprecian. Su mano se ha extendido para pedir, su espalda se ha encorvado para dar las gracias. Mendiga a los ricos; presta a los pobres. Si ve una moneda de oro, su corazón arde de impaciencia hasta que la ve en su bolsillo. ¡Desgraciado de aquel que el día del vencimiento no puede pagar!

Se casó muy tarde. Más valiera que nunca lo hubiera hecho. Martirizada y consumida de cansancio, murió su mujer. Ahora, su hija sirve a los extraños. Es ya viejo, pero la vejez no le trae el menor descanso. La locura de la avaricia no le abandona jamás.

Un buen día, a principios de agosto, aparece por la colina de Broby una carroza tirada por cuatro caballos. Una distinguida señorita de avanzada edad, vestida de gran gala, va en su interior, custodiada por un lacayo, un siervo y una camarera. Viene a visitar al pastor de Broby, al que amó en su juventud.

Cuando el pastor era preceptor en la finca de su padre, se amaron mutuamente. Pero la orgullosa familia los separó. Y ahora aparece por la colina de Broby, para verle antes de morir. Todo lo que la vida puede ofrecerle es ver de nuevo al que amó en su juventud.

La menuda y delicada señorita va sentada en el interior del gran coche, y sueña. No va por la colina de Broby, hacia una pequeña y miserable ermita, sino por el camino que conduce al fresco cenador envuelto en el tupido follaje del parque, donde la espera el amado. Ella le ve; es joven, sabe besar y amar. Ahora que ella va a verle, acude su imagen a su mente con singular nitidez. ¡Qué guapo es! Aún siente entusiasmo y puede temblar de pasión.

Pero ella está pálida, marchita y vieja. Tal vez no la reconocerá. Tiene ya sesenta años; pero ella no viene a ser vista, sino a ver al amado de su juventud, a quien el diente del tiempo ha dejado intacto, permitiéndole continuar siendo siempre hermoso y apasionado.

Viene de tan lejos que nunca ha oído decir nada del pastor de Broby.

El coche llega ante la colina y, al fin, se divisa la ermita sobre la cumbre.

—Por el amor de Dios, una limosna —gime un mendigo al borde del camino—. Dad una limosna a un pobre hombre.

La distinguida dama le da una moneda de plata y le pregunta si se halla lejos la ermita del pastor de Broby.

El mendigo la contempla con mirada tímida e investigadora.

—La ermita está allí —dice—. Pero el pastor no está en casa, no hay nadie en la ermita.

La menuda y tierna señorita parece que va a perder el conocimiento. El fresco cenador desaparece, el amado no está allí. ¿Cómo pudo suponer que al cabo de cuarenta años volvería a encontrarle en el mismo sitio?

¿Qué desea la distinguida señora de la ermita?

La ilustre dama ha venido a visitar al pastor. Le conoció en otros tiempos. Cuarenta años y cuarenta millas los han separado; pero en cada milla del viaje ha ido dejando tras sí un año con su fardo de pesares y recuerdos.

Y cuando ha llegado ante la ermita se ve convertida en una muchacha de veinte años, sin pesares, sin recuerdos.

El mendigo está ante ella, la contempla, y ante sus ojos la ve transformarse de veinte en sesenta años y de sesenta otra vez en veinte.

—El pastor volverá a casa esta tarde —dice el mendigo—. Lo mejor es que la señorita vaya a la posada de Broby. Esta tarde —repite el mendigo— el pastor estará en casa.

Momentos después la pesada carroza de la menuda dama marchita desciende de la colina, hacia la posada. Pero el mendigo sigue allí y la ve alejarse, temblando. El recuerdo del pasado parece obligarle a caer de rodillas y besar las huellas de la carroza.

Elegante, recién afeitado y muy acicalado, con zapatos de relucientes hebillas, medias de seda, con *jabot* y puños, está el pastor de Broby, a las doce de aquel día, ante la rectoría de Broby.

—¿Cómo podéis suponer, señora, que puedo ofrecer mi casa, siendo tan pobre como soy, a una condesa? Mis suelos están negros; la sala, sin muebles; el techo, verde de moho y humedad. Ayudadme, señora ama. ¡Pensad que es la distinguida hija de un conde!

—¿Acaso no podéis decir que habéis partido de viaje?

—Querida ama; es que ha hecho un viaje de cuarenta millas sólo por verme a mí, un pobre hombre. Ella no sabe en la situación que yo me encuentro. No tengo ni un mal lecho que ofrecer a sus criados.

—Entonces, dejad que vuelva a su casa.

—Querida ama. ¿No comprendéis lo que yo anhelo? Preferiría dar todo lo que poseo, todo lo que con fatigas y privaciones he logrado reunir, antes que dejarla marchar sin haberla recibido bajo mi techo. No tenía más que veinte años cuando la vi por primera vez, y de esto hace ya cuarenta años; haceos cargo, señora. Ayudadme, para que pueda recibirla en mi casa. He aquí dinero, si esto puede resolverse con monedas. Pero para ello se precisa algo más que dinero.

¡Oh, Eros! Las mujeres te aman. Prefieren dar cien pasos por ti que uno por cualquiera de los otros dioses.

En la casa del rector empieza el saqueo de la cocina y la despensa. En la casa del rector se cargan varios carros que son conducidos a la ermita. Cuando el rector vuelve a casa después de sus lecciones de doctrina, podrá dar vueltas por la cocina, las despensas y las vacías estancias; podrá preguntar por su comida, y nada encontrará. Ni comida, ni ama, ni criada. ¿Cómo remediarlo? Eros lo ha querido así; Eros, el todopoderoso.

Durante la tarde, la pesada carroza vuelve a subir la colina de Broby. La menuda señorita va dentro y piensa si se encontrará con una nueva desgracia o si será cierto que se acerca hacia la única alegría de su vida.

Al fin la carroza llega ante la ermita; pero tiene que detenerse. La puerta es demasiado estrecha; la carroza, demasiado ancha. El cochero hace restallar la tralla; los caballos quieren arrancar; el criado jura, pero las ruedas traseras del coche no caben. La hija de los condes no puede entrar en el patio de la casa del amado.

Pero allí llega alguien. Allí llega él. Él, que la saca del coche en sus brazos, pues los años no han logrado debilitar su fuerza; él, que la oprime fuertemente contra su corazón, como hace cuarenta años. Ella ve brillar sus ojos, como cuando no habían visto aún más que veinticinco primaveras.

Un huracán de sentimientos ruge en su pecho, más ardiente que nunca. Recuerda cómo la subió un día en sus brazos, por la escalera de la casa paterna, hasta la terraza. Había olvidado lo que es ser oprimida entre unos brazos poderosos, y mirarse en unos ojos jóvenes y radiantes.

No ve que es viejo; no ve más que los ojos, sus ojos; no ve los ennegrecidos suelos, los muros, verdes de moho y humedad. No ve más que los ojos radiantes. El pastor de Broby es, en este momento, un hombre corpulento, un hombre hermoso. Ella oye su voz, su voz clara y fuerte, que suena como un murmullo de amor. ¿Para qué necesitaba él los muebles de la casa del rector y adornar sus estancias vacías? ¿Qué necesidad tenía de la comida excelente o de los criados? La anciana señorita apenas hubiera echado de menos algo de ello... No oye más que su voz y no ve más que sus ojos.

Jamás había sido tan feliz como ahora.

¡Con cuánta elegancia se inclinó ante ella! Lo hizo con la misma cortesía y orgullo que si ella hubiese sido una princesa y él su favorito. Al hablarle emplea los giros más elegantes de los antiguos, y ella le responde con una sonrisa y se siente feliz.

Hacia el atardecer le ofrece el brazo y ambos salen a pasear por el viejo y mustio jardín, en el que ella no encuentra nada feo ni desagradable. Los bosquecillos enmarañados se le antojaban jardines bien cuidados. El césped de los prados se le figuraba un blando tapiz de un verde esmeralda, sombreado por largas avenidas de árboles; y sobre los bancos, entre el frondoso ramaje, distinguía estatuas blancas, representando la Juventud, la Fidelidad, la Esperanza y el Amor.

Sabe que él se casó en otro tiempo; pero no quiere acordarse de ello.

¿Y por qué había de acordarse de tal cosa? Ella tenía ahora veinte años de edad y él veinticinco. Ciertamente, él no tiene más que veinticinco y es un joven rebosante de energía. ¿Se transformará con el tiempo en el avaro pastor de Broby ese sonriente jovencillo? A veces siente en sus oídos un extraño murmurio, como presagiando un porvenir sombrío.

Pero los lamentos de los pobres, las maldiciones de los engañados, las injurias y burlas, las coplas irónicas, las mofas y la execración pública, no los espera todavía.

Su corazón arde solamente en el fuego de un amor puro e ingenuo. Este orgulloso joven no amará nunca el dinero hasta el punto de querer conseguirlo a costa de una vida llena de sordidez y miseria, implorando la caridad de los mismos vagabundos del camino, sufriendo humillaciones e ignominias, frío y hambre, sólo por obtenerlo.

¿Dejará sufrir hambre a su hija y osará martirizar a su mujer, sólo por amor al dinero? Imposible; eso no será porque él es un hombre bueno como los demás. No es ningún monstruo...

La amada de su juventud no se halla junto a un ser despreciable, indigno de cumplir la misión que había osado tomar sobre sí.

No, no, Dios Todopoderoso; hoy no es así. Esta tarde no es el pastor de Broby ni tampoco lo será mañana, ni al día siguiente.

Al tercer día vuelve ella a partir. Esta vez la puerta es amplia. La carroza desciende ligera por las colinas de Broby, como sólo podría hacerlo

tirada por fogosos caballos.

¡Qué sueños! ¡Qué sueño tan maravillosamente divino!

¡Ni una sola nube oscureció su mente aquellos tres días!

Sonriente, se volvió a su castillo dominada por sus recuerdos.

Jamás volvió a oír pronunciar su nombre; tampoco volvió a preguntar por él.

Su único deseo era mantener aquel ensueño mientras viviera.

El pastor de Broby se quedó en su casita solitaria llorando como un desesperado. Ella le había devuelto la juventud. ¿Volvería a envejecer? ¿Volvería a tentarle el espíritu malo? ¿Sería ahora tan despreciado como lo había sido antes?

XXIII

EL PATRÓN JULIUS

El patrón Julius había bajado su arca, pintada de rojo, de las alturas de la morada de los caballeros. Llenó su baúl que le había acompañado en tantos viajes de provisiones y de barrilitos con sabroso aguardiente de naranja; luego llenó una gran caja de vituallas, pan untado con manteca y queso añejo, de matices verdes y parduscos, y, por fin, añadió grasa de tocino y un pastel de arroz con confitura de frambuesa.

Terminados estos preparativos, el patrón Julius fue pasando por todo Ekeby y con lágrimas en los ojos se despidió de aquella regalada vida. Por vez postrera acarició los desgastados bolos de juego; por postrera vez acarició suavemente los mofletudos carrillos de los niños que jugaban en la pendiente. Luego visitó todos los pabellones del jardín y las grutas del parque, el establo y los graneros; por última vez acarició a los caballeros, cogió al feroz toro por los cuernos, y se dejó lamer las manos por las terneras. Y con los ojos humedecidos por el llanto, entró en el edificio central, donde le esperaba el último banquete de despedida.

¡Qué pena le daba la vida! ¿Por qué encerraba tanta amargura? Los manjares parecían contener veneno y el vino le sabía a hiel... La emoción oprimía las gargantas de los caballeros, así como la del patrón Julius.

Un velo de lágrimas empañaba sus miradas. El brindis de despedida se truncaba por los sollozos. ¡Malhadada existencia...! Su vida sería, en el porvenir, un continuo y ardiente deseo... La sonrisa dejaría de vagar en sus labios y se extinguirían las canciones y los recuerdos, como las flores se agostan en la fría tierra otoñal... Palidecería, apagarse el color de su rostro, y todo su cuerpo se agostaría como una rosa helada, como un lirio

sediento... Los caballeros no volverían a ver al buen Julius... Terribles presagios surcaban su alma y acosábanle amenazadores como sombras de nubes tempestuosas sobre los campos recién sembrados... ¡Quería retornar a su hogar, para morir!

Rebosante de salud y fuerza estaba entonces ante los caballeros, que nunca más volverían a verle así... Ya no le harían más preguntas burlonas, ni le llamarían para jugar a los bolas... Este pensamiento le roía y le atenazaba. Presentía que sus días estaban contados, y sólo deseaba que guardaran fiel memoria del muerto, los caballeros y Ekeby, que no le olvidaran jamás.

El deber le llamaba a sus patrios lares. Hacía diecisiete años que su madre esperaba su retorno de Ekeby. Habíale escrito llamándole al hogar, y Julius quería obedecer. Sabía que ello sería su muerte; pero, buen hijo ante todo, estaba decidido a emprender el viaje.

¡Oh, estos olímpicos festines! ¡Estos hermosos prados, el orgulloso torrente, las alegres hablillas y la linda morada de los caballeros! ¡Oh, violines y cuernos de caza! ¡Oh, vida rebosante de felicidad y alegría! Sólo la muerte podría borrar su recuerdo. Después de comer, el patrón Julius fue a la cocina para despedirse de las gentes de la casa. Con desbordante ternura murmuró palabras de afecto y besó desde el ama hasta el pordiosero que había en el corral. Las muchachas lloraban, y clamaban, deseándole buena suerte... ¡Tener que separarse de un hombre tan bueno y alegre!

El patrón Julius dio órdenes de que su carruaje fuera atalajado ante el cobertizo y que su caballo estuviera dispuesto... ¿Qué diría el viejo *Kaisa*, trotando cuesta arriba y abajo, al ver que abandonaba, después de diecisiete años de reposo, el bien provisto pesebre?

Casi le faltó la voz al dar las órdenes necesarias para su marcha. Su carruaje no debía envejecer más bajo una capa de polvo, y su viejo *Kaisa* tenía que abandonar su querida cuadra. No había otro remedio que partir. Julius no quería decir nada malo de su madre; pero la vieja señora debió pensar en que tal vez no resistirían tan largo viaje el vehículo y *Kaisa*.

El trance más amargo fue el momento en que se despidió de los caballeros. El pequeño y regordete patrón Julius, cuya figura era más adecuada para rodar que para recorrer a pie los caminos, sintióse trágico

hasta la punta de los pelos. Pensó en el gran ateniense que apuró la cicuta rodeada de sus discípulos acongojados; en el viejo rey Gustavo que, al morir, profetizó que llegaría el día en que el pueblo sueco deseara que su rey saliera de la tumba; y, finalmente, cantó una hermosa canción, pensando en el cisne que expira al terminar su canto. Así quería que le recordasen todos: como un rey que no sucumbe al llanto, sino que abandona a los suyos sobre las frágiles alas de una canción...

Tras entonar la última canción, apurada la copa y cambiado el postrer abrazo, echose el capote sobre los hombros y sus manos enarbolaron el látigo. Las lágrimas empañaban las miradas de los que habían acudido a presenciar su marcha, y aun sus propios ojos tan velados estaban por las crepusculares nubes de la preocupación que no podía distinguir nada claro.

Alzáronle en brazos los caballeros y le subieron al cochecito. Los hurras atronaron los oídos. El patrón Julius, sin poder ver lo que sucedía a su alrededor, quedó anonadado.

Restalló un látigo y el carruaje se puso en movimiento. Cuando Julius recobró el sentido, el carruaje marchaba ya a lo largo del camino.

Mucho había hecho llorar esta partida a los caballeros, y fue muy profundo y doloroso su sentimiento; pero su terrible congoja no había matado los gérmenes de alegría y el ansia de diversión de sus corazones. Uno de ellos, cualquiera, Gösta Berling, el poeta, o bien Berencreutz, el jugador de naipes y el viejo guerrero, o el tío Cristóbal, tan cansado de la vida, lo dispuso de manera que *Kaisa* no tuvo que abandonar su pesebre, ni el apolillado carruaje salir de su cobertizo.

En su lugar, apareció un carro propio para el acarreo del heno, y en vez del caballo, un buey de infinita mansedumbre y de blanco pelaje...

Los verdes barriles, el baúl y el gran arcón tallado llenos de vituallas, fueron echados sobre el carro. Al patrón Julius lo pusieron, a horcajadas, sobre el blanco lomo del peludo buey...

Y ved cómo son los hombres, tan débiles para imponerse a la pena y resistir la aflicción; pero ¡oh, amigos!, aquellos caballeros que lloraban la marcha del amigo que iba a morir como un lirio agostado, que partía como un cisne moribundo, sacudieron rápidamente la amargura que oprimía sus corazones, al verle sobre el buey, ridículamente montado, con su rechoncho

corpachón que temblaba emocionado y sacudido por el llanto, con sus brazos abiertos en postrer abrazo y sus ojos en éxtasis, como si buscara justicia en el cielo sombrío.

Al acercarse el patrón Julius, viose en medio de la soledad del camino y fijose en que iba sentado sobre el ondulante lomo del buey.

Y al verse en tal apostura, se cuenta que el buen Julius empezó a sutilizar el recuerdo de cuanto le hubo acaecido en aquellos diecisiete años últimos.

El viejo *Kaisa* estaba notablemente transformado. ¿Habrían motivado este cambio los pesebres de avena y los campos de trébol de Ekeby? Y Julius gritó —ignoro si le oyeron las piedras del camino o los pajarillos que había en los arbustos—; pero es cierto que gritó:

—El diablo me ase entero si no te has convertido en un astado, viejo *Kaisa*.

Pero después de algunas consideraciones se arrastró dulcemente por el lomo del buey, subió al carro de heno, se sentó encima del cajón de provisiones, y de nuevo se sumió en reflexiones profundas...

Cuando se aproximaba a Broby, percibió el eco de una armoniosa canción que anunciaba la llegada de los cazadores... Pero no eran cazadores, sino varias alegres muchachas de Berga y algunas bellas hijas del alcalde de Munkerud, que a lo largo del camino venían. Llevaban pequeñas cañas como armas al hombro, y como bandolera reducidas bolsas de provisiones. Animosas bajo el sol radiante, seguían cantando a compás de su divertida canción.

—¿Adónde va, patrón Julius? —le preguntaban sin reparar en las nubes de tristeza que oscurecían su frente.

—Me voy de esa casa del pecado y de la vanidad —respondió Julius—. No quiero permanecer más tiempo entre esa gente perversa y malvada, que no respeta ni las cosas sagradas. Me voy con mi madre.

—No es verdad —contestaron—. Usted no podrá abandonar Ekeby.

—Sí —dijo descargando un golpe sobre el baúl—. Huyo de Ekeby como Lot de Sodoma. Ahora no hay ningún justo allí. Pero si la tierra se abriera y el fuego y el azufre del cielo llovieran, me alegraría entonces de la justicia divina. ¡Adiós, muchachas! ¡Guardaos de Ekeby!

Dichas estas palabras, trató de alejarse; pero esto no era del gusto de las vivarachas muchachas, que se habían empeñado en subir hasta Dunderkloett. Pero el camino era largo, y las muchachas se proponían ascender a la montaña montadas en el carro del patrón Julius.

Felices aquellos que al sol de la vida se alegran y salvan animosos todas las dificultades... En menos de dos minutos las muchachas supieron imponer su voluntad y consiguieron que el patrón Julius, dando la vuelta a su carro, las condujera hasta Dunderkloett.

Sonriente, sentose sobre su caja de provisiones, como un rey. A lo largo del camino crecían margaritas, milflores, campánulas y, cuando el buey se detenía para respirar, las jóvenes descendían y cortaban flores, que pronto aparecían en forma de corona sobre la cabeza del patrón Julius y los cuernos del animal.

Un poco más lejos pasaron a través de una alameda de abedules y alisos. Las jóvenes cortaron arbustos, arrancaron ramas y el carro fue transformado en un emparrado ambulante. Así pasaron el día entre juegos y diversiones...

La melancolía del patrón Julius se desvanecía a medida que avanzaba el tiempo, y acabó partiendo sus provisiones con las muchachas sin cesar en sus cantos. Cuando llegaron a lo alto del Dunderkloett y el vasto panorama apareció a sus pies, el corazón de Julius palpitó con violencia. Llevado de su entusiasmo, entonó el himno de Wärmland.

¡Oh, Wärmland, país magnífico, país encantador!

Y el amor al país hizo que sus palabras brotaran con elocuencia.

«¡Ah, Wärmland, Wärmland! —exclamó—. Muchas veces te he visto en el mapa; pero sólo ahora sé cómo eres. Eres un viejo eremita que sueña con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas. Tu capucha cae sobre tus ojos semicerrados. Eres un soñador filosófico y encantador... Llevas un manto de bosques bordado con las cintas azules de las aguas y de las colinas. Eres tan sencillo que el extranjero no ve lo hermoso que eres. Eres pobre como los hombres santos del desierto; pobre, grave y dulce. Inmóvil, dejas que las aguas del Vener bañen tus pies.

»A la izquierda se extienden los filones de metal y las minas que forman tu palpitante corazón, y, al Norte, las oscuras y bellas alfombras de verdura,

que forman tu cabeza soñadora...

Al contemplarte, ¡oh, clásico y divino gigante!, cúbranse de lágrimas mis ojos... Eres sereno en tu belleza, eres la Severidad, la Pobreza, el Renunciamiento, y, sin embargo, adivino en medio de tu dureza los dulces rasgos de la piedad. Te veo y te adoro... Mi alma sana con sólo divisar tu bosque profundo, un solo extremo de tus vestiduras... Hora tras hora y año tras año, en tu faz imponente me extasié. ¿Qué enigma ocultas en tus párpados entreabiertos? ¿Has resuelto, acaso, el enigma de la Vida y de la Muerte, o cavilas aún? Eres para mí, el gran Custodio del pensamiento, grave y enorme... Junto a ti veo pulular a los hombres, seres que nunca ven tan sólo la belleza en tu semblante y en tus miembros, y dejándose fascinar por tu encanto, se entregan al olvido del resto del mundo.

¡Ay de mí! ¡Ay de nosotros, los hijos del Wärmeland! ¡Belleza, belleza, nada más podemos exigir de la vida! Nosotros, hijos del Renunciamiento, de la Severidad, de la Miseria, en profunda rogativa elevamos nuestras manos para desear el único bien: Belleza.

¡Ah, si la vida pudiera ser una floresta de rosales henchida de amor, de dulce llanto y alegría; si sus rosas pudieran estar al alcance de todos! ¡Oh, mira, esto es cuanto deseamos; que nuestra tierra conserve las huellas de la Severidad y de la Pobreza! Nuestra tierra es el eterno símbolo de la Reflexión. Pero carecemos de pensamientos. ¡Oh, Wärmeland, tierra bella y munificente!

Así habló, con ojos arrasados en lágrimas, el patrón Julius, con la voz temblorosa por el propio embeleso.

Las muchachas escuchábanle con asombro y enternecimiento. Adivinaban la profundidad de sentimientos que albergaba aquel hombre sonriente. Cuando la tarde comenzó a caer y subieron al carro, no se preocuparon del camino que seguía el patrón Julius, y sólo supieron adonde las conducía cuando se vieron frente a la escalinata de Ekeby.

—Ahora, pasad —les dijo—, y bailaremos una polca.

Los caballeros vieron al patrón Julius con una corona marchita sobre su cabeza y el carro lleno de muchachas.

—Ya nos presumíamos que las jóvenes le habían retenido; de no ser así, hubiera regresado varias horas antes.

Los caballeros recordaron que era la decimoséptima vez que el patrón Julius intentaba abandonar Ekeby; una vez cada año; pero el patrón Julius había sucumbido en la nueva tentativa, como siempre. Su conciencia volvería a dormir un año.

El patrón Julius, hombre extraordinario, era ligero en el baile a pesar de su abultado vientre, y listo en el juego. El pincel, la pluma y el arco eran igualmente familiares a su mano. Su corazón conmovíase por nada; sus labios emitían muy bellas palabras y las canciones salían de su garganta con gracia y estilo. ¿Qué hubiesen sido todas estas aptitudes, os pregunto, si no hubiera tenido una conciencia que se despertaba una vez al año, una extraña conciencia parecida a la de esas libélulas que salen de las profundidades en sombra, les crecen unas alas y viven algunas horas, sólo algunas horas, a la brillante luz del sol?

XXIV

LOS SANTOS DE BARRO

La iglesia de Svartsiö es, por dentro y por fuera, toda blanca; las paredes, el púlpito, los bancos, el plafón, los sillones, las cruces de las ventanas, el paño del altar. En la iglesia de Svartsiö no hay imágenes, ni ornamentos, ni el menor escudo. Una cruz de madera, con un lienzo blanco puesto entre los dos brazos, se erige en medio del altar. Pero, antiguamente, no sucedía lo mismo. El templo estaba cubierto de pinturas y lleno de imágenes de piedra y barro.

Hace mucho tiempo que un artista, habitante de Svartsiö, contemplaba al cielo un día de verano y, extático, miraba el correr de las nubes por delante del sol... Había seguido la ruta de las blancas y lucientes nubes por el horizonte, contemplando su elevación gradual, y cómo aquellos colosos crecían más y más hasta perderse en las alturas... Se desplegaban como gigantes velas de navío... Se elevaban como estandartes de guerreros que se dispusieran a la conquista del cielo... Frente al sol, dominador de la esfera terrestre, cambiaban su semblante estas crecientes maravillas, fingiéndose inocentes...

Había, por ejemplo, un feroz león que acabó por transformarse en una empolvada dama... Un gigante, con brazos capaces de pulverizar el mundo, doblégaba su cuerpo como una esfinge sumida en sueños... Otras nubes ornaban su blanca desnudez con mantos recamados de oro. Otras figuras salpicaban de vivo colorete sus mejillas de albura... Allí había bosques, llanuras, alegres montañas con enhiestas torres y todas ellas, cerniéndose, mostraban su majestad bajo el cielo de verano... ¡Llenaban toda la azulada bóveda celeste y hasta ocultaban el sol!

«¡Oh, qué hermoso espectáculo! —pensó el devoto artista—. ¡Ojalá el espíritu añorante pudiera subir a esas altas torres de piedra, y, desde su cumbre, navegar, remontándose, en el espacio!».

Y una vez más comprendió que las blancas nubes del día de verano eran las naves ilusorias de las almas felices, dejándose llevar dulcemente.

Y vio las almas allá arriba, suspendidas en lo alto, con lirios en las manos y coronas de oro en la cabeza... El aire hacía repercutir el eco de sus canciones... Y el ángel de la luz se dirigía a su encuentro. ¡Oh, la multitud de bienaventurados...! Y cuanto más se ensanchaban hacíanse las nubes más perceptibles. Brillaban las almas como lirios blanquísimos sobre un lago, adornando el espacio como los lirios el campo. ¡Qué viaje tan encantador por las alturas! Las nubes se seguían unas tras otras, como un ejército celestial, con armaduras de plata, acompañadas de bardos inmortales cubiertos de mantos guarnecidos de púrpura.

Aquel mismo artista fue el que pintó más tarde la bóveda de la iglesia de Svartsiö, y quiso reproducir las ágiles nubes que contemplara un día de verano, conduciendo a los bienaventurados al reino de los cielos. La mano que manejaba el pincel, demasiado rígida para reproducir las nubes ondulantes surgiendo de una blanda niebla, trazó algo así como los tirabuzones de una larga peluca. Quiso representar a los santos como los había forjado en su fanática visión, y tampoco lo pudo conseguir. Y dándoles un sentido humano, los revistió de terrenales mantos rojos y de rígidas mitras episcopales, y de negros caftanes de extravagantes cuellos y valonas. Empuñaban lirios de devoción, y habíales dotado de cabezas harto grandes para cuerpos tan desmedrados y minúsculos. De sus bocas salían sentencias latinas, y movido de su santidad y deseando, sin duda, proporcionarles una entrada muy cómoda en la eternidad, habíales provisto de sólidos sillones de madera, colocados en las crestas de las nubes. No es de extrañar que fuera incapaz de pintar a los santos y a los ángeles como seres sobrehumanos, porque jamás, seguramente, debieron aparecerse al pobre artista. Sin embargo, no faltó quien atribuyera a tan piadosos desafueros una belleza extraordinaria y un gran valor pictórico, y hasta que fueran capaces de sugerir los más ardientes sentimientos religiosos.

Pero el año en que imperaron allí los caballeros, el conde Dohna hizo que la iglesia toda fuese pintada de blanco, con lo que las pinturas del techo quedaron borradas. Y ordenó también que los santos de barro fueran aniquilados.

¡Oh, los santos de barro! Quisiera que las miserias humanas me impresionaran siempre tanto como la destrucción de estos santos; y que la crueldad de los hombres me llenara de la misma amargura que la crueldad del conde Dohna con aquellos santos de barro.

Había un San Olaf con el yelmo coronado y un hacha en la mano, pisoteando la nuca de un gigante vencido. Sobre el púlpito veíase una Judit con corpiño colorado y saco azul, una espada en la mano izquierda y una clepsidra en la diestra, en lugar de la cabeza del guerrero asirio. ¡Y la reina de Saba! Figuraos una reina misteriosa, con corpiño azul y falda colorada, con las manos llenas de libros cabalísticos y con una pata de gallo grabada en su pie. Un san Jorge yacía sobre un banco del coro, desde que se espantaron su caballo y el dragón. El bastón de san Cristóbal echaba hasta ramas, y san Enrique, coronado, revestíase con un manto florido de oro que le cubría hasta los pies.

¡Cuántos domingos he pasado en esta iglesia de Svartsiö, con el corazón lleno de rabia contra el que ordenó destruir estas imágenes! ¿Qué me hubiera importado que les hubieran faltado los pies, que su dorado ennegreciese y sus colores palidiesen? Yo les hubiera revestido con la aureola de las leyendas de los héroes.

En todo caso hubiese sido mejor dotarles de nuevo de sus perdidos cetros, de sus rotas manos u orejas, y repintarlos hasta dejarlos flamantes. Los mismos vecinos del pueblo casi deseaban que los quitasen de allí; pero jamás se hubieran atrevido a ello, de no instigarles el conde Dohna.

Por esto le tomé tanto odio al conde. Le odiaba como sólo los niños saben odiar, como el pordiosero hambriento a la campesina avara que le niega el pan, como el pobre pescador al muchacho inconsciente que le estropea las redes o le agujerea la barca. ¡Cuánta sed y cuánta hambre sentí durante el largo oficio de la misa! Me habían desposeído del pan que alimentaba mi espíritu. ¿Cómo no había de sentir sed de ese infinito que

ocultan los cielos? El conde había destrozado la red y agujereado la barca con las que habían sido hechas cautivas santas imágenes...

En el alma de las personas de mayor edad no hay lugar para el verdadero odio. ¿Cómo odiar míseras existencias como la del conde Dohna, alocados como Sintram o damas mundanas y decadentes como la condesa Marta?

Pero como entonces era yo niño, fue una suerte para ellos haber muerto tiempo ha.

Acaso el predicador, que estaba en el púlpito, hablase de paz y de perdón; pero sus palabras no llegaban a mi oído. ¡Ah, de haber estado en la iglesia los viejos santos de barro, sí que las hubiera oído y comprendido!

Ahora, que estoy junto al altar, pienso, con extrañeza, cómo pudieron ser destruidos aquellos santos.

Cuando el conde Dohna anuló su matrimonio concitose el odio de todos. Súpose entonces que su esposa había abandonado el hogar conyugal para evitarse el martirio de la muerte a que había sido condenada. Y el conde Enrique, deseoso de recobrar la gracia de Dios y el amor del pueblo, dispúsose a realizar buenas obras, entre ellas la restauración de la iglesia de Svartsiö. Al efecto, hizo blanquear los muros y borrar las pinturas de la bóveda, y él, con sus criados, sacó las imágenes de barro, que luego arrojó al lago Leuven.

¿Cómo se atrevió a levantar la mano contra el Todopoderoso? ¿Cómo pudo suceder esto? La mano que cortó la cabeza de Holofernes, ¿ya no volvería a empuñar el arma? La reina de Saba, envenenada por la flecha que hirió su cuerpo, ¿carecía ya de su sabiduría divina?

San Olaf, el viejo vikingo; San Jorge, el vencedor del dragón, ¿perdieron ya la fama de sus hazañas heroicas? ¿Había palidecido la gloria de sus milagros? Sin duda, no quisieron emplear su poder contra sus verdugos. Como los campesinos de Svartsiö no querían gastar ya más dinero en pintar o dorar los santos y sus coronas, dejaron que el conde los sacara de la iglesia y los sepultara en las profundidades del lago. Tal vez fuera que los santos se hubieran cansado de permanecer de pie o que no quisieran desdecir, con su fealdad, de la casa de Dios. Y al ser destruidos,

tal vez pensaron en los tiempos en que, entre rezos y genuflexiones, eran venerados.

Sentado en la iglesia, pensé en el bote que con el cargamento de imágenes se deslizó en una hermosa tarde de agosto sobre las tranquilas aguas del lago de Leuven. Un criado del conde, mientras remaba lentamente, fijaba sus miradas en los que iban a bordo. El conde Dohna no se mostraba intranquilo, y uno tras otro fue arrojando al agua a los santos, sin que éstos realizaran ningún milagro. Silenciosos y desanimados, dejáronse aniquilar...

Y al domingo siguiente aparecía la iglesia de Svartsiö relumbrante de blancura, sin estatuas que turbaran el recogimiento interior de las meditaciones. Sólo con los ojos del alma podían concebirse la grandeza de los cielos y la faz de los santos; la vibración de las oraciones de los hombres se remontaría a las alturas sólo en alas de la fe, porque los santos estaban ausentes de allí.

La tierra, mansión de los hombres, reverdecía ya, y era azul el cielo, objetivo de nuestros deseos. Si la tierra rutilaba de colores, ¿por qué, entonces, ha de ser blanca la iglesia? Blanca como el invierno, desnuda como la pobreza, pálida como la angustia, sin refulgir como escarcha, ni destacarse como bosque en invierno o radiante como blanca novia engalanada con perlas y encajes... La iglesia yace bajo una fría y blanca aguada, sin estatuas, sin pinturas... El conde Dohna sentábase aquel domingo en su poltrona adornada de flores, en el coro, y en sitio donde se le pudiera ver y hablar. Quería ahora que le reverenciasen por haber reformado los bancos antiguos, destruido las deslucidas estatuas, puesto nuevos cristales en las ventanas maltrechas y pintado la iglesia. Con lo hecho creía estar ya absuelto de sus pecados. Dios, al ver cuán adornada estaba la iglesia, aplacaría su cólera.

La implacable fuerza de la conciencia había llevado al conde a la iglesia. Allí estaba, deseoso de las alabanzas del pueblo, teniendo junto a él, arrodillados en los bancos de los pecadores, a sus hermanos y hermanas que encomendaban a Dios su buena obra. Pero, de querer reconciliarse con Dios, ¡cuánto más le hubiera valido arrodillarse, como otro más, entre los

pecadores, en vez de permanecer en el coro, recibiendo el público homenaje!

¡Oh, conde Dohna! Dios debía esperarte entre los pecadores, humillado, contrito, y, sin duda, debió lamentar que los hombres no se atrevieran a castigarte. Y en su sabiduría, Dios hace que hablen las piedras cuando los hombres callan.

Al terminar la misa y entonarse el último cántico, todos los fieles permanecieron en la iglesia y el predicador subió al púlpito para recitar un sermón de gracias en honor del conde, lo que no debía haber hecho.

Entonces abriose la puerta de la iglesia y los antiguos santos volvieron a entrar en ella chorreando agua, cubiertos de fango, de verde légamo y del negruzco cieno del lago. Habían oído decir que allí iba a celebrarse una fiesta en acción de gracias en honor del que les había desterrado de la santa casa de Dios, sepultándolos en las frías y disolventes ondas del lago. Los santos querían participar también de la fiesta. No podían sufrir el uniforme murmullo de las ondas, porque estaban acostumbrados al cántico y a la oración. Si siempre callaron, fue porque creían que en la iglesia todo era en honor de Dios. Pero ahora no podían consentir que se sentara el conde Dohna en el coro para recibir gloria y honores, y que en la casa de Dios elevara preces y rogara. Por esto habían salido de sus húmedas tumbas y por esto entraban en la iglesia. El pueblo los reconoció en seguida. Allí estaba San Olaf, con su corona; San Enrique, con su manto constelado de flores doradas; San Jorge, el gris; y San Cristóbal. Éstos fueron los únicos que volvieron en busca de sus altares. La reina de Saba y Judit no les acompañaban.

Desvanecida la emoción que el inesperado retorno de los santos despertó entre los presentes, oyose un fuerte rumor.

—¡Son los caballeros! —exclamaron muchas voces.

En efecto, los caballeros irrumpieron en la iglesia, dirigiéndose en derechura al conde, cuyo sillón sacaron a hombros hasta la puerta del templo, donde le dejaron, sin pronunciar palabra.

Seguidamente, marcháronse hacia el lago, sin que nadie se atreviera a contenerlos y sin preocuparse de explicar su proceder.

Sólo uno dijo:

—Nosotros, los caballeros, tenemos ideas propias. El conde Dohna no merece ser alabado en la casa de Dios, y lo hemos puesto en la calle; pero, si alguien lo desea, que lo entre de nuevo.

Pero nadie deseaba tal cosa.

El sermón de gracias quedó sin pronunciar y el pueblo salió confuso de la iglesia. Todos opinaban que la acción de los caballeros era justísima, acordándose de la alegre y joven condesa que tanto habían maltratado en Borg, de lo buena que siempre fue con los pobres, de su hermosura y del martirio que había tenido que soportar.

Era una grave irreverencia entrar de aquel modo en la iglesia; pero el predicador no dejó de declarar que abrigaba los mismos sentimientos que el pueblo, y que hubiera sido ofender a Dios celebrar la apoteosis del conde Dohna.

Desde aquel día, el conde Dohna juzgó imposible continuar residiendo en Borg. Una oscurísima noche de primeros de agosto, detúvose a la puerta del castillo un coche, que rodearon todos los servidores del conde. Un instante después salió la condesa Marta, envuelta en chales, cubriéndose el rostro con un tupido velo. La acompañaba el conde; pero estaba tan tembloroso que apenas si podía bajar la escalera. Acomodados, al fin, los caballos partieron al galope.

Cuando al día siguiente despertaron las urracas, los habitantes del castillo habían desaparecido.

El conde vivió largo tiempo en los países del Sur. Borg fue vendido, y cambió después de dueño muchas veces.

Y en el Borg, que todos adoraron en otro tiempo, ya nadie halló la felicidad.

XXV

EL ENVIADO DE DIOS

Una tarde del mes de agosto llegó el capitán Lennart a la posada de Broby. Caminaba hacia su pueblo, Helgesäter, que se encuentra junto al bosque, a un cuarto de milla de Broby.

El capitán Lennart no sabía, por entonces, que llegaría a ser un enviado de Dios en la tierra, y su corazón estaba en aquel momento henchido de fervorosa alegría ante la perspectiva de retornar a sus lares.

Había pasado por duros trances en los últimos tiempos; pero una vez en su hogar, todo volvería a su cauce normal. Ignoraba que estuviese predestinado a no hallar tranquilidad ni calor en su propia casa.

Por la mente del capitán Lennart pasó una idea alocada y en medio de sus meditaciones empezó a gritar como un salvaje. De un trompazo puso el telar en desorden, enmarañando los hilos del torno. Arrojó el gato a la cabeza del perro y rió de estrepitosa manera para ser oído en todos los ámbitos de la casa, así como el rumor de la lucha de los dos animales que parecían haber perdido la antigua amistad, al arrojarse el uno contra el otro con las uñas encorvadas, los ojos saltones y el pelo erizado. Atraída por el escándalo acudió la posadera y permaneció de pie un momento, en el umbral, contemplando a aquel hombre que se reía de los agresivos animales. Conocíale muy bien la posadera. La última vez que le vio, el capitán iba entre criminales y esposado, en un carro. Lo recordaba bien. Hacía cinco años y medio que en el mercado de invierno de Karlstad se apoderó un ladrón de un rico bolso, propiedad de la esposa del alcalde, bolso que contenía varias sortijas, broches y pulseras que su poseedora tenía en gran estima por ser, en su mayor parte, prendas heredadas y recuerdos de

familia. Las joyas no volvieron a encontrarse y pronto corrió el rumor por el país de que el capitán Lennart, de Helgesäter, había sido el ladrón. La gente del pueblo no comprendió nunca cómo pudo tomar cuerpo semejante rumor. Así, pues, el capitán Lennart no era un hombre honrado y digno de estima. Durante varios años había vivido felizmente con su esposa, en Helgesäter. Había tardado en casarse con ella por razones materiales... Tenía su renta, su sueldo y su cargo oficial. ¿Cómo era posible que aquel hombre cayera en la tentación de robar los viejos brazaletes y anillos? Extraño pareció también que aquella mala fama hallara tan pronta acogida y que se diera el delito por probado. El capitán Lennart tuvo que despedirse de sus deudos y fue degradado y condenado a cinco años de trabajos forzados. El capitán, al defenderse, dijo que estuvo en el mercado; pero se marchó de allí antes de que se efectuara el robo. En el camino encontrase un broche viejo y feo que llevó a su casa y que regaló a sus hijos para que jugaran con él, broche que resultó ser de oro y que pertenecía a las joyas robadas en Karlstad. Aquello fue su ruina. En realidad, todo esto lo tramó el perverso Sintram, que fue el delator y el que aportó todos los testigos.

El suceso parecía obedecer a un plan para alejar al capitán Lennart del país. A Sintram se le había formado un proceso por haber vendido pólvora a los noruegos en la pasada guerra, y le tenía miedo al capitán por lo que pudiera declarar contra él. Descartado Lennart, viose el proceso y Sintram fue absuelto por falta de pruebas.

La posadera no salía de su asombro al contemplar al capitán. Tenía los cabellos grises y la espalda encorvada como la de un viejo. Echábase de ver que la vida había sido dura con él, si bien conservaba su buen humor y su cara tenía un aspecto amable. A pesar de sus desgracias continuaba siendo el capitán Lennart, el amigo que el día de su boda habíala conducido al altar y había bailado con ella. Sin duda, se entretendría en hablar con cada persona que encontrase en el camino. Como en otros tiempos, echaría monedas de cobre a los niños, y diría a cada viejecita de piel arrugada que la encontraba más joven cada día. Hasta tal vez llegara a verle de pie sobre un tonel y con el violín bajo el mentón, tocando aires populares la noche de san Juan. ¡Oh, Dios mío!

—¿Y qué, tía Karin? —empezó el capitán—. ¿No quiere usted reconocermé?

En realidad, el capitán había entrado allí para averiguar cómo estaba su familia y si aún le esperaba, ya que no debían olvidar los suyos que por aquel tiempo cumplía su condena.

La posadera hubo de contarle buenas nuevas. Su esposa era tan hábil y útil como podía serlo un hombre. Había arrendado una alquería del nuevo propietario y todo iba viento en popa. Los niños estaban tan sanos y alegres que era una delicia el contemplarles. Su esposa había demostrado ser una mujer de firmeza que no hablaba más de lo que pensaba. De lo que estaba convencida era de que nadie había usado la cuchara ni la silla del capitán mientras estuvo ausente. No había dejado pasar un solo día sin subir la pobre esposa hasta las piedras de la cúspide del cerro de Broby, para ver el camino por donde su esposo debería regresar. Teníale preparados nuevos vestidos, tejidos por ella misma. El capitán podía comprender, por todo ello, que era anhelosamente esperado, aun cuando ella no lo hubiera expresado públicamente.

—Nadie me creará culpable, ¿verdad? —preguntó el capitán.

—¡Oh, no, capitán! —respondió la posadera—. Nadie.

El capitán salió entonces de la posada para ir rápidamente a su casa.

Quiso el azar que encontrase a la puerta un grupo de viejos amigos, y los caballeros de Ekeby, que llegaban allí invitados por Sintram, para celebrar su cumpleaños. A los caballeros les daba cierto reparo estrechar la mano de un presidiario y darle la bienvenida.

La misma conducta observó Sintram, si bien éste díjole al verle:

—¡Querido Lennart, puedes estar seguro de que Dios ha dispuesto cuanto te acontece!

—Cállate, infame —respondió el capitán—. ¿Acaso crees que yo ignoro que sólo por un milagro de Dios te libraste de ir a la cárcel?

Los caballeros soltaron una carcajada y Sintram no se mostró ofendido, como si no tuviera por qué codearse con racimos de horca.

Los caballeros, para celebrar su retorno al país, invitaron a Lennart, le invitaron a beber una copa. Aquello iba a ser un nuevo motivo de perdición. Hacía más de cinco años que no había probado un licor tan agradable.

Además, estaba agotado por la larga caminata y no le venía mal sentarse un rato.

Y las dos copas que bebiera se le subieron a la cabeza.

Ya sin dominio de sí, apuró otras copas, que le brindaban los caballeros, que, sin intención alguna censurable, trataban de festejar al que en cinco años no había probado nada tan bueno.

El capitán era el hombre más sobrio y frugal que pueda imaginarse. Su anhelo no era el de beber, sino el de llegar a su casa cuanto antes; pero, a medida que iba bebiendo, se arrellanaba cada vez más en el banco de la posada. Y acabó por dormirse profundamente.

Cuando yacía sin sentido, Gösta Berling, por bromear, tomó un pedazo de carbón y un poco de jugo de mora, y le enmascaró la cara al capitán. Quería hacer de la suya una verdadera cabeza de presidiario, por cuanto salía precisamente de presidio. Un ojo se lo pintó de azul, sobre la nariz púsole unas cicatrices rojas, echole sus cabellos sobre la frente, enlazó los mechones de pelo en su cabeza, y, finalmente, le pintarrajeó la cara con hollín.

Después de reírse un rato los caballeros con este espectáculo, Gösta quiso desenmascarar al capitán; pero Sintram se opuso, diciendo:

—No, déjale así, y al despertar se reirá de la gracia cuando se contemple.

Los caballeros se olvidaron del capitán, y la fiesta prosiguió hasta el amanecer. Y cuando tenían la cabeza perturbada, trataron de ponerse en camino.

Aunque tenían más vino que reflexión, pensaron en lo que debían hacer con el capitán Lennart. Sintram propuso llevarle a su casa.

—Será una gran alegría para su esposa, y tan sólo de pensarlo me siento feliz. Sí, llevémosle a su casa.

Todos simpatizaron con la idea, sintiéndose felices de antemano.

Una vez lograron despertar al capitán, metieronle en un carro, saltó a la barra del conductor adormilado, y pusiéronse en camino hacía Helgesäter. El aspecto de los caballeros, abotagados, con las caras hinchadas por el cansancio, era el de una caravana de vagabundos. Unos yacían rendidos por el sueño, próximos a caer del carro, y los otros cantaban para no dormirse.

Por fin llegaron a Helgesäter, donde dejaron el carro y el caballo en un corral, y con cierta solemnidad dirigieron a la casa del capitán. Berencreutz y el patrón Julius conducían al homenajado.

—Despierta, Lennart; ya estás en tu casa.

El capitán abrió los ojos, y su borrachera comenzó a desaparecer. Se enterneció al ver que sus amigos le habían conducido a su casa.

—Queridos amigos —exclamó con cierta calma, como para tomar aliento y proseguir su discurso—. He preguntado a Dios por qué he tenido que sufrir tanto...

—Cállate, Lennart; no estamos ahora para sermones —le interrumpió Berencreutz.

—Déjale hablar —repuso Sintram—. Se explica muy bien.

—Se lo he preguntado, y aún sin haber recibido su respuesta lo comprendo todo. Quiso mostrarme que aún me quedaban amigos cariñosos que quieren participar de mi alegría. Casi no siento ya la aflicción de estos cinco años... Mi mujer me espera.

En este momento oyéronse los fuertes aldabonazos que los caballeros, no pudiendo escuchar las conmovedoras palabras del capitán, daban en la puerta. Oyose ruido en el interior de la casa. Despertáronse las criadas; pero al ver tan grande tropel de hombres, no quisieron abrir. Como no cesaron los aldabonazos y los gritos, abrió la propia mujer del capitán.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Traemos a tu esposo —contestó Berencreutz.

Delante de todos vio entonces a su esposo, ebrio vacilante, enmascarado, y tras él un grupo de hombres embriagados.

La mujer retrocedió un paso, y Lennart, con los brazos abiertos, se dirigió hacia ella anhelante.

—Te fuiste como un ladrón —gritó la esposa—, y vuelves a tu hogar como un vagabundo.

Y sin decir más, hizo ademán de marcharse. Lennart no comprendía nada; quiso seguirla, pero ella, rechazándole da un golpe en el pecho, añadió:

—¿Crees que es mi intención admitir como señor de mi casa y padre de mis hijos a un hombre como tú?

La puerta cerrose de nuevo y quedó atrancada.

El capitán se lanzó a la puerta con desesperación y empezó a sacudirla con violencia. Los caballeros no podían contener sus risotadas. Para ellos era un motivo de risa el hecho de que aquel hombre que estaba tan seguro de su esposa, se encontrara con que nada quería saber de él.

Al oír Lennart que los caballeros reían de su desgracia, volviose hacia ellos y quiso agredirles. Huyeron hacia el carro, y el capitán, al perseguirles colérico, tropezó contra una piedra y cayó. Levantose y renunció a perseguirles de nuevo. En su cerebro alocado acababa de sentir el peso de una idea: la de que en este mundo nada sucede sin la voluntad de Dios.

—¿Adónde quieres llevarme? ¡Oh, Dios! Pluma soy que ante tu soplo vuela, juguete de tu capricho... ¿Adónde me conduces? ¿Por qué me cierras la puerta de mi hogar? —preguntó con ansia.

Seguidamente se alejó de aquellos lugares y de su hogar, creyendo que tal era la voluntad de Dios.

Cuando salió el sol, se hallaba en la colina de Broby, contemplando el valle. ¡Ah, los pobres habitantes aún no sabían que su salvador estaba allí, en sus cercanías! ¡Aquellos hombres doloridos del valle aún no tenían trenzadas las coronas de arándano ni las habían prendido en las puertas de sus chozas! En los umbrales que debía pisar el Salvador no había derramadas hojas de oloroso espliego ni flores campestres. Las madres no tomaban en brazos a sus hijuelos y los llevaban de la mano para ver si venía... Los interiores de las cabañas no estaban resplandecientes de luz ni los hogares engalanados con olorosas ramas de enebro. Los hombres no trabajaban con ardor inusitado en los campos que su mirada podía abarcar.

Sí pudo ver, en cambio, desde aquella altura, cuál era la magnitud de la sequía que había devastado el país, agostando la cosecha. Los hombres no se cuidaban de la tierra ni la preparaban para la siembra del nuevo año. Abarcó también con la mirada las montañas azules, en lontananza, y el claro sol de la mañana, los parajes donde el fuego del bosque se había cebado con más saña. Vio los abedules en la linde del bosque, casi desaparecidos; y por muchos indicios, por el olor de las ovejas amodorradas si entraba en un corral, por las cercas derribadas, la escasa cantidad de madera cortada y almacenada que para hacer fuego había en los corrales

adivinó que el pueblo permanecía indiferente ante las terribles circunstancias por que atravesaba y que los hombres no buscaban consuelo más que en la dulce apatía y en el aguardiente.

Pero para Lennart tal vez fuese útil y agradable hasta cierto punto contemplar aquellos males. El capitán sabía que en los días de su vida las semillas no germinarían en sus campos verdequeantes; veía la imposibilidad de reposar en su propio hogar; jamás tendría en las suyas las manos de sus hijitos ni contaría con el apoyo de su esposa; y creyó que tal vez fuese una bendición de Dios aquella pena que le abrumaba, al ver que había otros seres necesitados de sus palabras de consuelo. Quizá fuese una suerte para él que los tiempos fueran tan duros, que la Naturaleza egoísta se negara a sustentar a las pobres gentes y que los más ricos y afortunados se olvidaran de remediar la miseria del prójimo. No en balde tenían los fieles de Broby, en lugar de un buen párroco, un pastor que sólo abrigaba en su corazón la avidez de su codicia sin límites. No en vano habían gobernado allí los caballeros, entregados a la indolencia y a la vida más desenfrenada, ni Sintram había hecho circular el siniestro rumor de que la Muerte se cernía sobre los caballeros.

Y hallándose en la colina de Broby, pensó en que Dios iba a designarle a él para aliviar tanta desdicha.

Su esposa no le llamaba de nuevo a su hogar, arrepentida; los caballeros no comprendían la responsabilidad que contrajeron al provocar en la mujer de Lennart el furor contra su marido; y como Sintram guardara silencio, las gentes comenzaron a tratar con dureza a la esposa del capitán, por haberse negado a recibir a un hombre tan bueno, y por no permitir que nadie intentara su reconciliación. No soportaba ni que se le nombrara en su presencia, y el capitán tampoco hizo nada para que cambiara de opinión.

Pasó un nuevo día.

En Högberg acababa de recibir los Santos Sacramentos un viejo campesino moribundo. Iba a morir sin remedio, y encontrábase en el lecho como el que debiendo emprender un largo viaje se entrega a una ardorosa impaciencia, deseosos de abandonar el punto donde se encuentra. En sus ojos entreabiertos y en sus profundos estertores se adivinaba la proximidad de su última hora.

Rodeábanle su mujer y sus hijos, así como su servidumbre. Como había sido un hombre feliz, rico y bueno, su lecho de muerte lo rodeaban personas amantes que sufrían al verle morir. El viejo sabía que Dios iba a llamarle a comparecer ante Él, y entre sollozos, suspiros entrecortados y palabras solemnes confirmaba la verdad de lo que todos presentían.

—He sido un hombre laborioso y un buen amo. Amé a mi esposa como a mi mano derecha. Crié a mis hijos rodeándoles de todos los cuidados y con arreglo a los más rígidos principios de la honestidad. No abusé de las bebidas. Nunca castigué a mis caballos haciéndoles trabajar inútilmente, ni mis vacas pasaron hambre en invierno ni dejé en verano de esquila la lana al ganado.

Y los presentes repitieron llorosos, como un eco de ultratumba:

—Ha sido un hombre bueno. ¡Oh, Dios! Nunca hizo subir a los caballos cuesta arriba ni dejó a las vacas con hambre en invierno.

En esto llegó a la casa un hombre de pobre apariencia, cuya presencia nadie notó. Iba a pedir algo de comer, y mientras permanecía silencioso junto a la puerta, oyó las palabras del anciano.

El moribundo prosiguió:

—Roturé los campos en barbecho; cultivé los prados; desequé los pantanos, conduje el arado por los surcos rectos; engrandecí mis graneros para que cupiera una cantidad de grano tres veces mayor que en tiempos de mis abuelos, y mientras mi padre hizo construir una sola copa de plata con brillantes táleros, yo hice construir tres.

Las palabras del enfermo llegaron hasta el miserable que esperaba en la puerta, quien oyó las palabras solemnes como si se hallara en presencia de Dios, y, también como los deudos y vecinos, repetía a coro:

—Su arado sólo hizo surcos rectos, y sólo así fue...

El viejo terminó diciendo:

—Dios me reservará un lugar en el reino de los cielos.

A lo que asintieron los presentes, murmurando:

—El buen Dios recibirá a nuestro amo como se merece.

El hombre de la puerta, que durante cinco años había sido juguete del Altísimo, pluma que volara al soplo de Dios, se sintió sobrecogido de pavor

al escuchar las palabras del enfermo. Se acercó al moribundo, cogió su mano, y dijo:

—¡Oh, amigo mío! ¿Has pensado bien quién es el Señor ante cuya faz comparecerás en breve? —su voz tomaba acentos de profunda emoción—. Los mundos son sus campos y sus caballos tempestades. Es un Dios poderoso, omnipotente. El cielo tiembla al simple contacto de sus pies. ¿Y te atreverás a decirle: «Hice surcos, sembré rosas, talé bosques...»? ¿Te atreverás a alabarte ante Él y querrás medirte con Él? ¿Acaso ignoras cuán todopoderoso es Dios, en cuyo reino vas a entrar?

Abriéronse los ojos del viejo, desfiguróse de angustia su rostro y sus estertores adquirieron mayor fuerza.

—¡Oh, no te dirijas ni te acerques con palabras altivas ante tu Dios! —continuó el errabundo—. Los poderosos de la tierra son pajas en su granero. Sembrar soles es su obra cotidiana. Soterró los mares y elevó las montañas y revistió la tierra de plantas. Es el trabajador incomparable. ¡Oh, no te puedes medir con Él! Póstrate, dóblégate ante su presencia, alma errante... Arrójate en el polvo y que las tempestades del Dios de los Dioses no te alcancen. La cólera divina sería en ti como temporal que todo lo arrasa. Póstrate, agárrate como un niño a la punta de su mano y solicita su protección. Súmete en el polvo profundo y pide su gracia. ¡Humíllate, oh alma terrena, ante tu Creador...!

Los ojos del enfermo se abren desmesuradamente y sus manos se cruzan, pero su faz parece iluminarse... Su estertor se extingue...

—Alma humana, alma en camino de la eternidad —gritó el hombre—. Cuanto más dispuesto estés en tu última hora a humillarte ante tu Dios, tanto más estarás seguro de que Dios te acoja como un niño en su regazo y te acepte en su excelso reino.

El viejo volvió a exhalar un profundo sollozo, y su alma voló. El capitán Lennart dobló la cabeza y oró, en tanto que los presentes al acto rezaban entre profundos suspiros.

Cuando levantaron la vista, el viejo campesino yacía en la verdadera paz. En sus ojos parecía aún brillar el reflejo de las visiones celestiales; sus labios sonreían y su rostro aparecía hermoso. Había visto a Dios. ¡Oh, grande y bella alma! Los que te contemplan piensan en que has roto las

cadenas de la tierra; que en tu última hora te elevaste hacia el seno de tu Creador; que te humillaste ante Él y que como un niño te acaricia en su regazo.

—Ha visto a Dios —murmuró su hijo.

Y los niños y vecinos, entre sollozos, decían:

—Ha visto el cielo abierto.

La anciana esposa puso sus temblorosas manos en la mano derecha de Lennart, y dijo:

—El capitán le ayudó a seguir el buen camino del cielo, evitándole la tentación que pudo desviarle.

Lennart permaneció callado. Dios le había concedido el don de las palabras elocuentes y de las acciones santas. Y el capitán no supo cómo había sido. Temblaba como una mariposa que acaba de salir de su crisálida y extiende sus alas a la luz del sol que la baña con sus reflejos.

El capitán Lennart aprovechó tales momentos para salir de aquella casa. Hubiera vuelto gustoso a su esposa, para mostrarle su verdadera faz, de no haber creído en aquel instante que Dios le tenía reservado un destino especial. Sería un enviado de Dios para socorrer a los hombres. En aquellos tiempos difíciles la miseria era grande. Lo que ni la violencia ni el dinero podían hacer para remediar tantas desdichas, acaso lo consiguiera una buena voluntad, no exenta de prudencia.

El capitán Lennart fue un día a visitar a los infelices que habitaban en los parajes cercanos a Gurlita. Entre ellos se hallaba más extendida la miseria, pues no tenían patatas ni podían conseguir trigo alguno porque sus áridos campos estaban por sembrar, faltos de semilla para ello.

El capitán Lennart tomó una embarcación y remando se dirigió por el lago hacia Fors, donde solicitaría de Sintram trigo y patatas. Recibíole Sintram amigablemente y encargó a un criado que le acompañara a los repletos graneros y a las bodegas donde se almacenaban las patatas de la cosecha anterior, haciendo llenar los sacos y bolsas que llevaba consigo.

Cuando Sintram vio el botecito de Lennart, hallóle muy pequeño para la carga que había de contener. El protervo Sintram hizo llevar el cargamento a un gran bote de su propiedad, ordenando que embarcara en él un

corpulento criado suyo para que lo condujera. El capitán no tenía que preocuparse más que de sí mismo y de su bote.

Y de pronto, impulsado por el fornido Mans, viose también dentro del bote. Mans era un maestro remero de una resistencia a prueba.

Mientras cruzaban el lago, reflexionó el capitán Lennart sobre la suerte que depara Dios a las pequeñas semillas. Vertidas en tierra negruzca, entre piedras, troncos de árboles y ceniza, surgirían después lentamente, echando sus raíces en el suelo estéril. Las pobres y débiles plantas brotarían en forma de varas de un verde claro que cubrirían la tierra durante el otoño y el invierno. Al sobrevenir la primavera brotarían alegres y lozanas, llegando a su máximo crecimiento. Ya las acariciaba en su mente, y su viejo corazón de soldado se alegraba al pensar en las puntiagudas espigas. Más tarde las hoces segarían los campos, en las eras comenzaría la trilla, la piedra del molino transformaría el trigo en blanca harina que, a su vez, habría de convertirse en pan. ¿Cuánta hambre aplacarían aquellas semillas que transportaba el bote de Sintram?

Al llegar al desembarcadero, el criado de Sintram hizo descargar los sacos a la vista de los campesinos de Svartsjö, y los hambrientos acudieron al lago. El criado recitó entonces lo que le ordenara Sintram, su señor.

—Mi señor os envía este trigo para que lo convirtáis en malta, porque ha oído decir que estáis faltos de aguardiente.

Quedose el pueblo como enloquecido... Saltando por el agua dirigiéndose al bote con ánimo de apoderarse de los sacos y bolsas. Mas no era ésta la intención del capitán Lennart, que acababa de desembarcar y se hallaba colérico al ver la avidez de los campesinos. Quería que las patatas fueran para satisfacer el hambre y que el trigo se dejara para la siembra, pues jamás había imaginado que pudiera convertirse en alcohol.

Llamoles, pues, la atención para que no tocaran los sacos; pero fue desobedecido por los campesinos.

—Ojalá que el trigo se os convierta en arena y en piedras las patatas al pasar por vuestras gargantas —gritó Lennart, presa de gran excitación.

Y aconteció algo así como un milagro. Dos mujeres, que reñían, abrieron un agujero en un saco y de él salió arena. Los hombres que cargaban los sacos de patatas, notaron, al propio tiempo, que aquellos sacos

pesaban en demasía, como si, en efecto, contuvieran piedras y arena. Las gentes quedaron en silencioso asombro, porque el enviado de Dios se hallaba ante ellos.

El propio capitán Lennart quedose un momento absorto, poseído de ingenua admiración. El corpulento Mans lanzó una carcajada.

—Rema hacia tu casa, Mans —dijo el capitán—, antes de que los campesinos comprendan que en los sacos no había más que arena, pues si no, es muy probable que te maten.

—No me intimidan —dijo el criado.

—Rema hacia tu casa, Mans —repitió el capitán Lennart con una voz y un tono de perentoriedad que el criado no pudo menos que obedecer.

Lennart refirió entonces a los labriegos que Sintram les había jugado una mala pasada; pero ellos ya no querían creer en otra cosa que en el milagro que el capitán había realizado.

El rumor se esparció rápidamente por toda la comarca, y como las personas sencillas son tan dadas a creer en lo maravilloso, la voz popular le atribuyó al capitán Lennart, la divina facultad de hacer milagros.

Y el capitán adquirió un completo dominio sobre los labriegos, que le llamaron desde entonces el enviado de Dios.

XXVI

EL CEMENTERIO

En aquella hermosa tarde del mes de agosto el Leuven reposaba en calma, como un espejo; una tenue bruma envolvía las montañas, mientras caía de lo alto una deliciosa fresca vespertina.

Berencreutz, el coronel de espesos mostachos blancos, rechoncho y hercúleo, con una baraja en el bolsillo del pantalón, se encaminó por la orilla del lago hacia una barca de fondo plano. Le acompañaban su hermano de armas Andreas Fuchs y el pequeño Ruster, el flautista, que antiguamente había sido tambor del regimiento de cazadores de Wärmeland, fiel siervo y amigo del coronel.

En la orilla opuesta del lago se encuentra el cementerio mal cuidado del pueblo de Svartsiö, con sus cruces de hierro diseminadas y rotas, y su suelo desigual cubierto de musgo como un campo sin cultivo, lleno de tallos de esa hierbecita de rayas blancas que se llama «hierba humana», y que se siembra en los cementerios para recordar a las gentes que la vida de una persona no se parece a la de otra, y que es tan cambiante como la hoja de esta hierba. No hay vereditas enarenadas, ni árboles que den sombra fuera de un viejo tilo, sobre la tumba de un antiguo vicario ya olvidado. Un muro de piedras, alto y severo, rodea tristemente el pobre camposanto, como la cara de un tacaño avariento que se siente dichoso oyendo los lamentos de los que fueron sus víctimas. Y, sin embargo, los que allí yacen descansan felices acompañados de las canciones religiosas y las rogativas.

Aquilón, el jugador que murió en Ekeby el pasado año, fue enterrado fuera de este muro. Este hombre orgulloso y caballeresco, el jugador audaz que parecía haber esclavizado la fortuna, acabó perdiéndolo todo en el

juego. Durante años había tenido abandonados a su mujer y a sus hijos para llevar la vida de un caballero de Ekeby, y una tarde, en el verano anterior, habíase jugado hasta la granja que era el sustento de los suyos. Desesperado, habíase pegado un tiro, y el cuerpo del suicida recibió sepultura fuera de las paredes musgosas del viejo cementerio.

Al morir Aquilón, sólo quedaban doce caballeros. Nadie había venido a ocupar el sitio del finado, si se exceptúa el negro morador de las tinieblas que durante la Nochebuena había surgido del horno de la fundición.

Los caballeros abrigaban la creencia de que tendrían un final más trágico que el de su predecesor. Sabían que cada año debía morir alguno de los allí reunidos, en lo que no encontraban nada de extraordinario, porque los caballeros no debían envejecer. ¿Para qué vivir cuando ya no pudieran distinguir los naipes ni sostener una copa con sus manos temblorosas? Pero descansar fuera del recinto sagrado, como un perro, donde el césped no podría cubrir sus cuerpos exánimes y donde pastan los ganados de corderos y el arado araña la tierra sin piedad, en un lugar que evita el caminante que allí acelera el paso, donde los niños se entregan a juegos poco respetuosos y adonde no llegará el sonido de la trompeta del ángel de Dios que llame a juicio a los muertos, les daba horror.

Berencreutz atraviesa el lago en su bote, a la hora del crepúsculo vespertino. Animado por el recuerdo del amigo, atraviesa el lago de mis ensueños, cuyas orillas hollaron los dioses y de cuyas aguas surgió el castillo de mis ilusiones.

Berencreutz rema en torno de las lagunas que sombrean los abetos que crecen en los pequeños bancos de arena, donde aún yacen las ruinas de un arrasado castillo de piratas, sobre las rocas abruptas de una isla. Rema ahora junto al promontorio de Borg, invadido por el bosque, donde los abetos se mantienen firmemente arraigados en los flancos de la barrancada, donde en otro tiempo fue cazado más de un oso feroz y desde donde se divisan antiguos túmulos de piedras y tumbas de gigantes legendarios.

Rema alrededor del promontorio y desembarca, por fin, frente al cementerio. Ya en tierra cruza los cultivados campos que pertenecen al conde de Borg, y llega a la tumba de Aquilón, ante la que se inclina,

acariciando el césped como podría acariciar a un enfermo querido. Extrae de su bolsillo la baraja, y, sentándose junto a la tumba, exclama:

—Aquí yace Johan Fredrik. ¡Con qué satisfacción me jugaría un partido mano a mano!

—¡Qué lástima que un hombre como él descansa fuera de este recinto! —dijo Andreas Fuchs, el cazador de osos, sentándose junto a Berencreutz.

—Después de usted, mi coronel, era el hombre más bueno que he conocido —prorrumpió el pequeño Ruster, el tañedor de flauta, brotándole las lágrimas de sus pequeños y rojizos ojos.

El enano Ruster, un rapaz de Karlstad, fue un vagabundo famoso, un matón, a quien la afición a la música había elevado hasta llegar a ser un amigo íntimo de su jefe. Recordábanse hazañas heroicas de su juventud. Una vez Aquilón y él fueron a Gotemburgo, donde vivieron como potentados en los mejores hoteles, comiendo a cuerpo de rey, alternando con lo mejor y jugándose cada noche millares de florines, sin poseer bienes de fortuna. Otra vez, siendo tambor del regimiento del coronel Berencreutz, tomó parte en un ataque, durante la campaña de Alemania. Había sucumbido casi todo el regimiento, pero él y su coronel resistían sin retroceder un paso.

En esto se presentó un ayudante del *kronprinz*.

—¡Atrás! —le gritó al coronel.

—Saludad a su alteza real y decidle que combatiré hasta perder el último hombre, y que sólo con el resto emprenderé la retirada —contestó el coronel.

Los soldados lanzaron sonoros hurras y el pequeño Ruster redobló su tambor.

Ruster y el coronel fueron amigos desde este momento; pero el *kronprinz* no olvidó este acto de indisciplina, y concedióle el retiro sin distinciones ni pensión alguna.

Aquellos tres hombres acomodáronse junto a la tumba, se distribuyeron los naipes y comenzaron a jugar con toda seriedad.

He visto el mundo abierto ante mí; he visto muchas tumbas. En una de ellas yacía un gran héroe, molesto bajo la losa de mármol. Las marchas fúnebres resonaban en su loor, las banderas se inclinaban en mudo

homenaje. He visto las tumbas de muchos seres amados regadas por las lágrimas y cubiertas de flores. He visto tumbas olvidadas, lugares de eterno reposo que engañan en su apariencia y otras que nada dicen de sus moradores; pero lo que no vi nunca es que la sota de bastos tuviera entrada en una sepultura.

—Johan Fredrik ha ganado —dijo, algo contrariado, el coronel—. Ya sabía que perdería yo este partido. Nos ha matado a los tres y sólo él queda como vencedor.

Recogió los naipes, levantóse silencioso y dirigióse de nuevo hacia Ekeby seguido de sus dos compañeros.

El muerto vería, desde su tumba, que no todos le habían olvidado, y que no faltaban corazones que acudían a rendirle, emocionados, el extraño homenaje de una partida de naipes. Debía estar alegre en su tumba solitaria, aunque se hallara fuera del cementerio, en lugar no sagrado.

Amigos, hijos de los hombres; cuando yo muera descansaré en el panteón de mis padres. No he robado sus únicos medios de vida a ninguno de mis semejantes, ni he atentado contra mi propia vida; pero estoy seguro de no haber sabido despertar en nadie un amor tan profundo, de que nadie hará por mí tanto como los caballeros hicieron por aquel mísero pecador. Seguro estoy de que nadie acudirá a mi tumba, al anochecer, cuando los postreros rayos del astro rey se extingan tras las montañas, y una tétrica soledad reine en el campo de los muertos; nadie vendrá a poner los naipes en mis dedos esqueléticos.

Nadie vendrá a mi tumba con su violín y su arco —¡y cuánto más me gustaría esto, ahora que los naipes han perdido mucho de su atractivo para mí!— con el santo propósito de que mi alma, al emprender su viaje entre restos mortales, pueda mecerse como un cisne en las luminosas vibraciones de la música.

XXVII

LAS VIEJAS CANCIONES

Una tarde tranquila de fines de agosto, Mariana Sinclair se hallaba sentada en su habitación, poniendo en orden sus cartas y papeles. A su alrededor todo se hallaba en desorden. Habían llevado a la habitación grandes maletas de cuero y baúles con fuertes herrajes. Los vestidos estaban diseminados por sillas y sofás; de los armarios del desván fueron sacadas todas las ropas; fueron vaciadas las sedas y los finos lienzos; vistosas joyas esperaban el momento de ser restauradas; chales y pieles esperaban ser escogidos y examinados.

Mariana se hallaba a punto de emprender un largo viaje, de cuyo regreso no estaba cierta. Se hallaba en un momento crítico de su vida, y como no quería conservar recuerdo alguno de su pasado, quemaba las cartas y libros de memorias.

Cuando se hallaba entregada a esta tarea, cayó en sus manos un legajo de antiguas canciones. Eran copias de viejas canciones populares, que acaso habría cantado su madre cuando ella era niña. Desató el legajo y empezó a leer.

Una sonrisa de dolor se dibujó en sus labios; aquellas canciones encerraban una maravillosa sabiduría.

«No creas en la felicidad, no creas en los signos de la felicidad, no creas en las rosas ni en las flores perfumadas, ni creas en la risa —decían las canciones—, y si no, mira: la hermosa doncella Valborg, la que pasea en coche dorado, está triste a pesar de sus rosadas mejillas, como si las herraduras de los caballos y las ruedas de su carruaje hubiesen atropellado la felicidad de su vida. No creas en la danza —agregan—. Más de un pie

resbaló fácilmente en los pulidos entarimados y más de una cabeza tornose losa de plomo; la joven Kirsten solía bailar alegre y animosa hasta que consumió su vida entre bailes. No creas en las bromas —cantan—. Más de uno de los que chancearon en la mesa está a punto de morir de pena. La hermosa Adelina de la leyenda se sentó a la mesa, se dejó servir el corazón del conde Frydenborg partido en nueve trozos, y después necesitó de una visión semejante para que no le faltara el ánimo a la hora de su muerte».

¡Oh, viejas canciones! ¿En qué debemos creer? ¿En lágrimas y en dolores? Pocas veces solloza de pena un corazón dichoso; pero muy a menudo sonríen labios tristes. Las canciones antiguas creen en lágrimas y sollozos, en dolores y en los signos de las penas. La pena es lo cierto, lo presente, la piedra angular en la movediza arena... Sí, puede creerse en las penas y en los signos de las penas...

La alegría es pena que se disimula; sobre la tierra no hay más que dolores.

«¡Oh, seres desconsolados! —decíase Mariana—. ¿Por qué oponéis vuestra vieja sabiduría a la juventud y a la vida?».

Asomose a la ventana y miró hacia el jardín donde sus padres se hallaban paseando. Recorrían las anchas avenidas y conversaban acerca de todo lo que veían; del césped, de los campos y de las aves del cielo...

—Mirad —dijo Mariana—, allí va un corazón que solloza de pena, aunque nunca fue tan feliz como ahora.

Comprendió una vez más que acaso todo depende de los hombres y que el dolor y la alegría aparecen en su distinto aspecto según el modo de ver las cosas.

Se preguntaba en su interior si era penoso o alegre lo que durante aquel año le había sucedido. Apenas podía precisarlo...

Y, sin embargo, había vivido una época de amarguras. Su alma había estado enferma y su cuerpo sometido a un gran anonadamiento. Al volver de nuevo a su casa, se había dicho:

«No quiero guardar rencor a mi padre».

Mas, otra cosa le dictaba su corazón, que decía:

«Él me ha causado los mayores dolores, me ha separado del hombre que yo amaba... Él me llevó a la desesperación cuando pegó a mi madre... No

puedo desearle ningún mal, pero le temo...».

Había notado que le costaba grandes esfuerzos permanecer silenciosa cuando su padre sentábase junto a ella; por instinto tendía a huir de su presencia. Había intentado hacer un último esfuerzo. Le habló como de costumbre y permaneció siempre en su compañía. Pudo reprimirse, pero sufrió lo indecible y terminó por aborrecer todo lo de su padre, su gruesa y ronca voz, su pesado caminar, sus grandes manos y su gigantesca estatura. No le deseaba ningún mal ni hacerle daño alguno, pero no podía acercarse a él sin un sentimiento de desprecio y repulsión. Su corazón oprimido ansiaba desahogarse en la venganza.

«No me dejas amar —pensaba la joven—, pero yo soy más que tú y acabarás por odiarme».

Dotada de una gran agudeza instintiva notaba cómo crecía, de día en día, en su alma, el aborrecimiento. Cuando deseaba marcharse, temía al mismo tiempo hallarse sujeta para siempre al hogar. Pensó que lo mejor sería correr el mundo, pero su delicada salud no podría superar los obstáculos del mundo. No había alivio para ella. Se atormentaría más y más con estos pensamientos, y un día se agotaría su firmeza de voluntad y se decidiría a presentarse a su padre y revelarles toda la amargura de su corazón; entonces surgirían disputas e infortunios.

Así pasaron la primavera y los primeros días del verano. En julio se prometió con el barón Adrián.

Una hermosa tarde, el barón descendió de su soberbio potro ante la casa. Su dormán, sus espuelas, el sable y su portasable, brillaban al sol; sus radiantes ojos respiraban plena salud, y su rostro aparecía fresco y juvenil. Melchor Sinclair le recibió en el umbral, dándole la bienvenida. Mariana, desde la ventana, donde estaba sentada cosiendo, le vio y escuchó la conversación que ambos sostuvieron.

—Buenos días, Caballero de la Luz —dijo el dueño de la casa—; eres más listo que el demonio. ¿No sentarás la cabeza casándote de una vez?

—Sí, tío, eso pienso hacer —contestó entre risas el aludido.

—¿Es que no tienes ningún sentimiento de honor dentro de ti, muchacho? Tienes ya que mantener una mujer.

—No puedo, tío; de poseer algo, me casaría, aunque fuera con el diablo.

—Di lo que quieras, Caballero de la Luz; pero esa chaqueta bordada que luces te la habrás procurado con dinero.

—Me lo han prestado, tío.

—Pero el caballo que montas, que es de gran valor, ¿cómo lo has adquirido, hermoso joven?

—Me lo han prestado, tío.

El opulento propietario no pudo resistir más.

—Dios te bendiga, muchacho —continuó Melchor—; indudablemente tú necesitas una esposa que aporte dinero. Si puedes conquistar a Mariana, por mí ya es tuya.

Antes de que el barón bajase del caballo, ya estaba todo listo y llano entre ellos. Melchor Sinclair sabía bien lo que se hacía, pues el barón Adrián era, en realidad, un buen muchacho.

En seguida fue el candidato a Mariana y le propuso el casamiento.

—Mariana, amada mía; acabo de hablar con tu padre y desearía hacerte mi esposa. Dime, ¿quieres serlo?

Descubriole él la verdad de su situación. El viejo barón se había dejado engañar y había comprado unas minas vacías. Aunque toda su vida había negociado en minas, nunca había conocido tal cosa. Su madre se desconsoló y pronto estuvieron acosados de deudas. Ahora la pedía en matrimonio para salvar la casa de sus padres y pagar su dormán. Su morada era Ekeby, y estaba situada al otro lado del lago, casi enfrente de Biörne. Ella le conocía muy bien, pues eran de la misma edad y compañeros de infancia.

—Si quieres, podrás casarte, Mariana. La vida que llevo es muy mísera. Tengo que montar en caballos prestados y no hay manera de que pueda pagar la cuenta del sastre. Esto no puede seguir así, o tengo que decir adiós al mundo y suicidarme.

—Pero, Adrián, ¿qué matrimonio sería ése? Nosotros no estamos enamorados uno de otro en lo más mínimo.

—¡Oh, en cuanto al amor —declaró el joven— es para mí una tontería y no me preocupa! Prefiero montar un buen caballo e ir de cacería. Pero como no soy ningún caballero acaudalado, quiero trabajar. Yo estaré contento con conseguir tu mano, poseer una hacienda y procurar días descansados a mi madre. Yo debo trabajar, labrar y sembrar...

Mariana le miró de hito en hito; sabía que lo que le decía el joven era la verdad, y hallaba que era un hombre en toda la extensión de la palabra, de los que una mujer se podía fiar.

Se desposaron. La causa principal de la decisión de Mariana fue el poder alejarse de su casa, y también porque siempre había sentido afecto por el joven...

Pero nunca pudo olvidar el mes que transcurrió después de la tarde de agosto en que se verificó su desposorio..., un mes de delirio y locura.

El barón Adrián mostrose aquel día muy abatido y silencioso. Venía a menudo a Biörne, y, en ocasiones, dos veces al día. Pero ella notó su mal humor. Cuando él se hallaba en compañía de amigos, aún sabía bromear, pero una vez solo con ella, hacía insoportable: frío silencio, aburrimiento... Mariana comprendía lo que le faltaba a su marido. No era tan fácil, como él había pensado, casarse con una muchacha fea y empezaba a sentir antipatía hacia ella... Nadie podía percatarse mejor que ella de su propia fealdad. Había mostrado claramente que no anhelaba oír protestas de amor ni recibir las caricias del marido. Pero a él le martirizaba pensar que era su esposa... y cada día las cosas empeoraban. ¿Por qué se mortificaba él entonces? ¿Por qué no deshacer el compromiso?

Ella le había hecho indicaciones bien claras; pero ella sola no podía hacer nada; su padre le había dicho que su deber, en aquel caso, era no permitir más extravagancias. Esto había hecho que odiara a ambos por igual, y todos los pretextos para escapar del poder de estos hombres le resultaban buenos.

Así, pues, un par de días después de la suntuosa fiesta del desposorio, vino el cambio repentino e increíble...

En la senda de Biörne, frente a la escalera principal, había una gran piedra que producía grandes molestias y mortificaba a los viandantes. Allí tropezaban los carros y los hombres; las muchachas cargadas con cántaros de leche, daban contra ella y derramaban el contenido de las vasijas. Pero la piedra seguía incólume desde hacía muchos años. Estaba allí desde los tiempos de los padres del propietario Sinclair y mucho antes de que se

pensara edificar Biörne; pero el propietario nunca se dejó convencer de que debía quitar tal obstáculo del camino.

Pero en uno de los últimos días de agosto ocurrió que dos muchachas, una de las cuales llevaba un pesado cubo lleno de agua, tropezaron con la piedra, lastimándose gravemente, y la enemistad popular contra el peñasco fue creciendo.

Esto ocurría a la hora del almuerzo, el propietario se hallaba de paseo, y puesto que la servidumbre se encontraba en casa, la señora Gustava Sinclair encargó a algunos criados que arrancasen la piedra. Acudieron con picos y azadones, cavaron alrededor de la piedra y tras no pocos esfuerzos lograron apartar aquel peligro; después, rellenaron el hoyo. Y tras ímprobos trabajos, que requirieron seis hombres, consiguieron llevarla al patio de detrás de la casa.

Apenas habían terminado este trabajo, volvió el señor Sinclair, el cual notó en seguida lo que se había hecho. ¡Y cómo se puso!

—¿Quién ordenó quitar la piedra de su sitio? —preguntó.

Le dijeron que la orden había sido dada por su esposa.

¿Es que las mujeres no tienen el corazón en su sitio? ¿No sabía acaso su mujer que él tenía el capricho de conservar allí la piedra?

Se dirigió derecho a la piedra, la rodeó con sus robustos brazos y la llevó hasta el lugar que antes había ocupado en el camino, y allí la dejó. Y aquella piedra había costado el esfuerzo de seis criados para removerla.

Esta hazaña fue, por mucho tiempo, un motivo de conversación entre el vecindario.

Cuando Sinclair llevaba la piedra por el patio, hallábase Mariana en la ventana del comedor y fue testigo de la escena. Nunca había visto nada tan terrible. El hércules era su padre, el hombre poderoso de fuerza sobrenatural, el absurdo y caprichoso dueño que no preguntaba jamás a nadie lo que debía hacer, imponiendo siempre su propia y fuerte voluntad. Mariana estaba almorzando, y con su rebanada de pan en la mano se quedó involuntariamente con el brazo en alto.

La señora Gustava le agarró por la muñeca.

—¡Mariana!

—¿Qué quieres, madre?

—¿Has visto nunca cosa tan extraña como la de hoy? ¡Estoy sobrecogida de miedo!

Mariana la miró fijamente. La madre era una mujer bajita, enjuta de carnes, de pelo canoso y piel arrugada; frisaba en los cincuenta años. Amaba a su marido como un perro que no se ofende de los golpes ni de los malos tratos. Generalmente estaba de buen humor y, sin embargo, siempre producía una penosa impresión. Parecía un árbol de la playa asolado por las tempestades. Nunca había podido vivir en paz. Se había acostumbrado a los caminos tortuosos e hipócritas y mentía con frecuencia, y cuando era preciso se hacía más tonta de lo que en realidad pudiera ser, para evitar reproches y recriminaciones; era, en una palabra, una hechura de la voluntad de su marido.

—¿Sentirías mucho, madre —dijo Mariana—, si le ocurriese algo a mi padre?

—Mariana, tú enojas a tu padre; siempre le estás encolerizando. ¿Por qué no ha de cambiar todo ahora, cuando te acabas de casar?

—Ay, madre, no puedo evitarlo; ¿cómo voy a poder si siento horror por él? ¿No sabes tú también cómo es este hombre? ¿Cómo puedo quererlo? Es orgulloso y grosero, te ha martirizado siempre y te ha hecho envejecer antes de tiempo. ¿Por qué ha de ser nuestro tirano? Se está portando como un maniático. ¿Por qué he de amarle y respetarle? No es bueno ni compasivo. Ya sé que es fuerte y puede matarnos el día que a Dios se le antoje. También sé que nos puede echar de casa cuando le plazca, y por eso me pregunto: ¿por qué razón debo amarle?

La madre pareció como transformada; sintió ánimos y fuerzas y pronunció palabras bien sentidas.

—Ten cuidado, Mariana. Estoy por creer que tu padre tenía razón cuando te maldijo el pasado invierno. Debes recordarlo, serás castigada por ello. Has de aprender a ser paciente, Mariana, sin odiar; a querer sin sentir deseos de venganza.

—¡Pero, madre, me siento tan desgraciada!

En aquel momento llegó la hora decisiva; oyéronse ruidos como el producido por la caída de un cuerpo pesado. Nunca supieron si Melchor Sinclair había acechado, de pie, sobre los escalones, y si a través de la

puerta entornada de la habitación había logrado oír las palabras de Mariana, o bien, si el gran esfuerzo antes realizado había motivado el amago de ataque de apoplejía que sufrió. Cuando salieron de la habitación, Sinclair yacía sin sentido, y al volver en sí nadie se atrevió a preguntar por el motivo de su dolencia, ya que él, por su parte, no daba explicación alguna sobre el caso. Pero la mirada que le dirigió su padre al hallarle Mariana tendido en la escalera de la casa, donde había comenzado a odiarle, quitó de repente toda la amargura del corazón de la mujer.

El enfermo se repuso en seguida, y cuando hubo pasado un par de días en sosiego volvió a ser como antes el viejo Sinclair, por más que se hallaba completamente transformado.

De nuevo vio Mariana pasear juntos por el jardín a sus padres. Desde entonces lo hacían con gran frecuencia, y Sinclair ya no salía nunca solo. No emprendía viajes, se encolerizaba cuando venía alguna visita y le importunaba todo lo que podía separarle de su esposa. El anciano se vio de repente abrumado por la vejez no podía escribir carta alguna, pues si alguna enviaba tenía que escribirla su mujer. No volvió a hacer nada por propia iniciativa sin consultarla, y daba por bueno todo lo que ella disponía.

Mostrábase siempre pacífico y amigable. Él mismo notó el cambio operado, sintiéndose muy feliz.

—Cuán buena es ahora mi esposa —le dijo un día a Mariana, señalando a su madre.

—Sí, amado Melchor —exclamó ésta—; tú sabes que lo único que ambiciono en este mundo es que recobres de nuevo tu salud.

Y así lo sentía, en efecto. Era una alegría para ella hablar del estado de rebosante salud que disfrutó en otro tiempo el gran propietario. Contaba satisfecha que su marido pasaba la vida en un puro regocijo, como cualquiera de los caballeros de Ekeby, y que ganaba mucho dinero en los negocios, precisamente cuando ella creía que su esposo, loco de furia, la arrojaría del hogar.

Mariana sabía que su madre era feliz, a pesar de todas sus quejas, y que le bastaba para ello saber que su esposo se hallaba contento de ella. Sus padres envejecieron prematuramente; pero Mariana creía poder adivinar el transcurso del resto de su vida. Él se debilitaba de día en día, hasta quedar

más y más decaído, pero ella lo cuidaría hasta que los separara la muerte. El desenlace final no podía estar muy lejano... La señora Gustava podía conservar su felicidad algún tiempo todavía... Mariana creía que así debía ser, porque podía exigir de la vida ese favor.

Para ella iban mejor las cosas. Ya no se sentía acosada por la honda desesperación que la obligara a buscar a un hombre para casarse con él. Su corazón herido había encontrado el descanso anhelado. El odio se había filtrado en ella, igual que el amor, y no pensaba ya en los tormentos que le había causado la vida.

Debía reconocer que se había convertido en un ser más sincero, más rico y más poderoso que antes. ¿Cómo podía desear que lo pasado no hubiera sucedido? ¿No ocurre que cada sufrimiento tiene una parte buena y aleccionadora? ¿No puede trocarse en felicidad? Había empezado por considerarlo todo como bueno, lo que podía contribuir a desarrollar en ella un grado superior de humanidad. Las viejas canciones no tenían razón. El dolor no es lo único perdurable en la vida. Quería ahora viajar y buscar un sitio donde pudiera ser útil a los demás. Si su padre estuviera en la misma disposición que en otros tiempos, no hubiera consentido nunca la anulación de sus desposorios. Pero con su dulzura la señora Gustava había logrado arreglar las cosas. Mariana había obtenido hasta el permiso del señor barón Adrián para anticiparle el dinero que necesitaba. Pensó en su marido con placer, porque se veía libre de él. Había recordado siempre, con su espíritu animoso y rebotante de amor, a Gösta Berling. Mariana quería volver a librarse de él de nuevo. No volvería a ver al rumboso Caballero de la Luz como el día en que su padre le recibiera con tantos honores en su residencia. Le quería reservar un pedazo de terreno donde pudiera labrar y cavar a su gusto como deseaba, y verle algún día en el altar con una bella prometida.

Con tales pensamientos se sentó y le escribió que le devolviera la libertad. Redactó una carta de dulces y conmovedores conceptos, intercalando palabras alegres y graciosas, al par que expresaban también con firmeza y seriedad sus deseos.

Mientras escribía, resonaron en el camino ecos de herraduras.

«Será mi amado Caballero de la Luz, que viene por última vez», pensó Mariana.

El barón se presentó en la casa.

—Pero, Adrián, ¿por qué vienes ahora? —preguntó, pensando en el desorden que reinaba allí.

Desconcertose el barón, y, avergonzado, balbució una excusa.

—Precisamente estaba escribiéndote —dijo Mariana—. Mira, ya lo puedes leer.

Tomó la carta y mientras la leía ella le estuvo contemplando. Anhelaba ver su rostro iluminado por la alegría.

No duró mucho la lectura, pues, de pronto, su faz se coloreó inmediatamente. El barón arrojó la carta, la pisoteó y renegó como si quisiera derrumbar la bóveda del cielo.

No era ninguna principiante en el estudio del amor, y, sin embargo, no había comprendido hasta entonces el alma de aquel joven inexperto, de aquel niño grande.

Un ligero temblor asaltó a Mariana.

—¿Qué comedia has representado hasta ahora? —preguntó él.

—Adrián, amado Adrián —gritó Mariana.

—Ven, y cuéntame la verdad.

El joven se acercó a ella y empezó a prodigarle caricias con tal vehemencia, que poco faltó para que la ahogase.

¡Pobre joven! ¡Cuánto la había anhelado, cuánto se había desesperado al leer la carta! Poco después se asomó ella a la ventana. La señora Gustava seguía paseando y charlando con su marido, hablándole de las flores y de los pájaros.

Y allí, juntitos, Mariana y Adrián habláronse de amor.

—La vida nos ha hecho sentir mutuamente su dura severidad... —dijo Mariana, sonriendo amargamente—. Este pensamiento será nuestro consuelo, como un niño mimado con el que podremos jugar.

Era una dicha para ella saber que la quería, el poder oír de sus labios que los encantos de su amada le tenían cautivado. ¡Cómo se avergonzaba Adrián de la primera conversación que sostuvo con ella al pedirla para esposa! No conocía entonces los encantos que atesoraba.

Sabía que ningún hombre que la tratara podía dejar de amarla. No se sentía feliz ni desgraciada; sólo intentaba vivir la verdadera vida con aquel

hombre...

Empezó a comprenderse a sí misma y recordó las palabras de la vieja canción de la tórtola, el ave de la añoranza, que jamás bebe el agua límpida sin enturbiarla antes con sus patitas, porque, de lo contrario, no la encuentra gustosa su melancólico espíritu.

Ella también había hecho lo mismo; antes de beber la pura felicidad en la fuente de la vida habíale enturbiado con tristes y dolorosas experiencias.

Y desde aquel momento la vida comenzó a parecerle algo ideal.

XXVIII

LA MUERTE LIBERADORA

Mi pálida amiga, la Muerte liberadora, vino en agosto a casa del capitán Uggla cuando las noches palidecen al brillo de la luna; pero mi amiga no se atrevió a entrar en seguida en aquella hospitalaria casa, porque no ignoraba que es un huésped que pocos pueden desear.

Mi amiga, la Muerte liberadora, tiene un espíritu animoso... Su placer es galopar por los aires llevada por candentes balas de cañón.

Suele cargar una estridente granada sobre sus hombros, y ríe al verla estallar y partirse en mil trozos que vuelan por los aires. Recorre, danzando con los espectros, los cementerios, y no teme las salas de apestados de los hospitales; pero, en cambio, tiembla en el umbral de las casas de los justos y a la puerta de los buenos. No quiere ser saludada con lágrimas, sino con tranquila alegría, y libra de las cadenas del dolor a los espíritus, que transforma en polvo, haciéndoles gozar la vida libre y excelsa en el vasto espacio.

En el antiguo corralón, detrás de la vivienda, se ha insinuado y albergado la Muerte, allí donde todavía se destacan hoy los viejos abedules de blancas cortezas, que se esfuerzan por bañar en la luz del sol los escasos penachos de frondas que adornan sus cimas. En el bosquecillo, que en aquellos tiempos era lozano y rebosaba de tupida verdura, ocultose la pálida amiga, mientras el sol dominaba los cielos; pero al llegar la noche colocose bajo la mortecina luz lunar.

¡Oh, Eros!, tú eres el dios que en otros tiempos dominaba el bosque. Los viejos cuentan divertidas historias de lindas parejas que entonces buscaban en él la paz. Y todavía hoy, al pasar junto a Berga y subir

malhumorado los declives de las abruptas colinas, entre nubes de polvo, me encanta contemplar de nuevo el bosquecillo, que ya no tiene más que unos cuantos troncos blancos, donde brillan los recuerdos de los amores de hermosas amantes.

Allí se detuvo la Muerte y los animales nocturnos la vieron llegar.

Los habitantes de Berga habían oído aullar noche tras noche al zorro que anunciaba su llegada. La víbora había llegado arrastrándose cautelosamente, hasta muy cerca de la vivienda.

Y en el manzano que había enfrente de la ventana de la esposa del capitán Uggla, resonó el aullido estridente del búho. Como toda la naturaleza conoce la Muerte, tiembla al verla llegar.

La familia del alcalde de Munkerud, después de haber asistido a una fiesta dada en casa del párroco de Brö, dirigíase hacia Berga, a las dos y media de la mañana, cuando vio una luz encendida en la ventana del salón reservado para los huéspedes. Todos vieron con claridad la llama amarillenta, y desde entonces nunca dejaron de hablar con asombro de aquella luz misteriosa que brilló en la noche de verano.

Riéronse las alegres muchachas de Berga diciendo que la familia del alcalde había visto visiones, pues las velas de sebo, según contaban, se habían desgastado ya en el mes de marzo; el capitán juró que desde hacía varias semanas ninguna persona había entrado en aquella habitación; pero la mujer del capitán se quedó triste y pálida, ya que aquella clara luz de amarillenta llama solía aparecer cuando alguien de su familia debía ser redimido por la Muerte liberadora.

Al poco tiempo, en un hermoso día de agosto, Fernando volvía a su casa después de haber terminado sus trabajos de agrimensor en los bosques del norte del país. Regresaba demacrado y enfermo, con una enfermedad incurable en los pulmones, y en cuanto viole su madre, la señora Uggla, comprendió que su hijo había de morir.

Iba a perder al hijo incomparable, del que sus padres no tenían la menor queja. El joven tendría que renunciar a los placeres y las alegrías de la tierra, a la amada que siempre le esperaba, a la rica herencia y a las fragosas herrerías, que algún día debían pertenecerle.

Al fin, cuando hubo esperado un nuevo cuarto de luna, la Muerte liberadora, mi pálida amiga, armose de valor y se dirigió a la vivienda.

Si en esta casa recibieron al hambre y a las privaciones con buena cara, no sería extraño que también a ella se la recibiera con alegría.

Subió con ligereza la senda afirmada y se dibujó su negra sombra sobre el césped de aquel prado que atravesaba y en el que brillaban las gotas de rocío a la luz de la lima. No iba como un alegre segador, con flores en el sombrero y del brazo de una muchacha, sino encorvada como un ser mísero y agotado, llevando oculta la guadaña en los pliegues de su manto, mientras búhos y murciélagos revoloteaban en torno suyo. Aquella noche la señora Ugglá oyó que alguien llamaba a la ventana, e incorporándose en su lecho preguntó quién era.

Y cuentan los ancianos que la Muerte contestó:

—Soy yo, la Muerte, quien llama.

Levantose entonces, abrió la ventana y vio revolotear los murciélagos y los búhos a la luz de la luna; pero no pudo ver a la Muerte. Y a media voz, dijo:

—Ven, amiga liberadora. ¿Cómo has retrasado tanto tu venida? Te esperé, te llamé... Entra de una vez y redime a mi hijo.

Deslizose la Muerte en el interior de la casa, alegre como un pobre rey destronado que recobra su corona en la vejez, alegre como un niño cuando le llaman a sus juegos infantiles.

El día siguiente quedose la señora Ugglá junto al lecho de su hijo enfermo, hablándole de la bienaventuranza de las almas ya liberadas y de la vida celestial.

Y decía la madre:

—Las almas trabajan, son activas... ¡Qué artistas son, hijo mío! Dime, cuando vayas a reunirte a ellas ¿qué querrás ser? ¿Serás un escultor sin cincel que crea lirios y rosas, o uno de los maestros que pintan los crepúsculos? Si fuera así, cuando el sol tramonte con todo el esplendor de sus colores, me quedaré absorta pensando: Eso es obra de Fernando.

Piensa, hijo de mi corazón, cuánto se vislumbra, cuánto se trabaja allá... Piensa en las semillas que en primavera han de despertar a la vida, en las tempestades que esperan la voz del Creador, en los sueños que deben tener

los mortales, y piensa en el largo viaje que de mundo a mundo has de emprender a través del inmenso espacio de los cielos.

Piensa en mí, hijo de mi corazón, cuando llegues a disfrutar de cosas tan bellas. Tu pobre madre no verá nunca más que su Wärmeland.

Un día comparecerás ante Dios y le suplicarás que te ceda uno de los pequeños mundos que en la esfera celeste ruedan eternamente, y Él te complacerá. Cuando sea tuyo lo encontrarás frío y oscuro, lleno de abismos y peñascos, sin flores ni vida animal. Pero tú trabajarás en aquella estrella que Dios te habrá cedido, crearás luz, aire y calor, llevarás plantas y ruiseñores y gacelas de ojos claros, harás que transcurran arroyuelos por entre aquellos abismos, elevarás montañas y sembrarás las llanuras con rosas encendidas. Y si yo muero, Fernando, si mi alma sintiera angustia y temblor ante el largo viaje, al separarse de los países conocidos, asómate entonces a la ventanilla de tu vehículo, que arrastrarán aves del Paraíso, y espérame, mi querido Fernando, con una carroza que sea toda de oro reluciente. Mi pobre alma intranquila subirá a ese vehículo y junto a ti seré más venerada que una reina. Viajaremos así por los espacios celestes, recorriendo esplendorosos mundos y vastos parajes, y cuando lleguemos cerca de los dominios celestes, cada vez más esplendorosos, te preguntaré: ¿Dónde es preferible vivir, aquí o allá?

Pero tú sonreirás silencioso y seguirás guiando tu tiro de aves. Llegaremos, por fin, al más reducido de los mundos celestes, y, sin embargo, el más hermoso de cuantos he visto en mi vida, y allí haremos alto, ante un castillo de oro, y me introducirás en la mansión de la alegría eterna.

Allí encontraremos despensas repletas de provisiones; allí hallaremos valiosas bibliotecas. El bosque de abetos no ensombrecerá la vista como el de Berga, ante mí se descubrirán extensos mares e inmensas llanuras bañadas de sol, y mil años serán un día.

En aquel momento Fernando entregó su alma a Dios adormecido con las dulces descripciones de su madre y sonriendo ante la visión de un porvenir dichoso.

Mi pálida amiga, la Muerte liberadora, jamás vivirá un momento tan hermoso.

Fueron muchas las lágrimas que se derramaron junto al lecho de muerte de Fernando Uggla; pero éste sonreía dulcemente. La madre vertía lágrimas, que no eran de pena, sobre la rígida faz de su hijo.

Nunca habíase mostrado tan delicada mi pálida amiga la Muerte liberadora como el día del entierro de Fernando Uggla. De haber tenido valor para presentarse, lo hubiera hecho sin la terrorífica guadaña, adornada con un sombrero de plumas y un manto recamado de oro, para bailar ante el féretro la danza macabra. Aquel día la vieja solitaria quedose agazapada tras los muros del cementerio, envuelta en su manto de negruras, viendo llegar el cortejo.

El entierro adquirió un esplendor inusitado, en aquel día de sol que avivaba los reflejos. Largas filas de gavillas de trigo esmaltaban los campos segados. Las manzanas estivales transparentaban en el jardín del rector y en el jardín del sacristán se mecían claveles y georginas.

Era maravillosa la comitiva que descendía por la Avenida de los Tilos. Ante el féretro cubierto de ramos iban hermosos niños esparciendo flores. No se veía un vestido negro, ni un velo de crespón, ni una toca de luto, pues la madre de Fernando había querido que la comitiva no revistiese los tristes caracteres de un acto fúnebre, sino el aspecto de alegría y felicidad de un cortejo nupcial.

Junto al féretro iba Ana Stiarnhök, de encantadora belleza, novia del muerto. Ostentaba la corona y el traje nupcial, de reluciente seda blanca y larga cola. Al seguir tras el féretro, consagraba el resto de sus días a su prometido. Detrás, formando parejas, iban nobles damas y caballeros, luciendo ellas broches y pulseras, collares y perlas blancas como la leche y brazaletes de oro. Las plumas de sus turbantes se destacaban entre sedas y encajes de sus fantásticos peinados; y de sus hombros pendían finos chales de seda, antiguos regalos de novia, sobre sus vestidos de seda. Los caballeros, pulcramente ataviados, iban con sus crujientes zapatos, de frac de alto cuello y botonadura dorada, y con chaleco de tieso brocado o terciopelo ricamente bordado.

Era aquél un cortejo de boda, pues así lo había querido la señora de Berga, que, del brazo de su marido, escoltaba a la bella Ana. Y de haber poseído un traje de reluciente brocado y alhajas lujosas, se los hubiese puesto para honrar a su hijo en aquel día solemne. Pero, desgraciadamente, no poseía más que un traje de seda negra, con encajes descoloridos, el mismo que había llevado en tantas fiestas y que quiso lucir también en aquel acto.

Aunque los invitados fueron al entierro con toda pompa y munificencia, no había ojos que no estuviesen humedecidos por las lágrimas, mientras la comitiva avanzaba en dirección al camposanto, al son del metálico toque de las campanas. Hombres y mujeres lloraban, no tanto por el muerto como por los tristes recuerdos que les asaltaban.

He aquí la novia que sigue la huella de su prometido. Los dos caminan hacia la fiesta nupcial con sus trajes fastuosos sin pensar que en esta tierra de Dios, la desgracia, las penas y las zozobras no son más que un tributo a la Muerte.

El cortejo sigue avanzando y todos lloran al pensar que nada puede librarles del trágico fin de la vida. La madre no llora; es la única cuyos ojos no están humedecidos.

Leídas que fueron las preces de ritual, y cubierta la fosa, volvieron todos hacia sus coches, quedando sólo junto a la tumba, para dar el último adiós al muerto, su madre y Ana. La vieja se sentó sobre el montículo de la sepultura y la joven se colocó a su lado.

—Óyeme —empezó diciendo la señora de Berga—, un día dirigía a Dios esta súplica: «Haz que la Muerte libere a mi hijo, que lleve consigo al ser que más quiero en este mundo a los lugares del eterno descanso... Sólo lágrimas de alegría arrasarán entonces mis ojos. Yo le acompañaré como si fuera un cortejo nupcial hasta su tumba, y los espléndidos rosales rojos que crecen ante mi alcoba he de trasplantarlos, sobre la tierra en que descanse». Y todo aconteció como lo pedí, pues mi hijo ha muerto. He saludado a la Muerte como a una buena amiga, la he llamado con los nombres más acariciadores y ante la faz extática de mi hijo he derramado lágrimas de júbilo; y en otoño, cuando las hojas caigan, trasplantaré mis rosales a esta tierra. Pero ¿sabes por qué dirigí a Dios esta súplica?

Miró a Ana; pero la joven seguía pálida y silenciosa junto a ella. Quizá luchaba por acallar la voz interior de su conciencia, que le anunciaba que, por fin, quedaba libre...

—Por ti, por tu culpa —agregó la señora de Berga.

Quedose la joven como aturdida, pero no contestó ni una palabra.

—Ana Stiarnhök, tú fuiste en otros tiempos orgullosa y no tuviste más ley que tu capricho; tú habías jugado con mi hijo y le habías sabido hacer tuyo. ¿Qué podía yo decir de ello? Él, como otro hubiera hecho en su caso, pasó por todo. Quizá él, como nosotros, amaba tu dinero tanto como a ti. Pero más tarde viniste a nuestra pobre casa con zalemas, dulce, paciente, fuerte y bondadosa. Nos colmaste de amor y nos hiciste muy felices, Ana Stiarnhök... Y nosotros, pobres seres humanos, nos echamos a tus pies, bendiciéndote. ¡Mas, cuánto mejor si no hubieras venido! No hubiera tenido que rogar a Dios para que acertara la vida de mi hijo. Por la época de Navidad todavía hubiera podido soportar la pérdida de tu amor; pero después de haberte conocido, no le era posible.

Has de saber, Ana, que si hoy te has puesto los atavíos de novia para seguir el cortejo fúnebre de mi hijo, de haber vivido no hubieras hecho nunca lo mismo, camino de la iglesia de Brö, porque tú no le amabas.

Yo lo comprendía. Tú viniste a nuestra pobre casa sólo por compasión; tú querías sin duda mejorar nuestra suerte dura. Pero tú no le amabas. ¿Crees tú que ignoro lo que es amor, que no sé dónde se encuentra, que no puedo sentir cuándo se sufre por falta de amor? Y yo pensaba: «¡Dios mío, haz que mi hijo se extinga antes de que abra los ojos y vea!».

¡Ah, si tú le hubieras amado! ¡No hubieras entonces venido nunca a nosotros ni habrías endulzado nuestra suerte de haberle amado! Sabía yo muy bien mi obligación y de no haber muerto mi hijo le hubiera tenido que decir que tú no le amabas, que tú te casabas con él porque le compadecías... Y le hubiera obligado a devolverte los regalos, aunque la felicidad de su vida hubiese desaparecido para siempre. He ahí por qué he rogado a Dios que se lo llevara, por no verme obligada a turbar la paz de su corazón. Por eso me alegré al ver sus mejillas flácidas y al oír su penosa respiración precursora de la muerte.

Calló, como en espera de una contestación; pero Ana no podía pronunciar palabra, aturdida por las voces que repercutían en lo profundo de su conciencia.

Entonces, la señora Uggla dijo con acento de desesperación:

—¡Oh, cuan felices son aquellos que pueden entristecerse por sus muertos y derramar torrentes de lágrimas por ellos! Yo, en cambio, tengo que permanecer ante la tumba de mi hijo con los ojos secos, alegrándome de su muerte. ¡Cuán desgraciada soy!

Ana Stiarnhök apretó sus manos fuertemente contra el pecho... Pensó en aquella conmovedora noche invernal en que jurara, por el amor de su juventud, ser el apoyo y consuelo de aquella desventurada familia... Acaso todo había sido inútil y su sacrificio era de aquéllos que Dios no quiere aceptar. ¿Se convertiría todo en una maldición? Y si lo había sacrificado todo, ¿no bendeciría Dios su acción, disponiendo que ella fuera como un rayo de luz en las tinieblas, una ayuda, un apoyo para los desvalidos?

—¿Qué es preciso —preguntó Ana— para que puedas llorar la muerte de tu hijo?

—Es preciso que no crea ya en lo que han visto mis propios ojos. Si yo creyera que tú amabas a mi hijo, me entristecía de su muerte.

Levantó entonces la joven prometida su mirada llena de entusiasmo, rasgó su velo de novia y lo extendió sobre la tumba. Quitose luego la corona nupcial y la depositó sobre el velo.

—Mira ahora cómo le amo —exclamó con arrebató—, le regalo mi corona y mi velo. ¡Me desposo con él! ¡Jamás perteneceré a otro!

La señora de Berga levantose asombrada, permaneció un momento callada, con el cuerpo tembloroso y el rostro desfigurado, y brotaron de sus ojos lágrimas de dolor...

Mi pálida amiga la Muerte liberadora estremeciose al ver aquellas lágrimas. Una vez más dejaron de recibirla los mortales con regocijo, y ni siquiera allí fue recibida con los brazos abiertos...

Y cubriéndose la faz con el capuchón, deslizose sigilosamente por el muro del cementerio, y pronto desapareció en los campos, entre las gavillas de trigo.

XXIX

LA SEQUÍA

Si las cosas inanimadas pudieran amar, si supiesen distinguir entre amigos y enemigos quisiera contar con su simpatía. Quisiera que la tierra verde no sintiera mis pasos como una carga; que me perdonara las heridas que le hacen, para alimentarme, el arado y la grada, y que sólo tuviera que abrirse amorosa para recibir mi cadáver. Quisiera que la onda que rasgo con mis remos, rompiendo el espejo brillante de la superficie de las aguas, fuese tan indulgente y paciente conmigo, como lo es la madre con el hijito que salta sobre sus rodillas sin respetar la seda intacta de su traje de fiesta.

Quisiera vivir en amistad con el aire transparente que orea las azules montañas y en compañía del sol que rutila y de las estrellas que centellean.

Siempre me ha parecido que las cosas muertas piensan y sienten como los seres vivientes, Lo que nos separa de ellas no es tanto como suponen los hombres.

¿Dónde yace la partícula de polvo de la tierra que no haya tomado parte en el constante rodar de la vida? ¿No habrá sido en otro tiempo ese polvo que se arremolina en los caminos algún cabello venerado o alguna mano cariñosa y bienhechora que fue amada con ternura?

Y esas gotas de agua que llenan los surcos que dejan tras sí las ruedas de los carros, ¿no habrán sido en otro tiempo sangre que circulara vertiginosa a través de un corazón humano?

El espíritu de la vida continúa viviendo en las cosas muertas. Y mientras duerme, ¿qué oye ese espíritu? La voz de Dios. ¿Presta atención también a la de los hombres?

Vosotros, hijos de otros tiempos, ¿no lo habéis oído nunca? Cuando la discordia y el odio dominan el mundo, no cabe duda de que sufren también las cosas muertas.

Entonces las ondas se tornan tumultuosas y amenazadoras como un bandido que os asaltara; los campos os niegan sus riquezas como un avaro miserable. ¡Ay de aquél por cuya culpa los bosques sollozan y las montañas lloran!

El año en que gobernaron los caballeros fue verdaderamente extraordinario. A mí me pareció como si la inquietud de los hombres alterara la paz de las cosas muertas. ¿Cómo podría describir las calamidades que se extendieron en aquel tiempo sobre la tierra? ¿Se creará que los caballeros eran como los dioses del país y que estaba todo inficionado de su espíritu, que reinaba el genio de la aventura, de la indiferencia y del salvajismo?

El mundo se asombraría si yo pudiera relatar cuánto aquel año aconteció a los moradores de las orillas del lago Leuven. Si allí despertose un amor digno del período clásico, estalló también el odio tradicional entre los hombres. Todos ardieron en vivísimos anhelos de belleza y de vida y fueron presa fácil del baile, del juego y de la embriaguez.

Estos males provenían de Ekeby y extendiéronse por las herrerías y las propiedades propagando la injusticia y el pecado.

Hasta este punto hemos podido investigar con certeza los recuerdos de los viejos que aún conservan algunas ricas propiedades; pero de lo que pudo transmitirse al pueblo hemos averiguado muy poco. No puede dudarse que el azote se extendía de pueblo en pueblo y de casa en casa. Donde se ocultaba un vicio surgía al exterior; donde se suscitaba un pequeño altercado entre marido y mujer, abríase un abismo; donde se escondía una gran virtud o una voluntad poderosa, también salía a la luz, pues no todo lo que sucedía era pecaminoso; pero los tiempos hacían que lo bueno y lo perverso fueran igualmente perniciosos a la larga. Era como la fuerza aniquiladora de una tormenta que destruye toda la obra de los leñadores en el bosque; un árbol cae encima de otro, una rama arrastra otra en su caída, y hasta el musgoso suelo queda deshecho.

La locura se extendía en los cerebros de los campesinos y gentes humildes. Los corazones se enfurecían y los cerebros se excitaban. Jamás se bailó con tanto frenesí, ni se vaciaron con tanta rapidez los toneles de cerveza, ni las fábricas de aguardiente consumieron nunca tanto cereal. Nunca fueron celebrados tantos banquetes ni fue tan corto el camino que media de las palabras provocativas a los hechos sangrientos.

Al marcharse la comandanta de Ekeby, el desenfreno era tal que parecía como si una mano poderosa soltase los frenos que hasta entonces tenían dominados a los aldeanos; éstos, ebrios de libertad, se lanzaban a la perdición y al aniquilamiento. Quedoles un solo tirano y un solo maestro, un señor idolatrado: el aguardiente. Eran los días aciagos en que no habiendo, aparentemente, salvación ni esperanza para los campesinos, éstos esperaban resignados que el aguardiente les aniquilara y exterminara.

No reinaba sólo la intranquilidad entre los hombres, sino también entre los demás seres vivientes. Jamás se vieron osos y lobos más ariscos y agresivos, ni búhos y zorras tan descarados y poco amigos de permanecer en sus madrigueras. Nunca se habían perdido tan fácilmente los carneros en el bosque, ni propagado tantas enfermedades contagiosas entre el ganado.

El que quisiera comprender la lógica conexión de los acontecimientos, tenía que abandonar la villa y habitar en alguna cabaña aislada en las lindes de los bosques. Debía guardar por la noche el horno de carbón y hallarse día y noche, durante los claros meses de verano, junto al lago cuando las lentas almadías bajaban pesadamente hacia el lago Vener; sólo así lograría comprender todos los signos misteriosos de la naturaleza y de qué suerte las cosas muertas dependen de las vivas. Sólo así comprenderían que cuando la intranquilidad se cierne sobre el mundo, se destruye la paz de las cosas muertas. El campesino lo sabe muy bien. En tales tiempos las ninfas de los ríos apagan los hornos de carbón y las sirenas hacen zozobrar las naves. El duende del agua lanza los gérmenes de las enfermedades y los trasgos hacen morir de hambre a las vacas. Eso acontecía aquel año. Jamás la riada de primavera trajo consigo tanto asolamiento y exterminio. La herrería y el molino de Ekeby no fueron las únicas víctimas del encrespado elemento. Los pequeños duendes que en otros tiempos sólo hubieran sido capaces de derrumbar algún granero, al sentirse dotados en primavera de nuevas

fuerzas, se atrevían ahora a atacar las alquerías, que desaparecían bajo el voraz torrente.

Jamás se oyó que el rayo causara por San Juan tantos destrozos. Después, sin embargo, hubo cierta calma, hasta que sobrevino la sequía.

Todos los días se esperaba la lluvia, que nunca llegó. Desde mediados de junio hasta principios de setiembre la región del Leuven estuvo constantemente abrasada por la llamarada del sol.

La lluvia no quería caer, la tierra no daba ningún fruto, el viento no soplabá; sólo la agostadora lluvia de los rayos del sol caía sobre la tierra. ¡Ah, la bella luz del sol! ¿Cómo describir tu obra devastadora? La luz solar es como el amor: ¿quién ignora sus hechos funestos, y quién no está dispuesto a perdonarla? El brillo del sol es como Gösta Berling: esparce la alegría entre todos los hombres y hace olvidar los males que les causara en otros tiempos.

En las comarcas meridionales, esta sequía, después de san Juan, no hubiera sido quizá tan funesta como en el Wärmeland; pero la primavera llega aquí tarde. La hierba no había brotado todavía, el centeno quedó sin savia en el momento en que iba a surgir la espiga; el trigo, sembrado en mayo, sólo consiguió ver unas raquíticas espigas sobre sus tallos desmedrados; los rábanos tardíos no germinaron y las patatas no llegaron a extraer el menor jugo del petrificado suelo.

Los moradores de las cabañas lejanas comenzaron a temblar y el terror hizo presa en las gentes de la llanura.

«¡Dios busca un culpable!», se decían.

Y todos se preguntaban golpeándose el pecho «¿Soy yo el culpable? ¿Soy yo, madre Naturaleza? ¿Se aleja la lluvia por mí? ¿Tórnase severa, seca y dura la tierra, encolerizada por mi culpa? Y esta eterna luz solar que nos inunda cada día con su claridad, ¿quiere verter su fuego abrasador sobre mi cabeza, desde un cielo sin nubes...? Y si no soy el culpable, ¿quién es? ¿A quién busca el castigo de Dios?».

Mientras los granos de trigo se secan en las espigas y las patatas no pueden sacar de la tierra el jugo necesario; mientras el ganado vacuno, con respiración jadeante y ojos enrojecidos por el calor, se reúne anhelante junto

a los pozos casi secos; mientras la angustia ante el aciago porvenir se apodera de los corazones, en las cercanías óyense extraños rumores.

—Un azote de esta naturaleza no nos flagelaría sin razón —decían las gentes—. ¿Quién es el que ha ofendido a Dios?

Era un domingo de agosto; terminaba el divino oficio; paseaban las gentes a lo largo del soleado camino en pequeños grupos, viendo por todas partes los bosques quemados y las cosechas aniquiladas.

Las gavillas de trigo están acumuladas en montones, pero las gavillas son escasas y las espigas raquílicas. Los que tenían campos en barbecho por chamuscar, no les había sido difícil aquel año hacerlo; pero muchas veces acontecía que propagaban el fuego al árido bosque. Además, tras el incendio del bosque, surgía la invasión de insectos. Los abetos estaban desprovistos de hojas como un frondoso bosque deshojado por el otoño; las hojas de abedul pendían deshilachadas, con la nervadura reseca y la superficie amarillenta.

No les faltaba materia de entretenimiento a las apesadumbradas gentes. Había muchos que podían relatar cuán duros fueron los años 1808 y 1809, y el rudo invierno de 1812, cuando hasta los gorrones perecían de frío. El nombre no les era desconocida a los campesinos, pues ya habían visto su siniestra faz y conocido la necesidad de hacer el pan con la corteza de los árboles.

Una mujer ensayó un pan de harina de cebada y de bayas de arándano, y lo hizo probar al pueblo. Estaba orgullosa de su invención; pero en los labios de todos vibraba la misma pregunta, que parecía impresa hasta en sus miradas: «¿A quién busca, Señor, tu mano justiciera?».

—¡Oh, Dios implacable! ¿Quién es el responsable de que nos quites el escaso pan que teníamos? ¿Quién se niega a cumplir las obras de misericordia?

Otro castigo de Dios era la marcha de la comandanta. En sus tiempos, gracias a los ingresos que reportaban el acarreo de mineral, la tala de árboles y otros trabajos, habían perdido los campesinos la costumbre de salir del país en busca de trabajo.

Muchos jóvenes habían partido de allí; pero quedaron todavía gran número de gentes dispuestas a soportar el hambre.

Un hombre que figuraba en uno de los grupos más numerosos de cuantos se dirigían a Occidente, después de atravesar el puente y de haber subido la colina de Broby, se detuvo un momento en el camino que conducía a la casa del avaro pastor. Cogió un leño seco del suelo y lo lanzó delante de la casa parroquial.

—Secos como este leño —dijo el hombre— han sido los rezos que este sacerdote ha elevado a Dios.

Otro de los hombres del grupo cercano al anterior, recogió del suelo una rama seca y la arrojó en el mismo sitio.

—La ofrenda es como el pastor —gritó al lanzarla.

Un tercero siguió el mismo ejemplo.

—Fue como la sequía, que sólo nos dejó leños secos y montones de paja.

—Le devolveremos lo que nos ha dado —dijo el cuarto.

Y el quinto dijo en alta voz:

—Le arrojo este leño para eterno oprobio suyo; que se seque y consuma algún día como esta rama.

Y un sexto agregó aún:

—Paja seca para el párroco de Broby.

Las gentes que venían detrás vieron lo que aquellos hombres hacían y oyeron lo que hablaban. Ahora iban a recibir una contestación a lo que por largo tiempo habían preguntado.

Y entre ellos empezó a decirse:

—Dadle su merecido; él fue quien nos trajo la sequía.

Se congregaron todos y, pronunciando palabras de ira, fueron arrojando leños ante la casa del párroco.

En el recodo del camino, donde se encuentra la casa del párroco, pronto se levantó una verdadera montaña de leños y ramaje seco: el cerro de la ignominia del pastor de Broby.

Ésta fue la única venganza de los feligreses. Nadie levantó su mano contra el sacerdote, ni lanzó blasfemias contra él. Los corazones desesperados se sentían aliviados al depositar su rama seca sobre el cerro de la ignominia. No se tomaron ninguna venganza y se limitaron a señalar al culpable a la venganza de Dios.

—Si nosotros —decían— no te hemos servido debidamente, Dios santo, la culpa la tiene ese hombre; sé compasivo, castígale a él solo. Nosotros le señalamos a la ignominia y al desprecio. ¡No nos confundas con él!

Llegó a ser una costumbre que todos los que pasaban por delante de la casa del párroco lanzasen una rama seca al montón; y los transeúntes pensaban: «Que Dios y los hombres vean esta ignominia; yo también desprecio a ese hombre que nos atrajo la cólera divina».

El viejo avariento no tardó en notar la presencia del montón de leños, e inmediatamente mandó quitarlo. Se murmuró que con aquellos leños alimentaba el fuego del hogar. Al día siguiente aparecía un nuevo montón, que retiraba el párroco en seguida. Pero nunca faltaba el montón de ramas ante su casa, pregonando: «Vergüenza e ignominia sobre el pastor de Broby».

Transcurrieron los agostadores días de la canícula.

La atmósfera del país estaba impregnada del humo de los incendios. Los pensamientos se confundían en los excitados cerebros. El pastor de Broby fue transformándose en el demonio de las sequías. A los campesinos les parecía que el viejo avariento párroco había impedido a las fuentes del cielo que manasen.

Pronto se dio clara cuenta el párroco de la opinión que tenían de él los campesinos. Comprendió que le consideraban el causante de aquella calamidad con que Dios asolaba la tierra, por haber excitado sus iras.

Los campesinos parecían marineros a bordo de una nave en peligro, dispuestos a arrojar el lastre. El pastor debía ser lo primero que arrojaran por la borda.

Primero trató de reírse de aquella indignación general y del montón de ramas; pero cuando transcurrió una semana dejó de reír. Empezó a comprender que el odio acumulado desde muchos años antes buscaba ocasión de estallar. ¡Pero qué le importaba! No era amor lo que esperaba de sus feligreses.

No se sentía inclinado a la bondad. Aunque había pensado en corregirse después de la visita de la vieja dama, no podía creerlo. Y no quería corregirse precisamente porque se le obligaba a ello.

El montón de leña cada vez se le hacía más insoportable. El pastor pensaba continuamente en su oprobiosa vida, hasta que la opinión general empezó a echar raíces también en su alma. Aquel continuo montón de ramas era para él un testimonio implacable. Un día se acercó y empezó a contemplar el cerro, contando las ramas que echaban allí cada día. Esta idea se fijó en su cerebro y se sobrepuso a todas las demás, empezando a gravitar en su mente como una obsesión.

Y acabó comprendiendo que el pueblo tenía razón. En el curso de unas semanas envejeció considerablemente y la conciencia empezó a remorderle hasta que enfermó. Parecía que su destino estaba unido a aquel montón de ramas y que no habría paz para su conciencia ni descanso para su vejez mientras existiera aquel signo de oprobio. Y acabó por vigilar el cerro, sentado todo el día junto a él. Pero la gente seguía arrojando por la noche nuevos leños acusadores.

Un día llegó Gösta Berling por aquel camino, junto al cual, envejecido y sin ánimo para nada, se hallaba sentado el párroco de Broby, desgarrando las ramas secas, formándolas en filas y haciendo con ellas montones como si fuera un niño. Gösta comprendió lo que el cerro significaba y se compadeció del infortunado viejo.

—¿Qué hace por aquí el señor pastor? —preguntó Gösta, mientras descendía rápidamente del carruaje.

—Pues aquí estoy sentado, arreglando estas ramas; es todo lo que hago.

—El señor párroco debía estar dentro de su casa y no aquí, respirando el polvo del camino.

—Lo más conveniente es sentarme aquí.

Gösta se sentó junto a él, y dijo al cabo de un rato de silencio:

—No es fácil empresa ser pastor.

—Siempre es fácil, aquí donde viven muchos hombres —contestó el párroco—; peor es allá arriba.

Gösta comprendió lo que quería decir. Conocía bien las parroquias en los parajes septentrionales del Wärmeland, donde a veces no se encuentra ni siquiera vivienda para el párroco de Dios, en aquellas regiones de grandes bosques, donde los finlandeses habitaban míseras chozas, en las regiones de

tan escasa densidad de población que sólo hay unos cuantos pobladores por cada milla de terreno, y en las que el pastor suele ser el único habitante instruido de toda la parroquia. El párroco de Broby había estado veinte años en una de esas parroquias.

—Nos envían a estas parroquias cuando somos jóvenes —dijo Gösta—. Parece mentira que se pueda soportar la vida en estos sitios. El que va a una de ellas está perdido. ¡Cuántos han dejado sus huesos en esos parajes ingratos!

—Lo que mata es el aislamiento —contestó el pastor.

—Se predica con la palabra y con el ejemplo, y se cree —añadió Gösta, apasionado y elocuente— que todo volverá al buen camino y que los feligreses no se separarán del sendero de la virtud.

—Así es, en efecto.

—Pero muy pronto se nota que las palabras de nada sirven; la miseria impera y la miseria impide el desarrollo de las virtudes.

—La pobreza ha sido la compañera de mi vida —contestó el párroco.

—Un joven sacerdote —prosiguió Gösta— se dirige a un beodo y le dice: «Aborrece la bebida».

—Y el borracho contesta —repuso el pastor, interrumpiéndole—: «Dame algo mejor que el aguardiente; el aguardiente es mi pelliza en invierno y el traje fresco en verano; es un blando lecho y una habitación templada. Dame algo que pueda sustituirle y dejaré de beber».

Y Gösta continuó:

—Después, el sacerdote se dirige al ladrón, y le dice: «No debes robar». Al hombre iracundo le dice: «No maltrates a tu mujer». Y al supersticioso le aconseja: «Cree en Dios y no en brujerías». Pero el ladrón responde: «Dame pan». Y el descreído dice: «Enséñame algo mejor». Pero ¿es posible socorrer a estas gentes sin dinero?

—Es verdad, cada palabra es una gran verdad —dijo el viejo con animación—. Creen en Dios, pero más todavía en los espíritus de las montañas y en los trastos que se esconden en los graneros. Todo el trigo se ha empleado sólo para destilar aguardiente. Nadie puede columbrar el fin de la miseria. En la mayoría de las grises chozas reina la más espantosa miseria. Las penas del espíritu desatan las lenguas y la ira de las mujeres, al

par que la falta de bienestar en las familias impulsa a los hombres a entregarse a la bebida, dejando abandonados los campos y las vacas. Temen a los señores y se burlan de los sacerdotes. ¿Cómo es posible convivir con ellos? Cuando yo les hablaba desde el púlpito, no me comprendían; lo que trataba de enseñarles no querían creerlo. Y no hay nadie para aconsejarme, nadie que pueda ayudarme a mantener alto el espíritu.

—Hay casos aislados de hombres que pueden soportar tales cargas del oficio —dijo Gösta—. La bondad de Dios ha sido pródiga con algunos, que han podido volver de esta terrible vida sanos y salvos. Sus fuerzas no han desfallecido y han soportado la soledad, la pobreza y la desesperación; han hecho bien lo poco que podían y no se han entregado a la desesperanza. Estos sacerdotes han existido siempre y existirán. Yo les saludo como a héroes, y mientras viva los veneraré, pues yo no hubiera sido capaz de cumplir su misión.

—Yo no pude soportarlo —dijo el párroco.

—El pastor —prosiguió Gösta— concluye por pretender hacerse rico, un hombre muy rico. La pobreza no puede luchar con la maldad. Y sólo piensa en el dinero.

—De lo contrario, se entregaría a la bebida —añadió el anciano— al ver tanta miseria.

—O bien se apoltrona uno y se aturde hasta perder la reflexión. Es peligroso subir a estas regiones cuando no se ha nacido en ellas.

—Sólo teniendo mucha perseverancia, se consigue amasar fortuna; primeramente se hace por instinto, pero una vez dado el primer paso, se acostumbra uno a ello sin remordimiento.

—Para ello hay que hacer un esfuerzo sobre sí mismo y sobre los otros —opinó Gösta—, pues es difícil reunir dinero. Hay que recoger odios y desprecios, hay que soportar fríos y hambres y endurecer el corazón.

El párroco de Broby empezaba a mostrarse receloso. Preguntábase si su visitante no se estaría burlando de él; pero Gösta se mantenía muy serio, y su conversación era natural, como si hablara de cosas evidentes.

—Eso me ha sucedido a mí —dijo el anciano párroco.

—Pero Dios protege al pastor que acaba reuniendo mucho dinero —prosiguió Gösta—. Entonces le infunde los pensamientos generosos de la

juventud y le revela cuándo el pueblo necesita su socorro.

—¿Y si el párroco no obedece esa indicación, Gösta Berling?

—No puede pasarle inadvertida —dijo Gösta, riendo francamente—. ¡Es tan dulce la idea de acudir en ayuda de los pobres y contribuir a edificar chozas habitables!

El párroco miró las pequeñas casucas que habían sido construidas con ramas del cerro de la ignominia. Cuanto más conversaba con Gösta, más reconocía la razón que le asistía. En otro tiempo había tenido la idea de hacer el bien si algún día reunía los medios suficientes. Estaba seguro de haber tenido este firme propósito.

—Pero ¿por qué no hace construir nuevas chozas?

—Si lo hiciera ahora, todos creerían que hago por temor al pueblo, lo que siempre he querido hacer.

—Mas puede hacerlo en silencio. Este año hay mucha miseria que aliviar. Dé una parte de su fortuna a los necesitados —dijo con fuerza Gösta, y sus ojos brillaron al mismo tiempo—. Este año millares de hombres deben recibir el pan de manos del hombre que tantas veces han maldecido.

—Así será, Gösta.

Un sentimiento embriagador se apoderó de estos dos sacerdotes que tan medianamente habían cumplido los deberes de la religión. El deseo que abrigaron en su juventud, de servir a Dios y ser útiles a los hombres, les dominó de nuevo. Gozaban pensando en las buenas obras que iban a realizar. Gösta sería el acólito del sacerdote.

—Ante todo —dijo el párroco—, es necesario que procuremos pan.

—Y maestros de escuelas, haremos venir agrimensores que dividan la tierra en porciones equitativas, y enseñaremos al pueblo a cultivar los campos y criar el ganado.

—Abriremos nuevos caminos y edificaremos un nuevo pueblo —dijo Gösta.

—También construiremos por debajo de los saltos de agua de Borg esclusas que permitan un paso entre los lagos Leuven y Vener.

—Toda la riqueza que se encierra en los bosques adquirirá doble valor cuando sea abierto ese camino al mar.

—Las maldiciones se transformarán en bendiciones —dijo Gösta.

El sacerdote alzó la vista y ambos se miraron, reflejándose en sus pupilas un fogoso entusiasmo. Pero en el mismo momento se fijaron en el cerro de la ignominia.

—Gösta —dijo el viejo—, la realización de todos estos proyectos requiere los bríos de un hombre fuerte y a mí me acecha la muerte. Mira lo que me quita la vida —añadió, señalando el montón de ramaje.

—Deshazte de tu obstáculo.

—Pero ¿cómo, Gösta Berling?

Gösta dio un paso hacia el anciano, le miró fijamente y dijo con voz firme:

—Pídele a Dios que llueva; el domingo tienes que predicar; elévale entonces esta súplica.

El sacerdote quedó anonadado.

—Si es ésa tu firme convicción, si no es el pastor quien trajo al país la calamidad de la sequía, si el sacerdote, a pesar de su dureza, sólo ha querido servir dignamente al Altísimo, entonces pídele a Dios que conceda la lluvia. Ella sería la señal, y entonces sabremos si Dios quiere lo que nosotros anhelamos.

Cuando Gösta descendía de la colina de Broby, maravillóse de si mismo y de la emoción que le había embargado. En adelante podría vivir felizmente. Más, ¿querrían saber de él allá arriba...?

En la iglesia de Broby acababa de terminar el sermón y habían sido leídas las oraciones usuales. El sacerdote disponíase a bajar las gradas del púlpito; pero se detuvo, y de pronto cayó de rodillas y rogó con humildad a Dios para que concediera los beneficios de la lluvia.

Rezó como el hombre que se halla en apurado trance, casi sin palabras y con el corazón emocionado.

—Si mis pecados provocaron tu cólera, castígame, oh, Dios, castígame sólo a mí. Ten compasión de ellos, oh, Dios misericordioso. ¡Envíales la lluvia! Líbrame de la ignominia. Atiende mi súplica y haz que llueva. Que la lluvia refresque los sedientos campos de los humildes... Da el pan a tu pueblo.

El día era caluroso en demasía. El pueblo estaba como soñoliento. Las roncadas súplicas del sacerdote, ahogadas por la desesperación, despertaron a los fieles.

—Si aún puedo solicitar tu gracia, envíanos la lluvia...

Calló el sacerdote. Las puertas de la iglesia estaban abiertas. De repente, una bocanada de aire hizo estremecer a los fieles. Una nube de polvo, mezclado con pajas y ramaje, invadió el templo como un torbellino. El sacerdote no pudo proseguir y bajó, tambaleándose, del púlpito.

Un temblor de espanto agitó a la multitud.

¿Sería acaso la respuesta de Dios?

La columna de aire era sólo el heraldito de la tempestad, que se formó con una rapidez increíble. Cuando el sacerdote hubo terminado, en las gradas del altar, los cánticos de gracias del Altísimo, relampagueaba continuamente y el trueno dejaba oír su voz, ahogando la del pastor. Al entonar el sacristán el cántico final, las gotas de lluvia azotaban ya las verducas vidrieras de las ventanas y el pueblo se precipitó hacia fuera para ver la lluvia. Pero muchos no se contentaban con la contemplación; lloraban y reían mientras la tempestuosa lluvia caía sobre ellos. ¡Ah, cuán inmensa era su necesidad! ¡Cuán infortunados habían sido hasta entonces! Pero Dios era misericordioso y les enviaba la lluvia. ¡Qué alegría tan grande reinaba por doquier!

El párroco de Broby fue el único que no salió de la iglesia. Caído de rodillas ante el altar, no pudo levantarse ya. La alegría fue más poderosa que sus débiles fuerzas... La alegría le había matado.

XXX

LA MADRE DEL NIÑO

Todas las opiniones coincidían en que el niño debía tener un padre...

El niño era lo más desmirriado que pudiera concebirse; y, además, pequeño, rojo y arrugado y llorón. Tenía convulsiones desde su nacimiento, y todo presagiaba que no viviría mucho este pequeñuelo, que había entrado en el mundo seis o siete semanas antes de lo que le correspondía y que no debía encontrar albergue en esta tierra. Pesaba tan poco que ni siquiera vale la pena de mentarlo. Se le cubría con una piel de corderito y no quería amamantarse ni dormir. Nadie comprendía lo que le retenía en el mundo; pero vivía.

El niño había nacido en casa de un campesino, al oeste del Klarelf. La madre había venido en busca de trabajo a primeros de junio, declarándole a su amo que una desgracia y la dureza de sus padres habíanla obligado a dejar su casa. Se llamaba Elisabet Karlsdotter, pero nunca quiso declarar de dónde era, pues entonces, quizás, sus padres se enterarían de su paradero, la buscarían y la someterían a malos tratos y martirios. Estaba muy cierta de ello.

Por su trabajo sólo pedía albergue y alimento. Sabía las obligaciones de la casa, tejer, hilar, y hasta, si se quería, cuidar las vacas. Cuando no pudiera trabajar, pagaría el hospedaje. Como daba compasión esta joven ingeniosa que había llegado descalza, con los zapatos debajo del brazo y en traje de campesina, hablando el dialecto de la comarca, el dueño la aceptó en su casa, aunque no confiara gran cosa en su trabajo. La desgracia necesitaba albergue y en algún sitio debía estar. Además, se hizo simpática y todo el mundo se mostraba agradable con ella, aunque aquellas gentes de la granja

eran de carácter grave y taciturno. La dueña se aficionó a la muchacha al ver su rara habilidad para tejer holanda. Y durante el verano Elisabet trabajó desde la mañana hasta la noche, sentada al telar, que fue traído de la casa del preboste.

Nadie le tenía miramiento ni compasión; durante todo el día veíase obligada a trabajar como obrera del campo. Placiale el trabajo, y en el fondo no era infeliz.

La vida entre los campesinos le sentaba bien, aunque tenía que privarse de muchas comodidades. ¡Eran tan sencillos y pacíficos! Cifrabán todos los pensamientos en el trabajo y los días transcurrían tan uniformemente, que era fácil confundirlos y a media semana se podía creer que llegaba ya el domingo.

Un día, a fines de agosto, hubo mucho trabajo en la casa y Elisabet se fue con las otras mujeres a agavillar la avena. Se agitó tanto, que aquella noche vino al mundo el niño, que no se esperaba hasta fines de octubre.

La señora de la casa, sentada en la sala grande, frente al hogar, tenía al recién nacido en sus rodillas, porque, a pesar del calor de agosto, el pequeño tiritaba de frío. La madre, acostada en la salita contigua, escuchaba lo que se le decía. Las criadas y los mozos desfilaban uno tras otro para contemplar al chiquitín.

—¡Qué pequeño! —decían.

Y todos exclamaban casi infaliblemente:

—¡El pobrecito no tiene padre!

Admirábanse unos y otros al ver aquel niño tan rubio, de piel arrugada, aunque afirmaban algunos que todos los niños eran así. No se quejaban de los gritos del niño; estaba bastante fuerte para su edad. Les parecía que todo hubiese ido bien si el niño hubiera tenido padre.

La madre escuchaba desde su lecho. Y súbitamente comprendió la importancia de lo que sucedía. ¿Cómo podría afrontar la vida aquel pequeñuelo sin padre? Tenía hechos por anticipado sus planes para el porvenir. Permanecería un año en la granja; después alquilaría una habitación y se dedicaría a tejer. Tal vez continuara su marido creyéndola culpable; pero pensaba que su hijo tal vez fuese mejor educado lejos de su padre, orgulloso y necio.

Pero no sabía qué hacer ya desde que nació el niño. Reconoció su egoísmo... ¿Se atrevería a privarle del apoyo paternal? Si el pequeño no hubiese nacido tan enfermizo y miserable, si pudiera comer y dormir como los otros niños, si su cabeza no se inclinase siempre hacia un hombro, si las convulsiones no le hubiesen puesto en trance de muerte, la cuestión no tendría tantas y tan graves consecuencias. Pero esta criatura desamparada necesitaba, absolutamente, un padre, y para ello, tenía que decidirse pronto. El niño tenía ya tres días, y los campesinos del Wärmeland no dejan pasar este tiempo sin llevar los hijos al bautismo. ¿Con qué nombre quedaría inscrito el niño en el registro de la iglesia? ¿No querría el pastor informarse de la madre? ¿No le causaría un grave daño a su niño presentándolo como *hijo de padre desconocido*?

No era bastante que viniera a sufrir a este mundo, sino que parecía que ya anhelara desaparecer. De tener padre acaso hubiera sido otra cosa.

Si crecía, a pesar de su estado débil y enfermizo, ¿podría asumir la responsabilidad de haberle privado de las ventajas del nacimiento y de la fortuna?

Cuando nace un pequeñuelo se experimenta alegría y se siente la felicidad. Elisabet pensaba que la vida le sería infinitamente penosa a aquella criatura que todos compadecían. Hubiera querido verle con sedas y encajes, como corresponde al hijo de unos condes. Hubiera querido verle rodeado de alegría y de orgullo. ¿No era culpable ante los ojos del padre del niño? ¿Tenía derecho a guardar para sí sola este ser tan diminuto, el tesoro más precioso para ella, cuyo valor ningún hombre era capaz de apreciar? Tal acción no hubiera sido leal...

La madre del niño no quería volver a reunirse con el padre. Temía que le quitase la vida. El niño, sin embargo, estaba en mayor peligro que ella. Podía morir en cualquier instante y aún no estaba bautizado.

La falta que la había arrojado de su casa, el abominable pecado que había pesado sobre su corazón, estaba ya expiado.

El único amor que sentía era el que le profesaba a este niño que acababa de nacer. Y la obligación de devolvérselo a su padre no le parecía muy dura.

La joven hizo llamar a los dueños de la casa, y les reveló su secreto, y el marido partió en seguida hacia Borg para anunciar al conde Dohna que la

condesa vivía y que él era padre. El campesino regresó ya muy avanzada la noche. No había podido ver al conde, porque éste había abandonado el país; pero habíale hablado al pastor de Svartsiö. Y la condesa supo entonces que el matrimonio había sido anulado y que ya no tenía marido. El pastor le dirigía una carta llena de bondad y dulzura, ofreciéndole un refugio en su familia.

La condesa Elisabet experimentó la más viva cólera y el más hondo dolor al oír el relato del campesino. La madre de un hermoso y robusto niño hubiera acogido con menosprecio semejante noticia, orgullosa de poseer, sola, a su hijo; pero como madre de un niño enfermizo, sentíase invadida de una cólera extremada.

Y no cerró los ojos en toda la noche. Necesitaba un padre para su hijo, un padre legal.

Al día siguiente el campesino se puso en camino hacia Ekeby. Iba en busca de Gösta Berling.

Gösta le hizo muchas preguntas al mensajero, pero no logró saber casi nada. La condesa había pasado en su casa todo el verano. Habíase portado muy bien. Había nacido un niño muy débil; pero la madre se restablecería pronto.

—¿Sabía la condesa que había sido anulado el matrimonio?

—Sí, lo sabía desde la víspera.

Gösta Berling temblaba de impaciencia. ¿Qué podía ella solicitar de él? Pensaba en su vida veraniega a orillas del Leuven. Los días habían transcurrido entre fiestas y bromas, y durante este tiempo la infortunada trabajó y sufrió.

Nunca había pensado en la posibilidad de poder verla. ¡Ah, si hubiera podido esperarlo! Hubiera aparecido ante ella, hecho un hombre más bueno, después de haber olvidado la locura de una vida trivial.

Llegó ya cerca de las ocho de la noche, y seguidamente se le condujo en presencia de la joven. La sala era tan oscura que a duras penas podía distinguirla.

Debe advertirse que ella, cuyo blanco rostro destacábase de la penumbra del anochecer, estaba mucho más bella que antes. Cuando se sintió bendecido por su proximidad, hubiera deseado arrojarle a sus pies y dar

gracias porque de nuevo venía a él, pero estaba tan dominado por la emoción que no supo qué hacer ni qué decir.

—Querida condesa Elisabet... —balbuceó.

—Buenas noches, Gösta.

Ella le tendió su mano nuevamente, fina y transparente, luchando también durante unos instantes con la emoción que oprimía su garganta.

La madre del niño no sintió su alma inundada de abrumadores sentimientos al contemplar a Gösta. Maravillose de que él pensase siempre en ella y de que no comprendiera que ella no tenía otro interés que el de que su hijo tuviera un padre.

—Gösta —le preguntó, al fin, dulcemente—. ¿Quiere usted ayudarme como me prometió? ¿Sabe que mi marido me ha abandonado y que mi hijo no tiene padre?

—Sí, condesa; pero creo que será posible arreglar las cosas. Estoy seguro de que, existiendo un hijo, el conde será obligado a legalizar su matrimonio. Cuente usted conmigo, condesa; me pongo a sus órdenes de todo corazón.

—¿Cree que aspiro a que el conde Dohna me reconozca otra vez por esposa? —dijo la joven con una vaga sonrisa.

Una oleada de sangre coloreó el rostro de Gösta Berling. ¿Qué deseaba, pues?

—Acérquese, Gösta —díjole, tendiéndole otra vez la mano—. No se enfade. Pensé que usted que es...

—Un cura exclaustado, un borracho, un caballero, el culpable de la muerte de Ebba Dohna... Bien sé cuáles son mis méritos... —exclamó amargamente.

—Más de una se hubiera casado con usted por amor; pero no se trata ahora de amor. Si yo le amara, no me atrevería a hablarle como lo hago. Sólo quiero decirle que yo tengo un hijo, un hijo sin padre. Usted debe comprender ciertamente lo que yo deseo obtener de su amistad. Será humillante para usted, convengo en ello; pero piense en que ya no soy casada y que soy madre. No le pido esta prueba de cariño porque usted se crea menospreciado por los demás, no... ¿y quién sabe si esta idea no se ha deslizado un poco en mi pensamiento? Se lo pido porque es bueno, Gösta, y

porque le creo un héroe capaz de un sacrificio; pero si le repugna pasar por el padre del hijo de otro hombre, dígalo, pues lo comprendería perfectamente. Jamás hubiera solicitado esto de usted, si mi hijo no estuviera muy enfermo. ¡Ay! Es demasiado cruel que, al bautizarle no se le pueda dar el apellido de su padre...

Al oírla experimentó Gösta la misma sensación dolorosa que aquel día de primavera en que tuvo que abandonarla, después de haberla acompañado. Era preciso que la ayudara ahora, perdiéndose irremediablemente. Tuvo que hacerlo porque la amaba...

—Haré cuanto la condesa quiera —dijo en voz baja.

Al día siguiente habló con el preboste de Brö. Svartsiö es una parroquia agregada a Brö y allí debían publicarse las amonestaciones. El buen preboste quedóse asombrado de la narración y prometió, finalmente, preparar todo lo necesario, incluso los testigos, tomándolo por su cuenta.

—Sí —dijo él, tú debes ayudarla. Gösta, tienes que hacerlo, porque de lo contrario podría volverse loca. Ella supone que su hijo está perdido si su madre no puede indicar el nombre del padre. Esa mujer tiene una conciencia muy delicada.

—Sé que voy a hacerla infeliz —dijo Gösta.

—Seguramente que no, Gösta. Has de comprender que tú llegarás a ser un hombre modelo cuando tengas una esposa y un hijo a quien proteger.

El preboste quería ir a Svartsiö y hablar con el párroco y el alcalde. La cosa terminó así: el primero de setiembre, el domingo siguiente al de la entrevista, les fueron dichas las amonestaciones a Gösta y Elisabet de Thurn en la iglesia de Svartsiö.

Después de la boda, con las mayores precauciones, se dirigían a Ekeby, donde el niño sería bautizado.

El preboste habló con ella y le dijo que antes de casarse con Gösta debía pensarlo bien y escribir a su padre...

—¡Oh! —dijo ella—. No puedo, porque mi niño podría morir antes de que tuviera un padre.

Cuando se dijo la tercera amonestación hacía ya varios días que la madre del niño estaba fuera del lecho y de peligro. Por la tarde llegó el preboste a Ekeby y casó a Gösta Berling, aunque nadie hubiera pensado que

se trataba de una boda. No había invitados. Se trataba sólo de dar un padre al niño. La madre estaba embargada de secreta alegría y como si hubiese cumplido el deber más sagrado de su vida. El novio estaba compungido. Pensaba que ella sacrificaba su porvenir al contraer matrimonio con él. Notaba con gran dolor que apenas existía para ella. Todos sus pensamientos se concentraban en su hijo.

Algunos días después, el padre y la madre estaban de duelo. El niño había muerto, víctima de un ataque.

Pareció a muchos que la madre no sentía muy profundamente la muerte de su hijo, como era de esperar. Sobre ella pasó como un vislumbre de triunfo. Parecía alegrarse de que el porvenir del niño se hubiese truncado. Cuando el niño estuviera entre los ángeles, sabría que en la tierra había dejado una madre que le había amado.

Todo esto ocurrió en silencio y sin llamar la atención de nadie. Cuando Gösta y Elisabet se prometieron, apenas se supo quién era la novia; los sacerdotes y las personas notables que conocían la historia, hablaron de ello lo menos posible.

Uno y otro parecían haber perdido la fe en el poder de la conciencia, y hasta la manera de proceder de la joven podía prestarse a malas interpretaciones. Estaba temerosa de que alguien pudiera decir: es verdad que no podía resistir el amor de Gösta Berling; ahora se había casado con él, valiéndose de un pretexto poco honroso. ¡Ah! Pero los viejos, preocupados de su porvenir, no consentían que nadie hablara mal de ella. No querían admitir que hubiese cometido falta alguna.

Otro gran acontecimiento que ocurrió por aquel tiempo, motivó que no se hablara mucho de la boda de Gösta. El comandante Samzelius fue víctima de una desgracia. Se había vuelto muy estrambótico y misántropo. Se complacía en la compañía de animales y poseía un verdadero parque con los que fue reuniendo en Siue. Era peligrosa su compañía, pues siempre tenía cargadas sus pistolas y las disparaba de vez en cuando sin tener en cuenta, dónde lo hacía. Un día fue mordido por uno de sus osos domesticados, cuando acababa de dispararle una de sus pistolas.

El animal, herido, se arrojó sobre él y con gran fiereza le mordió en el brazo. Seguidamente salió el oso de la jaula y se internó en el bosque.

El comandante hubo de guardar cama y falleció de las heridas poco antes de Navidad. Si su esposa hubiera sabido este desenlace, hubiérase apresurado, sin duda, a recobrar de nuevo su dominio sobre Ekeby. Pero los caballeros sabían que no volvería antes de que hubiera transcurrido el año.

XXXI

AMOR VINCIT OMNIA

Bajo las gradas del púlpito de la iglesia de Svartsiö encuéntrase una trastera repleta de viejos cachivaches: palas ya en desuso del enterrador; bancos de iglesia hundidos y otras cosas parecidas.

Allí dentro, donde el polvo de los años se acumula en espesas capas, y oculta en todas las miradas, hay un arca con preciosas incrustaciones sobre mosaico de madreperla. Cuando se le quita el polvo que la cubre parece brillar como las grutas de los cuentos de hadas. El arca está cerrada y la llave bien escondida, para que nadie pueda abrirla. Ningún mortal pudo investigar su interior ni saber qué contenía. Pero, transcurrido el siglo XIX, estará permitido que la llave se introduzca en la cerradura, que se levante la tapa del cofre y que se contemplen los tesoros que encierra, pues así lo había dispuesto su antiguo propietario.

En la placa de latón fijada sobre la tapa del arca había grabada esta inscripción: *Labor vincit omnia*, aunque mejor hubiera estado la de *Amor vincit omnia*. Hasta la vieja arca de la trastera era un fehaciente testimonio del supremo poder del amor.

¡Oh, Eros, dios omnipotente, oh Amor, eterno y verdadero Dios! Pasan las generaciones por la Tierra; pero tú las persigues por los siglos de los siglos.

¿Dónde están los dioses de la Vida, los héroes poderosos, cuyas armas eran los rayos, aquellos que a orillas de los ríos sagrados recibían las ofrendas de la leche y de la miel? Todos han muerto; murió Bel, el poderoso guerrero, y Thot, el gigante de la cabeza de halcón, también murió. Muertos están aquellos dioses magníficos que descansaban en su lecho de nubes del

Olimpo; los autores de las grandes hazañas que habitaban el Walhalla fortificado, muertos están; murieron los clásicos dioses, todos, a excepción de Eros, de Eros el dominador.

Todo lo que veis es obra suya. Él crea las generaciones; él está presente en todas partes. Y, no sólo crea las generaciones, sino que las guía. ¿Dónde ir que no hallemos huellas de sus pasos...? En todos los rumores que oímos, vibra el susurro de sus alas... Vive en el corazón de los hombres y duerme en las semillas de los granos. Estremeciéndose de asombro, el hombre nota su presencia hasta en las cosas muertas. ¿Hay algo que anhele amor que no seduzca al hombre? ¿Hay algo que no reconozca el imperio de Eros? Los dioses de la Venganza se derrumbarán; dioses de la Fuerza y de la Violencia también caerán. ¡Sólo tú, oh Amor, permanecerás como el dios eterno de la Verdad...!

El viejo tío Eberhard se halla ante su escritorio, un precioso mueble con cien cajoncitos, su tablero de mármol y su cierre de rico metal; allí está trabajando solo, en la residencia de los caballeros.

Pero Eberhard, ¿por qué no te expansionas en los campos y bosques como los demás caballeros, gozando de este espléndido día de verano? Sabes muy bien que nadie rinde homenaje a la «Diosa de la Sabiduría», sin recibir el castigo.

Tu espalda se encorva, aunque no tienes más que sesenta años; el cabello que cubre tu coronilla no es el tuyo propio; grandes arrugas surcan tu frente, tus hundidos ojos miran en todas direcciones, de modo que podrían tomarse por espadas en duelo. Eberhard, Eberhard, ¿por qué no te distraes alegremente por los bosques y los campos? La muerte vendrá a separarte prematuramente de tu escritorio; a ti, que no sabes comprender la vida sin él.

Eberhard echó una gruesa raya de tinta por debajo de la última línea y después sacó de los numerosos cajoncitos del mueble viejos paquetes de descoloridos papeles escritos con una letra estrecha. Estas cuartillas eran el original de su voluminosa obra, la obra que había de hacer a través de los siglos. Pero en cuanto se puso a colocar unos paquetes sobre otros haciendo un montón, y a mirarlos con mucho embeleso, se abrió la puerta y entró la joven condesa.

Es la joven señora de los viejos caballeros.

Ella, a quien reverencian y adoran más que un abuelo reverencia y adora a su primer nietecito. Es ella, la que habían recogido pobre y enferma y a la que ahora brindan todo el esplendor del mundo, como el rey de los cuentos de hadas a la muchacha pobre que encuentra errante por los bosques. Por ella resonaron los cuernos de caza y los violines en Ekeby. Por ella respiran, viven y trabajan todos en la rica morada.

Ha recobrado la salud; pero sigue siempre débil. Apenábala un poco la soledad de aquel gran caserón, y al saber que todos los caballeros habían partido, tuvo grandes deseos de visitar aquel siniestramente famoso refugio de los caballeros.

Penetró cautelosamente y miró por todas partes, contemplando las blancas paredes y los amarillentos cortinajes del lecho. Vio el torno de Gösta, la mesa de Lövenborg, donde éste tocaba su Beethoven sobre las teclas pintadas, las disecadas cornejas sobre el lecho de Cristian Berg y la piel de oso ante la cama del mayor Fuchs. Contempló en un rincón el telar que Berencreutz utiliza para matar el tiempo, el taburete en que el tío Cristóbal se sienta para pasar su vida anodina junto a la chimenea, la caja de provisiones del patrón Julius, la funda del violín de Liliencron, el bastón de nudos y los morrales de Kevenhüller y la cuchara de *punch* de Ruster... Contemplaba, desconcertada, aquellos cachivaches históricos cuando se dio cuenta de que no se hallaba sola.

Eberhard se dirigió hacia ella con gran solemnidad y la condujo hacia el montón de paquetes manuscritos.

—Mire, condesa —dijo Eberhard—, mi obra está ya terminada. Mi obra será trascendental. Ahora van a ocurrir grandes cosas.

—¿Y qué acontecerá, tío Eberhard?

—Sepa, condesa, que mi libro va a herir la tierra como un rayo, un rayo brillador y mortal, como el que Moisés vio descender en el monte Sinaí desde las tonantes nubes sobre el sagrado tabernáculo. Desde aquel tiempo el viejo Jehová permaneció en paz y tranquilidad; pero ahora verán los hombres exactamente lo que es la substancia de Jehová: vacuidad, inanimadas producciones y estériles vahos de nuestro cerebro. ¡Qué se hunda en la nada! —gritó el anciano.

Y poniendo su ajada mano sobre el gran montón de cuartillas, continuó:

—Aquí todo está escrito, y si los hombres lo leen verán reveladas sus propias necesidades. Entonces echarán la cruz al fuego de la pira, las iglesias se convertirán en graneros, y los sacerdotes en labradores de los campos.

—¡Oh, tío Eberhard! —dijo con un ligero estremecimiento la condesa—. ¿Es verdad que contiene este libro cosas tan horribles?

—¿Horribles? —repitió el anciano—. En él se encierra la verdad... Pero somos como los niños que esconden su cabeza en la falda de su madre cuando se ven ante un extraño. También nosotros nos hemos acostumbrado a escondernos ante la verdad, que es un eterno extraño para nosotros. Pero ahora vendrá y vivirá entre nosotros y todos la conoceremos.

—¿Todos?

—No sólo los filósofos, sino todos. ¿Comprende la señora condesa?

—¿Y entonces morirá Jehová?

—Él y todos los ángeles, los santos, los demonios y todas las mentiras.

—¿Y quién regirá el mundo?

—¿Usted cree, condesa, que lo ha regido alguien hasta ahora? ¿Usted cree, condesa, que hay una providencia que cuida de los pajarillos y del cabello de nuestra cabeza? Nadie ha regido y nadie regirá el mundo.

—Pero, entonces, ¿qué será de la Humanidad?

—Lo mismo que siempre: polvo; el que está carbonizado no puede arder más. Somos combustible que alimentamos la llama de la vida. La chispa de la vida se transmite de unos a otros, que se encienden, arden y se extinguen... Eso es la vida...

—Así, pues, tío Eberhard, ¿no hay una vida eterna?

—Ninguna.

—¿No hay un más allá de la tumba?

—No.

—¿No hay, pues, nada bueno, nada malo? ¿Vivimos sin objeto alguno, sin ninguna esperanza?

—Nada.

La joven condesa se asomó a la ventana. Contempló las rumorosas hojas de aquella tarde de otoño, las georginas y los *asters*, cuyas pesadas cabezas se doblegaban al viento otoñal. Contempló las sombrías ondas del

lago y el cielo anubarrado, precursor de una tempestad otoñal. Y una gran tristeza la invadió.

El viejo Eberhard miraba a la condesa.

—Cuán gris y detestable es el mundo, cuán vanidoso e inútil; quiero recostarme aquí y morir de una vez...

Entonces, en el fondo del alma de aquella mujer resonó algo como una queja; la fuerza interior de su vida y sus sentimientos todos clamaban por la dicha de vivir.

—Así, pues —prosiguió la condesa—, ¿qué es lo que presta belleza a la vida, si me quitas a Dios y la inmortalidad?

—El trabajo —contestó el viejo.

La condesa volvió a mirar hacia la ventana y sintió brotar en sí un sentimiento de desprecio hacia aquellas miserables filosofías. Lo inescrutable se le imponía al sentir la respiración de todo el Universo, la fuerza misteriosa que está escondida en la Naturaleza muerta, y que se manifiesta en los millares de millones de transformaciones que constituyen la vida. Entre pensamientos vertiginosos buscó un nombre que expresara la presencia del espíritu de Dios en la Naturaleza.

—Dime, tío Eberhard. ¿Qué es el trabajo? ¿Es un dios?

—No sé de ningún otro —contestó Eberhard.

La condesa acababa de encontrar el nombre que buscaba; un nombre vulgar y con frecuencia mal mirado.

—Tío Eberhard. ¿Por qué no citas al Amor?

Dibujose una sonrisa en la desdentada boca del viejo, a la que tantas arrugas iban a converger.

—Aquí —pronunció el filósofo, dando con su angulosa mano sobre el montón de cuartillas—, aquí se mata a todos los dioses y, entre ellos, a Eros. ¿Qué es el amor sino una necesidad de la carne? ¿Por qué ha de tener un rango más elevado que las otras necesidades de la materia humana? ¿Por qué no hacemos del hambre un dios, y otro del cansancio? Mas todas esas necedades han de tener un término. ¡Sólo la verdad debe triunfar!

La joven condesa inclinó la cabeza; no era así, no era verdad, pero no podía discutir con el viejo.

—Tus palabras han herido mi alma —dijo ella—; pero aún te creo. ¡Sólo los dioses del odio y de la venganza deben morir!

El viejo apoderose de la mano de la joven y, llevándola hasta el montón de legajos, le dijo con el fanatismo del descreído:

—Si hubiera leído esto no, dudaría.

—Que jamás lo vean mis ojos —dijo la condesa— así no lo creeré sino después de muerta...

Y dejando al filósofo ensimismado en sus sombríos pensamientos, se marchó. Eberhard continuó sentado, absorto en sus pensamientos durante largo rato.

Las viejas cuartillas que había llenado de palabras blasfemas con su estrecha escritura, no vieron la luz del mundo ni el nombre de Eberhard se remontó al pináculo de la gloria. Su obra voluminosa yace oculta en un arca derrumbada en la trastera que hay debajo de las gradas del púlpito de la iglesia de Svartsiö, y hasta el fin del siglo no verá la luz pública.

Y, ¿por qué lo decidió así? ¿Temió no poder probar suficientemente los asertos principales? ¿Temió a las persecuciones? ¡Ah! ¡Conocéis mal al tío Eberhard! Sabedlo, pues; él había amado a la verdad más que a su propio honor y no sacrificaba éste en aras de la verdad, para que la muchacha que amaba con cariño de padre pudiera morir creyendo en lo que siempre amó. ¡Oh, Amor; eres el verdadero, el eterno dios!

XXXII

LA MUCHACHA DE NYGARD

¿Nadie conoce aquel lugar que existe al pie de la montaña, donde los abetos crecen más espesos y la tierra se cubre de una tupida capa de tierno musgo? ¿Cómo ha de ser conocido? Aquellos parajes jamás habían sido hollados por el hombre ni la voz humana había pronunciado allí nombre alguno. Ni un mal sendero conduce al escondido lugar; bloques de peñas lo dominan y entrelazadas ramas de enebro lo vigilan. El lugar está obstruido por árboles derribados por los huracanes; los pastores no pueden llegar hasta él, y las zorras le huyen.

No obstante ser el lugar más solitario del bosque, ahora se dirigen hacia él millares de hombres.

¡Qué maravillosa comitiva! Hubiera llenado las naves de la iglesia de Brö, y, no sólo la de Brö, sino las de Lösvik y Svartsiö. ¡Qué interminable fila de gente!

Los niños, a quienes no estaba permitido unirse a aquella procesión, quedábanse al borde del camino o se asomaban a los setos, por donde pudiera pasar aquella fila de gente. Los pequeños nunca podían imaginarse que tal multitud de hombres existiera en el mundo. ¡Qué interminable desfile! Cuando sean mayores no dejarán de recordar aquel diluvio de hombres, aquel oleaje humano. Sus ojos se humedecerán al recuerdo imborrable de aquella masa imponente e interminable que se dirigía por lugares que hasta entonces sólo había pisado algún solitario errabundo, algún mendigo o algún que otro carro de labranza.

Todos los que habitaban cerca del camino salían sobresaltados y se preguntaban:

—¿Se ha declarado la peste en el país? ¿Invade el enemigo nuestra tierra? ¿Adónde vais, peregrinos? ¿Adónde vais?

Y contestaban:

—Hace dos días que recorremos el bosque de Biörne y las alturas pobladas de abetos del oeste de Ekeby, en busca de una muchacha, y ya no nos será posible continuar buscándola por más tiempo.

La muchedumbre venía de Nygard, un mísero pueblecito situado entre los montes del Este. Hacía ocho días que nada se sabía de una pobre y hermosa muchacha, de espeso cabello y sonrosadas mejillas. Esta muchacha era la vendedora de escobas que Gösta Berling quiso hacer su esposa; se había extraviado en los inmensos bosques.

Como nada habían sabido de ella, las gentes de Nygard marcharon a buscarla. Y a través del bosque, los hombres que encontraban al paso y los que surgían de todas las moradas, se unían a la larga comitiva.

—¿Por qué dejasteis que la bella muchacha errara sola por lugares extraños? —inquirió uno de los recién llegados—. El bosque es intrincado y la muchacha carece de juicio.

—Allí nadie le hará daño —le contestaron—, y como ella tampoco hace daño a nadie, va tan segura como un niño. ¿Quién más seguro que el vigilado por Dios? Hasta ahora siempre había vuelto.

En los dos días primeros la comitiva recorrió los bosques del Este que separan Nygard de la llanura, y al tercero, llegaron a la iglesia de Brö y a los bosques al oeste de Ekeby.

La comitiva despertaba, a su paso, la mayor admiración, y fue preciso que uno de los hombres del grupo se quedara rezagado para contestar a las preguntas de: «¿Qué queréis? ¿Qué buscáis?», que la gente formulaba.

—Buscamos a la muchacha de los ojos azules y cabello negro. Hace ya ocho días que huyó al bosque en busca de la muerte.

—¿Y por qué huyó? ¿Porque pasaba hambre e infortunios?

—No, la muchacha no pasaba ningún apuro; pero esta primavera le ocurrió una desgracia: se había enamorado del casquivano Gösta Berling y éste la había abandonado. Dios la había enloquecido.

En esta primavera ocurrió la desgracia. Él no la había visto nunca. Al encontrarse con ella le dijo que sería su prometida; pero todo fue una

broma. Mas ella ya no pudo consolarse. Iba continuamente a Ekeby y seguía ella los pasos del galán, que acabó por enojarse de su presencia. Un día le soltó los perros y desde entonces no se la ha vuelto a ver.

¡Oh, se trata de la vida de una muchacha! Un ser humano se ha internado en el bosque para morir allí. Quizá esté ya muerta. Quizá vaya errante en busca de la salida de este laberinto. Inmenso es el bosque y sólo Dios lo conoce.

—¡Uníos a los exploradores, venid! Dejad la avena en las gavillas hasta que el grano seco se caiga de las espigas; dejad sueltos los caballos para que no sufran sed en sus cuadras; dejad abiertas las puertas de los establos para que las vacas puedan guarecerse por la noche. Traed los niños, porque los niños pertenecen a Dios. Dios ama los niños y guía sus pasos, y pueden ser muy útiles cuando falle la prudencia de los hombres.

¡Venid todos, hombres, mujeres y niños! ¿Quién puede quedarse en casa? ¿Quién sabe si Dios no tiene la intención de utilizar sus servicios! Venid todos los que necesitáis compasión, para que vuestra alma no vague alguna vez por áridos lugares en busca de la paz. Venid... La ha enloquecido Dios, y es el bosque tan inmenso...

¿Quién podrá hallar el lugar recóndito donde los abetos crecen más espesos y el musgo es más mullido? ¿No se destaca allá en la falda de la montaña algo oscuro? ¿Será un hormiguero? ¡Bienaventurado aquél que guía a los enajenados...! ¿No será más que un hormiguero?

¡Qué multitud! No es el cortejo abigarrado y alegre que saluda al vencedor, echándole flores y atronando su oído con gritos de entusiasmo; no es la aglomeración de peregrinos que avanza entre el salmodiar de los cánticos y el zurriagazo de las disciplinas camino de Tierra Santa, ni tampoco el desfile de los éxodos trashumantes con sus desvencijadas carretas, cargadas de trastos, en busca de nuevos lugares donde luchar mejor por la vida, o el ejército que marcha al son de las trompetas y el estrépito de las armas. Es tan sólo un desfile de campesinos en traje de faena, de tela burda, con usados delantales de cuero, con sus mujeres, que llevan la calceta en la mano y los niños colgados a la espalda o agarrados a sus faldas.

Es hermoso contemplar a los hombres cuando se ponen en camino en busca de un gran ideal. ¡Dejadlos que caminen, que saluden a sus bienhechores, que ensalcen a su Dios, que busquen nuevos horizontes para defender su tierra! ¡Dejadlos caminar! Estos hombres no van impulsados por el hambre, por el temor de Dios, ni por las desavenencias con sus semejantes. Su esfuerzo es estéril y su trabajo no será retribuido; su único objeto es buscar a una pobre loca.

¡Cuánto sudor, cuántos pasos, cuánta angustia, cuántas súplicas les costará su decisión! ¡Todo en aras de una desgraciada a la que ha enloquecido Dios!

¿No son dignos tales hombres de ser amados? ¿Cómo recordar sin lágrimas de emoción a aquellos hombres de manos encallecidas y rasgos duros, a las mujeres de mejillas ajadas prematuramente y a los niños cansaditos cuyos pasos debía guiar Dios?

El camino está invadido por aquella nube de seres afligidos que exploraban el bosque con un temor que daba a entender que antes encontrarían un cadáver que el ser viviente que buscaban.

¿Veis aquella negrura por bajo de la falda de la montaña? ¿No es un hormiguero? ¿Acaso un árbol derribado? Alabado sea el cielo. Sí, es sólo un árbol caído. Pero aún no se divisa con precisión aquel bulto que hay donde los abetos crecen tan espesos.

Cuando los primeros hombres, rudos y fuertes, han alcanzado ya el borde, al oeste de Biörne, los desesperados ancianos y las débiles mujeres, que llevan en brazos a sus hijos, apenas han pasado más allá de la iglesia de Broby.

Y, por fin, la marea humana desemboca en los antros del bosque.

Es el tercer día que llevan buscando. Ya están habituados a este trabajo; buscan al pie del abrupto despeñadero donde el pie suele resbalar fácilmente, bajo los árboles derribados por la tempestad, donde es fácil romperse un brazo o una pierna; buscan en el espeso ramaje de los abetos, que pende sobre el blando musgo que invita al descanso.

Todo fue registrado: el refugio invernal del oso, la madriguera del zorro, la gazapera subterránea del tejón, los vastos hornos de carbón, los rojizos arbustos de arándano, los abetos de hojas blanquecinas, la montaña que un

mes antes había asolado el fuego del bosque, la piedra enorme que fue llevada allí por un cíclope, todo menos el lugar, allá en el fondo de la montaña, donde se divisaba aquel bulto negro.

Nadie se acercó allí para ver si se trataba de un hormiguero o de un tronco de árbol o de un ser humano. Y, efectivamente, era un ser humano; pero nadie fue hasta allí, ni nadie lo vio.

La gente se hallaba buscando en el extremo opuesto del bosque cuando el sol trasponía las montañas, pero la muchacha a quien Dios había quitado el uso de la razón, no fue encontrada. ¿Qué hacer? ¿Volverían a buscar por el bosque? Éste ofrece grandes peligros por la noche; en él se encuentran marjales sin fondo y escarpados precipicios. Y, ¿cómo podrían encontrar en la oscuridad lo que no pudieron hallar cuando refulgía el sol?

—Vamos a Ekeby —gritó uno.

—Vamos a Ekeby —empezaron a gritar todos.

—Vamos a preguntar a los caballeros por qué sueltan los perros contra los seres a quienes Dios quitó la razón y por qué se burlaron de una enajenada. Nuestros pobres hijos hambrientos lloran, nuestras ropas están destrozadas, nuestro trigo estará en gavillas hasta que las espigas queden sin grano, se pudren las patatas en la tierra, nuestros caballos corren sueltos, nuestras vacas carecen de nuestros cuidados y nosotros estamos muertos de cansancio, y todo por culpa de los caballeros. Vamos a Ekeby a hacer justicia. ¡A Ekeby!

Es éste un año de desgracias para los campesinos. La mano de Dios pasa sobre nosotros con dureza; el invierno nos traerá hambre. ¿A quién busca la justiciera mano de Dios? No al pastor de Broby; sus oraciones pudieron llegar al cielo y ser escuchadas por Dios. ¿Quiénes pueden ser sino esos caballeros de Ekeby? ¡Vamos a Ekeby!

Ellos han destrozado una rica hacienda y han obligado a la comandanta a mendigar por los caminos. Por su culpa estamos sin trabajo; por su culpa pasamos hambre. La escasez es su obra. ¡Vamos a Ekeby!

Y una multitud de hombres de faz ensombrecida y amargada dirigiéronse hacia la vivienda de los caballeros, y tras ellos las hambrientas mujeres con sus niños llorosos en brazos. Les seguían rezagados, los ancianos, que apenas podían con su alma.

Y la indignación general corrió como un torrente que se desborda por entre las filas de los ancianos y mujeres, y de éstas a los forzudos jefes de la comitiva.

Era como una riada en el otoño.

¿Recordáis todavía, oh, caballeros, la inundación de la primavera? Una nueva riada baja ahora de las montañas. Una nueva hecatombe se cierne sobre el honor y el poderío de Ekeby.

Un lugareño que se hallaba junto al linde del bosque, al oír los furiosos gritos de la gente, desenganchó uno de sus caballos y, montando en él, se dirigió a escape a Ekeby.

—¡Os amenaza una desgracia! —gritó—. ¡Qué vienen los lobos y los osos! ¡Todos los duendes del bosque se aprestan a invadir Ekeby!

Y al recorrer el patio de la vivienda, lleno de angustia, volvió a gritar:

—¡Los duendes del bosque andan sueltos; vienen a prender fuego a la hacienda y a matar a los caballeros!

Poco después se oyó el rumor y el vocerío de los grupos de gente, que avanzan en actitud amenazadora. Una riada otoñal amenazaba a Ekeby...

¿Qué traería aquella riada? ¿Incendios, muertes y saqueos? Los que se acercaban no eran seres humanos, sino los duendes del bosque, las fieras del desierto.

Los poderes tenebrosos que quedaron ocultos en el fondo de la tierra, eran ya felices y libres en esta hora, pues la venganza les había redimido.

Son los espíritus de las montañas que han logrado abrirse paso; son los genios de los bosques, que antes derribaban los árboles y avivaban los hornos de carbón; son los espíritus de los campos, que hacían crecer los trigos. Ya en libertad, emplean sus fuerzas en la destrucción. ¡Sea la muerte con Ekeby y los caballeros!

Entre los caballeros corre el aguardiente a cántaros, mientras el oro yace oculto en las cuevas. Las despensas y graneros están repletos.

¿Por qué han de pasar hambre los hijos de los justos cuando les sobra a los malhechores?

¡Ha llegado su hora! La medida ha rebasado, caballeros. ¡Vosotros, oh lirios que nunca habéis hilado, vosotros, oh aves que jamás habéis acaparado el grano en el granero, la medida está llena! En el bosque está la

que va a juzgaros. Nosotros somos sus heraldos. No seréis juzgados por el alcalde; os juzgará la que se halle en el fondo del bosque.

Los caballeros, que se hallaban en el edificio principal, viendo llegar a las turbas, sabían de antemano de lo que se les acusaba. Por excepción eran inocentes esta vez. Si la muchacha abandonó su hogar para morir en el bosque, no fue porque le soltarán los perros —cosa que nunca había sucedido—, sino porque Gösta Berling se había casado, hacía ocho días, con la condesa Elisabet.

Pero ¿a qué podían conducir las explicaciones con aquellas gentes alocadas, incapaces de comprender la razón? Hubiera sido inútil tratar con aquellas gentes rendidas, hambrientas por el espíritu de la venganza y por el ansia de rapiña.

La multitud se aproximaba dando gritos salvajes, precedida por el lugareño que gritaba:

—¡Os amenaza una desgracia! ¡Se acercan los lobos y los osos! ¡Todos los duendes del bosque se aprestan a invadir Ekeby!

Los caballeros habían ocultado a la joven condesa en la habitación más retirada. Lövenborg y el tío Eberhard quedaron custodiándola. Los demás caballeros salieron a recibir a los amotinados, situándose en la escalera que había delante del cuerpo principal del edificio, sin armas y sonrientes. Los primeros grupos llegaban ya, muy excitados.

Al ver aquel reducido grupo de hombres tranquilos, se contuvieron. En una furiosa arremetida hubieran podido derribarles y matarles con sus herrados tacones, como ya hicieron una vez los de la fundición de Sund cincuenta años antes con el administrador y el inspector; pero no lo hicieron porque esperaban encontrar las puertas cerradas y los caballeros armados y preparados para una franca y obstinada lucha.

—Queridos amigos —dijeron los caballeros— estáis hambrientos y cansados. Os daremos algo de comer, pero antes bebed un trago de aguardiente del que sólo se fabrica en Ekeby.

La multitud contestó con alaridos y amenazas; a pesar de lo cual los caballeros no se dieron por ofendidos, y contestaron:

—Esperad un momento, buena gente. Mirad; Ekeby está abierto, como lo están las puertas de sus bodegas, de sus almacenes y de sus lecherías. Las

mujeres que os siguen vienen rendidas de cansancio y vuestros hijos lloran. Démosles primero de comer, que tiempo tendréis de matar. No pensamos huir; y como tenemos los desvanes llenos de manzanas, iremos a traer algunas para vuestros hijos.

Una hora después la fiesta de Ekeby estaba en todo su apogeo; era la fiesta más espléndida que jamás se había dado en aquella morada; fiesta otoñal celebrada en la noche, a la clara luz del plenilunio.

Montones de madera fueron hechos astillas y encendidos; multitud de fogatas iluminaban al patio. Los exploradores, sentados en grupos, disfrutaban del calor y del descanso y eran obsequiados con lo mejor que podía ofrecer la tierra.

Algunos atrevidos habían penetrado en los establos y cocían todo lo que se les antojaba. Terneras y carneros fueron sacrificados y asados en un abrir y cerrar de ojos. Aquellos centenares de seres hambrientos devoraban la carne con enorme avidez. Los animales eran sacados del establo y sacrificados. Parecía como si en aquella sola noche debieran quedar vacíos los establos.

En Ekeby había tenido lugar por aquellos días la gran cocción de «pastas de otoño». La condesa Elisabet había tomado de nuevo la dirección de los trabajos de la casa desde su regreso de Ekeby. Parecía que apenas se daba cuenta de que era la esposa de Gösta Berling. Éste tampoco dedicaba al casamiento ni una sola palabra; pero, de todos modos, la condesa se hizo dueña y señora de Ekeby. Como suele hacerlo una buena y hábil ama de casa, empleó todo su ardiente celo en contrarrestar el despilfarro que antes reinaba en la casa y todos acabaron por acatar su autoridad. Las gentes sentían un gran placer en presencia de aquella buena ama de casa.

Sin embargo, de poco le sirvió el haber procurado llenar de pan las estanterías de la despensa del piso alto y de haber fabricado durante todo setiembre las mantecas, los quesos y la cerveza. ¿De qué les valía ahora?

Todo tuvo que ser entregado a la multitud que asediaba a Ekeby, para evitar el incendio, el saqueo y la muerte de los caballeros; todo se entregó: el pan, el queso, la manteca, los barriles y hasta las bandejas, los jamones ahumados de las despensas, las garrafas de aguardiente y las manzanas.

¿Cómo podrían ser suficientes todas las riquezas de Ekeby para aplacar las iras de los campesinos? Ya podía darse por satisfecha si podía evitar cualquier acto violento.

La condesa comprendió que todo lo que acontecía era por culpa de la actual señora de Ekeby.

Los caballeros eran hombres valientes y diestros en el manejo de las armas y para defenderla hubieran hecho frente a la multitud, anhelante de venganza, con los disparos de sus fusiles; pero no lo hicieron por respeto a la condesa, que con dulzura y humildad rogó por la multitud.

A medida que iba transcurriendo la noche, los grupos se fueron tranquilizando. El tibio calor y el descanso, la comida y el aguardiente llegaron a aplacar su fiera excitación. Empezaron a bromear y a reír como si celebraran el banquete de duelo por la muchacha de Nygard; hubiera sido una cobardía negarse a beber y bromear en tal día de fiesta.

Los niños se abalanzaron sobre los montones de frutas que les fueron ofrecidos. Los pobres aldeanitos que hasta entonces no habían conocido otra golosina que las moras silvestres, se arrojaron sobre las brillantes manzanas de Astracán que se derretían en la boca; sobre las sabrosas y ovaladas pomas imperiales; sobre las amarillentas manzanas-limón; sobre las peras de rojiza piel y sobre las ciruelas de todas clases, rojas, azuladas y amarillas.

¡Oh, nada le basta al pueblo cuando se le ocurre mostrar su poderío!

Cuando llegó la medianoche la multitud se dispuso a marchar. Los caballeros dejaron de traer vino y alimentos, de hacer saltar tapones y destapar barriles de cerveza, respirando con alivio al comprender que el peligro había desaparecido.

Pero en aquel momento apareció una luz en una de las ventanas superiores del edificio principal. Los que la vieron lanzaron un grito de horror; era una mujer joven que llevaba una vela en la mano.

Un momento después desaparecía la visión. A las gentes les pareció reconocer a la que llevaba la luz.

El coro de voces empezó a extenderse...

—Es una mujer de espeso cabello negro y mejillas sonrosadas. Está aquí y la tienen escondida.

—Decidnos, caballeros —preguntaron—. ¿Es que tenéis aquí a la muchacha a la que Dios quitó el uso de la razón? ¿Qué pensáis hacer con ella? Por vuestra culpa estamos errando por los bosques y pasando días enteros en continua angustia. ¡Fuera vuestros manjares y vuestro vino! ¡Maldito será todo lo que hemos recibido de vuestra mano! ¡Ante todo entregadnos la muchacha! Después ya sabemos lo que hemos de hacer con vosotros.

Las fieras amansadas empezaron a rugir de nuevo y a preparar el terrible asalto...

La multitud obró con rapidez; pero con más rapidez lo hicieron los caballeros. En un momento atrancaron la puerta principal del edificio. Pero ¿cómo oponerse a una avalancha semejante? Una tras otra han cedido todas las puertas y los caballeros se ven arrollados y sin armas, mezclados en la densa multitud, sin abrirse paso entre aquel gentío que, lleno de angustia, trata de penetrar en la casa para buscar a la muchacha de Nygard.

Por fin la encuentran en la habitación más baja del edificio. Nadie tiene tiempo de observar si es rubia o morena. En triunfo la sacan fuera de la casa. Los campesinos le dicen a la joven que no tema nada de ellos y que su furia sólo va dirigida contra los caballeros, pues han acudido para salvarla.

Sin embargo, al salir tumultuosamente por las puertas del edificio se encontraron con otro grupo que venía del bosque.

En el lugar solitario del bosque ya no yace el cadáver de una joven que cayó de un alto peñasco, matándose. Un niño lo había encontrado. Algunos que se habían retrasado en el bosque, habían hecho unas parihuelas y en ellas se la llevaron. Y estos hombres eran los que llegaban ahora.

Más hermosa está ahora que lo estuvo en vida. Tendida, con sus largos y oscuros cabellos destrenzados, parece un ser celestial en pleno disfrute de la paz eterna. Fue llevada por entre los grupos que la contemplaban en silencio, emocionados ante la majestad de la Muerte.

—Acaba de morir —susurran los hombres—. Ha errado hasta hoy por el bosque, y queriendo huir de nosotros que la buscábamos con tanto afán, ha resbalado precipitándose sin querer por el despeñadero.

Pero si aquel cadáver era el de la muchacha de Nygard, ¿quién era entonces la que acababan de sacar de Ekeby?

La multitud que venía del bosque se encontró frente al grupo que salía del edificio. Ante los resplandores del fuego que iluminaba el patio, la multitud pudo contemplar ambas mujeres y reconocerlas. La desconocida era la joven condesa de Borg.

Pero ¿qué significa eso? ¿Acababan de descubrir un nuevo desaguisado de los caballeros? ¿Por qué estaba en Ekeby la joven condesa? ¿Por qué nos habían dicho que estaba lejos y hasta que había muerto? ¡En nombre de la justicia eterna! ¿Por qué no nos arrojamos sobre los caballeros para aplastarlos con nuestros tacones herrados?

En aquel momento resonó una voz que dominó la de la multitud. Gösta Berling se lanzó de un salto sobre el pasamanos de la escalera, y con un aspecto imponente dirigióles la palabra.

—¡Escuchadme, monstruos del demonio! ¿Os habéis figurado que carecemos en Ekeby de pólvora y de fusiles? ¡Locos, hombres irracionales! ¿Creéis que no os hubiera matado a todos muy a gusto, como a perros hidrófobos, si alguien no hubiera intercedido por vosotros? Si yo hubiera sabido que pensabais hacerle algún daño, ni uno de vosotros hubiera quedado para contarlo. ¿A qué venir aquí contra nosotros como salteadores, amenazándonos con la muerte y el incendio? ¿Qué tenemos que ver con vuestra loca muchacha? ¿Sabemos acaso hacia dónde huyó? La verdad es que fui demasiado bueno con ella. Si le hubiera soltado los perros hubiese sido mejor para ambos; pero no lo hice... jamás le di palabra de casamiento; jamás pasó por mi mente hacerlo. ¡Pensadlo bien! Soltad a esa mujer. Os lo repito; ¡dejadla! ¡Que ardan en el fuego eterno las manos que se han puesto sobre ella! ¿No comprendéis que es tan superior a vosotros como el cielo a la tierra y tan delicada como vosotros groseros y tan buena como vosotros malvados?

Voy a deciros quién es. Ante todo es un ángel del cielo, y en segundo lugar es la esposa del conde de Borg. Pero su suegra la martirizaba noche y día obligándola a lavar a orillas del lago como una vulgar sirvienta; se ensañaban con ella como jamás se ha hecho con ninguna mujer de vuestra casa. Hubo un momento como todos sabemos, en que quiso arrojarse al torrente para librarse de aquella infernal tortura. Quisiera yo saber quién de vosotros, haraganes, fue el que extendió su mano para salvarle la vida.

Ninguno de los que aquí estáis; pero en cambio lo hicimos los caballeros. Sí, nosotros la salvamos.

Y cuando algún tiempo después dio a luz un hijo en una casita de campo, el conde le mandó su saludo con estas palabras:

—Nos hemos casado en un país extranjero, sin cumplir con la ley ni los usos corrientes. Tú dejas de ser mi esposa y yo tu marido, y en cuanto al hijo, no quiero saber nada de él.

Cuando no quería que su hijo se hallase inscrito en el registro de la iglesia como hijo de padre desconocido, la hubierais rechazado con altivo orgullo si ella os hubiera dicho a alguno de vosotros: «Ven y cástate conmigo para que mi hijo tenga un padre».

Pero ella no fue a buscaros porque encontró a Gösta Berling, el pobre predicador, el que ya nunca más podrá propagar la palabra de Dios; y Gösta fue su esposo.

Y yo os digo, bellacos, que jamás llevé a cabo nada tan difícil porque me sentí tan indigno de ella que ni a mirarla a los ojos me atrevía. Pero tampoco tuve valor para contestarle con una negativa, puesto que aquella mujer se hallaba en la más honda desesperación.

Ahora podéis pensar todo lo mal que queráis de los caballeros; pero que conste que a esta mujer le hemos hecho todo el bien que hemos podido, y a ella debéis únicamente que no os hayamos matado esta noche. Y he de deciros aún que la dejéis y sigáis vuestro camino, porque de lo contrario la tierra ha de abrirse para tragáros. Y cuando marchéis de aquí rogad a Dios que os perdone haberla ofendido y haberla llevado a la desesperación, a ella, que es todo bondad e inocencia. Marchaos todos, porque ya estamos hartos de vuestra presencia y de vuestra visita. ¡Salid de aquí!

Mucho antes de terminar la arenga varios hombres habían llevado a la condesa hasta la escalera, entonces, uno de los campesinos más robustos se le acercó silencioso y alargándole su poderosa mano, le dijo:

—Adiós, señora condesa, y mil gracias, no fue nuestra intención hacerle ningún daño.

Y tras éste fueron muchos los que estrecharon con respeto la mano de la condesa, diciendo:

—Adiós, señora condesa, muchas gracias. No nos guarde rencor.

Gösta bajó de un salto, púsose al lado de la condesa y los intrusos le alargaron la mano también. Y aquellos hombres fueron desfilando, pausados, silenciosos, dándoles las buenas noches a los esposos antes de marchar, amansados y tranquilos como en el momento de salir de sus casas, antes de que el hambre y el deseo de venganza les convirtiera en fieras salvajes.

Gösta pudo percatarse de que aquel rostro lleno de inocencia y bondad, hacía brotar lágrimas de los ojos de muchos de los campesinos.

Aquellos seres sentían una gran veneración por la mujer más noble que jamás habían podido contemplar.

No todos llegaron a estrechar la mano de la condesa; pero fueron tantos que la joven no podía ya con su alma, de rendida. Y los nuevos que se fueron acercando, le extendían la mano a Gösta, que tenía la suya lo bastante fuerte para resistir tan rudos apretones.

A Gösta todo le parecía un sueño, y aquella noche sintió brotar en su corazón un nuevo sentimiento de amor.

«¡Oh, pueblo mío! —pensaba—. ¡Cuánto te amo!».

Sentía un amor inmenso por aquellas gentes que iban desapareciendo en la oscuridad, formando el fúnebre cortejo de la muchacha de Nygard, por todos aquellos hombres humildes y sucios, por todos aquéllos que habitaban las humildes y negruzcas cabañas del lindero del bosque, pobres seres ignorantes, por aquéllos que desconocían la abundancia y las riquezas de la vida y sí únicamente el rudo trabajo indispensable para ganarse el pan de cada día.

¿No era aquél un pueblo grande, un pueblo sublime, abnegado y valeroso, activo y trabajador?

Los amaba con intensa ternura y sentía una dolorosa emoción que le humedecía los ojos. No sabía qué hacer en favor de aquellos hombres; pero los amaba a todos, a pesar de todos sus defectos y flaquezas. ¡Oh, Dios! ¡Ojalá llegase el día en que el pueblo también le amase a él!

Gösta despertó de su sueño. Su esposa le había puesto la mano sobre el hombro. Todos se habían ido y los esposos habíanse quedado en la escalera.

—¡Oh, Gösta, Gösta! ¿Cómo has podido obrar así?

Y la condesa prorrumpió en lágrimas, ocultando el rostro entre las manos.

—Lo que he dicho es la pura verdad —exclamó Gösta—. Nunca di mi palabra de casamiento a la muchacha de Nygard; lo único que le dije un día fue: «Vuelve el viernes próximo y se alegrarán tus ojos». No fue culpa mía si la pobre se enamoró de mí.

—¡Ah, no me refiero a eso! Pero ¿cómo has podido decir a esa gente que soy una mujer buena e inocente? ¡Gösta, Gösta! ¿No sabes que yo te amé antes de tener derecho a tu amor? Me sentía tan avergonzada ante aquella multitud que faltó poco para morirme de vergüenza.

Y la pobre sollozaba convulsivamente, mientras Gösta permanecía inmóvil, contemplándola.

—¡Oh, esposa mía! ¡Oh, amor mío...! —musitó—. ¡Qué dichosa debes sentirte en tu bondad...! ¡Qué dichosa debes ser, albergando un alma tan noble!

XXXIII

KEVENHÜLLER

Amigos míos; ésta será tan sólo una leyenda pequeña y mezquina.

Las leyendas deben revestirse, si no de bellezas, con los emblemas de la realeza. Pero ésta tiene más parecido con un desharrapado y hambriento pillete que recorre las calles, que con un príncipe.

Las leyendas tienen predilección por las mansiones de bellas arcadas y altos pórticos suntuarios. Pero esta pobrecita leyenda mía la he hallado en Karlstad, sentada frente a la azotea de piedra que hay junto al puente occidental. Estaba llorando y pensaba que nunca abandonaría aquel lugar.

La clásica torre de piedra desentona en la hermosa, brillante y alegre ciudad. Es un edificio de granito cuadrangular, alto y estrecho, un gigante en ruinas, deforme, con sus pequeños y angostos ventanales.

No ofrecen encanto alguno sus parduscas piedras, ni sus agudos ángulos y sobre el conjunto campea algo siniestro y horrible. Estas viejas ruinas semejan la torre maestra de un castillo feudal; pero la creencia de la gente de que no es más que un antiguo molino, le quita todo su valor romántico.

En este lugar se desarrolla la mezquina y pequeña leyenda que quiero contaros, y cuya poesía deseo conservar.

Allí sobrevive esta leyenda, más feliz que si habitara en un castillo, entre paredones agujereados por donde pululan ratas y murciélagos. No merecería relatarse si no se refiriera a hechos que realmente han acontecido, si no supiéramos que uno de los caballeros ha sido héroe de la misma y si no nos revelara la postrera y terrible calamidad que sobrevino a Ekeby.

En el año septuagésimo del siglo dieciocho nació en Alemania el sabio Kevenhüller, hijo de un castellano, que hubiera podido vivir en historiados

castillos y cabalgar junto al emperador, si tales hubieran sido sus gustos y deseos; pero, lejos de ello, prefirió aislarse en un castillo levantado sobre la cumbre de las montañas transformando en fraguas las salas de ceremonias, y en taller de relojería las moradas de nobles doncellas.

Su deseo hubiera sido llenar todo el castillo de resonantes ruedas e incansables palancas, y al ver que sus sueños no eran realizables, abandonó el castillo para aprender el oficio de relojero. Así llegó a saber cuanto fuera posible sobre ruedas dentadas, espirales y péndulos, llegando a construir relojes de sol y estelarios, relojes con canarios cantores y con pastores que hacían sonar sus cuernos, relojes que dejaban oír un armonioso repicar de campanas y que hacían vibrar las torres de las iglesias con su mecanismo de maravillosa sonoridad, y relojes tan diminutos que podían encerrarse en un medallón.

Cuando hubo recibido el diploma de maestro relojero, echose su alforja sobre la espalda y, con el bastón en la mano, se fue a recorrer el mundo con objeto de estudiar todo lo que se moviera sobre cilindros y ruedas. Kevenhüller no era un relojero como tantos; pretendía ser un gran inventor que llegase incluso a restaurar el mundo.

Después de haber recorrido numerosas regiones, llegó al Wärmeland para estudiar los establecimientos mineros y las ruedas de los molinos.

Era una hermosa mañana de verano cuando atravesaba la plaza de la villa de Karlstad, y precisamente en aquella hora sublime del amanecer se le ocurrió a la Bruja del Bosque abandonar su morada y dirigirse a la ciudad. Esta noble dama cruzó la plaza, y al llegar al lado opuesto tropezó con Kevenhüller. ¡Valiente encuentro para un oficial relojero! Aquella mujer tenía ojos verdes y relucientes y su cabello blanco y rubio, llegábale casi hasta el suelo deslizándose sobre su vestido verde, de crujiente seda. Aun cuando no era más que un mal espíritu y una pagana, parecía más hermosa que cualquiera de las mujeres cristianas que Kevenhüller había visto. El viandante se quedó como hechizado, contemplándola todo confuso.

La bruja acababa de salir de las malezas que cubrían el interior del bosque, donde los helechos crecen gigantescos como árboles, donde los seculares abetos veían la luz del sol, de modo que los dorados rayos caen en estrechas fajas sobre el fondo musgoso y amarillento, donde las hojas de la

Línea Boreal destacanse entre los bloques de piedra envueltos en una capa de liquen.

¡Oh, con qué gusto hubiera ocupado el sitio del sabio Kevenhüller para verla surgir de las sombras, con su hermoso cabello entrelazado con hojas de helecho y agujas de abetos, y con una víbora menudita y negra enroscada en torno de su cuello! ¡Imaginaos esta bruja de ágiles movimientos, como una fiera del bosque, despidiendo agradables fragancias de resina, fresas y musgo!

¡Qué miradas le dirigían los transeúntes al verla atravesar la plaza de la villa! Estoy seguro de que los caballos se desbocarían de horror, al percibir la larga melena que flotaba en la brisa matinal. Los mozalbetes corrían en pos de ella, los mozos abandonaban sus carros y sus hachas para admirarla estúpidamente. Las mujeres, entre gritos de terror, fuéronse corriendo a casa del obispo y al cabildo para que trataran de arrojar de la villa a aquel monstruo.

Ella, entretanto, avanzaba majestuosa y en silencio y se sonreía al ver todo aquel espectáculo. Kevenhüller vio entre sus carnosos labios unos pequeños y afilados colmillos.

Envolvíase en un manto para disimular su verdadera personalidad; pero, por desgracia, no se acordó de esconder la cola, que arrastraba tras sí por el empedrado de la calle.

También Kevenhüller advirtió aquella monstruosidad. Sin embargo, como era hijo de condes (a pesar de su oficio de relojero), no pudo admitir que una dama de tan alta alcurnia quedara expuesta a las burlas de los viles burgueses. E, inclinándose ante la bella dama, dijo cortésmente:

—Sírvase Vuestra Gracia recogerse la cola...

La dríada quedose enternecida al ver los nobles sentimientos y la galantería de su interlocutor, y, plantándose junto a él, le miró con sus ojos centelleantes, que parecían penetrarle hasta el corazón.

—No olvides, Kevenhüller —dijo—, que en lo futuro tus manos serán capaces de ejecutar cualquier obra de arte que se te antoje, aunque no podrás hacer más de una de cada clase.

Así habló la dríada, que era capaz de cumplir su palabra. ¿No sabe todo el mundo que ella, la moradora verde de las malezas del bosque, estaba

revestida de las facultades necesarias para conceder la sublimidad del genio y las más admirables aptitudes al que mereciera su gracia?

Kevenhüller se estableció en Karlstad, donde alquiló un taller. Día y noche siguió martillando hasta que, al cabo de ocho días, dio por terminada su obra de arte. Era un carro de movimiento automático, que subía y bajaba por las colinas, variando la velocidad, y podía ser guiado, detenido y puesto en marcha según la voluntad de su poseedor. Era un coche admirable.

Kevenhüller adquirió entonces gran fama, granjeándose numerosos amigos en toda la ciudad. Enorgullecido de su coche, dirigióse a Estocolmo para enseñarlo al mismo rey. No tuvo necesidad de esperar la llegada de caballos de posta, ni tampoco reñir con los carreteros. No era preciso que se expusiera al traqueteo de las miserables diligencias, ni a la necesidad de dormir sobre los pobres bancos de madera de la estación de posta. Con aire altivo guió su propio coche, y al cabo de pocas horas llegó a la capital. Dirigióse directamente al palacio, y el rey, acompañado de su séquito de cortesanos, salió para admirar el vehículo del visitante. Todos los presentes deshacíanse en elogios.

Entonces dijo el rey:

—Podrías regalarme este carro, Kevenhüller.

Y, a pesar de la negativa del recién llegado, el rey obstinose en poseer el extraño vehículo.

En aquel momento se dio cuenta Kevenhüller de que en la comitiva real se hallaba una dama de honor de cabello rubio, que lucía un vestido de seda verde. La reconoció en seguida y entonces comprendió que ella había aconsejado al rey que tratara de adquirir el coche. El pobre se quedó desesperado. No podía tolerar que otro hombre llegara a ser el poseedor de su coche, por más que era incapaz de persistir en su negativa ante el soberano. Para resolver el conflicto lanzó el vehículo con tanto empuje contra el muro del castillo, que el carruaje quedó hecho añicos.

Cuando hubo llegado a Karlstad hizo varios esfuerzos para construir un nuevo coche... Aquella aptitud de que le había dotado la bruja le infundía miedo. Había abandonado la vida holgazana que llevaba en el castillo de sus antepasados, para convertirse en un bienhechor de la Humanidad; si bien no era más que una víctima de sus brujerías, que le servían para una

sola obra de arte. ¿Qué importaba haber llegado a ser un gran maestro, el más admirado de todos, si no le era posible multiplicar sus creaciones artísticas, en provecho de todas sus semejantes?

¡Este hombre docto y habilísimo, que añoraba un trabajo más sosegado y prudente, acabó por convertirse en escultor y constructor de casas! En aquella época construyó la gran torre de piedra, junto al puente del Oeste, habiendo trazado sus planos conforme los del bastión del castillo feudal de su padre. Pensaba construir, además, un portal, un patio, una muralla circular y un puente levadizo, para que la orilla del Klarelf pudiera ostentar un castillo de perfecto estilo feudal.

En su interior pensaba realizar los sueños de su niñez. Todos los oficios e industrias debían encontrar asilo en las mansiones del castillo: mozos de molino, blancos de harina; herreros negruzcos de hollín; relojeros con viseras verdes sobre sus debilitados ojos; tintoreros de manos manchadas por los tintes; tejedores, torneros y demás artesanos debían establecerse en los talleres de su castillo. La suerte le era favorable. Con los bloques de piedra que él mismo había labrado, logró construir con su solo trabajo la ideada torre a la cual dotó de unas aspas de molino, puesto que pensaba convertirla en un molino de viento. Luego quiso proceder a la construcción de una gran fragua.

Un día, cuando estaba contemplando el rígido girar de las fuertes aspas impelidas por el viento, sintióse sobrecogido.

Le pareció como si la verde aparición le hubiera vuelto a mirar con sus ojos relucientes, encerrose en su taller, y sin probar bocado ni descansar un momento púsose a trabajar. Y al cabo de ocho días terminó una nueva obra de arte.

Al día siguiente subió a lo alto de la torre y trató de fijarse las aspas del molino sobre sus hombros.

Dos mozalbetes y un alumno de la Escuela Latina, que se hallaban sentados sobre la barandilla del puente cogiendo pececillos, al darse cuenta del propósito de aquel hombre temerario, prorrumpieron en agudos gritos que resonaron por toda la ciudad, y, poseídos de loco pánico, pusieron pies en polvorosa. Jadeantes, sudorosos, recorrieron la carretera, golpeando en todas las puertas y gritando:

—¡Kevenhüller quiere volar!

Pero el aludido seguía imperturbable sobre el tejado de la torre ocupado en sujetar las aspas sobre sus hombros. No tardó en reunirse un numeroso gentío, que afluía de las estrechas callejuelas del viejo Karlstad.

Las criadas abandonaron sus ollas puestas a la lumbre, y la pasta, ya en su punto; las señoras soltaban sus labores, y poniéndose las gafas salían a la carretera; el alcalde y sus consejeros levantáronse de sus sillones; el director de la escuela arrojó en un rincón la gramática, y los colegiales precipitábanse de sus clases sin pedir autorización a nadie. Y todos los habitantes de la ciudad se lanzaron hacia el puente del Oeste.

El puente no tardó en llenarse de un hormiguero humano. En la plaza de la villa los espectadores hallábanse más apretados que arenques en el barril; y toda la orilla del río, hasta la residencia episcopal, pululaba de curiosos. El movimiento era mucho mayor que en la feria de san Pedro, y los curiosos eran más nutridos que los testigos de la famosa escena cuando el rey Gustavo III atravesó la ciudad, montado en un coche del que tiraban ocho caballos, en tan loca carrera, que el coche, al doblar una esquina, quedóse sostenido solamente sobre las dos ruedas de un lado.

Kevenhüller llegó, por fin, a colocarse las alas y, tomando ímpetu, dio unos cuantos aletazos en el espacio, y entregóse a navegar por las alturas, a gran distancia de la superficie de la tierra.

A grandes sorbos inhalaba el aire fragante y límpido del cielo. Su pecho fue ensanchándose, y su vieja sangre caballeresca volvió a animarse. Hendía el aire como una paloma, cerníase en el horizonte como un gavián, movía sus alas con mayor ligereza que una golondrina, y remontábase con la seguridad de un balcón. Y desde aquellas alturas contemplaba todo el tropel de seres pegados a la tierra que miraban asombrados cómo se cernía en las excelsas regiones. ¡Ojalá hubiera podido construir un par de alas para cada uno de aquellos curiosos! ¡Ojalá hubiera podido dotarles del poder de elevarse por el espacio infinito! ¡En qué seres más ideales les convertiría así!

El recuerdo de sus pasadas amarguras no le abandonaba en este instante sublime de su triunfo. Era incapaz de dejarse dominar por el egoísmo... ¡Ojalá hubiera podido destruir el poder de la bruja!

En aquel momento sus ojos, medio deslumbrados por los rayos del sol y por la vibrante atmósfera, divisaron algo que iba aproximándose. Vio unas alas negras iguales a las suyas, que hendían el aire, sosteniendo un cuerpo humano. Ondeaba en la altura aquel cabello rubio, henchíase al soplo de la brisa el verde manto de seda, ocultando los ojos que refulgían feroces. ¡Era ella, era ella! Kevenhüller se turbó por completo. En loca carrera lanzose sobre aquel monstruo, quizá para besarlo o aplastarlo, pues no se daba cuenta de sus acciones; pero, de todos modos, estaba decidido a obligarla a que liberara su vida de aquella maldición. Dominado por la locura de su ímpetu, acabó por perder la entereza y el dominio de sí mismo. Sin hacer caso del rumbo que llevaba, seguía con la mirada fija aquel cabello ondulante y aquellos ojos feroces. Al llegar junto a ella extendió los brazos para cogerla. Mas entonces enlazáronse sus alas con las de la bruja, que eran más potentes; las suyas quedaron destruidas, y el infortunado, dando una gran vuelta, cayó, hundiéndose en desconocidos abismos.

Cuando hubo recobrado el conocimiento viose postrado sobre el tejado de su torre, y, a su lado, la máquina voladora completamente destrozada. Había caído exactamente en su propio molino de viento. Aquellas alas le habían elevado, y, después de haber dado varias vueltas en el espacio, volvieron a lanzarle sobre su tejado. Y así terminó aquel juego infantil.

Kevenhüller volvió a sumirse en la desesperación. Repugnábale el trabajo a que estaba condenado y le infundían terror las artes mágicas. Si hubiera construido una nueva obra de arte para verla aniquilada al momento, su corazón, ya sangrante, se hubiera destrozado; pero, de conservarla, el autor se hubiera vuelto loco al pensar que su idea no podría servir de provecho para nadie.

Entonces volvió a coger su alforja y su cayado y, abandonando el molino decidió salir en busca de la hechicera.

Como le pesaban los años y no tenía la agilidad de la juventud, proveyose de un caballo y de un coche. Y dice la leyenda que cuando se acercaba al borde de un bosque apeábase del carruaje y se internaba entre los arbustos, conjurando al verde monstruo.

—¡Dríada, dríada, soy yo, Kevenhüller, quien te llama!

Mas ella no acudía.

Vagando por el mundo llegó hasta Ekeby, pocos años antes de la expulsión de la comandanta. Fue recibido con amabilidad y allí se estableció. La morada de los caballeros acogió la alta y hercúlea figura de un nuevo caballero, de un hombre enérgico, que sabía rendir los debidos honores a un vaso de cerveza o a una partida de caza. Antiguos recuerdos volvieron a surgir en su alma. Por más que no se oponía a que se le diera el tratamiento de conde, fue adquiriendo cada vez más el aspecto de un viejo barón alemán con su imponente nariz aguileña, sus erizadas cejas, su barba puntiaguda y sus bigotes de retorcidas guías. Era un caballero igual que los demás caballeros, que, según opinión de la gente, eran considerados por la comandanta como secuaces del demonio. Encaneció su cabello y apagose su cerebro. Su aventajada edad ya no le permitía creer en las hazañas de su juventud. Ya no era un hombre de admirables facultades; ya no era aquel mortal que en otros tiempos construyó un carro automático y una máquina voladora. ¡Oh no, todo aquello era una fábula...!

Pero ocurrió que la comandanta fue expulsada de Ekeby y los caballeros quedaron únicos dueños de la gran propiedad. Una nueva vida volvió a animar aquellos parajes, como si una tormenta atravesara la comarca. Las antiguas calaveradas revivieron con los mismos locos arrebatos de la juventud. Los malos impulsos desterraron los buenos sentimientos; los hombres de la tierra luchaban locamente contra los espíritus de las alturas. Los lobos descendieron de las montañas llevando brujas sobre sus lomos, se desencadenaron los arcanos poderes de la naturaleza y la verde dríada apareció en Ekeby.

Los caballeros no la conocían y creían que era una mujer pobre y perseguida, llevada a la desesperación por su perversa suegra. Tomáronla, pues, bajo su amparo, venerándola como a una reina, queriéndola como a una niña y llamándola condesa.

Kevenhüller era el único que sabía su verdadera condición, por más que al principio quedó tan deslumbrado por aquella aparición como todos los demás. Pero un día se dio cuenta de que la recién llegada llevaba un vestido verde de crujiente seda, y al punto reconoció a la bruja. Arrellanada sobre los almohadones de seda en el mullido sofá del salón de Ekeby, llegó a subyugar a todos los viejos caballeros, que la colmaban de atenciones.

Algunos decían que aquella monstruosa mujer se sentía enferma; pero Kevenhüller sabía cuánta verdad había en la supuesta enfermedad. Era evidente que a todos les hacía objeto de sus burlas.

Kevenhüller previno a los caballeros respecto a la extraña visitante.

—Fijaos en sus menudos y afilados dientes —dijo—. Mirad sus ojos salvajes y relucientes propios de una dríada del bosque. Es uno de esos seres malignos que recorren el mundo en estos días aciagos. Os repito que es la dríada que viene para aniquilarnos. La conozco de otros tiempos...

¡Qué obcecación más grande se apodera de los hombres cuando sienten enternecidos sus corazones! Los caballeros parecíanse a la madre que encuentra un trasgo en la cuna de su hijo. Aunque le repugne contemplar aquella enorme cabeza y la oscura piel del monstruoso niño, encuentra que el ronco gritar del duende parece a la sonora risa del hijo de sus entrañas, sin importarle que la llene de horror el contemplar aquellos labios abultados, aquellas uñas curvadas como garras... Y lo mismo sucedió con los caballeros. Cuando trató de arrancarles la venda que cubría sus ojos, por poco dieron muerte a Kevenhüller.

Pero tan pronto como Kevenhüller reconoció a la bruja le dominó un nuevo afán de actividad; su cerebro empezó a trabajar febrilmente y sus dedos ansiaban empuñar de nuevo la lima y el martillo. En vano trató de vencer los nuevos impulsos. Con gran amargura de su corazón volvió a ponerse su blusa de obrero y se encerró en un antiguo taller del castillo, con objeto de trabajar.

Entonces un clamoroso rumor recorrió todo el Wärmeland.

—¡Kevenhüller ha empezado a trabajar!

Y la gente escuchaba, reteniendo la respiración, el son de los martillazos en la fragua misteriosa, el rechinar de las limas y el crepitar del fuego.

Una nueva maravilla debía producir aquel genio. ¿Sería capaz de enseñarnos la manera de andar sobre la superficie del agua o construiría una escalera que llegase hasta las estrellas?

Nada es imposible para un hombre como él. Eran muchos los que le habían visto atravesar los aires, con las alas fijas en los hombros... Era el mortal favorecido por una bruja, para la que no había nada irrealizable.

Una noche, de las primeras de octubre, dio por terminada su maravilla. Salió de su taller llevándola en la mano: era una rueda de movimiento continuo, cuyos ejes brillaban como fuego, emanando luz y calor. Kevenhüller había logrado crear un sol. Al sacarla del taller, la noche se hizo tan clara que los gorriones empezaron a piar y las nobles se bañaban de púrpura como en la hora del crepúsculo matinal.

Este invento era el más admirable de los suyos. Desde entonces no habría en la tierra más oscuridad ni frío. La cabeza le rodaba cuando la gran idea surgía en su cerebro. El sol de cada día podía continuar su carrera saliendo y poniéndose alternativamente; pero cuando desapareciera, millares de menudas ruedecillas debían iluminar la tierra, y el aire impregnarse de calor como en el día más caluroso del verano. Entonces podría agavillarse el trigo maduro bajo el cielo estrellado, en la época más ruda del invierno; fresas y moras cubrirían todo el año las elevaciones de los bosques, y el hielo dejaría para siempre de ocultar la superficie del agua.

Una nueva era empezaría en la tierra. Aquella rueda de fuego debía servir de abrigo para los pobres y ser un nuevo sol para los mineros. Las fábricas debían adquirir nuevas energías, y la naturaleza, que hasta entonces estaba condenada a dormir desde el otoño hasta la primavera, resurgiría en una vida nueva. Toda la humanidad debía disfrutar de una existencia dichosa y sublime.

El inventor sabía, sin embargo, que todo esto no eran más que sueños y que la bruja no consentiría que él multiplicara su invento. Dominado por su furia e instigado por el espíritu de la venganza, pensó en matarla. Ya no era dueño de sus acciones y se dirigió al castillo. Debajo del techo de la escalera, suspendió la rueda de fuego. Su intención era incendiar la casa para que el monstruo se quemara con ella.

Poco después volvió a su taller, donde permaneció silencioso, escuchando el confuso vocerío que reinaba en el patio. Entonces se dio cuenta de que acababa de realizar una enorme hazaña.

—¡Sí, sí, seguid correteando, vociferando y repicando! ¡Va a ser quemada esa bruja a la que habéis dado hospitalidad y a la que habéis venerado!

¿Se encontraría ya envuelta en humo y recorrería confusa las habitaciones? ¡Oh, cómo crepitaría al arder aquella seda verde! ¡Con qué agilidad jugarían las llamas a lo largo de su ondulante cabello! ¡Ánimo, llamas, ánimo! ¡Prendedle fuego! ¡Encendedla, quemad a la bruja...! ¡No os amilanéis ante sus conjuros, queridas llamas...! ¡Que se queme esta mujer, por cuya culpa hay tantos hombres condenados al fuego eterno!

Las campanas seguían repicando y los carros cargados de mangas para sofocar el incendio acudían por todas partes. Cubos de agua fueron traídos del lago y la gente precipitábase desde las aldeas vecinas. Gritos, gemidos y una confusión de órdenes resonaban por el aire. Hundíanse los tejados entre terribles crujidos y estallidos de llamas. Pero todo esto no llegaba a turbar la calma de Kevenhüller; aquel hombre permanecía inmóvil al lado de su banco de trabajo, frotándose las manos de puro contento.

De repente oyó un estrépito horrible, como si el cielo se desplomara, y un gran júbilo se apoderó de él.

—¡Ha ocurrido ya lo que deseaba! —exclamó—. ¡Ya no podrá salir más, aplastada por las vigas que se derrumban, enterrada en la ceniza, perdida para siempre!

Y Kevenhüller pensó en que era preciso sacrificar el esplendor y el honor de Ekeby para librar al mundo de la bruja. Los magníficos salones que en otros tiempos rebosaban vida y alegría, las estancias donde se desbordara la jovialidad de las damiselas, aquellas mesas que poco antes se doblaban bajo el peso de los selectos manjares, aquel mobiliario antiguo y precioso, los objetos de plata y porcelana únicos en su clase, debieron sacrificarse.

En aquel momento lanzó un grito de espanto. Su aparato ígneo, su sol, su modelo, lo había colocado debajo de la escalera para que causara el incendio.

Kevenhüller quedóse asombrado de sí mismo, rígido de terror.

«¿Estaré loco? —pensó—. ¿Cómo habré podido hacer cosa semejante?».

En el mismo instante abrióse la puerta del taller, y la mujer del manto verde entró sonriente, incólume. Su vestido verde no mostraba ni una mancha ni un defecto y su ondulado cabello estaba intacto, sin la menor

huella del fuego. Su figura era tal como la había visto en los días de su juventud, al pasar por la plaza de Karlstad. La cola le arrastraba entre las piernas, y despedía toda la fragancia y toda la vida salvaje del bosque.

—Ekeby está ardiendo —dijo sonriendo.

Kevenhüller levantó el gran martillo para lanzarlo sobre su cabeza; pero entonces se dio cuenta de que la bruja sostenía en la mano su rueda ígnea.

—Mira lo que he salvado para ti —dijo.

Kevenhüller se arrojó a sus pies.

—Tú has destrozado mi coche, tú has aplastado mis alas, tú has destruido mi vida toda. Ten compasión de mí; concédeme una suprema gracia.

La bruja encaramose sobre el banco de trabajo y allí se quedó sentada, rebosante de juventud y picardía, como en los tiempos en que él la vio por primera vez en el mercado de Karlstad.

—Ahora veo que sabes quién soy.

—Te conozco y siempre te he conocido —repuso el infortunado hombre—. Tú eres el genio de la humanidad... Pero ahora dame la libertad y llévate en cambio tu regalo. Quítame la aptitud de que me has dotado y deja que vuelva a ser un hombre como los demás. ¿Por qué me persigues? ¿Por qué destruyes mi vida?

—¡Inocente! —replicó la bruja—. Nunca te he querido mal y te he dado la más alta recompensa; pero, como lo deseas, volveré a quitártela. Mas piénsalo bien, porque algún día te arrepentirás.

—No, no —exclamó—; quítame tu regalo maravilloso.

Y sin pensarlo más, el infortunado empuñó el martillo y lo descargó sobre aquel sol ígneo y deslumbrante, que en el fondo no era más que una odiosa brujería.

Un haz de chispas atravesó la fragua, y la última obra de Kevenhüller quedó hecha añicos.

—Ya eres libre —replicó la bruja.

Y al encontrarse en el umbral, dispuesta a marcharse, iluminada por el resplandor del incendio, lanzole su postrera mirada.

Entonces le pareció más hermosa que nunca, mucho menos maliciosa, severa y fría.

—¡Inocente! —exclamó—. ¿Te he prohibido jamás que otros imitaran tus inventos? Mi único deseo era evitar que un hombre de genio se dedicara a un solo oficio.

Y dicho esto se alejó. Kevenhüller quedose durante algunos días como enloquecido. Después recobró la normalidad de su ser.

El edificio principal de Ekeby fue devorado por el incendio, y aunque no hubo víctimas humanas, los caballeros experimentaban mucha pena al ver destruida aquella morada hospitalaria, donde habían recibido todo género de bienes.

¡Oh, hijos de otros tiempos! ¡Ojalá hubiera encontrado a la bruja en el mercado de Karlstad alguno de nosotros! ¿No os parece que hubiéramos corrido hacia el bosque, gritando a pleno pulmón: «¡Dríada, dríada, aquí me tienes!»?

Pero ¿quién es capaz de leer en el porvenir...? ¿Quién se quejaría en nuestros días de haber recibido un regalo excesivo?

XXXIV

LA FERIA DE BROBY

El primer viernes de octubre comienza la gran feria de Broby que dura ocho días y constituye la fiesta más importante del otoño. Los preparativos consisten en matar los cerdos y en cocer pasteles en las casas. Entonces se estrenan los nuevos vestidos de invierno, recién confeccionados. Los bollos de nieve y pasteles de requesón se exhiben todo el día en la mesa, y los criados reciben doble ración de aguardiente. El trabajo se interrumpe en todas partes y hay fiesta en todas las alquerías. La servidumbre y los jornaleros reciben sus sueldos y piensan en lo que comprarán en la feria. Gentes venidas de lejos avanzan en pequeños grupos por los caminos del pueblo, con el hato al hombro y el bastón en la mano. Muchas se ven en la necesidad de conducir su ganado al mercado, para venderlo en estos días aciagos. Los novillos reacios y las cabras que se obstinan en plantarse en medio de la carretera, con las patas tiesas, causan el enojo de sus propietarios y ofrecen un divertido espectáculo a los curiosos. Las salas de las residencias rústicas reciben agradables huéspedes y por todas partes se habla de las novedades y se discute el precio del ganado y de los muebles. Los niños sueñan con los regalos de la feria.

¡Qué hormiguero de gente hay en las pendientes de Broby y en la plaza el primer día de la feria! Se han construido barracas, en las que los comerciantes de la ciudad instalan sus mercancías; los dalecarnianos y los campesinos de la Vestrogocia apilan sus piezas de tela sobre planchas de madera, tapadas con telas. Equilibristas, organilleros y músicos ambulantes abundan por doquier, lo mismo que agoreras y vendedores de potingues y aguardiente. Tras las barracas están dispuestas toda clase de ollas y vasijas

de madera. Cebollas, remolacha, manzanas y peras son ofrecidas por los jardineros de las grandes propiedades. Grandes extensiones de la plaza del mercado están cubiertas de rojiza vajilla de reluciente cobre estañado.

Sin embargo, por la escasez de ventas en la feria, puede notarse que reina gran miseria en Svartsiö y Brö, los distritos contiguos. Las ventas en las barracas de madera son muy insignificantes. Es mayor la animación que reina en el mercado ganadero, pues son muchos los campesinos que tienen que vender la vaca, o el caballo para asegurarse la vida durante el invierno. Además, se realizan canjes de caballos entre vivas discusiones.

Reina gran animación en la feria de Broby. Con pocos cuartos en el bolsillo puede tomar el visitante un par de copitas que avivan su ánimo. Pero no es sólo al aguardiente lo que contribuye a aumentar la jovialidad. Cuando los moradores de las solitarias chozas forestales bajan a la llanura y se unen al ruidoso bullicio de la feria, quédanse aterrados al percibir el alboroto de esos grupos de hombres vociferantes que estallan de alegría; pero una vez entre el gentío déjanse llevar de la animación general, enloquecidos con la vibrante algazara de la feria.

Por más que el negocio constituye la gran preocupación de las gentes, no llega a ser el interés principal en los feriantes. Lo más importante es que se reúna un grupo de buenos amigos en torno de una barraca, agasajándose mutuamente con embutidos de carnero, pastas de nieve y alguna que otra copa de aguardiente. Los vendedores tratan de inducir a las muchachas a que adquieran un devocionario o un pañuelo de seda, o por lo menos llevarse algún recuerdo para los pequeñuelos.

Todos los que no han tenido que quedarse en casa están en la feria. Ved los caballeros de Ekeby, los carboneros de Nygard, los chalanos noruegos, los finlandeses de los grandes bosques y los bohemios que pululan por todas partes.

De vez en cuando llega a formarse un inmenso torbellino entre aquel océano de gente, que gira en torno del punto central de la plaza. Sin que nadie se dé cuenta de lo que en el centro ocurre, aparecen unos cuantos policías, la gente se dispersa, termina la pelea y vuelve a levantarse un carro que había sido volcado. Y momentos después vuelve a reunirse la gente en torno de un astuto mercader que regatea con una moza vivaracha.

Al mediodía comienza la gran *batida*. La originan los aldeanos que se obstinan en creer que los vestrogocios estafan en la medida de las telas. Al punto se entabla una empeñada discusión en torno de las barracas, que no tarda en convertirse en pelea. Para los que nunca han experimentado más que hambre y miseria, constituye un gran alivio tal diversión en la que pueden repartirse golpes a diestro y siniestro. En el momento en que los *guapos* y los pendencieros se percatan de que ha comenzado alguna pelea, acuden presurosos por todas partes. Los caballeros se disponen a intervenir para restablecer la paz, en tanto que los dalecarnianos se aprestan a sacar del atolladero a los vestrogocios.

El forzado Mans, de Fors, es el campeón más activo. Ebrio, furioso, agarra prontamente a un vestrogocio, lo tumba luego y le zurra la badana. Atraídos por los lastimeros gritos de la víctima, acuden sus paisanos y procuran libertar a su camarada, en tanto que tratan de domar al agresor. Entonces éste, de un golpe, derriba la tabla, echando por tierra con estrépito toda la mercancía; coge la madera, de una vara de ancho y ocho de largo, y empieza a blandirla como un arma.

El forzado Mans es terrible; es él quién derribó el tabique de la cárcel de Filipstad; es un hombre capaz de sacar un bote del agua sobre sus espaldas. Al comenzar este gigante a repartir golpes con la tabla, toda la caterva pone pies en polvorosa, incluso los vestrogocios; pero el forzado Mans les persigue, abrumándoles a golpes. Sin considerar si sus víctimas son amigos o enemigos, sólo busca un objeto sobre el que descargar sus golpes, ya que está provisto de un arma.

La gente huye aterrada; hombres y mujeres vociferan y gritan, pero es harto difícil que puedan correr las madres con los pequeñuelos en brazos, porque las barracas y los carros obstruyen el camino. Vacas y bueyes, espantados, les cierran el paso.

En un ángulo formado por las barracas, se ha refugiado un tropel de mujeres que son atacadas por el ogro, que cree divisar entre ellas a un vestrogocio. Levanta la tabla y la descarga seguidamente. Lívidas de terror, las mujeres se apretujan para evitar la muerte.

En el momento de caer la tabla, surge un fuerte brazo de hombre. El rival, lejos de esconderse, yérguese entre la multitud. Había parado el golpe.

Las mujeres y los niños quedan salvos, mas el hombre cae tendido sin conocimiento, con el cráneo destrozado.

El forzado Mans, sin ofrecer resistencia, se deja atar y conducir por los guardias.

Con la rapidez del rayo circula el rumor de que el forzado Mans ha asesinado al capitán Lennart, al que proclaman todos como amigo del pueblo, por haber sacrificado su vida en aras de unas cuantas mujeres y niños.

Un gran silencio se hizo en todo aquel lugar, donde la vida se desbordaba momentos antes. Las ventas se paralizaron; cesaron las peleas; los amigos reunidos en torno de los cestos de provisiones, suspendieron sus pequeñas fiestas y los saltimbanquis llamaron vanamente a los espectadores.

—Ha muerto el amigo del pueblo. Lloradle todos.

La multitud se agrupa en torno del lugar de la desgracia. El capitán está tendido en el suelo. No se le ve ninguna herida, por más que tiene hundido el cráneo. Dos hombres le levantaron con precaución y pusieronle sobre la tabla que el gigante había abandonado. Creían que aún podrían salvarle la vida.

—¿Adónde le llevamos? —preguntaron.

—A su casa —respondió una sombría voz.

Sí, sí, buena gente, conducidle a su casa; llevadle a su hogar. Ha sido un enviado de Dios y su vida se ha desvanecido como la espuma. ¡Llevadle a casa!

Su cabeza, que ha reposado sobre los duros jergones de la prisión y sobre la paja del granero, debe descansar ahora sobre una blanda almohada. Sin culpa ninguna cayó en la deshonra y en la desgracia y fue arrojado hasta de su propia casa... ¡Llevadle ahora a ella! Ha sido un desterrado que no encontró descanso en ningún sitio, que ha corrido sin tino por los senderos de Dios. La tierra prometida de sus sueños era su hogar, cuyas puertas llegó a cerrarle Dios. ¡Llevadle a casa! Quizá esté abierta para un hombre que sacrificó la vida para salvar la de mujeres y niños. Esta vez no vuelve como un bandido, escoltado por una caterva de tambaleantes borrachos, sino

seguido por un pueblo en duelo, un pueblo en cuyas pobres cabañas había vivido y cuyos sufrimientos había tratado de aligerar. ¡Llévadle a casa!

Los hombres obedecieron. Por donde pasaban apartábase silenciosamente la multitud, descubriéndose los hombres e inclinándose las mujeres con una reverencia, como cuando en la iglesia se pronuncia el nombre del Señor. Algunos lloraban; otros recordaban las virtudes del difunto, su bondad, su carácter alegre, su altruismo y su devoción.

Se sustituyen unos a otros, para llevar en hombros al que creen muerto.

Los que conducen el cuerpo inanimado del capitán, llegaron al sitio donde estaban reunidos los caballeros.

—Quiero acompañaros y deseo que lleguéis a su casa sin novedad —dijo Berencreutz, abandonando su puesto y disponiéndose a ir a Helgesäter. Su ejemplo fue imitado por varios de los presentes.

La feria quedó casi desierta, porque todos quisieron acompañar al capitán hasta Helgesäter. Los regalos que muchos habían ido a comprar a la feria, tendrían que esperar un momento más propicio.

Cuando el cortejo llegó a Helgesäter, la casa estaba cerrada y los puños de Berencreutz volvieron a golpear la puerta como en otros tiempos.

Las criadas habían ido a la feria; sólo la capitana cuidaba la casa. Fue ella la que abrió y la que preguntó, como ya había hecho otra vez:

—¿Qué queréis?

—Traemos a tu marido —respondió el coronel.

Ella contemplaba al coronel, erguido y pensativo como siempre. Tras él observa a los que traen el cuerpo de su marido, deshechos en llanto, en medio de una inmensa multitud. La capitana sigue inmóvil al pie de la escalera, sin apartar los ojos de los afligidos, que la contemplan confusos. Por último, ve a su marido tendido en la improvisada camilla y se lleva las manos al corazón.

—Es ésa su verdadera fisonomía —murmuró.

Y sin decir una palabra más, descorrió el cerrojo, abrió la puerta de par en par y señaló el camino de la alcoba.

Ayudada por el coronel prepara el lecho y sacude los colchones, y el capitán Lennart vuelve a descansar sobre mullidas almohadas y blancas sábanas.

—¿Vive? —preguntó su esposa.

—Sí —respondió el coronel.

—¿Hay esperanza de salvarle?

—No, ninguna.

Hubo un momento de silencio.

De repente preguntó la capitana:

—¿Acaso lloran por él todas esas gentes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Se ha dejado matar por el forzado Mans, para salvar a varias mujeres y niños.

Permaneció un momento callada, y luego repuso:

—¡Qué cara tenía cuando vino hace dos meses con usted y sus compañeros!

El coronel se estremeció. Lo comprendió todo.

—Gösta Berling tuvo la ocurrencia de enmascararle —contestó.

—¿Y por una farsa indigna de los caballeros le cerré las puertas de mi casa? ¿Cómo podrían pagar el daño que hicieron?

El coronel hizo un movimiento de hombros, y contestó:

—¡Son tantas las cosas de que tendríamos que responder!

—Creo que nunca han hecho nada peor.

—Por esto ningún camino me ha parecido tan penoso como hoy el de Helgesäter. Por lo demás, son otros los culpables.

—¿Quiénes son?

—Uno de ellos es Sintram y el otro tú misma. Eres una mujer muy dura y severa... Bien sé que fueron muchos los que te hablaron en favor de tu marido.

—Es verdad —respondió. Y como le rogara luego que relatará los pormenores del banquete de Broby, el coronel lo contó todo.

El capitán Lennart sigue sin conocimiento. La estancia llena de gente y nadie se preocupa de hacerla salir. Abiertas están todas las estancias. Las escaleras y los palillos rebosan de gentes silenciosas y afligidas. Hasta en torno del patio hay nutrido grupos.

Cuando el coronel hubo terminado su relato, la esposa del capitán dijo con pausada voz:

—Si hay aquí algún caballero, le ruego que se marche. Me causa pena ver a esos señores junto al lecho de muerte de mi marido.

Sin proferir una palabra, se levanta el coronel para salir, y le siguen Gösta Berling y varios caballeros. El pueblo se aparta al paso de este grupo de hombres humillados. Cuando estuvieron fuera, la capitana se volvió a los circunstantes diciendo:

—¿Quién de vosotros ha visto a mi marido en este último mes? ¿Quién puede decirme dónde ha vivido y cuáles han sido sus actos?

Los presentes comenzaron a ensalzar al moribundo. Los elogios resuenan como antiguos cánticos. Hombres que jamás habían leído otro libro que la Biblia, hablan con palabras sacadas del libro de Job, con giros de tiempos de los patriarcas, elogiando al mensajero de Dios que pasó por el mundo como un generoso bienhechor.

Tardaron mucho tiempo en terminar su plática. Cerraba ya la noche y no terminaban los testimonios favorables al muerto.

Había quienes relataban cómo él les había encontrado postrados en el lecho del dolor, y les curó. Presentábanse fieros matones que fueron domados por él; borrachos a quienes logró convertir en hombres sobrios; afligidos que por él fueron consolados. Todos cuantos se hallaban en la extrema miseria, acudían al mensajero de Dios, que nunca les negó su ayuda y supo inspirarles fe y esperanza.

Durante toda la noche siguieron oyéndose los elogios que recordaban los excelsos cánticos. En el patio seguían inmóviles las grandes masas, en espera de lo supremo. Adivinaban lo que en la estancia ocurría, y todo lo que fue pronunciado en voz alta junto al lecho de muerte fue repetido en voz baja entre el grupo reunido fuera. Todos los que podían relatar algo favorable al capitán, lo hicieron.

—Aquí hay uno que quiere presentar su testimonio —dice una voz, y la gente se aparta para dejarle paso.

Y así salen otros de la oscuridad, y después de haber prestado su declaración, vuelven a confundirse entre la multitud.

—¿Qué es lo que dice ahora la señora? —preguntan los de fuera cada vez que sale alguien de la estancia—. ¿Qué dice la severa señora de Helgesäter?

—Está radiante como una reina, sonriente como una novia. Cerca del lecho de su marido ha colocado su sillón, sobre el que ha puesto los trajes que había tejido para él.

Entre la multitud se hizo de pronto un gran silencio. Nadie lo ha dicho; pero todos lo saben: el capitán Lennart está muriendo.

El agonizante abre los ojos, y lo ve todo: su hogar, los grupos de gente, su esposa, sus hijos, sus vestidos, y una sonrisa asoma a sus labios. Era su postrera despedida. El moribundo exhala un penoso suspiro y entrega su alma al Omnipotente.

Todos enmudecen, y sólo una voz entona el Salmo de los muertos. Y centenares de voces repiten el himno, que es el supremo saludo al alma que abandona este valle de lágrimas.

XXXV

LA CABAÑA DEL BOSQUE

Lo que voy a referir ocurrió mucho tiempo antes de que los caballeros fuesen dueños de Ekeby.

Un niño y una niña, que vivían entregados a sus juegos infantiles, en el fondo del bosque, pasaban el tiempo construyendo casitas de piedra, cogiendo moras y confeccionando silbatos de cañas. Los dos eran hijos del bosque, que constituía su casa señorial. Los dos vivían en absoluta armonía con todo lo que les rodeaba, incluso los animales.

El zorro y el lince hacían las veces de perro guardián, la comadreja era su gato, y las ardillas y liebres sus compañeros de juego. Los mochuelos y urogallos estaban a sus órdenes; los abetos eran sus siervos y los tiernos abedules los invitados de sus banquetes. Los pequeños moradores del bosque conocían los escondrijos donde se hallaban las víboras, enroscadas durante su sueño de invierno; cuando se bañaban, veían los reptiles, deslizándose por la clara capa del agua. Los niños no temían a los dragones ni a los trasgos, puesto que éstos también pertenecían al bosque, que era la morada de todos. Allí nada podía infundirles miedo.

En la profundidad del bosque se hallaba la cabaña de los muchachos. Un accidentado sendero conducía hasta allí; alrededor extendíase una red de montañas, como una defensa contra los rayos del sol; los pantanos insondables que había por allí exhalaban durante todo el año frías neblinas. Tal morada hubiera tenido poco atractivo para los hombres de la llanura.

El pastor y la pastora pensaban unirse, andando el tiempo, con los lazos del matrimonio, para seguir viviendo en la cabaña y ganarse la vida con el trabajo de sus manos. Sin embargo, antes de que pudieran realizar su

propósito sobrevino la guerra y el muchacho tuvo que sentar plaza. Terminada la campaña volvió a casa con los miembros intactos, si bien llevaba en sí un estigma indeleble. Había visto los horrores de la perversidad humana y esto le había hecho perder la conciencia del bien.

Al principio no pudo notársele ningún cambio. En compañía de la amiga de su niñez presentose un día ante el pastor para solicitar las amonestaciones. La cabaña situada cerca de Ekeby fue la morada de los recién casados, según habían convenido. No obstante, la dicha no debía acompañarles.

La mujer comenzó a considerar a su marido como un extraño, pues no podía reconocer en él al muchacho de antes. Le daba miedo aquel hombre, por sus rudas carcajadas y su misterioso silencio.

Él no hacía mal a nadie y era un trabajador muy activo. Sin embargo, nadie le quería porque sospechaba de todos. Él mismo sentíase en su morada como un odiado forastero, y hasta los animales del bosque le parecían ahora enemigos. La montaña que le amparaba contra el sol y el pantano envuelto en neblina, eran sus adversarios. El bosque se convierte en una siniestra morada para quien alberga malos pensamientos.

El que quiera pasar su vida en estas regiones despobladas y desoladas, sólo debe conservar buenos recuerdos, porque de lo contrario no verá en torno suyo más que matanza y opresión entre las plantas y los animales, tal como este hombre lo había visto entre sus semejantes.

Jan Hök, el soldado, no pudo comprender lo que le ocurría, aun cuando se percataba de que la suerte no le era propicia. Su hogar le ofrecía poca alegría. Sus hijos, criados en el bosque, desarrolláronse fuertes, pero salvajes. Eran mozos valientes y aguerridos y, como su padre, acabaron peleándose con los demás.

La mujer, instigada por su pena, decidió recurrir a los arcanos misteriosos de la naturaleza, y fuese a buscar plantas medicinales entre los pantanos y arbustos. Supo descubrir las fuentes subterráneas y todos sus misterios. Era capaz de curar enfermedades y dar acertados consejos en cuestiones amorosas. Pronto adquirió fama de hechicera y fue temida por todos, por más que era una gran bienhechora para sus semejantes.

Un día decidió confesar su pena al marido.

—Desde que volviste de la guerra estás como hechizado. ¿Qué es lo que te han hecho allí?

El hombre se enfureció y estuvo a punto de matarla. Lo mismo sucedía siempre que se le recordaba la guerra. No podía sufrir que se mencionase la guerra en su presencia, y pronto se divulgó este detalle en toda la comarca. La gente se abstenía de discutir con él sobre ella.

Sin embargo, ninguno de sus camaradas de guerra hubiera podido decir que aquel hombre fuera más malo que sus compañeros, porque se había batido como un buen soldado. Únicamente los horrores que vieron sus ojos le habían cambiado tanto, que acabó por creer en la perversidad de todos. Su pesar tenía origen en la guerra.

Le parecía que toda la Naturaleza le odiaba por haber tomado parte en tan vil empresa. Las gentes de más entendimiento se consolaban con la idea de haberse batido por la patria y por el honor. Pero ¿qué sabía él de todo eso? Su único temor era que todo el mundo le odiaba por haber derramado sangre y por haber cometido malas acciones.

Desde que la comandanta fue arrojada de Ekeby este hombre vivía solo en su choza. Su mujer había muerto y sus hijos estaban ausentes. Sin embargo, en la época de la feria la choza forestal se vio invadida de visitantes. Gitanos de tez morena y de cabello de azabache visitaron aquella morada. Estas gentes prefieren vivir en las casas de los hombres odiados por sus semejantes. Jacos de largas crines subían el escarpado sendero del bosque, tirando de carretas cargadas con calderas estañadas, niños y harapos. Mujeres prematuramente envejecidas, con rostros hinchados por el abuso del tabaco y de la bebida, hombres de caras pálidas y huesudas y de cuerpos musculosos, seguían los vehículos. Al entrar los gitanos en la choza, todo se animó: el aguardiente, la baraja y la algazara reinaban en absoluto y sólo se hablaba de hurtos, chalaneo de caballos y sangrientas peleas.

El mismo día en que comenzara la feria de Broby, fue muerto el capitán Lennart. El forzado Mans, que le asestó el golpe mortal, era hijo del viejo morador de la cabaña. El domingo por la tarde, cuando los gitanos se hallaban allí reunidos, obsequiaron al viejo Jan Hök con tragos de aguardiente, más abundantes que otros días, mientras le hablaban de la vida

presidiaria, del rancho de los penados y de los interrogatorios judiciales, pues en ello tenía mucha experiencia.

El viejo hallábase sentado sobre un bloque de madera en un rincón de la chimenea, y casi no hablaba. Sus ojazos sin brillo examinaban, rígidos, la salvaje compañía que llenaba la estancia. Había cerrado ya el día y las leñas resinosas del hogar iluminaban las tinieblas, los harapos, la penuria y la horrible miseria. De súbito abriose la puerta de la casa y entraron dos mujeres: era la joven condesa Elisabet, seguida de la hija del pastor de Broby. El anciano sufrió una emoción extraña al verla entrar tan amable y tan radiante de hermosura en el luminoso círculo de fuego del hogar. Ella les refirió que Gösta Berling no había aparecido por Ekeby después de la muerte del capitán Lennart. Ella y la doncella habían vagado toda la tarde por el bosque buscando al pastor extraviado. Habíanse enterado de que en la cabaña se hallaban varios hombres que acababan de recorrer todo el bosque y sus alrededores en un radio muy grande, cuyos senderos conocían, y venían a preguntar. La condesa avanzó hacia ellos y les preguntó por el hombre extraviado.

Nadie supo dar noticias de Gösta.

La condesa dejose caer sobre una silla, quedando en silencio. Cesó al punto la algazara que reinaba en la habitación y todos enmudecieron mirándola estupefactos. La pobre se estremeció al notar aquel extraño silencio y trató de desviar la conversación, buscando un tema indiferente. Luego se volvió hacia el viejo que se hallaba en el rincón.

—Me parece haber oído que has sido soldado, anciano —dijo ella—. Cuéntanos, pues, algo de la guerra.

Tras estas palabras volvió a reinar de nuevo el silencio, esta vez más siniestro todavía; el viejo se hacía el desentendido.

—Me gustaría oír algo de la guerra —continuó diciendo la condesa.

Pero se detuvo de repente al notar que la hija del pastor de Broby le hacía una seña con la cabeza. Seguramente habría dicho algo intempestivo, puesto que todos los presentes la miraban contristados.

De repente, una de las mujeres dijo con voz penetrante:

—¿Será usted la que fue condesa de Borg?

—Sí, efectivamente.

—Bien podría ocuparse de cosas más útiles que perseguir a un pobre pastor loco, extraviado en el bosque.

La condesa se levantó y se despidió, diciendo que ya había descansado bastante.

La mujer que le había hablado, salió tras ella.

—La señora condesa debe comprender —dijo— que era preciso que yo dijese algo para desviar la conversación. No es conveniente hablar de la guerra delante del anciano, porque no puede soportar que se la aluda lo más mínimo. Ya comprenderá usted que no ha habido mala intención de mi parte.

La condesa se alejó rápidamente; pero pronto se detuvo ante la vista del bosque amenazador, ante la montaña que detenía los rayos del sol, ante el pantano que exhalaba emanaciones nocivas. Para un hombre cuya conciencia estaba llena de malos recuerdos, debía ser muy desagradable vivir en aquellos parajes.

En aquel momento, sintió compasión por el anciano que moraba en aquellas profundidades, sin más compañía que la de los gitanos.

—¡Ana Lisa —siguió diciendo—, volvamos! Esta gente ha sido muy amable con nosotros; pero mi conducta ha sido reprobable. Necesito hablar con ese anciano de cosas más agradables.

Y dichosa de haber encontrado a alguien a quien consolar, volvió a la casita.

—Pobre viejo —comenzó diciendo—; temo que Gösta Berling esté vagando por este bosque con intención de suicidarse. Debemos evitar que realice sus propósitos. Nos pareció ha poco haberle visto pasar; pero en seguida desapareció sin dejar rastro. Seguramente se halla junto a la misma montaña por la que se despeñó la muchacha de Nygard. Pensé que no sería preciso ir hasta Ekeby en busca de socorro, pues aquí también hay hombres forzudos capaces de sujetar a Gösta Berling.

—Si a la señora condesa le parecemos lo bastante dignos de prestarle algún servicio —exclamó la picara mujer—, estos hombres pueden salir en seguida en busca de Gösta Berling.

Los aludidos se levantaron inmediatamente y salieron en busca del extraviado.

El anciano Jan Hök permaneció inmóvil con la turbia mirada perdida en el espacio; pero su mirada era tan sombría y dura, que inspiraba miedo. La joven no sabía qué decirle y permaneció callada, incapaz de encontrar las discretas palabras que debía dirigirle.

De repente se fijó en un niño que se hallaba acostado sobre un montón de paja y en una mujer que tenía un brazo lastimado. Sin titubear se dispuso a socorrer a la lisiada. Con este modo de proceder no tardó en hacer buenas migas con aquellas parlanchinas mujeres.

Una hora después regresaron del bosque todos los hombres, trayendo a Gösta maniatado. Al llegar, pusieronle junto al fuego.

Traía los vestidos rotos y sucios, sus facciones estaban desfiguradas y su mirada parecía la de un salvaje enfurecido.

Durante todos aquellos horribles días había errado por el bosque, acostándose sobre la tierra húmeda, hundiendo las manos y la cara en el musgoso suelo, arrastrándose por los peñascos y abriéndose paso entre la espesura. Durante horas y horas había sostenido una gran lucha entre sus funestos propósitos y el amor a la vida, que poco a poco volvía a surgir en él. Los hombres que le hallaron se vieron obligados a maniatarle, después de sostener violenta lucha.

Su esposa se sintió tan indignada al verle en aquel estado, que en vez de desatar sus ligaduras le dejó postrado en el suelo.

—¡En qué estado vuelves! —le dijo.

—No quería volver a presentarme ante tu vista.

—¿No soy acaso tu esposa? ¿No tengo derecho a consolar tus penas? Con amarga angustia estuve esperándote estos dos últimos días.

—Yo fui el que llevó a la desgracia al capitán Lennart. ¿Cómo me hubiera atrevido a presentarme a ti? Me faltaba el valor necesario para hacerlo.

—Rara vez te vi poseído de miedo, Gösta.

—El mejor servicio que puedo hacerte, Elisabet, es librarte de mí.

—Querías convertirme en la esposa de un suicida, ¿eh?

Sus facciones adquirieron la contracción del dolor.

—Elisabet, salgamos de aquí y hablemos cara a cara, sin testigos, en el silencio del bosque.

—¿Por qué no deben escucharnos estos hombres? —preguntó ella con voz aguda y penetrante—. ¿Somos acaso más dignos que cualquiera de ellos? ¿Habrá alguno que sea capaz de ocasionar al prójimo más penas y dolores que nosotros hemos ocasionado? Ellos son hijos del bosque y de los caminos, despreciados por todos. Que sepan que Gösta Berling, su favorito, el dueño de Ekeby, no está exento de pecado y de culpa. ¿Crees que yo me considero más buena que ellos? ¿Lo crees de ti mismo?

Gösta se incorporó penosamente y se quedó mirándola con creciente obstinación.

—No soy tan miserable como crees.

Y Gösta le refirió a la condesa lo que le había sucedido en el bosque durante los dos últimos días.

El primer día lo pasó errando por el bosque, perseguido por los remordimientos de su conciencia, incapaz de sostener la mirada de los que encontraba en su camino; a pesar de todo, no pensaba en la muerte. Estaba decidido a emigrar a un lejano país. El domingo descendió de las montañas, bajo el llano y se dirigió a la iglesia de Broby. Deseaba ver a su pueblo por última vez; la gente mísera y hambrienta de las orillas del Leuven, el ideal de sus sueños desde aquel día en que estuvo sentado al pie del cerro de la ignominia, con el pastor de Broby. Deseaba despedirse de aquellas gentes por las que sentía un nuevo amor desde que las vio en las tinieblas de la noche, llevando sobre sus hombros la exánime muchacha de Nygard.

Cuando Gösta entró en la iglesia, hacía rato que había empezado el oficio divino. Sin ser visto por nadie subió al coro; desde allí abarcó con una mirada a todos los fieles. Sintió oprimírsele el corazón en terrible congoja... En aquellos momentos hubiera deseado hablar a la multitud con palabras de consuelo para alivio de su miseria y abandono moral. ¡Oh! Si hubiera podido predicarles en aquella morada de Dios, lo hubiera hecho, a pesar de su estado de desesperación, y seguramente hubiera sabido encontrar palabras de salvadora esperanza para los feligreses.

Al salir de la iglesia entró en la sacristía, y dejó allí escrita la declaración que ya conocía la condesa, prometiendo que en Ekeby se reanudarían los trabajos y que el trigo se repartiría entre los necesitados;

esperaba que su esposa y los caballeros no dejarían de cumplirla durante su ausencia.

Al salir de la iglesia vio en el portal de la Alcaldía un ataúd; era un humilde ataúd, tosco, hecho a toda prisa, adornado únicamente con un crespón negro y una corona de ramitas de arándanos. Gösta comprendió que se hallaba ante el capitán Lennart. Los aldeanos habían rogado a la capitana que anticipara la hora del entierro para que los numerosos visitantes de la feria de Broby pudiesen asistir a los funerales.

Mientras se hallaba contemplando el ataúd sintió de repente que una mano forzada se posaba sobre su hombro; se volvió y vio a Sintram, que se le había acercado.

—Gösta —le dijo—, si quieres gastar una broma soberbia, ponte dentro del ataúd como si fueras el muerto; no hay nada tan divertido como hacerse el muerto, nada que pueda afligir más a un hombre honrado incapaz de sospechar una cosa así. Échate dentro como un muerto, te lo ruego.

Gösta escuchó lleno de asombro las palabras del protervo Sintram. Aquel espíritu del mal experimentó una gran contrariedad al oír la negativa. Su mayor gusto sería ver la orilla del Leuven convertida en un desierto. Por esto había hecho a los caballeros soberanos absolutos de la comarca y que el pastor de Broby explotara tan duramente al pueblo y concitara la sequía y el hambre. La terrible plaga debía invadir la región en la época de la feria de Broby. Hostigadas por la desgracia, las gentes se hubieran dedicado al homicidio y al saqueo y entonces la mano justiciera de las autoridades acabaría de sumir al pueblo en la más terrible miseria. Y tan perverso y odiado se hubiera hecho Sintram en toda la comarca, que nadie hubiera podido verle sin asustarse. Esto hubiera sido su alegría y su orgullo; tan perverso era. Gozaba contemplando los caminos desolados y los campos abandonados. Sin embargo, el hombre que había sabido morir cuando fue preciso, había malogrado todos los planes de aquel espíritu maligno.

Gösta le preguntó por qué le aconsejaba aquello y qué resultado esperaba de una acción semejante.

—Eso hubiera sido mi más alta satisfacción, Gösta, porque soy el genio del mal. Yo soy como el oso de la montaña, soy como la ventisca que aviva las llamas y sólo pienso en la muerte y en la persecución. Que se extingan,

sí, que se extingan, repito. El odio a todos los hombres es mi único sentimiento. Que sigan escabullándose entre mis garras, dando volteretas. Esto era para mí una diversión que me distraía en algunos momentos. Pero estoy harto de jugar con ellos y ahora pienso en aplastarlos y exterminarlos.

Estaba loco, completamente loco. Habíase entregado como a un juego a sus artes infernales, y había acabado por ser juguete de ellas. Se creía sepultado en un abismo. Había ido nutriendo y fomentando sus sentimientos malignos, y el mal se había apoderado de su alma. Así es como la maldad puede llegar a ser una locura en el hombre, como puede convertirse en locura el amor o la monomanía filosófica.

El perverso propietario, en su rabioso arrebato, arrancó la corona y el crespón del ataúd. Pero Gösta Berling, enfurecido, le dijo:

—¡No toques el ataúd!

—¡Ja, ja, ja! ¿De modo que no debo tocarlo? Tengo muchísimas ganas de arrojar al suelo el cuerpo de mi amigo Lennart y pisotear sus coronas. ¿No ves acaso lo que me ha hecho? ¿No has visto la magnífica calesa en que me han conducido aquí?

Y Gösta Berling vio dos coches celulares que se hallaban frente al muro del cementerio, y a su lado la policía y los esbirros.

—¡Ja, ja, ja! La capitana ha hecho huronear toda clase de papeluchos que trataban de asuntos ya viejos, sólo por encontrar una prueba convincente contra mí. ¿No te parece que lo mejor es que yo le haga saber que más le hubiera valido ocuparse en trasvasar cerveza o cocer pan, que enviar a estos policías y esbirros para que me detengan? ¿Es que no se me debe ninguna satisfacción, por las lágrimas que he llorado antes de convencer a Scharling para que me dejara venir a rezar una plegaria ante el ataúd de mi buen amigo?

Y el malvado volvió a desgarrar el crespón del ataúd.

Entonces Gösta Berling le cogió por los brazos.

—Todo, antes que permitir que toques este ataúd —exclamó.

—Haz lo que te parezca —repuso el loco—. Ya puedes levantar la voz y llamar a quien quieras. Antes de que lleguen los guardias tendré tiempo suficiente para salirme con la mía. ¡Arrójate sobre mí si te atreves! Será un

espectáculo muy divertido. Luchemos aquí cuerpo a cuerpo, entre coronas y catafalcos.

—Estoy dispuesto a conseguir, al precio que sea, la paz del muerto. Te ofrezco mi vida; tómalala.

—Prometes demasiado, muchacho. Puedes probarlo.

—Entonces, échate en el ataúd.

—En eso no puedo complacerte. Cuando sepa que el cadáver se halla sepultado bajo tierra, haré cuanto quieras.

Entonces Sintram hizo jurar a Gösta que en el plazo de doce horas después que fuese enterrado el capitán Lennart, renunciaría a la vida.

—De este modo estaré completamente seguro de que nunca podrás convertirte en un ser bueno —añadió Sintram.

Para Gösta era fácil comprometerse a una cosa así, porque aspiraba a devolverle la libertad a su esposa. Los remordimientos de conciencia le impulsaban hacia la muerte. Lo único que le llenaba de espanto era el haber prometido a la comandanta no morir mientras la hija del pastor de Broby continuara siendo esclava de Ekeby. Sintram objetó que ella no podía considerarse ya como tal desde que heredó la cuantiosa fortuna de su padre. Gösta le replicó que el pastor de Broby había escondido sus riquezas de tal modo que nadie podía averiguar dónde se hallaba el tesoro. Sonrió Sintram y le dijo que el tesoro se hallaba escondido debajo del alero del tejado de la torre de la iglesia de Broby, entre los nidos de palomas. Y se fue sin decir más.

Poco después Gösta volvió a internarse en los altos bosques, pues quería encontrar, la muerte en el mismo sitio donde se despeñó la muchacha de Nygard. Errando por aquellas alturas se pasó toda la tarde... Pero no se suicidó porque había visto a su esposa por aquellas espesuras.

Esto fue lo que Gösta refirió a su esposa, mientras se hallaba maniatado y tendido en el suelo de la choza forestal.

—¡Te reconozco en esas palabras que acabas de pronunciar! —exclamó la condesa—. ¿Qué has obtenido para el muerto con tu juramento? Si en vez de esto hubieras jurado consagrarte al bien de los demás, merecerías mi elogio.

Gösta permaneció largo rato en silencio.

—Nosotros, los caballeros —exclamó por fin—, no somos libres. Hemos hecho voto de consagrar nuestra vida a la alegría, aunque sea a costa de nuestra sangre. Estamos dispuestos a todo con tal de que no se empañe nuestro honor.

—¡Ay de ti! —repuso la condesa, afligida—. Veo que vas a resultar el más cobarde de todos los caballeros. Ayer por la tarde se hallaban todos reunidos en su residencia. Estaban sombríos y taciturnos. Tú y el capitán Lennart estabais ausentes, así como el honor y el esplendor de Ekeby. No queriendo aparecer ante mis ojos, permanecían allí sin tocar las copas de aguardiente. Entonces, Ana Lisa, esta muchacha que ves aquí, subió a la sala de los caballeros. Ya sabes que es una muchachita muy diligente y trabajadora que durante años enteros ha sabido luchar contra la adversidad y el abandono.

Y la muchacha intervino en la conversación, diciendo:

—Ayer estuve otra vez en casa y seguí buscando el dinero de mi querido padre, pero sin resultado alguno. Todos los pagarés los encontré cancelados y los cajones y armarios estaban vacíos.

—Es una cosa muy triste para usted, señorita Ana Lisa —dijo Berencreutz.

—Al abandonar Ekeby —continuó la muchacha— la comandanta confió su casa a mis cuidados. Si yo hubiera encontrado el dinero de mi padre, hubiera reedificado Ekeby. Sólo puedo llevarme unas cuantas ramas del cerro de la ignominia. Cuando vuelva mi dueña y me pregunte qué se ha hecho de Ekeby sentiré una gran vergüenza, porque lo dejó a mi cuidado.

—No lo tome tan a pecho. Usted no tiene ninguna culpa, señorita Ana Lisa —repuso Berencreutz.

—Pero no he traído para mí las ramas del cerro de la ignominia —continuó diciendo la hija del pastor de Broby—, sino para los buenos señores. Escuchadme, si os place, queridos caballeros. Mi difunto padre no ha sido el único que ha sembrado el daño en este mundo.

Y, dicho esto, fue acercándose a todos los caballeros, entregándoles unas cuantas ramitas. Algunos las recibieron de mal grado; pero la mayoría no se opusieron a lo que la muchacha hacía.

Por último, dijo Berencreutz, con aire de gran señor:

—Muy bien hecho... La señorita merece las gracias.

La joven salió de la estancia, y Berencreutz dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar los vasos.

—Desde este momento no volveré a beber una sola gota. El aguardiente no me inspirará ya malas ideas.

Y, dicho esto, se marchó; los restantes le siguieron.

—¿Sabes dónde se fueron, Gösta? Yo sí lo sé. Hacia el torrente, hacia el promontorio, donde se hallan el molino y la herrería de Ekeby. Allí pusieron mano a la obra. Empezaron a traer troncos y piedras y procedieron a despejar el solar. Era un rudo trabajo para aquellos ancianos... Sus rostros reflejaban un gran pesar... Yo no podía soportar por más tiempo el sentimiento de vergüenza que me reportaba la idea de haber destruido Ekeby. Bien sé que a vosotros, los caballeros, os da vergüenza trabajar, pero ahora hay otros que han dado este ejemplo.

Gösta no sabía qué contestarle.

—¿Qué es lo que quieres de mí, de un pastor destituido? Yo soy un proscrito y un hombre odiado de Dios.

—Hoy he estado en la iglesia de Broby. Te traigo saludos de parte de dos mujeres... «Dile a Gösta —me dijo Mariana Sinclair— que hay una mujer que no se avergüenza del hombre que ha querido». «Dile a Gösta —me rogó Ana Stiarnhök— que me encuentre muy bien y que administro personalmente mis haciendas. La gente dirá de mí que me estoy volviendo otra comandanta. No pienso en el amor; únicamente en el trabajo. También los de Berga han vencido ya la amargura que tenían al principio. De todos modos, procuraré por el bien de Gösta. Tenemos fe en él y rogamos a Dios por su alma. Pero ¿cuándo comenzará a sentar la cabeza?».

—Dime —continuó diciendo la condesa—. ¿Por qué dices que los hombres te han proscrito? Tu desgracia consiste en haber gozado demasiado del amor. Todos te han amado. Tus bromas y risas, tus cantos y juegos, hacían que te lo perdonasen todo. Todo lo que se te antojaba hacer, lo daban por bien hecho... ¿y te atreves a llamarte proscrito y a considerarte odiado por Dios? ¿Por qué no asististe al entierro del capitán Lennart?

Como el capitán Lennart murió el día de la feria, la noticia se divulgó por los contornos en un radio muy grande. Terminado el oficio divino

millares de hombres subieron a la iglesia. El cementerio y los campos estaban rebosantes de gente. La comitiva fúnebre se organizó frente a la casa municipal. Sólo se esperaba la llegada del anciano sacerdote. El pobre estaba enfermo y no predicaba desde hacía algún tiempo; pero, no obstante, había dado su palabra de asistir al entierro del capitán Lennart. Y apareció, en efecto, con la cabeza inclinada y ocupó su puesto a la cabecera de la comitiva. Luego recitó las oraciones fúnebres y echó tierra sobre el ataúd sin sentirse impresionado por lo que veía. El sacristán entonó un salmo y centenares de voces se fueron uniendo a la suya. Hombres, mujeres y niños empezaron a cantar. Entonces fue cuando el pastor sacudió el sueño de su vejez. Se pasó la mano por los ojos y subió sobre el montón de tierra del reciente túmulo para darse mejor cuenta de lo que ocurría. Vio a los hombres tocados con sus típicos *sombreros de entierro*. Las mujeres vestían blancos delantales de amplios pliegues. Todos cantaban, todos tenían humedecidos los ojos, todos estaban abrumados por la pena.

En aquel momento el anciano pastor se estremeció, poseído de una honda emoción.

¿Qué debía decirle a aquel pueblo abrumado por la pena? Era preciso prodigarle palabras de consuelo.

Cuando terminó el canto, extendió los brazos hacia sus feligreses, y dijo:

—Ya veo que mi pueblo sufre una gran pena. Las desgracias son mayores para los que todavía han de pisar por largo tiempo los caminos de este mundo que para mí, que tardaré poco en separarme de la vida.

El anciano se calló, lleno de emoción. Su voz era demasiado débil y el pobre se desconcertaba al no poder encontrar las palabras apropiadas al caso.

Sin embargo, al poco rato volvió a hablar y su voz recobró el vigor de su juventud y sus ojos brillaron llenos de animación.

Sus palabras fueron sublimes. Al principio nos habló del enviado de Dios. Luego dijo que no había sido el esplendor de su persona o los grandes bienes de fortuna del muerto lo que le habían hecho el ser que todos veneraban ahora, sino únicamente el haber seguido siempre las sendas de Dios y de Jesucristo. Luego nos pidió que obrásemos siempre así. Cada uno

debía amar a los otros y ser de ayuda. Todos debían tener fe en Dios y amar a su prójimo. Todos debían obrar como aquel buen capitán Lennart, que para ello no se precisaban dotes especiales, sino tener buenos sentimientos. Y el pastor recapituló lo ocurrido durante el año... Dijo que el pasado era la preparación para una nueva época de amor y dicha, que, sin duda, no tardaría en llegar. Entre los actos dispersos de la Humanidad, más de una vez había visto brillar la bondad humana, que ahora saldría con toda su grandeza de un luminoso sol.

Nos pareció oír la voz de un profeta; todos queríamos amarnos mutuamente; todos queríamos seguir la senda de la virtud.

El anciano elevó los ojos al cielo y levantó los brazos, enviándonos la paz que no tardaría en extenderse por toda la comarca.

—En nombre de Dios —dijo— ¡qué cesen las discordias! ¡Que la paz se establezca en vuestros corazones y reine en toda la Naturaleza! ¡Que las cosas muertas, los animales y las plantas encuentren su pacífica quietud y que dejen de causar daño al mundo!

Parecía como si la paz de los cielos hubiera descendido sobre la tierra; las montañas se revestían de un nuevo brillo y los valles parecían sonreír; las neblinas otoñales semejabán rosadas túnicas.

Y al terminar el sermón el predicador rogó a Dios que enviara un salvador que remediara los males del pueblo.

—Vendrá un hombre y os salvará, pues la voluntad de Dios es que no perezcaís. Dios sabrá inspirar a alguien para que sacie a los hambrientos y les conduzca por sus divinas sendas.

—Entonces todos pensamos en ti, Gösta, porque sabíamos que el pastor hablaba de ti... El pueblo, que había oído tu declaración, no hablaba más que de ti al volver a sus hogares. ¡Y tú te habías internado en el bosque en busca de la muerte! ¡Gösta, el pueblo espera tu venida!

A las puertas de las chozas, por todas partes se dice que el bien volverá a reinar cuando el loco de Ekeby conceda su ayuda al pueblo. Eres el hombre de este pueblo, Gösta... Tú eres el héroe de todos estos mortales. Gösta, el anciano sólo habló de ti y esas palabras tuyas deben atraerte hacia la vida. Y yo, que soy tu esposa, te digo lo que debes hacer es cumplir tu misión. Sin embargo, no debes creer que eres un enviado de Dios. Todos

podríamos serlo, ¿comprendes por qué? Ahora debes trabajar sin echártelas de héroe, sin deslumbrar y asombrar a tus semejantes. Y procurar que tu nombre no resuene a menudo en los labios de los hombres. Piénsalo bien antes de retirar la palabra que le diste a Sintram. Tú te has creado cierta clase de derecho a la muerte, y la vida no podrá ofrecerte muchas delicias en lo futuro. En otros tiempos tuve el deseo de ir hacia el Sur, Gösta. Para mí, una pobre pecadora, ha sido una dicha inmensa llegar a ser tu esposa y seguirte por el camino de la vida. Ahora no debo marcharme de aquí. Donde pases tus días, allí permaneceré yo... Pero no esperes disfrutar muchas alegrías... Voy a obligarte a seguir el camino del duro deber. No esperes oír de mí una palabra de alegría y esperanza... Las penas y desgracias que hemos causado serán el ángel de la guarda de nuestro hogar. ¿Podrá un corazón que ha sufrido tanto como el mío, dar mayores pruebas de amor? Sin lágrimas en los ojos, sin alegría en el alma, seguiré tus huellas... Piénsalo bien, Gösta, antes de decidirte por la vida. Los caminos que debemos seguir son los de la penitencia.

Ella no esperó la respuesta de Gösta. Hizo una señal a la hija del pastor de Broby y se fue. Al llegar al bosque empezó a llorar amargamente y recordó que había olvidado hablarle a Jan Hök, el soldado, de cosas más alegres que la guerra.

La cabaña del bosque había quedado silenciosa.

—Alabado sea el Altísimo —exclamó de repente el veterano soldado.

Todos miraron hacia él. Jan Hök se había levantado y miraba en torno suyo.

—¡Cuánta maldad! —dijo—. Todo lo que he visto en mi vida ha sido maldad. Malos los hombres y malas las mujeres. El odio y la discordia han reinado siempre en el campo y en el bosque. Pero esa mujer es buena. Mientras me cobije este techo, tendré que acordarme de ella... Ella siempre estará cerca de mí en todos los caminos del bosque.

Dicho esto, se inclinó sobre Gösta, le soltó sus ligaduras y le levantó del suelo. Luego cogió su mano con aire solemne.

—¡Odiado por Dios! —dijo, moviendo la cabeza—. Pero ahora ya es otro hombre, como también lo soy yo desde que ella puso los pies en mi hogar. ¡Qué buena es...!

Al día siguiente, Jan Hök fue a casa del juez Scharling.

—Estoy dispuesto a llevar mi cruz —dijo al llegar—; he sido un hombre malo y por esto han sido malos mis hijos.

Y el anciano le rogó que le permitiera ocupar el sitio de su hijo. Pero esto no era posible.

La más sublime de las viejas historias es la del viejo, que siguió a su hijo tras el coche celular y que luego se acostó a la puerta de la prisión, sin moverse de allí, hasta que el delincuente hubo expiado su pena.

Es un hecho digno de que algún día tenga su historiador.

XXXVI

MARGARITA CELSING

Unos días antes de Navidad llegó la comandanta a la región del lago de Leuven, pero no alcanzó Ekeby hasta la Nochebuena. Había enfermado durante el viaje. La pulmonía hacía estragos en su organismo; pero, a pesar de todo, nunca había estado más contenta ni pronunciado frases más amables.

La hija del pastor de Broby, que la había acompañado a los bosques de Elfdal en el mes de octubre y que iba junto a ella en el trineo, deseando acelerar el viaje, no podía impedir que la vieja detuviese con frecuencia los caballos, para pedir noticias a todo el que encontraba en su camino.

—¿Qué tal lo pasáis? —preguntaba la comandanta.

—Lo pasamos bien —respondían—. Van llegando tiempos mejores. El cura está en Ekeby y su mujer nos protege a todos.

—Los tiempos son mejores —contestaba otro—. Sintram está fuera. Los caballeros de Ekeby han comenzado a trabajar. El dinero del cura de Broby ha sido encontrado en la torre de la iglesia. Hay tanto, que con él puede rehacerse el honor y el antiguo esplendor de Ekeby y dar pan a todos los hambrientos.

—El viejo rector disfruta de nueva vida y ha visto renacer sus energías —decía un tercero—. Cada domingo nos predica sobre la venida del reino de Dios. Ya nadie tiene ganas de pelear. El reinado del Bien ha llegado.

Y la comandanta dejaba que el trineo continuase su marcha lentamente, preguntando a todo el que pasaba:

—¿Cómo va? ¿Carecéis de algo?

Y el ardor de la fiebre y el agudo dolor del pecho cesaban cuando oía la contestación:

—Aquí tenemos dos mujeres ricas y buenas: Mariana Sinclair y Ana Stiarnhök; las dos ayudan a Gösta Berling a ir de casa en casa, vigilándolo todo para que nadie pase hambre. Además, la alquitara ya no tritura grano para la fabricación de aguardiente.

La comandanta, desde su trineo, creía asistir a un oficio divino. Había llegado a una tierra sagrada. Veía rostros viejos y arrugados que resplandecían cuando se hablaba de los tiempos que habían llegado. Los enfermos olvidaban sus dolores, al presentir los días alegres.

—Vamos a ser tan buenos como el bondadoso capitán Lennart —decían—. Queremos ser buenos, creer en el bien, no hacer daño a nadie. Todo esto acelerará la venida del reino de Dios.

Y a todos los encontraba animados por el mismo espíritu. En los cortijos se daba alimento a las mujeres necesitadas. Se trabajaba en todas partes, y las siete herrerías de la comandanta estaban en plena actividad. No podía pasar por ninguna granja sin preguntar.

—Ahora todo va bien —le respondían—. Aquí reinaba la mayor miseria; pero nos ayudan los señores de Ekeby. La comandanta se asombrará de los cambios operados aquí. El molino estará pronto acabado y la herrería ya está en plena actividad.

La miseria y los pasados acontecimientos habían transformado a la gente. ¡Ah, duraría mucho aquello! Era una bendición llegar a una comarca donde el uno ayudaba al otro, donde todos querían el bien. La comandanta creyó que podría perdonar a los caballeros, y daba gracias a Dios por ello.

—Ana Lisa —decía—, yo que soy una vieja, creo hallarme ya en el camino de los bienaventurados.

Cuando llegaron a Ekeby y los caballeros salieron apresuradamente para ayudarla a bajar del trineo, apenas si pudieron reconocerla. Se había vuelto tan dulce y amable como la joven condesa. Los más viejos, que la habían conocido joven, se decían bajito unos a otros: «No es la comandanta de Ekeby la que vuelve: es Margarita Celsing».

Grande fue la alegría de los caballeros al verla en tan buena disposición de ánimo y tan libre de todo deseo de venganza; pero les apesadumbró

saber que volvía enferma. Hubo que conducirla a su alcoba y acostarla en seguida. En el umbral se volvió hacia los caballeros, y les dijo:

—¡Por esta comarca ha pasado un huracán enviado por Dios! ¡Pero ya sé que todo ha sido para bien!

Al dejarla en el lecho, cerraron la puerta de la estancia.

¡Cuánto hay que decir cuando se acerca la hora de la muerte!

Pero la comandanta se hallaba atacada por una fiebre muy alta y las voces de los caballeros no podían llegar hasta ella. ¿Llegaría a saber lo que ellos habían trabajado y cómo restauran su obra, salvando así el honor de Ekeby? ¿No llegaría a saberlo nunca?

Poco después los caballeros bajaron a la herrería. El trabajo estaba paralizado, pues era la víspera de Navidad; pero ellos echaron carbón en los hornos, trajeron hierro y prepararon la fundición. No llamaron a los ayudantes que se habían ido a celebrar la noche santa, sino que ellos mismos lo hicieron todo. Si la comandanta viviera solamente hasta que ellos hubieran puesto en movimiento al martinete, ¡cómo hablarían por ellos los golpes sonoros!

Llegó la tarde y se hizo de noche, y el trabajo no cesó. Les parecía extraño volver a celebrar la Navidad en la herrería. El gran sabio Kevenhüller, que había dirigido la reedificación del molino y la reconstrucción de la fundición, y Cristian Berg, el corpulento capitán, estaban junto al horno y vigilaban el proceso de la fundición. Gösta y Julius llevaban carbón. Lövenborg, el viejo místico, departía con el tío Eberhard, el filósofo, que se había sentado junto a él, en el yunque.

—Esta noche morirá Sintram —decía.

—¿Por qué precisamente esta noche? —preguntaba Eberhard.

—¿No recuerdas el convenio que hicimos con él, el año pasado? Al fin y al cabo no hemos hecho nada que no sea caballeroso; de modo que es él quien ha perdido.

—Si lo crees así, debes saber que hemos hecho cosas indignas de caballeros. Primero, no ayudamos a la comandanta; segundo, no empezamos a trabajar cuando era debido, y tercero, Gösta no se quitó la vida como había prometido.

—He meditado sobre ello —contestó Lövenborg—; pero creo que andas equivocado. Trabajar en beneficio propio, con ideas ruines, nos estaba prohibido, pero no proceder como nos lo dictase el amor, el honor y nuestra salvación eterna. Creo que Sintram ha perdido; es más, estoy seguro de ello. Durante toda la noche he estado sintiendo el campanilleo de su trineo. Sé que no era más que una alucinación, pero creo que pronto le tendremos aquí.

Y el menudo viejo seguía sentado, espiando el trozo azul de cielo estrellado que se veía a través de la puerta de la herrería. De pronto se levantó sobresaltado...

—¿No ves...? —susurró—. ¡Ahí llega como un fantasma...! ¿No le ves, parado delante de la puerta?

—Nada veo —contestaba el tío Eberhard—. Es un sueño tuyo.

—He visto con toda claridad cómo se destacaba su figura sobre el fondo de la clara bóveda celeste. Llevaba su amplia pelliza de lobo y la gorra de piel. Ahora estará escondido en cualquier parte, entre las tinieblas... Ya no le veo... ¡Ahora! Mírale, está junto al horno..., detrás de Cristian Berg; pero Cristian no le ve probablemente. En este momento se inclina y arroja algo en el fuego. ¡Oh! ¡Qué aspecto tan horrible tiene! ¡Eh, amigos, estad prevenidos!

En aquel momento sonó una detonación y una nube de chispas brotó del horno, cayendo sobre los caballeros sin causarles daño alguno.

—Quiere vengarse —murmuró Lövenborg.

—No; lo que sucede es que estás medio loco —exclamó Eberhard—. Ya debías haber escarmentado de esas manías.

—Sería mejor, pero ¿de qué sirve pensarlo? ¿No ves que ahora está junto a la viga y nos mira con una mueca burlona? ¡Pero, vive Dios, no creo que sea capaz de desatar el martinete!

En aquel momento se levantó, arrastrando a Eberhard. Un segundo después la pesada masa del martinete caía con estrépito sobre el yunque. Era sólo un grapón que se había soltado, pero Eberhard y Lövenborg estuvieron a dos dedos de la muerte.

—¡Ves como no tiene ningún poder sobre nosotros! —exclamó triunfante Lövenborg—. Pero vemos claramente que quiere vengarse.

Y llamó a Gösta Berling:

—Oye, Gösta; sería conveniente que subieras a las habitaciones de las mujeres, no sea que también se les aparezca a ellas. Las pobres no están acostumbradas a ver estas cosas y podrían asustarse. Pero ten mucho cuidado, Gösta, pues parece que te profesa odio y tal vez tenga algún poder sobre ti por la promesa que le hiciste... ¡Quién sabe...!

Más tarde se supo que Lövenborg tenía razón. Sintram había muerto la noche de Navidad. Algunos decían que se había ahorcado en la prisión. Otros, que los agentes de la justicia le habían matado secretamente, pues la investigación le fue favorable y hubiera sido peligroso darle la libertad para que causara nuevos estragos en la comarca. Otros creían que un señor tenebroso había llegado en una carroza negra tirada por cuatro caballos, negros también, y que le habían sacado de la prisión. Lövenborg no fue el único que le vio durante la noche de Navidad. También fue visto en Fors. Se le apareció en sueños a Ulrica Dillner. Más de uno decía que se le había aparecido. Ulrica Dillner hizo llevar su cadáver al cementerio de Fors. Se hizo exorcizar la comarca, se estableció el orden y la disciplina por todas partes y desde entonces no ocurren más apariciones en Fors.

Se cuenta que en el momento en que Gösta Berling entraba en la casa, un mensajero desconocido había llegado y entregado una carta para la comandanta.

La carta fue colocada sobre una mesita, a la cabecera de la enferma. Instantes después ésta se sintió inesperadamente mejorada, la fiebre cedió y la doliente se encontró en condiciones de leer el escrito.

Los viejos no vacilaban en creer que aquella mejoría fue debida a la influencia de las potencias tenebrosas. Sintram y sus maléficos amigos salían ganando con que la comandanta leyera aquella carta.

Era un documento escrito con sangre sobre papel negro.

Y la comandanta, postrada, leyó que, en vista de que ella era una bruja que enviaba al infierno las almas de los pobres caballeros, se la condenaba a la pérdida de Ekeby. Examinó el documento y las firmas, y debajo del nombre de Gösta leyó la siguiente inscripción: «Por haberse aprovechado la comandanta de mi debilidad, por haberme apartado del trabajo honrado

haciéndome caballero de Ekeby y por haberme convertido en asesino de Ebba Dohna, diciéndole que yo era un cura renegado, firmo yo también».

La comandanta dobló lentamente el papel y lo volvió a meter en el sobre. Con amargo dolor pensó en lo que las gentes opinaban de ella. Una bruja y una hechicera maldita, he aquí lo que ella era para todo el mundo, para todos aquéllos con los que había sido buena, dándoles trabajo y pan. Éste era el premio que le daban; ésta sería la fama que dejaría, la fama digna de una mujer adúltera.

Mas ¡qué le importaban a ella los aldeanos y el pueblo ignorante! Al fin y al cabo, había convivido con la plebe. ¡Pero que aquellos caballeros pobres, que habían vivido de su clemencia, lo creyeran también, o aparentaran creerlo como un pretexto para apropiarse de Ekeby! Sus ideas se sucedían febrilmente y una ira salvaje rugía en su cerebro calenturiento. Envió a la hija del pastor de Broby, que velaba junto a ella con la condesa Elisabet, a Hogfors, en busca del administrador y del inspector, pues deseaba hacer testamento.

Después se dejó caer en el lecho y se puso a meditar.

—¿Sufrís mucho? —le preguntó dulcemente la condesa.

—Sí, más que nunca.

Siguió un profundo silencio, que pronto rompió la comandanta con voz dura y áspera.

—Es asombroso pensar que también la condesa Elisabet, alabada por todos, sea una mujer adúltera.

La joven condesa se estremeció.

—Sí, si no en hechos, en pensamientos y en deseos. La diferencia no es muy grande. Para mí, postrada en este lecho, viene a ser lo mismo.

—Bien lo sé, señora comandanta.

—Y, sin embargo, habéis llegado a ser feliz. Podéis poseer sin pecado al ser que amáis. Ningún espectro se interpondrá entre vosotros. Podéis ser el uno del otro a los ojos del mundo.

—¡Ah, querida comandanta!

—¿Cómo os atrevéis a quedaros junto a él? —exclamó la vieja con creciente apasionamiento—. ¡Haced penitencia! ¡Arrepentíos mientras sea tiempo! Corred al encuentro de vuestros padres, antes de que ellos vengan y

os maldigan. ¿Os atreveréis a llamar marido a Gösta Berling? ¡Huid de él! Voy a entregarle a Ekeby, voy a darle poder y honor. ¿Os atreveréis a compartirlo con él? ¿Os atreveréis a aceptar su honor y poderío? Yo me he atrevido. ¿Os acordáis de cómo fue? ¿Os acordáis del banquete de Navidad en Ekeby? ¿Os acordáis de mi prisión en Munkerud?

—Oh, señora comandanta, nosotros, pecadores, vamos por el mundo el uno junto al otro, sin dicha. Yo me ocupo ahora de que la alegría se fije en nuestros hogares. ¿No creéis, señora comandanta, que echo de menos mi hogar? Ah, lo que yo anhele es la protección y el amparo de mi juventud, que jamás disfrutaré. Tengo que vivir aquí con temor, segura de que todo lo que hago induce al pecado y a la pena, que si ayudo a uno perjudico a otro. Demasiado débil e ínfima para la vida de aquí, estoy obligada a vivirla, porque estoy condenada a la expiación eterna.

—Con estos pensamientos no hacemos más que engañar a nuestro corazón —exclamó la comandanta—, pero esto no es más que debilidad. ¡La razón verdadera es que no quieres separarte de él!

Antes de que la condesa pudiera contestar, entró Gösta en la habitación.

—Ven aquí —dijo la comandanta, y su voz se hizo todavía más áspera y penetrante—. Acércate, tú, a quienes todos alaban hoy en esta comarca. Ven aquí, tú, que aspiras a ser el redentor del pueblo. Escucha cómo lo ha pasado tu anciana comandanta, a la que has dejado vagar por el mundo despreciada. Primero voy a contarte cómo lo pasé esta primavera, cuando fui a reunirme con mi madre. Tienes que conocer el final de esta historia. Fue en marzo cuando, llegué a la posesión de los bosques de Elfdal, Gösta. Mi aspecto no era mejor que el de una pordiosera. Cuando llegué me dijeron que mi madre estaba en la granja. Allí fui, y durante largo rato permanecí silenciosa junto a la puerta. En torno mío, arrimados a la pared, veíanse numerosos cubos de leche, y mi madre, que tenía más de noventa años, tomaba cubo tras cubo y desnataba la leche. Aún se conservaba bastante vigorosa; pero yo veía que le costaba alcanzar los cubos. Yo no sabía si me había visto; pero al poco rato vino y me habló con una voz extraña y aguda: «¿Conque te ha sucedido lo que yo te deseé?», preguntó. Quise rogarle que me perdonara, pero de nada sirvieron mis palabras. Estaba sorda como una tapia. Al cabo de un rato, siguió diciendo: «Puedes

entrar y ayudarme». Entonces entré y me puse a desnatar la leche. Iba tomando cubo tras cubo, y lo colocaba todo en su sitio, meneando la leche con los desnatadores. Estaba muy satisfecha al ver todo aquello. A ninguna de las criadas habría confiado el desnatar la leche. Y sabía desde lejanos tiempos cómo deseaba ella que se hiciera. «Ahora puedes hacerte cargo de este trabajo», me dijo. Comprendí que me había perdonado. Después de mi llegada lo abandonó todo, como si ya no pudiera trabajar más. Se pasaba los días silenciosa, dormitando en su sillón. Un par de semanas antes de Navidad, murió. Hubiera venido antes, Gösta, pero me era imposible abandonar a la vieja.

La comandanta dejó de hablar. Costábale trabajo respirar; pero se rehízo, y siguió diciendo:

—Es cierto, Gösta, que deseo tenerte a mi lado aquí en Ekeby. No cabe duda de que todos están satisfechos de tu compañía. Si hubieras llegado a ser un hombre cabal, yo te habría conferido mucho poder. Mi esperanza era que encontrases una mujer buena. Primero creí que ésta sería Mariana Sinclair, pues sabía que te amaba desde que viviste en el bosque como un leñador. Después creí que sería Ebba Dohna, y un día me encaminé a Borg, y le dije que si se decidía a casarse contigo te haría heredero de Ekeby. Si en esto he obrado mal tienes que perdonarme.

Gösta, de rodillas, con la frente apoyada en el lecho, sollozaba.

—Y ahora, Gösta, dime cómo piensas vivir. ¿Cómo vas a mantener a tu mujer? ¡Dímelo! Ya sabes que yo siempre te he deseado el bien.

Y Gösta, con una sonrisa, a pesar de que su corazón estaba a punto de estallar de emoción, contestó:

—En otros tiempos soñé en hacerme obrero aquí, en Ekeby. Entonces la comandanta me regaló una casita, en la que yo debía habitar. Esta posesión la tengo todavía. Este otoño lo he puesto todo en orden. Lövenborg me ha ayudado. Hemos pintado los techos y tapizado las paredes. La pequeña habitación trasera la llama Lövenborg «el gabinete de la condesa». El interior lo hemos amueblado con muebles adquiridos a bajo precio en casa de los aldeanos. Tenemos buenos sillones y cofres con relucientes herrajes. En la gran sala delantera, el bastidor de la condesa y mi torno. Allí tenemos

también nuestra vajilla y otras cosas. Más de una vez Lövenborg y yo hemos hablado de la manera en que viviremos la joven condesa y yo en la casita de los jornaleros. ¡Pero mi mujer está enterándose ahora de estos proyectos, señora comandanta, y quería decírselo cuando abandonáramos Ekeby!

—Sigue tu narración, Gösta.

—Lövenborg me ha hablado siempre de la necesidad de tener en casa una criada. En el verano podríamos pasarnos sin ella; pero en el invierno resultaría harto pesado para la joven condesa. «Has de tener una criada, Gösta», me decía. Y yo, naturalmente, estaba de acuerdo con él; pero no sabía cómo ha de ser posible realizar este gasto. Un día se presentó en casa cargado con su piano de pintadas teclas. «Supongo que no pretenderás ser nuestra criada, Lövenborg», le dije. Él me contestó que ya encontraría ocupación para él, y que si yo creía que la joven condesa iba a guisar la comida y a cargar la leña. No, yo siempre he pensado que ella no tendría que hacer lo más mínimo mientras yo tuviera manos para trabajar. Pero él opinaba que sería mejor que fuéramos dos en vez de uno para servirla. Así podría pasarse el tiempo tranquila, bordando arrellanada en un extremo del sofá. Nunca habría podido figurarme que una damita tuviera necesidad de tanta servidumbre.

—Continúa —decía la comandanta—; esto amortigua mi pena. Pero ¿crees que la joven condesa se avendrá a vivir en casa de un jornalero?

Gösta se asombró de su tono burlón; pero continuó:

—Ah, señora comandanta; no me atrevo a creerlo. ¡Pero sería tan hermoso, si ella quisiera! Cinco millas hay hasta el médico más cercano. Ella tiene una mano suave y un corazón de oro, y seguramente encontraría trabajo suficiente vendando heridas y calmando fiebres. Todos los oprimidos irían a buscar alivio para sus penas a casa de esta mujer compasiva. ¡Hay tanta pena entre los pobres que puede remediarse con buenas palabras y humanos sentimientos!

—Pero ¿y tú, Gösta Berling?

—Yo ya tengo mi trabajo con el cepillo y el torno de carpintero, señora comandanta. En adelante tengo que vivir mi propia vida. Si mi mujer no quiere seguirme, allá ella... Todos los tesoros de este mundo no serían

suficientes para tentarme. Quiero ser y continuar siendo un hombre en medio de los aldeanos, y ayudarles en lo que pueda. Seguramente necesitarán de alguien que les toque la música en las bodas y en las comidas de Navidad, uno que les escriba cartas para los hijos ausentes. Todo esto puedo hacerlo yo. ¡Pero necesito ser pobre, señora!

—Será una vida muy triste para vosotros, Gösta.

—No sería así si fuéramos dos para compartirla. No sólo los pobres, sino también gentes ricas y felices vendrían a visitarnos. Nuestra morada sería una fuente de alegría y nuestros huéspedes no se asombrarían si la comida se preparara en su presencia, ni se molestarían si tuvieran que comer dos en un mismo plato.

—¿Y qué beneficio obtendrías de todo esto, Gösta? ¿Qué gloria te proporcionaría?

—Es suficiente gloria para mí, señora comandanta, el que los pobres conserven mi recuerdo algunos años después de mi muerte. Y en cuanto al provecho, obtendría el suficiente con haber plantado un par de manzanos en cada casa, haber enseñado al músico un par de melodías de los antiguos maestros y a cantar a los hijos de los pastores algunas bellas canciones en el lindero del bosque. La señora comandanta puede creerme; sigo siendo el mismo loco de otros tiempos. Un músico de aldea, he aquí todo lo que yo puedo llegar a ser. Pero no hay que pensarlo más... Tengo muchos pecados que expiar y no he nacido para llorar y lamentarme. Quiero proporcionar alegría a los pobres; ésta es mi penitencia.

—Gösta —dijo la comandanta—, esa vida es demasiado estrecha para un hombre de tus facultades. Voy a darte Ekeby.

—¡Oh, señora comandanta! —exclamó Gösta asombrado—. ¡Os suplico que no me hagáis rico! ¡No me encarguéis tales obligaciones! ¡No me apartéis de los pobres!

—Quiero legarte Ekeby, Gösta, a ti y a los caballeros. Tú eres un hombre incomparable, Gösta, bendecido por el pueblo. Yo digo como mi madre: «Puedes encargarte, de este trabajo».

—No, señora comandanta, no podemos encargarnos de este trabajo, nosotros que hemos despreciado a la comandanta, haciéndola sufrir tanto.

—Quiero legaros Ekeby, ¿lo oyes?

Hablaba con voz dura y áspera.

Una angustia terrible se apoderó de él.

—No hagáis víctimas a los viejos de esta tentación, señora comandanta. Los transformaría de nuevo en lo que fueron antes. ¡Los caballeros ricos! ¡Dios del cielo! ¿Qué sería de nosotros?

—Voy a legarte Ekeby, Gösta; pero antes debes devolver la libertad a tu mujer. Una dama tan menuda y tan delicada no es la que tú necesitas. La pobre ha sufrido demasiado en este país de osos, y debe suspirar por su patria de luz y de sol. Debe marcharse de aquí. Por eso te entrego Ekeby.

Entonces la condesa Elisabet se acercó y arrodillóse junto a la cama.

—Yo no añoro mi patria, señora comandanta. El que es mi marido ha resuelto el enigma y ha escogido la vida que yo deseo vivir. No precisa que sea rígida y severa a su lado y que le recuerde continuamente su arrepentimiento. La pobreza, la indigencia y el trabajo serán conmigo. Los caminos que conducen hacia los pobres y hacia los enfermos, puedo emprenderlos sin pecar. Yo no tengo miedo a la vida aquí, en el Norte. Pero no le hagáis rico, señora comandanta, porque entonces no podría permanecer a su lado.

La comandanta hizo un esfuerzo y se incorporó.

—¡Toda la felicidad la queréis para vosotros! —exclamó, amenazando con el puño cerrado—. ¡Toda la felicidad y todas las bendiciones! No, que los caballeros tengan Ekeby, para que perezcan. Que marido y mujer se separen y perezcan también. Yo soy una bruja y una hechicera y quiero arrastraros conmigo al abismo. ¡Tal es mi fama, así quiero yo ser!

Cogió la carta y se la lanzó a Gösta a la cara. El papel negro cayó a tierra. Gösta lo reconoció.

—Has pecado contra mí, Gösta; has renegado de mí, yo que he sido para ti una segunda madre. ¿Osas rechazar el castigo que debes recibir de mí propia mano? Tienes que aceptar Ekeby, y eso te aniquilará, pues tú eres débil. Tu mujer debe vivir con sus padres, para que no tengas a nadie que te redima. Tienes que morir con un nombre tan execrado como el mío. Margarita Celsing tiene fama de ser una bruja hechicera; la tuya debe ser la de un disipador y un verdugo explotador de los campesinos.

Cayó de nuevo sobre las almohadas, y se hizo el más profundo silencio. Esto fue interrumpido por un golpe sordo, luego otro, y otro. El gran martillo había renovado su marcha atronadora.

—¡Escuchad! —dijo Gösta Berling—. ¡Ésa es la fama que deja Margarita Celsing! Es el himno triunfal del trabajo, entonado en honor de una vieja y fiel trabajadora. ¡Gracias! (digo yo). Gracias por el trabajo y por el pan que tú has proporcionado a los pobres; gracias por los caminos que has abierto en la vida; gracias por las casas que has hecho edificar; gracias por la alegría que has proporcionado en tus salones. Gracias, descansa en paz; tu obra vivirá y perdurará. Tu dominio debe ser un campo libre para el trabajo consolador que trae la felicidad. Gracias, y no nos condenes, a nosotros que estamos extraviados. Tú, que emprendes el viaje hacia la morada de tus padres, piensa con amoroso recuerdo en los que todavía vivimos.

Gösta calló, pero el martillo seguía hablando. Todas las voces que habían hablado dulce y amorosamente a la comandanta, confundíanse con el sonido del martinete. Poco a poco fue disipándose la tensión de su rostro, como si las sombras de la muerte cayeran sobre ella.

La hija del pastor de Broby entró y dijo que acababan de llegar los señores de Hogfors. La comandanta le encargó que les dijera que no quería hacer testamento, y que no era precisa su presencia...

—Bien está Gösta Berling, hombre de acción —dijo—. Al fin, has vencido. Ven, deja que yo te bendiga.

Y la fiebre volvió con doble fuerza. La hora de la agonía empezaba. El cuerpo debía sufrir todavía, pero el alma no se daba cuenta de ello.

Una hora después todo había acabado. Allí yacía la comandanta, serena y bella, tanto que los circunstantes quedáronse muy conmovidos.

—Mi querida comandanta —decía Gösta Berling—, así te vi en otros momentos de mi vida... Ahora ha vuelto a la vida Margarita Celsing. Ya nunca más volverá a ceder ante la comandanta de Ekeby.

Cuando los caballeros regresaron de la herrería, les fue participada la noticia del fallecimiento de la comandanta.

—¿Habría oído todavía los martillazos? —preguntaron.

Y como había sido así, los caballeros se dieron por satisfechos.

Tiempo después supieron que la comandanta había tenido la intención de hacerles propietarios de Ekeby, lo que consideraron como un gran honor que les llenó de orgullo para todos los días de su vida. Sin embargo, nadie oyó que se lamentaran por haber perdido tantas riquezas.

Se dice, además, que en la velada de Navidad, Gösta Berling, acompañado de su esposa, pronunció su último sermón dirigido a los caballeros. Estaba muy apenado por la mala suerte de estos hombres, que tenían que abandonar Ekeby. Los achaques de la vejez eran su triste perspectiva. Un hombre viejo y regañón no es recibido por nadie con cordialidad. Los pobres caballeros, obligados ahora a albergarse en chozas aldeanas, tendrán que pasar días aciagos.

Así, pues, Gösta les habló a los despreocupados, a los aguerridos en las vicisitudes de la suerte. Por vez primera les llamó dioses y paladines que habían llegado a Ekeby para sembrar la alegría en aquel país de hierro, en una época férrea, implacable. El pastor se afligió al notar que el jardín, antes animado con el ligero revolotear de las mariposas, había sido destruido por las orugas.

Bien sabía él que la alegría es un tesoro de los hijos de la tierra, un tesoro indispensable. Sin embargo, nunca dejará de ser un enigma el que un mortal pueda alcanzar la felicidad. Nadie había logrado penetrar en este misterio; pero aquel año los hombres habían aprendido a amar la alegría, después de todas las miserias pasadas.

¡Oh, caballeros de mi alma! Toda la amargura de la separación está concentrada en esta hora. Es la última noche que pasamos juntos. Ya nunca más podré oír las joviales risas y la algazara de nuestros banquetes.

Buenos viejecitos: en otros tiempos me obsequiabais con hermosos regalos, y en mi soledad solíais venir a consolarme, recordándome la inconstancia de la vida. Vosotros habéis sostenido rudas luchas en torno del lago que acarició mi niñez. Pero ¿qué os he dado yo en cambio?

Quizá os satisfaga saber que vuestros nombres serán pronunciados por mí con el mismo afecto que el de la inolvidable comandanta. ¡Ojalá recayera todo el brillo en que se hallaba envuelta vuestra vida sobre vuestra

nueva morada! Todavía existe Ekeby al borde del Leuven. Aún es un hermoso paraje, rodeado de un torrente y de un lago, de un parque y sonrientes praderas forestales... Cuando nos asomamos a alguno de sus pabellones, las leyendas de otros tiempos revolotean sobre nosotros como enjambres de abejas al sol de verano.

Sin embargo, ya que hablamos de abejas, permitid que os relate una vieja historia. El pequeño Ruster, incorporado como tambor al ejército sueco cuando éste entró en Alemania, en 1813, no se ha cansado desde entonces de relatar historias de aquellas gentes del Sur, de aquella región encantadora. Según él, los hombres de aquellos países eran altos como torres, las golondrinas grandes como águilas, y las abejas parecían gigantes.

—Pero ¿cómo eran las colmenas? —le preguntábamos.

—Las colmenas eran como todas las demás —contestaba.

—Entonces, ¿cómo podían entrar en ellas tales abejas?

—Eso no es cuestión mía —solía contestar el pequeño Ruster.

Querido lector: ¿acaso no puedo decir lo mismo yo? Por aquí ha pasado un enjambre de abejas gigantescas, hijas de la fantasía, que han revoloteado por doquier. La cuestión de cómo han podido esas abejas, hijas de la fantasía, entrar en la colmena de la realidad, sólo a ellas incumbe.